

Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Filología Española

Programa de Doctorado en Estudios Hispánicos: Lengua,
Literatura, Historia y Pensamiento



**EL GÉNERO PICAresco EN LAS NARRATIVAS DE
ESCLAVO ANGLOAFRICANAS DEL SIGLO XVIII**

TESIS DOCTORAL

José David Parra Alonso

DIRECTORES

Dra. Rosa María Navarro Romero y Dr. Fco. Javier Rodríguez Pequeño

Madrid

2022

Agradecimientos

No puedo empezar este apartado sin señalar la valiosa orientación de Tibisay López García cuando me decidí a comenzar esta aventura, pues con su disposición y amabilidad características me ayudó a presentar la idea ante mi querido maestro, Florencio Sevilla Arroyo. De las primeras charlas al olor de su tabaco surgió la línea de trabajo original y, bajo su sabio magisterio comenzó a tomar forma el proyecto que, andando el tiempo, concluiría bajo la supervisión de mis estimados directores, Javier Rodríguez Pequeño y Rosa Navarro Romero. Gracias a su apoyo y cercanía pude llevar a buen puerto una investigación que, un doloroso día de diciembre, quedó huérfana de padre. Su entusiasmo a la hora de aceptar una tesis a medio acabar, su atenta supervisión y sus valiosos consejos consiguieron darme los ánimos necesarios tanto en el plano académico como personal.

A David Nogales Rincón, anterior secretario de la Comisión Académica del Programa de Doctorado en Estudios Hispánicos: Lengua, Literatura, Historia y Pensamiento, ya que su profesionalidad y capacidad resolutive me hicieron salir de muchos apuros burocráticos.

A mis compañeros de carrera y de universidad, los cuales me demostraron, con su trayectoria, que la empresa iniciada tenía fin. Destaco, entre todos ellos, a Lola Marrón Guareño, cuya calmada voz apaciguó mis nervios durante la última etapa, si bien su sensato juicio me acompañó todo el camino. A Ángela Jiménez Barriocanal, pues la fe en mí depositada consiguió insuflar aliento a unas fuerzas en ocasiones moribundas. A María Bravo Sancha, que siempre me preguntaba por la cuestión negra. A Rubén Huertas Palomino, cuya fiel compañía y amistad hicieron la travesía amena e incluso divertida. A Manuel Piqueras Flores, Blanca Santos de la Morena, Pedro Mármol Ávila, Sesi García García y Juan Cerezo Soler, quienes con su ejemplo me indicaron la senda a seguir. A Sergio Fernández Moreno, ya que la admiración por sus ideas me recordó el motivo de mi decisión. A Teté, porque sus audios me alegraban los días grises y me hacían retomar el trabajo con más energía. A ti, Weselina Gacinska, porque tú eres esta tesis. *Dziękuję*.

A mi familia, entre la que cuento a mis amigos de siempre, los de *Sanse*. A Jesús Toledano Serrano, por encargarme el primero de los muchos libros que sostienen esta tesis. A mi hermano, porque su desquiciante parsimonia tan solo es superada por su obstinada tozudez y persistencia. Ellas han sido el faro de mis noches. A mi hermana, que en ocasiones dudaba de sus decisiones pasadas sin darse cuenta del valor de la experiencia

adquirida. A mi madre, cuyo agresivo amor me enseñó el verdadero valor del conocimiento. A mi tío, porque pese a las circunstancias y nuestras diferencias siempre ha estado ahí. A la persona que me enseñó a dar los primeros pasos, mi abuelo, de quien no tengo grandes recuerdos, pero de quien se decía que leía todo lo que encontraba. Espero que el tiempo haya servido para demostrar que los esfuerzos en mí depositados no fueron en vano. A todos vosotros, gracias.

A Florencio,
allá donde estés.

A Wese,
te debo una tesis.

A ti, abuela,
porque de ti no me olvido.

Pintor nacido en mi tierra
con el pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la virgen sea blanca,
píntame angelitos negros,
que también se van al cielo
todos los negritos buenos.
Pintor, si pintas con amor,
por qué desprecias su color,
si sabes que en el cielo
también los quiere Dios.

Bolero.

Índice

| | |
|---|-----|
| 1. Narrativas de esclavo | 13 |
| 1.1. Notas preliminares a la presente edición | 13 |
| 1.1.1. Criterios de edición..... | 13 |
| 1.1.2. Criterios de traducción..... | 15 |
| 1.1.3. Dificultades a la hora de realizar la presente edición | 17 |
| 1.2. Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon, un hombre negro | 21 |
| 1.3. A NARRATIVE Of the UNCOMMON SUFFERINGS, AND Surprizing DELIVERANCE OF Briton Hammon, A Negro Man | 29 |
| 1.4. La vida, y último discurso de Arthur, un hombre negro..... | 37 |
| 1.5. The LIFE, and dying SPEECH of ARTHUR, a Negro Man | 45 |
| 1.6. Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano | 51 |
| 1.7. A NARRATIVE OF THE Most Remarkable Particulars In the LIFE of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, An AFRICAN PRINCE | 83 |
| 1.8. Narrativa de la esclavitud de Ottobah Cugoano, natural de África | 112 |
| 1.9. NARRATIVE of the Enslavement of OTTOBAH CUGOANO, a Native of Africa | 119 |
| 2. El género picaresco en las narrativas de esclavo angloafricanas del siglo XVIII. | 125 |
| 2.1. Introducción | 125 |
| 2.2. Las narrativas de esclavo angloafricanas: estado de la cuestión..... | 128 |
| 2.2.1. La presencia del género picaresco en la literatura inglesa: el caso de las narrativas de esclavos..... | 135 |
| 2.2.2. Poéticas del género picaresco | 167 |
| 2.3. Análisis de la narrativa de Briton Hammon..... | 207 |
| 2.3.1. Contexto histórico | 213 |

| | | |
|----------|---|-----|
| 2.3.2. | Autoría | 218 |
| 2.3.3. | Factura genérica de la obra | 223 |
| 2.3.3.1. | —Relatos de cautivo | 224 |
| 2.3.3.2. | —Narrativas espirituales | 236 |
| 2.3.3.3. | —Relatos de aventuras marinas | 238 |
| 2.3.4. | La tradición picaresca en la obra de Briton Hammon | 244 |
| 2.4. | Análisis de la narrativa de Arthur | 274 |
| 2.4.1. | Autoría | 277 |
| 2.4.2. | Contexto histórico | 279 |
| 2.4.3. | Factura genérica de la obra | 287 |
| 2.4.3.1. | —Biografías de criminales | 287 |
| 2.4.3.2. | —Narrativas de esclavo | 289 |
| 2.4.3.3. | —Narrativas de conversión religiosa | 292 |
| 2.4.3.4. | —Relatos de cautiverio | 297 |
| 2.4.3.5. | —Relatos de aventuras marinas | 299 |
| 2.4.4. | La tradición picaresca en la obra de Arthur | 303 |
| 2.5. | Análisis de la narrativa de James Albert Ukasaw Gronniosaw | 334 |
| 2.5.1. | Autoría | 341 |
| 2.5.2. | Contexto histórico | 366 |
| 2.5.3. | Factura genérica de la obra | 374 |
| 2.5.3.1. | —Narrativas de conversión religiosa | 374 |
| 2.5.3.2. | —Autobiografías espirituales | 377 |
| 2.5.3.3. | —Relatos de aventuras marinas | 381 |
| 2.5.3.4. | —Relatos de aventuras | 386 |
| 2.5.3.5. | —Relatos de cautivos | 390 |
| 2.5.4. | La tradición picaresca en la obra de James Albert Ukasaw Gronniosaw | 393 |

| | | |
|----------|---|-----|
| 2.6. | Análisis de la narrativa de Quobna Ottobah Cugoano..... | 451 |
| 2.6.1. | Autoría..... | 465 |
| 2.6.2. | Contexto histórico | 469 |
| 2.6.3. | Factura genérica de la obra..... | 512 |
| 2.6.3.1. | —Literatura abolicionista..... | 512 |
| 2.6.3.2. | —Narrativas de esclavo | 513 |
| 2.6.3.3. | —Relatos de aventuras marinas | 516 |
| 2.6.3.4. | —Relatos de cautivos..... | 529 |
| 2.6.3.5. | —Narrativas de conversión espiritual | 539 |
| 2.6.3.6. | —Relatos de aventuras..... | 547 |
| 2.6.4. | La tradición picaresca en la obra de Quobna Ottobah Cugoano | 552 |
| 2.7. | Conclusiones..... | 594 |
| 2.8. | Bibliografía | 599 |
| 2.8.1. | Bibliografía primaria | 599 |
| 2.8.2. | Bibliografía secundaria..... | 603 |

Índice de imágenes

- Figura 1. Portada de la primera edición de *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprizing Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man* de 1760.....20
- Figura 2. *Broadside* o pliego impreso donde se recoge *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man* de 1768.....36
- Figura 3. Portada de la edición de Gye and Mills de *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince* de 1772.....50
- Figura 4. Portada de la primera edición de *Thoughts and Sentiments* de 1787 donde se incluye la *Narrative of the Enslavement of Ottobah Cugoano, a Native of Africa*...111

Resumen

La presente tesis tiene como objetivo dilucidar la presencia del género picaresco en las narrativas de esclavo dieciochescas escritas en lengua inglesa por autores de origen o ascendencia africanos. Estas narrativas son *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man* de 1760, *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man* de 1768, *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince* de 1772 y *Narrative of the Enslavement of Ottobah Cugoano, a Native of Africa* de 1787. No obstante, con la intención de facilitar la empresa, se le ofrece al lector una traducción de las obras al español con las notas aclaratorias necesarias para su entendimiento en la primera parte.

En la segunda parte, siguiendo la línea de trabajo anunciada, se lleva a cabo una revisión de los estudios teóricos publicados hasta la fecha sobre el estado en que se encuentra la cuestión picaresca dentro de la academia anglosajona, así como en lo relativo a la definición de una poética del género picaresco dentro del hispanismo. La selección de una propuesta crítica operativa que dé cuenta del fenómeno literario picaresco resulta fundamental para el tercer apartado de la tesis, pues a partir de ella se procede a valorar la influencia y el carácter hispano de las narrativas seleccionadas.

De este modo, tras un breve estudio introductorio a cada narrativa que permite situar la obra en su contexto cultural, se desarrolla a continuación un detallado análisis comparativo de los rasgos picarescos presentes en los relatos de esclavos. Los datos obtenidos del estudio individual de las narrativas ayudarán a trazar de manera global el verdadero papel del género español por excelencia dentro de la tradición angloafricana y a reconsiderar la naturaleza picaresca de unas obras tan lejanas a la literatura española.

Nota aclaratoria

El presente trabajo sigue —por normal general— las normas de publicación de la revista literaria *Edad de Oro* tanto en el corpus textual que se ofrece, como en desarrollo de la investigación. Las traducciones de las narrativas de esclavo que constituyen el objeto de interés de la tesis se han realizado a partir de los textos en línea facilitados por el proyecto *Documenting the American South* (DocSouth). Esta colección digital cuenta con el respaldo y la autoridad de The University Library of the University of North Carolina at Chapel Hill, de cuyos fondos salen las obras originales.

1. Narrativas de esclavo

1.1. Notas preliminares a la presente edición

Por tratarse de una edición elaborada sobre las traducciones al español de varias narrativas de esclavos en lengua inglesa, surgidas de un contexto literario anglosajón muy particular, será necesario establecer una doble vertiente de edición y de traducción a la hora de abordar los textos. Por un lado, la fijación de los textos, así como su estudio y comprensión, se abordará en los criterios de edición. Mediante ellos, se intentará garantizar la fidelidad a las ediciones originales y su sentido, pues se parte del propósito de desvelar y hacer entender al lector, en la medida de lo posible, las particularidades que envuelven a estas obras. No obstante, serán también estos criterios de edición los que servirán de ayuda a la hora de llevar a cabo la investigación propuesta. Por otro lado, el estilo, sentido y puntuación constituirán el objeto de los criterios de traducción. Para ello, se expondrán las directrices seguidas en la traducción del conjunto de las narrativas, pues en todas ellas se ha procedido con un mismo objetivo: proporcionar una traducción respetuosa tanto con la forma, como con el contenido.

1.1.1. Criterios de edición

La selección del corpus textual presentado atiende fundamentalmente a razones tanto genéticas como evolutivas del género de las narrativas de esclavos. Este hecho viene amparado por dos motivos fundamentales. Primero, los textos picarescos sobre los que se establecerá la posterior comparativa, objeto de la presente investigación, aparecen fijados en la mayoría de antologías atendiendo a una génesis y evolución propia similar al caso de las obras esclavistas. Segundo, del conjunto de novelas picarescas se desprende una poética del género español que servirá de espejo crítico a la hora de abordar y entender el fenómeno de las narrativas de esclavo. Así, la selección de narrativas propuesta viene a destacar la novedad literaria de estas obras y su importancia fundacional en lo que, andando el tiempo, se convertiría en el género angloafricano por excelencia: las narrativas de esclavos. Dentro de este grupo se incluyen, por orden cronológico, *Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon, un hombre negro, al servicio del General Winslow, de Marshfield, en Nueva Inglaterra* publicada en

1760, que narra las peripecias vitales de un hombre negro en su orgullosa defensa de la condición de esclavo al servicio de la corona inglesa; *La vida, y último discurso de Arthur, un hombre negro; que fue ejecutado en Worcester en octubre de 1768 por una violación cometida sobre el cuerpo de una tal Deborah Metcalfe* de 1768, un texto de carácter confesional y expiatorio que sirve de ejemplo al lector mediante el relato de los delitos de un esclavo negro; la *Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* de 1770, cuyas páginas justifican el mal mínimo de la esclavitud frente a la posibilidad de encontrar a Dios; y la *Narrativa de la esclavitud de Ottobah Cugoano natural de África* de 1787, publicada a modo de ejemplo ilustrativo de las tesis de la obra abolicionista en la que se incluye, *Thoughts and Sentiments on the Evil os Slavery*. De este modo, a pesar de que la filiación de algunas de estas narrativas al género angloafricano pudiera ser cuestionable de acuerdo con los parámetros que fijase *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, Or Gustavus Vassa, The African* en 1789 para los siguientes títulos, el conjunto de estas primeras obras ofrece ya las características definitorias presentes en los posteriores textos que lo integran. De sus páginas se intuyen y dibujan tendencias que resultaron prolijas en el desarrollo del género, como son la deriva religiosa amparada por la ayuda de diversas confesiones o el compromiso personal del autor en la causa abolicionista.

Los textos de cada una de estas narrativas se fijan sobre las ediciones originales o más completas de cada obra, y provienen del proyecto de documentación *Documenting the American South*. Este proyecto online intenta rescatar la memoria y el testimonio de los esclavos en el contexto colonial angloamericano, a la par que hacerlos accesibles al público general, de ahí que en su página *web* sea posible consultar tanto los documentos en formato Word, como las digitalizaciones de sus facsímiles.

Las notas del editor serán complementarias en algunas narrativas a las notas del editor original, de ahí que las primeras vayan siempre introducidas como “Nota del editor” con el fin de diferenciarlas de las notas que constituyen propiamente parte del texto. Estas notas buscan siempre acercar al lector las singulares circunstancias literarias e históricas que envuelven a las narrativas, además de posibilitar un acercamiento teórico y un entendimiento global que sirva de apoyo a la posterior investigación. De este modo, aparecen anotadas las localizaciones geográficas en las que transcurren las narrativas, los datos biográficos de personalidades o personajes relevantes que aparecen en las obras, las

diferentes confesiones religiosas todavía bastante ajenas al contexto hispano, las unidades de medida o la moneda en uso de cada parte del mundo, los tecnicismos propios del mundo religioso o marítimo —amén de otros— empleados por los autores, las instituciones o sociedades que sirven o se interponen en la causa abolicionista, las obras citadas en los textos, o las cuestiones culturales que, ya sean africanas, protestantes o americanas, necesitan de una aclaración al lector moderno. Con el fin de no saturar las explicaciones de referencias bibliográficas, únicamente hemos indicado al lector la fuente de procedencia de la información cuando no se recoge posteriormente en el estudio de cada narrativa. Además, siempre que se citan pasajes bíblicos, se procede a la modernización de la referencia mediante una nota, observándose con ello que muchas veces no son coincidentes, y que muchas otras referencias no han sido señaladas ni identificadas. De esta manera, como podrá comprobarse, el aparato crítico que acompaña a la traducción viene a explicar y proporcionar la ayuda necesaria sobre las referencias culturales en su conjunto.

Para la fijación de los textos definitivos en español, se ha procedido a una estandarización y puesta en común de los diferentes rasgos que presentan las obras. En conjunto, se ha respetado la división en párrafos de los originales y, posteriormente, se han añadido las sangrías en aquellas obras que no las recogían. Finalmente, las referencias internas del editor original a las páginas de las ediciones inglesas se han respetado con una nota a modo de explicación.

1.1.2. Criterios de traducción

La traducción de las narrativas al español parte del presupuesto de mantener la máxima fidelidad hacia el texto original en inglés. Teniendo presente la multiplicidad de posibilidades que ofrece la traducción, hemos optado por realizar un intento de aproximación que mantenga el estilo y la expresión original de cada autor sin menoscabar el contenido de su obra. El mantenimiento del estilo y de la expresión particular de los textos exige el sacrificio de cierta fluidez y claridad, pues no son pocas las ocasiones en las que la precisa traducción de la totalidad de las palabras de la frase de partida ralentiza y entorpece la agilidad del texto traducido, y en las que la sintaxis inglesa propia de estos siglos lleva aparejada una ambigüedad interpretativa en el original que hemos intentado respetar. Con ello, hemos tratado de conservar la literalidad de un estilo que en la mayoría

de las narrativas trascendía el mero propósito literario. Así, procuramos mantener el estilo sencillo, llano e, incluso, simple de los autores incluso cuando el relato responde en última instancia a la intervención de un editor o amanuense.

El carácter oral que se desprende de estos relatos se ha intentado preservar en la manera de lo posible, tanto en el terreno sintáctico, como en el semántico. Para ello, únicamente hemos borrado de la sintaxis original los signos de interrogación propios del discurso directo en las preguntas formuladas de manera indirecta en el relato, a la par que hemos optado por limitar y restringir en cierta medida la selección léxica de la traducción en consonancia con la escasa variedad del vocabulario y las múltiples repeticiones de palabras que se aprecian en el inglés de estos textos angloafricanos. No obstante, las expresiones y giros idiomáticos de los siglos en los que las narrativas fueron compuestas precisan de una traducción acorde. En este sentido, se ha procurado adaptar estos dichos de época a un español que resulte ciertamente anticuado al lector moderno y que conserve un regusto decimonónico. Se ha tratado, al fin y al cabo, de reproducir la sensación que tendría un lector actual inglés al leer las narrativas.

La gramática y la puntuación del conjunto de textos se ha mantenido, salvo casos en los que la traducción lo imposibilitaba, conforme aparece en las ediciones originales en inglés. Tan solo se ha procedido a la adaptación de ciertas palabras de acuerdo con las normas actuales del español, como sucede con las abreviaturas en los tratamientos —“Cap.” por *Capt.*—, la resolución de las abreviaturas —*vivía* cuando se contrae la forma verbal *liv'd*— el uso de mayúsculas en ciertos nombres propios —“enero” para *January*— o la eliminación de su uso enfático en el original —*SUPERIOR POWER* por “poder superior”, que de ninguna manera alteran el contenido y el sentido último de las obras. Además, el empleo de las mayúsculas en la primera letra de todos los sustantivos, como ocurre en alguna narrativa, ha sido suprimido y tan solo se ha mantenido en las palabras que lo exigían —“días” por *Days* o “persona” por *Person* frente a “Cristo” para *Christ*—. No obstante, sí que se ha mantenido su uso en algunas de las palabras clave de las narrativas, sobre todo en las referentes a cuestiones religiosas por la importancia que adquieren para el sentido, como puede observarse en cuando encontramos *Lamb*, que hemos traducido como “Cordero”.

A la hora de enfrentarnos a los pasajes bíblicos, hemos optado por traducir directamente del texto de la narrativa, pues las posibles versiones de las Biblias que pudieron manejar los autores o editores de estas obras difieren en parte de los textos

religiosos en español. Además, la manipulación contextual de los versículos conlleva una adaptación ya en los textos de partida en inglés, hecho que justificaría de entrada la intervención aquí realizada sobre los pasajes bíblicos. Cabe destacar, sin embargo, que esta traducción personal de la Biblia se ha realizado por cotejo paralelo de seis textos en español y dos en lengua inglesa, a saber, las Sagradas Escrituras de 1569, la Biblia Jubileo 2000, la Reina Valera de 1909, la Reina Valera Gómez, la Biblia de las Américas, la Nueva Biblia Latinoamericana, la King James Bible y la English Revised Version. Tal multiplicidad de fuentes busca, al mismo tiempo, dar cuenta de las posibles diferentes versiones del texto bíblico manejadas por los autores: todos se enmarcan en distintas corrientes protestantes y las referencias, en algún caso, remiten a pasajes que no tienen correspondencia con las Biblias oficiales, tal y como sucede con la referencia a “Hebreos (16:17-18)” en la narrativa de James Albert.

La función de las notas del traductor, frente a las del editor, consistirá así en dilucidar y explicar el sentido de los pasajes que la traducción española no consiga resolver de manera óptima. Se anotarán para ello las imprecisiones terminológicas — *hogshead* como tipo de barril—, los rasgos propios de la oralidad —como las variantes fonéticas de un mismo nombre, *Fantyn* o *Fantee*—, las ambigüedades sintácticas y semánticas que permitan distintas interpretaciones, así como algunos términos difíciles de trasvasar a nuestro idioma, como es el caso de *Sabbath*.

Cabría finalmente añadir un apartado de criterios de transcripción que, si bien no tendría razón de ser por tratarse de traducciones, cobra sentido toda vez que la labor de traducción se ha realizado sobre textos modernizados. Por ello, al igual que se han adaptado ciertas grafías, como la *s* alta de los originales en inglés, a las normas ortográficas del inglés moderno en los textos proporcionados por *Documenting the American South*, la presente traducción sigue esta tendencia modernizadora y desecha la posibilidad de acercar el texto traducido a las particularidades gráficas del español de la época de composición de las narrativas.

1.1.3. Dificultades a la hora de realizar la presente edición

El proceso de edición de las narrativas ha necesitado de una doble labor de fijación e investigación. Las directrices establecidas para ambos trabajos han entrañado una serie

de dificultades que, por su relevancia e importancia a la hora de traducir y anotar los textos, constituyen objeto de comentario *per se*.

En la labor de edición resulta necesario resaltar la cantidad de documentos de diversa génesis consultados para las aclaraciones textuales. La naturaleza pseudoliteraria de las narrativas explica la obligatoria consulta de multitud de textos que se escapan del ámbito meramente literario, pues no hay que olvidar el trasfondo histórico y biográfico veraz que subyace en estas obras. El propósito de aclaración y entendimiento de los textos liga estas narrativas a unas coordenadas geográficas muy concretas: aquellas situadas en los vértices del triángulo formado por el sistema esclavista transatlántico. No obstante, la lejanía en el tiempo y el espacio de la realidad en la que transcurre la acción de las narrativas dificulta la labor del editor, pues, en muchos casos, existe una mezcla o un vacío documental que imposibilita identificar algunos datos con precisión.

Esta situación se observa en muchas de las anotaciones relacionadas con el continente africano, del cual se nombran tribus y lugares de los que no se tiene constancia o aparecen de forma errónea y poco fiable en los documentos de la época. La consulta de mapas realizados durante estos siglos se antoja infructuosa en bastantes ocasiones toda vez que la geografía en ellos representada no se corresponde con el terreno. Los diccionarios geográficos del momento dan cuenta de las lagunas del saber colonial en torno al continente negro, y los tratados al respecto muestran con frecuencia un carácter sesgado y colonialista. Las últimas ediciones de algunas de estas narrativas, así como varios estudios críticos sobre la figura de sus protagonistas, han arrojado algo de luz a tan oscuro panorama. Y si bien se ha conseguido clarificar con cierto éxito la realidad africana en tales publicaciones, todavía falta por realizar un estudio concienzudo que garantice con total seguridad la información recogida en las notas.

Pero la dificultad identificativa no solo se limita África. La realidad colonial del Nuevo Mundo no facilita tampoco la labor de edición de las narrativas. Varios son los pueblos y ciudades citados, tanto del Caribe como de Norteamérica, de los que no se tiene ni se encuentra información, de igual modo que muchos son los lugares con idéntico nombre que resultan complicados de precisar. Cuando este es el caso, se dejan abiertas las diferentes posibilidades interpretativas, si bien se sugiere con frecuencia la opción que se estima más probable y factible. El contacto producido entre los esclavos y los nativos americanos vuelve a demostrar la falta de datos fiables, si es que existen, en lo tocante a estos pueblos.

Además, las lagunas aparecen de igual modo en el último vértice del triángulo. Aunque en menor medida, también existe cierta dificultad a la hora de anotar lo relativo al Viejo Continente. La falta de precisión en los datos aportados por las narrativas y la repetición de topónimos a ambos lados del océano supone un problema en la fijación de los viajes realizados por los protagonistas. No obstante, la mayor dificultad estriba en identificar una serie de organizaciones, instituciones, personajes y documentación real y fehaciente repartida por todo el imperio colonial. Las alusiones personales o institucionales de las narrativas no pueden ser recuperadas en ocasiones, pues más allá de estas obras, no es posible encontrar otros textos en los que aparezcan. De esta forma, hemos optado por dejar en el texto solo la referencia ofrecida por el autor o el editor de la narrativa.

Finalmente, respecto a las dificultades que envuelven la labor de traducción, destacaremos el reto que, en varias de las narrativas dictadas por sus autores y recogidas por diferentes editores, supone la oralidad. El desconocimiento de los datos por parte de estos copistas encargados de recopilar los testimonios lleva, en ocasiones, aparejada una copia fonética de ciertas realidades nombradas, en especial de lugares, que dificultan su identificación, tal y como se observa en el topónimo americano *Glasgow* en el relato de Arthur. Se une además al desconocimiento del editor la más que posible influencia de la variedad lingüística propia de cada autor, pues no hay que olvidar que muchos de los protagonistas no tenían el inglés como lengua materna, y sus palabras pudieran no ser del todo claras durante las entrevistas; de ahí que estos inocentes errores de copia deban ser clarificados en las notas de la edición.

Por último, volveremos a hacer aquí hincapié en el necesario análisis de las versiones y ediciones bíblicas utilizadas por cada autor para la confección de su obra. Conocer de buena mano el texto bíblico de referencia en cada narrativa no solo ayudaría a fijar los versículos y pasajes con exactitud, sino que también posibilitaría la identificación de las numerosas citas bíblicas desperdigadas a lo largo de los textos.

Con todo ello, terminaremos señalando que la elaboración de esta edición, al margen de sus posibles logros, errores y aciertos, pone de manifiesto la imperante necesidad de resolución de unas cuestiones todavía a la espera de estudio.

A
NARRATIVE
Of the
UNCOMMON SUFFERINGS,
AND
Surprizing **DELIVERANCE**
OF
Briton Hammon,
A Negro Man,---- Servant to
GENERAL WINSLOW,
Of *Marshfield,* in **NEW-ENGLAND ;**
Who returned to *Boston,* after having
been absent almost **Thirteen Years.**

CONTAINING

An Account of the many Hardships he underwent from the Time he left his Master's House, in the Year 1747, to the Time of his Return to *Boston.*—How he was Cast away in the Capes of *Florida ;*---the horrid Cruelty and inhuman Barbarity of the *Indians* in murdering the whole Ship's Crew ;---the Manner of his being carry'd by them into Captivity. Also, An Account of his being Confined Four Years and Seven Months in a close Dungeon.---And the remarkable Manner in which he met with his *good old Master* in *London ;* who returned to *New-England,* a Passenger, in the same Ship.

BOSTON, Printed and Sold by GREEN & RUSSELL,
in Queen-Street. 1760.

Figura 1. Portada de la primera edición de *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprizing Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man* de 1760.

1.2. Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon, un hombre negro, —al servicio del General Winslow, de Marshfield, en Nueva Inglaterra; quien volvió a Boston tras haber estado ausente casi trece años. Contiene un relato de las muchas fatigas que pasó desde el momento en que dejó la casa de su amo, en el año 1747, hasta el momento en que regresó a Boston —cómo quedó atrapado en los Cabos de Florida; —la horrorosa crueldad e inhumana barbaridad de los indios al matar a la tripulación entera del barco; —la forma en que lo hicieron cautivo. Además, un relato de su confinamiento en un profundo calabozo, —y la admirable forma en que encontró a su viejo amo en Londres; quien regresó a Nueva Inglaterra, como pasajero, en el mismo barco.

**Boston.
Impreso y vendido por Green & Russell, en Queen Street.
1760.**

Una narrativa, etc.

Al lector,

Como mis habilidades y condición de vida son muy pobres, no cabe esperar que haga tales menciones de los sufrimientos con que me he topado, o de la buena Providencia de un buen Dios en mi protección, al igual que de alguien de mayor rango; sino dejar aquello al lector mientras avanza, y por ello yo solo contaré los hechos según me vienen a la mente.

El lunes, día 25 de diciembre, 1747, con el permiso mi amo¹, me fui de Marshfield² con la intención de ir de viaje al mar, y al día siguiente, el 26, llegué a Plymouth³, donde

¹ Nota del editor. Se hace referencia a John Winslow (1703-1774) que fue nombrado general mayor por el gobernador de la colonia de Massachusetts, William Shirley, en 1754.

² Nota del editor. Localidad del condado de Plymouth en el estado estadounidense de Massachusetts.

³ Nota del editor. Localidad sede del condado de Plymouth en el estado estadounidense de Massachusetts.

me embarqué de inmediato a bordo de una balandra⁴, con el Cap. John Howland de capitán⁵, rumbo a Jamaica y a la Bahía⁶. —Zarpamos de Plymouth al poco tiempo, y tras un pasaje agradable de unos 30 días, llegamos a Jamaica; nos detuvimos en Jamaica solo 5 días, desde donde zarpamos a la Bahía, adonde llegamos a salvo en 10 días. Llenamos nuestra embarcación de palo tinto⁷, y zarpamos de la Bahía el 25 de mayo siguiente, y el día 15 de junio, quedamos atrapados en Cabo Florida⁸, a unas 5 ligas⁹ de la costa; viéndonos entonces desprovistos de toda ayuda, no sabíamos qué hacer ni qué rumbo tomar en tal triste condición nuestra: —Toda persona a bordo advirtió, rogó y suplicó al capitán que arrojase tan solo 20 toneladas de la madera por la borda, y quedaríamos libres, algo que si hubiese hecho, podría haber salvado la embarcación y el cargamento, y no solo eso, sino su propia vida, además de las vidas del capitán y de nueve tripulantes, como enseguida contaré.

Después de haber pasado dos días en este escollo, el capitán ordenó que remolcasen el barco, y preguntó que a quién no le importaba quedarse a bordo. En ese momento la tripulación entera quiso bajar a tierra, pero como el bote no podía llevar a 12 personas a la vez, y para evitar cualquier desasosiego, el capitán, un pasajero, y un tripulante se quedarían a bordo, mientras que al capitán, junto a siete tripulantes además de mí, nos mandaron ir a tierra en el bote, de los cuales, tan pronto como llegásemos, la mitad desembarcaría, y los otros cuatro volverían a la balandra para traer al capitán y a los otros

⁴ Nota del editor. Embarcación pequeña con cubierta y un solo palo.

⁵ Nota del traductor. En el original se lee *master*.

⁶ Nota del editor. No es posible identificar con precisión la localización o emplazamiento al que se hace referencia por la generalidad del topónimo *Bay* en la costa estadounidense y el área del Caribe. No obstante, Vincent Carretta propone la Bahía de Honduras o de Campeche como el lugar referido dada la ubicación general del pasaje en Vincent Carretta (1996), *Unchained Voices: an anthology of Black authors in the English-speaking world of the eighteenth century*. Lexington: University Press of Kentucky.

⁷ Nota del editor. El palo de Campeche, palo de tinte o *Haematoxylum campechianum*, es un árbol de la familia de las leguminosas nativo de Mesoamérica de hojas perennes y crasas que puede llegar a alcanzar los 6 metros de altura y cuya madera se ha utilizado tradicionalmente como tinte, de ahí su valor como producto comercial en la época.

⁸ Nota del editor. La denominación *Cape-Florida* en el original pudiera hacer referencia al cabo Florida, situado en el cayo Vizcaíno frente a la costa de la ciudad estadounidense de Miami. En la época de la narrativa Florida era una colonia española.

⁹ Nota del editor. Aproximadamente 24 kilómetros.

a tierra. El capitán nos ordenó que llevásemos con nosotros las armas, la munición, las provisiones y lo necesario para cocinar, como también una vela con la que hacer una tienda para protegernos del tiempo; tras haber dejado la balandra nos dirigimos a la costa, y estando a unas dos ligas¹⁰ de la misma, vimos a un número de canoas que al principio creímos ser rocas, pero pronto nos dimos cuenta de nuestro error, pues enseguida nos percatamos de que se dirigían hacia nosotros; de inmediato vimos una bandera inglesa izada en una de las canoas, a cuya vista nos alegramos no poco, pero al acercarnos aún más, nos dimos cuenta, para gran sorpresa nuestra, de que eran indios¹¹ y de que había sesenta de los mismos; estando entonces tan cerca de ellos no teníamos manera posible de escapar; pronto se nos echaron encima y nos abordaron, nos quitaron todas las armas, la munición y las provisiones. El número entero de canoas (que era de unas veinte) se fue luego a por la balandra, salvo dos que dejaron para custodiarnos, las cuales nos mandaron que las siguiésemos; las dieciocho que iban a por la balandra, como iban mucho más rápido que nosotros, subieron a bordo más de tres horas antes de que las cogiésemos, y habían matado al capitán Howland, al pasajero y al otro tripulante; llegamos por el lado de babor de la balandra, y nos ordenaron girar hacia estribor, y según íbamos doblando la proa, vimos al número entero de indios avanzando hacia delante y cargando las pistolas, a lo que el capitán dijo, “muchachos, todos somos hombres muertos”, y antes de que hubiésemos podido dar la vuelta, descargaron sus pequeñas armas sobre nosotros y mataron a tres de nuestros tripulantes, viz.¹² Reuben Young del cabo Cod¹³, capitán; Joseph Little y Lemuel Doty de Plymouth, ante lo cual yo salté de inmediato por la borda, prefiriendo ahogarme antes que ser asesinado por aquellos bárbaros e inhumanos salvajes. Tres o cuatro minutos después, escuché otra descarga que despachó a los otros cinco, viz. John Nowland y Nathaniel Rich, ambos provenientes de Plymouth, y Elkanah Collymore y James Webb, forasteros, y Moses Newmock, mulato. En cuanto hubieron matado a toda la gente, una de las canoas remó tras de mí, y pronto me alcanzó, me montaron en la

¹⁰ Nota del editor. Aproximadamente 9 kilómetros y medio.

¹¹ Nota del editor. Parece tratarse de los indios calusa o de nativos emparentados con las tribus calusas que vivían en la costa sudoeste de Florida.

¹² Nota del editor. Del latín *videlicet*, con el sentido de “a saber”.

¹³ Nota del editor. Península en el extremo oriental del estado de Massachusetts denominada en inglés *Cape Cod* cuyo territorio coincide con el condado de Barnstable, al noreste de Estados Unidos.

canoa, y me dieron de la forma más terrible con un alfanje¹⁴ después de atarme, momento en que la canoa se acercó a la balandra de nuevo y en cuanto se puso al lado, los indios a bordo de la balandra se dirigieron a sus canoas, y luego le prendieron fuego al barco, dando enormes gritos y aullando como demonios. En cuanto no quedó nada del barco en el agua, los indios se dirigieron a la costa junto con nuestro bote, a bordo del cual pusieron a cinco tripulantes. Después de que llegamos a tierra, me condujeron a sus cabañas, donde yo no esperaba otra cosa más que una muerte inmediata, y como nada más chapurreaban inglés, me decían con frecuencia mientras llegábamos del barco a tierra, que pensaban asarme vivo. Pero la Providencia de Dios lo dispuso de otra forma, pues Él acudió en mi ayuda, en tal monte de dificultad, y se portaron conmigo mejor que mis miedos, y pronto me desataron, aunque montaron guardia todas las noches alrededor de mí. Me tuvieron con ellos unas cinco semanas, tiempo durante el que me trataron bastante bien, y me dieron maíz hervido, que era lo que a menudo comían ellos. El modo en que me escapé de estos villanos fue este: vino una goleta¹⁵ española de San Agustín¹⁶, el capitán de la cual, de nombre Romond, les pidió a los indios que me dejaran ir a bordo de su barco, lo cual consintieron, y el capitán¹⁷ que me conocía muy bien, levó anclas y me llevó a la Habana¹⁸, y tras pasar allí cuatro días los indios vinieron tras de mí, e insistieron en tenerme de nuevo, ya que era su prisionero; —Presentaron una solicitud al gobernador¹⁹, y pidieron que les fuese devuelto; en respuesta a lo cual el gobernador les dijo que como habían asesinado a la tripulación entera, no me tendrían de nuevo, y así les pagó diez dólares por mí, añadiendo que no consentiría que matasen a otra persona de ahí en

¹⁴ Nota del editor. En el original *cutlass* hace referencia a un sable de abordaje muy similar o equivalente al alfanje, que es una especie de sable de hoja ancha, corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta. Algunas veces se hace énfasis su uso naval mediante la denominación de alfanje pirata.

¹⁵ Nota del editor. Buque de vela de dos o más mástiles (siendo el mayor el de mesana) cuyas velas se disponen de forma lineal de proa a popa.

¹⁶ Nota del editor. Ciudad del condado estadounidense de San Juan de Florida fundada en 1565 por el explorador y almirante español Pedro Menéndez de Avilés.

¹⁷ El modo en que conocí a este caballero fue al ser este capturado en la última guerra por un corsario inglés y llevado a Jamaica mientras yo estaba allí.

¹⁸ Nota del editor. En la época, capital de la colonia española de Cuba.

¹⁹ Nota del editor. Francisco Antonio Cagigal de la Vega (1691-1777) fue un militar español que ostentó el cargo de Gobernador de Cuba de 1747 a 1760, siendo posteriormente nombrado Virrey de Nueva España.

adelante, sino que cogiesen a tantos como pudiesen de cuantos naufragasen y se los llevasen a él, ya que les pagaría diez dólares por cabeza. En la Habana viví con el gobernador en el castillo unos doce meses, donde caminando por la calle, me encontré con una leva²⁰ que me apresó de inmediato y me metió en la cárcel, y junto a otros tantos me confinaron hasta la mañana siguiente cuando nos sacaron y preguntaron quién iría a bordo de los barcos del rey, cuatro de los cuales que habían sido construidos recientemente, iban hacia la vieja España, y ante mi negativa a servir a bordo, me metieron en un profundo calabozo, donde estuve confinado cuatro años y siete meses; tiempo en el que a menudo solicitaba ayuda al gobernador mediante gente que venía a ver a los prisioneros, pero nunca se la hacían llegar, ni supo en todo este tiempo lo que había sido de mí, lo que dio lugar a que estuviese confinado allí tanto tiempo. Pero la gentil Providencia así lo ordenó, que tras haber estado en este lugar tanto tiempo como el arriba mencionado, el capitán de un mercante, que era de Boston, al surgirle una vía de agua se vio obligado a entrar a la Habana para su reparación, y mientras estaba cenando en la casa de la Sra. Betty Howard, esta le habló al capitán de mi deplorable condición, y le dijo que se alegraría si de una forma u otra pudiese liberarme. El capitán le dijo a la Sra. Howard que pondría todo su empeño en mi liberación y mejora.

Por consiguiente, después de la cena, vino a la prisión y le preguntó al guardián si podía verme, ante su petición me sacaron del calabozo, y después de que el capitán me hubiese interrogado, me dijo que intercedería ante el gobernador para liberarme de aquel miserable lugar, lo cual hizo, y al siguiente día el gobernador envió una orden para que me liberasen; viví con el gobernador cerca de un año después de que me liberasen del calabozo, tiempo en que intenté tres veces escaparme, la última de las cuales resultó efectiva; la primera vez me subí a bordo del Capitán Marsh, un barco inglés de veinte cañones, junto a otros tantos, y pasé escondido esa noche a bordo; y al día siguiente al echar el barco las velas, pensé estar a salvo, y así hice aparición en cubierta, pero en cuanto nos descubrieron el capitán mandó echar el bote y nos envió a todos a tierra —yo le pedí al capitán que me dejase, de manera especial, quedarme a bordo, rogándole y suplicándole que se compadeciese de mi infeliz estado, y agregué que había estado confinado casi cinco años en un profundo calabozo, pero el capitán no atendía a ninguna

²⁰ Nota del editor. Recluta de gente para el servicio militar.

súplica por miedo a obtener el desagrado del gobernador, y así me vi obligado a bajar a tierra.

Tras pasar otro año en tierra, intenté escaparme por segunda vez tratando de subir a bordo de una balandra con destino a Jamaica, y mientras iba de la ciudad a la balandra, fui desgraciadamente apresado por la guardia, y me mandaron de vuelta al castillo, y allí confinado. —Sin embargo, al poco tiempo me dejaron en libertad y me mandaron junto a otros tantos llevar al obispo del castillo por la zona para confirmar a los ancianos, bautizar a niños, etc. por lo cual recibe grandes sumas de dinero²¹. —Me empleé en este oficio unos siete meses, tiempo en que viví muy bien, y luego volví al castillo de nuevo, donde tenía libertad para andar por la ciudad y hacer trabajos para mí mismo; —el Beaver, un buque de guerra estaba²² entonces en el puerto y, habiendo sido informado por algunos miembros de la tripulación de que iba a zarpar en pocos días, no tenía entonces nada más que hacer, que buscar la posibilidad de cómo escaparme²³.

Por consiguiente, un domingo por la noche el teniente del barco junto con otros tantos de la tripulación de la barcaza estaba en una taberna, y la Sra. Howard que ya antes se había portado como una amiga conmigo, intercedió ante el teniente para llevarme a bordo: el teniente dijo que lo haría de todo corazón, y de inmediato me subí a bordo de la barcaza. Al día siguiente los españoles se allegaron al Beaver, y me reclamaron de nuevo junto a otros tantos que se les habían escapado, y se subieron al barco, aunque justo antes que yo; pero el capitán, que era un verdadero inglés, se negó y dijo que no podía hacerlo, entregar a ningún inglés bajo bandera inglesa. —En unos días salimos para Jamaica, adonde llegamos a salvo, tras un corto y agradable pasaje.

²¹ Le llevan (a modo de respeto) en una silla enorme con dos mangos; la silla está recubierta de terciopelo carmesí, y se apoya en ocho personas.

²² Nota del editor. El Beaver era un antiguo barco corsario francés de 18 cañones cuyo nombre original era *Trudaine*.

²³ Nota del editor. En el libro donde se recoge la tripulación del barco (PRO ADM 36-5071) aparece el nombre de “Britain Hammell”, marinero raso que se enroló en diciembre de 1758 en Cuba y que dejó su servicio el 10 de mayo de 1759 en la ciudad inglesa de Chatham para servir en el Hércules, a pesar de que su nombre no figura entre los documentos relativos a la tripulación del barco durante ese mes.

Tras estar poco tiempo en Jamaica zarpamos para Londres como escolta de una flota de buques mercantes, que llegaron todos a salvo a las lomas costeras²⁴, donde me transfirieron a otro barco, el Arcenceil²⁵, y allí pasé cerca de un mes. De este barco me fui a bordo del Sandwich de noventa cañones; a bordo del Sandwich estuve seis semanas, y luego me mandaron a bordo del Hércules, Cap. John Porter²⁶, un barco de setenta y cuatro cañones. Navegamos en crucero y nos encontramos con un barco francés de ochenta y cuatro cañones, y entablamos un arduo combate en el que unos setenta de nuestros tripulantes fueron asesinados y heridos, el capitán perdió la pierna en el combate, y yo fui herido en la cabeza de un pequeño disparo²⁷. Habríamos tomado este barco si no hubiesen cortado la mayoría de nuestras jarcias; sin embargo, unas tres horas después, un barco de sesenta y cuatro cañones vino y se apoderó de él —quedé absuelto del Hércules el día doce de mayo de 1795 (tras pasar tres meses a bordo de aquel barco) por estar lisiado de un brazo, y ser incapaz de servicio, tras haberseme pagado honorablemente el sueldo que se me debía. Me metieron en el hospital de Greenwich²⁸, donde estuve y pronto me recuperé. —Luego me enrolé como cocinero a bordo del Capitán Martyn, un barco armado al servicio del rey. Estuve a bordo de este barco casi dos meses, y después de que me pagasen el sueldo, me dejaron ir en el mes de octubre. —Tras abandonar al Capitán Martyn, me puse malo en Londres de una fiebre, y estuve confinado unas seis semanas, donde me gasté todo el dinero y quedé en muy malas condiciones; y tristemente para mí no sabía nada de que mi buen amo se hallase en Londres en aquellos momentos tan difíciles. Tras recuperarme de la enfermedad, me enrolé a bordo de un barco enorme con rumbo a Guinea²⁹ y, estando una noche en una taberna³⁰, escuché a unas personas que hablaban de aparejar una embarcación con rumbo a Nueva Inglaterra. Les pregunté que a

²⁴ Nota del traductor. En el original *Downs*, que hace referencia a la zona costera del sur de Inglaterra de suaves acantilados y colinas calizas.

²⁵ Nota del editor. Barco de 50 cañones arrebatado a los franceses en 1756.

²⁶ Nota del editor. Jervis Henry Porter, fallecido en 1763.

²⁷ Un detallado relato de este combate ha sido publicado en los periódicos de Boston.

²⁸ Nota del editor. Distrito del este de Londres donde se establece un hospital u hospicio para los marineros retirados de la *Royal Navy* que funcionó desde 1692 hasta 1869.

²⁹ Nota del editor. Se trataría de un barco esclavista destinado a África para la compra de esclavos.

³⁰ Nota del traductor. En el original *publick house*.

qué parte de Nueva Inglaterra iba aquel barco. Me dijeron, a Boston; y habiéndoles preguntado por quién era el comandante, me dijeron, el Cap. Watt. Pocos minutos después de esto entró el primer oficial del barco y le pregunté si el capitán Watt no quería un cocinero, el cual me dijo que sí y que el capitán llegaría en unos minutos; y en una media hora entró el capitán, y en ese momento me enrolé de inmediato tras dejar el barco que iba a Guinea. Trabajé a bordo del barco del capitán Watt casi tres meses antes de que zarpase, y un día mientras trabajaba en la bodega, escuché a algunas personas a bordo mencionar el nombre de Winslow, cuyo nombre despertó mi curiosidad, y habiendo preguntado que de qué Winslow hablaban, me dijeron que era del general Winslow, y que era uno de los pasajeros. Les pregunté que de qué general Winslow, ya que nunca antes había oído nombrar a mi amo bajo aquel título; pero tras preguntar con más detalle me di cuenta de que debía ser el amo, y en unos días se constató felizmente la verdad con la agradable vista de su persona, que me sobrecogió tanto, que no pude hablarle durante algo de tiempo —mi buen amo se alegró muchísimo de verme, y me dijo que yo era como un resucitado de entre los muertos, ya que pensaba que llevaba muchísimos años muerto al no haber oído nada de mí en casi trece años.

Creo que no me he desviado de la verdad en ningún particular de mi narrativa, y a pesar de que he omitido muchísimas cosas, lo que está escrito puede ser suficiente para convencer al lector de que he sido muy gravemente afligido, y aun, a través de la divina bondad, como milagrosamente preservado y librado de muchos peligros, de los cuales deseo conservar un buen recuerdo mientras viva en el mundo.

Y ahora que, en la Providencia de tal Dios, que libró a su siervo David de las garras del león y de las garras del oso³¹, he sido liberado de un largo y terrible cautiverio de entre peores salvajes que aquellos; y he vuelto a mi tierra natal para mostrar cuántas grandes cosas el Señor ha hecho por mí; haré un llamamiento a todos los hombres y diré: ¡Oh, ensalza al Señor conmigo, y exaltemos su nombre juntos! —¡Oh, que los hombres alaben al Señor por su bondad y por sus maravillosas obras sobre los hijos de los hombres!

³¹ Nota del editor. Se hace referencia al pasaje bíblico recogido en Samuel (17: 34-37).

1.3. A NARRATIVE Of the UNCOMMON SUFFERINGS, AND Surprizing DELIVERANCE OF Briton Hammon, A Negro Man, —Servant to GENERAL WINSLOW, Of Marshfield, in NEW-ENGLAND; Who returned to Boston, after having been absent almost Thirteen Years. CONTAINING An Account of the many Hardships he underwent from the Time he left his Master's House, in the Year 1747, to the Time of his Return to Boston — How he was Cast away in the Capes of Florida; —the horrid Cruelty and inhuman Barbarity of the Indians in murdering the whole Ship's Crew; —the Manner of his being carry'd by them into Captivity. Also, An Account of his being Confined Four Years and Seven Months in a close Dungeon, —And the remarkable Manner in which he met with his good old Master in London; who returned to New-England, a Passenger, in the same Ship.

**BOSTON,
Printed and Sold by Green & Russell, in Queen-Street.
1760.**

A NARRATIVE, &C.

TO THE READER,

AS my Capacities and Condition of Life are very low, it cannot be expected that I should make those Remarks on the Sufferings I have met with, or the kind Providence of a good GOD for my Preservation, as one in a higher Station; but shall leave that to the Reader as he goes along, and so I shall only relate Matters of Fact as they occur to my Mind—

ON Monday, 25th Day of December, 1747, with the leave of my Master, I went from Marshfield, with an Intention to go a Voyage to Sea, and the next Day, the 26th, got to Plymouth, where I immediately ship'd myself on board of a Sloop, Capt. John Howland, Master, bound to Jamaica and the Bay. —We sailed from Plymouth in a short Time, and after a pleasant Passage of about 30 Days, arrived at Jamaica; we was detain'd at Jamaica only 5 Days, from whence we sailed for the Bay, where we arrived safe in 10 Days. We loaded our Vessel with Logwood, and sailed from the Bay the 25th Day of May following, and the 15th Day of June, we were cast away on Cape-Florida, about 5 Leagues from the Shore; being now destitute of every Help, we knew not what to do or what

Course to take in this our sad Condition: —The Captain was advised, intreated, and beg'd on, by every Person on board, to heave over but only 20 Ton of the Wood, and we should get clear, which if he had done, might have sav'd his Vessel and Cargo, and not only so, but his own Life, as well as the Lives of the Mate and Nine Hands, as I shall presently relate.

After being upon this Reef two Days, the Captain order'd the Boat to be hoisted out, and then ask'd who were willing to tarry on board? The whole Crew was for going on Shore at this Time, but as the Boat would not carry 12 Persons at once, and to prevent any Uneasiness, the Captain, a Passenger, and one Hand tarry'd on board, while the Mate, with Seven Hands besides myself, were order'd to go on Shore in the Boat, which as soon as we had reached, one half were to be Landed, and the other four to return to the Sloop, to fetch the Captain and the others on Shore. The Captain order'd us to take with us our Arms, Ammunition, Provisions and Necessaries for Cooking, as also a Sail to make a Tent of, to shelter us from the Weather; after having left the Sloop we stood towards the Shore, and being within Two Leagues of the same, we espy'd a Number of Canoes, which we at first took to be Rocks, but soon found our Mistake, for we perceiv'd they moved towards us; we presently saw an English Colour hoisted in one of the Canoes, at the Sight of which we were not a little rejoiced, but on our advancing yet nearer, we found them, to our very great Surprize, to be Indians of which there were Sixty; being now so near them we could not possibly make our Escape; they soon came up with and boarded us, took away all our Arms[,] Ammunition, and Provision. The whole Number of Canoes (being about Twenty,) then made for the Sloop, except Two which they left to guard us, who order'd us to follow on with them; the Eighteen which made for the Sloop, went so much faster than we that they got on board above Three Hours before we came along side, and had kill'd Captain Howland, the Passenger and the other hand; we came to the Larboard side of the Sloop, and they order'd us round to the Starboard, and as we were passing round the Bow, we saw the whole Number of Indians, advancing forward and loading their Guns, upon which the Mate said, "my Lads we are all dead Men," and before we had got round, they discharged their Small Arms upon us, and kill'd Three of our hands, viz. Reuben Young of Cape-Cod, Mate; Joseph Little and Lemuel Doty of Plymouth, upon which I immediately jump'd overboard, chusing rather to be drowned, than to be kill'd by those barbarous and inhuman Savages. In three or four Minutes after, I heard another Volley which dispatched the other five, viz. John Nowland, and Nathaniel

Rich, both belonging to Plymouth, and Elkanah Collymore, and James Webb, Strangers, and Moses Newmock, Molatto. As soon as they had kill'd the whole of the People, one of the Canoes padled after me, and soon came up with me, hawled me into the Canoe, and beat me most terribly with a Cutlass, after that they ty'd me down, then this Canoe stood for the Sloop again and as soon as she came along side, the Indians on board the Sloop betook themselves to their Canoes, then set the Vessel on Fire, making a prodigious shouting and hallowing like so many Devils. As soon as the Vessel was burnt down to the Water's edge, the Indians stood for the Shore, together with our Boat, on board of which they put 5 hands. After we came to the Shore, they led me to their Hutts, where I expected nothing but immediate Death, and as they spoke broken English, were often telling me, while coming from the Sloop to the Shore, that they intended to roast me alive. But the Providence of God order'd it otherways, for He appeared for my Help, in this Mount of Difficulty, and they were better to me then my Fears, and soon unbound me, but set a Guard over me every Night. They kept me with them about five Weeks, during which Time they us'd me pretty well, and gave me boil'd Corn, which was what they often eat themselves. The Way I made my Escape from these Villains was this; A Spanish Schooner arriving there from St. Augustine, the Master of which, whose Name was Romond, asked the Indians to let me go on board his Vessel, which they granted, and the Captain³² knowing me very well, weigh'd Anchor and carry'd me off to the Havanna, and after being there four Days the Indians came after me, and insisted on having me again, as I was their Prisoner; —They made Application to the Governor, and demanded me again from him; in answer to which the Governor told them, that as they had put the whole Crew to Death, they should not have me again, and so paid them Ten Dollars for me, adding, that he would not have them kill any Person hereafter, but take as many of them as they could, of those that should be cast away, and bring them to him, for which he would pay them Ten Dollars a-head. At the Havanna I lived with the Governor in the Castle about a Twelve-month, where I was walking thro' the Street, I met with a Press-Gang who immediately prest me, and put me into Goal, and with a Number of others I was confin'd till next Morning, when we were all brought out, and ask'd who would go on board the King's Ships, four of which having been lately built, were bound to Old-Spain, and on my refusing to serve on board, they put me in a close Dungeon, where I

³² The Way I came to know this Gentleman was, by his being taken last War by an English Privateer, and brought into Jamaica, while I was there.

was confin'd Four Years and seven months; during which Time I often made application to the Governor, by Persons who came to see the Prisoners, but they never acquainted him with it, nor did he know all this Time what became of me, which was the means of my being confin'd there so long. But kind Providence so order'd it, that after I had been in this Place so long as the Time mention'd above the Captain of a Merchantman, belonging to Boston, having sprung a Leak was obliged to put into the Havanna to refit, and while he was at Dinner at Mrs. Betty Howard's, she told the Captain of my deplorable Condition, and said she would be glad, if he could by some means or other relieve me; The Captain told Mrs. Howard he would use his best Endeavours for my Relief and Enlargement.

Accordingly, after Dinner, came to the Prison, and ask'd the Keeper if he might see me; upon his Request I was brought out of the Dungeon, and after the Captain had Interrogated me, told me, he would intercede with the Governor for my Relief out of that miserable Place, which he did, and the next Day the Governor sent an Order to release me; I lived with the Governor about a Year after I was delivered from the Dungeon, in which Time I endeavour'd three Times to make my Escape, the last of which proved effectual; the first Time I got on board of Captain Marsh, an English Twenty Gun Ship, with a Number of others, and lay on board conceal'd that Night; and the next Day the Ship being under sail, I thought myself safe, and so made my Appearance upon Deck, but as soon as we were discovered the Captain ordered the Boat out, and sent us all on Shore — I intreated the Captain to let me, in particular, tarry on board, begging, and crying to him, to commiserate my unhappy Condition, and added, that I had been confin'd almost five Years in a close Dungeon, but the Captain would not hearken to any Intreaties, for fear of having the Governor's Displeasure, and so was obliged to go on Shore.

After being on Shore another Twelvemonth, I endeavour'd to make my Escape the second Time, by trying to get on board of a Sloop bound to Jamaica, and as I was going from the City to the Sloop, was unhappily taken by the Guard, and ordered back to the Castle, and there confined. —However, in a short Time I was set at Liberty, and order'd with a Number of others to carry the³³ Bishop from the Castle, thro' the Country,

³³ He is carried (by Way of Respect) in a large Two-arm Chair; the Chair is lin'd with crimson Velvet, and supported by eight Persons.

to confirm the old People, baptize Children, &c. for which he receives large Sums of Money. —I was employ'd in this Service about Seven Months, during which Time I lived very well, and then returned to the Castle again, where I had my Liberty to walk about the City, and do Work for my self; —The Beaver, an English Man of War then lay in the Harbour, and having been informed by some of the Ship's Crew that she was to sail in a few Days, I had nothing now to do, but to seek an Opportunity how I should make my Escape.

Accordingly one Sunday Night the Lieutenant of the Ship with a Number of the Barge Crew were in a Tavern, and Mrs. Howard who had before been a Friend to me, interceded with the Lieutenant to carry me on board: the Lieutenant said he would with all his Heart, and immediately I went on board in the Barge. The next Day the Spaniards came along side the Beaver, and demanded me again, with a Number of others who had made their Escape from them, and got on board the Ship, but just before I did; but the Captain, who was a true Englishman, refus'd them, and said he could not answer it, to deliver up any Englishmen under English Colours. —In a few Days we set Sail for Jamaica, where we arrived safe, after a short and pleasant Passage.

After being at Jamaica a short Time we sail'd for London, as convoy to a Fleet of Merchantmen, who all arrived safe in the Downs, I was turned over to another Ship, the Arcenceil, and there remained about a Month. From this Ship I went on board the Sandwich of 90 Guns; on board the Sandwich, I tarry'd 6 Weeks, and then was order'd on board the Hercules, Capt. John Porter, a 74 Gun Ship, we sail'd on a Cruize, and met with a French 84 Gun Ship, and had a very smart Engagement³⁴, in which about 70 of our Hands were Kill'd and Wounded, the Captain lost his Leg in the Engagement, and I was Wounded in the Head by a small Shot. We should have taken this Ship, if they had not cut away the most of our Rigging; however, in about three Hours after, a 64 Gun Ship, came up with and took her. —I was discharged from the Hercules the 12th Day of May 1759 (having been on board of that Ship 3 Months) on account of my being disabled in the Arm, and render'd incapable of Service, after being honourably paid the Wages due to me. I was put into the Greenwich Hospital where I stay'd and soon recovered. —I then

³⁴ A particular Account of this Engagement, has been Publish'd in the Boston News-Papers.

ship'd myself a Cook on board Captain Martyn, an arm'd Ship in the King's Service. I was on board this Ship almost Two Months, and after being paid my Wages, was discharg'd in the Month of October. —After my discharge from Captain Martyn, I was taken sick in London of a Fever, and was confin'd about 6 Weeks, where I expended all my Money, and left in very poor Circumstances; and unhappy for me I knew nothing of my good Master's being in London at this my very difficult Time. After I got well of my sickness, I ship'd myself on board of a large Ship bound to Guinea, and being in a publick House one Evening, I overheard a Number of Persons talking about Rigging a Vessel bound to New-England, I ask'd them to what Part of New-England this Vessel was bound? they told me, to Boston; and having ask'd them who was Commander? they told me, Capt. Watt; in a few Minutes after this the Mate of the Ship came in, and I ask'd him if Captain Watt did not want a Cook, who told me he did, and that the Captain would be in, in a few Minutes; and in about half an Hour the Captain came in, and then I ship'd myself at once, after begging off from the Ship bound to Guinea; I work'd on board Captain Watt's Ship almost Three Months, before she sail'd, and one Day being at Work in the Hold, I overheard some Persons on board mention the Name of Winslow, at the Name of which I was very inquisitive, and having ask'd what Winslow they were talking about? They told me it was General Winslow; and that he was one of the Passengers, I ask'd them what General Winslow? For I never knew my good Master, by that Title before; but after enquiring more particularly I found it must be Master, and in a few Days Time the Truth was joyfully verify'd by a happy Sight of his Person, which so overcome me, that I could not speak to him for some Time —My good Master was exceeding glad to see me, telling me that I was like one arose from the Dead, for he thought I had been Dead a great many Years, having heard nothing of me for almost Thirteen Years.

I think I have not deviated from Truth, in any particular of this my Narrative, and tho' I have omitted a great many Things, yet what is wrote may suffice to convince the Reader, that I have been most grievously afflicted, and yet thro' the Divine Goodness, as miraculously preserved, and delivered out of many Dangers; of which I desire to retain a grateful Remembrance, as long as I live in the World.

And now, That in the Providence of that GOD, who delivered his Servant David out of the Paw of the Lion and out of the Paw of the Bear, I am freed from a long and dreadful Captivity, among worse Savages than they; And am return'd to my own

Native Land, to Shew how Great Things the Lord hath done for Me; I would call upon all Men, and Say, O Magnifie the Lord with Me, and let us Exalt his Name together! — O that Men would Praise the Lord for His Goodness, and for his Wonderful Works to the Children of Men!

The LIFE, and dying SPEECH of ARTHUR, a Negro Man;

Who was Executed at Worcester, October 20th 1768. For Rape committed on the Body of one Deborah Metcalf.

I Was born at *Tannton*, January 12, 1727, in the House of *Richard Godfrey*, Esq; my Mother being his Slave, where I lived fourteen Years; I was learned to read and write, and was treated very kindly by my Master; but was so unhappy as often to incur the Displeasure of my Mistress, which caus'd me then to run away. And this was the beginning of the many notorious Crimes, of which I have been guilty. I went first to *Sandwich*, where I fell in Company with some Indians, with whom I lived two Months in a very dissolute Manner, frequently being guilty of Drunkenness and Fornication; for which Crimes I have been since famous, and for which I am now brought to this untimely Death.

At *Sandwich*, I stole a Shirt, was detected, and settled the Affair, by paying twenty shillings. My Character being now known, I thought proper to leave the Place; and accordingly shipped my self on board a Whaling Sloop, with *Capt. Coffin*, of *New-Norwick*: We were out eight Months, and then returned to *Neworick*, from whence we sailed, where I tarried six Weeks. In which Time I broke a Store of *Mr. Roach's*, from which I stole a Quantity of Rum, a pair of Trowsers, a Jacket, and some other Articles.—The next Day I got drunk, and by wearing the Jacket, was detected, for which Offence I was whip'd fifteen Stripes, and committed to Goal, for the Payment of *£50*, Sec. from whence I escap'd in half an Hour, by breaking the Lock.—Being now hardened in my Wickedness, I the next Night broke another Store in the same Place, from which I stole several Articles, and then shipped my self on board a Vessel bound to *Swansey*, where I was discovered, taken on Shore, and whip'd sixteen Stripes; being then sent at Liberty, I returned to *Tannton*, after one Year's Absence, where my Master received me kindly, whom I served three Years: In which Time I followed the Seas, sailing from *Neworick*, and *Newport*, to divers parts of the *West-Indies*, where I whored and drank, to great Excess. Being now weary of the Seas, on the 27th of October 1764, I came again to live with my Mistress at *Tannton*, where I behaved well for six Weeks; at the Expiration of which Time, going to Town with some Negroes, I got intoxicated, and returning home went into an House where were several Women only, to whom I offered Indecencies, but was prevented from executing my black Designs, by the coming in of *James Williams*, Esq; upon which I left the House, but was overtake'n by him, who with the Assistance of *Mr. Job Smith*, committed me to *Tannton* Goal. On the next Day I was tried before the same *Mr. Williams*, and was whip'd thirty-nine Stripes for abusing him, uttering three profane Oaths, and threatening to fire *Mr. Smith's* House. My Master being now determined, by the Advice of his Friends, to send me out of the Country, I was sold to *James Hill*, of *Brookfield*, with whom I lived only one Week; I was then sold to my last Master, *Capt. Clarke*, of *Rutland* District, where I behaved well for two Months, and was very kindly treated by my Master and Mistress. I then unhappily commencing an Acquaintance with a young Squaw, with whom (having stole Six Shillings from one of my Master's Sons) I was advised by other Negroes, to run away, to avoid being taken up. By Advice of my Companion (who like the rest of her Sex, was of a very fruitful Invention) I had recourse to the following Expedient: I dressed in the Habit of a Squaw, and made of my own Cloaths a Pappoose; in this

manner we proceeded to *Hadley* undiscov'rd, where I was introduced by my Companion, to an Indian Family, where I tarried only one Night, being discover'd in the Morning by one *Mr. Barnstaple*, a Person who had been sent after me; with him I went to *Springfield*, where I met my Master, who took me down to *Medford* with a Drive of Horses, where he sold me to a Dutch Gentleman, whose Name I have since forgot. The very Night after I fled from the *Widow Sherley* (a Person who kept a public House in that Place) five Pounds; and the next Night, by getting drunk and losing some of the Money, I was detected and put under the Custody of two Men, for Trial the next Day: From whom I escap'd, and went to *Farmington*, where being advised, I was immediately taken up by *Mr. John Petenell*, who carried me to my old Master *Clarke's*, in *Rutland* District, with whom I lived the Summer, frequently stealing and getting drunk. My Master being now wearied by my repeated Crimes, was determined to part with me; and accordingly we set off for *Boston*, at which Time I took two Dollars from my Master's Desk. On our Way thither, carrying some Time at *Mr. Ely's* in *Walham*: I went with some Negroes to a Husking, at *Mr. Thomas Parkes's*, in *Little Cambridge*, where they on the same Night introduced me to a white Woman of that Place: And as our Behaviour was such, as we have both Reason to be ashamed of, I shall for her sake pass it over in Silence. On the next Day I went to *Boston*, was purified by her Husband, who found me at the Sign of the white Horse, where I left him in Conversation with my Master, who sent me to *Little Cambridge* with his Team; he as his coming up with me on *Boston* Neck, where we came to Boreas, and coming off Conqueror, put on for *Cambridge*. The next Night I went to another Husking at *Mr. John Doney's*, of that Place; after husking, I went to a Tavern opposite *Mr. Doney's*, and took room from a Team there, a Horse, Saddle and Bridle, and rode to *Natick*, where I met with the Squaw, with whom I formerly made my Tour to *Hadley*, and with her spent the Day; and returning to *Cambridge*, I met my Master, with another Man, in pursuit of me. At our Arrival there, I was sentenced by five Men (to whom the Matter was left) to receive fifteen Stripes, or pay four Dollars; and my Master was to give natural, or rather fully, as to pay the Money, and let me go with Impunity.

From here we went to *Walham*, where my Master heard that the injured Husband before mentioned, was after me with a Warrant, which determin'd him to flip me off; accordingly he went to *Boston* to get a Birth for me, and order'd me to come in the Night: In Pursuance of which Order, I set off, having a natural Aversion to walking, for my own Ease, and that I might make the greater Distance; I took a Horse from the Stable of one *Mr. Cutler*, rode to *Roxbury*, and let him go: I walk'd over the Neck, and took Lodging in a Barn belonging to *Mr. Pierpont*, where I was met by my Master, who told me to tarry 'till the next Day, when I should be taken on board a Vessel bound for *Maryland*: But they not coming at the Time appointed, and I not having had any Victuals since I left *Walham*, thought proper to leave the Barn for better Quarters; and accordingly made the best of my way to *Dorchester*, where I stole a Horse, Saddle and Bridle, and proceeded to *Boston*, to pay a Visit to my Parents; who, supposing my Situation, inflict'd on my re-

turning to my Master, which I promised without either Thoughts or Inclination of performing: For instead of returning to *Boston*, I decer'd my Course for *Sandwich*. On my way there, at *Rockport*, stole a Saddle. When I got to *Sandwich*, I went to an Indian House, where I had been formerly acquainted, and with the Squaws there, spent my Time in a manner which may be easily guess'd; but was taken up on Suspicion, by one *Mr. Ely*, and by him carried before *Col. Otis*, who on my confessing that I stole the Horse at *Dorchester*, committed me to *Barnstable* Goal for Trial, from whence I escap'd in two Days, and went to *Sandwich*, an Indian Village in *Sandwich*, where I tarried six Weeks, spending my Time in drinking and whoring with the Squaws. By this Time I had got almost naked, and on going to *Falmouth* with some Indians, went into a Shoemaker's Shop, and from thence stole a pair of Shoes: And from a House in the same Place, I stole a Shirt, and a pair of Trowsers. At Night my Companions getting drunk, I left them; and at a Tavern there, stole a Horse, Saddle and Bridle, on which I returned to the Indian Village, and then let him loose. After jarrying one Week more, I was again taken up and committed to *Barnstable* Goal, where after laying three Weeks, I was tried and sentenced to receive twenty Stripes; but being unwell, the Man from whom I stole the Horse at *Dorchester*, coming to *Barnstable*, and by paying the Cost, took me out of Goal, so that I again got off unpunished: With him I lived about three Weeks, and behaved well.

In the mean Time, my Master being sent for, once more took my home, where I had not been three Months, before another Negro of my Master's sold me to the young Squaw, in great meanness, and very delirious of seeing me. One Night, after having stole some Rum from my Master, got pretty handsomely drunk, took one of his Horses, and made the best of my way to her usual Place of Abode; but the not being at home, the Devil put it into my Head to pay a Visit to the *Widow Deborah Metcalf*, whom I, in a most inhumane manner, ravish'd: The Particulars of which are so notorious, that it is needless for me here to relate them. The next Morning the unhappy Woman came and acquainted my Master of it, who immediately tyed me, to prevent my running away, and told her (if she was desirous of prosecuting me) to get a Warrant as soon as possible; but the being unwilling to have me hang'd, propos'd making the Matter up for a proper Consideration, provided my Master would find me out of the Country; to which he agreed, and accordingly set off with me for *Albany*: But we were overtake'n at *Gloucester*, by *Mr. Nathaniel Jenkinson*, who's Friend had got a Warrant for me. On our return to *Rutland* District, we stop'd at a Tavern in *Hardwick*, where after I had warn'd my self, *Jenkinson* was Fool enough to bid me put along, and he would overtake me; accordingly I went out of the Door, and seeing his Horse stand handily, what should I do, but mount him, and ride off as fast as I could, leaving *Jenkinson* to pursue me on Foot. I got home before Bed-time, and took up my Lodging in my Master's Barn for the Night, where I had a Bottle of Cherry Rum (which I found in *Mr. Jenkinson's* Baggs) to refresh my self with.

On the next Day, being the 30th of March 1765, was discovered, and committed to *Worcester* Goal, where I continued 'till the 20th of April following; at which Time I broke out with the late celebrated

FRASER, and a young Lad, who was confin'd for Reallig. After which, at *Worcester* we broke into a Barber's Shop, from whence we stole a Quantity of Flour, a Comb, and a Razor: We then set off for *Boston*. At *Stoughton*, we stole a Quantity of Flour, a Comb, and a Razor: We then set off for *Boston*. In the same Place, we stole a Kettle, in which we boiled the Goats, in *Woburn* Woods. At *Merrimack*, we broke into a Druggist's Shop, from whence we stole some Cyder Brandy: In the same Town we broke into a Shoe-maker's Shop, and took each of us a pair of Shoes. We likewise broke into *Mr. Gordon*'s House, in the same Place, from whence we stole some Bread, Meat and Rum. At *Sudbury*, we stole each of us a Shirt, and one pair of Stockings. At *Waltham* we stole some Butter from off a Fire, and broke into a House belonging to one *Mr. Ely*, from whom we took a small Sum of Money, some Chocolate and Run: At *Andover*, we stole a Brass Kettle from one *Mr. Ely*, of that Place. My Companions now left me, upon which I went to *Mr. Ely's* in *Walham*, who knew me: And having heard of my Escape from *Worcester* Goal, immediately secur'd me, and with the Assistance of another Man, brought me back again, where on the 17th of September following, I was tried and found guilty. Upon which, by the Advice of my Counsel, I pray'd for the Benefit of the Clergy, which after a Year's Consideration, the Court denied me: And accordingly I was, on the 24th of Septemb^r, sentenced to be hang'd, which I must confess is but too just a Reward for my many notorious Crimes.

I am not conclude this my Narrative, without gratefully acknowledging the unexample'd Pains that were taken by the *Magistrate*, in endeavouring to give me a proper Sense of my miserable and wretched Condition, whose frequent Exhortations, and most fervent Prayers, together with those of the rest of God's People, and my own sincere Endeavours after true Repentance, will I hope prove the Means of my eternal Well-being; which I hope is still the Prayers of every Christian, to whom my unhappy Situation is known.—I earnestly desire that this Recital of my Crimes, and the ignominious Death to which my notorious Wickedness has brought me, may prove a Warning to all Persons who shall become acquainted therewith. But in a particular Manner, I would solemnly warn those of my own Colour, as they regard their own Souls, to avoid Rejection from their Masters, Drunkenness and Lewdness; which three Crimes was the Source from which have flow'd the many Evils and Miseries of my short Life: Short indeed! For I am now at the Age of 21 Years only, just going to launch into a never-ending Eternity; not by a natural Death, but by the execution of a cruel and bloody Sentence, to be added the Ignominy and Terror of that particular kind of Death, which I am now going to suffer.—I freely acknowledge I have been better treated by Mankind in general, than I deserved: Yet some Journeys have Received, which I now freely forgive.—I also humbly ask Forgiveness of all whom I have injured, and desire that they would pray that I may receive the Forgiveness of God, whom I have most of all offended; and on whose Pardon and Grace depends my eternal Happiness or Misery.—

Worcester Goal, Oct. 18, 1768.

Arthur.

1768, Oct-18
Oct-17

Figura 2. Broadside o pliego impreso donde se recoge *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man de 1768.*

1.4. La vida, y último discurso de Arthur, un hombre negro; que fue ejecutado en Worcester, el 10 de octubre de 1768, por una violación cometida sobre el cuerpo de una tal Deborah Metcalfe.

Nací en Tauton³⁵ el 15 de enero de 1747 en la casa del Ldo. Richard Godfrey, al ser mi madre su esclava, donde viví catorce años; aprendí a leer y escribir, y mi amo me trató muy bien; pero yo era tan infeliz que a menudo provocaba el descontento de mi ama, lo que entonces hizo que me escapase: y este fue el comienzo de muchos notorios crímenes de los que he sido culpable. Primero me fui a Sandwich³⁶, adonde viví dos meses de forma muy disoluta, frecuentemente siendo acusado de ebriedad y fornicación; unos crímenes por los cuales he sido famoso desde entonces, y por los cuales me encuentro en esta prematura muerte.

En Sandwich robé una camisa, me pillaron y zanjaron el asunto con el pago de veinte chelines. Al conocerse ahora mi carácter, estimé oportuno abandonar el lugar, y por consiguiente me enrolé a bordo de un ballenero con el Cap. Coffin de Nantucket³⁷: estuvimos fuera ocho meses y luego regresamos a Nantucket, desde donde zarpamos, adonde me quedé seis meses. En ese tiempo atraqué una tienda del Sr. Roach, de la que robé una cantidad de ron, un par de pantalones, una chaqueta y algo de calicó³⁸. —Al día siguiente me emborraché, y al llevar la chaqueta, me pillaron, ofensa por la que me dieron quince latigazos, y enviaron a la cárcel por el pago del coste, etc. de donde escapé en media hora al romper la cerradura. Habiéndome vuelto aún más malo, la siguiente noche atraqué otra tienda en el mismo lugar, de la cual tomé varios artículos, y luego me

³⁵ Nota del editor. Localidad del condado de Bristol en el estado estadounidense de Massachusetts.

³⁶ Nota del editor. Localidad del condado de Barnstable en el estado estadounidense de Massachusetts.

³⁷ Nota del editor. Isla ubicada a unos 50 km al sur de *Cape Cod*, Massachusetts, en los Estados Unidos.

³⁸ Nota del editor. Tela fina y sin blanquear realizada con hilos de algodón cardados relativamente rígida y de aspecto algo basto originaria de la ciudad india de Calicut de donde viene su denominación francesa *calicot*.

embarqué a bordo de un barco rumbo a Swanzey³⁹, donde me descubrieron, me bajaron a tierra y me dieron dieciséis latigazos; al quedar en libertad, regresé a Taunton, tras un año de ausencia, donde mi amo me recibió amablemente, a quien serví tres años: en este tiempo me hice a la mar, navegando de Nantucket, y Newport⁴⁰, hasta diversas partes de las Indias Occidentales⁴¹, donde forniqué y bebí en gran exceso. Cuando me cansé de los mares, el 27 de octubre de 1764, volví otra vez a vivir con mi amo a Taunton, donde me porté bien durante seis semanas; al cabo de las cuales, al ir al pueblo con varios negros, me emborraché; al volver a casa me metí en otra donde había varias mujeres solas, a las que propuse indecencias, pero no llegué a ejecutar mis oscuros designios por la llegada del Ldo. James Williams; ante lo cual abandoné la casa, pero me pilló, y con la ayuda del Sr. Job Smith, me envió a la cárcel de Taunton: al día siguiente me pusieron ante el mismo Sr. Williams y me dieron treinta y nueve latigazos por meterme con él, al echar tres maldiciones, y amenazar con quemar la casa del Sr. Smith. Una vez mi amo se decidió, por consejo de sus amigos, a mandarme fuera del país, fui vendido al Sr. John Hill, de Brookfield⁴², con quien viví tan solo una semana; luego fui vendido a mi último amo el Cap. Clarke de Rutland District⁴³, donde me porté bien durante dos meses, y fui muy bien tratado por mi amo y mi ama. Desafortunadamente luego comencé una relación con a una joven piel roja, con quien (tras haber robado seis chelines de uno de los hijos de mi amo) varios negros me dijeron que me escapase para evitar que me cogiesen. Por consejo de mi compañera (que como el resto de su sexo tenía un provechoso ingenio) había recurrido al siguiente ardid: me vestí según el hábito de una piel roja, e hice de mis propias ropas un pequeño indio; de esta forma llegamos hasta Hadley⁴⁴ sin ser descubiertos, donde mi

³⁹ Nota del editor. Forma antigua del nombre de la actual localidad de Swansea ubicada en el condado de Bristol en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁴⁰ Nota del editor. Localidad del condado de Newport, en el estado estadounidense de Rhode Island.

⁴¹ Nota del editor. A pesar de que en español este nombre hace referencia a todo el continente americano, aquí se reduce a las islas del Caribe denominadas Antillas y Bahamas por influjo del inglés *West Indies*.

⁴² Nota del editor. Localidad del condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts

⁴³ Nota del editor. Localidad del condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁴⁴ Nota del autor. Localidad del condado de Hampshire en el estado estadounidense de Massachusetts.

compañera me presentó a una familia india, con la cual pasé solo una noche, al ser descubierto por la mañana por un tal Sr. Shurtleff, una persona que habían mandado tras de mí; con él fui a Springfield⁴⁵, donde me encontré con mi amo, el cual me llevó a Middletown⁴⁶ con una manada de caballos, donde me vendió a un caballero holandés, cuyo nombre he olvidado desde entonces. A la noche siguiente le robé a la viuda Sherley (una persona que tenía un bar en ese lugar) cinco libras; y la siguiente noche, al emborracharme y perder algo del dinero, me descubrieron y pusieron bajo la custodia de dos hombres para procesarme al día siguiente; de quienes escapé, y me fui a Farmington⁴⁷, donde al estar en busca y captura, fui cogido de inmediato por el Sr. John Petterill, quien me llevó a casa de mi antiguo amo Clarke, en Rutland District, con quien pasé el verano, robando y emborrachándome con frecuencia. Cuando mi amo se hubo cansado de mis repetidos crímenes, decidió dejarme: y consiguientemente salimos para Boston, tiempo en que cogí dos dólares de la caja de mi amo. De camino hacia allí, al quedarnos algo de tiempo donde el Sr. Fisk en Waltham⁴⁸, me fui con algunos negros a una limpia⁴⁹ donde el Sr. Parker, en Little Cambridge⁵⁰, adonde esa misma noche me presentaron a una mujer blanca de aquel lugar: y como nos portamos de una forma, de la que ambos nos avergonzamos, lo pasaré por alto por su bien. Al día siguiente que fui a Boston, fui

⁴⁵ Nota del editor. Ciudad ubicada en el condado de Hampden, al sur del estado estadounidense de Massachusetts, cerca de la frontera con Connecticut.

⁴⁶ Nota del editor. Bajo esta denominación se encuentran dos ciudades en los límites geográficos que manejamos, por un lado, la ciudad localizada en el condado de Middlesex en Connecticut, y por otro, la localidad de Middleton ubicada en el condado de Essex en el estado estadounidense de Massachusetts. No obstante optamos por la primera ciudad al encontrarse más cercana a las anteriores localidades.

⁴⁷ Nota del editor. Localidad ubicada en el condado de Hartford en el estado estadounidense de Connecticut.

⁴⁸ Nota del editor. Localidad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁴⁹ Nota del editor. En el original se recoge *husking* que hace referencia al trabajo de quitar la cáscara u hojas de las mazorcas de maíz.

⁵⁰ Nota del editor. Hace referencia al antiguo municipio de Brighton, surgido a raíz de la separación en 1807 de la ciudad de Cambridge, de ahí su denominación en la época de la narrativa, y convertido en la actualidad uno de los barrios de la ciudad de Boston en Massachusetts, Estados Unidos.

perseguido por su marido, quien me encontró en la señal del Caballo blanco⁵¹, donde le dejé conversando con mi amo, quien me envió a Little Cambridge con su cuadrilla; volvió a encontrarme por la zona de Boston, donde llegamos a los puños, y saliendo victorioso, me adelanté a Cambridge⁵². La noche siguiente me fui a otra limpia donde John Denney, de aquel lugar; tras las limpias, me fui a una taberna en frente de donde el Sr. Denney, y le quité a una cuadrilla de allí un caballo, la silla y la brida, y cabalgué hasta Natick⁵³, donde me encontré con la piel roja, con la que antes había ido a Hadley, y con ella pasé el día; y volviendo a Cambridge me encontré a mi amo, con otro hombre, tras de mí. A nuestra llegada allí, fui sentenciado por cinco hombres (a quienes se dejó el asunto) a recibir quince latigazos o pagar cuatro dólares; y mi amo fue tan bueno, o más bien tan tonto, como para pagar el dinero y dejarme marchar con impunidad.

Desde aquí nos fuimos Waltham, donde mi amo escuchó que el ofendido marido antes mencionado, estaba tras de mí con una orden, lo que hizo que se resolviese a mandarme fuera; por consiguiente se fue a Boston para conseguir un certificado para mí, y me mandó que fuese por la noche: partí siguiendo sus órdenes, pero como aborrecía por naturaleza caminar, por mi propia comodidad, y ya que debía hacer una diligencia aún más grande, tomé un caballo del establo de un tal Sr. Cutting, cabalgué hasta Roxbury⁵⁴, y lo solté: caminé por la zona y tomé posada en un establo que pertenecía a un tal Sr. Pierpont, adonde me encontró mi amo, el cual me dijo que me quedase hasta el día siguiente, cuando me llevarían a bordo de un barco rumbo a Maryland. Pero como no vinieron a la hora fijada, y como no había comido nada desde que dejé Waltham, creí oportuno dejar el establo por mejor cuartel; por consiguiente hice casi todo el camino

⁵¹ Nota del editor. Taberna de Boston situada cerca de la calle Boylston que servía como punto de encuentro y referencia durante el periodo colonial.

⁵² Nota del editor. Ciudad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁵³ Nota del editor. Localidad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁵⁴ Nota del editor. Antiguo municipio que por proximidad fue disuelto e incorporado en 1846 a la actual ciudad de Boston.

hasta Dorchester⁵⁵, donde robé un caballo, la silla y la brida, y continué hasta Easton⁵⁶ para hacer un visita a mis padres: quienes, al sospechar de mi situación, insistieron en que volviese con mi amo, lo cual prometí sin idea ni intención de hacerlo: pues en lugar de volver a Boston, me encaminé hacia Sandwich. En el camino allí, en Rochester, robé un caldero. Cuando llegué a Sandwich, me fui a una casa india en la que ya me conocían, y allí con las pieles rojas pasé el tiempo de una forma que fácilmente puede adivinarse; pero fui arrestado bajo sospecha por un tal Sr. Fisk, y por él llevado ante el Cnel. Otis, quien al confesarle que robé el caballo en Dorchester, me mandó a la cárcel de Barnstable⁵⁷ para ajusticiarme, de donde me escapé a los dos días. Luego me fui a Southsea, un pueblo indio de Sandwich, donde me quedé seis semanas, empleando el tiempo en beber y fornicar con las pieles rojas. Por entonces estaba casi desnudo; y yendo a Falmouth⁵⁸, entré en la tienda de un zapatero, y robé de allí un par de zapatos: y de una casa del mismo lugar, robé una camisa y un par de pantalones. Al emborracharse mis compañeros por la noche, los dejé; y en una taberna de allí, robé un caballo, la silla y la brida, con los cuales volví al pueblo indio, y lo dejé suelto. Tras quedarme una semana más, volvieron a arrestarme y mandarme a la cárcel de Barnstable, donde tras pasar tres semanas, se me juzgó y sentenció a recibir veinte latigazos; pero como estaba malo, el hombre a quien le robé el caballo en Dorchester, me sacó de la cárcel, con lo que me fui de nuevo sin castigo; con él viví unas tres semanas, y me porté bien.

Mientras tanto, al llamar a mi amo, una vez más me llevó a casa, donde no había estado ni tres semanas, antes de que otro negro de mi amo me dijese que la joven piel roja, tan frecuentemente mencionada, estaba deseando verme. Una noche, después de haberle robado algo de ron a mi amo, me puse bastante borracho, cogí uno de sus caballos, he hice todo el camino hasta donde ella residía habitualmente; pero al no estar en casa, el demonio me metió en la cabeza el hacer una visita a la viuda Deborah Metcalfe, a quien

⁵⁵ Nota del editor. Antiguo municipio que por proximidad fue incorporado a la actual ciudad de Boston.

⁵⁶ Nota del editor. Localidad del condado de Bristol en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁵⁷ Nota del editor. Ciudad del condado del mismo nombre en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁵⁸ Nota del editor. Localidad del condado de Barnstable en el estado estadounidense de Massachusetts.

yo, de la manera más inhumana, violé: los detalles de lo cual son tan notorios, que no es necesario que aquí los relate. A la mañana siguiente la desdichada mujer vino y puso a mi amo al corriente de ello, quien de inmediato me ató, para impedir que me escapase, y le dijo (en caso de que quisiese demandarme) que consiguiese una orden en cuanto pudiese; pero como no quería que me colgasen, propuso zanjar el asunto debidamente, siempre que mi amo me mandase fuera del país; a lo cual accedió, y por consiguiente partió conmigo hacia Albany⁵⁹: pero fuimos alcanzados en Glasgow⁶⁰ por el Sr. Nathaniel Jennison, el cual parecía tener una orden para mí. Cuando volvíamos a Rutland District, nos paramos en una taberna en Hardwick⁶¹, donde después de que me hube calentado, Jennison fue tan tonto como para mandarme ir tirando, que ya me cogería; por consiguiente salí por la puerta, y al ver que su caballo estaba a mano, qué debía hacer sino montarlo, y cabalgué tan rápido como pude, dejando que Jennison me persiguiese a pie. Llegué a casa antes de la hora de acostarse, y tomé posada en el establo de mi amo para pasar la noche, adonde me tomé una botella de ron de cereza (que encontré en las maletas del Sr. Jennison) con la que refrescarme.

Al día siguiente, que era el 30 de marzo de 1767, fui descubierto y mandado a la cárcel de Worcester⁶², adonde seguí hasta el 20 del abril siguiente; momento en que me escapé con el célebre difunto Frasier, un joven que fue encerrado por robar. Después de lo cual, en Worcester, entramos a una barbería, de donde robamos gran cantidad de polvos⁶³, un peine y una navaja: luego nos fuimos a Boston. En Shrewsbury⁶⁴, robamos

⁵⁹ Nota del editor. Capital del estado de Nueva York y del condado de Albany en los Estados Unidos.

⁶⁰ Nota del editor. Bajo este nombre y en el área descrita en la narrativa tan solo encontramos la localidad de Glasgo, integrada en la actualidad en Griswold, ciudad del condado de New London en el estado estadounidense de Connecticut.

⁶¹ Nota del editor. Localidad del condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁶² Nota del editor. Ciudad ubicada en el condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts situada a unos 65 km al oeste de Boston.

⁶³ Nota del editor. En el original se recoge *flour* o harina, pues parece común el uso de determinadas harinas naturales como polvos cosméticos. Véase M. Villaret (1832), *Arte de peinarse las señoras a sí mismas y manual del peluquero*. Madrid: Librería Pérez, pág. 139.

⁶⁴ Nota del editor. Localidad del condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts.

un ganso del Sr. Samuel Jennison; y de la viuda Kingsley, del mismo lugar, robamos una tetera, en la cual hervimos el ganso, en Westborough Woods⁶⁵. En Marlborough⁶⁶, entramos en una destilería, de donde robamos algo de brandy de sidra: en el mismo pueblo entramos en una zapatería, y cogimos cada uno un par de zapatos. Asimismo entramos en la casa del Sr. Ciperon Howe, en el mismo sitio, de donde robamos algo de pan, carne y ron. En Sudbury⁶⁷, robamos una camisa cada uno, y un par de medias. En Weston⁶⁸ robamos algo de mantequilla de un caballo. En Waltham entramos en una casa que pertenecía a un tal Sr. Fisk, a quien le quitamos una pequeña suma de dinero, algo de chocolate y ron. En Watertown⁶⁹ robamos una tetera de latón de una tal Sra. White de aquel lugar. Me dejaron entonces mis compañeros; con lo que fui a donde el Sr. Fisk en Waltham, que me conocía. Y al haber oído de mi huida de la cárcel de Worcester, de inmediato me sujetó, y con la ayuda de otro hombre, me llevó otra vez de vuelta, donde el 17 del septiembre siguiente, fui procesado y declarado culpable. Con lo cual, por consejo de mi abogado, rogué por el beneficio del clero; el cual tras un año de deliberación, el tribunal me negó: y por consiguiente fui condenado el 24 del pasado septiembre a ser ahorcado, que debo reconocer es más que justo por tantos consabidos crímenes.

No puedo concluir esta que es mi narrativa, sin agradecer encarecidamente los incansables esfuerzos llevados a cabo por el Sr. Rvdo. McCarty por hacerme ver realmente mi miserable y malvada condición, cuyas frecuentes exhortaciones, y más fervientes oraciones, junto con aquellas del resto del pueblo de Dios, y mis propios sinceros esfuerzos después de un verdadero arrepentimiento, espero que garanticen los medios para mi eterno bienestar; que espero esté todavía en las oraciones de todo

⁶⁵ Nota del editor. Cerca de la localidad del mismo nombre en el condado de Worcester en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁶⁶ Nota del editor. Ciudad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁶⁷ Nota del editor. Localidad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁶⁸ Nota del editor. Localidad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

⁶⁹ Nota del editor. Ciudad del condado de Middlesex en el estado estadounidense de Massachusetts.

cristiano, a quien mi situación le sea conocida. —Deseo de corazón que este relato de mis crímenes, y la ignominiosa muerte a la que me ha llevado mi conocida maldad, sirva de advertencia para todas las personas que lean esto. Pero de una manera particular, advierto seriamente a aquellos de mi color, que si aprecian su propia alma, eviten abandonar a sus amos, la embriaguez y la lascivia; tres crímenes que son la fuente de la que han brotado los numerosos males y miserias de mi corta vida. ¡Corta de verdad! Pues ahora solo tengo 21 años, a punto de pasar a una eternidad interminable; no por una muerte natural, sino que a la corrupción del alma y del cuerpo, tan espantosa de por sí, se añaden la ignominia y el miedo de ese particular tipo de muerte, que ahora voy a sufrir. —Reconozco con total libertad haber sido mejor tratado por la humanidad en general de lo que merecí: aunque he recibido algunas injurias, las cuales perdono ahora sin reservas. Pido humildemente también el perdón de todos a quienes hubiese herido, y deseo que recen para que reciba el perdón de Dios, al que más he ofendido; y de cuyo perdón y merced depende mi eterna felicidad o miseria—.

Cárcel de Worcester, 18 de octubre de 1768.

Arthur.

Boston: Impreso y vendido en Milk-Street, 1768.

1.5. The LIFE, and dying SPEECH of ARTHUR, a Negro Man; Who was Executed at Worcester, October 20th 1768. For a Rape committed on the Body of one Deborah Metcalfe.

I was born at Taunton, January 15, 1747, in the house of Richard Godfrey, Esq., my Mother being his Slave, where I lived fourteen Years; was learned to read and write, and was treated very kindly by my Master; but was so unhappy as often to incur the Displeasure of my Mistress, which caused me then to run away: And this was the beginning of my many notorious Crimes, of which I have been guilty. I went first to Sandwich, where I lived two Months in a very dissolute Manner, frequently being guilty of Drunkenness and Fornication; for which crimes I have been since famous, and by which I am now brought to this untimely Death.

At Sandwich, I stole a Shirt, was detected, and settled the Affair, by paying twenty Shillings. My Character being now known, I thought proper to leave the Place; and accordingly shipped myself on board a Whaling Sloop, with Capt. Coffin, of Nantucket: We were out eight Months, and then returned to Nantucket, from whence we sailed, where I tarried six Weeks. In which Time I broke a Store of Mr. Roach's, from which I stole a Quantity of Rum, a pair of Trowsers, a Jacket, and some Callicoe —The next Day I got drunk, and by wearing the Jacket, was detected, for which Offence I was whip'd with fifteen Stripes, and committed to Goal, for the Payment of Cost, &c. from whence I escaped in half an Hour, by breaking the Lock. Being now hardened in my Wickedness, I the next Night broke another Store in the same Place, from which I took several Articles, and then shipped my self on board a Vessel bound to Swanzey, where I was discovered, taken on Shoar, and whip'd sixteen Stripes; being then set at Liberty, I returned to Taunton, after one Year's absence, where my Master received me kindly, whom I served three Years: In which Time I followed the Seas, sailing from Nantucket, and Newport, to divers parts of the West-Indies, where I whored and drank, to great Excess. Being now weary of the Seas, on the 27th of October 1764, I came again to live with my Master at Taunton, where I behaved well for six Weeks; at the Expiration of which Time, going to Town with some Negroes, I got intoxicated; on returning home went into an House where were several Women only, to whom I offered Indecencies, but was prevented from executing my black Designs, by the coming in of James Williams, Esq.; upon which I left the House, but was overtaken by him, who with the Assistance of Mr. Job Smith, committed me to Taunton Goal: On the next Day I was tried before the same Mr.

Williams, and was whip'd thirty-nine Stripes for abusing him, uttering three profane Oaths, and threatening to fire Mr. Smith's House. My Master being now determined, by the Advice of his Friends, to send me out of the Country, I was sold to Mr. John Hill, of Brookfield, with whom I lived only one Week; was then sold to my last Master, Capt. Clarke of Rutland District, where I behaved well for two Months, and was very kindly treated by my Master and Mistress. I then unhappily commenced an Acquaintance with a young Squaw, with whom (having stole Six Shillings from one of my Master's Sons) I was advised by some other Negroes, to run away, to avoid being taken up. By Advice of my Companion (who like the rest of her Sex, was of a very fruitful Invention) I had recourse to the following Expedient: I dressed in the Habit of a Squaw, and made of my own Cloaths a Pappouse; in this manner we proceeded to Hadley undiscover'd where I was introduced by my Companion, to an Indian Family, where I tarried only one Night, being discover'd in the Morning by one Mr. Shurtleff, a Person who had been sent after me; with him I went to Springfield, where I met my Master, who took me down to Middletown with a Drove of Horses, where he sold me to a Dutch Gentleman, whose Name I have since forgot. The very Night after I stole from the Widow Sherley, (a Person whom kept a public House in that Place) five Pounds; and the next Night, by getting drunk and loosing some of the Money, I was detected and put under the Custody of two Men, for Trial the next Day; From whom I escaped, and went to Farmington, where being advertised, I was immediately taken up by Mr. John Petterill, who carried me to my old Master Clarke's, in Rutland District, with who, I spent the Summer, frequently stealing and getting drunk. My Master being now wearied by my repeated Crimes, was determined to part with me: And accordingly we set off for Boston, at which Time I took two Dollars from my Master's desk. On our Way thither, tarrying some Time at Mr. Fisk's in Waltham; I went with some Negroes to a Husking, at Mr. Thomas Parkes's, in Little Cambridge, where they on the same Night introduced me to a white Woman of that Place: And as our Behaviour was such, as we have both Reason to be ashamed of, I shall for her sake pass it over in Silence. On the next Day I went to Boston, was pursued by her Husband, who found me at the Sign of the white Horse, where I left him in Conversation with my Master, who sent me to Little Cambridge with his Team; he again came up with me on Boston Neck, where we came to Blows, and I coming off Conqueror, put on for Cambridge. The next Night I went to another Husking at John Denney's, of that Place; after huskings, I went to a Tavern opposite Mr. Denney's, and took from a Team there, a Horse, Saddle and Bridle, and rode to Natick, where I met with the Squaw, with whom I formerly made

my Tour to Hadley, and with her spent the Day; and returning to Cambridge, I met my Master, with another Man, in pursuit of me. At our Arrival there, I was sentenced by five Men (to whom the Matter was left) to receive fifteen Stripes, or pay four Dollars; and my Master was so good natur'd, or rather silly, as to pay the Money, and let me go with Impunity.

From here we went to Waltham, where my Master heard that the injured Husband before mentioned, was after me with a Warrant, which determined him to ship me off; accordingly, he went to Boston to get a Birth for me, and order'd me to come in the Night: In Pursuance of which Order, I set off, but having a natural Aversion to walking, for my own Ease, and that I might make the greater Dispatch, I took a Horse from the Stable of one Mr. Cutting, rode to Roxbury, and let him go: I walked over the Neck, and took Lodging in a Barn belonging to one Mr. Pierpont, where I was met by my Master, who told me to tarry 'till the next Day, when I should be taken on board a Vessel bound for Maryland. But they not coming at the Time appointed, and I not having had any Victual since I left Waltham, thought proper to leave the Barn for better Quarters; accordingly made the best of my way to Dorchester where I stole a Horse, Saddle and Bridle, and proceeded to Easton, to pay a Visit to my Parents: who suspecting my Situation, insisted on my returning to my Master, which I promised without either Thoughts or Inclination of performing: For instead of returning to Boston, I steered my Course for Sandwich. On my way there, at Rochester, stole a Bason. When I got to Sandwich, I went to an Indian House, where I had been formerly acquainted, and with the Squaws there, spent my Time in a manner which may be easily guessed; but was taken up on Suspicion, by one Mr. Fisk, and by him carried before Col. Otis, who on my confessing that I stole the Horse at Dorchester, committed me to the Barnstable Goal for Trial, from whence I escaped in two Days. I then went to Southsea, an Indian Village in Sandwich, where I tarried for six Weeks, spending my Time in drinking and whoreing with the Squaws. By this time I got almost naked; and on going to Falmouth, went into some Shoemaker's Shop, and from thence stole a pair of Shoes: And from a House in the same Place, I stole a Shirt, and a pair of Trowsers. At Night my Companions getting drunk, I left them; and at a Tavern there, stole a Horse, Saddle and Bridle, on which I returned to the Indian Village, and then let him loose. After tarrying one Week more, I was again taken up and committed to Barnstable Goal, where after laying three Weeks, I was tried and sentenced to receiving twenty Stripes; but being unwell, the Man from whom I stole the Horse at Dorchester,

took me out of Goal, so that I again got off unpunished; With him I lived about three Weeks, and behaved well.

In the mean Time, my Master being sent for, once more took me home, where I had not three Weeks, before another Negro of my Master's told me that the young Squaw, so often mentioned, was desirous of seeing me. I one Night, after having stole some Rum from my Master, got pretty handsomely drunk, took one of his Horses, and made the best of my way to her usual Place of Abode; but she not being at home, the Devil put it into my Head to pay a Visit to the Widow Deborah Metcalfe, whom I, in a most inhumane manner, ravished: The Particulars of which are so notorious, that it is needless for me here to relate them. The next Morning the unhappy Woman came and acquainted my Master of it, who immediately tyed me, to prevent me running away, and told her (if she was desirous of prosecuting me) to get a Warrant as soon as possible; but she being unwilling to have me hanged, proposed making the Matter up for a Proper Consideration, provided my Master would send me out of the Country; to which he agreed, and accordingly set off with me for Albany: But we were overtaken at Glasgow, by Mr. Nathaniel Jennison, who it seem'd had got a Warrant for me. On our return to Rutland District, we stop'd at a Tavern in Hardwick, where after I had warmed my self, Jennison was Fool enough to bid me put along, and he would overtake me; accordingly I went out of the Door, and seeing his Horse stand handily, what should I do, but mount him, and rode off as fast as I could, leaving Jennison to pursue me on Foot. I got home before Bed-time, and took up my Lodging in my Master's Barn for the Night, where I had a Bottle of Cherry-Rum (which I found in Mr. Jennison's Baggs) to refresh my self with.

On the next Day, being the 30th of March 1767, was discovered, and committed to Worcester Goal, where I continued 'till the 20th of April following; at which Time I broke out with the late celebrated FRASIER, and a young Lad, who was confined for stealing. After which, at Worcester, we broke into a Barber's Shop, from whence we stole a Quantity of Flour, a Comb, and a Razor: We then set off for Boston. At Shrewsbury, we stole a Goose from Mr. Samuel Jennison; and from the Widow Kingsley, in the same Place, we stole a Kettle, in which we boiled the Goose, in Westborough Woods. At Marlborough, we broke into a Distill-House, from whence we stole some Cyder Brandy: In the same Town we broke into a Shoe-maker's Shop, and took each of us a pair of Shoes. We likewise broke into Mr. Ciperon Howe's House, in the same Place, from whence we stole some Bread, Meat and Rum. At Sudbury, we stole each of us a Shirt, and one pair

of Stockings. At Weston we stole some Butter from off a Horse. At Waltham we broke into a House belonging to one Mr. Fisk, from whom we took a small Sum of Money, some Chocolate and Rum. At Watertown we stole a Brass Kettle from one Mrs. White of that Place. My Companions now left me; upon which I went to Mr. Fisk's in Waltham, who knew me: And having heard of my Escape from Worcester Goal, immediately secured me, and with the Assistance of another Man, brought me back again, where on the 17th of September following, I was tryed and found guilty. Upon which, by the Advice of my Counsel, I prayed for the Benefit of the Clergy; which after a Year's Consideration, the Court denied me: And accordingly I was, on the 24th of Sept. last, sentenced to be hanged, which I must confess is but too just a Reward for many notorious Crimes.

I cannot conclude this is my Narrative, without gratefully acknowledging the unwearied Pains that was taken by the Rev. Mr. McCarty, to awaken me to a proper Sense of my miserable and wretched Condition, whose frequent Exhortations, and most fervent Prayers, together with those of the rest of God's people, and my own sincere Endeavours after true Repentance, will I hope prove the Means of my eternal Well-being; which I hope is still the Prayers of every Christian, to whom my unhappy Situation is known. — I earnestly desire that this Recital of my Crimes, and the ignominious Death to which my notorious Wickedness has bro't me, may prove a Warning to all Persons who shall become acquainted therewith. But in a particular Manner, I would solemnly warn those of my Colour, as they regard their own souls, to avoid Desertion from their Masters, Drunkenness and Lewdness; which three Crimes was the Source from which have flowed the many Evils and Miseries of my short Life. Short indeed! For I am now at the Age of 21 Years only, just going to launch into a neverending Eternity; not by a natural Death, but to the Dissolution of Soul and Body, so dreadful in itself, are added the Ignominy and Terror of that particular kind of Death, which I am now going to suffer. —I freely acknowledge I have been better treated by Mankind in general, than I deserved: Yet some Injuries I have received, which I now freely forgive. I also humbly ask Forgiveness of all whom I have injured, and desire that they would pray that I may receive the Forgiveness of God, whom I have most of all offended; and on whose Pardon and Grace depends my eternal Happiness or Misery.

Worcester Goal Oct. 18, 1768

Arthur

Boston: Printed and Sold in Milk-Street 1768.

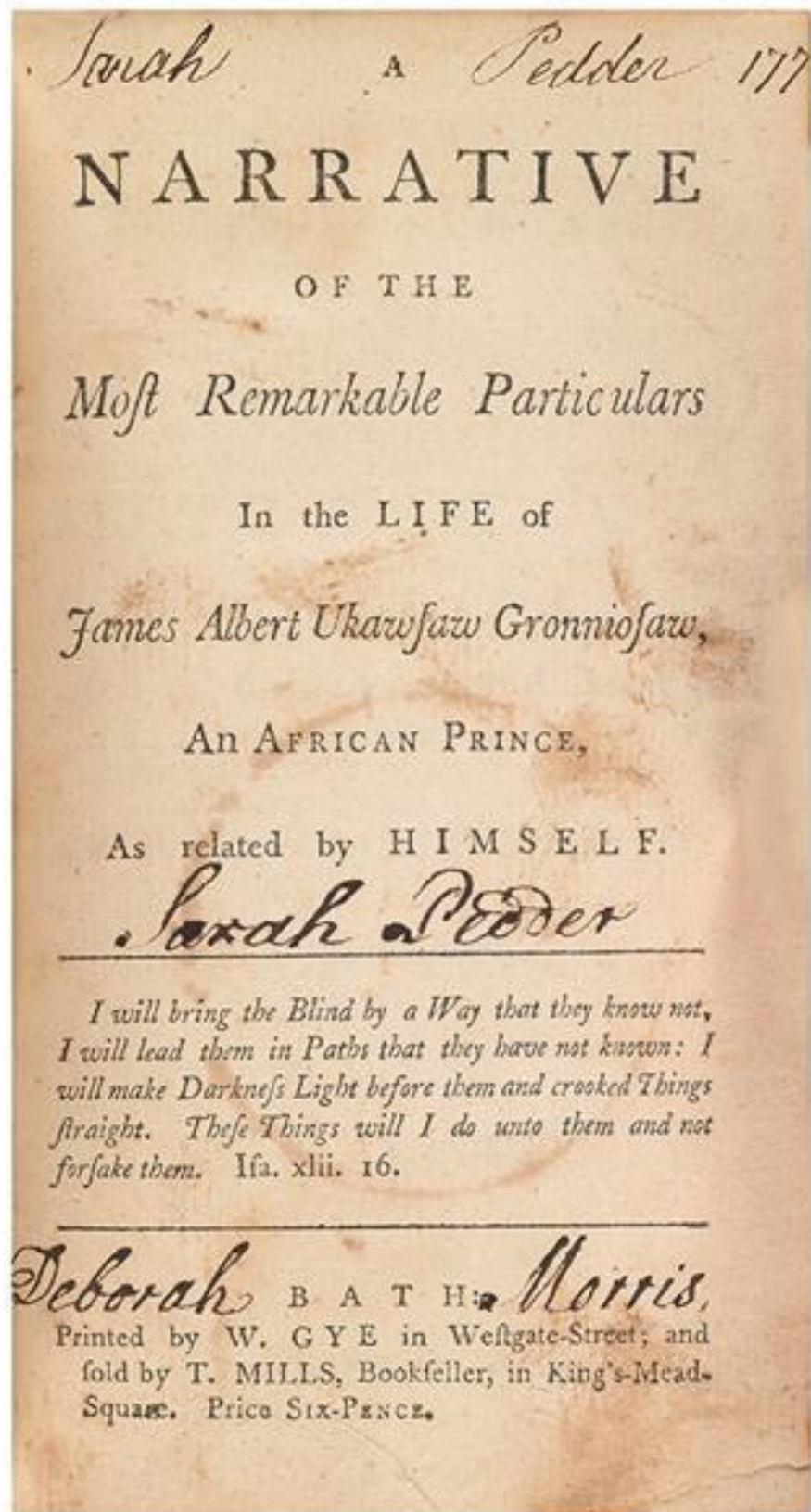


Figura 3. Portada de la edición de Gye and Mills de *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince* de 1772.

1.6. Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo.

Y guiaré a los ciegos por camino que nunca supieron, les haré pisar por las sendas que nunca conocieron; delante de ellos tornaré las tinieblas en luz, y los rodeos en llanura. Estas cosas les haré, y nunca los desampararé. Isa. XLII. 16.

Bath
Impreso por W. Gye en Westgate-Street; y vendido por T. Mills,
librero, en King's Mead-Square.
Precio seis peniques.

A la muy honorable condesa de Huntingdon, esta narrativa de mi vida, y de los maravillosos hechos de Dios conmigo, es, (con el permiso de vuestra señoría) humildemente dedicada, por el más agradecido y complaciente servidor de vuestra señoría, James Albert.

Prefacio al lector.

Este relato de la vida y aventuras de James Albert fue tomado de su propia lengua y puesto por escrito por la elegante pluma de la joven Lady⁷⁰ de la ciudad de Leominster⁷¹, para su propia y particular satisfacción, y sin la menor intención al principio de que se hiciese público. Pero ahora se ha decidido a darlo a la imprenta, tanto para ayudar a Albert y a su familia en tantos apuros, quienes tienen en exclusividad los beneficios provenientes de su venta; como para su conocimiento, pues esta breve historia contiene materia que requiere el interés y la atención de todo lector cristiano.

Quizás tengamos aquí en cierto grado una respuesta a la pregunta que tantos quebraderos de cabeza ha dado a tantas personas de importancia, viz. ¿De qué manera se ocupará Dios de aquellas zonas del mundo sumidas en la ignorancia donde nunca ha

⁷⁰ Nota del editor. Parece tratarse de Mary Marlow o de una de sus hijas. En cualquier caso, todas eran miembros activos de la Iglesia bautista en tal ciudad.

⁷¹ Nota del editor. Localidad situada en el condado de Herefordshire, en Inglaterra.

llegado el Evangelio de Jesucristo? Ahora se deduce que de las aventuras de tan singular personaje se desprende que Dios no salva sin conocimiento de la verdad; pero, con el debido respeto a aquellos a los que acaba de conocer previamente, a pesar de haber nacido bajo todas las desventajas posibles, y en lugares sumidos en la más grande penumbra e ignorancia, él actúa sobre ellos de la manera más increíble y penetra en sus mentes, y en el curso de la más sabia y maravillosa nombrada Providencia, les lleva a la senda del conocimiento espiritual, les abre los ojos gradualmente a la luz de la verdad, y pone a su entera disposición y disfrute los inestimables beneficios del Evangelio. ¿Quién puede dudar de la convicción con tanta fuerza impresa en la cabeza de Albert (cuando era tan sólo un niño) de que había un Ser superior al sol, la luna y las estrellas (los objetos de culto africanos) venido del Creador de las luces, y que era, en lo que a él respecta, el primer fruto de la manifestación de la Gloria del Evangelio? El largo y peligroso viaje a la costa de Guinea, donde fue vendido como esclavo, y así llevado a Tierra Cristiana; ¿puede ser considerado como único resultado de un extraño y curioso orden? ¿Debemos hacer referencia al tenerlo en cuenta a que no remite a nada más que a pura suerte y circunstancias imprevistas? A pesar de lo que crean los infieles y deístas⁷²; espero que el lector cristiano sepa distinguir con facilidad el omnipotente y sabio designio y dirección de tales acciones. Él se debe al redentor de las almas pecadoras; él fue el apoyo de su cruz; y por consiguiente el Señor se encargó de llevarle por una senda que no conocía, fuera de las tinieblas hacia su maravillosa luz, para que pueda guiarlo hasta la salvadora amistad y unión con Dios trino en Cristo reconciliador del mundo en sí; y al que no se atribuyen pecados. Como su llamada fue en todo extraordinaria, así hay ciertos particulares muy notables su aventura. Dios le ha dado un singular honor en el ejercicio de su fe y paciencia, las cuales tanto en los momentos más peligrosos y lastimosos como en las calamidades han servido para la alabanza y gloria de Dios. ¡De qué forma debe afectar a un corazón bueno, no solo verse él mismo reducido a su último extremo, sino también tener que ver a su mujer y a sus hijos sucumbiendo ante la necesidad delante de sus ojos! Pero, sin embargo, nunca le faltó la fe; depositó su confianza en el Señor, y fue salvado. Y en estos momentos, a pesar de haber nacido en una exaltada etapa de la vida, y ahora bajo la presión de algunos castigos de la Providencia, estoy convencida (ya que conozco al hombre) de que antes preferiría el lodo, teniendo a Cristo en su corazón, que

⁷² Nota del editor. Personas que reconocen a un Dios autor de la naturaleza como muestra de la racionalidad del universo, pero sin admitir revelación ni culto externo.

abandonar sus convicciones y placer espirituales, por ocupar el trono de príncipes. Quizá no esté mal observar que James Albert salió de su país natal (con tanta precisión como puedo averiguar de algunas de sus acciones) cuando tenía unos 15 años. Debe de tener ahora alrededor de sesenta; su natural es de buen entendimiento; está muy familiarizado con las Sagradas Escrituras, y con las cosas de Dios, es de buena y cordial disposición, y su natural no solo se aprecia en Kidderminster⁷³, el lugar donde vive, sino también dan cuenta de él muchas personas de crédito en Londres y otros sitios. Lector, encomiendo esta narrativa a tu juicioso examen, y a él, que es el sujeto de la misma, a tu caritativa consideración,

Tu leal y obediente servidora,

Por la gracia de Cristo,

W. Shirley⁷⁴.

Un relato de James Albert, etc.

Nací en la ciudad de Bournou⁷⁵; mi madre era la hija mayor del rey que allí gobernaba, en donde Bournou es la ciudad principal. Yo era el más joven de seis hijos, y era especialmente querido por mi madre, y el predilecto de mi abuelo.

Tuve, ya desde la infancia, una extraña inclinación; era de carácter más serio y reservado que cualquiera de mis hermanos. A menudo les molestaba con preguntas que no podían responder; motivo por el cual no era de su agrado, ya que pensaban que o estaba

⁷³ Nota del editor. Ciudad inglesa situada en el condado de Worcestershire perteneciente a la región de las Midlands Occidentales.

⁷⁴ Nota del editor. Walter Sirley era el sobrino de Selina Hastings, la figura de mayor importancia y poder dentro de la Iglesia calvinista inglesa tras la muerte de George Whitefield en 1770.

⁷⁵ Nota del editor. Capital del estado homónimo africano situado en la parte este del río Níger que abarcaba desde el norte de Camerún hasta el noreste de Nigeria. No obstante, los mapas de la época muestran un curso diferente del río desde el lago Borno, actual lago Chad, hasta la costa oeste de África. Véanse Clement Cruttwell (1800), *The New Universal Gazetteer; Or, Geographical Dictionary*. Dublin: John Stockdale, pág. 92. y Joseph J. Williams (1931), *Hebrewisms of West Africa: From the Nile to Niger with the Jews*. Baltimor: Inprint Editions, pág. 239.

tonto, o loco. Era verdad que yo no estaba, a veces, muy contento conmigo mismo: habiendo sido fuertemente grabado en mi mente que había cierto señor con gran poder que vivía sobre el sol, la luna y las estrellas, objetos de nuestro culto. Mi querida y complaciente madre tenía más paciencia conmigo que el resto de mis amigos. —A menudo levantaba mi mano hacia el cielo, y le preguntaba quién vivía allí. No quedé muy satisfecho cuando me dijo que el sol, la luna y las estrellas, estando convencido, en mi propia mente, de que debía haber algún poder superior. —Estaba con frecuencia absorto en las obras de la creación: estaba asustado y preocupado e inquieto, pero no sabía por qué. Quería informarme de cosas que nadie podía decirme; y nunca quedaba satisfecho. —Estas maravillosas impresiones empezaron en mi niñez, y continuaron conmigo hasta que dejé a mis padres, lo cual me produce admiración y agradecimiento.

Hasta ese momento mi preocupación crecía más y más cada día, tanto que un sábado, (que es el día en que guardamos nuestro día sagrado⁷⁶) padecí tales ansiedades y miedos que no pueden ser descritos; y, lo que es más extraordinario, no podía darle explicación. —Me levanté, de acuerdo con nuestra costumbre, sobre las tres en punto, (ya que estamos obligados a estar en el lugar de culto una hora antes del amanecer) no decimos nada durante el culto, pero seguimos arrodillados con las manos levantadas, guardando un estricto silencio hasta que el sol llega a cierta altura, que creo es sobre las 10 u 11 en punto en Inglaterra: cuando, a cierta señal hecha por el cura, nos levantamos (tras terminar nuestro deber) y nos dispersamos a cada casa. —Nuestro lugar de reunión es bajo una gran palmera; nos dividimos en muchas congregaciones; ya que es imposible que un sólo árbol de cabida a los habitantes de toda la ciudad, a pesar de que son extremadamente grandes, altos y majestuosos; su belleza y utilidad no pueden describirse; proporcionan a los habitantes del país carne, bebida y ropas⁷⁷; el cuerpo de la palmera es muy grande; en cierta estación del año lo sangran, y traen recipientes para recoger el vino, del cual obtienen grandes cantidades, y cuya calidad es deliciosa: las hojas de este árbol son de un natural sedoso; son grandes y suaves; cuando están secas y hechas pedazos tiene casi la misma apariencia que el lino inglés, y los habitantes de Bournou lo manufacturan para ropa, etc. Este árbol produce asimismo una planta o elemento que tiene

⁷⁶ Nota del traductor. En el original *sabbath*.

⁷⁷ Como es opinión general aceptada, en Inglaterra, de que los nativos de África van completamente desnudos; pero esta suposición no hace honor a la verdad: llevan una especie de vestido para ir decentes, aunque es muy pequeño y fino.

el aspecto de un repollo, y muy parecido a él, en sabor casi el mismo: crece entre las ramas. Además, la palmera produce un fruto, semejante al cacao, el cual contiene un núcleo, en el que hay gran cantidad de leche, muy agradable al gusto: la concha es de un material duro, y de un bonito aspecto, y sirve para cuencos, tazones, etc.

Espero se me perdone esta digresión. —Iba a apuntar que después de terminado el deber de nuestro día sagrado⁷⁸ (el día en que yo estaba más angustiado y afligido que nunca) íbamos todos de camino a casa como siempre, cuando una increíble nube negra se levantó y cubrió el sol; a lo que siguió una fortísima lluvia y los truenos más espantosos que jamás había oído: los cielos rugían, y hacían temblar la tierra: estaba muy conmovido y desconsolado; tanto que lloraba con mucho pesar, y no podía seguir a mis parientes y amigos hasta casa. —Me vi obligado a parar y sentí como si mis piernas estuviesen atadas, parecían temblar debajo de mí: así que me quedé quieto, por tener mucho miedo del Poderoso Señor del que yo estaba convencido, vivía arriba. Uno de mis jóvenes compañeros (que albergaba una especial amistad por mí y yo por él) se volvió para verme: me preguntó por qué me estaba quieto bajo tan fortísima lluvia. Solo le dije que mis piernas estaban débiles, y que no podía ir más rápido: se conmovió mucho al verme llorar, me cogió de la mano, y dijo que me llevaría a casa, lo cual hizo. Mi madre se alarmó ante mi tardanza bajo tan horrible tiempo; me hizo muchas preguntas, tales como por qué había hecho eso, y si me encontraba bien. Querida madre dije, le ruego me diga quién es el Poderoso Señor que hace el trueno. Me dijo que no había más poder que el sol, la luna y las estrellas; que forman toda nuestra tierra. —A lo que pregunté de dónde venía toda la gente. Me contestó que unos de otros, y así me trasladó muchas generaciones atrás. —Después dije, ¿quién hizo al primer hombre? ¿y quién hizo a la primera vaca, y al primer león, y de dónde viene la mosca, si nadie puede hacerlo? Mi madre parecía muy angustiada, estaba preocupada por el deterioro de mis sentidos o de que estuviese tonto. Entró mi padre, y al verla tan afligida preguntó la causa, pero cuando le contó nuestra conversación, se cabreó muchísimo conmigo, y me dijo que me castigaría de forma severa si volvía a dar otra vez problemas; así que determiné no volver a decirle nada más. Pero empecé a estar muy descontento conmigo mismo; mis parientes y conocidos intentaban distraerme por todos los medios que se les ocurrían, llevándome a montar cabras (según es la costumbre en nuestro país), y a disparar con arco y flechas; pero no experimenté

⁷⁸ Nota del traductor. Véase nota 76.

satisfacción alguna con tales cosas, ni podía estar tranquilo por ningún medio: mis padres estaban muy tristes de verme tan desanimado y melancólico.

Fue entonces cuando vino un mercader de la Costa del Oro (la tercera ciudad de Guinea)⁷⁹, que comerciaba con la gente de nuestro país en marfil, etc. Se dio cuenta de mi triste situación, e investigó la causa; mostró gran preocupación por mí, y dijo, que si mis padres se separasen de mí durante un tiempo, y consintiesen que me fuera con él, sería de mayor ayuda para mí que ninguna otra cosa que ellos pudieran hacer por mí. — Me dijo que si me iba con él vería casas con alas caminar sobre el agua, y vería también a la gente blanca; y que tenía muchos hijos de mi edad que serían mis amigos; y añadió a todo esto que me devolvería pronto sano y salvo. —Quedé muy satisfecho con el relato de tal extraño sitio, y deseoso de partir. —Parecí darme cuenta de un impulso secreto escondido en mi cabeza que no podía resistir y que parecía decir que debía irme. Cuando mi querida madre vio que estaba dispuesto a dejarlos, habló con mi padre y mi abuelo y con el resto de mis parientes, todos los cuales estuvieron de acuerdo en que debía acompañar al mercader hasta la Costa de Oro. Tenía incluso más ganas de ir debido a que mis hermanos me despreciaban, y me miraban con desdén en lo referente a mi desdichada situación; e incluso mis criados me menospreciaban, y no hacían caso de todo lo que yo les decía. Tenía una hermana que siempre me tuvo gran cariño, y yo la quería muchísimo; se llamaba Logwy, era bastante blanca, y hermosa, con un delicado cabello claro a pesar de que mi padre y mi madre eran negros. —Yo estaba muy preocupado por dejar a mi querida hermana, y ella lloraba muy tristemente que la abandonase, haciendo gestos de dolor con las manos, y dejando al descubierto toda forma de tristeza que pudiera ser imaginada. De hecho, de haber sabido cuando dejé a mis amigos y mi país que no volvería a verlos de nuevo, mi pena en ese momento no habría tenido consuelo. Todos mis parientes estaban tristes de separarse de mí; mi querida madre vino conmigo en camello más de trescientas millas, la primera parte de nuestro viaje transcurrió sobre todo a través de bosques: por la noche nos resguardábamos de los animales salvajes haciendo hogueras a nuestro alrededor; nosotros y los camellos nos quedábamos dentro del círculo, ya que

⁷⁹ Nota del editor. No se tiene constancia de una ciudad con este nombre, pues por Costa del Oro se conocía al área ocupada por la actual Ghana. La denominación de Guinea pudiera deberse al nombre con el que se conocía a los territorios coloniales de los Países Bajos en la Costa del Oro, que abarcaban la parte oeste de la costa, denominados Costa del Oro neerlandesa o Guinea neerlandesa.

de no haber sido así, habríamos sido despedazados por los leones, y otras criaturas salvajes, que rugían de forma terrible tan pronto caía la noche, y continuaban de este modo hasta la mañana. —No puede decirse demasiado en favor del lugar por el que viajábamos; tan solo de un valle de mármol por el que pasamos que es tremendamente bello. —A cada lado del valle hay altísimas y casi inaccesibles montañas. —Algunos de estos bloques de mármol son de una longitud y anchura prodigiosas pero de diferentes tamaños y colores, y moldeados en gran variedad de formas, de una manera extraordinaria. —La mayoría es vetado en oro mezclado con impactantes y hermosos colores; de tal forma que cuando el sol incide sobre él, es uno de los más agradables espectáculos que se puedan imaginar. —El mercader que me traía de Bournou estaba asociado con otro señor que nos acompañaba; el cual era muy reacio a que me sacase de casa, pues, según decía, sabía que les ocasionaría muchos problemas en el camino. —Trató de convencer al mercader para arrojarme a un foso muy profundo que había en el valle, pero éste se negó a escucharle, y le dijo que estaba dispuesto a ocuparse de mí: algo con lo que el otro se mostró muy disconforme; y cuando llegamos junto a un río, por el que estábamos obligados a cruzar, determinó tirarme a él y ahogarme; pero el mercader no lo consintió, de modo que salí ileso.

Viajábamos hasta cerca de las cuatro cada día, y luego empezábamos a hacer los preparativos para la noche, como cortar mucha leña para hacer hogueras que nos protegiesen de los animales salvajes. —Tuve un viaje muy triste y desdichado, ya que tenía constantemente miedo de que la gente con la que estaba me matase. A menudo pensaba con mucho pesar en los buenos amigos que había dejado atrás, y el recuerdo de mi querida madre hacía que se me saltasen las lágrimas con frecuencia. —No consigo recordar cuánto tiempo nos llevó ir de Bournou a la Costa de Oro; pero como no hay transporte en barco más cercano a Bournou que esa ciudad, se hizo muy pesado viajar tan lejos por tierra, al estar a más de mil millas. —Me alegré de corazón cuando llegamos al final del viaje: creí en vano que todos mis problemas e inquietudes terminarían aquí; pero si hubiese podido ver el porvenir, me habría dado cuenta de que había de sufrir mucho más de lo que antes había padecido, y de que no habían hecho más que empezar.

Estaba a más de mil millas de casa, sin amigos y sin forma alguna de conseguir uno. Poco después de llegar a la casa del mercader oí los tambores redoblar con fuerza, y soplar las trompetas —la gente encargada de este trabajo, tiene que subirse a una estructura muy

alta diseñada para ese propósito, de manera que el sonido pueda ser escuchado a gran distancia: son más altas que los campanarios en Inglaterra. Estaba sumamente encantado ante sonidos tan completamente nuevos para mí, y quería averiguar la causa de tal celebración, e hice muchas preguntas al respecto: me contestaron que su intención era de halagarme, puesto que yo era el nieto del rey de Bournou.

Todo ello me proporcionó un secreto gusto; pero no había sufrido bastante para disfrutar de tal satisfacción, ya que por la tarde del mismo día, dos de los hijos del mercader (chicos de mi edad) vinieron corriendo hacia mí, y me dijeron que al día siguiente iba a morir, pues el rey tenía previsto decapitarme. —Les dije que estaba seguro de que aquello no podía ser verdad, ya que había ido allí a jugar con ellos, y a ver las casas con alas caminar sobre las aguas, y a la gente blanca; pero pronto me dijeron que su rey creía que había sido enviado por mi padre como espía, y haría tales descubrimientos a mi vuelta a casa que les permitiría hacerles la guerra con gran ventaja de nuestra parte; y por estos motivos había tomado la decisión de que yo no debía volver nunca a mi tierra natal. —Cuando me enteré de esto sentí una tristeza que no puede ser descrita. —Deseé mil veces no haber dejado nunca a mis amigos y mi país. —Pero a pesar de ello el Todopoderoso se mostraba encantado de obrar milagros por mí.

La mañana en la que iba a morir, me lavaron e hicieron brillar y relucir todos mis adornos de oro, y luego me llevaron al palacio, donde el rey en persona iba a decapitarme (según es la costumbre del lugar). —Él estaba sentado en un trono al final de un patio, o jardín, que hay que atravesar para entrar al palacio, que es tan ancho y amplio como un vasto campo de Inglaterra. —Tuve que pasar una fila de guardaespaldas. —Creo que tenía cerca de trescientos pasos⁸⁰.

Fui conducido por mi amigo, el mercader, cerca de la mitad del camino; a partir de ahí no se atrevió a seguir adelante: me dirigí hacia el rey yo solo —fui con impasible ánimo, y quiso Dios ablandar el corazón del rey, que estaba sentado con su cimitarra en la mano, preparado para decapitarme; pero, al verse tan conmovido, la dejó caer de su mano, y me puso en su regazo y lloró por mí. Puse mi mano derecha alrededor de su

⁸⁰ Nota del editor. El paso era una unidad de medida establecida sobre la distancia de lo que se considera un paso normal, esto es, unos setentaicinco centímetros. Alrededor de 230 metros en el texto.

cuello, y le apreté contra mi corazón. —Me sentó y me bendijo; y añadió que no iba a matarme, y que no debía irme a casa, sino ser vendido como esclavo, por lo que me llevaron otra vez de vuelta a la casa del mercader.

Al día siguiente me subió a bordo de un bergantín francés; pero el capitán no quiso comprarme: dijo que era muy pequeño; así que el mercader me llevó de vuelta a casa con él.

Su compañero, del que he dicho ser mi enemigo, se enfadó muchísimo al verme regresar, y de nuevo intentó dar fin a mi vida; ya que le había explicado al otro, que yo les traería problemas e inconvenientes, y que era tan pequeño que nadie me compraría.

La decisión del mercader empezó a vacilar, y yo estaba verdaderamente asustado de que me fuesen a dar muerte: pero sin embargo dijo que lo intentaría una vez más.

Unos días después llegó al puerto un barco holandés, y me subieron a bordo, con la esperanza de que el capitán me comprase. —Mientras iban, los escuché acordar que, si no podían venderme entonces, me tirarían por la borda. —Sentí gran agonía al escuchar esto; y tan pronto como vi al capitán holandés, corrí hacia él, y le abracé, y dije, “padre, sálveme” (ya que sabía que si no me compraba, me tratarían muy mal, o, posiblemente, me matarían). Y a pesar de que no entendía mi idioma, quiso el Todopoderoso predisponerle en mi favor, y me compró por dos metros⁸¹ de cuentas, que es de más valor aquí que en Inglaterra.

Cuando dejé a mi querida madre llevaba gran cantidad de oro conmigo, según es costumbre en nuestra tierra, hecho en forma de anillos, que estaban unidos entre sí, y formaban una especie de cadena, y así puestos alrededor del cuello, y brazos y piernas, y un gran trozo colgando de una oreja con forma casi de pera. Todo esto me resultaba muy incómodo, y me alegré cuando mi nuevo amo me lo quitó de encima —entonces me lavaron, y me vistieron a la manera holandesa o inglesa. —Mi amo me empezó a coger cariño, y yo le quería con locura. Observaba cada mirada, estaba siempre dispuesto cuando me requería, y trataba de convencerlo, en cada acción, de que mi único placer era servirle bien. —Desde entonces he creído que debía de haber sido un hombre serio. Sus

⁸¹ Nota del editor. En el original aparece *two yards*. La yarda es una unidad de medida poco usada en España que equivale casi al metro.

acciones se correspondían muy bien con tal carácter. —Solía leer oraciones en público para la tripulación del barco todos los sábados⁸²; y cuando le vi leer por primera vez, en mi vida había estado tan sorprendido como cuando vi que el libro le hablaba a mi amo, pues pensé que lo hacía, al ver que lo miraba y movía los labios⁸³. —Deseaba que lo hiciese conmigo también. —Tan pronto como mi amo terminó la lectura le seguí hasta el sitio donde dejaba el libro, sintiéndome extremadamente contento de tenerlo, y cuando nadie me veía, lo abrí y acerqué la oreja, con la esperanza de que me dijese algo; pero me entristecí mucho y me sentí decepcionado cuando me di cuenta de que no hablaba, surgiéndome rápidamente la idea de que todo el mundo y todas las cosas me despreciaban porque era negro.

Me mareaba mucho al principio; pero al empezar a acostumbrarme al mar, se me pasó. —El barco de mi amo iba hacia las Barbados⁸⁴. Cuando llegamos allí, creyó oportuno hablar de mí a varios caballeros con los que tenía relación, y uno de ellos mostró gran deseo por verme. —Se resolvió a comprarme; pero el capitán no estaba muy decidido a abandonarme; pero sin embargo, como el caballero parecía muy solícito, al final dejó que me fuese, y fui vendido por cincuenta dólares (cuatro con seis peniques en inglés). El nombre de mi nuevo amo era Vanhorn⁸⁵, un joven caballero; su residencia estaba en Nueva Inglaterra⁸⁶ en la ciudad de Nueva York; lugar este al que me llevó consigo. Me vistió según su librea⁸⁷, y era muy bueno conmigo. Mi trabajo principal era servir la mesa, el té, y limpiar la cubertería, para mí un trabajo cómodo; pero los criados solían maldecir y jurar de forma sorprendente; lo cual aprendí más rápidamente que cualquier otra cosa,

⁸² Nota del traductor. Véase nota 76.

⁸³ Nota del editor. Tópico recogido en varias de las narrativas sobre el libro que habla o *talking book*.

⁸⁴ Nota del editor. Isla de dominio británico en la época de la narrativa situada en las Antillas menores, encontrándose al este de Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas.

⁸⁵ Nota del editor. Se trata de Cornelius Van Horne, miembro de una familia de ascendencia holandesa, que formó parte del consejo de Nueva Jersey entre 1712 y 1745, y que poseía una extensa plantación a lo largo del río Raritan dentro del condado de Somerset en el estado estadounidense de Nueva Jersey.

⁸⁶ Nota del editor. Región histórica de los Estados Unidos localizada en el noreste del país donde se asentaron los primeros colonos británicos.

⁸⁷ Nota del editor. Traje que los nobles o señores solían dar a sus criados; por lo común, uniforme y con distintivos.

y era casi todo el inglés que podía decir al principio. Si alguno de ellos me ofendía, no dudaba en rogar a Dios los maldijese de inmediato; pero de repente dejé de hacerlo, debido a que un viejo sirviente negro que vivía en la familia me corrigió. —Un día según había terminado de limpiar los cubiertos para la cena, una de las criadas cogió uno para cortar el pan y untar mantequilla; me enfadé muchísimo con ella, y pedí a Dios la maldijese; momento en que este viejo hombre negro me dijo que no debía decir eso, y le pregunté por qué. Me dijo que había un hombre malvado que se llamaba el Diablo, que vivía en el infierno, y que se llevaba a todos los que dijese esas palabras, y los echaba al fuego y los quemaba. —Ello me aterrorizó grandemente, y dejé de blasfemar por completo. —Poco después de esto, mientras colocaba la vajilla para el té, mi ama entró en la habitación en el momento en el que la criada la acababa de limpiar; la chica por desgracia salpicó el revestimiento de madera de la pared con la fregona; ante lo cual el ama se enfadó; la chica la replicó sin pensar, lo que la enfadó aún más, y pidió a Dios que la maldijese. —Yo me preocupé muchísimo al oír esto, ya que venía de una señorita refinada, y muy buena conmigo, tanto que no pude evitar decirle, “Señora, dije, no debe decir eso”. ¿Por qué? Me preguntó. Porque hay un hombre negro al que llaman el Diablo que vive en el infierno, y la echará al fuego y la quemará, y yo lo sentiré mucho. ¿Quién te dijo tal cosa? preguntó mi ama. El viejo Ned, contesté. Un muy bien fue toda su respuesta; pero se lo contó a mi amo, y él ordenó que atasen al viejo Ned y le diesen latigazos, y no se le permitió entrar en la cocina junto a los demás criados de ahí en adelante. —Mi ama no estaba enfadada conmigo, sino bastante entretenida ante mi simplicidad y, a modo de chismorreos, repetía lo que yo había dicho, a la mayoría de las visitas que iban a verla; entre otras, el Sr. Freelandhouse⁸⁸, un pastor⁸⁹ muy amable y bueno, que al enterarse, se interesó mucho por mí, y quería que mi amo me dejase irme con él. Al principio no quería hablar de ello, pero, tras mucho insistirle, me dejó ir, y el Sr. Freelandhouse le dio 50 libras por mí. —Me llevó a casa con él, e hizo que me arrodillase, me juntó las manos y rezó por mí, y así hizo cada noche y cada mañana. —Yo no conseguía entender para qué era aquello, ni a qué le hablaban cuando rezaban —me parecía gracioso, pero me gustaba mucho. —Tras haber estado algún tiempo con mi nuevo amo cogí algo de confianza, y le pregunté el sentido de la oración: (apenas podía

⁸⁸ Nota del editor. Se trata del pastor protestante alemán Theodorus Jacobus Frelinghuysen, que se estableció en el estado estadounidense de Nueva Jersey para ejercer su ministerio en 1720.

⁸⁹ Nota del editor. Ministro de la iglesia.

hablar inglés como para ser entendido) él le puso mucho empeño y me hizo entender que le rezaba a Dios, que vivía en el cielo; que era mi padre y mejor amigo. —Le dije que debía tratarse de un error; que mi padre vivía en Bournou, y que me gustaría mucho poder verle, y lo mismo con mi querida madre, y hermana, y deseaba que fuese tan bueno como para enviarme a casa con ellos; y añadí todo aquello que se me ocurría para intentar convencerlo de que me llevase de vuelta. Yo estaba muy apenado, y mi buen amo tan conmovido que se le saltaban las lágrimas de los ojos. Me dijo que Dios tenía un espíritu grande y bondadoso, que Él había creado el mundo, y a cada persona y cosa en él, en Etiopía, África, y América, y en todas partes. Me alegré mucho cuando escuché esto: Allí, dije, ¡era lo que siempre había pensado cuando estaba en casa! De haber tenido en ese momento alas como un águila, habría ido volando a contarle a mi querida madre que Dios es más grande que el sol, la luna, y las estrellas; y que estos fueron creados por Él.

Me puse extremadamente contento al oír de mi amo tal cosa, porque se correspondía muy bien con mi opinión; entonces pensé que de haber podido volver a casa, habría sido más sabio que todos mis paisanos, mi abuelo, o padre, o madre, o cualquiera de ellos. — Pero a pesar de que la información de mi amo me había iluminado de alguna manera, todavía no tenía más conocimiento de Dios salvo que tenía un espíritu bondadoso, y que había creado a todo el mundo, y todas las cosas —nunca había sido consciente, ni tampoco nadie me había dicho, que Él castigaba a los malvados y amaba a los justos. Tan solo estaba contento de que me hubiesen dicho que había un Dios como yo siempre había creído.

Mi estimado amo me cogió mucho cariño, como su mujer; ella me metió en la escuela, pero a mí no me resultaba cómodo, y no me gustaba ir; pero mi amo y mi señora me pidieron que aprendiese de buena forma, y me convencieron para ir a la escuela sin enfado alguno; con lo cual, al final, me empezó a gustar más, y aprendí a leer bastante bien. Mi profesor era un buen hombre que se llamaba Vanosdore⁹⁰ y siempre era muy benévolo conmigo. —Así estaba yo cuando, un domingo, escuché a mi amo predicar sobre unas palabras de las Revelaciones, cap. i. v. 7. “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron”⁹¹. Tales palabras me conmovieron en exceso;

⁹⁰ Nota del editor. Se trata de Peter Van Arsdalen, ayudante del Sr. Frelinghuysen en su desempeño religioso.

⁹¹ Nota del editor. Apocalipsis (1: 7).

sentí gran angustia al pensar que mi amo las dirigía hacia mí solo; y, creí que me miraba con inusitada seriedad —mis sospechas se confirmaron al mirar a mí alrededor y no ver a nadie además de mí en tan profundo pesar y angustia como los míos; empecé a creer que mi amo me odiaba, y estaba deseando poder irme a casa, a mi país; porque pensé que si Dios venía (como él decía), con la persona con la que más enfadada estaría sería conmigo, ya que no sabía quién era, ni había oído antes de él.

Me fui a casa con gran aflicción, pero no le dije nada a nadie. —Estaba un tanto asustado de mi amo, pues pensaba que no era de su agrado. —El siguiente texto del que le oí predicar fue, Heb. Xii. 14. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”⁹², que predicó de forma tan solemne, que me hizo estremecer. —Dijo que Dios juzgaba sobre el mundo entero; Etiopía, Asia, y África, y todas partes. —Ante esto me quedé perplejo, y no supe qué hacer; ya que ahora tenía razones para creer que mi situación sería igual de mala tanto si me iba como si me quedaba. —Me guardé tales pensamientos para mí, y no le dije nada a nadie quienquiera que fuese.

Debí haber dado cuenta a mi buena señora del estado en que me hallaba, pero había estado un poco rara conmigo durante varios días antes de que ocurriese esto, de acuerdo con una historia que había contado sobre mí una de las criadas. Los criados estaban celosos y envidiaban la atención y favor que me mostraba mi amo y mi señora; y el Demonio que siempre está preparado y es diligente en malicias, hizo que esta chica mintiese sobre mí. —Esto sucedió en el tiempo de la siega, y un día en que yo estaba descargando el carro para poner el heno en el granero, vio el momento propicio, en mi ausencia, de sacar la horca del mango, y esconderla: cuando volví de nuevo al trabajo, y no poder encontrarla, me enfadé en extremo, pero saqué en conclusión que se habría caído entre el heno; así que fui y compré otra con mi propio dinero: cuando la chica vio que tenía otra, fue tan mezquina que le dijo a mi señora que yo no era de fiar, y no era la persona por la que me tenía; y que ella sabía que yo, sin el permiso de mi amo, había encargado muchas cosas bajo su nombre, que debía pagar; y como prueba de mi despreocupación presentó la horca que había sacado del mango, y dijo que la había encontrado afuera —mi señora, no conociendo la veracidad de tales hechos, estuvo un

⁹² Nota del editor. Hebreos (12: 14).

tanto distante conmigo, hasta que lo mencionó, y enseguida lo aclaré, y la convencí de que tales acusaciones eran falsas.

Estuve en un estado de gran tristeza durante muchos días. Mi buena señora insistía en conocer lo qué pasaba. Cuando di a conocer mi situación me dio a leer a John Bunyan sobre la guerra santa⁹³; encontré su experiencia parecida a la mía, lo cual me dio motivos para pensar que debía de haber sido un hombre malo; tal como yo estaba convencido de mi propia naturaleza corrupta, y de la miseria de mi propio corazón: y cuando declaró ser parecido en esta misma condición, no experimenté ningún alivio en absoluto al leer su obra, sino todo lo contrario. —Llevé el libro a mi señora, y le hice saber que no me gustaba en absoluto, que trataba de un hombre malvado igual de malo que yo; y que prefería no leerlo, y que quería que me diese otro, escrito por un hombre mejor que fuese santo y sin pecado. —Me aseguró que John Bunyan era un buen hombre, pero no pudo convencerme; le imaginaba ser muy parecido a mí para ser recto, ya que su experiencia parecía corresponderse con la mía.

Estoy muy convencido de que nada sino el gran poder e innumerables mercedes del Señor podían aliviar mi alma de la pesada carga que llevaba por aquel entonces. —Unos días después mi amo me dio *Call to the unconverted* de Baxter⁹⁴. Pero tampoco me sirvió de alivio, sino al contrario, pues me produjo una angustia tan grande como había hecho el otro antes, ya que invitaba a todos a ir a Cristo y yo me encontraba tan vil y miserable que no podía ir —la consideración de esta idea me ocasionaba un sufrimiento que no puede ser descrito; hasta tal punto que incluso intenté acabar con mi vida —cogí una de las navajas grandes, y fui al establo con la intención de suicidarme; y mientras intentaba con todas mis fuerzas meter la navaja en mi costado, se dobló. En ese instante el terror me sacudió ante la idea de tal imprudencia, y mi conciencia me decía que de haberlo logrado seguramente habría ido al infierno.

No encontraba alivio alguno, ni tampoco un mínimo de consuelo; la gran angustia mental afectó tanto a mi salud que estuve muy enfermo durante tres días y noches; y por

⁹³ Nota del editor. Se hace referencia aquí a la novela *La guerra santa* del escritor y predicador cristiano inglés que fue publicada en 1682.

⁹⁴ Nota del editor. Se hace referencia a la obra del escritor puritano inglés publicada en 1658 y sin traducción todavía completa al español, pues tan solo existen resúmenes realizados para la labor de prédica de algunas iglesias evangélicas.

ningún medio dejaba que me llevaran para curarme, a pesar de que mi señora era muy amable y me enviaba muchas cosas; pero yo rechazaba cualquier cosa de alivio y deseaba morirme —no me metía en mi cama, sino que me tumbaba en el establo sobre la paja—. Sentía todo el miedo de una consciencia angustiada, tan difícil el estar en este mundo, y veía que estaba preparada toda la venganza de Dios para caer sobre mí —sabía que no había forma alguna de ser salvado a menos que acudiese a Cristo, y no podía llegar a Él: pensé que era imposible que recibiese a un pecador como yo.

La última noche que pasé en este sitio, se me vinieron unas palabras a la mente en medio de tal angustia, “He aquí el Cordero de Dios”⁹⁵. Esto me consoló algo, y empecé a mejorar y desear que llegase el día en que pudiese encontrar tales palabras en mi Biblia —la mañana siguiente me levanté muy temprano, y fui a ver a mi profesor, el Sr. Vanosdore, y le expliqué el estado en que se hallaba mi mente; él se alegró mucho de ver que preguntaba por la senda a Sión⁹⁶, y bendijo al Señor por haber obrado tan milagrosamente en un pobre impío como yo. —Tenía más confianza con este señor que con mi amo, o con cualquier otra persona; y me sentía con más libertad para hablar con él: me animaba mucho, y rezaba conmigo frecuentemente, y siempre saqué provecho de su discurso.

A un cuarto de milla desde la casa de mi amo había un enorme roble de gran porte, en medio de un bosque; con frecuencia se me solía dar trabajo allí cortando árboles (un trabajo que me gustaba mucho), raro era el día que no iba allí; en ocasiones dos veces al día si podía escaparme. Sentarme debajo de este roble era el mayor placer que jamás había experimentado; ya que allí solía verter todas mis quejas al Señor: y cuando tenía algún motivo de queja en particular solía ir allí, y hablarle al árbol, y contarle mis penas, como si de un amigo se tratase.

Aquí a menudo me lamentaba de mi maligno corazón, y mi estado de perdición; y encontraba una comodidad y un consuelo de los que nunca antes fui consciente. — Cuando se me trataba con burla o desprecio, solía ir allí y encontrar reposo. Entonces

⁹⁵ Nota del editor. Pasaje que parece hacer referencia a Juan (1: 29).

⁹⁶ Nota del editor. Sión o Sion fue inicialmente el nombre de una fortaleza jebusea conquistada por el rey David que se encontraba en la actual ciudad de Jerusalén. La fortaleza se situaba en una colina del lado sureste de la ciudad conocida como Monte Sión y se menciona en la Biblia como centro espiritual.

empecé a encontrarle el gustillo al libro al libro que mi amo me había dado, *Call to the unconverted* de Baxter, y acabé por disfrutarlo mucho. Siempre me alegraba de que se me emplease en cortar leña, lo que era una gran parte de mi obligación, y lo hacía con gusto, ya que entonces estaba bastante solo y mi corazón se alzaba hacia Dios, y podía rezar constantemente; y bendito sea por siempre su santo nombre, respondía a mis plegarias fielmente. Nunca podré agradecerle lo suficiente a nuestro Todopoderoso Dios por todos los buenos momentos que allí pasé.

Es posible que mucha gente no de crédito al relato que voy a contar; pero creo, que la alegría y consuelo que me produjo, no puede ser expresada y solo puede ser concebida por aquellos que han experimentado algo similar.

Estaba un día con muy buen ánimo; mi corazón rebosante con el amor y gratitud del autor de todos mis consuelos. —Estaba tan fuera de mí, y tan lleno y asombrado por la presencia de Dios que vi (o creí ver) como una indescriptible luz caía desde el cielo sobre mí, y se quedaba brillando a mi alrededor durante un minuto. —Yo seguí arrodillado, y una inexpresable alegría se apoderó de mi alma. —Fue increíble la paz y serenidad con que tras esto se llenó mi ánimo, tanto que no se puede contar. —No me habría cambiado por nada ni nadie ni por todo el oro del mundo. Bendije a Dios por mi pobreza, por no tener riquezas mundanas o grandezas que desviasen mi corazón de Él. En ese momento deseaba, de haberme sido posible, el haber continuado en tal lugar para siempre. Sentía ganas de no tener nada que ver con el mundo, ni de volver otra vez a la sociedad. Parecía estar completamente seguro de que se me habían perdonado los pecados. Me fui a casa lleno de júbilo y este texto de las Sagradas Escrituras me vino por completo a la cabeza, “Y haré con ellos un pacto eterno, por el que no me apartaré de ellos, para hacerles bien, pero infundiré mi temor en sus corazones para que no se aparten de mí”⁹⁷. En la primera ocasión que se presentó, me fui a ver a mi profesor, y le hice saber el feliz estado en que se hallaba mi alma, a lo que se unió a mis alabanzas a Dios por su bondad conmigo, el más vil de los pecadores. —Me encontraba totalmente calmado, y no necesitaba pedir nada más de lo que tenía, cuando todo este consuelo se vino abajo con la muerte de mi querido y venerable amo el Sr. Freelandhouse, que fue arrancado de este mundo casi de improviso: no tuvo más que una pequeña dolencia, y murió de unas

⁹⁷ Nota del editor. Referencia al pasaje bíblico recogido en Jeremías (32: 40).

fiebres. Tenía su mano entre las mías cuando pasó a mejor vida; me dijo entonces que me había dado la libertad. Era libre de ir donde quisiese. —Añadió que siempre había rezado por mí y esperaba que me mantuviese así hasta el final. Mi amo me dejó en herencia diez libras, y la libertad.

Me enteré de que, de haber estado él vivo, tenía la intención de llevarme con él a Holanda, y como les había hablado de mí a algunos de los amigos que allí tenía, estos tenían ganas de conocerme; pero yo preferí seguir con mi señora que me trataba como si fuese mi madre.

La pérdida del Sr. Freelandhouse me apenó mucho, cosa a lo que no ayudaba mucho el tormentoso y aturullado estado mental en que me encontraba y que me hacía todavía más infeliz; como ya estaba el gran enemigo de mi alma preparado para atormentarme, me mostraba mis propias miserias de forma tan impactante, y me atemorizaba con dudas, miedos, y una profunda sensación de minusvalía, que tras todo el consuelo y ánimo que había recibido, me dieron en pensar que sería un naufrago finalmente. —Cuanto más veía la belleza y gloria de Dios, más me humillaba ante mi propia vileza. A menudo reparaba en mi antiguo lugar de oración; y rara vez salía de allí sin llevar consolación. Un día se me vinieron a la cabeza estas Sagradas Escrituras, “Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad”⁹⁸. —El Señor estaba contento de poder consolarme mediante sus muchas promesas en aquellos momentos en los que estaba a punto de hundirme bajo mis tribulaciones, “Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”⁹⁹, Hebreos x. ver. 14, “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”¹⁰⁰.

Mi buena, complaciente señora vivió tan solo dos años más que mi amo. Su muerte me produjo gran pena. Dejó cinco hijos, todos buenos mozos, y ministros del Evangelio. —Yo seguí con ellos, uno detrás de otro, hasta que murieron; vivieron tan solo cuatro años más que sus padres. Cuando fue voluntad de Dios llevárselos con Él, me quedé desamparado, sin un solo amigo en el mundo. Pero como había experimentado a menudo la bondad de Dios, confiaba en Él para que hicieses lo que quisiera conmigo. —En esta

⁹⁸ Nota del editor. Referencia al pasaje bíblico recogido en Colosenses (2: 10).

⁹⁹ Nota del editor. La primera parte de la cita bíblica pertenece a Hebreos (7: 25).

¹⁰⁰ Nota del editor. Hebreos (10: 14).

situación tan vulnerable fui al bosque a rezar como de costumbre; y aunque la nieve estaba bastante alta, ni sentía frío, ni ninguna otra molestia. —De hecho, a veces, cuando tenía al mundo en mi contra, sentía la tentación de pensar que el Señor me había abandonado. Encontraba gran alivio en la contemplación de estas palabras en Isaías xlix. v. 16. “He aquí que en las palmas de mi mano te he grabado; delante de mí están siempre tus muros”¹⁰¹. Y otras muchas buenas promesas que me fueron hechas con dulzura; el Salmo lxxxix y verso 34, “No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios”¹⁰²; Hebreos, cap. xvi. v. 17, 18¹⁰³; Filipenses, cap. i. v. 6¹⁰⁴; y algunas más.

Como ya había perdido a todos mis queridos y valiosos amigos, me daba lo mismo estar en un sitio u otro del mundo. Desde hacía algún tiempo albergaba el deseo de ir a Inglaterra. —Imaginaba que todos los habitantes de esta isla eran Santos; porque todos aquellos que de allí habían visitado a mi amo eran buenos, (el Sr. Whitefield¹⁰⁵ era buen amigo suyo) y los autores de los libros que me habían dado eran todos ingleses. Pero entre todos los lugares del mundo quería ver Kidderminster, ya que no podía sino pensar que en el lugar donde el Sr. Baxter había vivido, y predicado, toda la gente debía ser virtuosa.

La situación de mis negocios requería que me quedase un poco más en Nueva York, porque tenía algunas deudas, y no sabía cómo pagarlas. —Por aquel entonces un joven caballero que era buen conocido de uno de mis jóvenes amos intentó hacerse amigo mío, y me prometió pagar las deudas, que ascendían a tres libras; y me aseguró que no esperaba que le devolviese el dinero. —Pero en menos de un mes, vino a pedírmelo; y cuando le aseguré que no tenía nada con que pagar, amenazó con venderme. —Aunque sabía que no tenía derecho a hacer aquello, como no tenía ningún amigo en el mundo al que acudir, me inquietó mucho. —Al final me propuso hacerme corsario, para que de esta forma

¹⁰¹ Nota del editor. Isaías (49: 16).

¹⁰² Nota del editor. Salmos (89: 34).

¹⁰³ Nota del editor. No existe pasaje correspondiente a Hebreos (16: 17-18) en las Biblias actuales, por lo que barajamos la posibilidad de que el autor manejase alguna Biblia de la época o se trate meramente de un error.

¹⁰⁴ Nota del autor. El pasaje lee “Confiado de esto: que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesús el Cristo” en Filipenses (1: 6).

¹⁰⁵ Nota del editor. George Whitefield (1714-1770) fue un ministro de la Iglesia de Inglaterra y dirigente destacado del movimiento metodista que llegó a ser muy conocido por su entusiasta predicación en las colonias americanas del Imperio Británico.

pudiese pagarle, a lo que acepté. —Nuestro Capitán se llamaba ---- ---- y yo fui en calidad de cocinero suyo. —Cerca de Santo Domingo¹⁰⁶ abordamos a cinco barcos franceses, de mercaderes. —Tuvimos un vivo combate que se prolongó desde las ocho de la mañana hasta las tres del medio día; cuando la victoria cayó de nuestro lado. —Poco después de esto salieron a nuestro encuentro tres barcos ingleses que se nos unieron, algo que nos dio ánimos para atacar una flota de 36 barcos. —Abordamos los tres primeros y continuamos con los siguientes; y logramos hacernos con doce; pero el resto se nos escapó. —Hubo gran derramamiento de sangre, y estuve al borde de la muerte en varias ocasiones, pero el Señor me protegió.

Me topé con muchos enemigos y sufrí gran persecución entre los marineros; uno de los cuales era particularmente cruel conmigo, y maquinaba constantemente nuevas formas de molestarme y fastidiarme. —No puedo dejar de mencionar un hecho que me hirió más que ningún otro, que fue que me arrancó de las manos un libro que me gustaba mucho, y que usaba frecuentemente como entretenimiento, y lo arrojó al mar. —Pero lo que es curioso es que él fue el primero en ser asesinado en el combate. —No es mi intención decir que esto sucedió porque no era mi amigo; pero sí creí que fue terrible una Providencia ver cómo los enemigos del Señor fueron cercenados.

Nuestro capitán era un hombre duro de corazón. Yo sentía mucha pena por todos los prisioneros que hacíamos; pero el lamentable caso de un joven caballero me llegó al corazón. —Parecía muy cordial; era sorprendentemente apuesto. El capitán tomó cuatro mil libras de él; pero no quedó satisfecho, ya que creía que tenía mucho más, y de algún modo lo escondía, por lo que el capitán le amenazó con la muerte, ante lo cual se angustió mucho, y cogió las hebillas de los zapatos, y se soltó el pelo, que era muy hermoso y largo; en el cual llevaba algunos anillos de gran valor prendidos. Una vez en el camarote se me acercó, y en la manera más atenta me pidió algo de comer y beber; y al dárselos, fue tan agradecido y considerado en sus formas que me partió el corazón; y habría deseado de corazón el poder hablar en otra lengua en que la tripulación no me hubiese entendido; para poder haberle advertido del peligro que corría; ya que había escuchado al capitán decir que iba a darle muerte; y finalmente llevó a cabo su cruel intención, ya que le llevó a tierra con uno de los marineros, y allí le dispararon.

¹⁰⁶ Nota del editor. Capital de la actual República Dominicana situada en la desembocadura del río Ozama en la costa sur de la isla La Española.

Este hecho me apenó mucho, y no pude sacármelo de la cabeza durante mucho tiempo. —Cuando volvimos a Nueva York el capitán dividió el botín que habíamos cogido entre todos. Cuando me llamaron para recibir mi parte, esperé al Sr. ----, (el hombre que había pagado mis deudas y que fue el motivo de que me fuese) para saber si vendría a recoger el dinero conmigo o le debía llevar yo a él el dinero que le debía. —Prefirió venir conmigo y cuando el capitán puso el dinero sobre la mesa (que eran ciento treinta y cinco libras) esperé a que el Sr. ---- tomase lo que yo le debía; y él lo echó todo a su pañuelo, y no soltó ni un cuarto de penique, ni nada en absoluto. —Y de igual manera se quedó con un barril¹⁰⁷ de azúcar que me tocaba en parte del barco. El capitán se enfadó mucho ante tal crueldad, al igual que los que lo oyeron. —Pero tengo motivos para pensar (por ser uno de comerciantes más importantes de la ciudad) que hacía negocios con él y por ello prefirió no discutirle nada.

En esos días un caballero muy respetable, mercader de vinos, llamado Duncum, me tomó bajo su protección, y habría recuperado mi dinero por mí si yo hubiese querido; pero le dije que olvidase el asunto; que prefería estar tranquilo. —Pensé que no prosperaría con él, y así sucedió que, tras a una serie de pérdidas y desventuras se arruinó, y al poco tiempo se ahogó, mientras estaba en una desenfadada fiesta. —El barco se alejó del mar y chocó contra una roca de tal forma que nadie sobrevivió.

Me apené mucho cuando me enteré, y lo sentí grandemente por su familia, que quedaba sumida en una penosa situación. —Nunca supe cómo darle el valor apropiado al dinero. Teniendo tan solo un poco de carne y algo de beber para pasar las necesidades del día a día, no quería más; y cuando tenía algo siempre lo daba si veía alguien pasándolo mal. De no haber sido por mi querida esposa y mis hijos seguiría ahora sin darle importancia al dinero al igual que hacía antes. —Seguí algo más de tiempo con el Sr. Duncum como su criado; era muy amable conmigo. —Pero yo tenía muchas ganas de visitar Inglaterra, y deseaba constantemente que fuese voluntad de la Providencia allanarme el camino para ver tal isla. Tenía la idea de que si iba a Inglaterra no volvería a sufrir ni crueldad ni ingratitud, de modo que tenía muchas ganas de estar entre cristianos. Conocía a el Sr. Whitefield muy bien. —A menudo le había escuchado predicar en Nueva York. Con tal intención me enlisté en el vigésimo octavo Regimiento de Tierra, destinado

¹⁰⁷ Nota del editor. En el original *hogshead*. Tipo de barril que equivale a un cuarto de tonel.

para Martinica¹⁰⁸ en la última guerra¹⁰⁹. —Fuimos con la flota del almirante Pocock¹¹⁰ de Nueva York a Barbados; y de allí a Martinica. —Cuando se tomó la isla seguimos hacia la Habana, y de la misma manera la tomamos. —Allí se me dio licencia.

Me debían por aquel entonces cerca de treinta libras, pero nunca le di la más mínima importancia al dinero, y no me habría esperado a recibir el dinero en metálico en caso de perder la oportunidad de ir a Inglaterra. —Fui con prisioneros españoles hasta España; y llegué a la vieja Inglaterra entre prisioneros ingleses. —No podría describir la felicidad que sentí cuando avistamos Portsmouth¹¹¹. Pero me quedé boquiabierto al desembarcar de oír maldecir y jurar, y demás cosas profanas, a los habitantes de aquel lugar. Esperaba hallar solamente bondad, amabilidad y mansedumbre en tal tierra cristiana, ante lo cual me quedé perplejo.

Pregunté si allí vivía algún cristiano decente, y la mujer a la que se lo pregunté, me respondió afirmativamente; y añadió que ella era una de ellos. —Me alegré de corazón oírla decir aquello. Pensé que podía entregarle mi corazón entero: regentaba una taberna. Dejé a su cargo todo el dinero que no me hacía falta de inmediato; pues pensé que estaría más seguro con ella. —Eran 25 guineas de las cuales 6 dispuse para que hiciese buena ventaja de ellas, como comprarme camisas, un sombrero y otras cosas necesarias. Le di como regalo un espejo precioso muy grande que traje conmigo de Martinica, para compensarla por los problemas que le había ocasionado. Debo decir en su favor que algo dispuso para mi uso, pero las 19 guineas y parte de las 6, junto con mi reloj, no quería devolvérmelas, y negaba que se las hubiese dado.

Pronto me di cuenta de que estaba entre mala gente, que me había robado mi dinero y mi reloj; y se esfumaron todas las esperanzas de felicidad que albergaba, pues no tenía

¹⁰⁸ Nota del editor. Isla del Caribe que pertenece a las Antillas menores.

¹⁰⁹ Nota del editor. Parece hacer referencia a la toma de la isla francesa de Martinica por las tropas británicas en 1762 en la que participó el vigésimo octavo Regimiento de Tierra. Esta contienda, al igual que la toma de La Habana en agosto del mismo año, se encuadra dentro de la Guerra de los Siete Años entre las dos facciones enfrentadas en las que estaban España e Inglaterra en 1756-1763.

¹¹⁰ Nota del editor. George Pocock (1706-1792) fue un almirante inglés de la Marina Real Británica.

¹¹¹ Nota del editor. Ciudad costera en el sudeste de Inglaterra.

más amigo que Dios y fervientemente le rezaba. A duras penas creía que fuese posible que en el lugar donde tantos eminentes cristianos habían vivido y predicado abundase tanta malicia y falsedad. Pensé que era peor que Sodoma (considerando las ventajas que tenían) y me pasaba casi todo el tiempo llorando: con el tiempo Dios escuchó mis súplicas y finalmente me dio un amigo.

Esta tabernera tenía un hermano que vivía en Portsmouth-common, su mujer era una mujer muy devota. —Cuando esta se enteró de la manera en que había sido tratado, vino y me preguntó sobre la realidad de tal situación y se mostró muy preocupada ante el mal trato que había recibido, y me llevó a su casa. —Empecé entonces a alegrarme, y mis súplicas se convirtieron en alabanzas. Hizo todo lo posible por convencerme para que le dijera quien me había engañado, con el fin de recuperar mi reloj y mi dinero, pero no sirvió de nada, pues como no me había dado ningún recibo y no tenía nada con que probarlo, no podía reclamárselo. —Mi buena amiga se enfadó muchísimo con ella y le obligó a devolverme cuatro guineas, las cuales dijo darme por caridad: a pesar de que en realidad eran mías, así como mucho más. Se habría valido de medios más duros para hacer que me diese el dinero, pero no se lo consentí, y le dije que lo dejase, que “mi Dios está en el cielo”¹¹². Aun así seguía sin darle importancia a la pérdida lo más mínimo; todo lo que me dolía era el no haber encontrado amigos cristianos, con los cuales esperaba disfrutar de un poco de compañía placentera y agradable.

Pensé que lo mejor que podía hacer en ese momento era ir a Londres para encontrar al Sr. Whitefield, que era la única alma viviente que conocía en Inglaterra, y que me ayudase a encontrar una manera u otra de ganarme la vida sin ser molestia para nadie. —Me despedí de mi cristiana amiga en Portsmouth, y tomé la diligencia para Londres. —Un respetable comerciante en la ciudad, que venía conmigo en la diligencia, se ofreció a enseñarme el camino hasta el tabernáculo del Sr. Whitefield. Como no me conocía de nada, aprecié el gesto, y acepté su ofrecimiento; pero me hizo pagarle media corona por venirse conmigo, y me pidió que le diese otros cinco chelines más por llevarme al encuentro del Dr. Gifford¹¹³.

¹¹² Nota del editor. Parece hacer referencia al pasaje bíblico recogido en Salmos (115: 3) que lee “nuestro Dios está en los cielos, todo lo que quiso ha hecho”.

¹¹³ Nota del editor. Andrew Gifford (1700–1784) fue un pastor inglés de la Iglesia bautista gran amigo de George Whitefield.

Empecé a albergar una idea muy distinta de la que me había hecho sobre los habitantes de Inglaterra antes de conocerlos. —El Sr. Withefield me recibió de forma amable, se alegró de corazón al verme, y me dio la dirección de un lugar adecuado donde hospedarme y alojarme en Petticoat-Lane, hasta que pudiese pensar en alguna forma de acomodarme, y pagó por el alojamiento, y todos los gastos. La mañana siguiente de venir a mi nuevo alojamiento, mientras estaba desayunando con la señora de la casa, escuché el ruido de unos telares sobre nuestras cabezas: le pregunté de qué se trataba; me dijo que alguien estaba tejiendo seda. —Mostré un gran deseo de ver tal cosa, y le pregunté si podía: me dijo que subiría conmigo; que estaba segura de que sería muy bien recibido. Era tan buena como su palabra, y según entramos en la habitación, la persona que estaba tejiendo miró hacia donde estábamos, y nos sonrió, y me enamoré de ella en ese momento. —Me hizo muchas preguntas, y en retorno yo hablé mucho con ella. Me enteré de que era miembro de la iglesia del Sr. Allen¹¹⁴, y empecé a tener una buena opinión sobre ella, a pesar de que casi me daba miedo la idea, en caso de que al final resultase ser como todas las demás que había conocido en Portsmouth, etc. y que casi me habían hecho sentir aversión por todas las mujeres blancas. —Pero tras un breve periodo en que nos conocimos, me alegré de saber que ella era muy diferente, y bastante sincera, y tenía la esperanza de que ella sintiese algo por mí. A menudo íbamos a escuchar al Dr. Gifford juntos, y como siempre sentía la obligación de ayudar a todas las personas necesitadas tanto como me fuese posible, solía dar a todo el que me lo pedía; a veces incluso media guinea de una sola vez, ya que no entendía su verdadero valor. —A esta clemente, buena mujer le costó mucho esfuerzo corregirme y me aconsejó en este y otros respectos.

Tras seis semanas en Londres me dijeron que fuese a ver a unos amigos de mi último amo el Sr. Freelandhouse, los cuales habían oído hablar de mi con frecuencia. Pusieron gran empeño en intentar convencerme para que me fuese a Holanda. —Mi amo había vivido allí antes de comprarme, y solía hablar de mí ante sus amigos con tan gran respeto, que tenían curiosidad por conocerme; en especial aquellos caballeros que formaban parte de la iglesia, los cuales expresaron el deseo de oír mi experiencia y poder interrogarme. Me enteré de que había sido voluntad de haber vivido mi amo el que fuese; debido a lo

¹¹⁴ Nota del editor. John Allen fue un pastor de la Iglesia bautista ordenado en la iglesia londinense situada en Petticoat Lane de la que quedó al cargo hasta que, tras un periplo por Inglaterra debido a ciertos problemas económicos que le llevarán ante la justicia, decide dejar Londres y asentarse en la ciudad estadounidense de Boston para predicar su doctrina.

cual decidí ir a Holanda, y le comuniqué mi intención a mi querido amigo el Sr. Whitefield; al principio se opuso a mi partida, pero tras explicarle los motivos se mostró conforme. Asimismo informé a mi Betty (la buena mujer que he mencionado antes) de mi intención de ir a Holanda y le dije que estaba seguro de que iba a ser mi mujer: si era la voluntad del Señor que lo hiciese, y no de nadie más. —No me dijo mucho, pero desde entonces me ha dicho, que ni se le pasó por la cabeza en ese momento.

Embarqué en Tower-wharf a las cuatro en punto de la mañana, y llegué a Ámsterdam al día siguiente sobre las tres en punto del medio día. Tenía varias cartas de recomendación para los amigos de mi viejo amo, quienes me recibieron de manera muy cortés. De hecho, uno de los principales clérigos fue particularmente bueno conmigo; me tuvo en su casa mucho tiempo, y disfrutó haciéndome preguntas, a las que respondía con mucho gusto, por estar siempre dispuesto a decir, “Venid y oíd todos los que teméis a Dios, y os contaré lo que él ha hecho por mi alma”¹¹⁵. No puedo sino admirar los pasos de la Providencia; ¡asombrado de haber sido tan milagrosamente protegido! A pesar de ser el nieto de un rey, he necesitado pan, y me habría alegrado tan solo con la corteza más dura que jamás hubiese visto. Yo, quien en casa, estaba rodeado y protegido por esclavos, de tal forma que ningún don nadie se me acercaba, y vestido con oro, había sido inhumanamente amenazado de muerte; y frecuentemente ansiaba ropa para protegerme de las inclemencias del tiempo; pero incluso entonces nunca me quejé, ni me mostré disconforme. —Tengo ganas, e incluso deseo ser tratado como si no existiese, como un desconocido en el mundo, un peregrino sin más; pues “Yo sé que mi redentor vive”¹¹⁶, y doy las gracias por cada prueba y dificultad que me he encontrado, ya que tengo la certeza de que me han sido santificadas.

Los curas calvinistas tenían ganas de escuchar de mi boca mis aventuras, una propuesta que fue muy de mi agrado: así que me puse delante de 38 clérigos cada jueves durante siete semanas seguidas, y ellos que estaban tan contentos me intentaban convencer de que yo era lo que había querido ser. —Tomaron nota de mis aventuras según las contaba; y el Señor Todopoderoso me acompañó en ese momento de forma

¹¹⁵ Nota del editor. Salmos (66: 16).

¹¹⁶ Nota del editor. Job (19: 25).

excepcional, y me dio las palabras para contestarlos; tan grande fue su gracia en llevar de la mano a un ciego impío.

Por entonces un comerciante muy acaudalado de *Ámsterdam* me ofreció llevarme con su familia en calidad de mayordomo, y lo acepté de muy buena gana. —Era un caballero digno y respetable que se portaba muy bien conmigo. —Me trababa más como a un amigo que como a un criado. —Me quedé con él un año entero pero no estaba del todo contento, pues quería ver a mi mujer (que lo es ahora); y por ese motivo quería volver a *Inglaterra*, ya que le escribí una vez durante mi ausencia, pero no respondió a la carta; y he de admitir que si lo hubiese hecho, la habría tenido en menos. —Mi amo y mi ama intentaron convencerme de que no los dejase, al igual que hicieron sus dos hijos, que me tenían gran estima; y de haber encontrado a mi vuelta a *Inglaterra* a mi *Betty* casada, me habría vuelto con ellos de inmediato.

Mi señora me propuso casarme con su doncella; era una joven mujer muy agradable, que había ahorrado una buena cantidad de dinero, pero yo no podía quererla, a pesar de que ella estaba dispuesta a aceptarme, por lo que le conté que mi corazón ya estaba prometido en *Inglaterra*, y que no podía pensar en otra persona. —A mi vuelta a casa, supe que *Betty* no estaba comprometida. —No había aceptado las ofertas que le habían hecho durante mi ausencia, y le dijo a su hermana que, sabía, que si alguna vez se casaba, yo sería el marido.

Al poco de volver a casa, serví al doctor *Gifford*, quien me acogió en su familia y me trató excesivamente bien. La reputación de este piadoso y respetable caballero es bien conocida; no hace falta ni es necesario que hable bien de él. —Espero poder recordar siempre con mucho agradecimiento tantos favores como él me ha hecho. —Poco después de entrar al servicio del doctor *Gifford* le conté las ganas que tenía de ser admitido en su *Iglesia*, y establecerme con ellos; me dijeron que primero tenía que ser bautizado; por lo que di cuenta de mis aventuras ante la *Iglesia*, con lo que quedaron satisfechos, y fui bautizado por el doctor *Gifford* junto a otros tantos. Dejé clara entonces la intención de casarme; pero me hicieron muchas objeciones en contra por ser la persona que había elegido pobre. Era viuda, su marido la había dejado endeudada, y con un niño, por lo que intentaban persuadirme para que no lo hiciese realmente preocupados por mí. —Pero se lo había prometido y estaba decidido a tomarla como esposa; como sabía que era una buena mujer, su pobreza no era una objeción para mí, ya que no tenían nada más que decir

en su contra. Cuando mis amigos se dieron cuenta de que no podían cambiar mi opinión respecto a ella, escribieron al Sr. Allen, el clérigo al que ella iba, para que la convenciese de que me dejase; a lo que contestó que no interferiría en nada, que hiciésemos lo que quisiéramos. Decidí que pagaríamos la pequeña deuda de mi mujer antes de casarnos; así que vendí casi todo lo que tenía y con el dinero que junté pagué todo lo que debía, y nunca hice nada de mejor gana en toda mi vida, porque creía firmemente que seríamos muy felices juntos, tal como se vio, pues me había sido enviada por el Señor. No podía haber sido mejor compañera, y nunca nos arrepentimos, a pesar de haber pasado por muchos problemas y dificultades.

Mi mujer se ganaba la vida tejiendo, y lo hacía extremadamente bien; pero justo en ese momento se produjo gran revuelo entre los tejedores; así que tenía miedo de dejar ir a trabajar a mi mujer, o cuando menos que me insistiesen en unirme a los alborotadores, lo cual ni se me pasaba por la cabeza, y posiblemente, de haberme negado me habrían matado de un golpe en la cabeza. —De modo que por estas razones mi mujer no podía encontrar trabajo, ni yo tenía el suficiente trabajo para mantener a mi familia. No llevábamos ni un año de casados cuando nos vimos sacudidos por tantas desgracias.

Justo entonces un caballero, que parecía preocupado por nosotros, me aconsejó que me fuese a Essex¹¹⁷ con él y prometió darme trabajo. —Acepté el amable ofrecimiento, y habló con un amigo suyo, un cuáquero¹¹⁸, caballero de gran fortuna que vivía en las afueras de la ciudad de Colchester¹¹⁹, que se llamaba Handbarar¹²⁰; el cual ordenó a su mayordomo que me pusiese a trabajar.

Había varios más conmigo dedicados a lo mismo. Estaba muy agradecido y contento a pesar de que el sueldo era bajo. —No se me daban más que ocho peniques al

¹¹⁷ Nota del editor. Condado situado al sureste de Inglaterra muy próximo a la ciudad de Londres.

¹¹⁸ Nota del editor. Persona perteneciente a la Sociedad Religiosa de los Amigos, generalmente conocida como Sociedad de los Cuáqueros o Amigos, que es una comunidad religiosa disidente fundada en Inglaterra por George Fox a mediados del siglo XVII.

¹¹⁹ Nota del editor. Ciudad de Essex, Inglaterra, a 90 km al nordeste de Londres.

¹²⁰ Nota del editor. Osgood Hanbury (1731-1784) fue un mercader y banquero británico miembro de la Sociedad Religiosa de los Amigos que heredó su fortuna de las plantaciones de tabaco que poseía su padre en el estado estadounidense de Virginia.

día, que para mí alcanzaba; pero tras pasar quince días en esta situación, mi amo, al enterarse de que un negro trabajaba para él, quiso conocerme. Se mostró complacido de poder hablar un rato conmigo, y al final me preguntó por el sueldo que tenía; al decírselo reconoció que era muy bajo, y de inmediato le ordenó al mayordomo que me diese dieciocho peniques al día, tras lo cual siempre me los dio, y con ello pude vivir bien.

Mi mujer no se vino conmigo: me vine primero solo y tenía planeado que, si las cosas iban según lo previsto, iría a por ella —empezaba a pensar que sería bueno que se viniese conmigo, cuando recibí una carta donde se me informaba de que acababa de caer en cama y necesitaba de muchas atenciones. —Tales noticias me pusieron a prueba y causaron gran pesar: pero mi Dios, fiel y lleno de misericordia, no me abandonó en esta circunstancia. —Como no sabía leer en inglés, me vi obligado a pedirle a alguien que me leyese la carta que había recibido con relación a mi mujer. Fui encaminado por la buena Providencia de Dios hacia un joven caballero muy respetable, un cuáquero, y amigo de mi amo. —Le pedí que me hiciese el favor de leerme la carta, lo cual hizo de buena gana, conmoviéndose mucho y quedando muy afectado por su contenido; hasta tal punto que me dijo que se encargaría de hacer una colecta para mí, que llevó a cabo contribuyendo él en primer lugar. El dinero fue enviado esa misma tarde a Londres con una persona que por casualidad se dirigía allí: no fue esta la única generosidad que recibí de estos amigos tan amables, ya que, tan pronto como se recuperó y estuvo en condiciones de viajar, me la trajeron, y corrieron con todos los gastos de su viaje; de forma tan evidente se ha manifestado el amor y la misericordia de Dios en cada uno de los problemas en que nos hemos visto. Pasamos el verano de una manera holgada. —Vivíamos en una pequeña vivienda cerca de la casa del Sr. Handbarar; pero cuando llegó el invierno no se me necesitó más, ya que no había más trabajo que darme. Y ahora las perspectivas empezaron a volverse negras para nosotros. Pensamos que lo más conveniente era mudarnos a un sitio un poco más cerca de la ciudad, ya que la casa en la que vivíamos era muy fría y húmeda, y estaba a punto de caerse.

La bondad sin límites de Dios hacia mí ha sido tan grande, que con la más humilde gratitud quiero postrarme ante Él; pues me ha ayudado de forma extraordinaria en cada coyuntura. Dios nunca me ha abandonado. Veo la luz incluso a través de la más grande oscuridad.

Mi querida mujer y yo estábamos sin oficio, no encontrábamos nada qué hacer. El invierno fue extremadamente duro, y nos vimos envueltos en la mayor miseria imaginable. —Siempre me ha dado mucha vergüenza pedir algo; jamás pude pedir limosna; ni tampoco quise contarle a nadie nuestra necesidad por miedo a ofender, ya que éramos completos desconocidos; pero habíamos gastado nuestro último mendrugo de pan, y me vi obligado a pensar en algo con que poder mantenernos. —No estaba para nada preocupado por mí; sin embargo el ver a mi mujer y a mis hijos necesitados me rompía el corazón. —Me echaba la culpa por haber traído a mi mujer de Londres, ya que de haber seguido allí, sin duda habríamos hecho amigos que no nos hubieran dejado pasar hambre. La nieve aquel año tenía gran altura; así que no había esperanza de que nos socorriesen. Inmersos en esta triste situación, no sabiendo qué camino tomar, decidí contarle mi caso al jardinero de un caballero que vivía cerca de nosotros, y rogarle que me diese trabajo: pero cuando me acerqué a él, me faltó valor, y me dio vergüenza contarle la realidad de nuestra situación. —Intenté conseguir de toda forma posible que me diese trabajo, pero no sirvió de nada: me dijo que no él no tenía autoridad: pero justo cuando estaba a punto de irme, me preguntó si quería unas zanahorias. Las cogí muy agradecido y me las llevé a casa: me dio cuatro, todas muy grandes y buenas. —No teníamos con qué hacer lumbre, por lo que no podíamos cocerlas: pero estaba contento de poder comerlas crudas. Nuestra hija menor era todavía muy pequeña, así que mi mujer tuvo que masticárselas, y darle de comer así durante varios días. —Sólo nos permitíamos una al día, en caso de que no nos durasen hasta que encontrásemos otra cosa. Yo no quería comer nada; ni probaría bocado hasta el último día en que siguiésemos en esta situación, ya que no podía soportar la idea de que mi querida esposa e hijos estuviesen necesitados de todo. Vivimos de esta forma hasta que se nos acabaron las zanahorias: entonces mi mujer empezó a quejarse por los bebés: pero yo intentaba consolarla todo lo que podía; todavía con la esperanza, y seguridad de que mi Dios no nos dejaría morir: sino que sería su voluntad ayudarnos, lo cual hizo de forma milagrosa.

Nos fuimos a la cama, como de costumbre, antes de que se hiciese de noche (ya que no teníamos ni lumbre ni vela), pero al poco de acostarnos alguien llamó a la puerta y preguntó si James Albert vivía allí. Le respondí afirmativamente, y me levanté de inmediato; en cuanto abrí la puerta vi que se trataba del criado de un abogado que vivía en Colchester. —Me preguntó qué tal me iba, si no estaba muerto de hambre. Me eché a llorar, y le dije que verdaderamente lo estaba. Me dijo que su amo así lo suponía, y que

quería hablar conmigo, y que debía irme con él. Este caballero se llamaba Daniel, era un verdadero buen cristiano. Solía pararse y hablarme con frecuencia cuando estaba trabajando en la carretera para el Sr. Handbarrar, y me habría dado trabajo si yo así lo hubiese querido. —Cuando llegué a su casa me dijo que había pensado mucho en mí últimamente, y que estaba preocupado de que tuviese necesidad, y que no podía estar tranquilo hasta haber enviado a saber de mí. Le conté todos mis apuros, ante los cuales se mostró muy afectado; y generosamente me dio una guinea; y prometió que sería bueno conmigo en el futuro. No pude sino exclamar, ¡Oh la infinita misericordia de Dios! Le he suplicado y me ha escuchado; confié en Él y me ha protegido: ¿dónde debo empezar a darle las gracias, o cómo podré quererle lo suficiente?

Me fui de inmediato y compré algo de pan y queso y carbón, y lo llevé a casa. Mi querida esposa estaba contenta de verme volver con algo para comer. Se levantó y vistió a los bebés al instante, mientras yo hacía lumbre, y nunca hubo tenido la principal nobleza del lugar comida tan agradable. —No nos olvidamos de darle las gracias al Señor por toda la bondad que había tenido con nosotros. —Poco después de esto, al llegar la primavera, el Sr. Peter Daniel me dio trabajo ayudando a tirar una casa y luego a reconstruirla. Tenía entonces mucho trabajo, a tiempo completo: mandó por mi mujer, y mis hijos, para que viniesen a Colchester, y nos dio una casa donde vivíamos muy bien. —Espero poder darle siempre las gracias por su amabilidad conmigo y con mi familia. Trabajé en esta casa durante más de un año, hasta que la terminamos; y después me fueron dando trabajos que iba encadenando, y nunca estaba tan contento como cuando tenía algo que hacer; pero sabiendo que venía el invierno, y el trabajo escaseaba, tenía miedo de que pasásemos necesidad de nuevo o de que nos volviésemos un problema para nuestros amigos.

Me hicieron entonces una oferta para irme a Norwich¹²¹ y tener trabajo de continuo. —Mi mujer parecía contenta con la oferta, ya que suponía que podría encontrar trabajo allí en las tejedurías, puesto que se trataba del trabajo con el que se crio, y tenía allí más posibilidades de tener éxito que en cualquier otro lugar; y pensamos que, ya que teníamos la oportunidad de mudarnos a una ciudad donde los dos podíamos trabajar, era más que aconsejable hacerlo; ya que probablemente pudiésemos asentarnos allí el resto de nuestras vidas. —Cuando nos decidimos a dar el paso, me fui yo solo primero para ver cómo me

¹²¹ Nota del editor. Ciudad del condado de Norfolk, en este Inglaterra, famosa por su industrial textil.

iba; de lo cual me arrepentí mucho luego, ya que no pude mandar de inmediato ninguna provisión a mi mujer, por haber caído en manos de un amo que no era ni bueno ni considerado; y ella se vio envuelta en tan grandes penurias que se vio obligada a vender algunos bienes que teníamos, y cuando la mandé a buscar fue bajo la triste necesidad de vender la cama.

Cuando vino a Norwich alquilé una habitación ya amueblada. —Noté una gran diferencia en el trato de mi amo al que estaba acostumbrado con algunos de mis otros amos. No me pagaba cuando debía hacerlo. —Mi mujer alquiló un telar y tejía en todos los ratos libres que tenía y empezó a irnos muy bien, hasta que fuimos sobrecogidos por nuevas desgracias. Nuestros tres pobres hijos cogieron la viruela; lo cual nos puso en gran percance; pero yo seguía convencido dentro de mí de que no seríamos abandonados. —Y hacía todo lo que estaba en mi mano para que no se le hundiese el ánimo a mi mujer. Ahora toda su atención recaía en los niños pues no importaba otra cosa, y todo lo que yo ganaba no era suficiente para mantener a una familia en tal situación, además de tener que pagar el alquiler de la habitación, el cual me vi obligado a no pagar durante varias semanas: pero la mujer a la que se lo debíamos no nos lo perdonaba, a pesar de que le prometí que tendría lo primero que ganase en cuanto mis hijos hubiesen recuperado, pero ella no quedaba conforme y era tan cruel como para amenazarnos con que si no le pagábamos inmediatamente nos echaría a todos a la calle.

El miedo ante esto me sumió en la más honda preocupación, considerando la situación de mis pobres bebés: si hubiesen tenido salud no me habría importado tanto este contratiempo. Pero mi Dios, aún fiel a su promesa, me dio un amigo. El Sr. Henry Gurdney¹²², un cuáquero, cortés caballero, se enteró de nuestra situación, envió un criado de los suyos a la mujer a la que le alquilábamos la habitación, le pagó el alquiler, y compró todas las cosas incluyendo el telar de mi mujer y nos lo dio todo a nosotros.

Otros caballeros, al conocer su plan, se mostraron encantados de ayudarle con tales actos de generosidad, a los que nunca podremos estar lo suficientemente agradecidos; tras esto mis hijos pronto se recuperaron; nos empezó a ir bien de nuevo; mi querida mujer trabajaba duro y de manera constante cuando conseguía trabajo, siempre partiendo de la

¹²² Nota del editor. Henry Gurney (1721-1777) fue un reconocido miembro de la Sociedad Religiosa de los Amigos fundador del Bank Norwich junto a su hermano John en 1775.

triste base de que el trabajo no le estaba asegurado, a veces no teniendo qué hacer y otras, cuando los tejedores de Norwich recibían pedidos de Londres, se veían tan apurados, que la gente a la que empleaban se veía obligada a trabajar el día de fiesta¹²³; algo que nunca hizo mi mujer, y que nos daba inquietud al no poder garantizar el sustento de forma regular, a pesar de que ambos éramos diligentes, industriosos y teníamos ganas de trabajar. Yo no estaba nada contento con mi amo, no me trataba bien. Casi nunca me daba el dinero; pero esperé paciente hasta que complugo a Dios mejorar mi situación.

Mi buen amigo el Sr. Gurdney me aconsejó que me dedicase a aventar, y me compró un instrumento para tal propósito. No había mucha gente en la ciudad dedicada a este negocio además de mí; por lo que me fue muy bien y pudimos tranquilizarnos y ser felices. —Pero no nos duró mucho este desahogado estado: mucha de la gente de baja calaña era envidiosa y malvada y empezaron a dedicarse al mismo oficio y a trabajar a propósito a un precio más bajo para quitarme el negocio, y lo hicieron tan bien que no me salía nada que hacer, sintiéndome otra vez desafortunado: pero esta adversidad no vino sola, ya que justo entonces perdimos a una de nuestras pequeñas hijas al morir de unas fiebres; una circunstancia que nos ocasionó nuevos problemas, ya que el cura bautista se negó a enterrarla porque no éramos feligreses suyos. El clérigo de la parroquia nos rechazó porque no la habíamos bautizado. Acudí a los cuáqueros, pero no tuve éxito; esta fue una de las pruebas más duras a las que me he enfrentado, ya que no sabíamos qué hacer con nuestro pobre bebé. —Cuando al final decidí excavar una tumba en el jardín de detrás de la casa y enterrarla allí, el clérigo de la parroquia mandó a decirme que enterraría a la niña, pero que no iba a oficiarle misa en el entierro. Le dije que no me importaba que hiciese o dejase de hacerlo, ya que la niña no iba a escucharla.

Tras esto empezaron a tratarnos mal, y nos era muy difícil vivir. —A duras penas encontrábamos trabajo, y nos vimos obligados a empeñar la ropa. Estábamos a punto de sucumbir ante tantos problemas. —Entonces le propuse a mi mujer irnos a Kidderminster y ver cómo nos iba allí. Siempre tuve ganas de ir a este lugar, y ahora más que nunca al escuchar a el Sr. Fawcett¹²⁴, digno y noble caballero, hablar de él de la mejor manera posible; y había leído su nombre en uno de mis libros favoritos, *Saints everlasting rest* de

¹²³ Nota del traductor. Véase nota 76.

¹²⁴ Nota del editor. Benjamin Fawcett (1715-1780) fue un pastor disidente británico ordenado en la ciudad inglesa de Tauton que desde 1745 ejerció su ministerio en Kidderminster.

Baxter¹²⁵, y como la manufactura de Kidderminster parecía que podía darle trabajo a mi mujer, en seguida estuvo de acuerdo.

La dejé otra vez, y salí para Kidderminster, con el fin de ver cómo se nos presentaría allí la situación. —Tan pronto como llegué me fui de inmediato a despachar con el Sr. Fawcet, quien se mostró muy contento de recibirme y me recomendó al Sr. Watson, quien me dio trabajo trenzando seda y estameña¹²⁶. Estuve allí casi una quincena, y cuando vi que daba respuesta a nuestras necesidades, me volví a Norwich para traer a mi esposa: estaba casi en las últimas, y muy enferma. Así que nos vimos obligados a esperar hasta que saliese de la cama, y tan pronto como pudo viajar nos fuimos a Kidderminster, pero no nos llevamos nada, ya que tuvimos que vender todo para pagar las deudas y los gastos de la enfermedad de mi mujer, etc.

Esta es nuestra situación presente. —Mi mujer, con su duro trabajo en el telar, hace todo lo que se le puede pedir para mantener a la familia; y Dios a veces se complace en disponer los corazones de su gente para que nos ofrezcan su ayuda caritativa; por no ser yo de mucha ayuda ya para su mantenimiento debido a mi edad y mis flaquezas. Como peregrinos, y de los peregrinos más pobres, pasamos por muchas dificultades en el camino a nuestra morada celestial, y esperamos pacientemente su dichosa llamada, cuando el Señor nos libraré de los males de este mundo y nos llevará a la gloria eterna del mundo que nos espera. —Alabado sea el Señor por siempre jamás, Amén.

Finis.

¹²⁵ Nota del editor. Obra del mismo escritor puritano inglés anteriormente mencionado publicada en 1650 y que se ha traducido al español bajo el título *El reposo eterno de los Santos*.

¹²⁶ Nota del editor. Tejido de lana basto y sencillo, generalmente de color negro o pardo, muy utilizado para la confección de abrigos, capas y especialmente hábitos religiosos.

1.7. A NARRATIVE OF THE Most Remarkable Particulars In the LIFE of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, An AFRICAN PRINCE, As related by HIMSELF.

I will bring the Blind by a Way that they know not, I will lead them in Paths that they have not known: I will make Darkness Light before them and crooked Things straight. These Things will I do unto them and not forsake them. Isa. xlii. 16.

**BATH:
Printed by W. GYE in Westgate-Street: and
sold by T. MILLS, Bookseller, in King's-Mead
Square. Price Six-PENCE.**

TO THE RIGHT HONOURABLE The Countess of HUNTINGDON, THIS NARRATIVE Of my LIFE, And of GOD's wonderful Dealings with me, is, (Through Her LADYSHIP's Permission) Most Humbly Dedicated, By her LADYSHIP's Most obliged And obedient Servant, JAMES ALBERT.

THEPREFACE To the READER.

THIS Account of the Life and spiritual Experience of JAMES ALBERT was taken from his own Mouth and committed to Paper by the elegant Pen of a young LADY of the Town of LEOMINSTER, for her own private Satisfaction, and without any Intention at first that it should be made public. But she has now been prevail'd on to commit it to the Press, both with a view to serve ALBERT and his distressed Family, who have the sole Profits arising from the Sale of it; and likewise as it is apprehended, this little History contains Matter well worthy the Notice and Attention of every Christian Reader.

Perhaps we have here in some Degree a Solution of that Question that has perplex'd the Minds of so many serious Persons, viz. In what Manner will God deal with those benighted Parts of the World where the Gospel of Jesus Christ hath never reach'd? Now it appears from the Experience of this remarkable Person, that God does not save without the Knowledge of the Truth; but, with Respect to those whom he hath fore-known, though born under every outward Disadvantage, and in Regions of the grossest Darkness and

Ignorance, he most amazingly acts upon and influences their Minds, and in the Course of wisely and most wonderfully appointed Providences, he brings them to the Means of spiritual Information, gradually opens to their View the Light of his Truth, and gives them full Possession and Enjoyment of the inestimable Blessings of his Gospel. Who can doubt but that the Suggestion so forcibly press'd upon the Mind of ALBERT (when a Boy) that there was a Being superior to the Sun, Moon, and Stars (the Objects of African Idolatry) came from the Father of Lights, and was, with Respect to him, the First-Fruit of the Display of Gospel-Glory? His long and perilous Journey to the Coast of Guinea, where he was sold for a Slave, and so brought into a Christian Land; shall we consider this as the alone Effect of a curious and inquisitive Disposition? Shall we in accounting for it refer to nothing higher than mere Chance and accidental Circumstances? Whatever Infidels and Deists may think; I trust the Christian Reader will easily discern an All-wise and Omnipotent Appointment and Direction in these Movements. He belong'd to the Redeemer of lost Sinners; he was the Purchase of his Cross; and therefore the Lord undertook to bring him by a Way that he knew not, out of Darkness into his marvellous Light, that he might lead him to a saving Heart-Acquaintance and Union with the triune God in Christ reconciling the World unto himself; and not imputing their Trespases. As his Call was very extraordinary, so there are certain Particulars exceedingly remarkable in his Experience. God has put singular Honour upon him in the Exercise of his Faith and Patience, which in the most distressing and pitiable Trials and Calamities have been found to the Praise and Glory of God. How deeply must it affect a tender Heart, not only to be reduc'd to the last Extremity himself, but to have his Wife and Children perishing for Want before his Eyes! Yet his Faith did not fail him; he put his Trust in the Lord, and he was delivered. And at this Instant, though born in an exalted Station of Life, and now under the Pressure of various afflicting Providences, I am persuaded (for I know the Man) he would rather embrace the Dung-hill, having Christ in his Heart, than give up his spiritual Possessions and Enjoyment, to fill the Throne of Princes. It perhaps may not be amiss to observe that JAMES ALBERT left his native Country, (as near as I can guess from certain Circumstances) when he was about 15 Years old. He now appears to be turn'd of Sixty; has a good natural Understanding; is well acquainted with the Scriptures, and the Things of God, has an amiable and tender Disposition, and his Character can be well attested not only at Kidderminster, the Place of his Residence but likewise by many creditable Persons in London and other Places. Reader, recommending this Narrative to your perusal, and him who is the Subject of it to your charitable Regard,

I am your faithful and obedient Servant,

For Christ's Sake,

W. SHIRLEY.

AN ACCOUNT OF James Albert, &c.

I Was born in the City BOURNOU; my mother was the eldest daughter of the reigning King there, [damaged text] I was the youngest of six children, and particularly loved by my mother, and my grand-father almost doated on me.

I had, from my infancy, a curious turn of mind; was more grave and reserved in my disposition than either of my brothers and sisters. I often teased them with questions they could not answer: for which reason they disliked me, as they supposed that I was either foolish, or insane. 'Twas certain that I was, at times, very unhappy in myself: it being strongly impressed on my mind that there was some GREAT MAN of power which resided above the sun, moon and stars, the objects of our worship. My dear indulgent mother would bear more with me than any of my friends beside. —I often raised my hand to heaven, and asked her who lived there? was much dissatisfied when she told me the sun, moon and stars, being persuaded, in my own mind, that there must be some SUPERIOR POWER. —I was frequently lost in wonder at the works of the Creation: was afraid and uneasy and restless, but could not tell for what. I wanted to be informed of things that no person could tell me; and was always dissatisfied. —These wonderful impressions begun in my childhood, and followed me continually 'till I left my parents, which affords me matter of admiration and thankfulness.

To this moment I grew more and more uneasy every day, in so much that one saturday, (which is the day on which we keep our sabbath) I laboured under anxieties and fears that cannot be expressed; and, what is more extraordinary, I could not give a reason for it. —I rose, as our custom is, about three o'clock, (as we are oblig'd to be at our place of worship an hour before the sun rise) we say nothing in our worship, but continue on our knees with our hands held up, observing a strict silence 'till the sun is at a certain height, which I suppose to be about 10 or 11 o'clock in England: when, at a certain sign made by the priest, we get up (our duty being over) and disperse to our different houses.

—Our place of meeting is under a large palm tree; we divide ourselves into many congregations; as it is impossible for the same tree to cover the inhabitants of the whole City, though they are extremely large, high and majestic; the beauty and usefulness of them are not to be described; they supply the inhabitants of the country with meat, drink and clothes¹²⁷; the body of the palm tree is very large; at a certain season of the year they tap it, and bring vessels to receive the wine, of which they draw great quantities, the quality of which is very delicious: the leaves of this tree are of a silky nature; they are large and soft; when they are dried and pulled to pieces it has much the same appearance as the English flax, and the inhabitants of BOURNOU manufacture it for cloathing &c. This tree likewise produces a plant or substance which has the appearance of a cabbage, and very like it, in taste almost the same: it grows between the branches. Also the palm tree produces a nut, something like a cocoa, which contains a kernel, in which is a large quantity of milk, very pleasant to the taste: the shell is of a hard substance, and of a very beautiful appearance, and serves for basons, bowls, &c.

I hope this digression will be forgiven. —I was going to observe that after the duty of our sabbath was over (on the day in which I was more distressed and afflicted than ever) we were all on our way home as usual, when a remarkable black cloud arose and covered the sun; then followed very heavy rain and thunder more dreadful than ever I had heard: the heav'ns roared, and the earth trembled at it: I was highly affected and cast down; in so much that I wept sadly, and could not follow my relations and friends home. —I was obliged to stop and felt as if my legs were tied, they seemed to shake under me: so I stood still, being in great fear of the MAN of POWER that I was persuaded in myself, lived above. One of my young companions (who entertained a particular friendship for me and I for him) came back to see for me: he asked me why I stood still in such very hard rain? I only said to him that my legs were weak, and I could not come faster: he was much affected to see me cry, and took me by the hand, and said he would lead me home, which he did. My mother was greatly alarmed at my tarrying out in such terrible weather; she asked me many questions, such as what I did so for, and if I was well? My dear mother says I, pray tell me who is the GREAT MAN of POWER that makes the thunder? She

¹²⁷ It is a generally received opinion, in England, that the natives of Africa go entirely unclothed; but this supposition is very unjust: they have a kind of dress so as to appear decent, though it is very slight and thin.

said, there was no power but the sun, moon and stars; that they made all our country. —I then enquired how all our people came? She answered me, from one another; and so carried me to many generations back. —Then says I, who made the First Man? and who made the first Cow, and the first Lyon, and where does the fly come from, as no one can make him? My mother seemed in great trouble; she was apprehensive that my senses were impaired, or that I was foolish. My father came in, and seeing her in grief asked the cause, but when she related our conversation to him, he was exceedingly angry with me, and told me he would punish me severely if ever I was so troublesome again; so that I resolved never to say any thing more to him. But I grew very unhappy in myself; my relations and acquaintance endeavoured by all the means they could think on, to divert me, by taking me to ride upon goats, (which is much the custom of our country) and to shoot with a bow and arrow; but I experienced no satisfaction at all in any of these things; nor could I be easy by any means whatever: my parents were very unhappy to see me so dejected and melancholy.

About this time there came a merchant from the Gold Coast (the third city in GUINEA) he traded with the inhabitants of our country in ivory &c. he took great notice of my unhappy situation, and enquired into the cause; he expressed vast concern for me, and said, if my parents would part with me for a little while, and let him take me home with him, it would be of more service to me than any thing they could do for me. —He told me that if I would go with him I should see houses with wings to them walk upon the water, and should also see the white folks; and that he had many sons of my age, which should be my companions; and he added to all this that he would bring me safe back again soon. —I was highly pleased with the account of this strange place, and was very desirous of going. —I seemed sensible of a secret impulse upon my mind which I could not resist that seemed to tell me I must go. When my dear mother saw that I was willing to leave them, she spoke to my father and grandfather and the rest of my relations, who all agreed that I should accompany the merchant to the Gold Coast. I was the more willing as my brothers and sisters despised me, and looked on me with contempt on the account of my unhappy disposition; and even my servants slighted me, and disregarded all I said to them. I had one sister who was always exceeding fond of me, and I loved her entirely; her name was LOGWY, she was quite white, and fair, with fine light hair though my father and mother were black. —I was truly concerned to leave my beloved sister, and she cry'd most sadly to part with me, wringing her hands, and discovered every sign of grief that can be

imagined. Indeed if I could have known when I left my friends and country that I should never return to them again my misery on that occasion would have been inexpressible. All my relations were sorry to part with me; my dear mother came with me upon a camel more than three hundred miles, the first of our journey lay chiefly through woods: at night we secured ourselves from the wild beasts by making fires all around us; we and our camels kept within the circle, or we must have been torn to pieces by the Lyons, and other wild creatures, that roared terribly as soon as night came on, and continued to do so 'till morning. —There can be little said in favour of the country through which we passed; only a valley of marble that we came through which is unspeakably beautiful. —On each side of this valley are exceedingly high and almost inaccessible mountains —Some of these pieces of marble are of prodigious length and breadth but of different sizes and colour, and shaped in a variety of forms, in a wonderful manner. —It is most of it veined with gold mixed with striking and beautiful colours; so that when the sun darts upon it, it is as pleasing a sight as can be imagined. —The merchant that brought me from BOURNOU, was in partnership with another gentleman who accompanied us; he was very unwilling that he should take me from home, as, he said, he foresaw many difficulties that would attend my going with them. —He endeavoured to prevail on the merchant to throw me into a very deep pit that was in the valley, but he refused to listen to him, and said, he was resolved to take care of me: but the other was greatly dissatisfied; and when we came to a river, which we were obliged to pass through, he purpos'd throwing me in and drowning me; but the Merchant would not consent to it, so that I was preserv'd.

We travel'd 'till about four o'clock every day, and then began to make preparations for night, by cutting down large quantities of wood, to make fires to preserve us from the wild beasts. —I had a very unhappy and discontented journey, being in continual fear that the people I was with would murder me. I often reflected with extreme regret on the kind friends I had left, and the idea of my dear mother frequently drew tears from my eyes. — I cannot recollect how long we were in going from BOURNOU to the GOLD COAST; but as there is no shipping nearer to BOURNOU than that City, it was tedious in travelling so far by land, being upwards of a thousand miles. —I was heartily rejoic'd when we arriv'd at the end of our journey: I now vainly imagin'd that all my troubles and inquietudes would terminate here; but could I have looked into futurity, I should have perceiv'd that I had much more to suffer than I had before experienc'd, and that they had as yet but barely commenc'd.

I was now more than a thousand miles from home, without a friend or any means to procure one. Soon after I came to the merchant's house I heard the drums beat remarkably loud, and the trumpets blow —the persons accustom'd to this employ, are oblig'd to go upon a very high structure appointed for that purpose, that the sound might be heard at a great distance: They are higher than the steeples are in England. I was mightily pleas'd with sounds so entirely new to me, and was very inquisitive to know the cause of this rejoicing, and ask'd many questions concerning it: I was answer'd that it was meant as a compliment to me, because I was Grandson to the King of BOURNOU.

This account gave me a secret pleasure; but I was not suffer'd long to enjoy this satisfaction, for in the evening of the same day two of the merchant's sons (boys about my own age) came running to me, and told me, that the next day I was to die, for the King intended to behead me. —I reply'd that I was sure it could not be true, for that I came there to play with them, and to see houses walk upon the water with wings to them, and the white folks; but I was soon inform'd that their King imagined that I was sent by my father as a spy, and would make such discoveries at my return home that would enable them to make war with the greater advantage to ourselves; and for these reasons he had resolv'd I should never return to my native country. —When I heard this I suffered misery that cannot be described. —I wish'd a thousand times that I had never left my friends and country. —But still the ALMIGHTY was pleas'd to work miracles for me.

The morning I was to die, I was washed and all my gold-ornaments made bright and shining, and then carried to the palace, where the King was to behead me himself (as is the custom of the place). —He was seated upon a throne at the top of an exceeding large yard, or court, which you must go through to enter the palace, it is as wide and spacious as a large field in England. —I had a lane of life-guards to go through. —I guess'd it to be about three hundred paces.

I was conducted by my friend, the merchant, about half way up; then he durst proceed no further: I went up to the KING alone —I went with an undaunted courage, and it pleas'd GOD to melt the heart of the King, who fat with his scymitar in his hand ready to behead me, yet, being himself so affected, he dropped it out of his hand, and took me upon his knee and wept over me. I put my right hand round his neck, and prest him to my heart. —He sat me down and blest me; and added that he would not kill me, and that

I should not go home, but be sold for a slave, so then I was conducted back again to the merchant's house.

The next day he took me on board a French brig; but the Captain did not chuse to buy me: he said I was too small; so the merchant, took me home with him again.

The partner, whom I have spoken of as my enemy, was very angry to see me return, and again purposed putting an end to my life; for he represented to the other, that I should bring them into troubles and difficulties, and that I was so little that no person would buy me.

The merchant's resolution began to waver, and I was indeed afraid that I should be put to death: but however he said he would try me once more.

A few days after a Dutch ship came into the harbour, and they carried me on board, in hopes that the Captain would purchase me. —As they went, I heard them agree, that, if they could not sell me then, they would throw me overboard. —I was in extreme agonies when I heard this; and as soon as ever I saw the Dutch Captain, I ran to him, and put my arms round him, and said, "father, save me." (for I knew that if he did not buy me, I should be treated very ill, or, possibly, murdered) And though he did not understand my language, yet it pleased the ALMIGHTY to influence him in my behalf, and he bought me for two yards of check, which is of more value there, than in England.

When I left my dear mother I had a large quantity of gold about me, as is the custom of our country, it was made into rings, and they were linked into one another, and formed into a kind of chain, and so put round my neck, and arms and legs, and a large piece hanging at one ear almost in the shape of a pear. I found all this troublesome, and was glad when my new Master took it from me —I was now washed, and clothed in the Dutch or English manner. —My master grew very fond of me, and I loved him exceedingly. I watched every look, was always ready when he wanted me, and endeavoured to convince him, by every action, that my only pleasure was to serve him well. —I have since thought that he must have been a serious man. His actions corresponded very well with such a character. —He used to read prayers in public to the ship's crew every Sabbath day; and when first I saw him read, I was never so surprised in my whole life as when I saw the book talk to my master; for I thought it did, as I observed him to look upon it, and move

his lips. —I wished it would do so to me. —As soon as my master had done reading I follow'd him to the place where he put the book, being mightily delighted with it, and when nobody saw me, I open'd it and put my ear down close upon it, in great hope that it wou'd say something to me; but was very sorry and greatly disappointed when I found it would not speak, this thought immediately presented itself to me, that every body and every thing despis'd me because I was black.

I was exceedingly sea-sick at first; but when I became more accustom'd to the sea, it wore off. —My master's ship was bound for Barbadoes. When we came there, he thought fit to speak of me to several gentlemen of his acquaintance, and one of them express a particular desire to see me. —He had a great mind to buy me; but the Captain could not immediately be prevail'd on to part with me; but however, as the gentleman seem'd very solicitous, he at length let me go, and I was sold for fifty dollars (four and sixpenny-pieces in English). My new master's name was Vanhorn, a young Gentleman; his home was in New-England in the City of New-York; to which place he took me with him. He dress'd me in his livery, and was very good to me. My chief business was to wait at table, and tea, and clean knives, and I had a very easy place; but the servants us'd to curse and swear surprizingly; which I learnt faster than any thing, 'twas almost the first English I could speak. If any of them affronted me, I was sure to call upon God to damn them immediately; but I was broke of it all at once, occasioned by the correction of an old black servant that liv'd in the family —One day I had just clean'd the knives for dinner, when one of the maids took one to cut bread and butter with; I was very angry with her, and called upon God to damn her; when this old black man told me I must not say so. I ask'd him why? He replied there was a wicked man call'd the Devil, that liv'd in hell, and would take all that said these words, and put them in the fire and burn them. —This terrified me greatly, and I was entirely broke of swearing. —Soon after this, as I was placing the china for tea, my mistress came into the room just as the maid had been cleaning it; the girl had unfortunately sprinkled the wainscot with the mop; at which my mistress was angry; the girl very foolishly answer'd her again, which made her worse, and she call'd upon God to damn her. —I was vastly concern'd to hear this, as she was a fine young lady, and very good to me, insomuch that I could not help speaking to her, "Madam, says I, you must not say so," Why, says she? Because there is a black man call'd the Devil that lives in hell, and he will put you in the fire and burn you, and I shall be very sorry for that. Who told you this replied my lady? Old Ned, says I. Very well was all her

answer; but she told my master of it, and he order'd that old Ned should be tyed up and whipp'd, and was never suffer'd to come into the kitchen with the rest of the servants afterwards. —My mistress was not angry with me, but rather diverted with my simplicity and, by way of talk, She repeated what I had said, to many of her acquaintance that visited her; among the rest, Mr. Freelandhouse, a very gracious, good Minister, heard it, and he took a great deal of notice of me, and desired my master to part with me to him. He would not hear of it at first, but, being greatly persuaded, he let me go, and Mr. Freelandhouse gave £50. for me. —He took me home with him, and made me kneel down, and put my two hands together, and pray'd for me, and every night and morning he did the same. —I could not make out what it was for, nor the meaning of it, nor what they spoke to when they talk'd —I thought it comical, but I lik'd it very well. —After I had been a little while with my new master I grew more familiar, and ask'd him the meaning of prayer: (I could hardly speak english to be understood) he took great pains with me, and made me understand that he pray'd to God, who liv'd in Heaven; that He was my Father and BEST Friend. —I told him that this must be a mistake; that my father liv'd at BOURNOU, and I wanted very much to see him, and likewise my dear mother, and sister, and I wish'd he would be so good as to send me home to them; and I added, all I could think of to induce him to convey me back. I appeared in great trouble, and my good master was so much affected that the tears ran down his face. He told me that God was a GREAT and GOOD SPIRIT, that He created all the world, and every person and thing in it, in Ethiopia, Africa, and America, and every where. I was delighted when I heard this: There, says I, I always thought so when I liv'd at home! Now if I had wings like an Eagle I would fly to tell my dear mother that God is greater than the sun, moon, and stars; and that they were made by Him.

I was exceedingly pleas'd with this information of my master's, because it corresponded so well with my own opinion; I thought now if I could but get home, I should be wiser than all my country-folks, my grandfather, or father, or mother, or any of them —But though I was somewhat enlighten'd by this information of my master's, yet, I had no other knowledge of God but that He was a GOOD SPIRIT, and created every body, and every thing —I never was sensible in myself, nor had any one ever told me, that He would punish the wicked, and love the just. I was only glad that I had been told there was a God because I had always thought so.

My dear kind master grew very fond of me, as was his Lady; she put me to School, but I was uneasy at that, and did not like to go; but my master and mistress requested me to learn in the gentlest terms, and persuaded me to attend my school without any anger at all; that, at last, I came to like it better, and learnt to read pretty well. My schoolmaster was a good man, his name was Vanosdore, and very indulgent to me. —I was in this state when, one sunday, I heard my master preach from these words out of the Revelations, chap. i. v. 7. "Behold, He cometh in the clouds and every eye shall see him and they that pierc'd Him." These words, affected me excessively; I was in great agonies because I thought my master directed them to me only; and, I fancied, that he observ'd me with unusual earnestness —I was farther confirm'd in this belief as I look'd round the church, and could see no one person beside myself in such grief and distress as I was; I began to think that my master hated me, and was very desirous to go home, to my own country; for I thought that if God did come (as he said) He would be sure to be most angry with me, as I did not know what He was, nor had ever heard of him before.

I went home in great trouble, but said nothing to any body. —I was somewhat afraid of my master; I thought he disliked me. —The next text I heard him preach from was, Heb. xii. 14. "follow peace with all men, and holiness, without which no man shall see the LORD." he preached the law so severely, that it made me tremble. —he said, that GOD would judge the whole world; ETHIOPIA, ASIA, and AFRICA, and every where. —I was now excessively perplexed, and undetermined what to do; as I had now reason to believe my situation would be equally bad to go, as to stay. —I kept these thoughts to myself, and said nothing to any person whatever.

I should have complained to my good mistress of this great trouble of mind, but she had been a little strange to me for several days before this happened, occasioned by a story told of me by one of the maids. The servants were all jealous, and envied me the regard, and favour shewn me by my master and mistress; and the Devil being always ready, and diligent in wickedness, had influenced this girl, to make a lye on me. —This happened about hay-harvest, and one day when I was unloading the waggon to put the hay into the barn, she watched an opportunity, in my absence, to take the fork out of the stick, and hide it: when I came again to my work, and could not find it, I was a good deal vexed, but I concluded it was dropt somewhere among the hay; so I went and bought another with my own money: when the girl saw that I had another, she was so malicious

that she told my mistress I was very unfaithful, and not the person she took me for; and that she knew, I had, without my master's permission, order'd many things in his name, that he must pay for; and as a proof of my carelessness produc'd the fork she had taken out of the stick, and said, she had found it out of doors —My Lady, not knowing the truth of these things, was a little shy to me, till she mention'd it, and then I soon cleared myself, and convinc'd her that these accusations were false.

I continued in a most unhappy state for many days. My good mistress insisted on knowing what was the matter. When I made known my situation she gave me John Bunyan on the holy war, to read; I found his experience similar to my own, which gave me reason to suppose he must be a bad man; as I was convinc'd of my own corrupt nature, and the misery of my own heart: and as he acknowledg'd that he was likewise in the same-condition, I experienc'd no relief at all in reading his work, but rather the reverse. —I took the book to my lady, and inform'd her I did not like it at all, it was concerning a wicked man as bad as myself; and I did not chuse to read it, and I desir'd her to give me another, wrote by a better man that was holy and without sin. —She assur'd me that John Bunyan was a good man, but she could not convince me; I thought him to be too much like myself to be upright, as his experience seem'd to answer with my own.

I am very sensible that nothing but the great power and unspeakable mercies of the Lord could relieve my soul from the heavy burden it laboured under at that time. —A few days after my master gave me Baxter's Call to the unconverted. This was no relief to me neither; on the contrary it occasioned as much distress in me as the other had before done, as it invited all to come to Christ; and I found myself so wicked and miserable that I could not come —This consideration threw me into agonies that cannot be described; in so much that I even attempted to put an end to my life —I took one of the large case-knives, and went into the stable with an intent to destroy myself; and as I endeavoured with all my strength to force the knife into my side, it bent double. I was instantly struck with horror at the thought of my own rashness, and my conscience told me that had I succeeded in this attempt I should probably have gone to hell.

I could find no relief, nor the least shadow of comfort; the extreme distress of my mind so affected my health that I continued very ill for three Days, and Nights; and would admit of no means to be taken for my recovery, though my lady was very kind, and sent many things to me; but I rejected every means of relief and wished to die —I would not

go into my own bed, but lay in the stable upon straw —I felt all the horrors of a troubled conscience, so hard to be born, and saw all the vengeance of God ready to overtake me —I was sensible that there was no way for me to be saved unless I came to Christ, and I could not come to Him: I thought that it was impossible He should receive such a sinner as me.

The last night that I continued in this place, in the midst of my distress these words were brought home upon my mind, "Behold the Lamb of God." I was something comforted at this, and began to grow easier and wished for day that I might find these words in my bible —I rose very early the following morning, and went to my school-master, Mr. Vanosdore, and communicated the situation of my mind to him; he was greatly rejoiced to find me enquiring the way to Zion, and blessed the Lord who had worked so wonderfully for me a poor heathen. —I was more familiar with this good gentleman than with my master, or any other person; and found myself more at liberty to talk to him: he encouraged me greatly, and prayed with me frequently, and I was always benefited by his discourse.

About a quarter of a mile from my Master's house stood a large remarkably fine Oak-tree, in the midst of a wood; I often used to be employed there in cutting down trees, (a work I was very fond of) I seldom failed going to this place every day; sometimes twice a day if I could be spared. It was the highest pleasure I ever experienced to set under this Oak; for there I used to pour out all my complaints to the LORD: and when I had any particular grievance I used to go there, and talk to the tree, and tell my sorrows, as if it had been to a friend.

Here I often lamented my own wicked heart, and undone state; and found more comfort and consolation than I ever was sensible of before. —Whenever I was treated with ridicule or contempt, I used to come here and find peace. I now began to relish the book my Master gave me, Baxter's Call to the unconverted, and took great delight in it. I was always glad to be employ'd in cutting wood, 'twas a great part of my business, and I follow'd it with delight, as I was then quite alone and my heart lifted up to GOD, and I was enabled to pray continually; and blessed for ever be his Holy Name, he faithfully answer'd my prayers. I can never be thankful enough to Almighty GOD for the many comfortable opportunities I experienced there.

It is possible the circumstance I am going to relate will not gain credit with many; but this I know, that the joy and comfort it conveyed to me, cannot be expressed and only conceived by those who have experienced the like.

I was one day in a most delightful frame of mind: my heart so overflowed with love and gratitude to the Author of all my comforts. —I was so drawn out of myself, and so fill'd and awed by the Presence of God that I saw (or thought I saw) light inexpressible dart down from heaven upon me, and shone around me for the space of a minute. —I continued on my knees, and joy unspeakable took possession of my soul. —The peace and serenity which filled my mind after this was wonderful, and cannot be told. —I would not have changed situations, or been any one but myself for the whole world. I blest God for my poverty, that I had no worldly riches or grandeur to draw my heart from Him. I wish'd at that time, if it had been possible for me, to have continued on that spot for ever. I felt an unwillingness in myself to have any thing more to do with the world, or to mix with society again. I seemed to possess a full assurance that my sins were forgiven me. I went home all my way rejoicing, and this text of scripture came full upon my mind. "And I will make an everlasting covenant with them, that I will not turn away from them, to do them good; but I will put my fear in their hearts that they shall not depart from me." The first opportunity that presented itself, I went to my old school-master, and made known to him the happy state of my soul who joined with me in praise to God for his mercy to me the vilest of sinners. —I was now perfectly easy, and had hardly a wish to make beyond what I possess'd, when my temporal comforts were all blasted by the death of my dear and worthy Master Mr. Freelandhouse, who was taken from this world rather suddenly: he had but a short illness, and died of a fever. I held his hand in mine, when he departed; he told me he had given me my freedom. I was at liberty to go where I would. —He added that he had always pray'd for me and hop'd I should be kept unto the end. My master left me by his will ten pounds, and my freedom.

I found that if he had lived 'twas his intention to take me with him to Holland, as he had often mention'd me to some friends of his there that were desirous to see me; but I chose to continue with my Mistress who was as good to me as if she had been my mother.

The loss of Mr. Freelandhouse distress'd me greatly, but I was render'd still more unhappy by the clouded and perplex'd situation of my mind; the great enemy of my soul being ready to torment me, would present my own misery to me in such striking light,

and distress me with doubts, fears, and such a deep sense of my own unworthiness, that after all the comfort and encouragement I had received, I was often tempted to believe I should be a Cast-away at last. —The more I saw of the Beauty and Glory of God, the more I was humbled under a sense of my own vileness. I often repair'd to my old place of prayer; I seldom came away without consolation. One day this Scripture was wonderfully apply'd to my mind, "And ye are compleat in Him which is the Head of all principalities and power." —The Lord was pleas'd to comfort me by the application of many gracious promises at times when I was ready to sink under my trouble. "Wherefore He is able also to save them to the uttermost that come unto God by Him seeing He ever liveth to make intercession for them. Hebrews x. ver. 14 For by one offering. He hath perfected for ever them that are sanctified.

My kind, indulgent Mistress liv'd but two years after my Master. Her death was a great affliction to me. She left five sons, all gracious young men, and Ministers of the Gospel. —I continued with them all, one after another, till they died; they liv'd but four years after their parents. When it pleased God to take them to Himself. I was left quite destitute, without a friend in the world. But I who had so often experienced the Goodness of GOD, trusted in Him to do what He pleased with me. —In this helpless condition I went in the wood to prayer as usual; and tho' the snow was a considerable height, I was not sensible of cold, or any other inconveniency. —At times indeed when I saw the world frowning round me, I was tempted to think that the LORD had forsaken me. I found great relief from the contemplation of these words in Isaiah xlix. v. 16. "Behold I have graven thee on the palms of my hands; thy walls are continually before me." And very many comfortable promises were sweetly applied to me. The lxxxix. Psalm and 34th verse, "My covenant will I not break nor alter the thing that is gone out of my lips." Hebrews, chap. xvi. v. 17, 18. Phillipians, chap. i. v. 6; and several more.

As I had now left all my dear and valued friends every place in the world was alike to me. I had for a great while entertain'd a desire to come to ENGLAND. —I imagined that all the Inhabitants of this Island were Holy; because all those that had visited my Master from thence were good, (Mr. Whitefield was his particular friend) and the authors of the books that had been given me were all English. But above all places in the world I wish'd to see Kidderminster, for I could not but think that on the spot where Mr. Baxter had liv'd, and preach'd, the people must be all Righteous.

The situation of my affairs requir'd that I should tarry a little longer in NEW-YORK, as I was something in debt, and was embarrass'd how to pay it. —About this time a young Gentleman that was a particular acquaintance of one of my young Master's, pretended to be a friend to me, and promis'd to pay my debts, which was three pounds; and he assur'd me he would never expect the money again. —But, in less than a month, he came and demanded it; and when I assur'd him I had nothing to pay, he threatened to sell me. —Though I knew he had no right to do that, yet as I had no friend in the world to go to, it alarm'd me greatly. —At length he purpos'd my going a Privateering, that I might by these means, be enabled to pay him, to which I agreed. —Our Captain's name was ---- I went in Character of Cook to him. —Near St. Domingo we came up to five French ships, Merchant-men. —We had a very smart engagement that continued from eight in the morning till three in the afternoon; when victory declar'd on our side. —Soon after this we were met by three English ships which join'd us, and that encourag'd us to attack a sleet of 36 Ships. —We boarded the three first and then follow'd the others; and had the same success with twelve; but the rest escap'd us. —There was a great deal of blood shed, and I was near death several times, but the LORD preserv'd me.

I met with many enemies, and much persecution, among the sailors; one of them was particularly unkind to me, and studied ways to vex and teaze me. —I can't help mentioning one circumstance that hurt me more than all the rest, which was, that he snatched a book out of my hand that I was very fond of, and used frequently to amuse myself with, and threw it into the sea. —But what is remarkable he was the first that was killed in our engagement. —I don't pretend to say that this happen'd because he was not my friend; but I thought 'twas a very awful Providence to see how the enemies of the LORD are cut off.

Our Captain was a cruel hard-hearted man. I was excessively sorry for the prisoners we took in general; but the pitiable case of one young Gentleman grieved me to the heart. —He appear'd very amiable; was strikingly handsome. Our Captain took four thousand pounds from him; but that did not satisfy him, as he imagin'd he was possess'd of more, and had somewhere conceal'd it, so that the Captain threatened him with death, at which he appear'd in the deepest distress, and took the buckles out of his shoes, and untied his hair, which was very fine, and long; and in which several very valuable rings were fasten'd. He came into the Cabbin to me, and in the most obliging terms imaginable ask'd

for something to eat and drink; which when I gave him, he was so thankful and pretty in his manner that my heart bled for him; and I heartily wish'd that I could have spoken in any language in which the ship's crew would not have understood me; that I might have let him know his danger; for I heard the Captain say he was resolv'd upon his death; and he put his barbarous design into execution, for he took him on shore with one of the sailors, and there they shot him.

This circumstance affected me exceedingly, I could not put him out of my mind a long while. —When we return'd to NEW-YORK the Captain divided the prize-money among us, that we had taken. When I was call'd upon to receive my part, I waited upon Mr.----, (the Gentleman that paid my debt and was the occasion of my going abroad) to know if he chose to go with me to receive my money or if I should bring him what I owed. —He chose to go with me; and when the Captain laid my money on the table ('twas an hundred and thirty-five pounds) I desir'd Mr. ---- to take what I was indebted to him; and he swept it all into his handkerchief, and would never be prevail'd on to give a farthing of money, nor any thing at all beside. —And he likewise secur'd a hogshead of sugar which was my due from the same ship. The Captain was very angry with him for this piece of cruelty to me, as was every other person that heard it. —But I have reason to believe (as he was one of the Principal Merchants in the city) that he transacted business for him and on that account did not chuse to quarrel with him.

At this time a very worthy Gentleman, a Wine Merchant, his name Duncum, took me under his protection, and would have recovered my money for me if I had chose it; but I told him to let it alone; that I wou'd rather be quiet. —I believed that it would not prosper with him, and so it happen'd, for by a series of losses and misfortunes he became poor, and was soon after drowned, as he was on a party of pleasure. —The vessel was driven out to sea, and struck against a rock by which means every soul perished.

I was very much distress'd when I heard it, and felt greatly for his family who were reduc'd to very low circumstances. —I never knew how to set a proper value on money, If I had but a little meat and drink to supply the present necessaries of life, I never wish'd for more; and when I had any I always gave it if ever I saw an object in distress. If it was not for my dear Wife and Children I should pay as little regard to money now as I did at that time. —I continu'd some time with Mr. Duncum as his servant; he was very kind to me. —But I had a vast inclination to visit ENGLAND, and wish'd continually that it

would please Providence to make a clear way for me to see this Island. I entertain'd a notion that if I could get to ENGLAND I should never more experience either cruelty or ingratitude, so that I was very desirous to get among Christians. I knew Mr. Whitefield very well. —I had heard him preach often at NEW-YORK. In this disposition I listed in the twenty eighth Regiment of Foot, who were design'd for Martinico in the late war. — We went in Admiral Pocock's fleet from New-York to Barbadoes; from thence to Martinico. —When that was taken we proceeded to the Havannah, and took that place likewise. —There I got discharged.

I was then worth about thirty pounds, but I never regarded money in the least, nor would I tarry to receive my prize-money least I should lose my chance of going to England. —I went with the Spanish prisoners to Spain; and came to Old-England with the English prisoners. —I cannot describe my joy when we were within sight of Portsmouth. But I was astonished when we landed to hear the inhabitants of that place curse and swear, and otherwise profane. I expected to find nothing but goodness, gentleness and meekness in this Christian Land, I then suffer'd great perplexities of mind.

I enquir'd if any serious Christian people resided there, the woman I made this enquiry of, answer'd me in the affirmative; and added that she was one of them. —I was heartily glad to hear her say so. I thought I could give her my whole heart: she kept a Public-House. I deposited with her all the money that I had not an immediate occasion for; as I thought it would be safer with her. —It was 25 guineas but 6 of them I desired her to lay out to the best advantage, to buy me some shirts, hat and some other necessaries. I made her a present of a very handsome large looking glass that I brought with me from Martinico, in order to recompence her for the trouble I had given her. I must do this woman the justice to acknowledge that she did lay out some little for my use, but the 19 guineas and part of the 6, with my watch, she would not return, but denied that I ever gave it her.

I soon perceived that I was got among bad people, who defrauded me of my money and watch; and that all my promis'd happiness was blasted, I had no friend but GOD and I pray'd to Him earnestly. I could scarcely believe it possible that the place where so many eminent Christians had lived and preached could abound with so much wickedness and deceit. I thought it worse than Sodom (considering the great advantages they have) I cryed

like a child and that almost continually: at length GOD heard my prayers and rais'd me a friend indeed.

This publican had a brother who lived on Portsmouth-common, his wife was a very serious good woman. —When she heard of the treatment I had met with, she came and enquired into my real situation and was greatly troubled at the ill usage I had received, and took me home to her own house. —I began now to rejoice, and my prayer was turned into praise. She made use of all the arguments in her power to prevail on her who had wronged me, to return my watch and money, but it was to no purpose, as she had given me no receipt and I had nothing to show for it, I could not demand it. —My good friend was excessively angry with her and obliged her to give me back four guineas, which she said she gave me out of charity: Though in fact it was my own, and much more. She would have employed some rougher means to oblige her to give up my money, but I would not suffer her. let it go says I "My GOD is in heaven." Still I did not mind my loss in the least; all that grieved me was, that I had been disappointed in finding some Christian friends, with whom I hoped to enjoy a little sweet and comfortable society.

I thought the best method that I could take now, was to go to London, and find out Mr. Whitefield, who was the only living soul I knew in England, and get him to direct me to some way or other to procure a living without being troublesome to any Person. —I took leave of my christian friend at Portsmouth, and went in the stage to London. —A creditable tradesman in the City, who went up with me in the stage, offer'd to show me the way to Mr. Whitefield's Tabernacle. Knowing that I was a perfect stranger, I thought it very kind, and accepted his offer; but he obliged me to give him half-a-crown for going with me, and likewise insisted on my giving him five shillings more for conducting me to Dr. Gifford's Meeting.

I began now to entertain a very different idea of the inhabitants of England than what I had figur'd to myself before I came amongst them. —Mr. Whitefield receiv'd me very friendly, was heartily glad to see me, and directed me to a proper place to board and lodge in Petticoat-Lane, till he could think of some way to settle me in, and paid for my lodging, and all my expences. The morning after I came to my new lodging, as I was at breakfast with the gentlewoman of the house, I heard the noise of some looms over our heads: I enquir'd what it was; she told me a person was weaving silk. —I express'd a great desire to see it, and ask'd if I might: She told me she would go up with me; she was sure I should

be very welcome. She was as good as her word, and as soon as we enter'd the room, the person that was weaving look'd about, and smiled upon us, and I loved her from that moment. —She ask'd me many questions, and I in turn talk'd a great deal to her. I found she was a member of Mr. Allen's Meeting, and I begun to entertain a good opinion of her, though I was almost afraid to indulge this inclination, lest she should prove like all the rest I had met with at Portsmouth, &c. and which had almost given me a dislike to all white women. —But after a short acquaintance I had the happiness to find she was very different, and quite sincere, and I was not without hope that she entertain'd some esteem for me. We often went together to hear Dr. Gifford, and as I had always a propensity to relieve every object in distress as far as I was able, I used to give to all that complain'd to me; sometimes half a guinea at a time, as I did not understand the real value of it. —This gracious, good woman took great pains to correct and advise me in that and many other respects.

After I had been in London about six weeks I was recommended to the notice of some of my late Master Mr. Freelandhouse's acquaintance, who had heard him speak frequently of me. I was much persuaded by them to go to Holland. —My Master lived there before he bought me, and used to speak of me so respectfully among his friends there, that it raised in them a curiosity to see me; particularly the Gentlemen engaged in the Ministry, who expressed a desire to hear my experience and examine me. I found that it was my good old Master's design that I should have gone if he had lived; for which reason I resolv'd upon going to Holland, and inform'd my dear friend Mr. Whitefield of my intention; he was much averse to my going at first, but after I gave him my reasons appear'd very well satisfied. I likewise inform'd my Betty (the good woman that I have mention'd above) of my determination to go to Holland and I told her that I believ'd she was to be my Wife: that if it was the LORD's Will I desired it, but not else. —She made me very little answer, but has since told me, she did not think it at that time.

I embark'd at Tower-wharf at four o'clock in the morning, and arriv'd at Amsterdam the next day by three o'clock in the afternoon. I had several letters of recommendation to my old master's friends, who receiv'd me very graciously. Indeed, one of the chief Ministers was particularly good to me; he kept me at his house a long while, and took great pleasure in asking questions, which I answer'd with delight, being always ready to say, "Come unto me all ye that fear GOD, and I will tell what he hath done for my Soul."

I cannot but admire the footsteps of Providence; astonish'd that I should be so wonderfully preserved! Though the Grandson of a King, I have wanted bread, and should have been glad of the hardest crust I ever saw. I who, at home, was surrounded and guarded by slaves, so that no indifferent person might approach me, and clothed with gold, have been inhumanly threatned with death; and frequently wanted clothing to defend me from the inclemency of the weather; yet I never murmured, nor was I discontented. —I am willing, and even desirous to be counted as nothing, a stranger in the world, and a pilgrim here; for "I know that my REDEEMER liveth," and I'm thankful for every trial and trouble that I've met with, as I am not without hope that they have been all sanctified to me.

The Calvinist Ministers desired to hear my Experience from myself, which proposal I was very well pleased with: So I stood before 38 Ministers every Thursday for seven weeks together, and they were all very well satisfied, and persuaded I was what I pretended to be. —They wrote down my experience as I spoke it; and the LORD ALMIGHTY was with me at that time in a remarkable manner, and gave me words and enabled me to answer them; so great was his mercy to take me in hand a poor blind heathen.

At this time a very rich Merchant at AMSTERDAM offered to take me into his family in the capacity of his Butler, and I very willingly accepted it. —He was a gracious worthy Gentleman and very good to me. —He treated me more like a friend than a servant. —I tarried there a twelvemonth but was not thoroughly contented, I wanted to see my wife; (that is now) and for that reason I wished to return to ENGLAND, I wrote to her once in my absence, but she did not answer my letter; and I must acknowledge if she had, it would have given me a less opinion of her. —My Master and Mistress persuaded me much not to leave them and likewise their two Sons who entertained a good opinion of me; and if I had found my Betty married on my arrival in ENGLAND. I should have returned to them again immediately.

My Lady purposed my marrying her maid; she was an agreeable young woman, had saved a good deal of money, but I could not fancy her, though she was willing to accept of me, but I told her my inclinations were engaged in ENGLAND, and I could think of no other Person, —On my return home, I found my Betty disengaged. —She had refused several offers in my absence, and told her sister that, she thought, if ever she married I was to be her husband.

Soon after I came home, I waited on Doctor Gifford who took me into his family and was exceedingly good to me. The character of this pious worthy Gentleman is well known; my praise can be of no use or signification at all. —I hope I shall ever gratefully remember the many favours I have received from him. —Soon after I came to Doctor Gifford I expressed a desire to be admitted into their Church, and set down with them; they told me I must first be baptized; so I gave in my experience before the Church, with which they were very well satisfied, and I was baptized by Doctor Gifford with some others. I then made known my intentions of being married; but I found there were many objections against it because the person I had fixed on was poor. She was a widow, her husband had left her in debt, and with a child, so that they persuaded me against it out of real regard to me. —But I had promised and was resolved to have her; as I knew her to be a gracious woman, her poverty was no objection to me, as they had nothing else to say against her. When my friends found that they could not alter my opinion respecting her, they wrote to Mr. Allen, the Minister she attended, to persuade her to leave me; but he replied that he would not interfere at all, that we might do as we would. I was resolved that all my wife's little debt should be paid before we were married; so that I sold almost every thing I had and with all the money I could raise cleared all that she owed, and I never did any thing with a better will in all my Life, because I firmly believed that we should be very happy together, and so it prov'd, for she was given me from the LORD. And I have found her a blessed partner, and we have never repented, tho' we have gone through many great troubles and difficulties.

My wife got a very good living by weaving, and could do extremely well; but just at that time there was great disturbance among the weavers; so that I was afraid to let my wife work, lest they should insist on my joining the rioters which I could not think of, and, possibly, if I had refused to do so they would have knock'd me on the head. —So that by these means my wife could get no employ, neither had I work enough to maintain my family. We had not yet been married a year before all these misfortunes overtook us.

Just at this time a gentleman, that seemed much concerned for us, advised me to go into Essex with him and promised to get me employed. —I accepted his kind proposal, and he spoke to a friend of his, a Quaker, a gentleman of large fortune, who resided a little way out of the town of Colchester; his name was Handbarar; he ordered his steward to set me to work.

There were several employed in the same way with myself. I was very thankful and contented though my wages were but small. —I was allowed but eight pence a day, and found myself; but after I had been in this situation for a fortnight, my Master, being told that a Black was at work for him, had an inclination to see me. He was pleased to talk to me for some time, and at last enquired what wages I had; when I told him he declared, it was too little, and immediately ordered his Steward to let me have eighteen pence a day, which he constantly gave me after; and I then did extremely well.

I did not bring my wife with me: I came first alone and it was my design, if things answered according to our wishes, to send for her —I was now thinking to desire her to come to me when I receiv'd a letter to inform me she was just brought to bed and in want of many necessaries. —This news was a great trial to me and a fresh affliction; but my GOD, faithful and abundant in mercy, forsook me not in this trouble —As I could not read English, I was obliged to apply to some one to read the letter I received, relative to my wife. I was directed by the good Porvidence of GOD to a worthy young gentleman, a Quaker, and friend of my Master. —I desired he would take the trouble to read my letter for me, which he readily comply'd with and was greatly moved and affected at the contents; insomuch that he said he would undertake to make a gathering for me, which he did and was the first to contribute to it himself. The money was sent that evening to LONDON by a person who happen'd to be going there; nor was this All the goodness that I experienced from these kind friends, for, as soon as my wife came about and was fit to travel, they sent for her to me, and were at the whole expence of her coming; so evedently has the love and mercy of GOD appeared through every trouble that ever I experienced. We went on very comfortably all the summer. —We lived in a little cottage near Mr. Handbarrar's House; but when the winter came on I was discharged, as he had no further occasion for me. And now the prospect began to darken upon us again. We thought it most adviseable to move our habitation a little nearer to the Town, as the house we lived in was very cold, and wet, and ready to tumble down.

The boundless goodness of GOD to me has been so very great, that with the most humble gratitude I desire to prostrate myself before Him; for I have been wonderfully supported in every affliction. My GOD never left me. I perceived light still through the thickest darkness.

My dear wife and I were now both unemployed, we could get nothing to do. The winter prov'd remarkably severe and we were reduc'd to the greatest distress imaginable. —I was always very shy of asking, for any thing; I could never beg; neither did I chuse to make known our wants to any person, for fear of offending as we were entire strangers; but our last bit of bread was gone, and I was obliged to think of something to do for our support. —I did not mind for myself at all; but to see my dear wife and children in want pierc'd me to the heart. —I now blam'd myself for bringing her from London, as doubtless had we continued there we might have found friends to keep, us from starving. The snow was at this season remarkably deep; so that we could see no prospect of being relieved. In this melancholy situation, not knowing what step to pursue, I resolv'd to make my case known to a Gentleman's Gardiner that lived near us, and entreat him to employ me: but when I came to him, my courage fail'd me, and I was ashamed to make known our real situation. —I endeavour'd all I could to prevail on him to set me to work, but to no purpose: he assur'd me it was not in his power: but just as I was about to leave him, he ask'd me if I would accept of some Carrots? I took them with great thankfulness and carried them home: he gave me four, they were very large and fine. —We had nothing to make fire with, so consequently could not boil them: But was glad to have them to eat raw. Our youngest child was quite an infant; so that my wife was obliged to chew it, and fed her in that manner for several days. —We allow'd ourselves but one every day, lest they should not last 'till we could get some other supply. I was unwilling to eat at all myself; nor would I take any the last day that we continued in this situation, as I could not bear the thought that my dear wife and children would be in want of every means of support. We lived in this manner, 'till our carrots were all gone: then my Wife began to lament because of our poor babies: but I comforted her all I could; still hoping, and believing that my GOD would not let us die: but that it would please Him to relieve us, which He did by almost a Miracle.

We went to bed, as usual, before it was quite dark, (as we had neither fire nor candle) but had not been there long before some person knock'd at the door & enquir'd if James Albert lived there? I answer'd in the affirmative, and rose immediately; as soon as I open'd the door I found it was the servant of an eminent Attorney who resided at Colchester. — He ask'd me how it was with me? if I was not almost starv'd? I burst out a crying, and told him I was indeed. He said his master suppos'd so, and that he wanted to speak with me, and I must return with him. This Gentleman's name was Danniell, he was a sincere good

christian. He used to stand and talk with me frequently when I work'd in the road for Mr. Handbarrar, and would have employed me himself, if I had wanted work. —When I came to his house he told me that he had thought a good deal about me of late, and was apprehensive that I must be in want, and could not be satisfied till he sent to enquire after me. I made known my distress to him, at which he was greatly affected; and generously gave me a guinea; and promis'd to be kind to me in future. I could not help exclaiming. O the boundless mercies of my God! I pray'd unto Him, and He has heard me; I trusted in Him and He has heard me: where shall I begin to praise Him, or how shall I love Him enough?

I went immediately and bought some bread and cheese and coal and carried it home. My dear wife was rejoiced to see me return with something to eat. She instantly got up and dressed our Babies, while I made a fire, and the first Nobility in the land never made a more comfortable meal. —We did not forget to thank the LORD for all his goodness to us. —Soon after this, as the spring came on, Mr. Peter Daniel employed me in helping to pull down a house, and rebuilding it. I had then very good work, and full employ: he sent for my wife, and children to Colchester, and provided us a house where we lived very comfortably. —I hope I shall always gratefully acknowledge his kindness to myself and family. I worked at this house for more than a year, till it was finished; and after that I was employed by several successively, and was never so happy as when I had something to do; but perceiving the winter coming on, and work rather slack, I was apprehensive that we should again be in want or become troublesome to our friends.

I had at this time an offer made me of going to Norwich and having constant employ. —My wife seemed pleased with this proposal, as she supposed she might get work there in the weaving-manufactory, being the business she was brought up to, and more likely to succeed there than any other place; and we thought as we had an opportunity of moving to a Town where we could both be employ'd it was most adviseable to do so; and that probably we might settle there for our lives. —When this step was resolv'd on, I went first alone to see how it would answer; which I very much repented after, for it was not in my power immediately to send my wife any supply, as I fell into the hands of a Master that was neither kind nor considerate; and she was reduced to great distress, so that she was oblig'd to sell the few goods that we had, and when I sent for her was under the disagreeable necessity of parting with our bed.

When she came to Norwich I hired a room ready furnished. —I experienced a great deal of difference in the carriage of my Master from what I had been accustomed to from some of my other Masters. He was very irregular in his payments to me. —My wife hired a loom and wove all the leisure time she had and we began to do very well, till we were overtaken by fresh misfortunes. Our three poor children fell ill of the small pox; this was a great trial to us; but still I was persuaded in myself we should not be forsaken. —And I did all in my power to keep my dear partner's spirits from sinking. Her whole attention now was taken up with the children as she could mind nothing else, and all I could get was but little to support a family in such a situation, beside paying for the hire of our room, which I was obliged to omit doing for several weeks: but the woman to whom we were indebted would not excuse us, tho' I promised she should have the very first money we could get after my children came about, but she would not be satisfied and had the cruelty to threaten us that if we did not pay her immediately she would turn us all into the street.

The apprehension of this plunged me in the deepest distress, considering the situation of my poor babies: if they had been in health I should have been less sensible of this misfortune. But My GOD, still faithful to his promise, raised me a friend. Mr. Henry Gurdney, a Quaker, a gracious gentleman heard of our distress, he sent a servant of his own to the woman we hired the room of, paid our rent, and bought all the goods with my wife's loom and gave it us all.

Some other gentlemen, hearing of his design, were pleased to assist him in these generous acts, for which we never can be thankful enough; after this my children soon came about; we began to do pretty well again; my dear wife work'd hard and constant when she could get work, but it was upon a disagreeable footing as her employ was so uncertain, sometimes she could get nothing to do and at other times when the weavers of Norwich had orders from LONDON they were so excessively hurried, that the people they employ'd were often oblig'd to work on the Sabbath-day; but this my wife would never do, and it was matter of uneasiness to us that we could not get our living in a regular manner. though we were both diligent, industrious, and willing to work. I was far from being happy in my Master, he did not use me well. I could scarcely ever get my money from him; but I continued patient 'till it pleased GOD to alter my situation.

My worthy friend Mr. Gurdney advised me to follow the employ of chopping chaff, and bought me an instrument for that purpose. There were but few people in the town that made this their business beside myself; so that I did very well indeed and we became easy and happy. —But we did not continue long in this comfortable state: Many of the inferior people were envious and ill-natur'd and set up the same employ and work'd under price on purpose to get my business from me, and they succeeded so well that I could hardly get any thing to do, and became again unfortunate: Nor did this misfortune come alone, for just at this time we lost one of our little girls who died of a fever; this circumstance occasion'd us new troubles, for the Baptist Minister refused to bury her because we were not their members. The Parson of the parish denied us because she had never been baptized. I applied to the Quakers, but met with no success; this was one of the greatest trials I ever met with, as we did not know what to do with our poor baby. —At length I resolv'd to dig a grave in the garden behind the house, and bury her there; when the Parson of the parish sent for me to tell me he would bury the child, but did not chuse to read the burial service over her. I told him I did not mind whether he would or not, as the child could not hear it.

We met with a great deal of ill treatment after this, and found it very difficult to live. —We could scarcely get work to do, and were obliged to pawn our cloaths. We were ready to sink under our troubles. —When I purpos'd to my wife to go to Kidderminster and try if we could do there. I had always an inclination for that place, and now more than ever as I had heard Mr. Fawcet mentioned in the most respectful manner, as a pious worthy Gentleman, and I had seen his name in a favourite book of mine, Baxter's Saints everlasting rest; and as the Manufactory of Kidderminster seem'd to promise my wife some employment, she readily came into my way of thinking.

I left her once more, and set out for Kidderminster in order to judge if the situation would suit us. —As soon as I came there I waited immediately on Mr. Fawcet, who was pleas'd to receive me very kindly and recommended me to Mr. Watson who employ'd me in twisting silk and worsted together. I continued here about a fortnight, and when I thought it would answer our expectation, I return'd to Norwich to fetch my wife; she was then near her time and too much indispos'd. So we were oblig'd to tarry until she was brought to bed, and as soon as she could conveniently travel we came to Kidderminster,

but we brought nothing with us as we were obliged to sell all we had to pay our debts and the expences of my wife's illness, &c.

Such is our situation at present. —My wife, by hard labor at the loom, does every thing that can be expected from her towards the maintenance of our family; and GOD is pleased to incline the hearts of his People at times to yeild us their charitable assistance; being myself through age and infirmity able to contribute but little to their support. As Pilgrims, and very poor Pilgrims, we are travelling through many difficulties towards our HEAVENLY HOME, and waiting patiently for his gracious call, when the LORD shall deliver us out of the evils of this present world and bring us to the EVERLASTING GLORIES of the world to come. —To HIM be PRAISE for EVER and EVER, AMEN.

Finis.

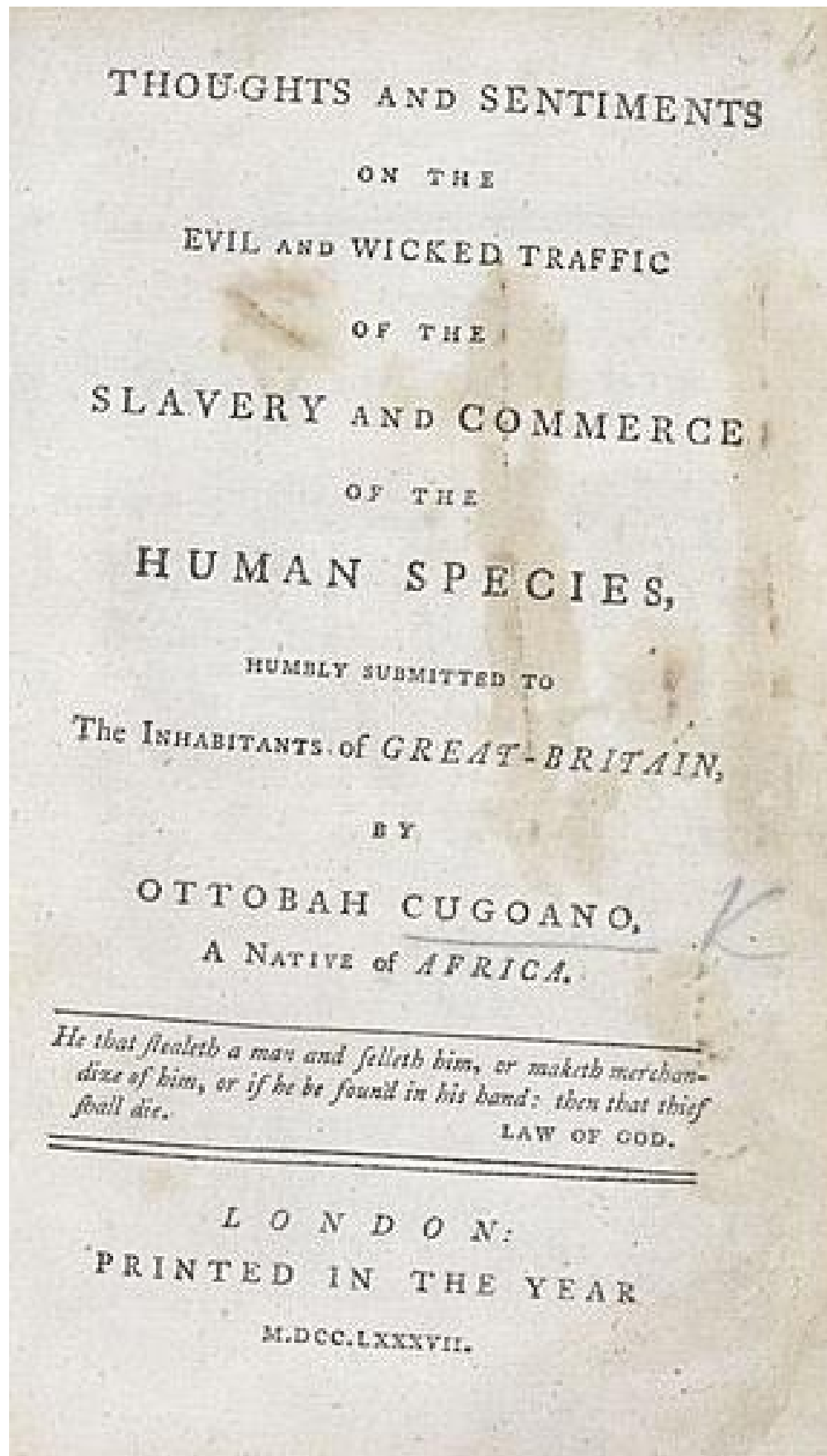


Figura 4. Portada de la primera edición de Thoughts and Sentiments de 1787 donde se incluye la Narrative of the Enslavement of Ottobah Cugoano, a Native of Africa.

1.8. Narrativa de la esclavitud de Ottobah Cugoano, natural de África; publicada por él mismo, en el año 1787.

Incluida dentro de:

Reflexiones y sentimientos sobre el malvado y cruel tráfico de la esclavitud y comercio de la especie humana, entregado humildemente a los habitantes de Gran-Bretaña por Ottobah Cugoano, natural de África.

El que robare una persona y la vendiere, o hubiere mercadeado con ella, o si fuere hallada en sus manos; entonces tal ladrón morirá¹²⁸.

Ley de Dios.

**Londres:
Imprimido en el año M.DCC.LXXXVII.**

Pronto fui sacado de mi país natal, con unos dieciocho o veinte chicos y chicas más, mientras estábamos jugando en el campo. Vivíamos a tan solo unos días de viaje de la costa donde fuimos raptados, y mientras nos engañaban y conducían, pronto nos llevaron a una fábrica, y desde allí, según la moda de la época, nos enviaron a Granada¹²⁹. Quizá no venga mal recoger unos cuantos apuntes, al igual que algún relato de mi persona, en este paso al cautiverio.

Nací en la ciudad de Agimaque¹³⁰, en la costa de Fantyn¹³¹; mi padre formaba parte de la compañía del jefe de aquella parte de la región de Fantee¹³², y cuando el viejo rey murió me dejó en su casa con su familia; poco después su sobrino mandó buscarme, Ambro Accasa, quien sucedió al viejo rey en la jefatura de aquella parte de Fantee,

¹²⁸ Nota del editor. El pasaje recogido es una amalgama de la primera parte de Éxodo (21: 16) y la segunda de Deuteronomio (24: 7).

¹²⁹ Nota del editor. Isla situada en el mar Caribe que forma parte de las Antillas menores y que en la actualidad forma parte del país homónimo.

¹³⁰ Nota del editor. Ciudad en el centro de la costa de Ghana conocida actualmente como Ajumako o Ajimako.

¹³¹ Nota del editor. Fantyn o Fantin era un antiguo estado africano de la Costa del Oro cuya capital era una ciudad del mismo nombre y que se corresponde en la actualidad con Ghana. Clement Cruttwell (1800), *The New Universal Gazetteer; Or, Geographical Dictionary*. Dublín: John Stockdale, pág. 264.

¹³² Nota del editor. Variante del nombre Fantí, Fanty, Fantin o Fantyn.

conocida por el nombre de Agimaque y Assinee¹³³. Viví con sus hijos, disfrutando de paz y tranquilidad, unas veinte lunas, que, de acuerdo con su manera de calcular el tiempo, son dos años. Me mandaron buscar para visitar a un tío, que vivía a una considerable distancia de Agimaque. El primer día después de que saliésemos, llegamos a Assinee¹³⁴, y el tercer día al domicilio de mi tío, adonde viví unos tres meses, y luego pensé en volver a Agimaque con mi padre y joven compañero; pero por entonces ya me había familiarizado bien con algunos de los hijos de las decenas de relaciones de mi tío, y algunos días éramos lo suficientemente atrevidos como para adentrarnos en el bosque para recoger fruta y coger pájaros, y demás entretenimientos que se nos antojasen. Un día dije que no quería ir con el resto, al estar bastante preocupado de que nos pudiera pasar algo; hasta que uno de mis compañeros de juegos me dijo, “como perteneces a los grandes hombres, tienes miedo de jugarte el pellejo, o el del bounsam”, que es el demonio. Esto me enfadó tanto que decidí unirme al resto, y nos fuimos al bosque como de costumbre, pero no habíamos estado ni dos horas, antes de que empezasen los problemas, cuando de repente varios rufianes se nos echaron encima, y nos dijeron que habíamos cometido un crimen contra su señor, y que debíamos ir y dar cuenta nosotros mismos ante él.

Algunos de nosotros intentamos, en vano, salir corriendo, pero pronto sacaron las pistolas y los alfanjes¹³⁵, amenazándonos con que si se nos ocurría movernos, moriríamos todos en el acto. Uno de ellos quería hacer creer que era más amable que el resto, y nos dijo que hablaría con su señor para que nos soltase, y que deseaba que le siguiéramos; entonces nos dividieron inmediatamente en distintos grupos y nos condujeron tras él. Pronto nos sacaron del camino que conocíamos, y al anochecer, cuando ya vislumbramos un pueblo, nos dijeron que este importante hombre suyo vivía allí, pero hicieron como

¹³³ Nota del editor. La organización política tradicional africana suele ser monárquica, frecuentemente hereditaria y, en todo caso, sagrada. Se rodea de una administración rudimentaria, pero no sólo central, sino provincial cuando la amplitud del estado lo requiere. En esta administración sus miembros se hallan ligados a la jefatura por medio de relaciones e incluso ceremonias parejas a las del feudalismo europeo.

¹³⁴ Nota del editor. Ciudad difícil de localizar dadas las múltiples variantes de su nombre y las diferentes localizaciones históricamente recogidas con esas variantes en los mapas de la zona. Cabría postular como posible localización actual la ciudad de Half Assini situada en la costa la región occidental de Ghana. No obstante, para mayor información, véase René Baesjou (1988). «The Historical Evidence in Old Maps and Charts of Africa with Special Reference to West Africa», en *History in Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 15, págs. 1-83.

¹³⁵ Nota del editor. Véase nota 14.

que era demasiado tarde para ir y verlo aquella noche. A la mañana siguiente vinieron otros tres hombres, cuya lengua era distinta a la nuestra, y hablaron con algunos de los que nos estuvieron vigilando toda la noche; pero el que pretendía ser nuestro amigo frente al hombre importante, y algunos otros, se fueron. Le preguntamos a nuestro guarda qué les habían estado diciendo estos hombres, y nos contestaron que les habían pedido tanto a ellos como a nosotros, que fuésemos y festejásemos con ellos aquel día, y que debíamos posponer el ver al importante hombre hasta más tarde, no pensando que nuestro destino fuera tan oscuro, o que estos villanos quisiesen festejar con nosotros como presa. Hicimos de nuevo un viaje de medio día con ellos, y nos encontramos con una gran multitud de gente que estaba tocando distintas músicas; y todo el día después de llegar allí, estuvimos muy alegres con la música, bailando y cantando. Al anochecer, nos hicieron creer de nuevo que no podíamos volver a donde vivía el hombre importante hasta el día siguiente; y cuando llegó la hora de acostarse, nos separaron en distintas casas con distinta gente. Al llegar la mañana siguiente, pregunté por los hombres que nos habían llevado allí, y por el resto de mis compañeros; y me dijeron que se habían ido a la costa para traer a casa algo de ron, armas y pólvora, y que algunos de mis compañeros se habían ido con ellos, y que otros se habían ido al campo a hacer esto o lo otro. Esto me hizo sospechar que había algún engaño en el asunto, y empecé a creer que la esperanza de volver a casa de nuevo se había esfumado. Pronto empecé a preocuparme al no saber qué hacer, y me negué a comer o beber durante varios días seguidos enteros, hasta que el hombre de la casa me dijo que haría todo lo que estuviese en su poder para que volviese con mi tío; entonces comí un poco de fruta con él, y me dio la impresión de que ya me estarían buscando, porque para entonces había estado fuera de casa unos cinco o seis días. Preguntaba todos los días si los hombres habían vuelto, y por el resto de mis compañeros, pero no obtenía respuesta ni satisfacción alguna. Me tuvieron unos seis días en casa de este hombre, y por la tarde llegó otro hombre, y habló con él un buen rato, y escuché al uno decirle al otro que debía irse, y el otro dijo, cuanto antes mejor; ese hombre salió y me dijo que conocía a mis parientes de Agimaque, y que debíamos marcharnos mañana por la mañana, y que él se encargaría de llevarme allí. Por consiguiente, salimos al día siguiente, y viajamos hasta que se hizo de noche, tras llegar a un sitio donde cenamos algo y dormimos. Llevaba una bolsa grande, con algo de polvo de oro, con el cual dijo que tenía que comprar algunos bienes en la costa para llevárselos consigo a Agimaque. Al día siguiente seguimos adelante, y por la tarde llegamos a un pueblo donde vi a varias personas blancas, de las que tenía miedo de que me comiesen, de acuerdo con la idea que,

como niños, teníamos en las partes del interior del país. Esto me dejó descansar muy poco en toda la noche, y a la mañana siguiente me trajo algunas vituallas, deseando que me las comiese y me diese prisa, ya que mi guía y secuestrador me dijo que tenía que ir al castillo con alguna compañía que fuese allí, como antes me había dicho, para hacerse con algunos bienes. Después de que me mandase salir, los horrores que pronto vi y sentí no pueden ser bien descritos; vi a muchos de mis miserables paisanos encadenados de dos en dos, algunos esposados, y algunos con las manos atadas atrás. Fuimos conducidos por un guardia y, cuando llegamos al castillo, le pregunté a mi guía para qué me llevaba allí, me dijo que para aprender las costumbres de los *browfow*, o sea, la gente de rostro blanco. Le vi coger un arma, un trozo de tela, y una correa a cambio de mí, y luego me dijo que debía dejarme entonces allí, y se fue. Esto me hizo llorar con amargura, pero pronto me condujeron a una cárcel, por tres días, donde escuché los quejidos y los gritos de muchos, y vi a algunos de mis compañeros de cautiverio. Pero cuando llegó un navío para llevarnos al barco, se produjo la escena más aterradora; no se escuchaba nada más que el ruido de las cadenas, el sonido de los látigos, y los quejidos y los gritos de nuestros semejantes. Algunos ni se movían del suelo cuando los azotaban y golpeaban de la forma más horrible. Se me ha olvidado el nombre de este fuerte infernal¹³⁶; pero nos llevaron en el barco que vino por nosotros, a otro que estaba listo para zarpar de Costa del Cabo¹³⁷. Cuando nos metieron en el barco, vimos a varios mercaderes negros subir a bordo, pero nos llevaron a todos a nuestros huecos, y no nos dejaron hablar con ninguno de ellos. Estuvimos en esta situación durante varios días bajo la vista de nuestra tierra natal; pero no pude encontrar a ninguna persona buena que le diese información alguna de mi situación a Accasa en Agimaque. Y cuando nos dimos cuenta de que al final nos llevaban, la muerte era preferible a la vida; y organizamos un plan entre nosotros para poder dar fuego y hacer estallar el barco, y perecer todos juntos entre las llamas: pero fuimos traicionados por una de nuestras propias mujeres, que se acostaba con algunos de los jefes del barco, ya que era común que los sucios y soeces marineros cogiesen a las mujeres africanas y yaciesen con sus cuerpos; mientras los hombres estaban encadenados y

¹³⁶ Nota del editor. Numerosos fueron los castillos y fuertes construidos por los europeos en la costa africana para salvaguardar su presencia en la zona y llevar a cabo los intercambios comerciales, fundamentalmente de provisión de esclavos para el nuevo mundo.

¹³⁷ Nota del editor. Ciudad costera y actual capital de la región Ghana Central en Ghana. El nombre de Costa del Cabo o *Cape Coast* es una derivación de *Cabo Corso* con el que los portugueses denominaron el lugar a su llegada a mediados del siglo XVI.

recluidos en huecos. Eran las mujeres y los niños los que iban a dar fuego al barco, con la aprobación y gritos del resto; a pesar de que esto se previno, el descubrimiento fue asimismo una cruel y sangrienta escena.

Pero sería innecesario que hiciese una descripción de todas las horribles escenas que vimos, y del trato que nos dieron en esta terrible situación de cautiverio, puesto que los casos semejantes de miles, que sufren por este tráfico infernal, son bien conocidos. Bastará con decir que desaparecí para mis queridos y buenos padres y parientes, y ellos para mí. Toda mi ayuda fueron lloros y lágrimas, y estos no servían, ni duraban mucho, ya que cada dolor y miedo eran engullidos por los siguientes. Sacado de un estado de inocencia y libertad, y, de una manera bárbara y cruel, transportado a un estado de horror y esclavitud, esta situación de abandono puede ser imaginada antes que descrita. Desde el momento en que fui secuestrado, y conducido a una fábrica, y de allí, según la brutal y simple, mas estilada manera del tráfico, enviado a Granada, los dolorosos pensamientos que tuve, todavía resuenan en mi corazón; a pesar de que los miedos y las lágrimas hace mucho que han desaparecido. Y todavía sigue siendo doloroso pensar que miles más han padecido igual y mayor agonía, a manos de bárbaros ladrones, y de despiadados capataces; y muchos de esos, incluso ahora, están sufriendo en tal extrema amargura de dolor y aflicción, que no hay lengua que lo describa. Los gritos de algunos, y el reflejo de sus miserias, pueden verse y escucharse desde lejos; pero los profundos quejidos de miles, y la gran tristeza de su miseria y aflicción, bajo la pesada carga de la opresión y de las calamidades infligidas sobre ellos, son tales que son inequívocamente reconocidos a oídos de Jehová¹³⁸ Sabaoth¹³⁹.

Este Señor de los ejércitos, en su gran Providencia, y apiadándose grandemente de mí, abrió el camino para liberarme de Granada. —El estar en este atroz cautiverio y en esta horrible esclavitud, sin ninguna esperanza de liberación, durante unos ocho o nueve

¹³⁸ Nota del editor. Nombre de Dios según aparece en el Antiguo Testamento derivado de las consonantes YHVH con las que en hebreo primitivo se designaba al teónimo del rey de Israel. La falta de vocales en esta lengua hizo que se añadiesen las de la palabra *Adonai* o Señor, de lo que resultó la forma latinizada *Jehovah* desde fines de la Edad Media en los textos cristianos, de donde viene el actual *Jehová*.

¹³⁹ Nota del editor. De la palabra hebrea *tsebaoth* traducida como *ejércitos*. Por extensión se denomina así al ejército celestial del Dios, de ahí que en conjunto pueda traducirse como *Señor de los ejércitos*.

meses, contemplando las más atroces escenas de miseria y crueldad, y viendo a mis miserables compañeros ser a menudo cruelmente azotados, y, por así decirlo, hechos pedazos, por las cosas más insignificantes; a menudo me hacía temblar y llorar, pero escapé mejor que muchos de ellos. Por comerse un trozo de caña de azúcar algunos eran cruelmente azotados, o golpeados en la cara hasta quitarles los dientes. Algunos de los más corpulentos, supongo, a menudo reprobados, y endurecidos y atontados con tantas crueles palizas y latigazos, o quizás desmayados y acuciados por el hambre y el trabajo duro, cometían con frecuencia pecados de este tipo, y cuando eran detectados, daban con un castigo ejemplar. Algunos me dijeron que les habían arrancado los dientes para disuadir a otros, y para impedir que se comiesen caña alguna en el futuro. Viendo así a mis miserables compañeros y paisanos en esta penosa, angustiada y horrible situación, con toda la simple brutalidad y barbaridad que la acompañaba, no tenía la cabeza más que llena de horror e indignación. Pero debo admitir, para vergüenza de mis propios paisanos, que primero fui raptado y traicionado por algunos de apariencia igual a la mía, que fueron el motivo principal de mi exilio, y esclavitud; pues de no haber compradores no habría vendedores. Hasta donde puedo recordar, algunos de los africanos en mi país tienen esclavos, que hacen en la guerra, o por deuda; pero a aquellos con los que se quedan se les alimenta bien, y se les da buen cuidado, y se les trata bien; y respecto a la ropa, se diferencian según la costumbre de la zona. Pero puedo decir con seguridad, que toda la pobreza y miseria en que cualquiera de los habitantes de África se ve envuelto, es muy inferior a la de aquellas inhóspitas regiones de miseria con que se topan en las Indias Occidentales¹⁴⁰, donde los duros capataces no tienen consideración por las leyes de Dios, ni por la vida de sus semejantes.

Gracias a Dios, me liberé de Granada, y de aquella brutal y horrorosa esclavitud. —Un caballero que iba a Inglaterra¹⁴¹, me tomó por su criado, y me llevó lejos, donde mi situación pronto se volvió más agradable. Tras llegar a Inglaterra, y viendo escribir y leer a otros, me dieron muchas ganas de aprender, y con toda la ayuda que pude conseguir, me apliqué en aprender a leer y escribir, lo que pronto se volvió mi entretenimiento,

¹⁴⁰ Nota del editor. Véase nota 41.

¹⁴¹ Nota del editor. Se trataría del Ldo. Alexander Campbell, que llevaría a Cugoano a Inglaterra a finales de 1772, y que en 1790 testificaría en favor del comercio de esclavos ante un comité de la cámara de los comunes británica, al ser dueño de numerosos esclavos en las Indias Occidentales, la mayoría en la isla de Granada.

placer, y delicia; y cuando mi amo se dio cuenta de que podía escribir algo, me mandó con tal propósito a una escuela de verdad para aprender. Desde entonces me he esforzado por instruirme en la lectura, y he tratado de adquirir toda la inteligencia que he podido, en mi situación vital, en relación con el estado de mis hermanos y compatriotas de igual apariencia, y con la miserable situación de aquellos que son vendidos bárbaramente en cautividad, e ilegalmente retenidos en esclavitud.

Pero, entre otras observaciones, le debo a Dios Todopoderoso una gran merced, (el agradecido reconocimiento que no omitiría bajo ningún concepto) que, pese a que me han transportado lejos de mi tierra natal, en esa espiral de robos y crueldad, bendito sea Dios por la buena Providencia que tuvo conmigo; he obtenido a la par libertad, y adquirido las grandes ventajas de algo de conocimiento, al ser capaz de leer y escribir, y, lo que todavía es infinitamente de mayor ventaja, confío, saber algo de Él que es ese Dios cuya Providencia gobierna sobre todo, y que es el único ser poderoso que gobierna en las naciones sobre los hijos de los hombres. Es a Él, que es el Príncipe de los Reyes de la tierra, al que doy todas las gracias. Y, de alguna manera, pueda decir con José, como él dijo respecto a la malvada intención de sus hermanos, cuando le vendieron a Egipto, que cualquiera que fuesen las malvadas intenciones y los malos motivos de esos pérfidos bandidos en llevarme lejos de mi tierra natal y de mis amigos, confío, que era lo que el Señor dispuso para mi bien¹⁴². En este respecto, estoy en gran deuda con mucha de la buena gente de Inglaterra por el aprendizaje y principios desconocidos para la gente de mi tierra natal. Pero, sobre todo, lo que he obtenido del Señor Dios de los ejércitos, ¡el Dios de los cristianos! En esa revelación divina del único Dios verdadero, y del Salvador de los hombres, ¿qué tesoro de sabiduría y de beneficios están aparejados? ¿Qué maravillosa es la bondad divina mostrada en aquellos invaluables libros del Viejo y Nuevo Testamentos, qué inestimable recopilación de libros, la Biblia? Y, oh, ¡qué tesoro tener, y una de las más grandes ventajas el poder leer allí, y qué bendición divina el comprender!

FINIS.

Impreso por James Bullock, Whitefriars, Fleet Street.

¹⁴² Génesis (45: 4-8).

1.9. NARRATIVE of the Enslavement of OTTOBAH CUGOANO, a Native of Africa; published by himself, in the Year 1787.

Included inside:

Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of the Slavery and Commerce of the Human Species, Humbly Submitted to The Inhabitants of Great-Britain by Ottobah Cugoano, A Native of Africa.

He that stealeth a man and selleth him, or maketh merchandise of him, or if he be found in his hand; then that thief shall die.

LAW OF GOD.

LONDON:

PRINTED IN THE YEAR M.DCC.LXXXVII.

I was early snatched away from my native country, with about eighteen or twenty more boys and girls, as we were playing in a field. We lived but a few days' journey from the coast where we were kidnapped, and as we were decoyed and drove along, we were soon conducted to a factory, and from thence, in the fashionable way of traffic, consigned to Grenada. Perhaps it may not be amiss to give a few remarks, as some account of myself, in this transposition of captivity.

I was born in the city of Agimaque, on the coast of Fantyn; my father was a companion to the chief in that part of the country of Fantee, and when the old king died I was left in his house with his family; soon after I was sent for by his nephew, Ambro Accasa, who succeeded the old king in the chieftdom of that part of Fantee, known by the name of Agimaque and Assince. I lived with his children, enjoying peace and tranquillity, about twenty moons, which, according to their way of reckoning time, is two years. I was sent for to visit an uncle, who lived at a considerable distance from Agimaque. The first day after we set out we arrived at Assinee, and the third day at my uncle's habitation, where I lived about three months, and was then thinking of returning to my father and young companion at Agimaque; but by this time I had got well acquainted with some of the children of my uncle's hundreds of relations, and we were some days too venturesome in going into the woods to gather fruit and catch birds, and such amusements as pleased us. One day I refused to go with the rest, being rather apprehensive that something might

happen to us; till one of my playfellows said to me, "Because you belong to the great men, you are afraid to "venture your carcass, or else of the bounsam," which is the devil. This enraged me so much, that I set a resolution to join the rest, and we went into the woods, as usual but we had not been above two hours, before our troubles began, when several great ruffians came upon us suddenly, and said we had committed a fault against their lord, and we must go and answer for it ourselves before him.

Some of us attempted, in vain, to run away, but pistols and cutlasses were soon introduced, threatening, that if we offered to stir, we should all lie dead on the spot. One of them pretended to be more friendly than the rest, and said that he would speak to their lord to get us clear, and desired that we should follow him; we were then immediately divided into different parties, and drove after him. We were soon led out of the way which we knew, and towards evening, as we came in sight of a town, they told us that this great man of theirs lived there, but pretended it was too late to go and see him that night. Next morning there came three other men, whose language differed from ours, and spoke to some of those who watched us all the night; but he that pretended to be our friend with the great man, and some others, were gone away. We asked our keeper what these men had been saying to them, and they answered, that they had been asking them and us together to go and feast with them that day, and that we must put off seeing the great man till after, little thinking that our doom was so nigh, or that these villains meant to feast on us as their prey. We went with them again about half a day's journey, and came to a great multitude of people, having different music playing; and all the day after we got there, we were very merry with the music, dancing, and singing. Towards the evening, we were again persuaded that we could not get back to where the great man lived till next day; and when bed-time came, we were separated into different houses with different people. When the next morning came, I asked for the men that brought me there, and for the rest of my companions; and I was told that they were gone to the sea-side, to bring home some rum, guns, and powder, and that some of my companions were gone with them, and that some were gone to the fields to do something or other. This gave me strong suspicion that there was some treachery in the case, and I began to think that my hopes of returning home again were all over. I soon became very uneasy, not knowing what to do, and refused to eat or drink, for whole days together, till the man of the house told me that he would do all in his power to get me back to my uncle; then I eat a little fruit with him, and had some thoughts that I should be sought after, as I would be then missing at home

about five or six days. I inquired every day if the men had come back, and for the rest of my companions, but could get no answer of any satisfaction. I was kept about six days at this man's house, and in the evening there was another man came, and talked with him a good while and I heard the one say to the other he must go, and the other said, the sooner the better; that man came out and told me that he knew my relations at Agimaque, and that we must set out to-morrow morning, and he would convey me there. Accordingly we set out next day, and travelled till dark, when we came to a place where we had some supper and slept. He carried a large bag, with some gold dust, which he said he had to buy some goods at the sea-side to take with him to Agimaque. Next day we travelled on, and in the evening came to a town, where I saw several white people, which made me afraid that they would eat me, according to our notion, as children, in the inland parts of the country. This made me rest very uneasy all the night, and next morning I had some victuals brought, desiring me to eat and make haste, as my guide and kidnapper told me that he had to go to the castle with some company that were going there, as he had told me before, to get some goods. After I was ordered out, the horrors I soon saw and felt, cannot be well described; I saw many of my miserable countrymen chained two and two, some handcuffed, and some with their hands tied behind. We were conducted along by a guard, and when we arrived at the castle, I asked my guide what I was brought there for, he told me to learn the ways of the browfow, that is, the white-faced people. I saw him take a gun, a piece of cloth, and some lead for me, and then he told me that he must now leave me there, and went off. This made me cry bitterly, but I was soon conducted to a prison, for three days, where I heard the groans and cries of many, and saw some of my fellow-captives. But when a vessel arrived to conduct us away to the ship, it was a most horrible scene; there was nothing to be heard but the rattling of chains, smacking of whips, and the groans and cries of our fellow-men. Some would not stir from the ground, when they were lashed and beat in the most horrible manner. I have forgot the name of this infernal fort; but we were taken in the ship that came for us, to another that was ready to sail from Cape Coast. When we were put into the ship, we saw several black merchants coming on board, but we were all drove into our holes, and not suffered to speak to any of them. In this situation we continued several days in sight of our native land; but I could find no good person to give any information of my situation to Accasa at Agimaque. And when we found ourselves at last taken away, death was more preferable than life; and a plan was concerted amongst us, that we might burn and blow up the ship, and to perish all together in the flames: but we were betrayed by one of our own countrywomen, who

slept with some of the headmen of the ship, for it was common for the dirty filthy sailors to take the African women and lie upon their bodies; but the men were chained and pent up in holes. It was the women and boys which were to burn the ship, with the approbation and groans of the rest; though that was prevented, the discovery was likewise a cruel bloody scene.

But it would be needless to give a description of all the horrible scenes which we saw, and the base treatment which we met with in this dreadful captive situation, as the similar cases of thousands, which suffer by this infernal traffic, are well known. Let it suffice to say that I was thus lost to my dear indulgent parents and relations, and they to me. All my help was cries and tears, and these could not avail, nor suffered long, till one succeeding woe and dread swelled up another. Brought from a state of innocence and freedom, and, in a barbarous and cruel manner, conveyed to a state of horror and slavery, this abandoned situation may be easier conceived than described. From the time that I was kidnapped, and conducted to a factory, and from thence in the brutish, base, but fashionable way of traffic, consigned to Grenada, the grievous thoughts which I then felt, still pant in my heart; though my fears and tears have long since subsided. And yet it is still grievous to think that thousands more have suffered in similar and greater distress, Under the hands of barbarous robbers, and merciless task-masters; and that many, even now, are suffering in all the extreme bitterness of grief and woe, that no language can describe. The cries of some, and the sight of their misery, may be seen and heard afar; but the deep-sounding groans of thousands, and the great sadness of their misery and woe, under the heavy load of oppressions and calamities inflicted upon them, are such as can only be distinctly known to the ears of Jehovah Sabaoth.

This Lord of Hosts, in his great providence, and in great mercy to me, made a way for my deliverance from Grenada. Being in this dreadful captivity and horrible slavery, without any hope of deliverance, for about eight or nine months, beholding the most dreadful scenes of misery and cruelty, and seeing my miserable companions often cruelly lashed, and, as it were, cut to pieces, for the most trifling faults; this made me often tremble and weep, but I escaped better than many of them. For eating a piece of sugar-cane, some were cruelly lashed, or struck over the face, to knock their teeth out. Some of the stouter ones, I suppose, often reprov'd, and grown hardened and stupid with many cruel beatings and lashings, or perhaps faint and pressed with hunger and hard labour, were often committing trespasses of this kind, and when detected, they met with

exemplary punishment. Some told me they had their teeth pulled out, to deter others, and to prevent them from eating any cane in future. Thus seeing my miserable companions and countrymen in this pitiful, distressed, and horrible situation, with all the brutish baseness and barbarity attending it, could not but fill my little mind horror and indignation. But I must own, to the shame of my own countrymen, that I was first kidnapped and betrayed by some of my own complexion, who were the first cause of my exile, and slavery; but if there were no buyers there would be no sellers. So far as I can remember, some of the Africans in my country keep slaves, which they take in war, or for debt; but those which they keep are well fed, and good care taken of them, and treated well; and as to their clothing, they differ according to the custom of the country. But I may safely say, that all the poverty and misery that any of the inhabitants of Africa meet with among themselves, is far inferior to those inhospitable regions of misery which they meet with in the West-Indies, where their hard-hearted overseers have neither Regard to the laws of God, nor the life of their fellow-men.

Thanks be to God, I was delivered from Grenada, and that horrid brutal slavery. A gentleman coming to England took me for his servant, and brought me away, where I soon found my situation become more agreeable. After coming to England, and seeing others write and read, I had a strong desire to learn, and getting what assistance I could, I applied myself to learn reading and writing, which soon became my recreation, pleasure, and delight; and when my master perceived that I could write some, he sent me to a proper school for that purpose to learn. Since, I have endeavoured to improve my mind in reading, and have sought to get all the intelligence I could, in my situation of life, towards the state of my brethren and countrymen in complexion, and of the miserable situation of those who are barbarously sold into captivity, and unlawfully held in slavery.

But, among other observations, one great duty I owe to Almighty God, (the thankful acknowledgement I would not omit for any consideration) that, although I have been brought away from my native country, in that Torrent of robbery and wickedness, thanks be to God for his Good providence towards me; I have both obtained Liberty, and acquired the great advantages of some Little learning, in being able to read and write, and, what is still infinitely of greater advantage, I trust, to know something of Him *who is that God whose providence rules over all, and who is the only Potent One that rules in the nations over the children of men. It is unto Him, who is the Prince of the Kings of the earth, that I would give all thanks.* And, in some manner, I may say with Joseph, as he

did with respect to the evil intention of his brethren, when they sold him into Egypt, that whatever evil intentions and bad motives those insidious robbers had in carrying me away from my native country and friends, I trust, was what the Lord intended for my good. In this respect, in this respect, I am highly indebted to many of the good people of England for learning and principles unknown to the people of my native country. But, above all, what have I obtained from the Lord God of Hosts, the God of the Christians! In that divine revelation of the only true God, and the Saviour of men, what a treasure of wisdom and blessings are involved? How wonderful is the divine goodness displayed in those invaluable books of the Old and New Testaments, that inestimable compilation of books, the Bible? And, O what a treasure to have, and one of the greatest advantages to be able to read therein, and a divine blessing to understand!

FINIS.

2. El género picaresco en las narrativas de esclavo angloafricanas del siglo XVIII

2.1. Introducción

En un país como España, donde hasta los días del duro invierno gozan de un potente sol que propicia la vida en la calle, la sombra de la picaresca, con sus protagonistas vagando por los yermos caminos castellanos, frecuentando mesones y desplegando sus muchos ingenios amparados por el anonimato que permite la muchedumbre de las ciudades, no podía más que ser alargada en extremo. Si bien el pícaro es el máximo exponente de la tradición, muchas son las otras características que convierten el relato del héroe en un texto picaresco. Por ello, a pesar de que la definición del género y de sus límites plantean todavía grandes desafíos críticos, situación que llevó a cuestionar incluso la existencia de la tradición, lo cierto es que no es posible encontrar textos tan representativos dentro de las letras españolas como las novelas picarescas. Frente a este panorama, la inconsistencia de sus rasgos, que tantos quebraderos de cabeza ha ocasionado entre los hispanistas, no impidió el reconocimiento unánime por parte de los lectores de la época de una tradición que hunde sus raíces en la certera prosa renacentista del anónimo autor del *Lazarillo* y la grandilocuencia estilística barroca de Mateo Alemán en *El Guzmán*. De este modo, mientras que el género resultó claro al lúcido ojo del público, los intentos por trazar los contornos de su poética se antojaron harina de otro costal. La concreción del evidente instinto literario que llevó al lector a agrupar en una misma serie dos obras tan dispares como son los progenitores del género —además de su descendencia— supone un ejercicio de malabarista en el que tanto los rasgos de la tradición, como los títulos que integran la nómina de obras, oscilan de manera constante y corren el riesgo de caerse cuando se procura ampliar el número de elementos en juego.

No obstante, a este primer problema de delimitación de lo picaresco en España se suma otro obstáculo a la hora de discernir la suerte y la trayectoria que corrió el género fuera de nuestras fronteras. A medida que nos adentramos en tierras europeas, las nubes comienzan a difuminar la luz y los contornos de la tradición se vuelven imprecisos, vagos e inciertos, hasta tal punto que muchas veces resulta casi imposible distinguir a simple vista la huella del género en otras literaturas del continente. La apropiación del género picaresco entre los cultivadores de prosa extranjeros sufrió en muchas ocasiones ora una

asimilación cultural a través de los modelos literarios del lugar de destino, ora una adaptación a los particulares gustos de su nueva audiencia. De esta manera, además de la clara descendencia de la picaresca en otras lenguas europeas, que suma por méritos propios reconocidos títulos a la lista de obras del género español —si bien ahora en otro código lingüístico—, la simiente hispana se mezcló con, e hibridó en, distintas formas narrativas en las que todavía es posible rastrear la influencia de las novelas españolas tanto de forma directa como indirecta.

En este sentido, la presente investigación tratará de clarificar la deuda contraída por los escritores de lengua inglesa con la novela picaresca y, más concretamente, aquellos que, pese a su origen o pasado africano, continuaron la labor de Shakespeare durante el siglo dieciocho a ambos lados del Atlántico. Nuestro objetivo no es otro entonces que dilucidar hasta qué punto los autores de las narrativas de esclavos de Briton Hammon, Arthur, James Albert Uksawsaw Gronniosaw y Ottobah Cugoano, unas obras de amplias resonancias picarescas debido a la representación de la lucha por sobrevivir de unos personajes situados en los márgenes sociales, pudieron servirse del género español a la hora de escribir sus obras y, con ello, ampliar el alcance tradicional de la picaresca. Para ello, en el primer capítulo se procederá a encuadrar las narrativas de esclavos en su literatura de origen y a señalar los grandes retos que supone todavía su adhesión cultural a cualquiera de los países anglosajones bañados por el gran océano. A este carácter multinacional de los textos escritos por africanos —o descendientes de africanos— bajo el yugo de la esclavitud se une además la falta de consideración —e incluso desconocimiento— de la tradición angloafricana entre los hispanistas, de ahí que sea preciso reseñar tanto los estudios en inglés como en español que tratan de las narrativas y de su posible parentesco con la picaresca. Tras este breve repaso crítico, perfilaremos los grandes acercamientos teóricos al género picaresco hasta la fecha para que nos ayuden a descubrir y aislar el cariz hispano de las obras de esclavos.

En el segundo capítulo se iniciará el cotejo de la narrativa Briton con la tradición picaresca. No obstante, con el fin de esclarecer el posible influjo del género español en el texto del africano, llevaremos primero a cabo un estudio de la vida de su autor, de las circunstancias históricas que envuelven la aparición de la narrativa y de las principales cuestiones que plantea el relato, así como del resto de posibles corrientes literarias que dejaron su impronta en la obra, antes de pasar a analizar los rasgos picarescos en el texto. El cumplimiento —o no— de los elementos que constituyen la poética seleccionada para

el género hispano nos ayudará a valorar el componente picaresco real de la narrativa y, con ello, intentar situar la obra dentro de los márgenes de la novela picaresca.

Este proceder será también empleado en el tercer capítulo, en el cual se establecerá una comparativa idéntica que atiende de nuevo al propósito de descubrimiento de una posible factura picaresca en la narrativa de Arthur. Para ello, volveremos a presentar un estudio de los datos biográficos e históricos más relevantes del autor y de la época, trataremos los asuntos de mayor calado crítico en el texto, y procuraremos la configuración de un listado con los géneros que dan forma a la obra. Finalmente, examinaremos una vez más el carácter picaresco de la narrativa, el cual dependerá de la presencia —o no— en el texto de los rasgos que definen el género español, para acabar sopesando su lugar en la tradición hispana.

El cuarto capítulo se centrará en el análisis de la narrativa de James Albert en tanto que texto picaresco. De esta forma, repetiremos el mismo esquema de trabajo esbozado para las narrativas anteriores, a saber, comenzaremos con una reseña de los datos conocidos sobre la vida del escritor africano, seguiremos con la presentación de los acontecimientos históricos en los que se enmarca la obra, analizaremos los aspectos más representativos de la narrativa, continuaremos con un repaso crítico de los géneros literarios del momento que ayudaron a configurar el relato y terminaremos con la evaluación de la naturaleza picaresca de la obra a partir de la confrontación de los rasgos más sobresalientes del texto con los elementos característicos de la poética del género español. Nuevamente, las conclusiones obtenidas serán de vital importancia a la hora de buscar el anclaje de la narrativa dentro de la tradición hispana.

En el quinto capítulo, dedicado a la narrativa de Cugoano, se reincidirá por última vez en el análisis de la biografía de su autor, de las circunstancias históricas que permiten entender el relato en su contexto original, de los distintos motivos tradicionalmente destacados en los estudios del libro y de las tradiciones literarias que tienen reflejo en la obra, así como en la comprobación de los rasgos picarescos que tímidamente se entreen en el texto. El virtual emplazamiento de la narrativa dentro del género español abrirá la puerta a la necesaria reconsideración de la contribución de la novela picaresca en la literatura en lengua inglesa de forma general, así como en las cuatro narrativas de esclavo dieciochescas en particular, toda vez que el texto de Cugoano se suma a sus antecesores para modelar la obra considerada como arquetipo de la tradición posterior a la que dan origen, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano*.

Los resultados que se derivan del análisis individual de cada una de las cuatro narrativas estudiadas en los capítulos previos serán interpretados de forma global en las conclusiones. No obstante, con el objetivo de facilitar al lector el seguimiento de la empresa crítica propuesta anteriormente, se adjunta al comienzo una edición de las traducciones al castellano de las narrativas de esclavo originales en lengua inglesa —aquí también incluidas— sobre las que se desarrolla este trabajo. Así las cosas, nos conformaremos entonces con que el descubrimiento de las narrativas de esclavo angloafricanas para nuestra literatura y su futuro enclave dentro del género picaresco sirvan para arrojar algo de luz a tan oscura materia, la cual se postula todavía como asignatura pendiente del hispanismo actual.

2.2. Las narrativas de esclavo angloafricanas: estado de la cuestión

El rastreo del género picaresco en las narrativas de esclavo dieciochescas escritas en lengua inglesa resulta ciertamente complejo dada la amplitud teórica de la empresa. Muchas son las dificultades que salen al encuentro del investigador, desde la fijación de los textos originales que servirán de base a las traducciones y a la presente investigación, hasta la falta de comunicación entre el hispanismo y la academia anglosajona. No obstante, dentro de tales cuestiones destacan dos problemas que necesariamente deben ser solucionados desde un primer momento para poder dar comienzo a nuestra labor. Por un lado, la falta de unidad en la consideración de los textos que integran el género de las narrativas de esclavos —ora situados bajo el marbete de literatura negra inglesa, ora bajo el calificativo de obras afroamericanas— impide considerar como un todo unitario el valor literario de los primeros escritos de autores negros en la lengua de Shakespeare. Por otro, la falta de comunicación en materia picaresca entre los críticos que utilizan el español y aquellos que se sirven del inglés para sus trabajos ha producido una serie de confusiones en la consideración del género que, en ocasiones, se mantiene todavía en la actualidad (téngase como ejemplo la inclusión de Cervantes dentro del catálogo de escritores picarescos). Es por ello que la primera tarea consistirá entonces en atajar estos asuntos mediante la apertura de una senda bien delimitada que nos permita desarrollar la hipótesis planteada entre toda la maraña teórica que envuelve la cuestión.

La labor de localización de las primeras narrativas de esclavo dentro de una literatura nacional específica carece todavía de unos márgenes precisos. Estas obras se caracterizan por la falta de arraigo a una realidad geográfica o cultural concreta, pues los protagonistas —en especial los nacidos en África— hacen gala de un multiculturalismo sostenido sobre los tres vértices del comercio esclavista. De esta manera, a una niñez en suelo africano le sigue habitualmente una juventud en el Nuevo Mundo y un último periodo de madurez en Inglaterra. No obstante, la dedicación marítima de muchos de los héroes de las narrativas los lleva a recorrer gran parte de las Indias Occidentales —esto es, el Caribe— e incluso de Europa, destacando en este punto la figura de Olaudah Equiano, el cual se enrola en una expedición científica destinada al polo norte. Así, pese a que también existen ejemplos de personajes cuyas vidas transcurren dentro de una única frontera, tal y como sucede en la narrativa de Arthur, lo cierto es que la compleja identidad de estos pioneros negros que tomaron la pluma en el siglo dieciocho hace difícil reivindicar las obras por parte de la crítica a ambos lados del Atlántico. El origen africano de muchos de los escritores no resiste en ocasiones un cotejo histórico minucioso, de tal forma que, aunque no es posible negar que África fuese su lugar de nacimiento, el relato de la infancia aparece condicionado por la nueva realidad cultural occidental en la que se ven inmersos. Esta realidad cultural al otro lado del Atlántico, que resultaba en apariencia homogénea para cualquier individuo europeo, se fragmenta en las narrativas a partir del testimonio que ofrece el africano esclavizado. Aunque los territorios americanos pertenecían a la esfera colonial del mundo británico, la distinta legislación —sobre todo en materia esclavista— establecía una línea divisoria entre la metrópoli y sus dependencias atlánticas de ultramar claramente identificable en las obras. Es por ello que, si bien una vez asentado el género, parece más fácil incluir la producción de los esclavos dentro de la literatura estadounidense —tal y como viene siendo habitual en la mayoría de estudios que tratan las obras de la tradición—, entendemos que resulta necesario abordar el fenómeno de las narrativas de esclavo desde su inclusiva globalidad, de ahí que propongamos definir las como textos angloafricanos en línea con la singularidad puntualizada por Ira Berlin en su trabajo «From Creole to African: Atlantic Creoles and the Origins of African-American Society in Mainland North America» bajo el apelativo de “Atlantic creole”, que viene a incluir los “worlds that came together along the Atlantic littoral” [mundos que se unen a lo largo del litoral atlántico], y más concretamente para nosotros, aquellos de habla inglesa (1996: 254).

Sin embargo, faltaría todavía situar los mojoneros que permitan deslindar esta literatura angloafricana de su posterior descendencia afrobritánica y afroamericana. En los tres casos, las obras que integran las tradiciones señaladas parten de un lugar común: el origen africano o la ascendencia negra de sus protagonistas, además del empleo de la misma lengua en la narración del relato. Estas coordenadas son fundamentales a la hora de situar el espacio literario que ocupan las primeras narrativas angloafricanas en lengua inglesa, ya que posibilitan su identificación dentro de un horizonte cultural dominado por autores blancos en la época. No obstante, es necesario distinguir a la vez dentro del conjunto de la producción angloafricana dos vertientes literarias según el estatus social del escritor. Si bien sabemos gracias a los documentos históricos del momento que la población negra no igualaba en derechos a los occidentales en el mundo británico, cabe dividir a los angloafricanos en función del nivel de libertad que gozaban, es decir, según fuesen esclavos o personas libres. Es entonces cuando podemos hablar de la literatura angloafricana de esclavos, la cual, andando el tiempo, conformará las directrices fundamentales del género de las narrativas de esclavos.

Así las cosas, Henry Louis Gates Jr. y Charles T. Davis acotan en la introducción a *The Slave's Narrative* los textos que reciben el calificativo de narrativas de esclavos a aquellas obras publicadas desde 1760, tras la aparición de la obra de Briton Hammon, hasta la desaparición *de jure* de la institución esclavista en 1865 en Estados Unidos (1985: xviii-xix). La perspectiva estadounidense de ambos críticos en el estudio de las narraciones de esclavos es matizada por Kimberly Drake en el estudio introductorio a *Critical Insights. The Slave Narrative*, quien afirma que “it seems more accurate to use the term “slave narrative” [...] to apply to those stories written or told by former slaves about their time in the institution” [parece más preciso usar el término “narrativas de esclavo” [...] para denominar aquellas historias escritas o contadas por antiguos esclavos acerca del tiempo que pasaron en la institución esclavista] para dar cuenta de la totalidad de este particular fenómeno literario (2014: xviii).

El carácter autobiográfico de los textos llamaría primero la atención de los historiadores, los cuales utilizaron las narraciones de esclavos para desentrañar los pormenores cotidianos de la esclavitud a través del testimonio de la población negra subyugada. Años después, William Edward Burghardt Du Bois reclamaría la consideración de las narrativas de esclavos por parte de la crítica literaria cuando incidiese en la importancia de estos relatos autobiográficos en su breve ensayo «The Negro in

Literature and Art», de los que “the Negro, Olaudah Equiano —known by his English name of Gustavus Vassa— whose autobiography of 350 pages, published in 1787, was the beginning of that long series of personal appeals” [el negro, Olaudah Equiano — conocido por su nombre inglés de Gustavus Vassa— cuya autobiografía de 350 páginas, publicada en 1787, era la primera de una larga serie de apelaciones personales], cuya novedosa fórmula narrativa facilitaría el posterior desarrollo de las letras afroamericanas en Estados Unidos (1913: 234). William L. Andrews también incidiría sobre la naturaleza autobiográfica de las narraciones de esclavo y estudiaría los mecanismos retóricos de este tipo de escritura presentes en los textos en su obra *To Tell a Free Story. The First Century of Afro-American Autobiography, 1760-1865*. Así, indicaría que “Afro-American autobiography between 1760 and 1865 does not just record the process by which its protagonists became free of sin or slavery. During the evolution of this tradition, autobiographers demonstrate through a variety of rhetorical means that they regard the *writing* of autobiography” [la autobiografía afroamericana entre 1760 y 1865 no solo relata el proceso por el cual sus protagonistas quedan libres del pecado o la esclavitud. Durante la evolución de esta tradición, los autobiógrafos demuestran a través de una variedad de medios retóricos que prestan atención al proceso de *escribir* la autobiografía] (1988: xi). No obstante, pese a que Andrews falla en comprender la magnitud de los textos de esclavos negros en lengua inglesa —los analiza únicamente como realidad norteamericana—, acierta en distinguir la narrativa de la autobiografía en tanto que forma literaria. De acuerdo con Andrews, la narrativa se caracterizaría por el carácter objetivo del narrador a la hora de presentar su relato, una particularidad que obligaría a James Olney en «“I Was Born”: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature» a separar las obras de esclavo del género autobiográfico toda vez que los escritores angloafricanos buscaban la neutralidad —frente a cualquier tipo de subjetividad personal— en la relación de su vida. En este sentido, señala que “the writer of a slave narrative finds himself in an irresolvably tight bind as a result of the very intention and premise of his narrative, which is to give a picture of “slavery *as it is*”” [el escritor de las narrativas de esclavo se encuentra en un duro aprieto difícil de resolver como resultado de la propia intención y razón de su narrativa, que es hacer un retrato de la “esclavitud *como es*”] (1985: 150).

A pesar de que el propósito de las primeras narrativas de esclavos angloafricanas no buscaba ofrecer relación de la institución esclavista, los protagonistas de las obras

aparecen condicionados en tanto que esclavos. De esta forma, si bien es cierto que los primeros textos del género de esclavos guardan estrecha relación con los relatos de los escritores angloafricanos libres —véase, por ejemplo, la narrativa de John Marrant—, se distancian de ellos toda vez que de su análisis se desprende un conflicto narrativo específico que otorga una particular idiosincrasia a las obras de esclavos. Así las cosas, si bien Vincent Carretta entiende que el género de las narrativas de esclavos termina por conformarse en la obra de Equiano, tal y como expone en «Olaudah Equiano: African British abolitionist and founder of the African American slave narrative», el crítico incide en el papel que desempeñan los textos de sus predecesores en el establecimiento de la tradición. Según Carretta, la narrativa del africano comparte el carácter poligénico de las obras de Briton, Arthur, James Albert y Cugoano; pues identifica entre su génesis la huella de la autobiografía espiritual, los relatos de cautiverio, los libros de viaje o los relatos de aventuras, amén de muchos otros más. Sin embargo, el académico destaca la singularidad de la narrativa de Equiano frente a las primeras obras de esclavos cuando señala que “*The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African. Written by Himself* (London, 1789) established all of the major conventions reproduced in the vast majority of nineteenth- and twentieth-century factual and fictional African American slave narratives” [*La interesante narrativa de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vassa, el africano. Escrita por él mismo* (Londres, 1789) establecía todas las principales convenciones reproducidas en la gran mayoría de narrativas de esclavos afroamericanas reales o ficticias del siglo diecinueve y veinte] (2007: 44).

Frances Smith Foster establece la evolución del género de las narrativas de esclavo angloafricanas en *Witnessing Slavery* desde los primeros textos producidos por autores negros hasta la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, y subraya la combinación del elemento autobiográfico junto al compromiso social como claves para comprender las obras. De este modo, afirma que, desde las primeras muestras del género, las cuales “vary only slightly from other personal narratives of the time” [varían muy poco de otras narrativas personales del momento] (1979: 4), los primeros momentos del desarrollo de las narrativas de esclavo estarán directamente ligados a los cambios que se producían en la institución esclavista. En este línea, señala que “as slavery became more inhumane, the narratives began to expose its abuses and to agitate for the abolition of the slave trade” [según la esclavitud se hacía más inhumana, las narrativas empezaron a exponer sus abusos y a hacer campaña por la abolición del comercio esclavista]; una situación que

claramente se observa en las narrativas que constituyen el objeto de nuestro estudio (1979: 17).

Todo este panorama pone de manifiesto la peculiar posición de la tradición angloafricana dentro de la literatura en lengua inglesa, tanto en Inglaterra como en Norteamérica. Además de la precisa morfología que adquieren las obras del género a partir de Equiano —bien caracterizada por Olney en seis apartados con doce subapartados comunes a la mayoría de las narrativas posteriores dentro de su artículo «“I Was Born”: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature»—, S. E. Ogude destaca las diferencias en contenido que se aprecian en estos relatos respecto a las obras de los escritores blancos contemporáneos en su obra *Genius in Bondage: A Study of the Origins of African Literature in English*. Ogude intenta explicar estas diferencias remontándose a la cultura africana de los autores negros y se da cuenta de la traumática ruptura con los orígenes que el hombre occidental ha producido en las manifestaciones artísticas africanas en el Nuevo Mundo. De esta manera, no sorprende que el académico señale que la literatura producida por el escritor negro en inglés se muestra únicamente preocupada por aspectos de la realidad cultural europea y se sirve de sus modelos a la hora de canalizar su expresión, pues desprovisto de referentes literarios africanos, el escritor negro muestra su nostalgia, su humillación y su sentimiento de frustración recurriendo a las tradiciones que le proporcionan sus captores. El autor angloafricano se pone entonces la máscara para ser escuchado para, como explica Ogude, pretender ser “what he is not” [lo que no es] (1983: 13).

Atendiendo a este hecho, gran parte de nuestros esfuerzos críticos irán destinados a desentrañar el verdadero mensaje de las narrativas de esclavo seleccionadas para nuestra investigación. De acuerdo con Marion Wilson Starling en *The Slave Narrative: Its Place in American History*, los condicionantes externos que imponían de forma directa el editor blanco y de forma indirecta la sociedad europea, resultaron en el ensordecimiento de la voz del escritor angloafricano dentro de su texto. No hay que olvidar que, desde los inicios del género, el esclavo “was likely to be viewed more as a specimen with propagandist value than as an ordinary human being” [era normalmente considerado como un espécimen con valor propagandístico más que como un común ser humano] (1988: 40). Así, el protagonista de las obras servirá tanto para la defensa —tal y como sucede en la obra de Briton— como para el ataque —según ocurre en la narrativa de Cugoano— de la esclavitud por parte de distintos grupos religiosos y políticos conforme a sus intereses

económicos y a sus convicciones morales. En este sentido, Starling observa las primeras narrativas de esclavos y coincide con nuestro análisis en señalar tres momentos clave durante la fase de gestación del género: un primer momento caracterizado por la filosofía antirrevolucionaria de la década de los años setenta ante las constantes revueltas e insurrecciones de esclavos en América, reflejado en el texto de Arthur; un segundo momento a partir de la década de los ochenta donde se defienden las ideas religiosas de los grupos que participan en el denominado “Gran despertar”, tal y como se aprecia en la obra de James Albert; y un tercer momento a finales de siglo en que el propósito abolicionista cambia el rumbo de la tradición, bien ejemplificado en la narrativa de Cugoano (1988: 7). A esta tripartición cabría añadir un momento anterior en que la propaganda del imperio pretendía defender entre sus súbditos las bondades de la esclavitud en las colonias británicas en América frente a la situación de los esclavos en las posesiones atlánticas de otras potencias europeas, una manipulación meditada que tiene reflejo claro en la obra de Briton.

No obstante, además de aventurarnos en el significado real de las narrativas de esclavos, examinaremos los géneros literarios que ayudaron a configurar los relatos. De este modo, a pesar de que dedicaremos un apartado al análisis de las tradiciones más representativas de cada obra, el propósito final será valorar la posible huella del género picaresco en los textos de esclavos angloafricanos. La presencia de lo picaresco en la literatura en lengua inglesa ha venido siendo objeto de estudio de la crítica literaria internacional desde finales del siglo diecinueve. Sin embargo, su examen no se extendió a las narrativas de esclavos angloafricanas hasta las últimas décadas del siglo veinte, cuando autores como Starling subrayaron las semejanzas entre las primeras obras del género y las novelas españolas. De sus palabras se desprende el papel decisivo que jugó la picaresca en la aparición de las primeras narrativas hasta el posterior viraje hacia la lucha por la abolición del comercio de esclavos y la esclavitud en las siguientes obras del género, pues entiende que durante el siglo dieciocho los textos se publicaron como “narratives of the picaresque type” [narrativas del tipo picaresco] (1988: 1). Sin embargo, este idilio con las novelas españolas pronto vendría a su fin, ya que “except for this digression, occasioned by recognition of a resemblance between the career of the swashbuckling slave out for adventure and the popular “rake’s progress” literature, the slave narrative is apparently dependent upon antislavery sympathies for its progress” [exceptuando esta digresión, producida por el reconocimiento de la semejanza entre la

carrera del intrépido esclavo en busca de aventura y la popular literatura del “progreso del libertino”, la narrativa de esclavos está aparentemente sometida a las simpatías antiesclavistas para su progreso] (1988: 1).

Este abandono de lo picaresco en aras del compromiso abolicionista quedará reflejado en los estudios individualizados de las narrativas de esclavos sobre las que se asienta esta investigación. No obstante, con el fin de dotar de sentido esta hipótesis de partida, echaremos un rápido vistazo a la consideración del género picaresco dentro de la literatura en lengua inglesa y, de forma más específica, en las obras de esclavos angloafricanos, que nos ayude a entender el estado de la cuestión desde sus comienzos hasta la actualidad.

2.2.1. La presencia del género picaresco en la literatura inglesa: el caso de las narrativas de esclavos

La naturaleza internacional de la picaresca, pese a sus castizas raíces españolas, no solo se dejaría notar en las letras occidentales desde el siglo dieciocho hasta la actualidad, sino que acompañaría al género desde el momento mismo de su identificación crítico-literaria por estudiosos hispanistas fuera de nuestras fronteras. Si bien fuese Cervantes en su obra cumbre quien postulase una primera alusión a la tradición picaresca, cuando señala la voluntad de uno de sus personajes de escribir su vida a la sazón de una serie de títulos reconocidos como semejantes, “es tan bueno —respondió Ginés—, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren” (Cervantes, I, XXII), lo cierto es que las primeras aproximaciones académicas al género surgen dentro del ámbito anglosajón. No sería hasta la publicación de los pioneros trabajos de Fonger de Haan *An Outline History of the Novela Picaresca in Spain* en 1895 y de Frank Wadleigh Chandler *An Episode in the History of the Novel* en 1899 que se volviese sobre las palabras del galeote cervantino para dotar de entidad genérica a la corriente literaria nacida con el *Lazarillo* en 1554. Los acercamientos teóricos al género picaresco que propusieron ambos estudiosos marcarían las líneas de investigación posteriores, pues en sus trabajos dejaron constancia de la imposibilidad de negar la existencia de un género reconocido por el público español de la época, así como la dificultad de establecer unas lindes definidas que diesen cabida a un corpus claramente identificable. La variedad presente en las obras picarescas ha supuesto un quebradero de

cabeza para la multitud de críticos que se han acercado al género, pues mientras las características comunes de las novelas se alteran o desaparecen en los distintos títulos a modo de juego guadianesco, el lector español no dudaba en emparentar a Lázaro con Guzmán y Guitón Honofre ya para la fecha de publicación de la primera parte del Quijote en 1605¹⁴³.

Haan encaminaría sus esfuerzos a rastrear el origen del término pícaro y sus acepciones con el fin de identificar un particular protagonista que ayudase a definir el género y delimitar las obras que lo integran. Entendía el estudioso que conocer la personalidad del personaje y las circunstancias históricas en las que surge permitiría comprender la esencia de la picaresca. De esta manera, Haan resume su propósito señalando “let us see who is the pícaro, in order to arrive at the definition of the Novela Picaresca” [veamos quién es el pícaro para llegar a la definición de la novela picaresca] (Haan, 1895: 31). Siguiendo sus preceptos, las obras picarescas se caracterizarían por recoger las aventuras de un pícaro que dan cuenta de las costumbres nacionales durante el reinado de los Austrias. Con ello, establece un listón que utiliza para valorar la génesis picaresca de las distintas obras que considera en su trabajo.

Chandler incidiría de nuevo en la figura del pícaro en su acercamiento al género español. No obstante, frente a Haan, el académico concibe al pícaro como un tipo particular dentro de los distintos protagonistas que pueblan la literatura de delincuentes y traza el alcance de lo picaresco a Inglaterra, Francia, Alemania y Holanda. Su asimilación del pícaro al delincuente ampliará el alcance del modelo narrativo picaresco a la escena internacional. Sin embargo, la inclusión del personaje en la categoría de delincuentes que Chandler propone conlleva la reducción del género español a la expresión literaria de la vida de un criminal y, con ello, la disolución del concepto picaresco en una noción altamente vaga, pues entiende al héroe hispano como un *rogue* cuya vida prueba ser “a product of the decadence” [un producto de la decadencia] imperial española (Chandler, 1899: 42).

¹⁴³ Durante los años inmediatamente anteriores a la aparición de la primera parte de la novela de Cervantes se publican las dos partes del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599 y 1604 respectivamente, la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* del apócrifo Juan Martí en 1603, *El Guitón Honofre* de Gregorio González en 1604 y pudiera haber circulado en forma de manuscrito *El Buscón* de Francisco de Quevedo desde ese mismo año según explica Ignacio Arellano en su «Introducción» a *El Buscón*” (2007).

Pese a esta trivialización de lo picaresco, uno de los grandes aciertos de Chandler es reconocer —directa o indirectamente— la huella picaresca en las letras occidentales. La importancia de su trabajo en este sentido es capital, pues a la inicial labor de búsqueda de una definición del género como tal promovida por Haan se une ahora la consideración de su alcance real dentro del panorama literario a ambos lados de los Pirineos. La novedad de su propuesta marcaría un antes y un después dentro de los estudios comparativos entre literaturas europeas. Los puentes que establece la obra de Chandler sirven para acercar posturas dentro de la academia anglosajona. El planteamiento de una literatura de criminales transfronteriza con distintas manifestaciones nacionales vino a rebajar el tono del enfrentamiento —más pasional que racional la mayoría de las veces— a la hora de valorar las relaciones culturales existentes entre las producciones artísticas de España e Inglaterra.

Reflejo de estas posiciones extremas son las obras de Martin Hume *Spanish Influence on English Literature* de 1905 y de James Fitzmaurice-Kelly *The Relations between Spanish and English Literature* de 1910. Mientras que la primera aboga por reconsiderar gran parte de la literatura inglesa publicada hasta el siglo dieciocho tomando como punto de partida las letras españolas, la segunda niega con rotundidad cualquier tipo de trasvase literario e ignora las evidencias sin esgrimir una razón objetiva. Así, lejos de insinuaciones o argumentos mal fundados, Chandler hace de intermediario con un trabajo donde se propone una consideración teórica bien cimentada desde la que valorar las obras. De este modo, lo acertado de su obra no son tanto las conclusiones como su metodología que, por primera vez, permitía abordar el alcance del fenómeno picaresco en su totalidad.

En esta nueva línea se sitúa el artículo de Fredson Bowers «Thomas Nashe and the Picaresque Novel» de 1941. Las herramientas críticas de Chandler permitieron a Bowers analizar el valor picaresco de la producción del escritor británico, de tal forma que los rasgos universales del pícaro pasan a estudiarse en unas obras concretas. Sin embargo, el artículo de Bowers sería todavía una *rara avis* para la época, pues la concreción de su trabajo en el estudio de un solo escritor se dejaría de lado en las siguientes publicaciones en la materia. La tesis doctoral defendida por Claudio Guillén en 1953 titulada *The Anatomies of Roguery: A Comparative Study in the Origins and the Nature of Picaresque Literature* da cuenta de este cambio. La investigación de Guillén vuelve sobre las consideraciones de Chandler y sitúa al pícaro en relación con el contexto

social en que aparece. De este modo, el crítico distingue al héroe español de otros personajes de la literatura europea como el *jester*, los protagonistas de la tradición goliardesca, el *rogue*, el delincuente, el criminal, el bandido, los rufianes y los *roaring-boys*, y lo sitúa en relación con el personaje Shakespeariano de Falstaff. Es desde esta perspectiva global que Guillén procede luego al análisis del *Lazarillo* y lo enmarca dentro de un contexto cultural general que pone la obra del anónimo autor en relación con otras corrientes literarias como los tratados de costumbres, la literatura de vagabundos y delincuentes, los panfletos carcelarios o los *jest-books*.

Esta tendencia más universalista se recoge también en el libro de Robert Alter *Rogue's Progress: Studies in the Picaresque Novel* de 1964. En esta obra, Alter va más allá del estudio de las características y particularidades del pícaro. Sin proponerse acometer una taxonomía que establezca los rasgos definitorios del género picaresco, de su trabajo se intuye una tipología que ayuda a Alter a valorar el carácter picaresco de los textos. No obstante, el crítico antepone en su estudio las obras francesas e inglesas frente a los textos españoles y toma al *Gil Blas* de Alain-René Lesage como modelo de referencia en la consideración picaresca de las novelas de Daniel Defoe, Henry Fielding y Tobias Smollett. Además, Alter reincide en los postulados sociales de sus antecesores para explicar el fenómeno picaresco cuando nos dice que “the picaresque novel, then, is born of the conflict between the individual and his society” [la novela picaresca, entonces, nace del conflicto entre el individuo y su sociedad], una conclusión que le permite considerar la impronta del género hispano en obras incluso del siglo veinte y en lugares tan dispares como Alemania o Estados Unidos (1964: 107).

El libro de Alexander A. Parker *Literature and the Delinquent. The Picaresque Novel in Spain and Europe, 1599-1753* de 1967 abordará de nuevo la picaresca como corriente literaria supranacional. Tomando otra vez como punto de partida la inclusión del pícaro dentro de la literatura de delincuentes, en cuanto que el crítico entiende que las novelas españolas “are interpreted as literatura of social criticism, the pícaro being a product of social conditions and his delinquency itself a form of this criticism” [son interpretadas como literatura de crítica social, siendo el pícaro un producto de las condiciones sociales y su propia delincuencia una forma de crítica], Parker sostiene que la picaresca no responde a un fenómeno exclusivamente hispano (1967: vi-vii). El contexto social en que nace el héroe picaresco no se limita entonces a las fronteras españolas, sino que sus características fundamentales pueden ser extrapolables a la

realidad de cualquier otro país europeo. De esta forma, desligando de la picaresca al *Lazarillo* por no responder a la definición de pícaro en el sentido de delincuente que propone Parker, a saber, “an offender against the moral and civil laws; not a vicious criminal such as a ganster or a murderer, but someone who is dishonourable and anti-social in a much less violent way” [un infractor de las leyes morales y civiles; no un despiadado criminal como un gánster o un asesino, sino alguien que es deshonroso y antisocial de una forma mucho menos violenta] (1967: 4), el académico analiza las principales novelas de la tradición hispana y los textos europeos que considera picarescos, principalmente aquellos de Lesage en Francia, Hans Jacob Christoffel von Grimmelshausen en Alemania, y Defoe, Smollett y Fielding en Inglaterra. Como puede observarse, el logro de su análisis no radica en lo novedoso de la materia tratada ni en la hipótesis de partida, sino en proponer el primer estudio metódico consistente del género picaresco en Europa. Con ello, Parker reivindica el peso de la tradición española en la formación de la novela moderna occidental mientras intenta definir los contornos del género, pues denuncia “the present minimization of the importance of the Spanish picaresque novel in the history of literature” [la actual minimización de la importancia de la novela picaresca española en la historia de la literatura], a la par que pone de manifiesto la “remarkable vagueness concerning the nature of such a novel” [notable vaguedad respecto a la naturaleza de tal novela] de la mayoría de trabajos sobre el asunto (1967: 2). A la hora de definir el género, el crítico sorprende al incluir el carácter religioso de los textos picarescos apuntado por Américo Castro ya que, como acertadamente nota, los títulos que integran el género recogen de un modo u otro las tesis reformistas protestantes o los preceptos de la Contrarreforma. Se unen en la obra de Parker, así, las dos vertientes que definen lo picaresco hasta la época, el carácter antisocial del pícaro y la doctrina moral de sus autores.

El mismo año de la aparición del libro de Parker, Stuart Miller publica su obra *The Picaresque Novel*. Este estudio nace como reacción al ensayo de Guillén «Towards a Definition of the Picaresque» de 1961 al que aludiremos en detalle más adelante por estar incluido dentro del trabajo *Literature as a System* de 1971, que recoge la totalidad de las bases teóricas vertidas por el autor respecto al género picaresco. Con el fin de superar el proceder asistemático que atribuye a Guillén, Miller parte de los textos fundacionales de la tradición picaresca en su búsqueda de unos rasgos comunes que le permitan dibujar los contornos precisos del género. Así, una vez establecidas las

coincidencias que presentan los textos del *El Lazarillo*, *El Guzmán* y *El Buscón*, Miller valora la adhesión al género de varios títulos europeos. No obstante, tanto la selección como las conclusiones son un tanto arbitrarias. Por un lado, Miller únicamente extiende su estudio a las obras que clásicamente se venían considerando como picarescas en Europa, esto es, *Gil Blas* en Francia, *Simplicissimus* en Alemania y *The Unfortunate Traveller*, *Moll Flanders* y *Roderick Random* en Inglaterra. Por otro, los escasos y, en ocasiones, desafortunados rasgos comunes identificados hacen que sus conclusiones sobre los textos picarescos europeos no parezcan acertadas, toda vez que deja fuera a la novela picaresca francesa por excelencia nacida de la pluma de Lesage. Pese ello, el trabajo de Miller vino a probar con gran acierto teórico la existencia del género y su desarrollo consciente en el continente, incluso cuando su exposición evidencia la dificultad de postular un corpus picaresco europeo. Además, pese a la falta de desarrollo crítico, Miller incluye finalmente entre las novelas picarescas modernas *Invisible Man* dentro de las especulaciones que presenta en sus conclusiones, una obra publicada en 1952 por el escritor afroamericano Ralph Ellison que el crítico tilda de texto “picaresque in the traditional sense” [picaresco en el sentido tradicional] (1967: 134). Su adelantada propuesta viene a esclarecer “certain inherent interest there may be in associating a modern Negro novel with the traditional picaresque” [cierto interés inherente que pudiera existir en asociar la novela negra moderna con la picaresca tradicional] (1967: 134).

Durante los años posteriores al libro de Miller surgieron una serie de trabajos orientados a valorar el carácter picaresco de las obras de distintos autores británicos. Así, en 1967 Robert Giddins publica *The tradition of Smollett*, donde el autor analiza el carácter picaresco de la producción del escritor inglés, en 1970 Rosa Pastalosky da a conocer su trabajo *Henry Fielding y la tradición picaresca*, en cuyas páginas se considera la factura picaresca de los libros del autor británico, y en 1971 aparecen los artículos de Philip Stevik, «Smollett’s Picaresque Games», y Alice Green Fredman, «The Picaresque in Decline: Smollett’s First Novel», que volverían a incidir en la deuda picaresca de Smollett con las letras hispanas. Sin embargo, la publicación de artículos no quedó restringida a estudios puntuales acerca del valor picaresco de la obra de un autor europeo. Frank Kearlful, por ejemplo, hace un repaso de las novelas inglesas que tradicionalmente eran catalogadas de picarescas en «Spanish Rogues and English Foundlings: On the Desintegration of Picaresque en Genre». Con ello Kearlful evidencia tanto la fecundidad del germen picaresco en suelo británico como su ocaso internacional.

El ímpetu crítico surgido en torno a la picaresca hará que los estudios sobre el género español en Europa crucen el Atlántico. De esta manera, aparecen una serie de trabajos —en línea con las conclusiones de Miller— referentes a la huella de la picaresca en los Estados Unidos y, específicamente para lo que aquí nos atañe, sobre la influencia del género español en la obra de escritores negros. El primero de estos estudios es el artículo «Picaresque and the American Experience» de Frederick R. Karl de 1968. Karl establece una relación entre la movilidad y la estoica capacidad para afrontar los desafíos que demuestra el pícaro con la libertad espacial y el adanismo característicos de la mentalidad norteamericana. Ese mismo año William J. Schafer publica «Ralph Ellison and the Birth of the Anti-Hero». Si bien Schafer no alude al género picaresco a la hora de abordar el carácter antiheroico del protagonista de *Invisible Man*, las características que destaca para el personaje evidencian las similitudes entre ambas tradiciones.

Le sigue el trabajo de Anna Katona «From Lazarillo to Augie March: a Study into Some Picaresque Attitudes» en 1969 donde se analiza el revivir picaresco de la literatura norteamericana del siglo veinte en las obras de Ralph Ellison y Saul Bellow. Tras una primera exposición en la que los rasgos de la novela española aparecen justificados como reacción del protagonista a la realidad que le rodea, la académica analiza la transformación del género en Inglaterra y su distanciamiento con la picaresca americana, cuyas novelas dan cuenta de la vigencia de la tradición hispana en la actualidad. De esta manera, Katona contradice la postura defendida por Alter de la desaparición del género picaresco para las letras occidentales tras el siglo dieciocho. También ese año Mary E. Deters defendería su trabajo de máster *A Study of the Picaresque Novel in Twentieth-Century America*. Deters basa su trabajo en una comparativa de las similares circunstancias sociales del país americano con aquellas de la España áurea a la hora de explicar la aparición y adaptación de la picaresca en los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, la estudiosa se centra en el análisis de *Augie March* e *Invisible Man* y defiende la génesis picaresca de ambas obras.

En 1971 Patrick W. Shaw leería su tesis *The Picaresque Novel in America: 1945-1970*. Shaw da comienzo a su investigación con un breve capítulo dedicado a las características principales y al desarrollo del género picaresco para después analizar seis obras norteamericanas entre las que vuelve a encontrarse la obra de Ellison. El valor de su investigación queda un tanto limitado toda vez que el crítico superpone lo picaresco con lo cervantino. Sin embargo, su trabajo esgrime tanto las semejanzas como las

diferencias entre el héroe español y el norteamericano, pues frente a la rebeldía del pícaro estadounidense, “the earlier picaros were, like the modern picaros, outside the pale of society, but not by choice and not because of conscious desire to revolt” [los primeros pícaros estaban, como los pícaros modernos, fuera de los límites de la sociedad, pero no por elección, así como tampoco por un deseo consciente de rebelión] (1971: 178).

No obstante, sería la colección de ensayos publicada por Guillén en 1971 bajo el título *Literature as System* la obra que marcara un punto de inflexión en los estudios del género hispano en el panorama comparativista. Dentro de la colección de trabajos seleccionados por Guillén para su libro de teoría de la historia literaria son dos los artículos que abordan el tema picaresco. El primero de ellos, «Toward a Definition of the Picaresque» es considerado todavía como lugar de partida para cualquier investigador de picaresca, pues su lectura en el tercer congreso de la *International Comparative Literature Association*, que tuvo lugar en Holanda en 1962, adelantaría las teorías desarrolladas posteriormente por Fernando Lázaro Carreter en su trabajo «Para una revisión del concepto “novela picaresca”» de 1970.

Si bien el artículo de Lázaro Carreter fijó los rasgos fundamentales del género y permitió, con ello, la posibilidad de evaluar la naturaleza picaresca de cualquier obra sin importar la distancia espacio-temporal de los epígonos respecto a los textos fundacionales de la tradición española, sería el ensayo de Guillén el que tomaría la delantera al crítico madrileño a la hora de reducir el género a una batería de ocho rasgos picarescos indispensables que servía para situar los textos en una escala de picardía que tenía en cuenta cómo eran recogidos, imitados —con mayor o menos acierto— o modificados estos elementos en los relatos. De esta manera, Guillén establece cuatro grupos en función del grado en que se manifiesta la picaresca en la obra, una clasificación en la que distingue

“between the following: the picaresque genre, first of all; a group of novels, secondly, that deserve to be called picaresque in the strict sense —usually in agreement with the original Spanish pattern; another group of novels, thirdly, which may be considered picaresque in a broader sense of the term only; and finally, a picaresque myth: an essential situation or significant structure derived from the novels themselves” [entre los siguientes: el género picaresco, primero de todo; un grupo de novelas, segundamente, que merecen ser llamadas picarescas en el sentido estricto —normalmente en concordancia con el patrón original español; otro grupo de novelas, terceramente, que pudieran ser consideradas en un sentido

más amplio del término solo; y finalmente, un mito picaresco: una indispensable situación o estructura significativa derivada de las propias novelas] (1971: 71).

De acuerdo con esta categorización, únicamente serían textos picarescos puros aquellos títulos que integran el corpus español, quedando las novelas picarescas europeas relegadas al segundo grupo. Sin embargo, pese a esta distinción, Guillén une las novelas españolas con aquellas surgidas en Europa toda vez que, si bien el género nace en suelo patrio en el siglo dieciséis, su defunción tiene lugar dos centurias más tarde en tierras inglesas.

El segundo de los ensayos, realizado sobre un artículo anterior de 1966 que llevaba por nombre «Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco», se publicaría como capítulo del libro que aquí reseñamos bajo el título de «Genre and Countergenre: The Discovery of the Picaresque» en 1971. En sus páginas Guillén hace un repaso de las versiones príncipes del *Lazarillo* y del *Guzmán*, así como de sus posteriores reediciones y traducciones, para dar cuenta de los motivos que llevaron a Cervantes, como representante de los lectores del momento, a agrupar ambas obras dentro de la misma categoría genérica. La labor de una serie de editores a lo largo y ancho del continente, entiende Guillén, sirvió para fijar entonces el género en las distintas literaturas occidentales que narraron las aventuras de los pícaros españoles. No obstante, según defiende el académico, sería cuando Ginés de Pasamonte parodiase el género en *Don Quijote* que puede darse por asentada la tradición picaresca en España, toda vez que la novela cervantina nace como reacción al matrimonio formado por Lázaro y Guzmán. Así las cosas, aunque la propuesta teórica de Guillén ha sido matizada y ampliada, el acierto de sus ensayos permitió valorar la novela picaresca como fenómeno literario internacional al constituirse en género y, por lo tanto, servir de modelo en tanto que "invitation to the actual writing of a work, on the basis of certain principles of composition" [invitación a la propia escritura de un trabajo, partiendo de ciertos principios de composición] (1971: 72).

En 1974 aparece otra colección de ensayos de distinta autoría editada por Christine J. Whitbourn con el nombre de *Knaves and Swindlers. Essays on the Picaresque Novel in Europe*. Los trabajos que integran el libro abordan cuestiones referentes tanto a la picaresca española como a la europea. Así, el primer capítulo analiza la posible ambigüedad moral en los textos hispanos, el segundo presenta un análisis de la estructura e interpretación del *Guzmán*, el tercero se centra en *Simplicissimus*, el cuarto propone la

unidad de *Moll Flanders* como deudora de las novelas españolas, el quinto versa sobre la figura del delincuente en el *Neveu de Rameau* de Denis Diderot y el sexto propone un análisis de la novela *Almas muertas* de Nikolái Gógol que lleva lo picaresco hasta los confines del viejo continente. La importancia de la obra de Whitbourn no radica, tal y como se observa, en la materia tratada en sí, sino en que su publicación marca el camino dentro de la colaboración crítica internacional en torno a la picaresca.

También de ese año es el libro de Robert Scholes *Structuralism in Literature. An Introduction*. Tomando como referencia los postulados estructuralistas a la hora acercarse al estudio de la picaresca como tendencia literaria universal, Scholes propone una teoría de modos que intenta abarcar todas las posibilidades narrativas de la ficción. Para ello, proporciona un marco de referencia abierto a discusión en el que se sitúan las obras por afinidad o antipatía (1974: 132). Así, un texto puede participar de distintas formas dentro del espectro que comprende la novela, de tal manera que una obra puede situarse entre la picaresca y otros modos ficcionales, tal y como propone el estudioso para *Joseph Andrews* de Fielding cuando emplaza el texto en el lado picaresco de la comedia (1974: 134). De esta manera, Scholes abre toda una gama de grises y mezclas posibles en la consideración del elemento picaresco dentro de las obras, de ahí que vuelva sobre las tesis de Guillén a la hora de valorar el carácter picaresco de la novela. No obstante, pese a que la clasificación teórica defendida en el trabajo ayuda a situar las obras dentro de unas coordenadas narrativas concretas, Scholes no explica cómo se decide el grado o la fidelidad de cada ficción analizada ni fija una correspondencia modelo para cada subtipo con la que compararla.

En 1975, un año más tarde, Frederick Montser publica *The Picaresque Element in Western Literature*. El trabajo de Montser es ambicioso en extremo, pues cruza las fronteras europeas e incluye en el área de rastreo de la picaresca Estados Unidos y Latinoamérica. Para ello, intenta fijar de nuevo una tipología del género sustentada en seis características básicas que le ayudan a evaluar la factura picaresca de las obras. Sin embargo, el escaso desarrollo de los rasgos picarescos, así como la falta de atención a los trabajos que sobre el género picaresco se venían publicando, hacen que sus conclusiones carezcan de precisión y supongan un retroceso cualitativo dentro del panorama crítico del momento.

Por las fechas en que aparece el libro de Montser, William Riggan da a conocer su trabajo «The Reformed Picaro and His Narrative: A Study of the Autobiographical

Accounts of *Lucious Apuleius*, *Simplicius Simplicissimus*, *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, and *Moll Flanders*». En este artículo Riggan examina la destreza narrativa de los distintos autores picarescos a la hora de dar una respuesta convincente al desarrollo moral del protagonista. Para ello, el académico analiza las conversiones religiosas presentes en las obras mencionadas en el título y cuestiona —tomando como referencia la autobiografía— la veracidad de la reforma espiritual de los personajes al final del relato. De esta manera, Riggan deduce que una de las características comunes a los textos picarescos nacionales y europeos es la inconsistencia del valor moral de la narrativa, pues la esencia del pícaro todavía se aprecia en cada personaje tras su conversión.

No obstante, quizá sea la obra de Harry Sieber *The Picaresque*, que vio la luz en 1977, el trabajo que replantease el estudio de la picaresca en Europa. Pese a la brevedad de su desarrollo, el trabajo de Sieber presenta un recorrido desde los orígenes de la tradición picaresca hasta el siglo veinte y ofrece una definición del género a partir de seis características que extrae tanto del análisis del *Lazarillo* y del *Guzmán*, como de la intervención de Ginés de Pasamonte en la novela de Cervantes. Sin embargo, la novedad de la obra no recae en la delimitación de lo picaresco, sino en el reconocimiento de la mutabilidad del género y, por consiguiente, de las esperadas particularidades presentes en las distintas traducciones europeas de los textos españoles y sus vástagos continentales conforme a las circunstancias de cada país. De esta forma, por primera vez Sieber otorga la debida importancia a las traducciones a la hora de evaluar el desarrollo del género en Europa y, del cotejo de sus modificaciones con las fuentes originales, el crítico anticipa los distintos derroteros que toma la picaresca en las naciones donde florece. Con ello, Sieber zanja el debate sobre la influencia y existencia de la picaresca en otras lenguas occidentales cuando, tras rendirse a la evidente influencia de la tradición hispana que ofrecen los textos europeos tildados de picarescos, sentencia que “it would be absurd to deny the wholesale exportation of a cluster of picaresque conventions in the light of the numerous ‘translations’ of Spanish picaresque novels into Italian, German, French and English” [sería absurdo negar la exportación a gran escala de un grupo de convenciones picarescas a la luz de las numerosas ‘traducciones’ de las novelas picarescas españolas al italiano, alemán, francés e inglés] (1977: 37). El éxito de sus conclusiones radica entonces en el reconocimiento de un corpus picaresco español a partir del cual se postulan unas traducciones sobre las que surgen múltiples imitaciones europeas, cuya génesis picaresca viene determinada tanto por la particular labor del traductor como por la literatura de

vagabundos nacional. De esta manera, entiende Sieber, asistimos en Europa al nacimiento del anti-pícaro —esto es, la adaptación del pícaro a un medio distinto del español— que también dejará su impronta al otro lado del Atlántico.

La consolidación de la relevancia de las traducciones a la hora de entender el género picaresco en su universalidad se produce con la publicación del trabajo *The Picaresque Hero in European Fiction* y del artículo «The Picaresque Novel in France, England, and Germany» de Richard Bjornson en 1977. La variopinta progenie de los textos hispanos originales, de las traducciones y de las novelas picarescas europeas conducen a Bjornson en *The Picaresque Hero in European Fiction* a entender el fenómeno picaresco como un modelo dinámico caracterizado por su flexibilidad a la hora de adaptarse a las exigencias particulares de cada autor frente a la rigidez que distingue al género literario. Así, señala que los

“authors of the early picaresque novels did not consciously adhere to formal or compositional rules which together might serve to define a genre; in fact, the term ‘picaresque novel’ is a synthetic, somewhat arbitrary label for a collection of Works which critics and scholars have retrospectively grouped together on the basis of a rather vaguely delineated similarities” [autores de las primeras novelas picarescas no se adherían conscientemente a las reglas formales o compositivas que juntas pudieran servir para definir un género; de hecho, el término ‘novela picaresca’ es una etiqueta sintética, de algún modo arbitraria, para una colección de trabajos que los críticos y académicos han agrupado retrospectivamente basándose en unas similitudes vagamente delineadas] (1977a: 4).

De esta forma, Bjornson reduce los rasgos comunes a las obras picarescas a la mínima expresión y admite cualquier tipo de variación; una concepción vaga e imprecisa de lo picaresco que dificulta establecer un molde concreto desde el que valorar la naturaleza hispana de los textos europeos. Sin embargo, la lucidez del análisis de las principales obras picarescas en el occidente europeo desde el conflicto entre el pícaro y la sociedad que lo margina permite a Bjornson reivindicar el carácter dogmático de la tradición literaria española, de ahí que sostenga que “it seems posible to interpret the evolution of picaresque fiction as a sequence of different world views operating within the limitations of a relatively constant formal and thematic structure” [parece posible interpretar la evolución de la ficción picaresca como una secuencia de diferentes visiones del mundo que operan dentro de los límites de una estructura formal y temática relativamente constante] (1977a: 4).

No obstante, es en «The Picaresque Novel in France, England, and Germany» que el académico esboza un estudio exhaustivo de las traducciones picarescas en Europa y subraya las principales diferencias entre los modelos nacionales y europeos. Sus palabras dan cuenta de los cambios operados por los traductores a la hora de adaptar los textos originales al francés, inglés y alemán —además de al italiano— cuando indica que “the transformation of the Spanish picaresque passed through many different guises by a gradual process, but even in the earliest translations of *Lazarillo* the modifying tendency becomes evident” [la transformación de la picaresca española adquiere distintas apariencias en un proceso gradual, pero incluso en las primeras traducciones del *Lazarillo* la tendencia modificadora se hace evidente] (1977b: 126). En este sentido, Bjornson explora cómo las novelas originales son modificadas conforme a los distintos gustos literarios de los países donde son publicadas y cómo influye su lectura en el posterior desarrollo del género hispano de manos de Lesage, Defoe, Smollett y Grimmelshausen. La influencia de las literaturas nacionales, así como la consolidación de la burguesía, jugarán un papel decisivo en la configuración y asentamiento de la picaresca en el continente.

En línea con los trabajos comparativistas que venimos reseñando, Nicholas Spadaccini publica en 1978 su artículo «Daniel Defoe and the Spanish Picaresque Tradition: The Case of *Moll Flanders*». En sus páginas, Spadaccini pretende desestimar la arbitraria asunción de la academia anglosajona que limita lo picaresco a una tímida evocación del género español dentro la producción novelística de Defoe. Para ello, el crítico analiza en *Moll Flanders* dos de las preocupaciones centrales que atañen al género español, a saber, la relación entre la delincuencia y la autobiografía, así como la exploración de las relaciones establecidas en los textos picarescos a la hora de abordar los temas de la libertad, la supervivencia y el desencanto durante los relatos. Su investigación aporta luz a la transformación que sufre la tradición picaresca española del siglo diecisiete en la Inglaterra del dieciocho, subrayando los cambios religiosos, filosóficos y sociales que se producen en el país británico con respecto a España. En base a estos cambios, Spadaccini concluye su trabajo afirmando que *Moll Flanders* representa el “logical step toward the secularization and europeanization of picaresque, fictional, autobiography. And the reasons have to do with ideology and its reflection in literary form” [paso lógico hacia la secularización y europeización de la autobiografía ficcional

picaresca. Y los motivos tienen que ver con la ideología y su reflejo en forma literaria] (1978: 23).

En 1979, aparece el trabajo de Alexander Blackburn *The Myth of the Pícaro. Continuity and Transformation of the Picaresque Novel 1554-1954*. Como se desprende del nombre bajo el que se publica la investigación de Blackburn en el campo de la picaresca, la obra tiene como objetivo reconsiderar el estudio de la tradición literaria hispana en tanto que mito —es decir, como representación cultural de las sociedades humanas atemporal y universal— que aflora en la literatura española con la publicación del *Lazarillo* y se perpetúa en ciertas novelas de distintos países occidentales hasta la actualidad. No obstante, la base del trabajo de Blackburn parte de la situación marginal del protagonista, de tal forma que el pícaro pasa a ser la representación narrativa del *outsider* dentro de las producciones literarias que abordan el tema del aislamiento social o la alienación del individuo. Su amplia definición del mito picaresco como continuo arquetipo le hace fijarse en las características culturales más que en el contenido y la morfología específicos de los textos. La concepción de las obras como entidades dinámicas de una mitología creativa obliga al crítico estadounidense a entender que “the myth of the pícaro expresses and shapes, through the participation of readers who understand themselves in a correlative way, a story that is culturally conspicuous, however infrequently or incompletely imitated” [el mito del pícaro expresa y da forma, a través de la participación de lectores que se comprenden a sí mismos de una forma correlativa, a una historia que es culturalmente destacada, pese a ser infrecuente o incompletamente imitada] (1979: 8). Una de estas formas sería la picaresca, cuyos autores comparten con sus protagonistas el ostracismo social de sus personajes, la cual tiene el honor de ser “perhaps the most primitive of all archetypes and one found in most cultures” [quizás el más primitivo de todos los arquetipos y uno que se encuentra en la mayoría de culturas] (1979: 13).

Con el fin de definir su propuesta teórica, Blackburn distingue tres manifestaciones del mito picaresco. Primero, enumera la forma clásica de las obras picarescas —que limita al *Lazarillo*, al *Guzmán* y al *Buscón*—; segundo, postula la forma dialéctica de la picaresca mixta o no-picaresca de las novelas francesas e inglesas del siglo dieciocho; y tercero, esgrime una forma simbólica picaresca presente en algunas obras rusas, alemanas y estadounidenses del siglo veinte. Lo interesante de su planteamiento es que, a pesar de la falta de precisión a la hora de definir las categorías

anteriores, Blackburn no solo niega la naturaleza picaresca de la mayoría de obras que tradicionalmente se incluían en el canon del género hispano en Europa, sino del conjunto del corpus español con excepción de los textos señalados.

También ese mismo año Manuel Criado de Val entrega al público la prolija colaboración que reúne los ensayos presentados en el I Congreso Internacional sobre la Picaresca por multitud de especialistas en el género español bajo el título de *La picaresca: orígenes, textos y estructuras*. La extensión de la obra —más de mil doscientas páginas— se abre con varios trabajos que dan cuenta de las principales definiciones del género, a los que siguen otros relativos al contexto, los fundamentos sociológicos, la lengua y las fuentes literarias de las que bebe la tradición. Posteriormente, se presentan varios trabajos sobre las principales obras del género, así como sobre la picaresca en la literatura moderna y contemporánea de España e Hispanoamérica. Sin embargo, pese a centrarse fundamentalmente en el estudio del género en el ámbito hispano y no contar con un capítulo dedicado a la picaresca europea, la obra consta con un apartado dedicado íntegramente a la tradición española en Norteamérica. Los trabajos recogidos en torno a la presencia de lo picaresco en la literatura americana de lengua inglesa resultan fundamentales para comprobar que, si bien no se explicitan obras de autores africanos, el género tenía vigencia en el continente americano un siglo después de la publicación de las narrativas de esclavo que constituyen el objeto de esta tesis.

No obstante, los avances realizados en el rastreo del género picaresco a nivel internacional todavía para 1979 se ven frenados por trabajos como el publicado por Jerry C. Beasley, «*Roderick Random: The Picaresque Transformed*», en el que se analiza la obra de Smollett dejando al margen la tradición española. Así, si bien Beasley no puede negar la conexión del texto con *El Lazarillo*, *El Guzmán* y *Gil Blas*, el breve estudio del académico, encaminado a explicar la génesis de *Roderick Random* desde cualquier tradición no hispana, pone fin a su argumentación señalando que

“we will misread *Roderick Random* and miscalculate the innovative achievement of its author if we fail to see that it is in truth not a picaresque tale, but something else again —a comic fable of a wayward eighteenth-century youth whose fundamental decency is harshly tested by a profoundly hostile world, and at last meaningfully rewarded” [no entenderíamos *Roderick Random* y nos quedaríamos cortos al evaluar el innovador logro de su autor si no logramos ver que en verdad no es un relato picaresco, sino de nuevo otra cosa —una fábula cómica de un díscolo joven del siglo dieciocho cuya honradez es puesta a prueba duramente

por un mundo profundamente hostil, y al final recompensado de manera significativa] (1979: 220).

Lástima que en su estudio Beasley ignorase el valor de las traducciones picarescas y su mezcla con los géneros británicos del momento, además de las obras críticas que tratan de las particularidades propias de la tradición española en Inglaterra.

En 1981 Walter L. Reed establece la extensión de lo picaresco frente a lo cervantino en su trabajo *An Exemplary History of the Novel. The Quixotic versus the Picaresque*, una cuestión que todavía quedaba pendiente dentro del hispanismo anglosajón. Así, tras un análisis inicial de los desafíos que supone establecer una poética para la novela, Reed entronca el origen del género narrativo con la aparición de la ficción picaresca y la aparición de la producción de Cervantes a modo de reacción o contraficción. De esta forma, tomando como ejemplos de picaresca y literatura cervantina *Moll Flanders* y *Joseph Andrews*, Walter intenta ofrecer una visión global de la historia de la novela mediante distintas obras que atienden al impulso de ambos modos narrativos. A pesar de que el académico es consciente de lo ambicioso de su propuesta, entiende y señala las limitaciones de su trabajo —como la falta de análisis de algunos de los textos más representativos de cada corriente—, a la par que reivindica la importancia de las letras españolas para la forma novela occidental. Concluye entonces señalando que

“Cervantes can hardly be said to have intended the European novel as it later developed; the Spanish Counter Reformation certainly did not envision the popular secular fiction that would emerge from its harsh critique of literary humanism. But in exploring the resources of the printed book —cognitive, social, and economic— the works that this author and this subculture produced initiated a mode of symbolic experience that displaced the authority of the text from its producers to its consumers” [no puede decirse que Cervante hubiese imaginado la novela europea como luego se desarrolló; casi con total seguridad la Contrarreforma española no vislumbró la popular ficción secular que emergería de su dura crítica de humanismo literario. Pero al explorar los recursos del libro impreso —cognitivos, sociales y económicos— los trabajos que produjeron este autor y esta subcultura iniciaron un modo de experiencia simbólica que desplazó la autoridad del texto de sus productores a sus consumidores],

un hecho tan radicalmente rompedor que resultó en “the emerging of the novel” [en la aparición de la novela] (1981: 263).

El año de 1982 tiene un lugar privilegiado en los estudios picarescos gracias a la publicación del artículo «The American Slave Narrative: The Justification of the Pícaro» de Raymond Hedin. El trabajo de Hedin señala el empleo consciente del género español por los escritores afroamericanos y analiza las distintas posibilidades narrativas que ofrece la tradición hispana en sus obras. Frente a lo que ocurre con los estudios picarescos de las novelas europeas, Hedin no cuestiona en ningún momento la presencia del género español en las obras afroamericanas, sino que lo abraza a la hora de explicar la evolución de las narrativas de esclavo a partir del uso que los autores negros hacían de la picaresca en cada época. De esta manera, el estudioso documenta el cambio ocurrido en las primeras obras de esclavos —que son el objeto de nuestra investigación— en las que la tradición española “resulted more from a natural fit of the picaresque mode with the slaves’ own experience than from a need the narrators felt to shape the description of their lives for a literary purpose” [resulta más de un encaje natural del modo picaresco con la propia experiencia de los esclavos que de una necesidad que los narradores tenían de dar forma a la descripción de sus vidas para un propósito literario], frente a los textos del siglo diecinueve donde la denuncia de la esclavitud lleva al autor a servirse de la picaresca como estrategia subversiva de defensa (1982: 633). Por si fuera poco, además de entroncar las narrativas de esclavo con el género picaresco, Hedin incide en las similitudes entre la figura del pícaro y el esclavo a partir de sus semejantes circunstancias sociales.

No obstante, dos años más tarde de que Walter defendiese la génesis picaresca de las novelas de la tradición europea, Carlos Blanco Aguinaga volvería a tratar las particularidades del género picaresco en Inglaterra en su artículo «Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género». Así, para 1983, Blanco Aguinaga intenta demostrar a través del análisis de *Moll Flanders* la importancia del género en las letras inglesas mediante el evidente carácter picaresco del texto. De este modo, el estudioso da un breve repaso a las circunstancias histórico-sociales de las que surgen los textos picarescos en España, reivindica el papel de la naciente libertad individual y su estrecha relación con el sentido y forma de las obras del género, compara la figura de la heroína española con la protagonista de *Moll Flanders*, y declara sin medias tintas la deuda picaresca de la obra de Defoe en tanto que fruto de un contexto similar al español —si bien con sus diferencias—, así como de la popularidad de la picaresca, en Inglaterra.

Sin embargo, es *The Slave's Narrative* de Charles T. Davis y Henry Louis Gates, Jr. la obra que desde su publicación en 1985 marcaría un antes y después en el estudio del género picaresco en la literatura angloafricana. De manera similar a como ocurriese con el trabajo de Chandler, la colección de ensayos editada por Davis y Gates, Jr. abriría una nueva senda de posibilidades teóricas y se convertiría en obra de consulta obligada para cualquier investigación sobre picaresca en la producción de esclavos africanos en lengua inglesa. Su aparición supuso el merecido reconocimiento de la influencia del género español en las narrativas de esclavos, pues recoge una serie de trabajos que evidencian la deuda de los autores de origen o ascendencia africanos con los modelos de la tradición hispana. Así, Charles N. Nichols recorrerá el camino del género desde España hasta América a través de la picaresca inglesa y analizará el modelo picaresco perfilado por Malcolm Little —más conocido como Malcolm X—, Richard Wright y Ralph Ellison en sus obras en «The Slave Narrator and the Picaresque Mode: Archetypes for Modern Black Personae»; Paul Edwards reivindicará la importancia literaria de los primeros escritores negros del siglo dieciocho —particularmente de Sancho, Cugoano y Equiano— y los situará dentro del rico panorama cultural anglosajón entre cuyos géneros literarios más populares destacaba la picaresca en «Three West African Writers of the 1780s»; y James Olney, siguiendo los pasos de Guillén en el campo de la picaresca, establecerá una poética para el género de las narrativas de esclavos en función de una serie de rasgos comunes presentes en la mayoría de los títulos de la tradición en «“I Was Born”: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature».

El alcance de la picaresca en las narrativas de esclavos es nuevamente estudiado por Angelo Costanzo en su obra *Surprising Narrative: Olaudah Equiano and the Beginnings of Black Autobiography* de 1987. Si bien el libro se centra fundamentalmente en la obra *The Interesting Narrative* —donde se consolida la forma narrativa del género para 1789— Costanzo empieza su estudio analizando las primeras autobiografías de esclavos para entender la particular génesis del texto de Equiano. De esta manera, el académico extrae los elementos más representativos de las obras de Briton Hammon, James Albert Ukawsaw Gronniosaw, John Marrant y Ottobah Cugoano, recogidos posteriormente en la narrativa de Equiano, que serán perpetuados por las demás obras del género hasta finales de siglo, tal y como evidencia la narrativa de Venture Smith publicada en 1798. Costanzo defiende que los escritores africanos se sirvieron tanto de las prácticas orales de la tradición literaria africana como de los modelos narrativos

occidentales a la hora de relatar su experiencia. Entre ellas, el crítico destaca la influencia de las autobiografías religiosas, los relatos de cautiverio, la novela sentimental y la novela picaresca española. Reconocida la influencia del género hispano en las narrativas de esclavos, Costanzo explica el éxito de la obra de Equiano en parte gracias a su factura picaresca. De nuevo, el estudioso pone de relieve las semejanzas entre la figura del pícaro y del esclavo, así como las posibilidades literarias que ofrece el personaje español al escritor africano a la hora de dar forma a su relato autobiográfico.

No obstante, con el propósito de cubrir otro vacío crítico existente dentro de los estudios del género hispano encontramos la tesis de Javier Sánchez Díez, *La picaresca femenina española y su continuidad en Moll Flanders: genealogía, genética literaria y rise of the novel*, defendida en la universidad de Salamanca ese mismo año. Dedicada al estudio del género picaresco en Europa, la obra reivindica la figura de la pícara dentro de las novelas de la tradición hispana. Así, después de analizar los cambios poéticos que produce la protagonista femenina en las obras de Francisco López de Úbeda, Alonso Jerónimo Salas de Barbadillo y Alonso de Castillo Solórzano frente a los textos de personaje masculino, Sánchez Díez examina *Moll Flanders* y subraya las similitudes presentes entre las heroínas y las obras de ambas tradiciones. Los resultados de la comparativa permiten al crítico evidenciar la utilización consciente del género picaresco por Defoe en la creación de su obra, así como abogar por una revisión de los orígenes de la novela inglesa a través de la consideración de la tradición literaria española en el país británico. Algunas de estas ideas serían desarrolladas con posterioridad y servirían de base para la introducción de la edición en español de *Moll Flanders* que publica Sánchez Díez en 1999.

En 1989, Ulrich Wicks entrega al público su obra *Picaresque Narrative, Picaresque Fictions. A Theory and Research Guide*. En ella Wicks descarta restringir el estudio de lo picaresco a un género literario surgido en la España del Siglo de Oro, así como a mero eslabón de la cadena narrativa en el camino hacia la novela. Aunque Wicks reconoce la importancia del fenómeno literario español, el crítico entiende la novela española como una manifestación puntual del modo picaresco en tanto que tema universal. De esta manera, después de enmarcar su propuesta teórica en el panorama crítico de la tradición picaresca durante la primera parte de su trabajo, Wicks hace un repaso de un largo catálogo de títulos en los que identifica distintas posibilidades de la estructura narrativa picaresca en la segunda mitad. Las obras analizadas van desde los

textos picarescos nacionales como *El Lazarillo*, *Alonso mozo de muchos amos* o *Estebanillo González*; las principales manifestaciones literarias del género en Europa y América, entre las que Wicks enumera *Gil Blas*, *Colonel Jack* o *Huckleberry Finn*; hasta varios mitos occidentales como el de Hermes o Sísifo, y películas como *Zelig* de Woody Allen. Como se observa, el estudioso viene a incidir de nuevo en la extensión de lo picaresco en distintas muestras artísticas de la cultura occidental, entre las que también señala la novela *Invisible Man* como representante de las letras afroamericanas.

Un año más tarde, Julio Rodríguez-Luis vuelve sobre la situación de los estudios picarescos en el hispanismo internacional haciendo un repaso de las principales teorías vertidas sobre el género en su artículo «El enfoque comparativo de la literatura picaresca», presentado en el segundo Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro que tuvo lugar en 1990. Así, con el fin de servirse de una definición eficaz de la poética picaresca a la hora de identificar el componente picaresco de las obras, Rodríguez-Luis analiza la funcionalidad de los modelos arrojados por la crítica hasta la fecha. Las ventajas y las deficiencias que todavía ofrecen estos constructos teóricos en la actualidad sirven al estudioso para concluir aceptando cualquier aproximación crítica en la valoración de los textos siempre, claro está, que no se abogue por el estudio de la picaresca como un concepto vago —de ahí que reclame la necesidad de seguir utilizando *género* frente a *modo* a la hora de catalogar lo picaresco. De acuerdo con Rodríguez-Luis, solamente desde esta postura se puede comprender la unidad de las novelas picarescas españolas y conseguir identificar su descendencia europea.

En 1994 aparece otra colección de ensayos sobre el tema picaresco editada por Carmen Benito-Vessels, y Michael Zappala bajo el nombre de *The Picaresque: A Symposium on the Rogue's Tale*. Los trabajos que integran la obra abordan desde el origen y la definición del género en los ensayos de Marina S. Brownlee «Discursive Parameters of the Picaresque» o de Joseph V. Ricipito «Cassivity in the Spanish Golden Age: Gonzalo Pérez's Translation of *La Ulyxea* and the Origin of the Spanish Picaresque Novel», hasta el empleo posterior de la tradición picaresca por ciertos autores europeos y latinoamericanos en «Don Pícaro: Lord Byron and the Reclassification of the Picaresque» de Jerome Christensen o «The Brazilian Picaresque» de Mario M. González. No obstante, además de indagar sobre la presencia de las letras hispanas más allá de nuestras fronteras, la edición destaca por los ensayos dedicados a las traducciones y los orígenes del género en Inglaterra, «Translation and Cultural *Tranlatio*» de Jerry C. Beasley y «Richard Head

and Origins of the Picaresque in England» de Calhoun Winton, que tratan cuestiones fundamentales para entender el contexto cultural anglosajón en que nacen las narrativas de esclavos.

Sin embargo, en esa mismas fechas se publicaría el primer trabajo en español sobre el género picaresco en las narrativas de esclavo en la introducción de Jesús Benito y Ana María Manzanas a su traducción del segundo capítulo de la narrativa de Equiano en *Autobiografía. La Interesante narración de Olaudah Equiano o Gustavus Vassa, el africano escrita por sí mismo*. Tomando como punto de partida los trabajos de Olney y Hedin anteriormente reseñados, Benito y Manzanas analizan los principales rasgos de la obra del escritor africano en tanto que característicos de la autobiografía y de la novela picaresca. Establecidas las semejanzas y diferencias de las obras de esclavos respecto a ambos modelos narrativos, los críticos abogan por la mayor cercanía de las narrativas con el género picaresco. Sostienen, para ello, que no basta únicamente con la repetición de los rasgos de las autobiografías o de los textos picarescos en las narrativas de esclavos, sino que es su particular empleo narrativo el que establece su mayor proximidad a la tradición española frente a las autobiografías. De esta forma, no solo concluyen señalando la génesis española de las narrativas de esclavos, sino que además extienden el alcance del género hispano a gran parte de la producción literaria africana en lengua inglesa cuando afirman que “el modo picaresco en la narrativa afroamericana se ha mantenido, igualmente, en novelas como *Home to Harlem*, de Claude McKay, *Native Son*, de Richard Wright, e *Invisible Man*, de Ralph Ellison, y ha alcanzado sus fórmulas más complejas y distintivas en la narrativa de John A. Williams, Clarence Major e Ishmael Reed” (1994: 31).

Un año más tarde Ellen Turner Gutiérrez volvería sobre la adaptación y fortuna del género español en Europa en su libro *The Reception of the Picaresque in the French, English, and German Traditions* de 1995. Esta obra recupera los análisis tradicionales sobre la tradición picaresca europea, vuelve sobre sus luces y sombras a la hora de establecer una definición del género —o del mito— picaresco, y presenta nuevos enfoques críticos surgidos tras la segunda guerra mundial, como el estructuralismo genético o la sociología de la literatura, en la identificación de los modelos hispanos en las obras modernas. De esta manera, Turner Gutiérrez presenta una detallada evolución del género español en Francia, Alemania e Inglaterra por separado y, en este último caso, demuestra el empleo consciente de los rasgos picarescos por los autores británicos de los

siglos dieciocho y diecinueve, a la vez que documenta el surgimiento del nuevo pícaro en las novelas picarescas del siglo veinte como marginado intelectual que reinterpreta la poética comprometida de los autores españoles dentro del antiguo régimen. No obstante, la obra de Turner Gutiérrez destaca además por defender una perspectiva más amplia que defina lo picaresco “for dealing with an international variety of international manifestations” [por ocuparse de una variedad internacional de manifestaciones internacionales] (1995: 4). En esta línea, la estudiosa deja esbozadas nuevas áreas de estudio, tales como la figura del pícaro-predicador de las obras americanas, que resultarían muy interesantes de desarrollarse en el campo de la literatura de esclavos.

Thomas Pughe publicaría su artículo «Reading the Picaresque: Mark Twain’s *The Adventures of Huckleberry Finn*, Saul Bellow’s *The Adventures of Augie March*, and More Recent Adventures» en 1996. Pughe parte de la consideración de la obra de Mark Twain y de Saul Bellow como textos picarescos en su análisis de la evolución del género español en Estados Unidos desde la aparición de las *Adventures of Huckleberry Finn* en 1844-5 y la publicación de *The Adventures of Augie March* en la década de los cincuenta del siglo veinte. El crítico realiza un estudio comparativo entre ambas obras para defender el carácter picaresco de la novela de Bellow en tanto que sucesora del texto de Twain, un parentesco que Pughe extiende a las novelas surgidas poco antes o después de *Augie March* como *The Catcher in the Rye* de J.D. Salinger en 1951 u *On the Road* de Jack Kerouac en 1957. Posteriormente, el académico evidenciará el empleo más tradicionalista de la picaresca en estas obras de mediados del siglo veinte en comparación con la *neo-picaresque* desarrollada en las producciones literarias de finales de siglo como *Anywhere But Here* de Mona Simpson en 1988, *Nights at the Circus* de Angela Carter en 1985 o *Geek Love* de Katherine Dunn en 1989. Lo interesante de este artículo, además de mostrar el desarrollo de la tradición picaresca estadounidense, radica en la necesidad de Pughe de recurrir a una novela de afroamericana como *Invisible Man* a la hora de constatar el carácter picaresco de la obra de Bellow.

A partir de 1999 aparecen una serie de trabajos publicados por Juan Antonio Garrido Ardila sobre el género picaresco en la literatura europea que por su importancia y continuidad en el tiempo merecen un apartado propio. El primero de estos trabajos es «La tradición picaresca española en Inglaterra» de 1999, donde Garrido Ardila hace una breve exposición de la suerte del género picaresco en el país británico para después analizar *Moll Flanders* como obra representativa de la picaresca inglesa. Así, después de

señalar las coincidencias histórico-sociales entre la España áurea y la Inglaterra decimonónica, así como de refutar los postulados negacionistas de la crítica anglosajona respecto a la deuda de Defoe con la tradición hispana, Garrido Ardila se sirve del conjunto de rasgos que conforman la poética del género español y concluye que el escritor inglés

“no sólo escogió un pícaro como protagonista de su *Moll Flanders*, sino que además modeló esta novela de acuerdo con las características formales que hicieron del *Lazarillo* y del *Guzmán* los dos ejemplos capitales de la tradición picaresca española, y que eran conocidos por la inmensa mayoría de los literatos ingleses del siglo XVIII” (1999: 466).

Con ello, el académico da por zanjado el debate todavía vigente en las letras inglesas en torno a la presencia de la picaresca entre los géneros de mayor importancia dentro de las primeras novelas anglosajonas, a la par que reivindica su consideración como tradición en el estudio de los textos dieciochescos.

El artículo «Revisión de las posturas anglófilas en torno a la *picaresque fiction*» del año 2000 sería el segundo de sus trabajos. Este artículo vendría a completar la anterior publicación de Garrido Ardila, de tal forma que recupera por extenso la revisión de las posturas anglófilas en torno al género picaresco que había dejado apuntada en «La tradición picaresca española en Inglaterra». Esta ampliación permite al crítico demostrar la influencia real de la tradición española con la enumeración de las distintas traducciones realizadas en la isla y su buena recepción popular gracias a la existencia de una tradición vernácula de temática similar, así como desestimar los argumentos que negaban lo picaresco en la obra de Defoe.

El tercer trabajo es otro artículo publicado en 2001 con el nombre de «La influencia de la narrativa del Siglo de Oro en la novela británica del XVIII». Garrido Ardila da comienzo a su investigación reincidiendo una vez más sobre la desatención de lo picaresco y lo cervantino por parte de la academia inglesa, en cuyo seno destaca el desacuerdo crítico alrededor del nacimiento de la novela agrupado en dos tendencias: un grupo que defiende la paternidad de la nueva forma narrativa a partir de la ficción realista de Daniel Defoe, Samuel Richardson, Henry Fielding y Tobias Smollett, y otro que busca sus orígenes en la prosa de autoría femenina anterior a Jane Austen. Tras ello, el estudioso sitúa lo picaresco dentro del debate y se propone “señalar los factores literarios e históricos que propiciaron el influjo hispánico en los padres de la novela británica, deslindar las verdaderas dimensiones de dicha influencia [...] y discutir la semántica de

los términos *quixotic fiction* y *picaresque fiction*” (2001: 404). Las conclusiones vienen a insistir en la relevancia que adquiere el género picaresco y la prosa cervantina en Inglaterra, su papel decisivo en la aparición de la novela inglesa y la confusión de entender como picarescos aquellos relatos que, siguiendo la técnica novelística de Cervantes y no del anónimo autor del *Lazarillo*, organizan igualmente su trama en una sucesión episódica.

En 2008 se da a conocer el cuarto trabajo de Garrido Ardila publicado en forma de libro, *El género picaresco en la crítica literaria*; una obra donde el académico resume las principales tendencias críticas que se habían esgrimido hasta la fecha. Así, tras una introducción en la que evidencia la falta de acuerdo dentro del hispanismo en el establecimiento de una taxonomía infalible del género que normalice su estudio, Garrido Ardila presenta las propuestas más respetadas sobre picaresca tanto a nivel nacional como europeo —casi todas las relativas a la picaresca en Europa reseñadas aquí anteriormente—. Tras el cotejo atento de todas estas teorías, el estudioso propone una nueva poética del género que incluya todas las obras nacidas del impulso picaresco original en cualquier lugar o época. Para ello, aísla los rasgos comunes de las novelas e identifica aquellos exclusivamente picarescos, los cuales quedan reducidos a tres después de analizar la volatilidad de los demás rasgos (1998: 233).

Tras este libro, aparece un quinto trabajo, *La Novela Picaresca en Europa, 1554-1753*, en cuyas más de cuatrocientas páginas Garrido Ardila ofrece una minuciosa revisión del estado de la cuestión, que incluye la mayoría de estudios publicados en torno a la picaresca europea, presenta las principales características de la poética de la tradición y analiza por separado la aparición, adaptación y desarrollo del género español en las letras alemanas, francesas e inglesas. Posteriormente, estudia en detalle el influjo picaresco dentro de la producción novelística de Defoe, Fielding y Smollett, y pone en evidencia el verdadero valor que tuvo la tradición española en las primeras novelas británicas.

Finalmente, en 2015, Garrido Ardila publica *The Picaresque Novel in Western Literature*, una colección de ensayos donde el académico reúne multitud de trabajos que abordan desde la definición teórica del género en «Origins and definition of the picaresque genre» del propio autor, hasta el estudio de la picaresca en obras contemporáneas, tal y como sucede en «The neopicaresque. The picaresque myth in the twentieth-century novel» de Shelley Godsland. No faltan en esta selección, diferentes

trabajos sobre la tradición hispana en Europa que abarcan desde Inglaterra, «The picaresque novel and the rise of the English novel: from Baldwin and Delony to Defoe and Smollett» también de Garrido Ardila, hasta Rusia, «Russia: the picaresque repackaged» de Marcia A. Morris. Sin embargo, su mayor logro reside —además de juntar a grandes expertos en la materia dentro de un mismo volumen— en ofrecer un panorama general de la evolución del género como tradición ya reconocida dentro de las distintas literaturas occidentales.

En 2002 aparece el artículo de Pedro Javier Pardo «El pícaro en el nuevo mundo: reescrituras del mito adánico». En este trabajo Pardo estudia la relación entre el mito adánico y el mito picaresco dentro de la novela picaresca. Por un lado, el crítico explica el mito adánico desde su dimensión colectiva como visión paradisiaca del mundo y desde su vertiente individual como hombre en su estado original de inocencia. Por otro, Pardo describe el mito picaresco desde la colectividad como infierno terrenal y desde la individualidad como hombre caído en desgracia o encarnación del pecado original. Estos dos mitos, aparentemente opuestos, sirven al académico para esbozar el desarrollo del género desde las primeras obras españolas hasta las novelas picarescas estadounidenses. Para ello, Pardo analiza *El Buscón* como representante de la tradición hispana, donde el personaje ha caído en desgracia y vive en un mundo corrupto y decadente, *Moll Flanders* en tanto que cumbre de la picaresca inglesa, cuya pecadora protagonista consigue abandonar la realidad infernal del viejo continente y se allega al paraíso del nuevo mundo donde cumple el sueño americano, y *Huckleberry Finn* como primera novela del género en Estados Unidos, donde la inocencia del protagonista hace frente a la maldad de la sociedad que le rodea. Lo interesante de esta propuesta es que viene a demostrar la transformación del pícaro tradicional de las obras españolas y europeas en un Adán todavía incorrupto pese al entorno en que se desarrolla dentro de la tradición picaresca norteamericana, una circunstancia que permite ayudar a esclarecer la identificación pícaro-esclavo que tiene lugar en las narrativas de esclavos.

También ese año Soumia Bennani publica su artículo «The Return of the Pícaro in Ralph Ellison's *Invisible Man*». En este trabajo, Soumia explora la relación entre la picaresca y el existencialismo que se produce en *Invisible Man*. Con este objetivo, la estudiosa plantea una reconsideración del género español en la obra Ellison a través de las ideas de Jean Paul Sartre. No obstante, Soumia no limita su propuesta a la novela del escritor afroamericano, sino que intenta abrir un nuevo capítulo en el desarrollo de la

tradición picaresca en Estados Unidos. Así, concluye con un llamamiento a los investigadores para que estudien las obras de Saul Bellow, Henderson y Jack Kerouac como ejemplos de esta nueva picaresca surgida tras la independencia estadounidense.

En 2007 Audrey Fisch presentaría una colección de ensayos exclusivamente dedicada a la literatura de esclavos con el nombre de *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*. Los trabajos seleccionados buscan cubrir teóricamente las cuestiones principales de las narrativas de esclavos desde su aparición, según explica Philip Gould en «The rise, development, and circulation of the slave narrative», hasta las perspectivas de género, tal y como desarrolla Xiomara Santamarina en «Black womanhood in North American women's slave narratives». No obstante, la división de los ensayos en cuatro partes que obedecen a la relación entre las narrativas de esclavos, el abolicionismo, la tradición literaria angloamericana, la tradición literaria afroamericana y las nuevas tendencias críticas, supone el mayor esfuerzo hasta la fecha por sistematizar una tradición que abarca dos naciones, dos continentes y más de dos siglos de historia. Así, si bien se presentan trabajos en torno al periodo de posguerra y la escena cultural neoyorquina de las primeras décadas del siglo veinte, «Telling slavery in “freedom's” time: post-Reconstruction and the Harlem Renaissance» de Deborah E. McDowell, o las nuevas tendencias narrativas de la literatura afroamericana, «Neo-slave narratives» de Valerie Smith, la obra analiza en detalle la configuración de las narrativas de esclavos como género narrativo en el ensayo de Vincent Carretta «Olaudah Equiano: African British abolitionist and founder of the African American slave narrative» y desglosa las principales tradiciones literarias que dejaron su impronta en estos relatos, tal y como se aprecia en los ensayos de Yolanda Pierce «Redeeming bondage: the captivity narrative and the spiritual autobiography in the African American slave narrative tradition», Robert S. Levine «The slave narrative and the revolutionary tradition of American autobiography» o Cindy Weinstein «The slave narrative and sentimental literature». Lo interesante de estos análisis genéticos es que reconocen abiertamente la presencia de la picaresca entre las tradiciones que ayudaron a conformar el género angloafricano pues, como indica Gould “the generic field includes spiritual autobiography, the conversion narrative, the providential tale, criminal confession, Indian captivity narrative, sea adventure story, and the picaresque” [el campo genérico incluye la autobiografía espiritual, la narrativa de conversión, el relato providencialista, la confesión criminal, las narrativas de cautiverio indio, las historias de aventuras marinas y la picaresca] (2007:

13). Lástima que no se dedique un trabajo al estudio de la tradición hispana en las narrativas de esclavos dentro de la colección de Fisch.

Un año más tarde, en 2008, aparecería la colección de trabajos editada por Klaus Meyer-Minnemann y Sabine Schlickers con el título *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*. Esta obra reúne gran cantidad de ensayos, tanto sobre el tema picaresco, al que se dedica el capítulo inicial, «El género de la novela picaresca», las principales novelas de la tradición —amén de un apartado a la relación de Cervantes con el género—, como sobre la presencia de la picaresca en la literatura europea. Destacan en este punto los trabajos de Tilmann Altenberg «Aegidius Albertinus, *Der Landstörtzer Gusman von Alfarache oder Pícaro genannt*», Sabine Schlickers «Charles Sorel, *La vraie histoire comique du Francion*» y «Paul Scarron, *Le roman comique*», Klaus Meyer-Minnemann «La primera traducción francesa de *La vida del Buscón*», o Inke Gunia «Del pícaro español al *English Rogue*: la apropiación de la novela picaresca española llevada al extremo: Richard Head, *The English Rogue described, in the life of Meriton Latroon, a witty extravagant. Being a compleat history of the most eminent cheats of both sexes* (1665) y Francis Kirkman, *The English Rogue continued, in the life of Meriton Latroon and other extravagants. Comprehending the most eminent cheats of most trades and professions. The second part* (1668)». Con ello, el libro ofrece una detallada evolución de la picaresca desde su definición a partir de las obras españolas —donde Meyer-Minnemann apuesta, tras realizar un breve pero concienzudo estado de la cuestión, por defender la posibilidad de concebir el género picaresco a través de la trayectoria vital del pícaro y su presentación narrativa autobiográfica—, hasta su posterior recepción y adaptación en numerosas obras de Francia, Alemania e Inglaterra. Únicamente se pudiera echar en falta un estudio generalizado de las condiciones que permitieron la difusión picaresca a lo largo y ancho del viejo continente en la obra, si bien la profundidad del análisis de cada novela picaresca en su contexto original suple las abstracciones con datos concretos sobre la realidad de la tradición española en cada país. Además, la propuesta de Meyer-Minnemann viene a superar los demás estudios comparativistas sobre el género hasta la fecha. Su particular enfoque ofrece una definición de pícaro que trasciende fronteras pues, según el crítico, para su representación literaria los autores del género partirían de unos rasgos definitorios específicos que se serían luego adaptados a las diferentes coordenadas sociales y culturales donde apareciese el personaje, de ahí que sostenga que “la concreción de la

trayectoria vital del pícaro depende del significado que en cada época se adscribe al vocablo pícaro” (Meyer-Minnemann, 2008: 37).

Ligia Tomoiagă entregaría al público su libro *Elements of the Picaresque in Contemporary British Fiction* en 2012. Tomoiagă inicia su estudio situando en unas coordinadas literarias precisas el género y el canon picarescos para pasar luego a analizar el panorama narrativo de Inglaterra. La académica propone la obra de Geoffrey Chaucer como antecedente inglés claro del fenómeno picaresco español en la isla y emplea sus esfuerzos críticos en demostrar la inclinación picaresca de los *Canterbury Tales*. Posteriormente, Tomoiagă estudia la experimentación que realizan los escritores británicos del siglo dieciocho y diecinueve con el género español, y lleva a cabo un análisis de los géneros literarios modernos en la literatura británica contemporánea. Finalmente, la estudiosa se centra en la examinación de los elementos picarescos presentes en las obras de ficción de escritores como Malcolm Bradbury, Salman Rushdie, David Dabydeen, Tom Sharpe, Simon Mawer o Kazuo Ishiguro que, al margen de la cuestionada paternidad hispana del género, darían prueba de la rabiosa actualidad de la tradición española en las letras anglosajonas.

Ese mismo año Maximilian C. Maier completa su tesis *Picaresque Comedy and its Discontents*. En ella, el académico señala la aparición de un nuevo modo de comedia con el surgimiento del género español, el cual entiende ser furto de “the selfdeprecation of the picaresque narrator and a newfound sense of pathetic identification” [la autocrítica del narrador picaresco y un nuevo descubierto sentido de identificación patética] (2012: 1). De este modo, Maier prosigue su trabajo analizando la comedia picaresca desde su forma original en *El Lazarillo*, estudia las posibilidades que ofrecen Alemán y Quevedo, así como la figura de la pícaro, dentro de la tradición hispana, evalúa la producción picaresca de Smollett y Fielding, y termina situando en este panorama la obra estadounidense *Augie March*.

En 2013 se publica la ponencia «The picaresque, translation, and the history of the novel» que realizase José María Pérez Fernández como parte de un curso celebrado en la Universidad de Granada en junio de ese año. De su lectura se desprende la defensa de una definición flexible del género a modo de “discursive space where the modern self—the individual—engages with the other—with society and its changing structures” [espacio discursivo donde el ser moderno —el individuo— se enfrenta al otro —con la sociedad y sus estructuras cambiantes] (2013: 1) por parte de Pérez Fernández, cuya

amplitud le sirve para dar cuenta del fenómeno picaresco a nivel nacional e internacional. Con esta definición en mente, el académico analiza la recepción del género en Inglaterra, donde las traducciones vienen a brotar en un suelo abonado por similares tradiciones literarias endémicas —como la literatura de delincuentes—. A partir de ese momento, Pérez Fernández observa la facilidad de adaptación de la picaresca al contexto cultural británico, la cual se dejará notar en la producción novelística de los principales autores del siglo dieciocho y dará lugar a nuevos géneros narrativos —como los relatos de criminales—. No obstante, el crítico también examina las relaciones que se establecen entre la picaresca y otras tradiciones, especialmente las autobiografías espirituales, así como con la ficción realista del periodo, con el fin de definir las semejanzas y las diferencias entre estos géneros y la picaresca. Terminado el análisis comparativo, Pérez Fernández concluye documentando la desaparición del género español como tal a finales del siglo dieciocho y defiende su pervivencia únicamente en forma de mito o modo picaresco en tanto que la academia así parece probarlo en sus estudios sobre el carácter picaresco de multitud de obras modernas —entre los que cita la obra de Ligia Tomoiagă—

También de 2013 es el trabajo de Alexander Samson «*Lazarillo de Tormes and the Picaresque in Early Modern England*». En este breve ensayo el académico se centra en las distintas traducciones realizadas de las obras picarescas —fundamentalmente del *Lazarillo* y del *Guzmán*— para analizar el éxito de la tradición española en Inglaterra, sus distintas lecturas en el nuevo contexto cultural inglés donde se asienta, su asimilación con las tradiciones literarias locales y la evolución del género hasta la aparición de las primeras novelas picarescas inglesas de Defoe, Fielding y Smollett. Frente a lo que ocurriese en España, Samson destaca la gran popularidad del *Lazarillo* entre el público británico desde su publicación, revitalizada con la aparición del *Guzmán*. La traducción del *Guzmán* de James Mabbe viene a corroborar el éxito inicial del *Lazarillo* de David Rowland en tierras británicas, lo que explica el académico desde las posibilidades críticas que ofrecía la picaresca a concretos factores político-sociales de la época. Sin embargo, si Samson consigue demostrar que el verdadero impacto de la tradición picaresca en la narrativa inglesa se produce con el *Guzmán* y no con el *Lazarillo*, el estudioso subraya la revolución literaria que suponen ambas obras para la prosa anglosajona cuando concluye señalando que “the picaresque provided a set of devices, structures, and literary resources for the novel that enabled it to grow beyond humanistic critiques of its lack of

verisimilitude and immorality” [la picaresca ofrece un conjunto de estrategias, estructuras y recursos literarios para la novela que la permitieron crecer más allá de las críticas humanistas sobre su falta de verosimilitud e inmoralidad] (2013: 136).

Sin visibilidad alguna sigue el trabajo fin de máster *La picaresca como impulso original: narrativas de pícaros y esclavos* realizado por José David Parra Alonso en 2014 donde se lleva a examen la presencia del género español en las narrativas de esclavos tomando como base el texto de Equiano. La obra comienza con una breve presentación de los problemas teóricos que todavía plantea la poética picaresca, para pasar después a realizar un estudio más pormenorizado de la tradición hispana dentro de la incipiente novela inglesa del siglo dieciocho. Parra Alonso destaca la producción picaresca de Defoe, de cuyas obras selecciona *Moll Flanders*, en tanto que evidencia fehaciente de la continuidad y fertilidad del género en Inglaterra, así como *Colonel Jack*, donde el autor británico mezcla la picaresca con la literatura de esclavos y cautivos. Posteriormente, una vez establecida la relación de estas primeras novelas con los textos picarescos y las narrativas de esclavos, el estudioso llama la atención sobre el carácter picaresco de la obra que fija el modelo narrativo de la tradición de esclavos, *The Interesting Narrative* de Olaudah Equiano, ampliando de este modo las tesis de Benito y Manzanas.

En 2016 Cory James Dahlström defiende su también trabajo final de máster *The cultural and rhetorical elements of American picaresque*. Si bien el académico admite expandir las ideas defendidas por Christopher Jones en su inédita tesis *A Falsifying World: Picaresque Lies, Disloyalties, and Misreading in America* de 1995, Dahlström analiza las *Memoirs of the Notorious Stephen Burroughs*, *The Confidence-Man* y *The Adventures of Huckleberry Finn* con el objetivo de desentrañar la influencia de la picaresca española y europea en la configuración del pícaro americano. A través del estudio de estas obras, el crítico examina la adaptación que sufre el género hispano en América para dar respuesta a la diversa y compleja realidad cultural estadounidense. No obstante, tras citar la narrativa de Arthur como ejemplo de biografía criminal dentro de la esfera de influencia picaresca, Dahlström reconoce no haber prestado la suficiente atención a las producciones literarias negras pese a hacer referencia a la identificación del pícaro con el esclavo propuesta por Charles H. Nichols en su ensayo de 1985 que reseñamos anteriormente. Finalmente, Dahlström proporciona una interesante lista de creaciones artísticas donde el estudioso aprecia la tradición picaresca, dejando constancia

con ello de la larga presencia del género hispano en Estados Unidos desde 1972 hasta la actualidad.

Pertenece a este autor también el trabajo del mismo año titulado «*Huckleberry Finn* and the Picaresque as Lens Against Debt Peonage». En este brevísimo artículo, Dahlström explora el componente picaresco de *Huckleberry Finn* para proporcionar una lectura antirracista de la obra de Mark Twain. En este sentido, el académico repasa la realidad económica en la que transcurre la novela, resalta las injusticias sociales que sufre la población negra y recurre a la picaresca para describir el mundo representado en la ficción como un lugar donde la autoridad “is hypocritical of its own ethical code” [se muestra hipócrita ante su propio código ético] (2016: 5b). Así, pese a lo poco acertado de la definición del género picaresco con la que abre el artículo —incluye a Don Quijote entre las obras de la tradición hispana—, Dahlström proporciona un nuevo campo de trabajo a la hora de abordar el escenario narrativo en las obras de esclavos.

En 2017 aparece otro trabajo de José David Parra Alonso, un artículo titulado «Extrañas coincidencias entre obras de marginados: las novelas picarescas y *The Interesting Narrative of Olaudah Equiano*» en el que se realiza un minucioso estudio del modelo picaresco que presenta la obra del africano. A través del exhaustivo cotejo de los rasgos de la poética fijados por Lázaro Carreter, Parra Alonso evidencia el cumplimiento total de las características temáticas y formales picarescas en el texto de Equiano. No obstante, como bien queda expuesto en el artículo, estas coincidencias entre tradiciones también pueden ser explicadas a partir de la influencia de otros géneros. Parra Alonso indica que faltaría entonces continuar esta línea de investigación para averiguar la deuda real de la narrativa —y de los demás géneros literarios en boga del momento— con la novela picaresca. No obstante, las conclusiones del trabajo no solo vienen a demostrar la importancia que alcanza el género español en el mundo anglosajón, sino que además reivindican el empleo de la tradición picaresca por parte de Equiano en el establecimiento del canon de las narrativas de esclavo.

El último trabajo publicado sobre la picaresca en el contexto anglosajón es la tesis *Bird Freedom: Lumpen Dreams and the Long Picaresque* defendida por Jon-David Wesley Settell en 2021. Desde una aproximación marxista a la tradición picaresca, Wesley Settell analiza diversos tipos característicos de las literaturas marginales, como el asesino, el homosexual, el estafador o el vampiro. La amplitud de su definición picaresca le permite dar coherencia a una colección dispar de obras que de otro modo pocas veces

habrían constituido objeto de estudio conjunto. No obstante, al margen de la reinterpretación del género —o mejor dicho, modo— hispano desde los postulados capitalistas de la lucha de clases, lo interesante de su trabajo es la inclusión de la raza como posibilidad dentro de las distintas manifestaciones que adquiere el personaje picaresco.

Como se observa, este breve repaso de la situación de los estudios picarescos en la literatura de lengua inglesa nos permite valorar el trato que ha recibido el género español hasta la actualidad por parte de la crítica internacional. De este modo, a partir de los primeros estudiosos que consideraron la picaresca como una subcategoría de la literatura de criminales, surgió toda una corriente de trabajos que lograron reivindicar la entidad de género, así como la vertiente mitológica, de las novelas españolas. Estos postulados pronto sirvieron para descubrir y estudiar la recepción y el desarrollo de la tradición hispana en el occidente europeo, una situación que permitió posteriormente examinar la presencia del género en la literatura estadounidense. Por último, tan solo quedaría señalar que, finalmente, los últimos trabajos reseñados han alcanzado a valorar lo picaresco en las manifestaciones literarias del periodo colonial en Norteamérica, arrojando luz al estudio del género hispano en las narrativas de esclavo. Aun así, muchas son las cuestiones críticas a la espera de investigación en este asunto.

No obstante, el calificativo de picaresco ha sido utilizado con frecuencia —la mayoría de las veces sin un desarrollo teórico que lo sostenga— en los trabajos dedicados hasta la fecha a las cuatro narrativas de esclavos que constituyen el objeto de estudio de esta investigación. De este modo, además de las obras críticas reseñadas en este apartado, se presentará al lector una serie de estudios que tratan el elemento picaresco para cada narrativa de esclavos. Esta nómina de trabajos se recogerá de manera individualizada al comienzo de los estudios de las narrativas de Briton, Arthur, James Albert y Cugoano, un hecho que hace innecesario alargar este repaso bibliográfico sobre el asunto, de ahí que remitamos al interesado a consultar el análisis de las obras para una información más detallada en cada caso.

Así las cosas, tan solo faltaría proporcionar un conciso sumario de las principales propuestas críticas que atañen al género picaresco *per se*. Muchas de ellas ya han sido analizadas con anterioridad por aparecer desarrolladas en los trabajos sobre la picaresca europea, de ahí que esta sección se ciña exclusivamente a los trabajos que versan sobre la picaresca nacional donde se trata la cuestión genérica. La importancia de los estudios

españoles —o mejor dicho, centrados en la novela hispana— nos ayudará a completar el amplio panorama crítico global en torno a la definición y el establecimiento de una poética del género. Solo entonces, una vez puestas todas las cartas teóricas sobre la mesa, se procederá a seleccionar una taxonomía eficaz a la hora de evaluar la factura picaresca de las narrativas de esclavos.

2.2.2. Poéticas del género picaresco

La primera de estas propuestas la realizaría Ludwig Pfandl en *Geschichte den spanische Nationalliteratur in ihrer Blütezeit*, una obra publicada en 1929 a la zaga de los estudios de Haan y Chandler que sería traducida al español como *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro* en 1933. Al igual que sus predecesores, Pfandl analiza el surgimiento y la evolución de la novela picaresca desde las condiciones sociales e históricas de la España de la época. De esta manera, el crítico examina primero las características de la figura del pícaro dentro del periodo áureo y las acepciones de tal particular denominación desde el punto de vista de la historia del lenguaje. Así, tras establecer los condicionantes externos que configuran el particular carácter nacional representado en el pícaro, a saber, el espíritu aventurero nacido de los grandes descubrimientos de los siglos anteriores, el ejercicio de la caridad tipificado en numerosas leyes que pretendía acabar con las clases marginales, o el orgullo del español que valora como inferior el trabajo realizado con las manos, Pfandl termina por definir al pícaro como aquel ser al que “la necesidad de vivir le hace desvergonzado y sin escrúpulos, pero a pesar del hambre y de los fracasos, del sol y de los aguaceros en lenguaje real y figurado, no quisiera ser otra cosa que lo que es, y no cambiaría su libre y despreocupada existencia por una sedentariedad honorable, a cambio de una cama y de un techo” (1933: 294).

No obstante, si bien el académico explica la aparición de la tradición picaresca fundamentalmente a través de estos componentes de la personalidad del personaje español, también reconoce la importancia —si bien secundaria— de determinados elementos folklóricos tradicionales en la configuración la novela española. Pfandl desarrolla además una clasificación de los textos picarescos en función de la intencionalidad de su autor, de tal forma que distingue entre obras con enfoque “idealístico-satírico”, que canalizan desde el humor la desilusión del escritor ante la

realidad decadente del momento, como *El Guzmán* o *El Buscón*; “realístico-optimista”, que se alejan del sarcasmo de las anteriores y celebran el estilo de vida de sus marginales protagonistas, como *La Pícaro Justina*, *La hija de Celestina* o *El Estebanillo González*; y “novelesco-descriptivo”, que a modo de cuadros de costumbres picarescos exponen los males sociales de la realidad como pasatiempo o divertimento, como *El Marcos de Obregón*, *La desordenada codicia* o *El Alonso mozo de muchos amos*. Así, si bien la propuesta de Pfandl marra en excluir al *Lazarillo* de la lista de títulos que integran el género, supera a sus predecesoras toda vez que analiza las novelas no solo como fruto del entorno, sino como producto de la relación entre su escritor y el ambiente.

En 1916 Américo Castro publica un ensayo —dividido en dos partes— titulado «Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII» donde se intuyen las líneas de investigación que posteriormente desarrollaría el académico. Así, en la primera mitad, Castro realiza un exhaustivo examen del concepto del honor a través de un detallado repaso crítico que engloba las principales aportaciones académicas sobre el asunto, a la vez que analiza el tema del honor y sus repercusiones literarias principalmente en el teatro áureo y los libros de caballerías. Sin embargo, no es hasta la segunda parte que el estudioso se centra en la honra y proporciona unos brevísimos apuntes sobre la materia para *El Guzmán de Alfarache* y *El Lazarillo*.

Sería en 1935 que Américo Castro volviese sobre estas indicaciones y publicase su artículo «Perspectiva de la novela picaresca». Al igual que sus predecesores, Castro examina la realidad de la época y analiza las consecuencias del edicto de expulsión o conversión forzosa promulgado por los Reyes Católicos en 1492. De acuerdo con el desarrollo del crítico, si bien la expulsión de los judíos que no quisieron abrazar la fe de Cristo supuso una merma en el panorama cultural, los conversos o nuevos cristianos — es decir, aquellos que se quedaron— siguieron acaparando la realidad literaria durante los siglos posteriores. Sin embargo, Castro distingue dos posiciones claramente enfrentadas dentro de este grupo. Por un lado, señala a aquellos conversos que se esforzaron por participar de lleno en su nueva confesión y, por otro, señala a los individuos que asimilaban el cristianismo como una imposición; de ahí que tilde al primer grupo de conversos esperanzados —entre los que se encontraría Cervantes— y al segundo de conversos desesperanzados —donde sitúa al anónimo autor del *Lazarillo* y a Mateo Alemán—. No obstante, la producción de ambos grupos se caracterizaría, según Castro, por hacer gala de un claro resentimiento, pues las leyes españolas restringían sus derechos

como ciudadanos y les impedían integrarse plenamente en la sociedad. Desde esta postura marginal a la que queda relegado el converso, el académico explica el surgimiento del antihéroe, pues entiende que “el pícaro es un pobre que se engríe y lanza su reto al noble orgulloso de su honra, y al eclesiástico henchido de riquezas que no debieran parar en sus manos” (1935: 142).

Así las cosas, pese a que Castro descubre uno de los postulados narrativos clave de *El Lazarillo* y *El Guzmán*, no consigue dar respuesta a la reaccionaria respuesta que como cristiano viejo orquesta Quevedo en *El Buscón*. Aun así, del trabajo del estudioso se desprende un conato de fijación del género a partir de tres características comunes a las novelas fundacionales de la tradición, las cuales estarían íntimamente ligadas al contexto social y literario de los Siglos de Oro. De este modo, entiende por novelas picarescas las obras escritas por autores conversos que atentan contra el idealismo y las convenciones de la literatura caballeresca, y cuyo protagonista es un pícaro que aporta visibilidad narrativa a la situación y dificultades sociales de los nuevos cristianos, cuando señala entre sus rasgos fundamentales:

“1º. Abundancia de picaros y vagabundos en España —explicación que satisfará al materialismo histórico, y que al historiador de literatura le deja indiferente. 2º. Erasmismo anticlerical, actitud que, como luego diré, no cubriría la totalidad del Lazarillo, ni aun siquiera lo que tiene de anticlerical. 3º. Gusto hispánico por el realismo, idea imprecisa que se limitaría a aludir a la preferencia de la picaresca por las realidades de tipo menor o insignificante, excluidas antes de la zona del arte” (1935: 126).

Este primer planteamiento poético de la picaresca lo complementaría Castro en su prólogo de 1948 a la edición del *Lazarillo*. En esta introducción, además de profundizar en la idea del resentimiento converso de los autores del género, el crítico ampliaría su campo de estudio para tratar cuestiones más formales de los textos. Así, examina los cambios narrativos que producen los temas del mundo picaresco, y propone la ironía — que encubre la identidad conversa del personaje—, el relato biográfico y el perspectivismo que ofrece la voz narrativa, como rasgos picarescos que contribuyen además a la formación de la novela.

Por último, destacaremos su libro *La realidad histórica de España* de 1954 en el que Castro recupera sus análisis de la sociedad española —pese a otorgar mayor centralidad a la castellana— a la hora de explicar la particular realidad nacional. Para ello, el autor reincide una vez más en la relevancia del papel de las religiones cuando explica,

por ejemplo, cómo los hispanos del norte peninsular se denominan cristianos frente a los árabes durante la Reconquista, o la importancia económica de la población judía y, posteriormente, de los conversos.

Miguel Herrero García explorará en sus trabajos «Ascética y Picaresca» de 1933 y «Nueva interpretación de la novela picaresca» de 1937 la relación entre las manifestaciones culturales religiosas del Siglo de Oro y la picaresca. El académico examina el contexto cristiano que envuelve a los textos del género picaresco, postula al *Lazarillo* como ejemplo de las reformas erasmistas y sitúa al Guzmán y a toda su descendencia dentro de la esfera espiritual del Concilio de Trento. Sin embargo, García Herrero no considera la obra del anónimo autor más que germen del posterior género picaresco, el cual se iniciaría con el texto de Alemán. Ambas novelas, entiende el estudioso, se originan de tendencias reformistas dentro del seno de la iglesia católica. No obstante, mientras en *El Lazarillo* se aboga por una regeneración de la corrupción eclesiástica que anticipa los movimientos reformistas protestantes europeos, *El Guzmán* defiende la regeneración de los dogmas católicos a través de la fidelidad a los orígenes espirituales. De esta manera, Herrero García explica la aparición de la tradición picaresca como reacción cristiana al Renacimiento, cuyo carácter pagano atentaba contra la ética del ascetismo católico. Si bien el segundo ensayo del crítico recae sobre el carácter místico de la picaresca, Herrero García intenta aclarar el motivo del nacimiento del género literario en España frente a cualquier otro país de Europa. De esta manera, realiza un análisis del panorama cultural europeo y termina concluyendo que los temas picarescos — comunes al continente— se manifiestan a través de distintas artes en cada país. Así, mientras que en España se opta por la literatura, los países de su entorno prefieren la pintura y los grabados a la hora de mostrar al público la realidad de la vida del pícaro o del delincuente.

En 1943 Ángel Valbuena Prat publicaría su trabajo *La novela picaresca española*. En la introducción a esta antología de textos picarescos Valbuena Prat cohesionaría y expandiría todas las ideas que sobre el género había publicado unos años antes en la colección *Historia de la literatura española* editada por Gustavo Gili Roig. Los tres artículos de Valbuena Prat sobre picaresca, a saber, «El elemento picaresco en Cervantes», «La novela picaresca: Alemán y Espinel» y «La evolución de la picaresca y otras formas de novela», aparecen en el segundo tomo de la serie y exploran múltiples aspectos de la novela española desde una perspectiva semántica. No obstante, además de

examinar el alcance del género en la literatura y los autores de la época, el estudioso también trata algunas cuestiones formales —como el uso de la primera persona autobiográfica— en el análisis que realiza de los textos picarescos. Todo este poso teórico serviría a Valbuena Prat para dar forma al estudio del género que realizase en la introducción a la obra. En ella, el crítico intenta postular un origen del género a través de distintos modelos e influencias tanto de la tradición española como europea, rastrea la etimología de la voz pícaro y se centra en cuestiones socioculturales de la España áurea en su análisis del género. Entre estas cuestiones, Valbuena Prat destacaría la relevancia que adquieren la mendicidad y los vagabundos dentro de la picaresca, además de volver sobre el carácter realista, satírico y ascético que venían subrayando los hispanistas para los títulos de la tradición. Finalmente, el académico establece una clasificación de las novelas en tres grandes grupos según la forma en que los autores picarescos despliegan el elemento moralizante en sus relatos. Así, explica que “un grado lo representa el primitivo y perfecto «*Lazarillo*». Es una picaresca sin sermones morales, aunque en algún momento no falte la lamentación del personaje, una misma lección de desengaño o desilusión [...], el segundo grado lo significa la perfecta fusión de ética y picaresca” — en su vertiente guzmanesca o alonsí—, y “un tercer grado lo representa la mera mezcla de lo moral y lo picaresco” donde se incluirían *La pícaro Justina* o *El Marcos de Obregón* (1943: 29-32).

Dentro de este panorama crítico, los trabajos de Samuel Gili Gaya sobre el género picaresco constituyen un avance frente a las propuestas de sus antecesores. En su artículo «*El Buscón* en la técnica novelística» de 1947, y más concretamente en el capítulo «La novela picaresca en el siglo XVI» de la *Historia general de las literaturas hispánicas* de 1953, el estudioso propone una aproximación teórica que amplía la mera consideración temática a la hora de establecer una poética para el género picaresco. En el listado de temas señalados por Gili Gaya para las novelas españolas destacan el pesimismo, la genealogía vil del protagonista, el desfile de tipos sociales encarnados en los amos, la sátira social o la soledad. Según el crítico, estos elementos van ligados al propósito realista de las obras hispanas, de tal manera que de la pintura de la realidad se desprende que “lo picaresco es una actitud ante la vida” (1953: 85). No obstante, el mayor logro de Gili Gaya consistió en incluir distintos rasgos formales en el estudio del género. Entre estos elementos encontramos la forma autobiográfica, la falta de planificación —delega la unidad de la obra en la mera presencia del pícaro—, el servicio a varios amos o la

estructura de viaje. Desafortunadamente, la inclusiva propuesta de Gili Gaya cayó en saco roto, y su golondrina no hizo verano, ya que la novedad de sus planteamientos no fue considerada ni desarrollada por los académicos que por aquellos años dedicaban sus esfuerzos al estudio de la picaresca desde posturas fundamentalmente de tipo semántico.

De 1957 es el artículo «Cervantes y la Picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo» de Carlos Blanco Aguinaga. A pesar de la brevedad y el carácter comparativo de su planteamiento, encontramos en el trabajo una clara definición de lo picaresco en base a tres postulados comunes a las novelas del género. Por un lado, Blanco Aguinaga incide en la importancia del contenido cuando defiende primeramente el carácter antiheroico del protagonista y el hambre como motor de sus peripecias y, por otro, el crítico llama la atención sobre la forma de las novelas al señalar que “la segunda característica, puramente formal en apariencia, pero imprescindible, es que las aventuras del pícaro se narran siempre en forma autobiográfica” (1957: 314). Finalmente, el último rasgo propuesto por Blanco Aguinaga para la picaresca es la mezcla entre fondo y forma que se produce en las novelas, punto este donde radica la excelencia de su propuesta. Con ello, el académico aboga por reconocer la necesidad de considerar tanto la forma como el fondo de las obras picarescas en los trabajos sobre la tradición hispana y superar, así, las aproximaciones parciales al género desde la estructura de los relatos o sus contenidos.

En 1959 se publicaría el extenso trabajo *Erasmus y España* de Marcel Bataillon, al que pronto seguirían *Novedad y fecundidad del “Lazarillo de Tormes”* en 1968 y *Pícaros y picaresca* en 1969. A lo largo de esta serie de obras, el hispanista francés examina otro de los grandes temas del género picaresco, a saber, el concepto de la honra. Si bien su primera publicación se centra en la aparición, desarrollo e impacto de las tesis erasmistas en la literatura religiosa y profana de la península —entre la que sitúa al *Lazarillo*—, sus posteriores estudios limitarían el alcance de su investigación a la tradición picaresca.

En *Novedad y fecundidad del “Lazarillo de Tormes”*, Bataillon realiza un detallado estudio de la obra del anónimo autor. De esta manera, en sus páginas se abordan desde cuestiones externas a la novela, como la fecha de aparición del texto o su paternidad, hasta asuntos propios de la obra como el estilo, la estructura o la intención. Además, sabedor del impacto que tuvo *El Lazarillo* en las letras del momento, Bataillon dedica los últimos capítulos del libro a las distintas continuaciones de la obra y reivindica el valor del género picaresco en la novela moderna. No obstante, el académico identifica en sus páginas el que será, a su parecer, el rasgo temático distintivo del *Lazarillo* y de

toda su progenie picaresca. Al tratar la figura del escudero, Bataillon se da cuenta de la importancia que adquieren el estatus y las apariencias en la novela cuando señala que

“hay algo que desconcierta e indispone a nuestro héroe con el escudero. Es la superstición del honor que inspira sus actos y actitudes. Y así, en contacto con él, Lázaro nos mostrará un rasgo de carácter que es probablemente un descubrimiento, un hallazgo genial del anónimo autor: este espíritu positivo, insensible al sentimiento de la honra, pero respetuoso del prestigio social en cuanto se reconoce en el vestido y en cuanto su jerarquía coincide con la de la riqueza” (1968: 64).

De esta forma, en *Pícaros y Picaresca. La pícaro Justina*, el estudioso orientará finalmente sus esfuerzos críticos a abordar la cuestión de la honra en la tradición picaresca en profundidad. Con tal idea en mente, Bataillon realiza un detallado estudio de la figura del pícaro, primero como realidad social del periodo áureo y luego como fenómeno literario. Es entonces cuando el hispanista da forma a su concepto del género a través de la honra, pues pone de manifiesto su crucial relevancia en una sociedad feudal que intentaba contener a toda costa las aspiraciones de medro de los cristianos nuevos. En este sentido, reconocida la importancia de los conversos en las novelas picarescas según postulase Américo Castro, así como de multitud de temas ligados al contexto histórico, político y social de los textos, Bataillon sostiene que

“al llevar a cabo un amplio estudio de la materia picaresca en la época de su gran moda en España, finales del siglo XVI y comienzos del XVII, pude comprobar cómo los temas favoritos picarescos se organizaban no alrededor del tema del hambre, de la indigencia y de la lucha por la vida, sino alrededor de la *honra*, es decir alrededor del tema de la respetabilidad externa, que se funda en el traje, el tren de vida y la calidad social heredada, ya que el pícaro es la negación viva de esta honra externa o porque desprecia tales vanidades” (1969: 215-216).

El libro de Alonso Zamora Vicente titulado *Qué es la novela picaresca* aparece en 1962. Tal y como indica su nombre, la obra del académico intenta delimitar el alcance de lo picaresco en la literatura de los Siglos de Oro. En la búsqueda de una definición certera, Zamora Vicente empieza señalando que por novela picaresca se entiende aquella obra que tiene como personaje central a un pícaro, de ahí que inicie su estudio rastreando la historia y la etimología del término. Posteriormente, el crítico examina la relación que se establece entre la picaresca y la realidad para matizar la trillada idea de que la novela española representa una parcela de la realidad de la época. Así, si bien Zamora Vicente

reconoce el realismo de las obras picarescas, advierte que este realismo “no debe ser tomado al pie de la letra como documento histórico fehaciente, indiscutible y oportuno para explicar todo lo que sea necesario” (1962: 11). Tras ello, el hispanista se lanza a la tarea de establecer una clasificación de los distintos títulos que integran el género, intentando superar las anteriores aproximaciones teóricas a la tradición picaresca donde se confunde el carácter del héroe o el trasfondo moralizador de los textos con la arquitectura artística de la obra. En este sentido, el estudio del corpus picaresco lleva a Zamora Vicente a identificar una forma narrativa que se fija en *El Lazarillo*. Este modelo tendría como base el relato autobiográfico de un personaje marginal, del cual se deriva el origen vil del protagonista y el condicionamiento de su trayectoria vital, de tal forma que por mucho que el pícaro se lance al mundo para satisfacer sus ansias de medro, el resultado será siempre similar en todos los libros de la tradición picaresca. Por último, antes de pasar al análisis del *Lazarillo*, las grandes creaciones del género —entre las que sitúa *El Guzmán*, *El Buscón*, *La vida del escudero Marcos de Obregón*, *El diablo cojuelo* y *El Estebanillo González*—, la picaresca cervantina y las formas menores del género, Zamora Vicente defenderá el carácter antiheroico del pícaro como seña final de identidad de las novelas picarescas.

En 1967 Francisco Rico suma su contribución al género con *La novela picaresca española*, un libro donde el crítico publica conjuntamente *El Lazarillo* y *El Guzmán*. Esta unión, que venía a recuperar la novela del anónimo autor para la tradición picaresca, permite a Rico observar la consolidación del género en la obra de Alemán, tal y como se deduce de los estudios que el académico dedica a cada obra en la introducción. Si bien los estudios preliminares de las dos novelas son independientes, se observan claramente en ellos los puntos que ambos textos tienen en común, los cuales —imitados o modificados— terminaron por constituir los temas y el molde narrativo género. De este modo, mientras señala el carácter erasmista del *Lazarillo* y nota espíritu doctrinario del Concilio de Trento en *El Guzmán*, Rico también desarrolla las semejanzas entre los autores —ambos conversos— y sus obras, según se observa en el análisis del concepto de la honra o de la caridad en ambos textos, o de las posibilidades narrativas que ofrece el molde autobiográfico en cada novela. En este sentido, el académico señala la importancia del empleo de la primera persona en las obras picarescas cuando explica que “el yo de Lázaro, desde la primera línea, se ha constituido [...] en medida de todas las cosas; y en función de él, todo un original modo de novelar” (1967: lxxviii).

No obstante, el artificio autobiográfico se convertirá en el principal objeto de interés de su siguiente trabajo, *La novela picaresca y el punto de vista*, que vio la luz en 1970, y fue revisado, anotado y ampliado en 2000. Rico entiende que la definición del género, así como la unidad de la poética picaresca, depende en última instancia del particular modo de narrar del que se sirven los escritores a la hora de presentar las aventuras de sus héroes. De esta manera, afirma que “en las grandes novelas picarescas (concretamente en *Lazarillo de Tormes* y en *Guzmán de Alfarache*), el mínimo común denominador de la técnica narrativa consiste también en someter todos los ingredientes del relato a un punto de vista singular” (2000: 10). Así, en los tres capítulos que constituyen el libro, Rico aborda la originalidad que supone la diégesis del *Lazarillo* en el contexto literario de la época, analiza tanto su continuación en *El Guzmán* como su adaptación a los particulares intereses narrativos de Alemán, y evidencia la falta de olfato novelesco de la mayoría de escritores posteriores al no reconocer el sutil aroma que desprendían las obras fundacionales del género en el empleo de la autobiografía. No obstante, además de reconocer el interesante juego de perspectivas que permite la primera persona narrativa, en tanto que aúna dos puntos de vista que “fluyen separados, pero [son] complementarios” (2000: 72), el logro de Rico consiste en hacer depender la naturaleza picaresca de los textos de tres rasgos fundamentales, a saber, un protagonista pícaro, la forma autobiográfica señalada y el particular punto de vista del personaje que permite dar la explicación de un *caso* en retrospectiva. Partiendo de esta base, en 1984 publicaría su artículo «Puntos de vista. Postdata a unos ensayos sobre la novela picaresca» como ampliación del tercer capítulo de su trabajo anterior para reivindicar la vigencia de sus tesis a la hora de interpretar el vacío crítico que existe en torno a la picaresca y el surgimiento de la novela moderna en Europa. De esta forma, Rico concluye señalando que “los manuales suelen contar la historia de la novela europea saltando —sobre el vacío— de Cervantes a Defoe. En ese proceder, y entre muchas ligerezas, es particularmente grave el olvido de Mateo Alemán” (1984: 239). El recuerdo de la novedad narrativa que proponen los primeros escritores picarescos —que constituye los fundamentos de la poética picaresca de acuerdo con las ideas desarrolladas anteriormente por el crítico— serviría para explicar “por qué la novela se le escapa a toda Europa de las manos” (1984: 240).

La obra *Romans picaresques espagnols* de Maurice Molho se publicaría primero en francés en 1968 y posteriormente sería traducida al castellano como *Introducción al*

pensamiento picaresco en 1972. En este trabajo, Molho desarrolla las tesis de Américo Castro y Marcel Bataillon cuando estudia la importancia del concepto del honor en la sociedad áurea española. De esta forma, tras realizar un rastreo etimológico de la voz *pícaro*, el académico sitúa la tradición picaresca española dentro del contexto cultural europeo y analiza su singularidad. Molho entiende que, si bien existía toda una corriente literaria dedicada a temas marginales y personajes representativos de los bajos fondos, es en España donde surge la picaresca debido a la singular importancia que adquiere la honra en nuestro país. Así, describe al héroe hispano como encarnación del deshonor cuando señala que “es un pordiosero y más que un pordiosero. Su indigencia social es el resultado de una pobreza de sangre y de alma que le limita en sus movimientos, en sus aspiraciones y en sus pensamientos. En otras palabras, un pícaro español es, ante todo, un hombre sin honor” (1972: 20).

Esta circunstancia marcará tanto la aparición del género como su declive, pues Molho defiende que el pensamiento picaresco nace del imposible intento de superación del impermeable orden social español, que distingue claramente entre nobleza —esto es, honor— y marginalidad —seres deshonorosos, como los cristianos nuevos—, por parte del pícaro. En este intento, el protagonista de las obras pone de relieve el determinismo narrativo que implica el origen vil ya que, como indica el estudioso, “si el honor se hereda, el antihonor también se hereda. De tal padre, tal hijo. El pícaro nacido de padres viles está llamado a no ser más que lo que su linaje le permite ser: nacido mal, vivirá mal. Su destino será la Abyección” (1972: 24). De este modo, Molho identifica únicamente como textos puramente picarescos *El Lazarillo* y *El Guzmán* —pues, pese a sus diferencias, denuncian claramente el hermetismo de la ideología hispana del honor—, *El Buscón* —donde Quevedo abandona la crítica reformista del anónimo autor y Alemán para defender el elitismo social y atentar contra los grupos deshonorados—, y *Moll Flanders* —representante burgués de la filosofía picaresca en Inglaterra—. El resto de los títulos que componen el corpus picaresco se incluyen, según el crítico, en la categoría de novelas picarescas bastardas, donde encontramos desde *El Marcos de Obregón* hasta *El Gil Blas* francés, por reproducir el esquema formal picaresco dejando de lado el tema de la honra (1972: 175). No obstante, a pesar de la utilidad del empleo de la honra en la delimitación del género, cabe señalar lo errado de algunas de sus hipótesis, siendo la más notable la identificación de Don Diego con el ideal de caballero cristiano en la obra de Quevedo.

Sin embargo, es en su artículo «¿Qué es picaresmo?» de 1983 donde encontramos el intento de definición de la poética picaresca de Molho. Aunque el hispanista aborda cuestiones de gran relevancia para la tradición española, como la diferencia entre la autobiografía y el relato primo personal picaresco, la importancia de este trabajo radica en el establecimiento de cuatro rasgos fundamentales para cualquier novela que pueda ser considerada picaresca. Estos elementos no son otros que la presencia de un discurso autobiográfico, el condicionamiento vital del protagonista debido a su origen vil, el pícaro como antítesis del honor y la crítica social al orden establecido. Así, partiendo de la restrictiva aproximación al género que defiende en su anterior trabajo, Molho sostiene que “será, pues, rotulable como «picaresco» [...] todo relato en que la figura protagonista incorpore esos cuatro temas, y por consiguiente no serán «picarescos» los objetos en que sólo intervengan tres, dos o uno solo de los susodichos temas” (1983: 129). Pese a ello, admite cierta variedad en la combinación y presencia de estos rasgos, lo que permite al académico dar cuenta de las demás novelas de la serie picaresca de los Siglos de Oro e identificar la huella del género hasta la actualidad en obras no necesariamente españolas como las *Almas muertas* de Nikolái Gógol o las novelas de Günter Grass.

En 1969 Oldřich Bělič publicaría su ensayo «Los principios de composición en la novela picaresca». El trabajo de Bělič vendría a superar las consideraciones fundamentalmente temáticas del hispanismo a la hora de analizar el género picaresco. Si bien el académico no niega la importancia del contexto en la génesis de los textos españoles, entiende que el desarrollo del género se produce mediante la imitación consciente de unos rasgos formales propios de las novelas picarescas. De esta manera, después de ofrecer un detallado repaso teórico del procedimiento compositivo empleado por los autores del género, Bělič analiza las principales obras picarescas y defiende, frente a la técnica en sarta característica de la literatura del momento, la unidad narrativa de las novelas españolas como resultado de un proceso planificado de creación. Establecida la intención compositiva del escritor, por la que otorga sentido narrativo general al conjunto de materiales literarios seleccionados, el estudioso pasa a señalar la serie de elementos estructurales que determinan el carácter picaresco de un texto. Así, Bělič establece una poética del género distinguida por el carácter autobiográfico de la narración a modo de relato retrospectivo en el que coinciden “el pícaro joven (que vive las aventuras) y el pícaro viejo (que las narra)” (1969: 30), el viaje como procedimiento técnico para el desarrollo de la acción y el servicio a varios amos como método compositivo que permite

reflejar la realidad del personaje. No obstante, el crítico tiene presente la variedad que ofrece el corpus picaresco cuando, tras hacer depender las obras del género de la inclusión de estos rasgos, matiza que “hay que advertir, sin embargo, que en este género no existe una ‘norma’ de composición propiamente dicha. Los principios que hemos mencionado no son estrictamente obligatorios, y aun cuando se los usa pueden tener forma y función distinta” (1969: 26). De este modo, Bělič concluye su propuesta poética sometiendo las posibles modificaciones de estos elementos en las novelas a la figura del pícaro, de ahí que señale sobre los escritores del género que realmente “el único elemento en que pudieron apoyar su voluntad estructuradora era el protagonista” (1969: 59).

Si bien el grueso de la aportación crítica de Fernando Lázaro Carreter se publica bajo el título «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca en 1972, los ensayos que componen el libro ven la luz de forma separada en diferentes momentos. Así, el primer capítulo, «La ficción autobiográfica en el *Lazarillo de Tormes*», aparece en 1966; el segundo, «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», en 1968; y el tercero, «Para una revisión del concepto “novela picaresca”», es leído como ponencia ese mismo año antes de su incursión en las actas del tercer Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas en México para 1970. No obstante, la materia tratada permite a Lázaro Carreter agruparlos y presentarlos ante el público a modo de desarrollo lógico de sus tesis picarescas, pese a que el académico señale que “no constituyen un libro, en el sentido ritual de este término, por cuanto carecen de una organización progresiva y trabada: cada uno de ellos se vale —si vale— por sí mismo” (1972: 7).

De esta forma, Lázaro Carreter aborda en el primer ensayo el origen del relato en primera persona por ser, según entiende, uno de los rasgos definidores de la novela picaresca, a la par que defiende la consideración del *Lazarillo* como obra fundacional de pleno derecho dentro del género picaresco por gestar el particular empleo de la narración primo personal picaresca tal y como aparece repetido hasta el agotamiento en los textos posteriores del género. En este sentido, el crítico revisa las posibles fuentes literarias de las que bebe el anónimo autor para, acto seguido, demostrar su innovación en el uso de la técnica narrativa autobiográfica frente a sus modelos. De acuerdo con Lázaro Carreter, la elección de una factura realista por parte del anónimo autor justificaría su apuesta por un relato en primera persona pues, como indica el estudioso,

“la moda autobiografista y testifical que se descubre al filo del medio siglo, adquiere una explicación plausible: está puesta al servicio del ideal verista que profesan los escritores de

esa época, entre los cuales resulta forzoso incluir al autor del *Lazarillo*. Pertenecía este, sin duda, a un nutrido grupo de escritores empeñados en buscar fórmulas nuevas para contar” (1972: 57).

Las características de la nueva propuesta literaria recogida en *El Lazarillo* son el objeto de análisis del segundo trabajo del libro. Lázaro Carreter desmenuza la obra tanto a nivel temático como formal y observa que, frente a lo manido de los contenidos presentados —sacados en su mayoría de la tradición popular—, el relato demuestra su originalidad en el método compositivo, el cual “trascendiendo los viejos modos —*folktale*, *novella*, *Hero tale*, sarta de cuentos—, se aproxima estrechamente (lo configura, en realidad) al característico de la novela” (1972: 8). De esta manera, coinciden en *El Lazarillo* tradición y vanguardia en tanto que el texto y sus fuentes dan cuenta de “la búsqueda de un nuevo sistema narrativo por parte del escritor, aunque no por la vía de la invención sino de la combinación”, o lo que es lo mismo, “el aprovechamiento de recursos viejos, para un nuevo destino” (1972: 101).

Sin embargo, es a partir de los rasgos enumerados en este capítulo que Lázaro Carreter completará la batería de elementos picarescos en el último de sus ensayos. Así, una vez se han identificado los rasgos presentes en *El Lazarillo*, el académico los contrasta con aquellos del *Guzmán*, pues entiende que el género —en tanto que así lo entendió el público de la época— no surge con el librito de escritor desconocido ni con el extenso relato de Alemán, “sino cuando este incorpora deliberadamente rasgos visibles del primero, y Mateo Alemán aprovecha las posibilidades de la obra anónima para su particular proyecto de escritor” (1972: 205). De esta combinación, Lázaro Carreter extrae una serie de elementos comunes que le sirven para establecer la taxonomía del género, a saber, 1. el protagonista es siempre un héroe marginal de origen vil, 2. para narrar el relato el escritor se sirve de la autobiografía en primera persona, 3. de esta técnica narrativa se desprende un punto de vista único y dual, 4. el relato se concibe como explicación de un *caso* o razón última por la que el personaje narra su vida, 5. de ahí que, una vez satisfecho, la narración quede cerrada, 6. este *caso* se dirige a un destinatario o narratario, de donde se desprende la forma epistolar del relato, 7. se supera la técnica en sarta mediante la trabazón de la obra a través de eventos consecutivos unidos entre sí, 8. las aventuras se organizan en torno al servicio a varios amos, 9. presentan una factura realista, 10. contienen una mordaz crítica social, 11. encubierta mediante un tono irónico y satírico, y 12. los personajes están sujetos a una alternancia constante de fortuna y adversidad.

Como se observa, la propuesta del hispanista viene a contrarrestar la gran influencia que los contenidos habían ejercido a la hora de entender el género haciendo hincapié ahora en la morfología o el diseño estructural particulares de las obras picarescas. No obstante, Lázaro Carreter tiene presente la imposibilidad de encontrar todos estos rasgos en una misma novela, de ahí que, tras analizar la suerte que esta serie sufre en las posteriores novelas de la tradición, proponga una definición fluida del género de acuerdo con la evolución de la picaresca. En este sentido, aclarada la distinción entre maestros y epígonos dentro de los autores de la serie, concluye que

“con el Guzmán, decíamos, termina la fase constituyente del género: lo que sigue son actos de elección, combinaciones más o menos habilidosas, a cargo de autores que juzgaron fecundos los supuestos fundamentales de aquella poética. Aceptaron o suprimieron, mezclaron o ampliaron, alteraron en suma el diseño con variantes, pero sin perder de vista ese foco de atracción que eran los rasgos distintivos del género” (1972: 228).

Así las cosas, se puede decir que, si bien la propuesta de Lázaro Carreter parte de las tesis picarescas de Guillén, su particular aproximación al género supone un gran avance crítico en los estudios picarescos. Por ello, cederemos la palabra al académico a la hora de precisar su comprensión de la novela picaresca, pues nadie mejor que él para explicar que su propuesta se concreta

“en fijar con cuidado los rasgos distintivos, en observar el rumbo que éstos siguieron, y en cubrir con aquel marbete genérico a todas las obras que contaron con tales rasgos, manipulándolos o no, como armazón válida para el relato. Y está claro que al hablar de armazón, no pienso tanto en el contenido como en los datos de la estructura” (1972: 228-229).

En 1971 Alberto del Monte publicaría su trabajo *Itinerario de la novela picaresca española*. Como hiciese Lázaro Carreter, el académico orientaría sus esfuerzos críticos hacia la particular técnica compositiva de las obras picarescas. Para desentrañar la morfología de las novelas, del Monte divide su libro en tres capítulos que intentan dar cuenta de la gestación, desarrollo y desintegración del género, de tal manera que el primero, titulado «Nacimiento del pícaro», se centra en el estudio del *Lazarillo de Tormes*, el segundo, «Apoteosis del pícaro», examina *El Guzmán de Alfarache*, y el tercero, «Agonía del pícaro», se ocupa de *El Buscón* y de las obras de Jerónimo Alcalá Yáñez, de Salas Barbadillo y de Vicente Espinel. Lo novedoso de su propuesta radica en la distinción que hace del Monte entre “género picaresco” y “gusto picaresco”, la cual

explica señalando que “el primero sólo es fácilmente identificable en algunas novelas; el segundo es más o menos reconocible en una limitada multitud de obras que pertenecen a las más variadas índoles” (1971: 58). No obstante, esta distinción no se deja al azar, sino que el estudioso selecciona una serie de rasgos que permiten identificar y diferenciar los textos picarescos de cada grupo. De este modo, del Monte enumera un listado similar esbozado por Lázaro Carreter donde recoge 1. la forma pseudoautobiográfica de los textos, 2. la genealogía vil del pícaro, 3. un mundo hostil sometido a la caprichosa voluntad de la fortuna, 4. la soledad del personaje en este mundo, 5. su despertar al mundo y su evolución desde la inocencia hasta la maldad, 6. su visión parcial y sarcástica de la realidad, 7. la concepción puramente física de la existencia, 8. el ansia de medro del protagonista, 9. su oposición a los dogmas sociales basados en el honor y la honra, 10. el contraste entre las apariencias y la realidad, 11. su denuncia de la corrupción de las élites sociales y, 12. el intento de fuga de la realidad. Tomando esta batería de rasgos como referencia, el crítico identifica únicamente *El Lazarillo*, *El Guzmán* y *El Buscón* como textos del género, y califica las posteriores novelas de representantes del gusto picaresco. En este sentido, resulta acertado decir que el logro de del Monte no proviene del mayor o menor tino en el aislamiento de unas características formales —o temáticas— desde las que considerar los textos, sino de la ampliación de la categoría picaresca más allá de los límites del género.

Tres años más tarde, en 1974, Enrique Tierno Galván publicaría su trabajo *Sobre la novela picaresca y otros escritos*. A pesar de los avances teóricos en el estudio de la picaresca, Tierno Galván deja de lado las cuestiones formales y analiza el género desde los temas sociales más representativos en las obras. En este sentido, el académico concibe la novela picaresca como reflejo de la movilidad social de la época, de ahí que intuya en sus páginas el nacimiento de una nueva clase, la burguesía. Las obras picarescas son así, para Tierno Galván, un estudio de la conciencia de clase burguesa, el cual se realiza en los textos “desde la autocrítica a través de la valoración del proletariado en cuanto pretexto y parodia” (1974: 55). En función de ello, plantea dos hipótesis relacionadas con la posibilidad o imposibilidad de ascenso en la sociedad de la España barroca. La primera concibe la novela picaresca como demostración de cierta —si bien mínima— movilidad social, pues da cuenta de la figura del converso como nexo entre las clases llanas o proletariado, y la nobleza. La segunda, en cambio, defiende la novela picaresca como ejemplo del inmovilismo social. Así, por mucho que su protagonista se empeñe en

medrar, la aristocracia y sus instituciones —entre ellas la iglesia— devolverán al pícaro a su posición inicial. No obstante, más allá del ensayo sobre el género picaresco que abre el libro, destacan los trabajos dedicados al humanismo y al marxismo dentro del ámbito de la sociología literaria. Tan amplia mezcla permite al estudioso concluir respecto a la picaresca que “el sector social que produjo las novelas [...] corresponde a una clase media que interpretó la convivencia desde esquemas ideológicos desajustados, y, por tanto, en cierta peculiar relación de congruencia respecto del permanente vigor de la infraestructura económica durante lo que llamamos Siglo de Oro” (1974: 114).

El libro *Novela picaresca y práctica de la transgresión* de Jenaro Taléns vería la luz en 1975. Con este trabajo, Taléns pretendía superar tanto los enfoques sociales, que reducían el estudio de las obras picarescas a temas o conceptos, como las aproximaciones formales, las cuales se centran en la morfología de los textos. De esta manera, el académico rechaza ambos enfoques teóricos toda vez que

“en última instancia las definiciones elaboradas sobre la base del artificio formal [...] no son de demasiada utilidad, en la medida en que plantean la problemática de lo literario sobre bases no ya específicas sino autónomas. Pero tampoco podemos partir, olvidando lo anterior, de consideraciones referenciales a hechos y circunstancias históricas concretas como única base, por cuanto englobaríamos dentro de lo literario cualquier tipo de discurso sobre la realidad” (1975: 19-20).

Una vez demostrada la ineficacia de ambos planteamientos por separado, Taléns aboga por su combinación para abarcar el género picaresco en su totalidad, pues entiende la imposibilidad de disociación entre la forma y el fondo a la hora de comprender el significado último de las obras. En este sentido, el estudioso indica que “lo primero que habría que distinguir es lo que llamaremos estructura principal, de la estructura secundaria, *la historia* significativa, del *texto* como organización; ya que separar significación y estructura es una falacia lingüística, la consideración de un dualismo insostenible” (1975: 29). El análisis conjunto de los aspectos formales y semánticos lleva a Taléns a postular una lista con los rasgos que propone como característicos del género. Por un lado, dentro de la forma exterior identifica tres elementos fundamentales, a saber, el viaje, el servicio a varios amos y la autobiografía. Por otro, estos recursos funcionales únicamente adquieren relevancia a la hora de novelar el proceso de evolución vital del protagonista. Así, con el fin de comprender el desarrollo psicológico del pícaro, Taléns se centra en los distintos aspectos de la sociedad del momento que terminan por

configuran su personalidad. No obstante, el crítico entiende la dependencia del personaje con los factores culturales, de ahí que concluya señalando que “el pícaro sólo lo es en su intento de ascenso social extra-clase. No es una entidad sino una función. Existe para dejar de existir. Su única meta como pícaro es dejar de serlo” (1975: 31).

Ese mismo año Gonzalo Sobejano aportaría al debate picaresco su trabajo «Un perfil de la picaresca: el pícaro hablador». Frente a las distintas tentativas críticas de definición del género picaresco atendiendo al contenido del relato y la estructura de las obras, Sobejano abre una nueva línea de investigación cuando se acerca a la picaresca desde el estudio de la lengua. En esta labor, el académico no pretende analizar el estilo personal de cada autor, sino que busca fijar una serie de patrones comunes en el uso del lenguaje característico de las novelas de la tradición. De este modo, Sobejano identifica dos cualidades propias de la expresión picaresca, esto es, la locuacidad y la crítica, las cuales deriva del hecho de que “el pícaro habla mucho, y habla —con típica frecuencia— para censurar las acciones ajenas y aun las propias” (1975: 467). Mediante esta locuacidad crítica, el estudioso consigue singularizar el discurso picaresco de las demás tendencias literarias de la época, a la par que señala los elementos básicos del relato recogido en las novelas picarescas,

“los cuales, iniciados por *Lazarillo* y desarrollados en el *Guzmán*, son los tres que ha especificado concisamente Fernando Lázaro Carreter: «a) la autobiografía de un desventurado sin escrúpulos, narrada como una sucesión de peripecias, con fórmula radicalmente diversa de la que caracteriza a la *novella*; b) la articulación de la autobiografía mediante el servicio del protagonista a varios amos, como pretexto para la crítica; c) el relato como explicación de un estado final de deshonor»” (1975: 470).

Sin embargo, Sobejano matiza que lo que determina el género picaresco no es tanto el estado final de deshonor como los otros dos elementos, es decir, el relato de las aventuras que constituyen la vida del pícaro —referido casi siempre por él mismo—, y la crítica social realizada desde la experiencia que otorga ser criado de muchos amos o tener los ojos abiertos al mundo. Con esto presente, pese a que el académico es consciente de que la posición del protagonista en el último escalafón de la sociedad permite a todos los narradores picarescos criticar cualquier aspecto de la sociedad sin miedo a perder nada, Sobejano agrupará los títulos del género en función de su mayor cercanía a uno de los extremos de la dicotomía locuacidad-crítica. Así, el estudioso sitúa a un lado al *Buscón*, que se distingue por el peso que adquiere la crítica frente a la verborrea, mientras que

emplaza a *La pícaro Justina* al otro por hacer gala de su locuacidad frente a la censura. No obstante, la propuesta de Sobejano va aún más lejos, pues hace depender de la locuacidad crítica las formas narrativas que presentan las novelas picarescas. De esta manera, la elección de la epístola semipública, la confesión general o las memorias para estructurar el relato picaresco no es fortuita, pues entiende el estudioso que estas formas permiten encauzar la labia del narrador mediante la inclusión de digresiones, monólogos o diálogos en la narración. La manera en que se manifieste la crítica en las obras dependerá más del estilo de cada autor, de ahí que las novelas picarescas oscilen entre la prolijidad moralista del *Guzmán* y la parquedad mordaz del *Lazarillo*.

Gustavo A. Alfaro recopilaría toda su labor investigadora en materia picaresca dentro de su obra *La estructura de la novela picaresca* de 1977. El libro lo componen ocho ensayos donde se examinan tanto cuestiones generales de la tradición, como las características particulares de varias novelas representativas del género. Así, encontramos en la obra de Alfaro varios trabajos de mayor amplitud teórica, «La estructura de la novela picaresca», «La genealogía del pícaro», «El cuento intercalado en la novela picaresca» y «Premáticas, cofradías y la picaresca organizada»; junto con otros ensayos centrados tanto en el alcance de la tradición en la producción literaria de otros autores áureos, «Cervantes y la novela picaresca» y «Los perros de Cervantes y el pícaro mundo», como en el análisis de títulos concretos del género, «*El diablo cojuelo* y la picaresca alegorizada» y «La antipicaresca en el *Periquillo* de Francisco Santos». No obstante, la aportación de Alfaro a los estudios picarescos se desarrolla en los ensayos que componen el primer grupo. En estos trabajos el académico resalta la importancia de la estructura narrativa en las obras picarescas, en las cuales distingue una tripartición que responde a la presentación de la genealogía del pícaro, su posterior despertar al mundo y el castigo final que pone fin a sus aventuras. Además, Alfaro incide en esta triple división al distinguir a su vez tres tipos de protagonistas picarescos diferentes —el pícaro auténtico, el antipícaro y el pícaro abufonado—, e identificar tres modos de estructurar el discurso narrativo —una forma lineal, una digresiva y otra mixta—. Con ello, el crítico vuelve a redirigir la atención del hispanismo hacia las posibilidades teóricas que todavía podía ofrecer el estudio formal de los textos del género.

Peter Dunn daría sus primeros pasos como crítico picaresco con la publicación de su obra *The Spanish Picaresque Novel* en 1979. Con esta obra, Dunn intentaría ofrecer un estudio de los títulos de la tradición española que ayudase a comprender las obras

europeas a partir del contexto picaresco original. Para ello, tras un breve rastreo de la palabra pícaro en documentos nacionales, una concienzuda consideración de los distintos intentos de adaptación del término a otras lenguas, así como un escueto análisis del periodo histórico en que surge la novela picaresca, el académico dedica el grueso del libro a estudiar las principales obras picarescas —reservando además un capítulo a Cervantes y otro a la picaresca de protagonista femenino—. De esta labor, Dunn extrae una serie de conclusiones en las que se apoya a la hora de ofrecer su contribución a la definición del género. Así, además de reconocer la importancia de la autobiografía en los textos picarescos, cuyo particular uso novelesco se inicia en el *Lazarillo* y únicamente es continuado por Alemán, Quevedo y Cervantes en su carácter subversivo, el crítico termina por afirmar que la

“picaresque was, as I think the evidence compels us to conclude, the genre which denied itself, contradicted and finally destroyed itself, and as such it sets in motion a process which may be obscured in the eighteenth century but which in the nineteenth and twentieth centuries becomes the typical expression of artistic energy” [picaresca era, como creo que la evidencia nos obliga a concluir, el género que se negaba a sí mismo, contradecía y finalmente destruía a sí mismo, y como tal pone en marcha un proceso que puede ser oscurecido en el siglo dieciocho pero que en los siglos diecinueve y veinte se convierte en la típica expresión de la energía artística] (1979: 144).

A esta obra le seguiría en 1982 el artículo «Problems of a Model for the Picaresque and the Case of Quevedo’s *Buscón*». Este trabajo viene a intentar cerrar el inagotable debate en torno a la existencia de un género picaresco tal y como lo dejó esbozado en su anterior estudio. Para ello, Dunn señala que, pese a la vigencia de un corpus picaresco reconocible, no es posible establecer un género para el canon. En este sentido defiende que intentar delimitar la picaresca a una definición operativa resulta inviable, tal y como evidencia la falta de consenso académico en la materia hasta la fecha. De este modo, Dunn sostiene que “the prerequisite for interpreting picaresque novels is to forget that they are picaresque” [el prerequisite para interpretar las novelas picarescas es olvidar que son picarescas] (1982: 104). No obstante, el académico maneja una concepción de la picaresca que parte de la variedad de unas obras caracterizadas en última instancia por su tono irónico y satírico. Con estas premisas en mente, Dunn demuestra la ineficacia de los postulados teóricos de Lázaro Carreter para el caso del *Buscón*. Por ello, desecha el concepto de género toda vez que sus rasgos complican el estudio de las obras, defiende la consideración de las similitudes —y diferencias— de todos los textos y no solo de las

obras que Lázaro Carreter identifica como fundacionales, aboga por categorizar la picaresca dentro de los *satirical romances* y no dentro de la novela, a la vez que se muestra convencido de que Quevedo —al igual que los demás autores posteriores de la tradición— no tenían un molde preconcebido del género en mente basado en *El Lazarillo* y *El Guzmán* a la hora de escribir sus obras.

Finalmente, Dunn concretaría toda su trayectoria en el ámbito de la picaresca en *Spanish Picaresque Fiction: A New Literary History* de 1993. Como no podía ser de otra manera, el primer capítulo del libro reincide en el rechazo de la existencia de un género picaresco y concibe la picaresca a modo de impulso artístico reaccionario similar al de cualquier contragénero. A partir de ahí, Dunn ofrece una lectura crítica de los textos canónicos —*Lazarillo*, *Guzmán* y *Buscón*— y lleva a cabo un detallado estudio de las novelas como particular formulación ficticia del mundo real. Con ello, el crítico establece un nuevo panorama de relaciones entre las obras, las cuales nacen de las modificaciones del universo literario plasmado en cada relato picaresco. Así, tomando como base el punto de vista señalado por Rico como rasgo distintivo de la poética picaresca, el estudioso señala que

“the world of Lázaro de Tormes and his sense of his place in it is not replicated in *Guzmán de Alfarache*. There are questions whose significance varies with the work to which they are addressed, whether to *Lazarillo* or to any of its successors: the reciprocal play of cause and effect that informs the relation between the protagonist and his world; his view of his responsibility to his world, and for its being as it is; and conversely, his views of its responsibilities to him” [el mundo de Lázaro de Tormes y su sentido de pertenencia en él no se repite en el *Guzmán de Alfarache*. Hay cuestiones cuyo significado varía con el trabajo al que se destinan, ya sea al *Lazarillo* o a cualquiera de sus sucesores: el juego recíproco de causa y efecto que informa de la relación entre el protagonista y su mundo; la perspectiva de sus responsabilidades con él] (1993: 113).

Siguiendo esta idea, una vez analizados los mundos externos e internos de tales textos, Dunn se centrará en mostrar el peculiar mundo narrativo de Cervantes —surgido de una apuesta ficcional contraria a la picaresca—, de las pícaras y de las demás obras que participan del universo picaresco. Así las cosas, el libro se cierra con la rompedora interpretación de la picaresca como texto cultural en lugar de género literario tal y como se venía defendiendo dentro del hispanismo desde la aparición de los respectivos trabajos de Guillén y Lázaro Carreter.

En 1979 aparecería el primero de los trabajos de Edmond Cros, «Aproximación a la picaresca», en el que el académico empezaría a tantear la tradición hispana desde la crítica sociohistórica. El enfoque sociocrítico permitiría explicar a Cros la distintiva morfología y sentido de los textos del género en la confluencia de la historia y la semántica. Para ello, elabora un método teórico que analiza cómo la elección de un signo y su significado, así como la extensión literal y su connotación, surge como posibilidad o respuesta sistemática del autor a unas pulsiones individuales o colectivas estrechamente relacionadas con unas determinadas circunstancias. La reconstrucción de estas circunstancias permitiría al crítico literario entender los pormenores que rodean al relato y que plantean, mediante una serie de acuerdos y desacuerdos, la unidad y la pluralidad del mensaje (1979: 31). De este modo, Cros examina *El Lazarillo* a través de los sistemas semánticos y la forma en que se manifiestan con el fin de descubrir la dinámica creadora que subyace al texto. Las dicotomías surgidas de este análisis llevan al académico a situar la novela dentro de un contexto de formación de nuevas estructuras económicas en el que se invierten los valores ideológicos tradicionales. Así, Cros señala que tanto *El Lazarillo* como *El Guzmán* nacen como reacción al debate sobre la mendicidad que se producía en la Europa cristiana desde mediados del siglo dieciséis y que se zanja para el catolicismo con el Concilio de Trento.

No obstante, esta breve primera incursión del estudioso en el género picaresco es desarrollada con más detalle en su siguiente trabajo, *Literatura, ideología y sociedad*, que es publicado en 1986. En este libro, Cros sistematiza los pormenores de la teoría sociocrítica, la cual, mediante distintos conceptos de novedoso potencial crítico —como el de *genotexto* o el de *fenotextos*, por citar algunos—, ayuda a entender el conjunto de relaciones semánticas y textuales que se establecen entre las novelas picarescas, el lector y el entramado cultural que les da forma y sentido. Sin embargo, es necesario aclarar que el objetivo de esta obra no es el estudio de la picaresca, ya que Cros se acerca únicamente a la tradición literaria española del Siglo de Oro para evidenciar las posibilidades teóricas de la sociocrítica a la hora de comprender las obras. De este modo, no sorprende que, tras arrojar nueva luz sobre las novelas del anónimo autor, Alemán y Quevedo, el académico prosiga el desarrollo de su propuesta teórica con el análisis de las obras de otros dos escritores mexicanos, Carlos Fuentes y Octavio Paz.

Finalmente, en su artículo «La noción de novela picaresca como género desde la perspectiva sociocrítica» de 2001, Cros vuelve a realizar una aproximación a la picaresca

desde la sociocrítica, esta vez centrada en *El Guzmán de Alfarache*. Así, con el fin de dar respuesta a la pregunta “¿qué tipo de relación existe entre el surgimiento de un género literario y la sociedad en la cual surge este género?”, Cros examina la idea de la génesis mixta del género picaresco de Lázaro Carreter mediante la observación de las relaciones que se establecen entre modelos e imitaciones. Señaladas las limitaciones de las propuestas teóricas empleadas hasta el momento, el estudioso aborda la definición de la picaresca desde la perspectiva de la morfogénesis, pues defiende que la resolución de tan escurridiza cuestión pasa por “entender las condiciones sociohistóricas que han generado las formas de este género” (2001: 86). Por ello, tras definir su hipótesis morfogenética, Cros encuadra la novela de Alemán en el contexto histórico donde surge, que no es otro que la tardía polémica en torno a la mendicidad —representada en el *Lazarillo*— que todavía no se había resuelto en nuestro país. Con ello, el académico consolida la teoría del origen de la picaresca en dos tiempos como resultado del cuestionamiento por el protestantismo de las normas sociales que organizan la sociedad española del siglo XVI y concluye su acercamiento al género señalando que

“el hecho de que el género picaresco haya aparecido en España y no en otra parte de Europa radica en este contexto desfasado. La novela picaresca se nos presenta luego como el producto de la coincidencia conflictiva de dos tiempos históricos distintos o sea como un producto de la inadecuación de las mentalidades castellanas a un contexto socioeconómico importado. Dichas mentalidades se resisten a evolucionar por estar involucradas en un contexto socioeconómico que no es el contexto de la Europa del Norte” (2001: 93-94).

Con ello, si bien su particular planteamiento fue recibido dentro de la tradición hispanista con el esperado entusiasmo que produce la novedad, la complejidad de las teorías empleadas hizo que su aportación sobresaliese fundamentalmente por su carácter globalizador de fondo y forma en el estudio del corpus picaresco más que por sus logros críticos.

Los trabajos sobre picaresca de Domingo Ynduráin no pretenden abarcar una extensión totalizadora del género español, pues tanto la «Introducción» al *Buscón* de 1982, como el artículo «El Quevedo del *Buscón*» de 1986, se limitan a analizar la contribución literaria de Quevedo para la tradición hispana. En la «Introducción», Ynduráin abraza las tesis de Guillén y Lázaro Carreter sobre el nacimiento del género a partir del *Lazarillo* y del *Guzmán*, para pasar luego a examinar la novedad que supuso la obra del anónimo autor dentro del panorama literario de la época y dar cuenta de cómo

Alemán supo ver la potencialidad que ofrecía esta novela para su propuesta narrativa. En este sentido, señala que “el *Guzmán de Alfarache* no se limita a reproducir el modelo heredado: de la misma manera que acentúa las anecdóticas habilidades del pícaro, acentúa también las fuerzas del proceso narrativo, llevándolo a una desmesura barroca difícil de sobrepasar sin que se rompa el esquema” (1982: 16). Una vez quedan identificadas las variaciones que realiza Alemán sobre *El Lazarillo* en su obra, Ynduráin dedica sus esfuerzos a evaluar la naturaleza picaresca del *Buscón*. De acuerdo con la variabilidad que caracteriza a las obras picarescas desde la consolidación del género, el académico sostiene que “*La vida del Buscón* está en la línea de la novela picaresca y parte de sus planteamientos, aunque los contradiga en muchos aspectos” (1982: 18). De esta manera, Ynduráin enumera, por oposición a los modelos fundacionales, las claves poéticas de la obra de Quevedo y señala, por encima de cualquier otro rasgo, el carácter paródico del texto. Así, de acuerdo con el estudioso, el logro de Quevedo residiría en utilizar la poética picaresca para parodiar las tesis sociales que defendían las obras anteriores, esquematizando con ello el planteamiento formal del género, a la par que radicalizando el contenido tratado hasta aquel momento por las novelas de la tradición.

En el artículo posterior, «El Quevedo del *Buscón*», Ynduráin desmontaría los mitos narrativos vertidos hasta la fecha por la crítica sobre la obra. Para ello, se sirve de la certeza que caracteriza al enfoque filológico, pues rebate asunciones teóricas y examina la obra en su vertiente temática y formal recurriendo únicamente al texto. De este modo, el exhaustivo examen que realiza el académico de la novela demuestra los fallos presentes —tanto formales como de contenido— en *El Buscón*, determina la deuda real de Quevedo con las corrientes literarias de la época y reincide en la apropiación de la poética picaresca para dar rienda suelta a la conservadora ideología del autor por medio de un humor incisivo e hiriente. Así las cosas, Ynduráin concluye que la propuesta picaresca de Quevedo continúa y emula la serie Lázaro-Guzmán deshaciendo lo tejido, de ahí que *El Buscón* abra camino a la novela picaresca concebida “como una suma de facecias, anécdotas y hallazgos verbales” (1986: 134), toda vez que la obra nace de las pretensiones elitistas encaminadas al alarde literario del escritor en su satírica crítica de la sociedad.

Pese a que también en 1982 Antonio Rey Hazas volvería sobre la obra de Quevedo en su «Introducción» a la *Historia de la vida del Buscón*, las claves de su concepción del género picaresco serían expuestas fundamentalmente en tres obras posteriores. El primero de estos trabajos lo constituye otra «Introducción» publicada en su edición de *La vida de*

Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades de 1984. Las poco más de cuarenta páginas que la integran se dividen en dos apartados, el primero dedicado exclusivamente al estudio del *Lazarillo* y el segundo centrado en el origen, el concepto y la poética de la novela picaresca. De esta manera, Rey Hazas aborda los fenómenos que, en su opinión, explican el nacimiento del género, entre los cuales señala la mendicidad —no en su abundancia, sino en los anhelos de reforma—, una reacción histórico-literaria —en tanto que actitud antiheroica frente a la épica y los libros de caballería, además de alternativa ante las populares novelas pastoriles y bizantinas—, la influencia del erasmismo y de la Contrarreforma —que da cuenta tanto de la recepción como del combate de las ideas protestantes por parte de la Iglesia católica en España—, los conversos —pues los autores de la tradición serían mayoritariamente cristianos nuevos que sufren las consecuencias sociales de los trasnochados conceptos de la honra y la limpieza de sangre—, el afán de integración social —que vuelve sobre la lucha de clases defendida por Tierno Galván— y la dialéctica honor-deshonor —motor impulsor último de la novela picaresca—. Tras ello, el crítico revisa las aportaciones —y deficiencias— de los trabajos de del Monte, Parker y Bataillon respecto al concepto y la delimitación de lo picaresco, cuyas conclusiones no vienen sino a demostrar la imposibilidad de esta última empresa. Así, de entre todas las posibilidades teóricas, Rey Hazas abraza el enfoque sincrónico de Lázaro Carreter a la hora de estudiar la picaresca y se apoya en el parlamento de Ginés de Pasamonte en el Quijote para defender la existencia del género.

Reconocida la aparición del género con *El Lazarillo*, el estudioso analiza la evolución de las novelas y establece una nueva poética a partir de los siguientes rasgos comunes a las obras. Por un lado, define al pícaro como un tipo literario caracterizado por ser la encarnación del deshonor, mostrar un continuo afán de ascenso social, actuar conforme a su ingenio para sobrevivir al hambre, presentar una genealogía vil, moverse en el campo de gravitación de la mendicidad, ser un delincuente, descubrir que se encuentra en un mundo adverso, pasar de la inocencia a la malicia, tener malas compañías, estar solo y hacer gala de una paradójica moral picaresca, destacando finalmente las particularidades propias de las pícaras en este listado. Por otro, ofrece un listado de los elementos característicos de la estructura externa de la novela picaresca, entre los que identifica la forma pseudoautobiográfica de la narración, un punto de vista único sobre la realidad, un diálogo parcial y la dialéctica lector-autor, la presentación de la historia de sus progenitores antes de dar comienzo a la suya, una evolución temporal de la niñez a la

madurez, un dualismo temporal en el que confluyen en el mismo plano narrativo la óptica del pícaro narrador maduro con la del niño que vive las aventuras, el servicio del protagonista a varios amos y su viaje constante, la subordinación de los episodios a un eje ordenador, una narración cerrada tras satisfacer el *caso* y una vida abierta que permite contar al personaje su vida hasta el momento, y la presencia de dos modelos de composición dentro de la misma poética, uno puramente narrativo y otro de carácter narrativo-digresivo.

Una vez Rey Hazas termina su propuesta teórica, reflexiona de nuevo sobre el género cuando nos dice que

“sabemos, pues, cómo es la novela picaresca; conocemos los elementos que la conforman; pero aún nos queda un interrogante sin respuesta: ¿Por qué es como es, y no de otra manera? ¿Por qué son éstos y no otros los rasgos que la configuran? O lo que es lo mismo, ¿qué factores ideológicos y temáticos son el correlato inseparable de la morfología picaresca que acabamos de presentar?” (1984: 39).

Su respuesta es clara: la poética comprometida de sus autores. Explica Rey Hazas que la novela picaresca soportaba una carga semántica específica que permitía expresar la particular ideología de sus escritores, la cual estaría determinada por distintos factores sociales y religiosos en función de los que el académico establece una clasificación de los novelistas que conforman el género. De este modo, tras dividir la nómina en conversos, nobles y exiliados, concluye que

“la novela picaresca, en suma, era un género especialmente adecuado para el debate ideológico, cuya poética implícita obligaba, casi necesariamente, el tratamiento de una serie de temas sociales, políticos y morales de plena actualidad —influencia del linaje, concepto de la honra, relación honra-dinero, relación honra-herencia, relación honra-aspecto externo, posibilidad de cambio social, concepto de nobleza, justicia-injusticia social, situación del escudero—; aunque su morfología favorecía, simultáneamente, que la crítica pudiera realizarse desde perspectivas ideológicas distintas e incluso opuestas” (1984: 47).

Este trabajo es ampliado en 1990 con la publicación de su libro *La novela picaresca*. En esta obra, además de desarrollar las características que propuso como distintivas del pícaro, Rey Hazas analiza por separado cada uno de los rasgos formales atribuidos a las novelas picarescas en la anterior introducción. Este proceder le permite postular un corpus de textos picarescos formado por diecisiete obras, el cual se abre con

La vida de Lazarillo de Tormes en 1554 y se cierra con *La vida y hechos de Estebanillo González* en 1646 (1990: 45).

Por último, en *Deslindes de la novela picaresca* de 2003, el hispanista reúne en un solo volumen todos los ensayos sobre el género picaresco que había publicado hasta la fecha por separado. El primero de los trece trabajos es su artículo «Poética comprometida de la novela picaresca» de 1982, donde Rey Hazas intenta arrojar luz sobre los elementos definatorios del género picaresco, a la par que defiende el empleo de la poética picaresca por parte de una serie de autores —casi siempre inexpertos— para expresar sus posturas ideológicas ante temas de rabiosa actualidad durante la época. Les siguen varios estudios sobre *El Lazarillo*, la continuación de Juan de Luna, *El Guzmán*, *El Buscón*, *La pícaro Justina*, *La hija de Celestina*, *La niña de los embustes*, *Teresa de Manzanares* —sobre los cuales el académico establece una serie de diferencias entre las novelas de protagonista masculino y femenino—, y posteriormente dedica un apartado al acercamiento de Cervantes al género picaresco, entre cuyos ensayos destacan «Género y estructura del *Coloquio de los perros*, o cómo se hace una novela» de 1983, «*Rinconete y Cortadillo*: la picaresca abre las puertas de la mafia» de 1996 y «*La ilustre fregona* o la picaresca antideterminista» de 1997. No obstante, las ideas plasmadas en estos ensayos servirían de base para los dos anteriores trabajos en los que, como vimos, Rey Hazas da forma a su distintiva visión del género.

Un año más tarde, en 1983, Carlos Vaíllo realiza un exhaustivo análisis del panorama crítico en torno al género picaresco dentro del volumen dedicado al Barroco en la colección *Historia y crítica de la literatura española* dirigida por Francisco Rico y sitúa la picaresca como posibilidad narrativa distinguida frente a otras formas literarias de la época como los libros de caballerías, la novela pastoril o la novela cortesana. En este sentido, el estudioso apunta que “el afianzamiento del pícaro dentro de un género narrativo, [...] constituye la novedad más interesante y una aportación sustancial del período al desarrollo de la novela moderna, a costa de desbancar (por el momento) a la otra gran corriente posible de realismo novelístico que habría inaugurado Cervantes en España” (1983: 448). La picaresca, al igual que la producción cervantina, vendría a reivindicar un espacio literario para el realismo dentro de una prosa caracterizada por su corte fundamentalmente idealista. No obstante, Vaíllo explica que, a pesar del gran éxito de público, los autores del género no supieron entender la radical novedad de los textos

fundacionales del género, de ahí que coincida con Sevilla Arroyo en señalar que, con el paso del tiempo,

“la acción de la novela picaresca se recarga con discursos moralizantes y varios de sus motivos típicos se trasplantan a otras formas en un proceso fatal de “desnovelización” que desemboca en las alegorías satírico-morales o en el costumbrismo, por hipertrofia retórica de la descripción, [de tal manera que] se malogra el primer intento serio de implantar la novela realista en una literatura europea” (1983: 448).

Pese a ello, el hispanista intenta descifrar las distintas corrientes que dejaron su impronta en la configuración del género, entre las que destaca los relatos de viaje, las narrativas de cautiverio o las autobiografías de soldados que recogen la tradición militar de los memoriales (1983: 455); a la par que revisa los avances críticos realizados sobre las principales obras picarescas en tanto que permiten dilucidar la poética del género. De esta forma, si bien Vaíllo no busca postular un intento de definición de la tradición picaresca, resalta tanto el desconcierto a la hora de precisar los límites del género, como la variedad de pareceres—en ocasiones dispares— entre los académicos respecto a “las obras que cabe incluir bajo el marbete de la picaresca” (1983: 449). El logro de su trabajo radica entonces en aislar los aportes críticos que más han ayudado a comprender las cuestiones de mayor alcance en la definición del género, de ahí que dedique un apartado a la constitución genérica de la picaresca en el que une acertadamente las principales ideas de las tesis de Lázaro Carreter y Guillén, y otro a los fundamentos ideológicos de la tradición a partir de los postulados de Bataillon y Parker —amén de una ristra de trabajos sobre distintos aspectos específicos de los textos que constituyen el género—.

En 1986 aparecería el libro *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)* de José Antonio Maravall. El extenso trabajo de Maravall culmina los estudios picarescos realizados desde la perspectiva historicista y social del género, a la vez que evidencia el final de las posibilidades teóricas de tales enfoques. En las más de ochocientas páginas que integran la obra, el crítico postula su interpretación de la literatura como testimonio —que no reflejo— de la mentalidad de la época y sitúa el nacimiento de la picaresca dentro de un contexto preciso: la decadencia económica de la España de los Siglos de Oro y los modelos literarios tardomedievales y renacentistas que, según Maravall, “preludian una actitud de desviación social, luego desarrollada en la picaresca” (1986: 15). De este modo, el académico analiza la figura del pícaro y sus aventuras a través del mundo de relaciones que configura el personaje en las distintas

novelas de la tradición, poniendo en evidencia con ello diversas cuestiones morales estrechamente ligadas a los aspectos socioeconómicos tratados en las obras. Tan fuerte dependencia lleva a Maravall a entender la picaresca como una literatura de aviso donde se intuyen los males del momento y se insta a su corrección. Así, con el fin de analizar tales defectos, el estudioso divide su trabajo en cinco partes donde desarrolla diferentes temas que abarcan desde el concepto de pobreza —y el cambio de actitud hacia el pobre— en la primera parte, titulada «Los condicionamientos sociales del comportamiento picaresco»; el desarraigo social, el natural solitario y la movilidad característicos de los pícaros en la segunda, «La ruptura de los lazos tradicionales. Desvinculación, individualismo y medro»; el psicologismo del personaje y su particular conducta —que diferencian al pícaro del delincuente— en la tercera, «Un entorno de anomia. Usurpación y ostentación sociales»; hasta la violencia y las distintas formas de supervivencia al alcance de pícaros o pícaras en la cuarta, «El hombre en acecho y la lucha del pícaro. Sus tensiones básicas». A partir de tan detallada exposición del universo picaresco, Maravall resaltarán en la última parte el carácter moralizador y combativo del género cuando concluye su trabajo señalando que la novela picaresca “no está escrita para los pícaros [...] sino para los conformistas e integrados, instalados convenientemente en la sociedad” (1986: 774).

Alfonso Rey Álvarez publicaría en 1987 su artículo «El género picaresco y la novela», donde intenta descifrar la lectura del *Lazarillo* que realizasen los lectores de la época a partir de las narraciones picarescas surgidas —de manera directa o indirecta— al calor del anónimo librito. Con ello, Rey Álvarez busca comprobar si la radical propuesta literaria del *Lazarillo* fue entendida y asimilada por sus contemporáneos. A partir de las interpolaciones a la primera edición de la obra, el académico defiende que la novedad narrativa del autor original pronto fue alterada conforme a los modelos tradicionales de la época. Así, mientras el texto primigenio cierra el relato con la satisfacción del *caso*, la mano de ciertos editores introduciría ciertas digresiones que dejarían la puerta entreabierta a una narración abierta con posibilidad de segundas partes. Si bien Alemán organiza su relato conforme al molde del *Lazarillo*, *El Guzmán* modifica, se aparta o “apura hasta las últimas consecuencias las posibilidades insinuadas en el primer relato” (1987: 315). Esta alteración de la apuesta narrativa del anónimo autor la analiza Rey Álvarez en los restantes títulos picarescos, limitando la amplitud de tan gran empresa al examen de varios de los rasgos estructurales o funcionales comunes a las novelas de la

tradición: el narrador, el destinatario y el tipo de construcción, esto es, si la narración queda cerrada o abierta. De su investigación se desprende la dificultad de reconstruir una hipotética preceptiva de la picaresca, aunque pone de manifiesto la conciencia que del género tuvieron sus cultivadores. Tal conciencia surgiría, de acuerdo con el crítico, tras la aparición del *Guzmán apócrifo* de Mateo Luján de Sayavedra en 1602, pero no se manifestaría en una concepción precisa desde el punto de vista formal. Con ello, demuestra que la figura literaria del pícaro

“nunca se acomodó a un molde definido. Conoció especificaciones diversas, en lo caracterológico (mujer, bufón, virtuoso, escarmentado) y en lo funcional (escritor, narrador, conversador, mero personaje). Además, los relatos con pícaro [...] podían abarcar diversos temas y proyectarse, como así sucedió, en distintas direcciones ideológicas” (1987: 324).

Sobre esta flexibilidad característica de las novelas picarescas sostiene Rey Álvarez su definición del género, toda vez que entiende lo picaresco como “una materia susceptible de ser conformada de los modos más diversos” (1987: 324). Finalmente, termina su estudio de la tradición picaresca defendiendo el nacimiento del género en 1555 con la segunda parte del *Lazarillo*, analizando el papel central de la sátira en las novelas —para lo cual vuelve sobre la definición del término empleada en aquellos siglos—, y replanteando la denominación *novela* para las obras del género. Rey Álvarez entiende que los escritores áureos no lograron darse cuenta del nuevo patrón formal de carácter novelesco elaborado en *El Lazarillo* y abocaron a la picaresca a un declive evolutivo que equiparó sus textos a las muestras narrativas que por aquel entonces se producían (1987: 331).

A pesar de que Miguel Ángel Teijeiro Fuentes da sus primeros pasos en el terreno picaresco en el «Estudio preliminar» que realizase para su edición de *El Buscón* en 1990, sería en el capítulo cinco, «La novela picaresca en los orígenes de la novela moderna» de la obra que publicase en 2007 junto a Javier Guijarro Ceballos, *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*, que el académico se lanzase a establecer una definición poética del género y un corpus cerrado de obras. De esta manera, los primeros esfuerzos de Teijeiro se encaminaron a enmarcar la obra de Quevedo en la tradición picaresca a partir de los rasgos que entiende esenciales para el protagonista —deseo de señorío, intento de adquisición de señorío y fracaso del intento— (1990: 38), y de una serie de dialécticas expuestas tanto en las obras

fundacionales como en algunos textos posteriores del género —apariencia-realidad, avaricia-caridad o determinismo-libre albedrío— (1990: 66). Sin embargo, consciente de las limitaciones de su aproximación a la picaresca, el académico resumiría las principales propuestas críticas hasta la fecha sobre el género, recuperaría los distintos enfoques teóricos empleados en el estudio de la tradición y consideraría los planteamientos críticos bajo los que los hispanistas determinaban la adhesión al corpus o el grado picaresco de los textos. Así las cosas, el mayor logro de Teijeiro radica en admitir la dificultad de intentar encorsetar el conjunto de novelas a una poética rígida del género, así como en reconocer la futilidad de pretender fijar un listón con el que decidir qué obras participan de la picaresca y cuáles no. De este modo, intentando ser lo menos restrictivo posible, el estudioso define el género como

“un conjunto de relatos en los que se cuenta la autobiografía de un personaje, bien hombre, bien mujer, de baja condición social, cuyos intentos de ascenso social chocan una y otra vez con sus malos propósitos y sus continuos engaños. A través de un viaje, propiciado por el hambre y marcado por el servicio a diferentes amos, el protagonista de estas narraciones vive una serie de adversidades que le empuja a mentir y robar, y que le impulsa a una crítica irónica y despiadada de la sociedad en la que vive” (2007: 229-230).

De esta definición se desprende que la caracterización de la poética picaresca de Teijeiro es más una selección específica del conjunto de aportaciones críticas de mayor trascendencia hasta el momento que una apuesta personal y original del género.

La dilatada trayectoria de Fernando Cabo Aseguinolaza en materia picaresca comienza con su trabajo «*El Guitón Honofre* y el modelo picaresco» en 1986. En este artículo, el académico se afanaba en demostrar la factura picaresca de la obra de Gregorio González. No obstante, Cabo Aseguinolaza realizaría distintas catas puntuales similares dentro de la tradición. En 1993 el crítico hace una edición de *La vida del Buscón* en la que se incluye un detallado estudio preliminar de Lázaro Carreter para la obra de Quevedo. El estudio preliminar de Lázaro Carreter a *La vida del Buscón* sería sustituido por uno del propio Cabo Aseguinolaza en la edición de 2001, año en que el estudioso intenta además situar la tradición picaresca en el contexto literario español a partir de la historiografía en su artículo «La novela picaresca y los modelos de la historia literaria».

Sin embargo, es en su libro *El concepto de género y la literatura picaresca* de 1992 donde el académico desarrolla de forma global —y detallada— sus planteamientos teóricos en el campo de la picaresca. Así, la obra se abre con una revisión crítica de las

tres tendencias que habían dado cobijo a los trabajos sobre el género hasta la fecha, a saber, la referencialista (centrada en la relación de los textos con diferentes aspectos del contexto en el que surgen), la formalista (orientada al análisis de los rasgos formales de los textos) y la comparatista (encargada de examinar el género como fenómeno literario supranacional) que, en palabras del autor, no hace sino evidenciar que “la picaresca constituye todavía, por muy abrumadora que sea la bibliografía, una cuestión abierta” (1992: 44).

Por ello, con el fin de entender mejor y delimitar de manera más precisa el género picaresco, Cabo Aseguinolaza propone un acercamiento a las novelas picarescas considerando los textos no como productos o enunciados, sino como modelos enunciativos. En este sentido, el académico aboga por reivindicar la figura del pícaro en tanto que narrador y analiza tres aspectos que entiende fundamentales para la enunciación: la autobiografía, el estilo y la recepción inmanente. A partir de ellos, Cabo Aseguinolaza realiza un cotejo de las obras de la tradición atendiendo a su estructura enunciativa y ofrece un listado de los textos que constituirían el género. Posteriormente, el estudioso trata de situar teóricamente el género ayudándose de la pragmática y propone una definición de la picaresca en tanto que acto narrativo singular. La teoría de los actos de habla es, de este modo, el pilar sobre el que Cabo Aseguinolaza sostiene su concepción genérica de la picaresca, de ahí que dedique el final de su obra al análisis de la dimensión autorial, de la recepción y crítica del género —esto es, al estudio del autor como imitador consciente de una poética sin precisar—, a la relación que se establece entre el lector y el texto, y a la tipificación de los textos por el lector especializado tras una actividad crítica de *postprocesamiento* o reelaboración y reconocimiento del metadiscurso literario.

Si bien la extensa producción crítica de Michel Cavillac no busca establecer unos límites precisos para el género o fijar una poética de la novela picaresca, en sus trabajos se tratan cuestiones semánticas y formales que desarrollan varios de los rasgos característicos de los textos picarescos. Desde esta perspectiva, la propuesta del crítico no destaca por la novedad de los elementos considerados en sus investigaciones, sino debido al nuevo sentido que les otorga. No obstante, la producción de Cavillac no abarca la totalidad de la batería de rasgos asociados a la tradición picaresca, pues en sus trabajos únicamente se plasman varios asuntos que el estudioso expandirá y reformulará de manera constante a lo largo de su actividad como hispanista. Así, su obra “*Atalayisme*” *et picaresque. La vérité proscrite: Lazarillo, Guzmán, Buscón* de 2007, compuesta por

tres ensayos anteriormente publicados de forma individual y aquí ampliados ahora, «La question du père dans le roman picaresque» de 1988, «Les métamorphoses de “l’Atayala” dans l’imaginaire du Siècle d’Or» de 1990 y «Les trois conversions de Guzmán de Alfarache (regard sur la critique)» de 1993, da buena cuenta de los problemas picarescos en los que fundamentalmente se centra el académico.

En estos artículos Cavillac reconsiderará el origen vil del protagonista, la situación de los conversos desde los estatutos de limpieza de sangre y el determinismo al que se ven sometidos aquellos individuos situados en los límites de la sociedad. De este modo, el estudioso defenderá que el fin último de las obras picarescas no es otro que el de revelar —con gran sutilidad y maestría— verdades incómodas sobre la realidad de su tiempo imposibles de tratar de otra manera. Así, en el primero de los artículos, Cavillac volverá sobre las consecuencias sociales que impone la figura paterna a los personajes, en el segundo entroncará las novelas picarescas con el discurso *atalayista* desde la tradición lucianesca rescatada por Erasmo hasta la publicación del *Guzmán*, y en el tercero examinará la singular conversión del pícaro de Alfarache desde una perspectiva moral, política y poética que adquiere su significado real a través de “la vérité proscrite” inherente a la narración picaresca. A tales temas, Cavillac sumaría el trasfondo comercial de la obra de Alemán y el empleo de mercader entre los oficios propios del pícaro en *Pícaros y mercaderes en el “Guzmán de Alfarache”* de 1994 y «La figura del mercader en el *Guzmán de Alfarache*» de 2001, así como la técnica dialogística empleada por Alemán a partir de la imagen que adquiere el receptor en «El diálogo del narrador con el narratorio en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán», también de 2001.

Sin embargo, todo el universo crítico del estudioso sería desplegado por completo en su libro *“Guzmán de Alfarache” y la Novela Moderna* de 2010, donde Cavillac defendería una vez más la concepción atalayista y el componente ideológico del texto picaresco en la confluencia de la religión y la política, pues como acertadamente indica, “al filo del Seiscientos, la única alternativa ideológica capaz de erigir al galeote-escritor en “atalaya de la vida humana” venía a ser la ética mercantilista cuyos supuestos rebasaban con creces los confines de la mentalidad conversa” (2010: 35). De esta forma, tras valorar de nuevo el carácter atalayista de Guzmán —esta vez por comparación con la novelita de *Ozmín y Daraja*— y emparentar al pícaro con San Antonio de Padua —a través de la etimología del nombre de pila que compartían el santo y su padre— en la primera parte de la obra, situar *El Guzmán* en las coordenadas temporales del humanismo

y la reforma de la mendicidad según aparecen expuestos en la edición de Amberes del *Lazarillo* en la segunda, reconsiderar la conversión del héroe de Alfarache bajo los postulados franciscanos encarnados en San Juan —tal y como sucede en la *novella Bonifacio y Dorotea*— en la tercera, analizar las modalidades y la finalidad del diálogo entre el narrador y el narratario en aras de la verosimilitud, así como la importancia de la obra en la configuración de la novela moderna en la cuarta, y reinterpretar la posterior recepción del *Guzmán* dentro de la literatura del momento en la quinta, Cavillac termina de hilvanar finalmente sus planteamientos en torno al mensaje ideológico subyacente en las obras picarescas y la particular estructura derivada del diseño dialogístico que se produce a partir del protagonista-narrador y su interlocutor-lector en *El Guzmán*.

Con ello, tan solo faltaría mencionar el artículo «Del *Guzmán de Alfarache* al *Persiles*» publicado en un número monográfico de la revista *Criticón* en torno a «Mateo Alemán y Miguel de Cervantes: dos genios marginales en el origen de la novela moderna» en 2007, en el cual se anticipan las conclusiones del postrer capítulo de su último libro, y lamentar que sus investigaciones quedasen limitadas casi de forma exclusiva al texto de Alemán, toda vez que de sus tesis quizás se hubiese podido entrever una poética definida para el género.

Tomando como base la multitud de ediciones que sobre textos picarescos y cervantinos publicase, Florencio Sevilla Arroyo daría a conocer su propuesta de definición del género que inaugura *El Lazarillo* en la presentación con la que abriese su antología *La novela picaresca española* de 2001. El hispanista comienza su estudio reconociendo la innegable existencia de una tradición literaria picaresca, de tal forma que pone fin a todas aquellas elucubraciones críticas que habían cuestionado la categoría genérica de la picaresca cuando afirma que es el “género narrativo mejor asentado en nuestros Siglos de Oro y más profundamente enraizado en nuestra tradición cultural” (2001: v). Más allá de postulados teóricos, el género picaresco tomó forma en la conciencia de lectores y escritores, los cuales metieron en el mismo saco obras con tantas disparidades como puntos comunes entre sí.

No obstante, Sevilla Arroyo reconoce que intentar establecer una poética definida para el género no es tarea baladí. Teniendo muy presentes los esfuerzos de Lázaro Carreter y Cabo Aseguinolaza para dotar de entidad genérica a la serie picaresca, el académico aboga por un similar acercamiento inductivo a las obras picarescas. Sin embargo, promueve un enfoque más globalizador a la hora de definir el género toda vez

que, frente a la asumida consolidación de la tradición sobre *El Lazarillo* y *El Guzmán*, Sevilla Arroyo tiene en cuenta el conjunto de títulos que integran el corpus. Así, sostiene que “no sólo es que todos [los textos] se miren, en última instancia, en los dos primeros representantes, es que cada nueva realización aportará su granito de arena susceptible, a su vez, de ser moldeado como rasgo definitorio” (2001: x).

El problema surge entonces cuando el crítico se lanza a seleccionar las obras de la tradición, pues es sabedor de que en la “trayectoria que parte de lo definido a la definición, lo que quiera que defendamos como ‘novela picaresca’ dependerá en primera instancia de las obras que seleccionemos para extraer las características definitorias de su poética” (2001: vi). De este modo, establece un haz de rasgos que dan cuenta del fenómeno literario picaresco, a saber, que los novelistas destacaban por su inexperiencia narrativa al ser normalmente autores de una sola novela, que utilizaban el género como lugar de expresión de sus tesis ideológicas, que los relatos están protagonizados por un antihéroe, que la narración de sus aventuras se produce mediante la pseudoautobiografía y que este modelo narrativo dio en un diseño dialogístico presentado en multitud de variables — epístola, confesión, relación, memorias, etc.— (2001: xv). De todo ello se desprende la gran mutabilidad característica del género, ya que entiende Sevilla Arroyo que la evolución de la picaresca se origina sobre las variaciones y remodelaciones que los autores realizan sobre las novelas originales. En este sentido, defiende que “el proceso pues, de conformación picaresca [...] arranca del *Lazarillo de Tormes* y se va expandiendo merced al intervencionismo progresivo de sus seguidores, amparado siempre en un patrón implícito mutante en su propio devenir cronológico” (2001: x).

Por este motivo, el académico comprende que existen “dos ramas legítimamente desgajables del tronco picaresco” según las variaciones de los escritores picarescos se produjesen bien sobre el modelo inaugurado por el anónimo autor o bien por su primera remodelación en la obra de Alemán (2001: ix). De tal bipartición surgen dos tendencias claramente distinguibles, una marcada por un reconocible acento satírico y conceptista, y otra caracterizada por la digresión y la prédica. Así, Sevilla Arroyo concluye indicando que “la novela picaresca ha de entenderse como una serie narrativa pergeñada a imagen y semejanza del *Lazarillo de Tormes* y del *Guzmán de Alfarache*, según una poética asumida intuitivamente” a partir de los rasgos calificados como imprescindibles (2001: ix). La novedad que supone el patrón narrativo derivado del dialogismo de los textos daría entonces principio y fin al género, pues el germen novelístico del *Lazarillo* pronto cayó

en desgracia debido a los excesos barrocos de las novelas posteriores. De esta manera, el acierto narrativo del *Lazarillo* se diluiría entre distintos alardes prosísticos que desdibujaron los trazos genéricos de la novela, los cuales, andando el tiempo, degenerarían en la denominada “novela pulpo” (2001: xvi).

Finalmente, los conocimientos de Sevilla Arroyo en materia cervantina sirven para dotar de sentido a su exposición ya que, de acuerdo con el académico, sería Cervantes el primero en definir el género mediante su acercamiento al universo picaresco en *El Coloquio de los perros*. De la parodia cervantina se extrae que

“Miguel de Cervantes entendió las novelas picarescas de su tiempo como tratados satírico-morales que sacrificaban lo literario en aras de lo ascético; que habían desaprovechado la economía vitalista del *Lazarillo*, ahogándola en confesiones de corte dialogístico capaces de albergar digresiones sin cuento. Por eso las rechazó e invalidó, y por eso —aunque solo fuera por eso— podemos nosotros entender que ahí radica la esencia de la “poética de la novela picaresca”” (2001: xvii).

El primero de los trabajos de Victoriano Roncero López, «El humor y la risa en las preceptivas de los Siglos de Oro», aparece en el volumen *Demócrito áureo. Los códigos de la risa en el Siglo de Oro* editado por el propio autor junto a Ignacio Arellano Ayuso en 2006. En este libro se recogen los principales aportes teóricos expuestos durante unas jornadas de investigación dedicadas al estudio del humor y la comicidad en la literatura del periodo áureo. Pese a que aquí destacamos únicamente el capítulo de Roncero López por anticipar las principales líneas de su pensamiento en materia picaresca, también merecen mención los capítulos que tratan de otros autores del género, como pueden ser el ensayo de Alfonso Rey sobre «La comicidad en la obra de Quevedo. Cuestiones preliminares» o el trabajo de Milagros Rodríguez Cáceres «Humor y pedagogía en *Alonso, mozo de muchos amos* de Jerónimo de Alcalá Yáñez». No obstante, es Roncero López el que dota de importancia a la risa a la hora de entender el fenómeno picaresco. Así, después de proponer una completa síntesis histórica del asunto desde la antigüedad clásica hasta los Siglos de Oro, el académico revisa el concepto aristotélico de *eutrapelia* —esto es, del humor afable e inofensivo—, así como de *decorum* ciceroniano —la prudencia en el uso de la risa (asociada a las clases bajas por Platón) para no ofender al auditorio— con el fin de explicar la fusión de contenido cómico y moral defendida por Francisco Cascales en sus *Tablas poéticas* —amén de otros autores como Pinciano— que es tan característica de las obras picarescas.

En esta línea, Roncero López desarrollaría las ideas planteadas dentro de este breve artículo en *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca* en 2010. En las páginas de este libro el académico se acerca al género picaresco desde el humor y la tradición literaria bufonesca. Para ello, revisa la consideración poética de la risa desde la antigüedad y distingue dos tipos de risas claramente diferenciados: la risa aristocrática y la risa plebeya. Tomando como referente una vez más el concepto de *eutrapelia* como humor elevado cultivado hasta el Renacimiento, Roncero López opone la comicidad carnavalesca y bufonesca asociada en origen a la plebe, que por su agresividad y capacidad subversiva pronto fue utilizada por reconocidos autores cultos como medio de crítica social y política. Según el crítico, este humor se encarna en la figura del bufón, de ahí que proponga una evolución del personaje desde sus humildes orígenes en el periodo clásico hasta el refinamiento que sufre en el siglo XVI en el personaje del pícaro. De acuerdo con Roncero López, la familiaridad y la burla son los atributos que permiten al bufón denunciar cuestiones ciertamente delicadas ante los poderosos pues, entiende, su labor humorística en la corte le permite licencias fuera del alcance del resto de los mortales. Con ello, el académico propone una evolución del género picaresco a partir del humor como cualidad esencial de la novela moderna, ya que como explica

“el *Lazarillo de Tormes*, la primera novela picaresca de la literatura española convierte la risa, una risa de orígenes bufonescos, en componente fundamental del nuevo género literario, de la novela moderna, tal y como lo entenderán casi cincuenta años más tarde Mateo Alemán y Miguel de Cervantes, ilustres continuadores de la tradición que inició el autor anónimo en la España de mediados del siglo XVI” (2010: 95).

Las distintas manifestaciones de esta risa en los diferentes títulos que constituyen la serie picaresca abarcan entonces desde el humor ridiculizante del *Lazarillo*, el moralizador del *Guzmán*, el aristocrático de la *Pícara Justina* o el humillante del *Buscón*, hasta llegar al humor propiamente bufonesco del *Estebanillo*, en el cual confluirían e igualarían los tipos del bufón y del pícaro. De esta manera, Roncero López incide de nuevo únicamente en cuestiones semánticas a la hora de estudiar las novelas toda vez que concluye su propuesta señalando el elemento cómico y burlesco como rasgo fundamental del género picaresco.

Justo después de que Roncero López publicase el primero de sus trabajos, Philippe Rabaté intentaría definir el género picaresco a través del Quijote en su artículo «Cervantes y la sombra de Guzmán: reflexiones sobre la poética de Ginés de Pasamonte (Quijote, I, 22)» en 2007. Como bien indica el crítico, las teorías expuestas en su trabajo no son

nuevas ni personales, pues Rabaté reconoce que su propuesta procura esencialmente “sistematizar aportaciones diversas alrededor de la fugaz elaboración por Cervantes de un escritor-galeote” (2007: 53). De este modo, el académico incide nuevamente en el episodio metaliterario del *Quijote*—donde Cervantes parodia el género picaresco a través del encuentro entre su protagonista y Ginés de Pasamonte— con el objetivo de establecer distintos puntos de contacto entre tradiciones que ayuden a establecer la poética del género. La reducción del protagonista del *Guzmán* a mero pícaro que propone el escritor alcalaíno mediante la comparativa del héroe de Alfarache con el galeote da cuenta de la recepción que tuvo la novela picaresca por parte del público de la época, pues como indica Rabaté “el mismo Alemán luchó contra esta simplificación de lo que parecía ser la naturaleza de su obra; para reafirmar la índole moral y «atalayista» de su relato” (2007: 45).

No obstante, además de este guiño cervantino al personaje picaresco, el académico señala otros aspectos fundamentales del diálogo entre don Quijote y Ginés de Pasamonte que ponen en evidencia las coincidencias entre el pasaje del *Quijote* y la obra de Alemán. De acuerdo con Rabaté, en el relato del galeote se postula la picaresca como una escritura de la experiencia a través de la exploración de los límites de la pseudoautobiografía. Destaca además el estudioso la importancia de la galera en las obras del género, pues sirve, además de culmen narrativo a toda la vida delictiva del personaje, como lugar de redacción desde el que el héroe picaresco cuenta su vida.

Finalmente, tras proponer una nueva interpretación del concepto de verdad en el texto alemaniano a partir del pasaje en que Ginés de Pasamonte se presenta como Maese Pérez, Rabaté señala como tarea crítica pendiente la realización de un análisis de la interlocución a través de los personajes que intervienen en el diálogo del galeote, así como una aproximación al episodio cervantino desde el *Coloquio de los perros* que sirva para clarificar la deuda real de la novelita con la obra de Alemán. Ante este panorama, el hispanista concluye que la definición del género picaresco que propusiese Cervantes habría de buscarse entonces dentro de los parámetros anteriormente examinados, toda vez que “estos son los principales aspectos que permiten suponer una relación bastante estrecha entre la poética de Ginés y la invención del Guzmán de Alfarache” (2007: 52).

A pesar de que los acercamientos a la naturaleza genérica de la tradición picaresca se reducen de manera considerable tras ese año, pues, como señala Teijeiro Fuentes, “la crítica más moderna parece haber abandonado este espinoso asunto y prefiere abordar

otros aspectos del género” (2007: 283), dos son las propuestas teóricas que vienen a llenar este vacío hasta la actualidad. Por un lado, Sarah Laporte se embarca en una definición de la picaresca desde el marco dialogístico que sostiene el relato de las obras del género en su tesis *Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo* de 2011. A partir de varios rasgos picarescos enumerados por Lázaro Carreter como distintivos de la poética del género español, a saber, la pseudoautobiografía, el origen vil del protagonista, la estructuración de los relatos mediante el servicio a varios amos y su vertebración desde el *caso* final (generalmente relacionado con una situación presente de deshonor), Laporte realiza un minucioso cotejo de los textos para establecer el corpus de la tradición. La importancia de esta tarea es fundamental, pues su acercamiento al género se produce a través de las novelas. De esta forma, una vez reseñadas las principales teorías enarboladas por la crítica en materia picaresca, Laporte señala que “la única manera coherente y eficaz de enfrentarnos a éste, a nuestro parecer, es dedicando toda nuestra atención a las propias novelas” (2011: 159). El estudio de los textos picarescos que realiza la académica arroja la necesidad de invalidar el peso de ciertos rasgos en la tradición, así como “observar ciertas tendencias generales de composición que evidencian la existencia de varios puntos comunes entre los distintos textos de la serie” (2011: 315). No obstante, de todos los elementos compartidos por las obras, Laporte se centra en el diseño dialogístico de las narraciones. Con ello, pretende dar cuenta de las consecuencias que implica el uso del diálogo en los textos —ya sea a nivel compositivo, estilístico, temático o ideológico— que, entiende, “acaban dibujando la poética del género en su conjunto” (2011: 315). La poética que propone Laporte se fundamenta en tres puntos: las relaciones pseudoautobiográficas insertadas en un marco dialogístico que las determina las compositivamente, el decoro lingüístico condicionado por la situación comunicativa de raigambre dialogística y el relato de historias de antihéroes enunciadas desde el compromiso ideológico del autor (2011: 331-332). Finalmente, la estudiosa vuelve a cotejar estos rasgos en los textos seleccionados, demuestra su operatividad en la definición del género y los confronta con las incursiones de Cervantes en la picaresca mediante *El coloquio de los perros* y *Rinconete y Cortadillo* para defender su personal propuesta poética.

Por otro, en 2015 aparece el artículo de Reyes Coll-Tellechea «Los límites de la representación: picaresca, censura e historia», que será el último de los trabajos en torno al género que aquí consideraremos. En este lúcido ensayo, la académica constata el

agotamiento teórico de los acercamientos críticos habituales a la tradición —aquellos orientados al contenido, a la morfología o a la mezcla de ambos— y abre un nuevo espacio de investigación todavía poco explorado en el campo de la picaresca. Su hipótesis de trabajo consiste en valorar los textos de la serie desde los numerosos condicionantes que envolvieron la aparición de las novelas pues, como señala, las

“licencias y censuras tuvieron un particular papel en el desarrollo de la picaresca y contribuyeron, en ocasiones de manera fundamental, para marcar su paso. La nítida secuencia picaresca propuesta en manuales y ensayos no responde a la realidad histórica. El impacto de la aplicación de mecanismos de control sobre el desarrollo de la picaresca fue decisivo” (2015: 156).

Con el propósito de recuperar el verdadero peso literario que los textos tuvieron en su contexto original, Coll-Tellechea aboga por un acercamiento sociológico a la picaresca desde el conjunto de “relaciones establecidas entre los agentes implicados en la producción literaria, así como las instituciones que regulan esas relaciones y sus consiguientes reglas; todo ello dentro de un espacio geográfico y e histórico determinado” (2015: 150). De tan compleja urdimbre se desprende la centralidad que adquirieron, no solo los agentes políticos y religiosos, sino los recelos y la conciencia de culpa que albergase el autor en cada caso —lo que la estudiosa denomina *censura indirecta*—. El miedo de los escritores supondría muchas veces el anonimato o la negación de muchas de las obras, de ahí que divida el corpus en dos grandes grupos que responden al tipo de condicionamiento sufrido por cada novela. Así, sostiene que “los tres Guzmanes y el *Lazarillo* de 1555 muestran un despliegue de estrategias autoriales directamente relacionado con el fenómeno de la censura difusa, en tanto que las desapariciones y reapariciones editoriales del *Lazarillo* de 1554 y del *Buscón* ilustran los efectos de la censura directa” (2015: 160). Tras una revisión final de los principales títulos picarescos bajo esta luz, Coll-Tellechea advierte las distintas rupturas y desplazamientos ideológicos significativos que podrían servir para esclarecer la posición del género en la historia literaria, a la vez que concluye señalando que, a esta aproximación a la picaresca desde la actividad censorial, deberían sumarse otros enfoques que tuviesen a bien considerar la tradición desde la historia del libro o la bibliografía.

Si bien existen otros trabajos sobre el género y estudios individualizados de las novelas picarescas, la selección presentada intenta recoger los aportes más determinantes en la definición de la picaresca como tradición literaria. De esta manera, pese a que tendría

sentido aquí recurrir al dicho de que no están todos los que son, ni son todos los que están, el desarrollo bibliográfico permite dar una idea del panorama crítico en materia picaresca —tanto en cuestiones genéricas, como respecto a su influencia en la literatura anglosajona— bastante útil desde el que encuadrar el análisis de la huella del género español en las narrativas de esclavo producidas en lengua inglesa durante el siglo dieciocho¹⁴⁴. No obstante, en esta tarea, pese a la gran cantidad de aportes críticos referencialistas —centrados en los contenidos históricos tratados en las obras—, formalistas —orientados hacia la morfología de los textos— y eclécticos o unificadores —donde se conjugan unos y otros— que, como vemos, han venido a esclarecer los límites del género en los últimos siglos, utilizaremos el enfoque teórico que todavía goza de mayor aceptación entre los hispanistas a la hora de identificar la factura picaresca de los textos. De esta forma, los rasgos señalados por Lázaro Carreter a partir de los trabajos de Guillén servirán de cedazo para los relatos de esclavo aquí estudiados. Por ello, sin más preámbulos, pasaremos a valorar el elemento picaresco de los textos propuestos.

¹⁴⁴ Si bien la lista de trabajos sobre el género picaresco no llega hasta la actualidad, resultan de gran ayuda los exhaustivos trabajos bibliográficos realizados y ampliados por Joseph L. Laurenti como *Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca española, años 1554-1964* de 1968, *Estudios sobre la novela picaresca española* de 1970, *Bibliografía de la literatura picaresca: desde sus orígenes hasta el presente* de 1973, *Bibliografía de la literatura picaresca. Suplemento* de 1981, *Catálogo bibliográfico de la literatura picaresca: siglos XVI-XX* de 1988 o *Catálogo bibliográfico de la literatura picaresca: siglos XVI-XX. Suplemento* de 1997.

2.3. Análisis de la narrativa de Briton Hammon

La obra de Briton Hammon se reduce a una única narrativa publicada en 1760 que ofrece las pocas certezas conocidas en torno a su vida en las catorce páginas de las que está compuesta. *Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon, un hombre negro, al servicio del General Winslow, de Marshfield, en Nueva Inglaterra; quien volvió a Boston tras haber estado ausente casi trece años. Contiene un relato de las muchas fatigas que pasó desde el momento en que dejó la casa de su amo, en el año 1747, hasta el momento en que regresó a Boston —cómo quedó atrapado en los Cabos de Florida; —la horrorosa crueldad e inhumana barbaridad de los indios al matar a la tripulación entera del barco; —la forma en que lo hicieron cautivo. Además, un relato de su confinamiento en un profundo calabozo, —y la admirable forma en que encontró a su viejo amo en Londres; quien regresó a Nueva Inglaterra, como pasajero, en el mismo barco o A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man, Servant to General Winslow, of Marshfield, in New-England; Who Returned to Boston, After Having Been Absent Almost Thirteen Years. Containing an Account of the Many Hardships He Underwent from the Time He Left His Master's House, in the Year 1747, to the Time of His Return to Boston. —How He Was Cast Away in the Capes of Florida; —The Horrid Cruelty and Inhuman Barbarity of the Indians in Murdering the Whole Ship's Crew; —The Manner of His Being Carry'd by Them Into Captivity. Also, an Account of His Being Confined Four Years and Seven Months in a Close Dungeon, —and the Remarkable Manner in Which He Met with His Good Old Master in London; Who Returned to New-England, a Passenger in the Same Ship,* como se publicó en su lengua original, presenta las aventuras de un hombre de raza negra durante trece años de su vida. Como bien se deduce del título, Briton se enrola con el permiso de su amo, el general Winslow, en un barco con rumbo a Jamaica y el Caribe desde Plymouth, Massachusetts, el día 25 de diciembre de 1747, adonde, tras una agradable travesía, llegan para cargar la embarcación de palo santo con el que comerciar dado su valor para tintes. Una vez cargada la embarcación y ya de vuelta a Massachusetts, encallan frente a las costas de Florida y son sorprendidos por un grupo de nativos que acaban con toda la tripulación a excepción de Briton, al cual hacen prisionero. Tras cinco semanas de cautiverio, los indígenas le dejan marchar a bordo de una goleta española proveniente de San Agustín que le llevará a La

Habana. Tras pagar el gobernador de dicha ciudad un dinero a modo de rescate a los nativos, Briton vive a su lado hasta que es apresado por una leva y, ante su negativa de entrar al servicio de la marina española, es encarcelado en un calabozo en el que pasará casi cinco años. Al ser avisado el gobernador de su situación por el capitán de un mercante procedente de Boston, Briton es liberado y vuelve a vivir con él durante el siguiente año. Es entonces cuando, tras varios intentos de fuga fallidos, y después de pasar al servicio del obispo del lugar siete meses, consigue escaparse a bordo de un barco inglés. Tras una breve parada en Jamaica, se dirige a Londres. Una vez en Inglaterra, Briton entra al servicio de la marina británica, en la que permanecerá en el empleo de cocinero hasta que las heridas producidas en un lance con un barco francés, y luego unas fiebres al poco tiempo, le lleven a un hospital en el que se gasta todo el dinero que había ahorrado. Desprovisto de todo sustento, se enlista en un barco con destino a Guinea pero, justo antes de su partida, llega a sus oídos la noticia de un barco con destino a Boston. Sin dudarlo dos veces, cambia de barco y se entera de que entre los pasajeros se encuentra su antiguo amo, el general Winslow, con el cual regresa a su tierra y a su anterior estatus.

Sin embargo, todos los datos biográficos contenidos en la narrativa no hacen sino dejar patente el desconocimiento en torno a la persona de su autor y protagonista. Nada se sabe de su vida más allá de los márgenes temporales en los que transcurre la acción de la narrativa, y lo que allí aparece recogido lleva en ocasiones a cuestionar su veracidad, pues como explica Jeffrey Gagnon en «“They Us’d Me Pretty Well”: Briton Hammon and Cross-Cultural Alliances in the Maritime Borderlands of the Florida Coast», “conclusive facts regarding Briton Hammon’s life continue to elude those interested in the intimate biographical detail of his life” [los datos concluyentes respecto a la vida de Briton continúan eludiendo a aquellos interesados en los íntimos detalles biográficos de su vida] (2014:76). A día de hoy, todavía se desconoce su origen o su edad en el momento de la narrativa, así como tampoco se sabe mucho más respecto a su vida posterior. No existe ninguna otra referencia concreta a su vida salvo en contados documentos históricos en los que aparece su nombre. Gracias a ellos sabemos que Briton se casó en Plymouth en 1762, dos años después de su vuelta a Massachusetts, con una mujer llamada

Hannah¹⁴⁵ y que tuvo al menos un hijo con ella que murió en 1776¹⁴⁶. Más allá del deceso de su hijo, no hay constancia de documentos bajo su nombre, de ahí que críticos como Robert. Desrochers Jr. en «“Surprizing Deliverance”? Slavery and Freedom, Language and Identity in the Narrative of Briton Hammon, “A Negro Man”» afirmen que “Briton Hammon continues to elude us, nearly two-and-a-half centuries after his first and apparently only appearance on the public stage” [Briton Hammon continua eludiéndonos, casi dos siglos y medio después de su primera y única aparición aparentemente en la escena pública] (2001: 169). Parece, sin embargo, que Briton pudiera haber cambiado su apellido por el de Nichols al morir su amo en 1774 e ido a vivir con la hermana del difunto y su marido, Roger Nichols. De ser Briton Nichols el nuevo nombre de nuestro autor, Hammon se habría alejado de la lealtad profesada por la familia Winslow al gobierno británico y se habría unido al bando de su nueva familia, pues se tiene constancia de que habría luchado durante la Revolución Americana en favor de la causa independentista al figurar su nuevo nombre entre los alistados de los regimientos de Massachusetts en Hingham y Cohasset. Finalmente, habría llegado a alcanzar su manumisión en algún momento anterior a 1790, si es que fue en algún momento esclavo, pues el censo federal lo identifica como “free black” o “negro libre” para ese año (Desrochers, 2001: 168). No obstante, no dejan de ser todavía especulaciones.

Como se observa, toda la nebulosa que envuelve la vida de Briton se antoja un problema de difícil solución y gran alcance para el sentido de la narrativa, pues como apunta Desrochers “in broad strokes the body of Hammon’s Narrative sketches aspects of its subject’s personal identity that must be taken into close account in the attempt to understand what the Narrative might have meant” [a grandes rasgos el cuerpo de la

¹⁴⁵ Gracias a las indagaciones de Robert Desrochers Jr. y Jeffrey Gagnon se tiene constancia oficial de la intención de formalizar la unión en un documento recogido en *Vital Records of Plymouth, MA to the Year 1850* en cuya entrada a fecha de 26 de diciembre de 1761 reza “a Purpose of Marriage, Between, Brittain Hammond Negro manslave, to John Winslow Esqr of Marshfield; And Hannah, Negro Woman Slave, to James Hovey, Esqr of Plymouth”, y del registro de dicha unión celebrada el 3 de junio de 1762 según aparece en *Plymouth Church Records, 1620-1859* donde se refiere a los contrayentes como “Britain Negro Servt of Genl Winslow” unido en matrimonio con “Hanna Servt of Mr Hovey”, o en *Vital Records of Marshfield, Massachusetts to the Year 1850* donde se recoge la unión entre “Briton Hamon of this town and Hannah Hovey of Plymouth”. En Robert Desrochers, Jr. (2001). «“Surprizing Deliverance”? Slavery and Freedom, Language and Identity in the Narrative of Briton Hammon, “A Negro Man”». En Vincent Carretta y Philip Gould (eds.), *Genius in Bondage. Literature of the Early Black Atlantic*. Lexington: The University Press of Kentucky, pág. 167 y Gagnon (2014: 77).

¹⁴⁶ Robert Desrochers afirma que “the couple remained together for many years, and had at least one child, which died tragically in early-June 1776, possibly of an outbreak of smallpox” [la pareja se mantuvo unida durante muchos años, y tuvo al menos un hijo, el cual murió trágicamente a primeros de junio de 1776, posiblemente de un brote de viruela] (2001: 168).

narrativa de Hammon esboza aspectos de la identidad personal del sujeto que deben ser considerados en detalle si se quiere entender lo que la narrativa pudiera haber significado] (2001: 155). Uno de esos problemas surge entonces de la descripción del estatus de Briton en la obra. Lejos de cualquier referencia expresa a la calidad de esclavo del protagonista, tan solo aparece en el título que Briton es “a Negro Man, Servant to General Winslow” o “un hombre negro, al servicio del General Winslow”. La importancia de este hecho, que llega a cuestionar incluso la afiliación de la obra al propio género de las narrativas de esclavos, levantó un airado debate desde que en 1971 Dorothy Porter recuperase el texto en su antología *Early Negro Writing: 1760-1837*. A ambos lados de la discusión se sitúan críticos como Vincent Carretta, que entiende a Briton como empleado de Winslow, o Desrochers, que defiende su condición de esclavo¹⁴⁷. Sin embargo, no ha sido hasta las recientes indagaciones en documentos oficiales que tal dilema se ha esclarecido, pues la denominación “negro servant” parece usarse con el valor de esclavo y en clara oposición a “free servant”, tal y como se aprecia en los registros matrimoniales de la época¹⁴⁸. De esta forma, como en un juego de escape, cuando se dilucidan aspectos centrales de la vida del autor se abren nuevas incógnitas que afectan de lleno a la narrativa, pues según apunta Gagnon, de ser Briton un esclavo, es un hecho notable “the striking absence of racial discourse in the *Narrative*” [la sorprendente ausencia de discurso racial en la narrativa] que necesita de consideración (2014: 76).

Bajo esta perspectiva, la narrativa de Briton cobra nueva luz. Los numerosos viajes y aventuras del protagonista por medio mundo llaman la atención de cualquier lector moderno, sobre todo si se tienen en cuenta su escurridiza condición de esclavo¹⁴⁹. De no aparecer en el título la alusión a la negritud del autor, la historia del protagonista sería como la de muchas otras narrativas coloniales escritas por autores blancos. En un panorama literario donde triunfan los relatos de cautiverio, las autobiografías espirituales, las confesiones de criminales, amén de muchos otros géneros, era de esperar que la

¹⁴⁷ Carretta aboga por el uso de *master* o amo en el texto como jefe en lugar de dueño en *Unchained Voices. An Anthology of Black Authors in the English-Speaking World of the 18th Century*. Lexington: University Press of Kentucky, pág. 24 y Desrochers da por supuesto la condición de esclavo de Briton en su análisis de la obra (2001: 159).

¹⁴⁸ Como señala Desrochers, esta distinción se vuelve meridianamente clara al examinar el lenguaje en el que se recogen los matrimonios entre esclavos y negros libres (2001: 173).

¹⁴⁹ Paul Gilroy postula en 1993 la existencia de un área geográfica denominada “Black Atlantic” que permitía la movilidad de esclavos y hombres negros libres en *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Londres: Verso.

narrativa de Briton se asimilase a las demás obras del momento, siendo la esclavitud “incidental to readers of Hammon” [incidental para los lectores de Hammon] como señala Sekora en «Black Message/White Envelope: Genre, Authenticity, and Authority in the Antebellum Slave Narrative» (1987 :493), al constituir meramente una novedad desde que “the word ‘Negro’ in the title may well have been used by the printers in order to market the narrative as an exotic curiosity” [la palabra ‘negro’ del título pudiera haber sido utilizada por los editores con el fin de promocionar la narrativa a modo de exótica curiosidad] según afirma Karen A. Weyler en «Race, Redemption, and Captivity in *A Narrative of the Lord’s Wonderful Dealings with John Marrant, a Black and Narrative of the Uncommon Sufferings and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*» (2001: 43). No podría ser de otro modo que las peripecias de Briton siguiesen la estela de otros autores y que, como indica Frances Smith Foster en «Briton Hammon’s *Narrative*: Some Insights into Beginnings», “in recounting his adventures, Hammon attributes no racial significance to his experience nor does he argue any deprecation of freedom because of his bondage” [al contar sus aventuras, Hammon no otorga significación racial a sus vivencias ni postula falta de libertad alguna debido a su esclavitud] (1977: 181). La falta de referencias a la raza y condición de Briton a lo largo de la narrativa acercaría la historia de un esclavo negro a un público por excelencia blanco del que el protagonista no forma parte¹⁵⁰. La narrativa de Briton viene a ofrecer una variante diferente dentro de las posibilidades literarias del momento, por la que el protagonista ahora toma la forma de un esclavo negro. Pero la diferencia respecto a sus coetáneos blancos no tiene todavía mayores implicaciones literarias ya que estos primeros protagonistas negros “for the most part avoid [...] the marking of racial difference” [ya que la mayor parte eluden [...] la indicación de cualquier diferencia racial] (Weyler, 2001: 43). Y si bien algunos críticos señalan notables diferencias configuradas alrededor de la condición racial del autor, el tratamiento de la esclavitud es todavía marginal en la narrativa de Briton frente al desarrollo de sus aventuras marinas, su historia de cautiverio y su defensa religiosa¹⁵¹. El protagonista surgido del relato trasciende así las nociones

¹⁵⁰ Foster afirma que “Briton Hammon was a black in the service to a member of a community but was not a member of that community himself” [Briton Hammon era un negro al servicio de un miembro de la comunidad pero que él no era un miembro de esa comunidad] (1977: 183).

¹⁵¹ Mientras que Foster identifica “subtle but profound differences” [sutiles pero profundas diferencias] basadas en “the interjection of racial identification” [la inserción de una identificación racial] (1977: 183), la mayoría de la crítica defiende que “in the narrative of Briton Hammon, both slavery and Hammon’s unique responses to it are marginal to the story of captivity and religious conversion” [en la narrativa de Briton Hammon tanto la esclavitud como la personal forma en que Hammon la trata son marginales a la

culturales de raza y estatus, posicionándose al margen de los límites sociales establecidos para los esclavos de color¹⁵².

No obstante, la novedad que supone la publicación de la biografía de un autor esclavo negro ha llevado a gran parte de la crítica a establecer la obra de Briton como la primera obra escrita para las letras afroamericanas y fundadora del género de las narrativas de esclavos¹⁵³. Este lugar privilegiado de la narrativa se debe a la consideración mayoritaria de Hammon “as author of the first extant published work of any kind by a person of African descent in colonial British America” [como autor del primer trabajo existente publicado por una persona de ascendencia africana en la América colonial británica] (Desrochers, 2001: 154) por un lado, y a que es “usually considered the first

historia de cautiverio y de conversión religiosa] (Sekora, 1987: 503).

¹⁵² Ver Gagnon (2014: 90) y Desrochers (2001: 166).

¹⁵³ Keith Michael Green ofrece una breve revisión del asunto en «Uncommon Sufferings. Rethinking Bondage in *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*» al ofrecer las diferentes opiniones críticas en torno al carácter inaugural de la narrativa. Así, señala que “in her pioneering *The Slave Narrative: Its Place in American History* (1981), Marion Wilson Starling identifies the first slave narrative as *Adam Negro’s Tryall* (1703), the court record of a New England slave’s freedom suit against his master, John Saffin. Starling names Hammon’s accounts as the next slave narrative in the tradition. However, most scholars tend to identify Hammon’s account either as the first slave narrative or, unsure about Hammon’s status as a slave, the earliest prototype of the genre. In *The Slave’s Narrative* (1985), Charles T. Davis and Henry Louis Gates Jr. begin their bibliography of slaves narratives with the *Uncommon Sufferings*, and in “Briton Hammon’s Narrative: Some Insights into Beginnings” Frances Smith Foster argues that ‘its content and form are the direct antecedents of the slave narratives’ (179). Similarly, *Call and Response: The Riverside Anthology of the African American Literary Tradition* dubs the account the ‘forerunner of the African American slave narrative’ (112), *The Oxford Companion to African American Literature* sums up these sentiments when it concludes that Hammon’s text is ‘generally regarded as the first African American slave narrative’ (337). Speaking to the implications of Hammon’s account for African American literature writ large, Rafia Zafar calls *Uncommon Sufferings* ‘this first African American narrative’ («Capturing» 28), and William Andrews anoints Hammon’s narrative ‘the opening statement of black autobiography in America’ (32). Following these interpretations, Philip Gould places Hammon among the ‘first black autobiographers’ («Rise» 12) in his discussion of early slave narrators” [en su pionera obra *The Slave Narrative: Its Place in American History* (1981), Marion Wilson Starling identifica *Adam Negro’s Tryal* (1703) como primera narrativa de esclavos, el registro judicial de la demanda de libertad de un esclavo de Nueva Inglaterra contra su amo, John Saffin. Starling nombra el relato de Hammon como siguiente narrativa de la tradición. Sin embargo, la mayoría de académicos suelen identificar el relato de Hammon como la primera narrativa de esclavos o, ante la falta de seguridad sobre el estatus de Hammon como esclavo, el primer prototipo del género. En *The Slave’s Narrative* (1985), Charles T. Davis y Henry Louis Gates Jr. dan comienzo a su bibliografía de narrativas de esclavos con *Los insólitos sufrimientos*, y en «Briton Hammon’s Narrative: Some Insights into Beginnings» Frances Smith Foster argumenta que ‘su contenido y forma son los antecedentes directos de las narrativas de esclavos’ (179). De manera similar, *Call and Response: The Riverside Anthology of the African American Literary Tradition* duda que el relato sea el ‘predecesor de la narrativa de esclavos afroamericana’ (112), *The Oxford Companion to African American Literature* resume estas ideas al concluir que el texto de Hammon es ‘generalmente considerado como la primera narrativa de esclavos afroamericana’ (337). Al hablar de las implicaciones del relato de Hammon para la literatura afroamericana a gran escala, Rafia Zafar denomina *Los insólitos sufrimientos* ‘esta primera narrativa afroamericana’ («Capturing» 28) y William Andrews designa la narrativa de Hammon ‘la manifestación inaugural de la autobiografía negra en América’ (32). Al hilo de estas interpretaciones, Philip Gould sitúa a Hammon entre los primeros escritores autobiográficos’ («Rise» 12) en su discusión de los primeros narradores esclavos] (2014: 120).

by an American slave” [habitualmente considerado el primero de un esclavo americano] (Sekora, 1987: 486) por otro.

2.3.1. Contexto histórico

Sin embargo, al margen de las cuestiones biográficas que quedan por resolver, las circunstancias que rodean a la narrativa también resultan problemáticas. *La narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon* se publica a finales de junio de 1760, lo que lleva a considerar la rapidez de su creación, pues Briton regresa a Massachusetts, junto con su amo, a primeros del mismo mes, según se recoge en la prensa local que se hace eco de su llegada¹⁵⁴. Es el último día de junio que aparece el primer anuncio de la obra; dándosele publicidad continuada en la prensa de Boston durante las sucesivas tiradas del mes siguiente¹⁵⁵.

La publicación de la obra de Briton surge dentro del contexto de la Guerra de los Siete Años, una serie de conflictos internacionales que se extenderán de 1756 a 1763 auspiciados fundamentalmente por la histórica pugna entre Francia y Gran Bretaña¹⁵⁶. Este enfrentamiento tendrá grandes repercusiones en el Nuevo Mundo, donde las colonias de las respectivas potencias sufrirán las consecuencias del grueso de la contienda. Pero el peso no solo será bélico, pues la extensión del conflicto dejará sentir su impronta en diferentes aspectos de la vida colonial cotidiana, entre otros, el cultural. Gran parte de la creación literaria producida durante los años anteriores y posteriores al enfrentamiento armado da cuenta de la labor propagandística de los discursos patrióticos del momento.

¹⁵⁴ Desrochers señala que “On June 2, 1760, Green and Russell’s *Boston Post-Boy and Advertiser* announced the arrival of General Winslow” [el 2 de junio de 1760, el *Boston Post-Boy and Advertiser* de Green and Russell anunció la llegada del general Winslow] y que “*The Boston Gazette* did the same in its edition of June 2” [*The Boston Gazette* hizo lo mismo en su edición del 2 de junio] (2001: 154).

¹⁵⁵ El día 30 de junio de 1760 el *Post-Boy* de Green and Russell, la editorial de la narrativa, publica el primero de una serie de anuncios que aparecerán durante las cuatro semanas consecutivas en el periódico (Desrochers, 2001: 154), así como otros anuncios en *The Boston Evening-Post* que se publican en las tiradas semanales del 7, 14, 21 y 28 del mes de julio de ese mismo año (Carretta, 2004 :24).

¹⁵⁶ Durante estos conflictos se enfrentaron los dos grandes bloques liderados por Francia y Gran Bretaña, a saber, el Imperio austríaco, el Imperio ruso, Suecia y España a favor del primero; y el Reino de Prusia, las colonias americanas británicas y Portugal de lado del segundo; con el fin de establecer el control de la región actualmente polaca de Silesia y por la supremacía colonial en América del Norte y la India. Véase Jeremy Black, *The Cambridge Illustrated Atlas of Warfare: Renaissance to Revolution 1492-1792*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996 y Stephen Brumwell, *Redcoats: The British Soldier and War in the Americas, 1755-1763*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

De ahí que una obra como la de Briton, publicada en medio de la contienda, se haga eco y recoja muchos de los rasgos y características de la moda cultural y literaria imperante auspiciada por el gobierno colonial, pues como explica Keith Michael Green en «Uncommon Sufferings. Rethinking Bondage in *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprizing Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*», “at the time of the account’s publication, public discourse surrounding the Seven Years’ War (1756-1763) fomented anti-Native American sentiment by framing the French and their Native American allies as persecutors of the British colonists” [en el momento de la publicación del relato, el discurso público que rodeaba a la Guerra de los Siete Años (1756-1763) fomentaba el sentimiento contra los nativos americanos al definir a los franceses y a sus aliados nativos americanos como perseguidores de los colonos británicos] (2014: 110). No obstante, no solo el contexto histórico global afectará a la narrativa, pues la obra también es fruto de las circunstancias particulares de la zona en la que surge.

Desrochers analiza el panorama concreto de Massachusetts a la hora de entender el contexto de creación de la narrativa. Durante los años veinte y treinta del siglo dieciocho llega un gran número de esclavos negros como mano de obra necesaria a la colonia. No obstante, pronto el devenir económico de las décadas siguientes cambia y esta importación constituirá un problema, pues “as the Massachusetts economy failed to keep black hands and minds busy for much of the 1740s and 1750s, white apprehension about what slaves did with their time intensified and found expression in the enactment and frequent reenactment of curfews and various regulations designed to control black behaviour” [como la economía de Massachusetts no pudo mantener ocupadas ni las manos ni las mentes durante gran parte de la década de 1740 y 1750, el temor de los blancos sobre lo que los esclavos hacían con su tiempo se intensificó y tomó forma en el establecimiento y frecuente restablecimiento de toques de queda y distintas regulaciones diseñadas para controlar el comportamiento de los negros] (Desrochers, 2001: 161). De su investigación se desprende entonces un desafío racial que postulaba la esclavitud como institución en una colonia que no conseguía dar empleo ni a sus ciudadanos libres. Bajo este panorama, no resulta extraño que las tensiones laborales pronto se convirtiesen en raciales; de ahí que se mirase con recelo al negro como parte fundamental del problema. Sin embargo, si bien la atmósfera de animadversión no desaparece durante la década siguiente, se produce en los años sesenta una mejora económica que vuelve a recurrir a los esclavos para cubrir la gran oferta de trabajo. Parte de esta demanda se debe a las

oportunidades surgidas de dos fatalidades: la tragedia que asoló la ciudad de Boston en marzo de 1760, a la que siguió “a construction boom in the months following the Great Fire that [...] created additional short-term demand for manpower” [un *boom* en la construcción en los años que siguieron al Gran Incendio que [...] creó una demanda adicional de trabajo humano temporal] (Desrochers, 2001: 164), y las pérdidas humanas en la guerra. Es por ello que el crítico concluye estableciendo que, a pesar de una situación económica todavía problemática,

“Hammon’s Narrative actually appeared at the only time in the history of colonial Massachusetts after about 1740 during which the gears of slavery lurched forward. Those gears had been lubricated by high war casualties in the Seven Years’ War, by low rates of white emigration that might have made up for the loss, and, significantly, by the optimistic mood with which whites greeted the imminent subjugation of French Canada” [la narrative de Hammon apareció en realidad en el único momento en la historia colonial de Massachusetts después de 1740 durante el cual los engranajes de la esclavitud se movieron hacia delante. Esos engranajes habían sido lubricados por el gran número de bajas en la Guerra de los Siete Años, por un bajo índice de inmigración blanca que hubiese contrarrestado las pérdidas, y, de manera significativa, por el optimismo con el que los blancos recibieron la inminente subyugación de la parte francesa de Canadá] (Desrochers, 2001: 164).

A toda esta situación, se une además otro conflicto laboral dentro de la ciudad de Boston que Gagnon señala como decisivo para la comprensión de la narrativa. Sobre las conclusiones históricas anteriores, Gagnon apunta que “what is missing from this analysis is historical context pertaining to a form of brutal captivity feared by whites and black sailors alike in this era —naval impressment” [lo que falta en este análisis es el contexto histórico referente a una forma de cautiverio tan temido por los blancos como por los marineros negros en este periodo —la detención naval] (2014: 82). Como bien explica en su estudio, las frecuentes levadas a cabo por la marina británica entre los marineros de la zona culminaron en una serie de revueltas en contra de un trabajo forzoso que les obligaba a servir durante varios años. El carácter de este reclutamiento obligatorio explica el miedo y el descontento generado entre los marineros, pues “naval impressment among the British navy was a form of captivity unwelcomed by those sailors who valued just compensation for their labor, as well as respect for their health and safety” [la detención naval era una forma de cautiverio promovida por la marina británica que no era bienvenida entre aquellos marineros que valoraban la justa compensación por su trabajo,

además de su salud y seguridad] (Gagnon, 2014: 83). Estas levas no eran nuevas para los colonos. Ya desde el establecimiento británico en América, la marina recurría a este tipo de reclutamientos siempre que Gran Bretaña se hallaba en guerra. Y si los datos históricos indican que las levas ocurrían con inusitada frecuencia, también lo hacían las revueltas en los lugares donde tenían lugar¹⁵⁷. La situación llegó a su punto álgido en una revuelta ocurrida el 17 de noviembre de 1747 en Boston conocida como “Knowles Riot” o “Revuelta de Knowles”. La revuelta tomó su nombre del aprisionamiento organizado por el almirante Charles Knowles de una cincuentena de bostonianos para su servicio en la marina. La población de la ciudad, harta de levas sistemáticas que menguaban su población, se echó en masa a las calles, se hizo con varios rehenes de entre los hombres que estaban al servicio de Knowles y llegó a forzar el diálogo entre el gobernador de la ciudad, William Shirley, y el almirante. Tras tres días de protesta en los que se llegó a interrumpir la vida política de Boston, se acordó la liberación de los ciudadanos apresados por la leva a cambio de los rehenes gubernamentales tomados por los rebeldes¹⁵⁸. El miedo a otra revuelta por parte de las autoridades de la ciudad y la falta de personal para los barcos de la marina, obligó a buscar candidatos en otras partes de la colonia. Es así que, de acuerdo con Gagnon, es el motivo más probable por el que “Hammon owed his presence on a ship bound for the Caribbean” [Hammon debiese su presencia en un barco con rumbo al Caribe] (2014: 82).

De acuerdo con lo que el propio Briton nos cuenta en la narrativa, “On Monday, 25th Day of December, 1747, with the leave of my Master, I went from Marshfield, with an Intention to go a Voyage to Sea, and the next Day, the 26th, got to Plymouth, where I immediately ship'd myself on board of a Sloop, Capt. John Howland, Master, bound to Jamaica and the Bay” [El lunes, día 25 de diciembre, 1747, con el permiso de mi amo, me fui de Marshfield con la intención de ir de viaje al mar, y al día siguiente, el 26, llegué a Plymouth, donde me embarqué de inmediato a bordo de una balandra, con el Cap. John

¹⁵⁷ Denver Alexander Brunsman hace un detallado estudio sobre las levas británicas en la América colonial y las circunstancias que desembocaron en la Revuelta de Knowles, afirmando que “major riots and other forms of violent resistance to impressment occurred in the mainland American colonies in the 1690s, early 1700s, 1740s, 1750s, and 1760s—every decade that Britain was at war in the long eighteenth century before the American Revolution” [ocurrieron grandes disturbios y otras formas de resistencia violenta en las colonias de la América continental en las décadas de 1690, 1700, 1740, 1750 y 1760 —cada vez que Gran Bretaña se encontraba en guerra a lo largo del siglo dieciocho con anterioridad a la Revolución Americana]. Denver Alexander Brunsman (2007). «The Knowles Atlantic Impressment Riots of the 1740s». *Early American Studies: An Interdisciplinary Journal*, 5, 2, pág. 349.

¹⁵⁸ Brusman (2007: 16-17) y Gagnon (2014: 83).

Howland de capitán, rumbo a Jamaica y a la Bahía] (10). De ser verdad lo que el protagonista nos cuenta, la decisión de enrolarse en un barco sería personal, situación ciertamente extraña por ser Briton un esclavo. Si bien algunos críticos como W. Jeffrey Bolster en *Black Jacks: African American Seamen in the Age of Sail* achacan esta sorprendente libertad del protagonista a la escasez de trabajo estacional en Massachusetts, al señalar que sería el propio Briton quien negociase “the right for a voyage when his master Winslow’s frozen fields were untellable, and earned a brief sojourn in the black tropics —the productive heartland of the Anglo-American plantation system” [el derecho a viajar cuando los campos helados de su amo Winslow fuesen incultivables, y consiguiese una breve estancia en los trópicos negros —el corazón del tejido productivo del sistema de plantación angloamericano] (1997: 7-8), los documentos de la época indican la falta de elección que subyace a su partida. Gracias a las investigaciones en torno a la correspondencia de John Winslow, sabemos que Briton fue ofrecido por su amo para paliar la falta de hombres en el mar en el momento de la revuelta en Boston. Según una carta dirigida por Edward a su hermano John con fecha de 19 de noviembre de 1747, el enrolamiento de Briton atendería a la petición del hermano de su amo dados los problemas que tenía el primo de su mujer, el capitán John Howland, para hacerse con gente para su tripulación¹⁵⁹. En la misiva, Edward le solicitaría a John que le ofreciese a Briton como solución¹⁶⁰. Así, Gagnon concluye que “from this letter we learnt that Hammon’s trip was not the result of a personal desire to work aboard a ship or even to flee the cold New England winters. Instead, Hammon experienced a type of maritime impressment, for being a slave, he was in no position to resist the Winslow’s needs” [por esta carta sabemos que el viaje de Hammon no fue fruto del deseo personal por trabajar a bordo de un barco o de escapar de los fríos inviernos de Nueva Inglaterra. En su lugar, Hammon experimentó un tipo de detención naval, ya que al ser un esclavo, no estaba en posición de oponerse a las necesidades de Winslow] (Gagnon, 2014: 84).

¹⁵⁹ La carta aparece recogida por Gagnon y reza “I fear Capt. Howland Will meet with difficulty in getting hands to bring up the sloop, as I cannot prevail with those that are here to go to Boston for fear of the press” [me temo que el Cap. Howland tenga dificultades a la hora de conseguir las manos necesarias para la balandra, ya que no puedo convencer a aquellos que están aquí para ir a Boston por miedo a las levas] (2014: 83).

¹⁶⁰ Ibid. “I wrote him [Capt. Howland] to mention it to you to let Briton come in her [the sloop], not knowing but she may be ready to come at the time it would suit for Briton to come and it will be easier for him than to foot it, however I knew there could be no damage in proposing it” [le escribí [al Cap. Howland] para que te mencionase que dejases a Briton subirse en ella [la balandra], sin saber más que estaría lista para llegar en el momento que le viniese bien a Briton y que le sería más fácil que ir andando, sin embargo sabía que no habría ningún daño en proponerlo] (Gagnon, 2014: 83-84).

2.3.2. Autoría

Estas ambigüedades que, como vemos, recorren la narrativa de principio a fin, postulan una serie de interrogantes en torno al control del autor sobre la narrativa. La cuestión de la autoría no ha pasado por alto ante la crítica pues, como Weyler indica, en cualquier acercamiento al texto surgen siempre “vexed questions of authorship and authority [that] surround Hammon’s [...] narrative, for the extent to which [he] exercises control over [his] narrative is unclear” [polémicas dudas de autoría y autoridad [que] envuelven la narrativa [...] de Hammon, pues el punto hasta el que ejerce control sobre [su] narrativa no está claro] (2001: 41). Frente a narrativas posteriores, como la *Narrativa de los maravillosos hechos del Señor con John Marrant, un negro, (ahora destinado a predicar el Evangelio en Nueva Escocia) nacido en Nueva York, en Norte América. Sacada de su propio relato, dispuesta, organizada y publicada por el reverendo Sr. Aldridge* o *A Narrative of the Lord's Wonderful Dealings with John Marrant: A Black, (Now going to Preach the Gospel in Nova Scotia) Born in New-York, in North America. Taken Down from His Own Relation, Arranged, Corrected, and Published by the Rev. Mr. Aldridge* en cuyo título se indica hasta dónde llega la labor del propio autor, la obra de Briton deja la puerta abierta a todo tipo de hipótesis. Es el mismo Weyler quien indica que “it is unclear whether Hammon independently authored his own tale according to the house style of his printers or whether he had the assistance of an amanuensis-editor, as was commonly the case” [no está claro si Hammon escribió independientemente su propia historia según el estilo propio de sus impresores o si contó con la asistencia de un editor-amanuense, tal y como era habitual] (2001: 41). Del mismo modo que la biografía del propio Briton plantea aún multitud de interrogantes sobre su vida, el alcance de la autoría en su narrativa las amplía. La posible intervención de un amanuense, como sugiere Weyler, no deja de ser una mera posibilidad. No obstante, parece ser un hecho bastante probable de tenerse en cuenta la frecuencia con la que en los siglos dieciocho y diecinueve los amanuenses recogían los relatos de los autores negros.¹⁶¹ De haber sido su relato recogido por un

¹⁶¹ Además de la narrativa de John Marrant, otras obras que dan cuenta por escrito de la labor de un amanuense o editor son *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince, as Related by Himself* o *La Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* en cuyo prefacio se lee “This Account of the Life and spiritual Experience of James Albert was taken from his own Mouth and committed to Paper by the elegant Pen of a young Lady of the Town of Leominster” [Este relato de la vida y aventuras de James Albert fue tomado de su propia lengua y puesto por escrito por la elegante pluma de la joven Lady de la ciudad de Leominster]; *A Narrative of the Life and Adventures of Venture, a Native of Africa: But Resident above Sixty Years in the United States of America.*

amanuense, como postula Sekora¹⁶², el control de Briton sobre la narrativa quedaría en entredicho. La voz y el relato del autor pasarían por un filtro que limitaría la autoridad de Briton sobre el producto final que ha llegado hasta nosotros; y si bien no sabemos con certeza hasta qué punto llegaría la intervención del amanuense, lo que sí parece cierto es que la manipulación del discurso del autor negro atiende al interés de un agente blanco¹⁶³. Este control blanco de la narrativa se produciría en varios niveles de existir un amanuense, pues no hay que olvidar que la versión definitiva era revisada además por editores e impresores que, en la mayoría de las ocasiones dejaban su impronta personal característica en las narrativas de la época¹⁶⁴. Desrochers resume toda esta maraña urdida en torno a la autenticidad de la obra al señalar la dificultad de identificar la labor particular de cada agente a lo largo del proceso, ya que lo único seguro del asunto es que “Hammon’s dependence on white patronage at every stage of the publishing process undermine his authority as a black autobiographer” [la dependencia de Hammon hacia un patrocinio blanco en cada paso del proceso de publicación deslegitima su autoridad como escritor negro autobiográfico] (Desrochers, 2001: 154).

No obstante, las cuestiones respecto a la autoría de la narrativa no se detienen en el análisis del control de Briton sobre el producto final de la obra, sino que se extienden

Related by Himself o *Una Narrativa de la vida y aventuras de Venture, natural de África: pero residente más de sesenta años en los Estados Unidos de América. Contada por él mismo*, en cuya introducción se admite que “nothing is added in substance to what he related himself” [nada se añade en sustancia sobre lo que él mismo contó] pero que “Many other interesting and curious passages of his life might have been inserted; but on account of the bulk to which they must necessarily have swelled this narrative, they were omitted” [Muchos otros interesantes y curiosos pasajes de su vida pudieran haber sido insertados, pero debido a que su grosor necesariamente hubiese aumentado esta narrativa, fueron omitidos]; o *The History of Mary Prince, a West Indian Slave. Related by Herself. With a Supplement by the Editor* o *La Historia de Mary Prince, esclava de las Indias Occidentales. Según contada por ella misma con un suplemento del editor* donde se recoge “The narrative was taken down from Mary’s own lips by a lady who happened to be at the time residing in my family as a visitor” [La narrativa fue tomada de los propios labios de Mary por una dama que por aquel entonces vivía con mi familia como huésped].

¹⁶² Sekora no duda al afirmar que “Hammon’s is a fourteen-page tale of adventure and deliverance dictated to an amanuensis-editor” [la de Hammon es una historia de aventuras y salvación de catorce páginas dictada a un editor-amanuense] (1987: 486).

¹⁶³ Weyler señala al respecto que “the complicated circumstances surrounding the publication of these texts have thus understandably given rise to questions about the degree to which authentic, individual, black voices emerge from them” [las complicadas circunstancias que rodean la publicación de estos textos han dado lugar de manera lógica a muchas cuestiones respecto al grado en que las voces negras que emergen de ellos son auténticas e individuales] (2001: 41).

¹⁶⁴ Gagnon entiende que “the text represents a collective literary work that incorporates Hammon’s own version of events in combination with the political agendas of its publishers, Green and Russell” [el texto representa un trabajo literario colectivo que incorpora la propia versión de Hammon sobre los hechos en combinación con las agendas políticas de sus editores, Green and Russell] (2014: 79).

hasta los motivos que envuelven su creación y posterior publicación, pues si como defiende Gagnon es más que probable que “Hammon did not possess complete authority over the final printed product of his story” [Hammon no poseyera completa autoridad sobre el producto final impreso de su historia] (2014: 79), todavía debemos especular “whether Hammon preferred to publicly share his story in print, or whether Winslow ordered him to do so” [si Hammon quiso compartir públicamente su historia en la imprenta, o si así se lo mandó Winslow] (2014: 80).

Todos estos interrogantes surgen de la peculiar condición de Briton como esclavo. De considerar la narrativa desde el estatus del autor, cabría interpretar la obra como creación al servicio de su amo, pues no hay que olvidar que tanto la obra como Briton estarían sometidos a su voluntad por ser ambos propiedades suyas. Esta interpretación limitaría aún más, si cabe, la autoridad de Briton sobre la narrativa, pues vendría a condicionar el relato de sus aventuras, toda vez que el amanuense tuviese licencia de su superior para “squelch his individuality, his black voice, when it diverged from social acceptability, and from popular literary models” [suprimir su individualidad, su voz negra, cuando se desviase de lo socialmente aceptable y de los modelos literarios populares] o, incluso, de su parecer (Desrochers, 2001: 154). Y ya sea por la autoridad de su amo o por el control de aquellos implicados en el proceso de creación, lo cierto es que la narrativa de Briton obedece de principio a fin a “those who had enslaved him, maintained surveillance over him, and rendered him an unautonomous subject” [aquellos que le habían esclavizado, le vigilaban y le convertían en un sujeto no autónomo] (Gagnon, 2014: 80). Afortunadamente, si bien parece no existir margen para la individualidad del autor, Gagnon termina concluyendo al respecto que toda esta supervisión “does not mean that [...] Hammon was completely and totally subjected” [no significa que [...] Hammon estuviese completa y totalmente sometido] (2014: 81).

Rafia Zafar defiende este margen para la individualidad de Briton en su obra *We Wear the Mask. African Americans Write American Literature, 1760-1870*¹⁶⁵. A pesar de su condición de esclavo, la estudiosa entiende que el autor negro todavía posee cierto control sobre lo narrado en su historia, pues al fin y al cabo se trata de sus aventuras. La forma en que estas se presentan puede no llevar su sello personal, pero los

¹⁶⁵ Zafar sostiene que “domination by the white editor, no matter how significant, can never be complete” [la dominación del editor blanco, dejando al margen su grado, nunca puede ser completa] (1997: 54).

acontecimientos seleccionados provienen de sus vivencias. Incluso si consideramos, como entiende Sekora, que los episodios narrados por Briton en la narrativa tan solo sirven en última instancia para reafirmar la obra de su amo, lo cierto es que sin ellos no cabría la posterior elaboración blanca que le otorgó su forma definitiva¹⁶⁶. Seguramente nunca sabremos a ciencia cierta el grado de vinculación de Briton al producto literario final que es la narrativa, pero lo que sí está claro es que sin la participación del esclavo no existiría la obra. Esta difusa situación en la que se borran los límites de la autoría es inaugurada por Briton, pero pronto se convertirá en una característica general de las narrativas de esclavos y un problema intrínseco al género pues, como defiende Desrochers, “Hammon’s ‘black message’ seems hopelessly entangled with, and often indistinguishable from, its ‘white envelope’” [‘el mensaje negro’ de Hammon parece estar totalmente liado con, y a menudo ser indistinguible de, su ‘envoltura blanca’] (2001: 154).

Tal labor conjunta entre blancos y negros tiene en las narrativas un claro reflejo. El valor de estas obras como productos literarios llevaba aparejado un interés comercial que buscaba su recepción entre el público. La labor de amanuenses y editores blancos resulta entonces bastante clara: adaptar las historias de los autores negros al gusto general del público de la época¹⁶⁷.

El caso de *Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon* hay que entenderlo dentro de las corrientes literarias predominantes en la época, dentro de las cuales viene a ofrecer una novedad sin precedentes en el mercado literario de la América colonial, a saber, el relato de las aventuras de un protagonista negro. Es desde este exotismo que se explica el buen acogimiento de un autor negro por parte de una audiencia en su totalidad blanca¹⁶⁸. En una sociedad como era la colonial americana del siglo dieciocho, en la que todavía no han surgido los movimientos abolicionistas de pleno y la cuestión racial no despertaba gran interés, la narrativa debía

¹⁶⁶ Sekora explica que “rather than create his own master text, Hammon contents himself with the recollection of ‘Matters of Fact’ that confirm his master’s text” [en lugar de crear su propio texto, Hammon se contenta con el recuerdo de los ‘hechos’ que reafirman el texto de su amo] (Sekora, 1987: 487).

¹⁶⁷ Desrochers explica que la propia obra de Briton “actually appealed in obvious ways to white readers who cut their literary teeth on the Bible, *Robinson Crusoe*, and captivity literature” [resultaba atractiva de forma evidente para los lectores blancos que habían desarrollado sus gustos literarios en la Biblia, *Robinson Crusoe*, y la literatura de cautivos] (2001: 64).

¹⁶⁸ Observando los datos de ventas de la narrativa, Desrochers afirma que “the publication of the Narrative does not appear to have caused much public controversy” [la publicación de la narrativa no parece haber causado demasiada controversia pública] (2001: 154).

asimilarse a las obras del momento si quería hacerse un hueco entre los lectores¹⁶⁹. No obstante, esto significaba dejar de lado temas y cuestiones que, como esclavo negro, formaban parte esencial de la vida de su autor y habrían aparecido de forma clara en cualquier relato que saliera de sus labios. Green señala al respecto que “truth comes to us at the cost of a straightforward narrative about his bondage to New England white subjects” [la verdad nos llega al precio de una narrativa directa sobre su cautiverio a manos de sujetos blancos de Nueva Inglaterra] (2014: 103).

Es necesario volver en este punto sobre la cuestión de la autoría, pues el silenciamiento de la voz del autor pudiera deberse tanto a la manipulación de la historia por parte del amanuense y editores blancos, como a una autocensura consciente de Briton. De ser este el caso, las aventuras de su vida aparecerían desprovistas de todos aquellos detalles que pudieran resultar ofensivos al lector de su narrativa, ya que según explica Desrochers, “Hammon had little choice, of course, but to posture meekly, to don the mask, before the whites at whose discretion his literary career proceeded” [Hammon no tenía mucha elección, claro está, al margen de posicionarse de forma sumisa, de ponerse la máscara, delante de los blancos, bajo cuya discreción procedía su carrera literaria] (2001: 166). Si reclamamos entonces el control de la narrativa por parte del autor, cabría esperar que Briton buscara el reconocimiento y la aceptación del público y, de ahí, que Foster justifique las alusiones a temas lejanos o polémicos para sus lectores cuando expone que “Briton Hammon, like the majority of Afro-American writers, attempts to present his version of truth in forms created by and acceptable to an audience whose assumptions of his reality do not match his, but whose consideration he desires” [Briton Hammon, como la mayoría de los escritores afroamericanos, intenta presentar su versión de la verdad en modelos creados y aceptables por una audiencia cuyas suposiciones sobre su realidad no se corresponden con ella, pero cuyo reconocimiento desea] (1977: 185). Hipótesis aparte, ya sea debido al público o al amanuense que recoge la historia, lo más seguro es que el

¹⁶⁹ La tradición abolicionista no empieza a ganar peso hasta la década de los 80 con obras como la James Ramsay *An Essay on the Treatment and Conversion of African Slaves in the Sugar Colonies* de 1784, la de Thomas Clarkson *An Essay on the Slavery and Commerce of the Human Species, Particularly the African* de 1786, o la obra de Ottobah Cugoano en la que se inserta una de las narrativas que forman parte del análisis de esta investigación *Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of the Slavery and Commerce of the Human Species, Humbly Submitted to the Inhabitants of Great Britain, by Ottobah Cugoano, a Native of Africa* publicada en 1787. Véase Kerry Sinanan (2007). «The Slave Narrative and the Literature of Abolition» en Audrey A. Fisch (ed.), *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*. New York: Cambridge University Press, págs. 61-80.

autor fuese consciente de que se dirigía en ambas situaciones a una audiencia de la que no formaba parte¹⁷⁰.

2.3.3. Factura genérica de la obra

No obstante, una vez depurado el contenido, la siguiente tarea consistía en buscarle un encuadre atractivo bajo el que otorgarle una forma reconocible por el público. Por aquel entonces estaban de moda, entre muchos otros géneros, las autobiografías espirituales, los relatos de cautiverio, las vidas y confesiones de criminales, las labores de prédica evangélicas, las historias de aventuras o las novelas picarescas. Y si bien la historia de Briton contiene elementos que pertenecen a la mayoría de ellos y que pueden ser encontrados en muchas de las obras de la época representativas de cada corriente, será la labor de edición la que acabe definiendo el carácter de la narrativa¹⁷¹. Así, a pesar de que la narrativa de Briton responde a diferentes impulsos genéricos en su creación, y de que admite diferentes lecturas, los editores decantarían la balanza en favor de su distribución como relato de cautiverio¹⁷². De esta forma, aunque la multiplicidad genérica recogida en la obra no ha pasado por alto entre la crítica, como expone Weyler al constatar la naturaleza mixta de la narrativa y concebirla como un “hybrid text, appealing to the large audience for captivity narratives but also drawing heavily upon the conventions of both the conversion narrative and the sea adventure story” [texto híbrido, destinado al gran público de las narrativas de cautivos pero que además se basa en las convenciones tanto de las narrativas de conversión religiosa como de las aventuras marinas] (2001: 40), lo cierto es que parece existir consenso entre los estudiosos a la hora de resaltar la

¹⁷⁰ Foster resalta “the author’s conscious awareness of an alien audience” [el consciente conocimiento por parte del autor de una audiencia extraña] (1977: 185).

¹⁷¹ Philip Gould explica en «The Rise, Development, and Circulation of the Slave Narrative» que “unlike the antebellum slave narrative, eighteenth-century narratives were more generically fluid. The generic field includes spiritual autobiography, the conversion narrative, the providential tale, criminal confession, Indian captivity narrative, sea adventure story, and the picaresque novel” [frente a las narrativas de esclavos del periodo anterior a la Guerra Civil norteamericana las narrativas del siglo dieciocho eran genéricamente más variables. Los campos genéricos incluían la autobiografía espiritual, la narrativa de conversión religiosa, el relato providencial, la confesión de criminales, la narrativa de cautiverio indio, las aventuras marinas, y la novela picaresca] (2007: 13).

¹⁷² “In Hammon’s case, the publication history suggests that it was read as an Indian captivity narrative” [En el caso de Hammon, la publicación de su historia sugiere que fue leída como una narrativa de cautiverio indio] (Gould, 2007: 13).

importancia que los editores otorgaron al género de cautivos cuando adaptaron el texto conforme a sus rasgos más característicos¹⁷³.

2.3.3.1. —Relatos de cautivo

A pesar de que vuelven a surgir dudas sobre el papel de Briton en esta labor de edición, pues como explica Gagnon, “There are also questions as to whether Hammon himself would have enjoyed widespread awareness of the cultural conventions of the captivity narrative” [también existen cuestiones sobre si el propio Hammon era consciente del alcance de las convenciones culturales de la narrativa de cautivos] (2014: 79), es más que probable que la configuración de los materiales que articulan el relato recayese en unos editores que conocían bien el mercado literario del momento, ya que compartimos con el crítico la idea de que “more likely, such overlapping was a product of the printers’ understanding of the genre’s forms and conventions” [esta superposición se debiera más a una intervención de los editores] (2014: 79).

La labor de edición que encuadró a la narrativa de Briton en el género de cautiverio responde, a todas luces, a una labor de marketing evidente. La elección de este género no es mera casualidad, pues las circunstancias históricas habían hecho de los relatos de cautiverio el género preferido de los lectores coloniales. Green defiende esta idea al argumentar que las “captivity narratives were an established and profitable form by which to articulate a particular kind of human experience, and Hammon’s narrative drew much of its appeal from that genre” [las narrativas de cautivos eran una forma establecida y rentable bajo la que articular la vivencia humana, y la narrativa de Hammon le debe gran parte de su atractivo a este género] (2014: 110). No es de extrañar entonces que, a pesar de que el cautiverio de Briton adquiriera diferentes formas durante sus aventuras, fuese su rapto por los nativos americanos lo más atractivo para el público, pues como señala Sekora, “no form was more popular than the captivity, and no figure loomed larger in the colonial imagination than the Native American” [no había forma más popular que la de

¹⁷³ Green se suma a la mayoría de estudios en este sentido cuando afirma que “following the lead of Frances Smith Foster, John Sekora, and Karen A. Weyler, I too read Indian captivity as the generic context in which Hammon’s account would have been read” [siguiendo a Frances Smith Foster, John Sekora y Karen A. Weyler, yo también leo el cautiverio indio como el contexto genérico en el que el relato de Hammon habría sido leído] (2014: 110).

los cautivos, y ningún tipo se imponía más en la imaginación colonial que el del nativo americano] (1993: 94).

El episodio que engloba el ataque organizado por los indígenas sobre la tripulación del barco y la captura de Briton inaugura las aventuras del protagonista en la narrativa. Tras haber encallado en la costa caribeña por el exceso de peso de la embarcación en la que viajan, unos sesenta indios repartidos en veinte canoas les tienden una emboscada a los tripulantes y acaban con la vida de todos a excepción de la de Briton, que es capturado y obligado a vivir entre ellos como cautivo. No obstante, si bien toda esta peripecia se alarga casi dos páginas en una narrativa de tan solo nueve, el tiempo real que experimenta Briton en este cautiverio no pasa de las cinco semanas del total de trece años que cubre la narrativa en la vida del protagonista. El peso de este episodio en el conjunto de la obra requiere entonces de un análisis más detallado, pues no hay que olvidar que serán las características recogidas en el mismo las que finalmente adhieran la narrativa al género de los relatos de cautiverio.

Al igual que las narrativas de cautiverio indio de la época, la obra de Briton no solo relata una experiencia habitual de captura y convivencia con los indígenas, sino que ofrece además una serie de detalles comunes a las obras del género a la hora de narrarlos. En el estudio que lleva a cabo Foster del episodio se observa la supeditación de la veracidad en pos de una ficcionalización similar a la de los relatos de cautiverio (1977: 181). Las referencias a los indígenas en la narrativa como “barbarous and inhuman Savages” [bárbaros e inhumanos salvajes] que aparecen “making a prodigious shouting and hallowing like so many Devils” [dando enormes gritos y aullando como demonios] siguen la caracterización habitual que de los nativos configuran los narradores anglosajones del siglo dieciocho. La estudiosa explica que “eighteenth century narrators believed that Indians were savages, agents of Satan, and obstacles to the attainment of the just, right and inevitable spread of civilization” [los narradores del siglo dieciocho creían que los indios eran salvajes, representantes de Satán, y obstáculos para la consecución de la justa, adecuada e inevitable expansión de la civilización], de ahí la representación que hace Briton de ellos en la obra (Foster, 1977:181). En este mismo sentido, Daniel Vollaro argumenta en «Sixty Indians and Twenty Canoes: Briton Hammon’s Unreliable Witness to History» que el número de canoas y de indígenas referido por Briton atiende a las exageraciones convencionales de los relatos de

cautiverio, más orientados a despertar el interés del lector que a documentar los meros hechos reales.

Sin embargo, a pesar de que la narrativa guarda similitud con los relatos de cautivos, presenta unas particularidades que alejan la obra de Briton de la mayoría de los textos que constituyen el género. Weyler vuelve sobre esta cuestión y afirma que “his [narrative] is not the conventional eighteenth-century tale of captivity” [su [narrativa] no se corresponde con el relato de cautivos propio del siglo dieciocho] si se consideran las significativas particularidades que envuelven su cautiverio (2001: 45). Siguiendo esta línea, Foster resalta por un lado el incumplimiento de la estructura prototípica de las narrativas de cautiverio indio. Frente al patrón de ataque y secuestro, cautiverio y escape o vuelta del protagonista a su lugar de origen, la narrativa no termina tras la liberación de Briton. Por el otro, da cuenta de que los detalles del cautiverio en el texto son casi inexistentes y no son descritos tampoco de acuerdo con la manera convencional de estos relatos, pues resulta interesante leer que, tras el miedo inicial del protagonista, el trato de los nativos genera sorpresa por su humanidad. El único comentario de Briton respecto a su cautiverio entre los indígenas se reduce a apuntar que “they used me pretty well, and gave me boil’d Corn, which was what they often eat themselves” [me trataron bastante bien, y me dieron maíz hervido, que era lo que a menudo comían ellos], algo inusual frente a las detalladas descripciones que sobre la comida, la ropa, la vivienda, las costumbres o las torturas procuran los demás protagonistas del género (Foster, 1977: 182).

Es con el fin de dar cuenta de todas estas particularidades que los estudiosos vuelven su atención hacia la peculiar naturaleza del protagonista. Si bien en una primera ojeada Briton se asemeja a los protagonistas prototípicos de los relatos de cautiverio, una lectura más atenta deja entrever que la representación de Briton en la narrativa atiende a múltiples condicionamientos. En primer lugar, los héroes de las obras de cautiverio forman parte de la sociedad a la que su relato va dirigido, de tal manera que, una vez el protagonista consigue escaparse del secuestro indígena, vuelve entre los suyos para contar su aventura. Briton, por el contrario, no cuenta con la opción del regreso a su comunidad y no se halla entre sus semejantes. Con ello, la libertad de la que goza el protagonista habitual cautivo para narrar su relato, así como la credibilidad de lo contado, no admite cuestionamiento entre los lectores de la época. Briton, sin embargo, no dispone *a priori* del beneplácito de un público cómplice del que forma parte, de ahí que recoja datos

empíricos que sostengan el valor de su testimonio, los cuales abarcan en la narrativa desde fechas y lugares concretos, “sailed from the Bay the 25th Day of May following, and the 15th Day of June, we were cast away on Cape-Florida, about 5 Leagues from the Shore” [zarpamos de la Bahía el 25 de mayo siguiente, y el día 15 de junio, quedamos atrapados en Cabo Florida , a unas 5 ligas de la costa], hasta el listado de los nombres de las personas que forman parte de la malograda tripulación, entre otros “Reuben Young of Cape-Cod, Mate; Joseph Little and Lemuel Doty of Plymouth” [Reuben Young del cabo Cod, capitán; Joseph Little y Lemuel Doty de Plymouth]. Segundo, la condición racial de Briton constituye un desafío a la hora de presentar sus aventuras. Los relatos de cautivo se fundamentan en la oposición surgida del choque entre dos culturas distintas, la del blanco civilizado y la del indio salvaje. El protagonista de la narrativa debe salvar este escollo toda vez que no forma parte de la dualidad: Briton no pertenece a ninguna de las sociedades enfrentadas. Weyler explica que el autor negro consigue dar solución al problema asimilando a Briton dentro de la cultura blanca y dejando de lado las diferencias raciales que comparte con los nativos, pues “to mark the Indians as essentially different because of race, rather than culture, would be to expose Hammon’s own racial difference from his presumed audience of white English colonials” [identificar a los indios como diferentes debido fundamentalmente a la raza, más que a la cultura, supondría exponer la propia diferencia racial de Hammon ante su presumible audiencia de colonos blancos ingleses] (2001: 44). Tercero, Briton no se muestra tal y como es, pues está subordinado a voluntades ajenas dada su condición de esclavo. Es por ello que, además de ser necesaria la aprobación de la veracidad de su testimonio, el protagonista debe dar una versión aceptable de los hechos en la que no cabe la crítica, ni el espacio para la reflexión, sobre lo narrado. Como señala Gagnon, su testimonio da cuenta de “Hammon’s status as enslaved property, and the provocative ‘omissions’ withheld from the text, work together to complicate the scene that many have described as Indian captivity” [el estatus de Hammon como propiedad esclavizada, y las provocativas ‘omisiones’ surgidas del texto, vienen a complicar aún más el escenario que muchos han descrito como de cautiverio indio] (2014: 84).

Volviendo de nuevo a la cuestión de la autoría, cabe reflexionar sobre el espacio que se le otorga entonces a Briton al narrar sus aventuras. Pese a que lo más seguro es que la labor del amanuense o editor purgase la narrativa de los episodios y comentarios más controvertidos, es muy probable que el autor guardase las distancias y tuviese

cuidado con lo dicho si se tiene en cuenta que la relación de poder respecto a ellos es asimétrica. Esta situación parece corroborarse desde el reconocimiento *de facto* en la narrativa por el que Briton admite que “I have omitted a great many Things” [he omitido muchísimas cosas]; lo cual lleva a Gagnon a postular la hipótesis de que el autor se silenciase de forma intencional (2014: 82). De ser esta la situación, el que Briton haya omitido “a great many Things” en la narrativa es una confesión de vital importancia que postula diversos interrogantes, entre otros, “where are these omissions and what information was withheld from the original account?” [¿dónde están estas omisiones y qué información se eliminó de la historia original?] (Gagnon, 2014: 82). No obstante, la dificultad que entraña el dar respuesta a estas preguntas nos lleva a plantear las omisiones como silencios que funcionan a modo de inserciones activas en el relato final de la narrativa. De este modo, partimos una vez más de la reflexión de Gagnon al cuestionar si “could they be read as Hammon’s sly acknowledgement that he purposefully withheld key details that would not have pleased Winslow, Green and Russell, and the anticipated pro-English readership?” [¿pueden ser leídas como un astuto logro de Hammon al ocultar detalles fundamentales que no hubieran sido del agrado de Winslow, Green and Russell, y la esperada audiencia pro-inglesa?] (2014: 82).

Una minuciosa aproximación al texto desde tales postulados demuestra que estas omisiones se hallan llenas de significado. Los silencios dan cuenta de las teorías de poder, los modelos históricos, las nociones de identidad y los distintos modos de resistencia con los que el autor se enfrenta a ellos. Todo ello lleva a Green a afirmar que “read closely [...] the tale discloses a subtle, yet significant, fact about ‘slave’ narratives and black life in the New World” [leída con detenimiento [...] la historia revela un sutil, pero significativo, hecho acerca de las narrativas ‘de esclavo’ y la vida negra en el Nuevo Mundo] (2014: 102).

Poco se recoge en la obra sobre las condiciones de la vida de Briton como esclavo negro en la América colonial del siglo dieciocho. Nada se cuenta de la vida previa del protagonista anterior a las aventuras de la narrativa. No aparecen indicadas las características de la nueva vida de Briton tras el reencuentro con su amo. Como vimos anteriormente, es gracias a la historiografía que sabemos que la decisión de embarcarse rumbo al Caribe no fue decisión del protagonista sino de su amo, lo que abre la puerta a un estudio pormenorizado de aquellos episodios en los que el estatus particular de Briton pudiera haberse modificado. Esta situación no es sorprendente, ya que como apunta

Sekora “the lives of exceptional slaves were recorded if and only if they were in all other important respects conformable to popular and familiar patterns of Anglo-American literary form” [las vidas de esclavos excepcionales se recogían si y solo si se adaptaban en todos los demás aspectos importantes a los modelos populares y familiares de las formas literarias angloamericanas] (1987: 492).

Es entonces cuando episodio del cautiverio indígena cobra sentido. Como el propio Briton explica, una vez asesinados todos los tripulantes de la expedición comercial marítima, los nativos le secuestran y explica que “after we came to the Shore, they led me to their Hutts, where I expected nothing but immediate Death” [después de que llegamos a tierra, me condujeron a sus cabañas, donde yo no esperaba otra cosa más que una muerte inmediata]. Sin embargo, de forma sorprendente, su situación toma un rumbo no esperado que el protagonista atribuye a la intervención del Cielo, al decir “but the Providence of God order'd it otherways, for He appeared for my Help, in this Mount of Difficulty, and they were better to me then my Fears, and soon unbound me” [pero la Providencia de Dios lo dispuso de otra forma, pues Él acudió en mi ayuda, en tal monte de dificultad, y se portaron conmigo mejor que mis miedos, y pronto me desataron]. El trato que recibe Briton cambia su percepción sobre los indígenas, pues a pesar de que la experiencia de su cautiverio se documenta de forma muy escueta, el protagonista señala el igualitarismo existente entre esclavos y nativos cuando habla de las comidas. De esta manera, si dejamos de lado la posible mano divina en el asunto, todo ello adquiere nueva luz de tenerse en cuenta el posible silenciamiento del autor. La brevedad con la que se trata la experiencia de Briton entre los indígenas pudiera deberse a la verdadera, pero implícita, consideración que sobre los nativos americanos tiene el protagonista.

De acuerdo con los datos que arrojan los documentos de la época, los encuentros entre los nativos de la zona y las gentes de color no tenían siempre un carácter violento. La interesante investigación que realiza Gagnon sobre el asunto pone de manifiesto que la “historical documentation supports the view that Native tribes in Florida were historically hospitable to outsiders, particularly men of color” [la documentación histórica sostiene la idea de que las tribus nativas de Florida eran hospitalarias con los forasteros, particularmente con los hombres de color] (2014: 87). Partiendo de esta premisa, la siguiente tarea consistiría en averiguar el grupo de indígenas que aparecen en la obra. Tras analizar la posible situación geográfica en la que suceden los acontecimientos, el crítico identifica a los nativos que aparecen en la narrativa como pertenecientes a la tribu

de los calusa. Según los historiadores Adelaide K. Bullen en «Florida Indians of Past and Present» y Jerald T. Milanich en *Florida Indians and the Invasion from Europe*, se trataría del grupo nativo de mayor influencia en el área de Florida, dedicado fundamentalmente a la pesca y la guerra. Antes de la llegada del hombre occidental, los calusa ejercían su poder sobre el resto de tribus de la zona gracias a sus dotes de combate. Durante la colonización del lugar, ejercieron gran resistencia contra el avance español e infundieron gran terror entre los barcos que se adentraban en los cayos. Según se iba asentando el dominio europeo en el Caribe, sus miembros se dieron al comercio con los nuevos vecinos, fundamentalmente con los españoles. Establecieron una red comercial a lo largo de toda la costa de Florida, y llegaron a asolar las costas de Cuba y del Caribe, donde comerciaban sobre todo con pescado y con ámbar. Estas alianzas comerciales les hicieron tomar partido por los conquistadores hispanos, los cuales les ofrecían a cambio protección contra los ataques de los ingleses, los indígenas que estaban a su lado y los mercaderes implicados en el comercio de esclavos. No obstante, para finales del siglo dieciocho quedan pocos nativos calusas, pues muchos mueren en combate contra sus enemigos y otros tantos son esclavizados y llevados a las colonias británicas, en particular a las Carolinas¹⁷⁴.

Resulta interesante revisar el ataque de los indígenas desde esta perspectiva histórica. Por un lado, la emboscada de los nativos mostraría su verdadera significación si se considera el miedo de las tribus de la zona a ser masacrados y sometidos por el yugo de la esclavitud colonial. El uso de la bandera inglesa como cebo vendría a ratificar esta idea, pues posibilitaba el factor sorpresa en el acercamiento a sus enemigos. En una situación de clara desventaja bélica, parece que era práctica habitual de los indígenas calusa el establecer como objetivo los barcos que estaban a merced de los elementos, tal y como se observa en la narrativa, pues una vez atrapada la embarcación de Briton en los cayos, el protagonista nos cuenta que “we perceiv'd they moved towards us; we presently saw an English Colour hoisted in one of the Canoes, at the Sight of which we were not a little rejoiced, but on our advancing yet nearer, we found them, to our very great Surprise, to be Indians [enseguida nos percatamos de que se dirigían hacia nosotros; de inmediato vimos una bandera inglesa izada en una de las canoas, a cuya vista nos alegramos no poco, pero al acercarnos aún más, nos dimos cuenta, para gran sorpresa nuestra, de que

¹⁷⁴ El historiador Patrick Riordan señala en «Finding Freedom in Florida: Native Peoples, African Americans, and Colonists, 1670-1816» que los nativos americanos conforman el mayor grueso de la población de esclavos en Carolina del Sur para principios del siglo dieciocho (1996: 27).

eran indios]. Por otro, la milagrosa salvación de Briton, lejos ya de motivos religiosos, se enmarcaría en este panorama de inverosímiles alianzas. Los nativos americanos eran conscientes de la necesidad externa para su supervivencia. Además, conocían la situación de los esclavos negros en el nuevo mundo, pues en muchas plantaciones trabajaban hombro con hombro con ellos a las órdenes de los colonos blancos. Ello ha llevado a Gagnon a postular una lectura alternativa del episodio “based on the notion that vulnerable black and Native peoples in the eighteenth century sometimes formed temporary alliances designed to mediate the oppression and exploitation of slavery and domination” [basada en la idea de que los negros y nativos vulnerables del siglo dieciocho a veces formaban alianzas temporales destinadas a contrarrestar la opresión y explotación de la esclavitud y la dominación] (2014: 94).

Son estos silencios los que también llevan a comprender las circunstancias que rodean la liberación de Briton de sus captores indígenas. Si leemos lo que se nos cuenta en la narrativa, el protagonista señala que “the Way I made my Escape from these Villains was this; A Spanish Schooner arriving there from St. Augustine, the Master of which, whose Name was Romond, asked the Indians to let me go on board his Vessel, which they granted, and the Captain knowing me very well, weigh'd Anchor and carry'd me off to the Havanna” [el modo en que me escapé de estos villanos fue este: vino una goleta española de San Agustín, el capitán de la cual, de nombre Romond, les pidió a los indios que me dejaran ir a bordo de su barco, lo cual consintieron, y el capitán que me conocía muy bien, levó anclas y me llevó a La Habana]. No pasa desapercibida la facilidad con la que Briton deja la tribu de tenerse en cuenta la representación de los indígenas consolidada en el imaginario común por los relatos de cautiverio. No obstante, el tratamiento que recibe Briton durante su estancia entre los nativos americanos anticipa de forma lógica su liberación, pues como Gagnon recoge, “reading of the text finds the Calusa asserting a sense of collective agency by protecting their territory and bringing ashore a possible black ally” [la lectura del texto muestra a los calusa reivindicando un sentido de intervención colectiva mediante la protección de su territorio y el acogimiento a un posible aliado negro] (2014: 76). De ser el protagonista tratado como un prisionero que pudiera convertirse en un posible aliado, no resultaría tan rara la concesión que le otorgan los nativos para irse a La Habana, ciudad perteneciente a sus partidarios españoles. Esta interpretación serviría para dilucidar incluso el pasaje en que los nativos reclaman de nuevo a Briton unos días más tarde y el beneficio económico que obtienen

ante la negativa del gobernador de Cuba a entregárselo, pues el regente decide que “they should not have me again, and so paid them Ten Dollars for me, adding, that he would not have them kill any Person hereafter, but take as many of them as they could, of those that should be cast away, and bring them to him, for which he would pay them Ten Dollars a-head” [no me tendrían de nuevo, y así les pagó diez dólares por mí, añadiendo que no consentiría que matasen a otra persona de ahí en adelante, sino que cogiesen a tantos como pudiesen de cuantos naufragasen y se los llevasen a él, ya que les pagaría diez dólares por cabeza]. La condición racial y las extrañas alianzas establecidas entre comunidades locales y las potencias invasoras en la zona caribeña estarían en el trasfondo de la prodigiosa aventura de Briton, ya que no sería la mera voluntad del protagonista de no querer vivir entre una gente descrita como “*villains*” [villanos] en la narrativa (Desrochers, 2001: 156), sino “a complicated ‘coming together’ of a subjugated black man who forged transnational bonds with sympathetic Native peoples fighting for sovereignty and survival on the margins of the circum-Atlantic world” [una complicada ‘unión’ de un hombre negro subyugado que forjó lazos transnacionales con compasivas gentes nativas que luchaban por su soberanía y supervivencia en los márgenes del mundo circum-atlántico] (Gagnon, 2014: 76).

No obstante, el cautiverio indígena no es el único que sufre Briton, ya que como Green señala para el conjunto de las narrativas escritas por autores negros durante el periodo, “multiple kinds of captivity, confinement, and bondage structured the lives and stories of people of African descent” [múltiples tipos de cautividad, confinamiento y esclavitud daban forma a las vidas y a las historias de la gente de ascendencia africana] (2014: 102), una situación que tiene reflejo en la narrativa.

Después de ser apresado por los indígenas, Briton cae en manos de los españoles. Sin embargo, a pesar de ser el cautiverio de mayor duración en la obra, no son muchos los detalles que se ofrecen acerca de la vida del protagonista durante este tiempo. Sabemos por la narrativa que, una vez en La Habana, vivió “with the Governor in the Castle about a Twelve-month” [con el gobernador en el castillo unos doce meses], y que debía gozar de gran libertad en aquella ciudad puesto que es apresado mientras caminaba por la calle al encontrarse con una leva. Ante su negativa a servir en los barcos del rey, es encerrado en un profundo calabozo durante cuatro años y siete meses hasta que es liberado gracias a la intervención del capitán de un mercante procedente de Boston. No obstante, como ocurre con el tiempo que vive al servicio del gobernador, no se dan más detalles del

cautiverio, algo que nota Green cuando señala que “his incarceration is chronologically the longest single form of bondage the text recounts [...] despite its spare treatment in the narrative” [su encarcelamiento es cronológicamente la forma de cautiverio más larga que se cuenta en el texto [...] a pesar de la escasa atención que recibe en la narrativa] (2014: 113). De vuelta con el gobernador, Briton intenta escaparse varias veces, lo que le conlleva primero el confinamiento en el castillo y luego el posterior servicio al obispo del lugar. Es el tiempo que pasa a las órdenes del religioso el único cautiverio descrito durante toda su estancia como prisionero en Cuba. De su tarea se nos dice que le mandaban “with a Number of others to carry the Bishop from the Castle, thro' the Country, to confirm the old People, baptize Children, &c.” [junto a otros tantos llevar al obispo del castillo por la zona para confirmar a los ancianos, bautizar a niños, etc.]. Resulta curioso observar cómo el foco de atención recae así en la descripción de una labor que le ocupa apenas siete meses, y más si se tiene en cuenta que en los meses restantes a su escape final de la isla a bordo de un barco de bandera inglesa tan solo se menciona de pasada la vuelta al castillo del gobernador “where I had my Liberty to walk about the City, and do Work for my self” [donde tenía libertad para andar por la ciudad y hacer trabajos para mí mismo].

Ya sea otra vez por la labor de los editores blancos o por la autocensura del autor negro, la información aportada durante todo el cautiverio que pasa entre los españoles admite de nuevo la interpretación de las omisiones como si de silencios narrativos se tratasen. Poco conocemos de la notable libertad que goza Briton como prisionero en La Habana, pero se desprende del relato que su cautiverio no debió de ser demasiado duro salvo por los años que pasa encerrado en el calabozo. Green apunta sobre la condición del protagonista que pese a ser prisionero de *facto* en varios lugares y bajo diferentes amos, Briton solo es literalmente prisionero “for ‘four years and seven months’, in a Havana ‘prison’ for his refusal to join a Spanish press gang” [durante ‘cuatro años y siete meses’, en una ‘cárcel’ de La Habana ante su negativa a unirse a una leva española] (2014: 113). Esta aseveración se fundamenta en las escuetas pinceladas que dibujan su estancia con el gobernador, quien le permite gran movilidad por la ciudad y emplearse en algún oficio por su cuenta; así como del retrato algo más detallado del servicio al obispo, “during which Time I lived very well” [tiempo en que viví muy bien]. La pregunta entonces reside en los motivos de Briton para intentar escaparse de tan liviano cautiverio y alejarse de la buena vida que le ofrece el obispo.

Si bien durante la narrativa no se hace una crítica abierta a los españoles, la curiosa selección informativa que se ofrece en el relato no responde a una mera casualidad. De considerarse la rivalidad histórica entre ingleses y españoles, que la mayoría de la información se proporcionase sobre la persona y oficio del obispo obedece a una estrategia bien planificada. Frente al protestantismo del que hacían gala los británicos, España encarnaba por aquel entonces la fe del catolicismo. Esta identificación nación-religión que se establece en la narrativa es señalada por Desrochers cuando apunta que “the ‘matters of fact’ presented in the Narrative about Spanish Catholicism amounted to poison darts aimed at an as-yet undefeated military and religious enemy” [los ‘hechos’ presentados en la narrativa respecto al Catolicismo español equivalían a dardos venenosos destinados contra un ejército todavía no derrotado y un enemigo religioso] (2001: 157). Briton se hace eco en la narrativa de las “large Sums of Money” [grandes sumas de dinero] que recibe el obispo por sus quehaceres, llegando incluso a anotar a pie de página el exceso y la pompa que le acompañan al indicar que “he is carried (by Way of Respect) in a large Two-arm Chair; the Chair is lin'd with crimson Velvet, and supported by eight Persons” [le llevan (a modo de respeto) en una silla enorme con dos mangos; la silla está recubierta de terciopelo carmesí, y se apoya en ocho personas]. De este modo, la información recogida sobre el religioso respondería a una táctica encubierta que dejase en evidencia la corrupción existente en el viejo imperio español y, con ello, justificase la continuada ansia de escape del protagonista.

Sin embargo, la justificación religiosa que rodea a la fuga de Briton empieza a definirse desde el cautiverio entre los indígenas. La dificultad que planteaba la negritud del protagonista a la hora de asimilar la narrativa a los relatos de cautiverio es salvada, como vimos, mediante la aceptación de Briton dentro del grupo cultural de sus amos blancos. No obstante, esta diferenciación en términos culturales que señalábamos anteriormente no resultaría del todo eficiente dada su generalidad, pues pese a ser suficiente para explicar su huida de entre los nativos, toda vez que constituyen una cultura propia, no resultaría convincente para el caso de los españoles. La solución pasaba entonces por aislar a sus captores conforme a las posibles diferencias comunes que tuviesen respecto a los ingleses, de ahí que Briton volviese sobre la cuestión religiosa. Como indican los estudios realizados sobre la tribu de los calusa, parece que, a pesar del empeño de los españoles por convertir a sus miembros al cristianismo, los intentos fueron en vano (Gagnon, 2014: 85). La conformidad que mostraban con la labor de los

misioneros atendía más a una táctica de supervivencia, por la que conseguían garantizar su protección por parte de los españoles, que a un verdadero interés en el mensaje religioso. De este modo, la descripción de los indígenas en la narrativa como “barbarous and inhuman Savages” [bárbaros e inhumanos salvajes] solamente vendría a continuar la caracterización de los nativos en las obras del género de cautiverio, pues para el lector de la época la configuración de los pueblos americanos se constituía desde la aparición de la propia denominación de “indios” bajo la que se enmarcan. Weyler explica al respecto que “Hammon generically labels his first set of captors ‘Indians’ [...] for Indian is a category marked not so much by race and skin color as by the absence of Christian faith” [Hammon categoriza de manera general a sus primeros captores como ‘indios’ [...] ya que indio es un categoría distinguida no tanto por la raza y el color de la piel, sino por la ausencia de fe cristiana] (2001: 44). Definidos entonces los indígenas como seres sin religión, tan solo quedaría señalar la particular doctrina católica de los españoles como elemento diferenciador que sirviese de sustento a la voluntad de escape de Briton de Cuba¹⁷⁵.

Todo este elemento religioso que subyace a las aventuras contadas en el relato ha llevado a la crítica a catalogar “Hammon’s work [as] an Indian captivity tale of ‘distinctly religious orientation’” [la obra de Hammon [como] un relato de cautiverio indio de ‘marcada orientación religiosa’] (Foster, 1977: 182). Si bien el carácter religioso no se manifiesta de forma evidente en la narrativa, sí que se nota su impronta en la obra al postular una doble función¹⁷⁶. Por un lado, sirve tanto para suavizar las marcadas diferencias del protagonista negro con su audiencia, como para justificar los pasajes más controvertidos de sus aventuras. El escape de Briton, primero de entre los indígenas y luego de entre los españoles, se aborda en la narrativa desde los escrúpulos morales del protagonista; configurando así una caracterización de su persona a modo de cristiano inglés que lo acerca a los lectores¹⁷⁷. Esta nueva identidad se manifiesta de forma expresa

¹⁷⁵ Weyler explica que “the narrative glosses over the element of Hammon’s racial difference from his white audience and establishes his authority based on his faith” [la narrativa apenas trata la cuestión de la diferencia racial de Hammon frente a su audiencia blanca y establece su autoridad fundamentándose en su fe] (2001: 44).

¹⁷⁶ Desrochers señala que “though the political implications of Anglo-Protestant allegiance figure enormously in Hammon’s tale, the language of Protestant Christianity itself does not” [pese a que las implicaciones políticas a la lealtad angloprotestante figuran de forma clara en la historia de Hammon, la lengua *per se* del protestantismo no] (2001: 157)

¹⁷⁷ Weyler resume esta idea al argumentar que “by virtue of his juxtaposition against both the un-Christian Indians and the despotic Spanish empire, Hammon’s tale of captivity creates a literary identity that grants him the efficacy of the Christian Englishman, an identity that would overshadow his racial identity and make his story one that could be told in that time” [gracias a esta yuxtaposición en contra tanto de los no-

en la negativa del capitán a devolverlo a sus captores españoles al decir que no podía “to deliver up any Englishmen under English Colours” [entregar a ningún inglés bajo bandera inglesa]. Así, es la religiosidad de Briton el elemento clave que permite su acceso a una identidad inglesa desde la que oponerse a sus enemigos (Weyler, 2001: 40). Por otro lado, acerca la narrativa a muchas de las narrativas espirituales de la época, pues como ocurre en las obras pertenecientes a este género, las aventuras de Briton están repletas de dificultades y peligros recogidos a modo de prueba de la intervención divina a lo largo de la historia (Foster: 1977, 181). De esta manera, tal y como indica William L. Andrews en *To Tell a Free Story. The First Century of Afro-American Autobiography, 1760-1865*, la narrativa se acomoda al discurso cristiano defensor de que “despite ‘adversity, pain, and sickness’ the Christian must ‘rejoice in the wisdom of God, as ordering all events’” [a pesar de ‘la adversidad, el dolor, y la enfermedad’ el cristiano debe ‘regocijarse en la sabiduría de Dios, como disponedor de todos los eventos’] (1988: 46). La importancia de este punto será vital para comprender el sentido final de obra, pues al final de todas sus andanzas Briton acepta con agrado la vuelta al servicio de su amo.

2.3.3.2. —Narrativas espirituales

Siguiendo esta línea, es reseñable la presencia de citas sagradas a lo largo del texto que dan autoridad al discurso narrado. Las narrativas espirituales de la época se hallaban plagadas de continuas inserciones tomadas de los Evangelios que imprimen de manera clara un sentido religioso al relato. La obra de Briton mantiene en parte esta convención característica del género espiritual, pues, aunque las referencias bíblicas no son numerosas, el autor las utiliza para sostener su relato. De tal forma, observamos que Briton se sirve de dos citas literales pertenecientes a los Salmos para poner fin a su relato, “O Magnifie the Lord with Me, and let us Exalt his Name together! —O that Men would Praise the Lord for His Goodness, and for his Wonderful Works to the Children of Men!” [¡Oh, ensalzad al Señor conmigo, y exaltemos su nombre juntos! ¡Oh, que los hombres alaben al Señor por su bondad y por sus maravillosas obras para con los hijos de los

cristianos indios y el despótico imperio español, la historia de cautiverio de Hammon crea una identidad literaria que le proporciona la eficacia del hombre cristiano inglés, una identidad que eclipsaba su identidad racial y permitía que su historia pudiera ser contada en aquel momento] (2001: 45).

hombres!]¹⁷⁸ y de una referencia a la historia de la salvación de David “out of the Paw of the Lion and out of the Paw of the Bear” [de las garras del león y de las garras del oso] que sirve de comparación al cautiverio del protagonista¹⁷⁹. Además, a pesar de que a primera vista la narrativa parece no emplear más pasajes bíblicos a la hora de articular el trasfondo religioso que subyace y da sentido, como hemos visto, a las aventuras del protagonista, una lectura pausada permite identificar también el uso de referencias a la Biblia de manera indirecta. Observando las similitudes del episodio final en que Briton se reencuentra con su amo y la parábola del hijo pródigo que aparece en el Evangelio de Lucas¹⁸⁰, la narrativa parece regocijarse de igual modo cuando “Hammon assumed the role of the prodigal slave, gratified to be ‘miraculously preserved, and delivered’ from the clutches of Indians and Spanish, back into bondage” [Hammon asume el papel del esclavo pródigo, contento de ser ‘milagrosamente preservado y librado’ de las garras de los indios y de los españoles de vuelta en la esclavitud] (Desrochers, 2001: 160).

No obstante, la narrativa no trata ni la conversión del protagonista ni la posterior misión de prédica de los Evangelios características de las biografías espirituales. Nada sabemos del momento en el que Briton abraza el cristianismo, pues sus creencias religiosas vienen definidas desde el comienzo de la obra y se reafirman al concluir la narrativa utilizando la Biblia de la manera señalada. Tampoco conocemos si, en los años posteriores a la publicación de la narrativa, el autor se dedicó a expandir el mensaje divino. Lo único cierto al respecto es que no se hace alusión a esta actividad durante los años que dura su múltiple cautiverio. De esta forma, como ocurriese con el caso del género de cautiverio, las similitudes de la narrativa con las biografías espirituales son tan señaladas como las diferencias entre ellas.

Resulta evidente entonces la huella de ambos géneros en la narrativa, pues como indica Andrews, “the structures whereby the captivity and conversion genres organized and interpreted Afro-American experience proved a mixed blessing to early black autobiography” [las estructuras a través de las que los géneros de cautivos y de conversión religiosa organizan e interpretan la experiencia afroamericana resultaron una variopinta bendición para las primeras autobiografías negras] (1988: 46). Sin embargo, pese a que

¹⁷⁸ Salmos (34: 3) y (107: 8, 15, 21, 31) respectivamente.

¹⁷⁹ 1 Samuel (17: 34-37).

¹⁸⁰ Lucas (15: 11-32).

son los géneros más reconocibles en la narrativa, no son estas las únicas tendencias literarias desde la que se configura la obra.

2.3.3.3. —Relatos de aventuras marinas

Una vez consumada su liberación de manos españolas, comienza la aventura marina del protagonista. No son muchos los episodios que se detallan del tiempo que pasa en los mares Briton, pero sí que se hace mención a todos los barcos en los que sirve y a los numerosos lugares que visita. Así, nada más salir de Cuba, empieza a enumerar la lista que los integra,

“after being at Jamaica a short Time we sail'd for London, as convoy to a Fleet of Merchantmen, who all arrived safe in the Downs, I was turned over to another Ship, the *Arcenceil*, and there remained about a Month. From this Ship I went on board the *Sandwich* of 90 Guns; on board the *Sandwich*, I tarry'd 6 Weeks, and then was order'd on board the *Hercules*, Capt. John Porter, a 74 Gun Ship” [tras estar poco tiempo en Jamaica zarpamos para Londres como escolta de una flota de buques mercantes, que llegaron todos a salvo a las lomas costeras, donde me transfirieron a otro barco, el *Arcenceil*, y allí pasé cerca de un mes. De este barco me fui a bordo del *Sandwich* de noventa cañones; a bordo del *Sandwich* estuve seis semanas, y luego me mandaron a bordo del *Hércules*, Cap. John Porter, un barco de setenta y cuatro cañones].

No obstante, en estos episodios, constituidos a semejanza de los narrados en los relatos de aventuras de la época, el protagonista narra algunas de las múltiples anécdotas y batallas ocurridas durante sus travesías en alta mar. Del enfrentamiento con un barco galo nos cuenta que “we sail'd on a Cruize, and met with a French 84 Gun Ship, and had a very smart Engagement, in which about 70 of our Hands were Kill'd and Wounded, the Captain lost his Leg in the Engagement, and I was Wounded in the Head by a small Shot” [navegamos en crucero y nos encontramos con un barco francés de ochenta y cuatro cañones, y entablamos un arduo combate en el que unos setenta de nuestros tripulantes fueron asesinados y heridos, el capitán perdió la pierna en el combate, y yo fui herido en la cabeza de un pequeño disparo], y del tiempo que pasa en Londres tan solo que “I was taken sick in London of a Fever, and was confin'd about 6 Weeks, where I expended all my Money, and left in very poor Circumstances” [me puse malo en Londres de una fiebre,

y estuve confinado unas seis semanas, donde me gasté todo el dinero y quedé en muy malas condiciones].

Cualquier lector de relatos de aventuras señalará la brevedad de los pasajes y la falta de detalles que los configuran frente a las historias narradas en los libros del género. Estas historias se hallan plagadas de situaciones extremas que ponen a prueba la destreza del protagonista con el fin de generar una tensión constante en el relato que despierte el interés y capte la atención del público¹⁸¹. Las vivencias de Briton, por el contrario, no dejan de ser meras inserciones que aluden a su vida, desplazando el foco de atención de las historias en sí a la simple enumeración de momentos que otorgan veracidad a su relato. Así, para quien busque más información sobre el enfrentamiento marítimo al que aludíamos, la narrativa ofrece una nota a pie de página que sirve tanto para certificar el carácter real de lo narrado como para satisfacer la curiosidad de los pormenores que envuelven la lid, pues se refiere al documento que da cuenta del episodio señalando que “a particular Account of this Engagement, has been Publish'd in the Boston News-Papers” [un detallado relato de este combate ha sido publicado en los periódicos de Boston]. Una vez más, como viene siendo habitual, se muestran las similitudes y diferencias de las múltiples improntas literarias que articulan la narrativa, en este caso, con respecto al género de aventuras.

Sin embargo, un análisis más profundo de estos episodios ofrece gran cantidad de información *a priori* velada. Es interesante observar que en la narrativa Briton no obtiene nada positivo de su dura labor en los mares. Ciertamente es que tras su servicio en los diferentes barcos siempre recibe su recompensa pecuniaria, tal y como ocurre al dejar el *Hércules* debido a las heridas en combate, “I was discharged from the Hercules the 12th Day of May 1759 (having been on board of that Ship 3 Months) on account of my being disabled in the Arm, and render'd incapable of Service, after being honourably paid the Wages due to me” [quedé absuelto del *Hércules* el día doce de mayo de 1759 (tras pasar tres meses a bordo de aquel barco) al quedar lisiado de un brazo y ser incapaz de servicio tras haberseme pagado honorablemente el sueldo que se me debía]. De tenerse en cuenta lo

¹⁸¹ Señalaremos aquí tan solo la obra de Daniel Defoe publicada en 1719 como ejemplo prototípico del género de aventuras en la época. Su título completo da cuenta de las características de estas obras al leerse *La vida e increíbles aventuras de Robinson Crusoe, de York, marinero, quien vivió veintiocho años completamente solo en una isla deshabitada en las costas de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; habiendo sido arrastrado a la orilla tras un naufragio, en el cual todos los hombres murieron menos él. Con una explicación de cómo al final fue insólitamente liberado por piratas. Escrito por él mismo.*

que se dice en la obra, Briton no disfruta del dinero ganado, ya que sus ahorros son empleados en facturas médicas que le dejan sin nada en su haber. Tampoco se especifican cuáles son las terribles condiciones en las que queda el protagonista una vez se le termina el dinero en Londres ni cómo consigue sobrevivir durante ese tiempo. No obstante, a pesar de que la vida de los negros que llegaban a Inglaterra por aquellas fechas no se caracterizaba por su facilidad, como seguramente la experiencia de Briton pudiera dar buena cuenta, tal énfasis en aquellos datos negativos solo pueden responder a un propósito narrativo: la presentación de un mundo hostil para el que el hombre de color no está preparado. Esta realidad adversa pondría de manifiesto las teorías racistas de la época que subrayaban el carácter infantiloides de las personas negras y manifestaban las bondades que suponían los efectos putativos de la esclavitud (Sekora, 1987: 507). La situación de desamparo y necesidad de Briton en una sociedad que le es ajena serviría entonces para engrandecer el anticipado reencuentro con su amo¹⁸². Sea como fuere, el único hecho realmente probado es que la narrativa omite los datos de este periodo, situación que plantea todavía muchos interrogantes sobre la vida del protagonista y la interpretación de la obra.

Es debido a esta falta de información que se han postulado diferentes especulaciones sobre la verdadera persona que se esconde tras el protagonista. La aparente ausencia de datos llega a cuestionar el posible comportamiento de Briton en la capital inglesa, quien “like many black sailors whose seaborne quasi-freedom gave way to sordid life and often death in Atlantic ports, in London Hammon found himself penniless” [como muchos otros marineros negros cuya quasi-libertad de movimiento por los mares da lugar a una vida sórdida y a menudo a una muerte en los puertos atlánticos, en Londres Hammon se halla totalmente desprovisto de dinero] (Desrochers, 2001: 159). Sin embargo, pese a que este planteamiento es defendido por críticos como Desrochers, los valores morales que se le vienen atribuyendo a Briton durante la narrativa no parecen admitir tal tipo de interpretación. No obstante, tal y como se desprende de las palabras del estudioso, la

¹⁸² Andrews analiza las narrativas de esclavos que integran el género y destaca que “at the conclusion of the large majority of black autobiographies between 1760 and 1810, there is an attempt to turn the tragedy of the lost Negro into a sort of Christian comedy by showing the wandering protagonist being led providentially home to the protective authority of his master” [en la conclusión de la mayoría de autobiografías negras entre 1760 y 1810, existe un esfuerzo por darle la vuelta a la tragedia del negro desamparado hacia una especie de comedia cristiana al mostrar cómo el errante protagonista es encaminado providencialmente a su casa hasta la protectora autoridad de su amo] (1988: 42).

especulación vuelve a incidir en la posible condición del protagonista ahora como hombre semi-libre.

Desde el comienzo de la obra, la narrativa juega al despiste con el verdadero estatus de Briton. De no ser, como vimos, por los documentos oficiales referidos a su persona, la condición de esclavo del protagonista seguiría siendo una incógnita. No obstante, este interrogante vuelve a surgir de nuevo durante sus aventuras oceánicas. De manera similar a como se camufla la relación de Briton con su amo mediante la aparente libertad del protagonista para embarcarse rumbo al Caribe, la narrativa presenta a un hombre que decide voluntariamente enrolarse en diferentes barcos bajo las órdenes de diversos capitanes. Tal es así, que la vida de Briton parece ser similar a la de cualquier otro marinero en alta mar.

Las particulares condiciones del trabajo a bordo de los navíos constituyen un desafío para las reglas sociales de la época. La dureza del oficio necesitaba de una mano de obra dispuesta a soportar las penurias de una labor distinguida por su peligrosidad, algo que tenía reflejo en dos cuestiones planteadas en la narrativa. Primero, el extenuante trabajo llevado a cabo en los barcos hacía difícil conseguir hombres para la tripulación. Ante la dificultad de encontrar suficiente mano de obra entre los hombres blancos, se recurría habitualmente a gentes de color que, por su condición de esclavos, no podían negarse a realizar el trabajo. Briton, como vimos, no fue ajeno a esta situación. Segundo, en un ambiente de trabajo tan extremo que requería la colaboración continuada de toda la tripulación, las limitaciones del esclavo se borran en el trato igualitario con sus compañeros. En *Equiano, the African: Biography of a Self-Made Man*, Carretta señala al respecto que “at sea, artificially imposed racial limitations would have destroyed everyone, white and black” [en el mar, las limitaciones raciales impuestas habrían acabado con todos, blancos y negros] (2005: 74). La aparente libertad de Briton parece atender entonces a las singulares características que imponía la disciplina del barco, pues a bordo los marineros negros comían lo mismo que sus compañeros blancos, llevaban la misma ropa, compartían el mismo espacio, realizaban el mismo trabajo, recibían el mismo salario y atenciones e, incluso, tenían las mismas oportunidades de promoción (Carretta, 2005: 74). Como se observa, nada tiene que ver la realidad arrojada por los mares con la situación habitual de los esclavos en tierra, pues como explica Desrochers, “the collective nature of seafaring work made ships workplaces where color ‘might be less a determinant’ of social status than it was shore-side” [la naturaleza colectiva del trabajo marino hacía

de los barcos lugares donde el color ‘pudiera ser menos determinante’ del estatus social de lo que era en la costa] (2001: 155). Es por ello que la imagen de aparente libertad que goza el esclavo en la narrativa durante sus aventuras marítimas no sería posible en cualquier otro contexto, pues “refracting the relatively egalitarian social order of eighteenth-century nautical life, accounts of black maritime experience and captivity make available a quite different story of bondage than those narratives that are bound to the continental United States” [refractando el relativo igualitario orden social de la vida náutica del siglo dieciocho, los relatos de la experiencia y del cautiverio marítimo negro posibilitan una historia de esclavitud totalmente distinta a aquellas narrativas limitadas a los Estados Unidos continentales] (Green, 2014: 109).

Considerando esta idea acerca del tipo de cautiverio que pudiera sufrir Briton en el mar, surgen otra vez dudas sobre la voluntariedad de servicio del protagonista en los diferentes barcos en los que se enrola. El primer barco en el que sirve es aquel en el que finalmente consigue hacer efectivo su escape de Cuba, el *Beaver*. Tras una breve parada en Jamaica, sirven de escolta a una flota de mercantes con dirección a Inglaterra y, una vez llegan, Briton nos cuenta que “I was turned over to another Ship, the *Arcenceil*” [me transfirieron a otro barco, el *Arcenceil*]. No parece que el protagonista tuviese elección a la hora de cambiar de barco, pero se deja abierta esta posibilidad debido a que el protagonista no especifica el motivo del siguiente cambio de embarcación cuando nos dice que “from this Ship I went on board the *Sandwich*” [de este barco me fui a bordo del *Sandwich*]. Sin embargo, la narrativa no ofrece lugar a dudas cuando explica la presencia de Briton en su próximo navío, “then was order'd on board the *Hercules*” [luego me mandaron a bordo del *Hércules*]. Sin embargo, cuando la situación parece aclararse, la narrativa prosigue con este juego de ambigüedades, pues tras servir en este barco y recuperarse de sus heridas en el hospital de Greenwich, Briton parece querer dejar claro que es decisión suya el enrolarse de nuevo, “I then ship'd myself a Cook on board Captain Martyn, an arm'd Ship in the King's Service” [luego me enrolé como cocinero a bordo del *Capitán Martyn*, un barco armado al servicio del rey]. De haberse mostrado históricamente verídico el relato, no cabrían mayores especulaciones sobre el asunto. No obstante, analizadas las circunstancias que rodeaban a la captación de hombres para su servicio en los barcos reales, la obligatoriedad parece estar detrás de la libre decisión de Briton. Con esta situación, ya sea debido a levas que forzasen al protagonista o la propia necesidad económica fruto de las circunstancias en las que se encuentra, lo cierto es que

el esclavo seguía sin disfrutar de una libertad efectiva, pues como apunta Desrochers “instances of such a rough-hewn egalitarianism and anti-authoritarianism appear only briefly in Hammon’s Narrative, a text that by its own admission ‘omitted a great many Things’” [ejemplos de este tosco igualitarismo y antiautoritarismo tan solo aparecen escuetamente en la narrativa de Hammon, un texto que según admite él mismo ‘omite muchísimas cosas’] (2001: 155).

Así las cosas, la crítica ha dado en señalar el variado carácter del cautiverio y servicio de Briton a la hora de afrontar todas estas cuestiones. La amplitud del espacio geográfico y la variedad cultural ensanchan los límites que fijaba la esclavitud colonial en Norteamérica, adaptando la subyugación del protagonista a la multitud de realidades que configuraban el mundo Atlántico del momento. Es por ello que Green nota el carácter transnacional de las vivencias de Briton cuando afirma que “as a captive to Native Americans in coastal Florida, a prisoner to Spanish interests in a Havana jail, and a ward of the governor in Cuba, Hammon knew that bondage took polymorphous forms across and within varied geographical locations” [como cautivo de los nativos americanos en la costa de Florida, prisionero de los intereses españoles en una cárcel de La Habana y tutelado del gobernador en Cuba, Hammon sabía que el cautiverio tomaba diferentes formas a lo largo y dentro de los distintos puntos geográficos] (2014: 106). En este contexto, si bien la multiplicidad de lugares que configura el mapa de las andanzas del protagonista no es exclusiva de la narrativa de Briton —que participa aquí de los relatos de aventuras al gusto de la época—, las particulares características de un protagonista esclavo negro exploran nuevas posibilidades en torno a las formas que toma la esclavitud durante el siglo dieciocho, abriendo con ello camino a las posteriores narrativas del género¹⁸³.

No obstante, todas las formas de esclavitud y cautiverio recogidas en la narrativa parten de una misma premisa: el relato un protagonista en su lucha por sobrevivir. De esta

¹⁸³ Otras narrativas de esclavos que abordan las diferentes formas de la esclavitud más allá de las costas norteamericanas son, por ejemplo, *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukasaw Gronniosaw, an African Prince, As Related by Himself* o *Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* (1770), *The Interesting Narrative of Olaudah Equiano Gustavus Vassa, Written by Himself* o *La interesante narrativa de Olaudah Equiano Gustavus Vassa, escrita por él mismo* (1789), o *Venture Smith’s A Narrative of the Life and Adventures of Venture, a Native of Africa, but Resident Above Sixty Years in the United States of America. Related by Himself* o *Una Narrativa de la vida y aventuras de Venture, natural de África: pero residente más de sesenta años en los Estados Unidos de América. Contada por él mismo* (1798), la primera de las cuales se recoge en esta antología.

manera, al igual que se recurre a los relatos de aventuras para narrar los pasos de Briton, se vuelve sobre otras tendencias literarias a la hora de configurar su supervivencia. Es a la zaga de estas corrientes que analizaremos la obra conforme a un género basado en postulados similares, el de la novela picaresca.

2.3.4. La tradición picaresca en la obra de Briton Hammon

De la misma forma que los estudios de la narrativa de Briton ahondan casi en su totalidad sobre la huella de los géneros anglosajones del periodo que tienen reflejo en la obra, no son pocas las voces que apuntan a la existencia de elementos pertenecientes a una tradición literaria foránea como es la del género hispano por antonomasia: la novela picaresca. La lectura de la narrativa deja en el lector un regusto picaresco que no ha pasado desapercibido ante la crítica. Desde este presupuesto, se han buscado diferentes aspectos de la obra que, por su similitud con aquellos de las obras picarescas, pudieran otorgarle a la narrativa de Briton su “sabor” picaresco. Y si bien hasta la fecha se han conseguido aislar ciertos elementos característicos de las novelas españolas en la obra Briton, la presencia de estos rasgos picarescos siempre sufre la misma suerte al ser analizados por la crítica en la narrativa.

A pesar de que ningún estudioso parece negar ciertas similitudes entre la narrativa de Briton y las novelas picarescas, tales coincidencias no pasan en sus trabajos de meras menciones y consideraciones respecto a la vida del protagonista todavía a la espera de un análisis detallado. Nichols, por ejemplo, expone al respecto en «The Slave Narrators and the Picaresque Mode: Archetypes for Modern Black Personae» que “it is apparent, then, that the black experience itself suggested to some Afro-American writers the picaresque form when they turned to fiction”, fundamentando su argumentación al decir que, como si de protagonistas picarescos se tratase, “they were conscious victims of fortuitous circumstance, rootless and lonely men forced to survive by various stratagems and Protean roles” [eran víctimas conscientes de circunstancias fortuitas, hombres desarraigados y solitarios obligados a sobrevivir mediante distintas estratagemas y papeles proteicos] (1985: 291-292). Jesús Benito y Ana María Manzananas resaltan en su «Introducción» al segundo capítulo de la narrativa de Equiano —uno de los pocos estudios en castellano al respecto—, la falta de sistematización de los rasgos picarescos en las narrativas de esclavos, algo que tiene reflejo directo en la obra de Briton, cuando

señalan, en la misma línea que el crítico estadounidense, que “a pesar de los múltiples rasgos que ambos modos literarios comparten, la crítica defiende que las narraciones de esclavos están imbuidas de tono picaresco por la simple razón de que las vidas de sus autores también reflejaban vivencias que en muchos sentidos se pueden denominar picarescas” (1994: 29). Esta ligereza a la hora de abordar la impronta picaresca pone de relieve que, incluso en los pocos estudios que desarrollan el carácter picaresco de la obra con mayor profundidad, el conjunto de la crítica no trasciende una serie de postulados preconcebidos sobre lo picaresco en el momento de arrojar sus conclusiones.¹⁸⁴

Es quizá debido a este tratamiento superficial de los rasgos picarescos que las coincidencias señaladas en la obra de Britton no hayan recibido más consideración que la de afortunada casualidad por parte de los estudiosos. Siguiendo con lo expuesto en el análisis de lo picaresco para el caso de otros autores del género, la mayoría de esfuerzos críticos sobre la narrativa vienen a defender esta perspectiva al entender que ambas tradiciones, tanto la picaresca como la de las narrativas de esclavos,

“se sirven de los principales rasgos de la autobiografía para sus propósitos literarios, de donde puede desprenderse que las soluciones a las que llegan tanto los autores españoles como los anglosajones a nivel temático y formal sean fruto de un proceso similar y esperado, surgido de un contexto y unas imposiciones formales y de contenido” (Parra Alonso, 2017: 16).

Hedin defiende en «The American Slave Narrative: The Justification of the Pícaro» que estas obras en su conjunto “suggest the traditional picaresque in a number of ways, but the resemblance resulted more from a natural fit of the picaresque mode with slaves’ own experience than from a need the narrators felt to shape the description of their lives for a literary purpose” [insinúan la tradición picaresca de muchas maneras, pero el parecido resulta más de un encaje natural del modo picaresco con las vivencias propias del esclavo que de la necesidad de los narradores de dar forma a la descripción de sus vidas de acuerdo con un propósito literario] (1982: 633). La presencia del género español en la narrativa adolece así de una doble carencia, el trato superficial de su poso picaresco y la negación

¹⁸⁴ Otro ejemplo de esta situación aparece en el artículo de Raymon Hedin «The American Slave Narrative: The Justification of the Pícaro» cuya interesante exposición se sostiene igualmente sobre la aparente vida picaresca que llevan de la mayoría de los protagonistas de las narrativas de esclavos, cuando afirma que “their narratives were picaresque because their lives were picaresque” [sus narrativas eran picarescas porque sus vidas eran picarescas] (1982: 633).

de un uso consciente de la tradición hispana por parte de los narradores y editores de estas obras.

La defensa de este último postulado ha condicionado cualquier aproximación al análisis de las similitudes entre tradiciones dentro de la obra de Briton. A pesar de los avances realizados respecto a la impronta picaresca en la narrativa, todavía son pocos los estudios que tienen en cuenta el peso del género hispano entre las letras coloniales americanas. La consideración de los rasgos picarescos en la narrativa como simple coincidencia supone ignorar una realidad literaria en la que se entremezclan diferentes géneros y tradiciones. Gould fue el primero en notar el potencial que ofrecía la tradición picaresca en su estudio sobre la obra. De esta manera, la narrativa inaugural del género se abriría hueco dentro del mercado literario, no desde los postulados antiesclavistas de las obras posteriores del género, sino apelando al interés del público por las novelas de corte picaresco. Así, Gould pone de relieve la consciente utilización de lo picaresco en la narrativa de Briton cuando explica que “the Boston publishing firm of Green and Russell (who were associated with Fowle and Draper, the leading publishers of captivity stories) took a chance on Hammon not on antislavery convictions but out of a belief in the market potential of a picaresque tale of captivity” [la firma editorial de Boston de Green and Russell (que estaban asociados con Fowle and Draper, los principales editores de historias de cautivos) apostó por Hammon no por sus convicciones antiesclavistas, sino por la consideración del potencial que una historia picaresca de cautivos tendría en el mercado] (2007: 13). No obstante, esta nueva ventana abierta por el crítico estadounidense necesita todavía de un estudio minucioso que ofrezca una mayor sistematización de la deuda picaresca en la narrativa.

Si bien son muchas las posibilidades de acercamiento crítico al estudio de los rasgos picarescos, ningún estudio se ha servido de los distintos enfoques propuestos a la hora de abordar el género español en la obra de Briton. No existen, al menos que conozcamos, trabajos que se alejen de superficiales consideraciones temáticas al respecto. Una posible distinción de los diferentes aspectos picarescos presentes en la narrativa serviría para ofrecer claridad sobre la factura picaresca de la obra. Es este déficit histórico el punto de partida para el análisis que proponemos.

El primer problema al que debemos enfrentarnos es la selección de un enfoque para el estudio de la narrativa dentro de la maraña de posibilidades teóricas que ofrecen los trabajos sobre el género picaresco. Pese a la existencia de numerosos estudios que

abordan lo picaresco desde la figura del pícaro, como el realizado por Alexander Parker en *Literature and the Delinquent* (1967), a la zaga de los cuales se ha tratado lo picaresco en las tempranas narrativas de esclavo, la necesidad de una perspectiva más amplia a la hora de identificar lo picaresco requiere de un enfoque global que lo posibilite. Como vimos, muchas son las propuestas críticas que contribuyen al análisis de las novelas picarescas que pudieran servir para nuestro estudio. Algunos ejemplos, recogidos anteriormente, son los trabajos centrados en los aspectos sociales, como el de Bataillon (1969) o el de Molho (1972), en definiciones etimológicas como el de Malkiel (1964), o en el análisis legal e histórico-social de la sociedad de la época como el de Maravall (1986). No obstante, dejando al margen esta multitud de enfoques críticos que se acercan a lo picaresco desde la parcialidad, nos serviremos aquí de aquellos que intentan dar cuenta de una poética común para las obras del género desde la totalidad. Y si bien existen algunas propuestas novedosas como la de Florencio Sevilla (2001) sobre el carácter dialogístico del género al más puro estilo del trabajo de Andrews para las narrativas de esclavo, volveremos sobre los presupuestos fijados por Lázaro Carreter en su ensayo «Para una revisión del concepto novela *picaresca*» por ser los que gozan de mayor aceptación en el estudio de la picaresca (1970).

De esta forma, siguiendo la senda del análisis de lo picaresco desarrollada por Juan Antonio Garrido Ardila en «La tradición picaresca española en Inglaterra» para *The Fortunes and Misfortunes of the Famous Moll Flanders* o *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders* de Daniel Defoe (1722), que fue continuada por José David Parra Alonso en «Extrañas coincidencias entre obras de marginados: las novelas picarescas y *The Interesting Narrative of Olaudah Equiano*» para *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa the African* o *La narrativa de la vida de Olaudah Equiano, el africano* publicada por el autor del mismo nombre (1789), podremos observar la fidelidad de la narrativa de Briton en el cumplimiento de la serie de rasgos propuestos por Lázaro Carreter para las novelas picarescas. Esta batería de rasgos se establece a partir de un proceso inductivo de reconocimiento de los elementos comunes de las diferentes obras españolas del que se desprende, de acuerdo con el crítico, las características definitorias del género picaresco. Será a través de la adhesión de la obra de Briton a estos elementos que se intentará dilucidar la verdadera huella picaresca en la narrativa del autor negro, así como las diferentes posibilidades que ofreciera el uso consciente de esta

tradición durante el siglo dieciocho a los agentes implicados en la creación y publicación del texto.

Al igual que ocurre en los relatos picarescos, el rasgo más visible de la narrativa de Briton es el carácter marginal u *outsider* de su protagonista. De forma similar al pícaro, Briton se configura como un personaje situado al margen de una sociedad que limita sus posibilidades existenciales. Nichols afirma al respecto que el protagonista de las obras de esclavos se presenta generalmente como “a lost soul, bitterly estranged from his relatives, the black community and the larger society” [un alma desamparada, amargamente separada de sus parientes, la comunidad negra y la sociedad en general] (1985: 288). Esta marginalidad se define al comienzo de las novelas picarescas con la presentación del origen del personaje, pues será la ignominia de su nacimiento la que marque toda su trayectoria vital. No obstante, frente a los relatos picarescos, la narrativa no se abre con la exposición de las circunstancias que envuelven la llegada al mundo de Briton; presentación que sí seguirán otras obras posteriores de esclavos¹⁸⁵. La eliminación del nacimiento del esclavo en la narrativa obvia cualquier posible aclaración del linaje al que pertenece Briton. La nula información respecto a su familia no permite tampoco asegurar la procedencia del protagonista ni la afiliación a otros amos, pues tampoco se recogen datos sobre su nombre ni su apellido. A pesar de que no se definen con demasiado detalle en las novelas picarescas dichas circunstancias, según notan Benito y Manzanás al afirmar que “el héroe proviene de orígenes oscuros, poco conocidos” (1994: 29), la falta de una aclaración expresa del origen del protagonista pudiera deberse de nuevo a un silenciamiento consciente, pues como explica Sekora “meaning is discovered where it is hidden, excluded, repressed, taboo” [el significado se descubre dónde está escondido, excluido, reprimido, prohibido] (1987: 503). Sin embargo, toda la ambigüedad que recorre la obra respecto a la condición de Briton se antoja en este punto innecesaria, ya que como señala Nichols, mientras la situación del pícaro obedece a la baja condición social que le otorga su nacimiento, en la narrativa “the distinguishing mark of the black picaroon is that his fate is determined not only by class but more importantly by caste

¹⁸⁵ Este procedimiento será tan habitual en las narrativas que constituirá uno de los rasgos característicos del género según la definición establecida por James Olney en su artículo «‘I Was Born’: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature», en el cual se señala que el conjunto de estas obras se inicia con “a first sentence beginning, ‘I was born...’ then specifying a place but not a date of birth [and] a sketchy account of parentage” [una primera frase que empieza con ‘nací...’, luego se especifica el lugar pero no la fecha de nacimiento [y] un relato esbozado de su linaje] (1985: 153).

[racial] status” [la marca distintiva del pícaro negro es que su destino está determinado no solo por la clase, sino de manera más importante por la casta [raza]] (1985: 287).

El color negro de la piel del protagonista no solo supone entonces una exotividad para cualquier lector de la narrativa, pues lleva parejo además la marca condicionante de su vida. En la sociedad colonial blanca estadounidense no existía posibilidad de integración para el hombre de color, de igual manera que tampoco la había para los nativos americanos¹⁸⁶. No obstante, mientras las campañas políticas del momento abogaban por la erradicación de los indígenas, al esclavo negro se le permitió vivir subyugado a los distintos intereses del hombre blanco. Zafar explica al respecto que “Hammon could not become a transculturite in white culture, for the impermeability of Puritan society would allow him few if any privileges” [Hammon no pudo llegar a ser un individuo transcultural en la cultura blanca, ya que la impermeabilidad de la sociedad puritana no le permitía más que escasos, si no nulos, privilegios] (1997: 56). No obstante, pese a tan limitadas posibilidades, sí que se le concedían al hombre negro ciertas licencias dentro del mundo cultural blanco, siendo la más importante la religiosa. Esta concesión permitió a escritores como Briton sumar su obra a la tradición literaria occidental, pues tal y como indica Yolanda Pierce en *Hell without Fires. Slavery, Christianity, and the Antebellum Spiritual Narrative*, aunque su singularidad racial le imposibilitaba identificarse con su audiencia, la narrativa “create[s] a generic Christian ‘Everyman’, so that the reader easily identifies with the narrator” [crea un ‘hombre corriente’ cristiano, de tal forma que el lector pueda identificarse fácilmente con el narrador] (2007: 94). La amalgama genérica que autoriza esta interpretación ha llevado a Marion Wilson Starling a postular en *The Slave Narrative: Its Place in American History* que en estas primeras narrativas el estatus de esclavo *per se* no era una característica distintiva suficiente durante el siglo dieciocho (1988: 50). Gracias a ello, Zafar señala que “eighteenth-century black men in their new, white worlds had often to describe themselves, not as black men, but other kinds of men —religious seekers, nascent capitalists” [los hombres negros del siglo dieciocho en sus nuevos mundos blancos tenían que describirse a sí mismos, no como hombres negros, sino como

¹⁸⁶ Bolster señala al respecto que únicamente los marineros negros conseguían escapar del estricto sistema racial establecido en las colonias cuando afirma que solo la “Atlantic maritime culture included strong egalitarian impulses that frequently confounded the strict racial etiquette of slave societies” [cultura marítima atlántica mostraba fuertes impulsos igualitarios que confundían frecuentemente la estricta etiqueta racial de las sociedades esclavistas] (1997: 91).

otros tipos de hombres —devotos religiosos, emergentes capitalistas] (1997: 56), a los que cabría añadir ahora, buscavidas al estilo picaresco.

La ruptura que se produce entre Briton y su amo permite ignorar por un instante la esclavitud del protagonista de la narrativa y relatar con cierta libertad sus aventuras. Lejos del amparo del general Winslow, Nichols apunta que el héroe se asimila al resto de las primeras obras del género de esclavos en las que se presentan “personae reminiscent of the pícario, Lazarillo” [personajes reminiscentes del pícaro] (1985: 283).

Así las cosas, la comparativa del protagonista de la narrativa con los elementos definitorios del pícaro que establece Frank Wadleigh Chandler en su obra *Romances of Roguery; An Episode in the History of the Novel. The picaresque novel in Spain* arroja cierta luz al asunto. De acuerdo con el crítico estadounidense, el pícaro se caracterizaría por su condición ruin, una evolución psicológica de la inocencia a la maldad, y por una naturaleza solitaria y habladora. Briton comparte el primer punto toda vez que, a pesar de estar fuera del sistema esclavista tan solo por momentos, las aventuras del protagonista vienen condicionadas en parte por el ineludible hecho de que “the black picaroon never can escape the iron ring of his caste status” [el pícaro negro nunca puede escaparse de la argolla de su casta] (Nichols, 1985: 292). Así, si bien su libertad tan solo se ve constreñida por las cadenas de la esclavitud, tal y como se desprende del análisis de la narrativa, el carácter marginal del protagonista le viene otorgado por su propia naturaleza racial de igual manera que el nacimiento establece el deshonor en el pícaro. La evolución psicológica que se produce en los héroes picarescos según Chandler también se observa en el protagonista de la narrativa. Briton, lejos de su amo, se ve envuelto en una serie de aventuras que le permiten reflexionar sobre su persona. No sabemos la opinión inicial del protagonista respecto a su condición de esclavo, pero de lo que no cabe duda es de que, tras tantos años vagando por el mundo sin rumbo fijo, Briton valora la comodidad de su estado inicial si tenemos en cuenta el efusivo reencuentro final con su amo. Sin embargo, frente a la esperada maldad de Briton al término de la obra, el protagonista no abandona su buen natural. De esta manera, a pesar de haber perdido parte de la inocencia con la que abría la narrativa, el esclavo concluye el relato dejando claro que le gustaría “to retain a grateful Remembrance, as long as I live in the World” [conservar un buen recuerdo mientras viva en el mundo]. El carácter solitario y hablador, que constituye el trazo final de la composición del pícaro, aparece de nuevo recogido en el protagonista de la narrativa. Por un lado, al igual que la mayoría de héroes picarescos, Briton carece de familia propia,

amistades o un círculo social en el que confiar. Es más, tanto el pícaro como el esclavo se encuentran solos entre sus semejantes en un mundo en el que la supervivencia no entiende de relaciones personales, de ahí que Hedin los describa como “individualistic, self-concerned, partly asocial adventurers” [aventureros en parte asociales, preocupados por sí mismos e individualistas] (1982: 636). Por otro, el esclavo no comparte la verborrea de la mayoría de protagonistas picarescos y cuenta, como él mismo señala, que ha “omitted a great many Things” [omitido muchísimas cosas]. La brevedad de su relato se asemeja más a la obra del anónimo autor del *Lazarillo* que a la posterior descendencia del género hispano plagada de digresiones, una concisión y medida en el discurso que se irá abandonando también en las consiguientes narrativas de esclavos.

Similitudes y diferencias al margen, lo que realmente une a ambos protagonistas es su espíritu aventurero en la batalla por sobrevivir. Una vez analizada la sorprendente libertad de la que hace gala Briton, pues como señala Hedin “the slaves who became narrators in this period led surprisingly autonomous, or at least semi-autonomous, lives” [los esclavos que se hicieron narradores en este periodo llevaban vidas sorprendentemente autónomas o, por lo menos, semiautónomas] en comparación con los protagonistas de las futuras narrativas, el foco del relato pasa por la supervivencia (1982: 633). Starling apunta al respecto que “the slave narratives are all alike [...] in relating stories of adventure by individuals obliged by society to be more than usually dependent upon their own gumption” [las narrativas de esclavos son todas parecidas [...] al contar historias de aventuras de individuos obligados por la sociedad a depender más de lo habitual de su propia iniciativa] en su día a día (1988: 50). Desamparado de toda ayuda e inmerso en una sociedad que le es hostil, Briton se ve envuelto en una continua lucha similar a la del pícaro. Esta situación ha llevado a decir a Benito y Manzanas que “en su lucha por sobrevivir, tanto el pícaro como el narrador esclavo se ven obligados a adoptar todas las estratagemas y trucos a su alcance, y juegan los papeles más diversos acordes con las necesidades de cada momento” (1994: 29). Es quizás en este punto donde surgen las mayores diferencias entre los protagonistas de ambas tradiciones. Mientras el héroe picaresco sostiene su batalla vital fundamentalmente mediante el engaño surgido de las apariencias, el protagonista negro deberá aceptar las escasas posibilidades que le ofrece una sociedad tan hermética. El juego de identidades característico de las artes picarescas empleado por el personaje español se diluye en las narrativas de esclavos, pues la máscara momentánea del pícaro se mantiene durante todo el relato en el esclavo. Sin embargo, la

escasa importancia que recibe la negritud del personaje en la narrativa permite a Briton imitar las artimañas del pícaro, ya que como Hedin señala, “eighteenth-century narrators in many ways assimilated, genuinely ‘put on’ the behaviour and ethic of the slaveowner’s world to survive in that world, and even to thrive in it” [los narradores del siglo dieciocho asimilados en gran medida, ‘simularon’ los modales y la ética del mundo de los esclavistas para sobrevivir en dicho mundo, e incluso para prosperar en él] (1982: 644). Es por ello, que Nichols remarca tanto la ingenuidad de los protagonistas de estas primeras obras a la hora de interpretar los papeles que demanda cada situación, como la importancia de las estratagemas del esclavo en la interpretación, lo que constituye según el crítico el *leitmotiv* de las narrativas (1985: 285). Lo cierto es, sin embargo, que, a pesar de esta divergencia fruto del distinto color de piel, tanto el pícaro como el esclavo terminan por endurecerse mientras buscan su provecho de forma individual y asocial en circunstancias adversas. Y Briton da buena cuenta de ello, pues su currículum abarca desde el servicio al gobernador de Cuba durante su cautiverio entre los españoles, hasta el empleo de cocinero a bordo un barco de la corona británica en sus peripecias marinas.

Al margen de la figura del protagonista, los rasgos formales que constituyen la poética picaresca también se hallan recogidos, de una u otra manera, dentro de la narrativa. El primero de estos rasgos se configura en torno al uso de la primera persona a la hora de narrar la autobiografía del esclavo. Briton, como todos los protagonistas de las obras del género picaresco, relata su vida desde la propia experiencia, aportando así una perspectiva personal de los hechos. Al igual que en las novelas hispanas, es la subjetividad del narrador la que define la selección del material narrativo de la obra del esclavo pues, como explica James Olney en «“I Was Born”: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature», “the autobiographer is not a neutral and passive recorder but rather a creative and active shaper” [el escritor autobiográfico no es un recopilador pasivo sino más bien un creador activo y original] (1985: 149). La aparente coincidencia que se produce en la narrativa entre autor, narrador y protagonista vendría a reforzar este postulado. No obstante, sería ingenuo afirmar tras el análisis realizado que la primera persona autobiográfica del relato establece a una identificación real entre el creador de la obra, su voz en el texto y su alter ego literario ficticio. A falta de documentos biográficos sobre Briton Hammon, así como de datos fiables en la narrativa sobre su persona, las hipótesis sobre esta cuestión siguen todavía abiertas. Es por ello que, lejos

de polémicas sobre el carácter totalmente verídico del relato autobiográfico, analizaremos los aspectos formales de la narrativa en tanto que de una creación artística se trata¹⁸⁷.

Desde un punto de vista teórico, coinciden en el relato de Briton las voces del narrador y del protagonista¹⁸⁸. A pesar de que existen motivos para postular cierta injerencia del editor en la enunciación narrativa, lo cierto es que el discurso del narrador se acopla al del esclavo¹⁸⁹. Sin embargo, el cumplimiento de este rasgo que pudiera ser tenido por picaresco, al documentarse en las novelas del género desde la publicación del *Lazarillo* como obra inaugural, no es ni constante ni característico en los demás títulos que lo integran. Ya en el *Guzmán*, segunda obra del género, el uso de la primera persona se fragmenta y deja entrever multitud de voces superpuestas¹⁹⁰ y, en *El Buscón*, novela que configura el tercer pícaro de la serie, la voz de Quevedo se solapa a la del narrador y se opone a la de su protagonista¹⁹¹. No obstante, salvando las diferencias, el punto de mayor divergencia con las novelas picarescas en el uso de la primera persona autobiográfica lo encontramos en el empleo de la autobiografía dentro de la narrativa de Briton. A pesar de que existen otra vez multitud de variaciones, lo cierto es que las obras que componen el género español abarcan siempre gran parte de la vida de sus protagonistas, desde la niñez hasta la madurez¹⁹². Briton, sin embargo, da principio al relato de sus vivencias en la edad

¹⁸⁷ La diferencia entre una autobiografía real o una autobiografía ficticia plantea todavía muchas incógnitas para el caso de las narrativas y de las novelas picarescas. Si bien, las narrativas de esclavos parecen articularse de acuerdo con la primera opción, las novelas picarescas parecen responder al segundo modelo. No obstante, existen novelas picarescas que están escritas como las narrativas, como es el caso de *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo* publicada en 1646 o la *Vida de Diego de Torres y Villarroel* cuya primera versión aparece en 1743 y cuyo carácter picaresco todavía está por determinar. Además, algunos estudios críticos en torno a posteriores narrativas como la de Olaudah Equiano de 1789 apuntan a la falta de veracidad de gran parte del testimonio recogido en la obra. Véase al respecto Vincent Carretta (2005), *Equiano. The African. Biography of a Self-Made Man*. Georgia: University of Georgia Press.

¹⁸⁸ De acuerdo con las teorías de Gérard Genette, la narrativa presenta un narrador autodiegético propio del discurso homodiegético autobiográfico postulado por un narrador-protagonista. Gérard Genette (1989). *Figuras III*. Barcelona: Lumen.

¹⁸⁹ De acuerdo con el análisis realizado sobre los diferentes agentes implicados en la edición de la narrativa, pudiera ser cuestionable que ciertos prejuicios culturales o discursos religiosos blancos fuesen enunciados por un esclavo negro.

¹⁹⁰ Véase al respecto el detallado estudio de Ernesto Lucero Sánchez de 2008 «La función fática en el *Guzmán de Alfarache*». *Tonos Revista Filológica de Estudios Hispanos*, 16 diciembre.

¹⁹¹ Véase la introducción al texto realiza por Fernando Cabo Aseguinolaza (2001a).

¹⁹² Dentro de estas variantes encontramos, por ejemplo, distintas posibilidades desde las que dar comienzo al relato. Así, existen obras que parten desde el nacimiento del héroe picaresco, como sucede en el *Lazarillo* o el *Guzmán*, y otras que se inician desde la rememoración de la vida intrauterina del protagonista, tal y como se observa en *La vida de don Gregorio Guadaña*, publicada por Antonio Enríquez Gómez en 1644.

adulta y el tiempo total de sus aventuras tan solo cubre trece años de su existencia. De este modo, la generalidad en el uso literario de la primera persona en otros géneros de gran popularidad en la época, como pueden ser los relatos de cautiverio o las autobiografías espirituales, unida a la escasa vida del protagonista cubierta en la narrativa, pudieran indicar que el autor de la obra de Briton no se sirvió de la peculiar autobiografía picaresca. No obstante, pese a la brevedad del relato, no existen diferencias notables que impidan asociar el punto de vista del esclavo con la primera persona empleada por el pícaro a la hora de narrar sus aventuras.

Ligado a este uso de la primera persona autobiográfica se desprende el siguiente rasgo característico de las novelas picarescas. El relato intradieгético, presente tanto en las narrativas de esclavo como en las obras del género hispano, arroja una doble perspectiva sobre lo narrado. Este punto de vista único y dual surge de la propia definición de la autobiografía, pues como señala Olney en su estudio sobre el tema para las obras afroamericanas, “autobiography may be understood as a recollective/narrative act in which the writer, from a certain point in his life —the present—, looks back over the events of that life and recounts them in such a way as to show how that past history has led to this present state of being” [la autobiografía puede ser entendida como un acto rememorativo/narrativo en el que el escritor, desde un punto determinado de su vida —el presente—, vuelve la mirada hacia los eventos de esa vida y los cuenta de una manera que pone de manifiesto cómo esa historia pasada ha dado lugar a este ser del presente] (1985: 149). De esta forma, los héroes de las narrativas, al igual que los picarescos, cuentan sus aventuras pasadas desde la experiencia adquirida por el hombre adulto que las rememora. Esta característica intrínseca de la autobiografía se observa claramente en la obra de Briton, el cual expone su pasado en la narrativa desde el presente en que la escribe. No obstante, dentro de las numerosas posibilidades que ofrece este formato narrativo, el uso de esta doble perspectiva se articula siguiendo el mismo patrón en todas las novelas picarescas. El acto de evocación se produce siempre sobre las miserias pasadas del protagonista en las obras que configuran el género hispano. Esta particularidad ha llevado a Benito y Manzanos a postular que toda “narración [picaresca] se realiza en primera persona desde un momento presente, ya en la madurez del personaje que ha conseguido superar sus miserias juveniles” (1994: 29). No cabe duda aquí de que nada sabemos sobre la juventud de Briton y de que ciertamente se podría argumentar que los relatos de cautiverio y las narrativas espirituales utilizan un formato idéntico al

expuesto en la novela picaresca. Sin embargo, el variado sufrimiento al que se ve sometido Briton no termina ni con el fin del cautiverio ni con la conversión del protagonista. De esta manera, si bien no podemos asegurar el género que sirvió de modelo a la narrativa, creemos que un padecer tan continuado como el que se ve sometido el esclavo pudiera asemejarse más al del pícaro que al de cualquier otro tipo literario de la época.

No obstante, no es hasta que el protagonista termina de presentar toda la multitud de situaciones extraordinarias que dan forma a su persona final, que en la narrativa van desde la expedición comercial hasta el reencuentro de Briton con su amo, que el relato adquiere sentido en su conjunto. Los episodios de la vida de Briton seleccionados por el autor atienden a un proceso creativo premeditado, pues como afirma Olney, “memory creates the *significance* of events in discovering the pattern into which those events fall” [la memoria determina la significación de los eventos al descubrir el patrón por el que se rigen] (1985: 149). No es sorprendente entonces afirmar que la pintura de tales vivencias pasa por el filtro consciente de la memoria del protagonista, pues tal y como especifica al comienzo de la narrativa “I shall only relate Matters of Fact as they occur to my Mind” [contaré los hechos según me vienen a la mente]. De esta manera, Briton admite abiertamente su labor como agente activo en el proceso de selección del material narrativo, en su ordenación y en la importancia que le otorga a la hora de configurar su historia, pues como explican Benito y Manzanás para posteriores narrativas, “el escritor no inventa acontecimientos para elaborar su autobiografía; sin embargo, sí es inmensamente creativo en cuanto a la significación que otorga a cada elemento y en la disposición de esos elementos en un esquema completo al que han de adaptarse” (1994: 22).

Es desde este intercambio temporal entre el pasado y el presente, del recuerdo de las aventuras pasadas desde la memoria presente, que se explica entonces la presencia del tercer rasgo picaresco propuesto por Lázaro Carreter en la narrativa. La trabazón del conjunto de la obra a través de eventos consecutivos entre sí, que supuso la gran novedad de la novela picaresca, constituyó la superación de la técnica compositiva anterior en sarta por la que se estructuraban sin ensamblaje los episodios¹⁹³. Sin embargo, no es posible averiguar si todavía se tenía constancia de la revolución narrativa que aportan las letras

¹⁹³ Francisco Rico indica que es el *Lazarillo* la obra donde por primera vez se consigue “la elaboración de una novela admirablemente trazada y trabada” (2006: 64*).

hispanas en la época de Briton, pues ya para este periodo la mayoría de obras literarias occidentales han abrazado esta técnica. Lo que sí está claro es que la fuerte ligazón de los eventos narrados en la narrativa coincide de nuevo en este punto con las novelas picarescas, en las cuales los diferentes episodios son semejantes a las consecutivas letras de un nombre al cual otorgan, y del cual obtienen, sentido (Parra Alonso, 2017: 12). Así, la desapercibida manipulación compositiva del relato de Briton trasciende la mera improvisada rememoración cronológica, ya que al igual que el pícaro en las obras españolas, el protagonista resitúa conscientemente los acontecimientos en una secuencia lógica de significación acumulativa al más puro estilo picaresco (Olney, 1985: 149).

Obviamente, todo este andamiaje compositivo no es aleatorio. Tanto en las narrativas de esclavo como en las novelas picarescas la elaborada construcción narrativa atiende a un propósito final. En las obras del género español, el relato de las aventuras conduce a la explicación final de un *caso* que, en palabras de Francisco Rico, no es más que “el asunto último de la novela” (1989: 24). Este *caso* sirve de excusa para que el pícaro vuelva sobre su vida, hasta llegar al momento desde el que escribe, con el fin de justificar su condición final (Parra Alonso, 2017: 10). Si buscamos este cuarto rasgo picaresco en la obra de Briton, nos damos cuenta de que la narrativa también obedece a un motivo.

Lázaro da cuenta de su vida a petición expresa de Vuestra Merced sobre ciertos rumores que circulan en torno a su persona, cuando aclara “y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso por muy extenso, pareciome no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona” (*Lazarillo*, 2006: 10-11). Briton, sin embargo, no relata sus experiencias siguiendo un mandado. No obstante, de igual manera que Lázaro intenta satisfacer la curiosidad de su interlocutor ofreciendo como justificación su vida en perspectiva, Briton se dirige al lector para que comprenda la decisión final que toma en la obra de volver junto a su amo al decir “[I] am return'd to my own Native Land, to Shew how Great Things the Lord hoth done for Me” [he vuelto a mi tierra natal para mostrar cuántas grandes cosas el Señor ha hecho por mí], siendo la última y más destacable el reencuentro con el general. Si bien ambos relatos atienden así a un propósito más o menos explícito, existiría la posibilidad de negar la influencia del género picaresco o de buscar otros modelos más cercanos a la hora de articular este *caso* en la narrativa dada la aparente disparidad entre las obras. No obstante, no es necesario abandonar la tradición española pues, si bien Briton se distancia del *Lazarillo*, coincide de forma evidente con el otro gran modelo picaresco, el *Guzmán*. De esta manera, la

posible influencia de la picaresca en la narrativa se vuelve más probable, sobre todo si se tiene en cuenta la variedad que este rasgo presenta incluso dentro de las novelas españolas. A pesar de ello, no es posible todavía proporcionar una conclusión definitiva al respecto.

Claro está, sin embargo, el valor del propósito por el que Briton escribe su obra. Si se considera el contexto de recepción de la narrativa analizado anteriormente, cualquier lector de la época entendería sin la menor duda el motivo por el cual el esclavo relata su vida. Pese a que, como apunta Sekora, Briton “restrict[s] himself severely in the narrative, leaving all acts of interpretation to his betters” [se cohíbe seriamente en la narrativa, dejando todos los actos de interpretación a sus superiores] (1987: 486), no haría falta animar al lector a buscar significados ocultos sobre el asunto. Como sostiene Desrochers, “as a moment in the print history of New England slavery, Hammon’s Narrative was [...] something of an anomaly. It contradicted familiar roles of blacks in print as chattel to be sold, runaways to be apprehended, and rebels and malcontents to be alternately quashed and feared” [dentro de la historia impresa de la esclavitud en Nueva Inglaterra, la narrativa de Hammon era [...] una anomalía. Contradecía los papeles habituales de los negros en la imprenta como ganado en venta, fugitivos en busca y captura, y rebeldes y desafectos a los que alternativamente se había de sofocar y temer] (2001: 163). Si se tienen en cuenta todos los documentos recogidos tanto en la prensa del momento como en los boletines oficiales, la afirmación resulta totalmente acertada. La narrativa viene a servir de contrapunto a las incesantes noticias de revueltas y conflictos en los que se ven implicados los esclavos negros, a los anuncios que ofertaban su compra y venta como si de ganado se tratase, a los avisos de búsqueda de aquellos que se daban a la fuga y a las recompensas ofrecidas por su captura¹⁹⁴. El sufrimiento de Briton en un mundo que le es ajeno y hostil pone de relieve las virtudes del sistema esclavista al que estaba sometido anteriormente, a la vez que tranquiliza a los dueños de esclavos con una caracterización del hombre negro que en nada se parecía a la que los colonos estaban habituados, pues “in a broader sense, Hammon’s Narrative mitigated long-term white anxieties about their faltering slave system, offering a model of [...] a good master and a good slave” [en un sentido amplio, la narrativa de Hammon mitigaba las continuas ansiedades blancas sobre su vacilante

¹⁹⁴ Véase la obra James Walvin para encontrar diferentes ejemplos de tan amplia variedad documental en la época. James Walvin (2007), *A Short Story of Slavery*. Londres: Penguin Books, págs. 119-126.

sistema esclavista, al ofrecer el ejemplo de [...] un buen amo y un buen esclavo] (Desrochers, 2001: 163).

Resulta cuanto menos curioso consultar la legislación en materia esclavista de la colonia donde transcurre la vida de Briton. De acuerdo con los documentos encontrados por Desrochers, la convivencia con los esclavos negros resultaba tan conflictiva que en 1755 la asamblea legislativa de Massachussets ratificó como crimen capital en “the Time of Alarm or Invasion” [el tiempo de alarma o invasión] el que cualquier esclavo se aventurase más de una milla del lugar o plantación de su amo (2001: 163). No obstante, lo sorprendente del asunto no es la ley en sí, pues se sitúa en la estela de las restricciones que empiezan a imponerse al esclavo a lo largo y ancho del continente, sino el hecho de que entre sus firmantes se encontrase el propio general Winslow, ya que descubrimos que “among the members of the General Court that passed this drastic measure, which gave white license to ‘shoot or otherwise destroy’ alleged offenders ‘without being impeached, censured or prosecuted’, had been none other than Hammon’s master, John Winslow” [entre los miembros de la Corte general que ratificaron esta medida tan drástica, que les otorgaba a los blancos licencia para ‘disparar o acabar de otra manera’ con presuntos criminales ‘sin cuestionamiento, censura o persecución’, no estaba otro que el amo de Hammon, John Winslow] (Desrochers, 2001: 163).

En este sentido, se configura una imagen muy precisa de Briton. Igual que ocurriese con los personajes picarescos, la experiencia adquirida eleva al protagonista a una posición de ejemplo para el lector. Lázaro justificará con sus vivencias la resignación cristiana a las escasas posibilidades que ofrece la sociedad a un marginado, Guzmán dará cuenta de sus fechorías a modo de ejemplo ex-contrario una vez condenado a galeras al final de la novela, y Briton se constituirá como modelo prototípico del buen esclavo. Este corte moralizador, presente en ambas tradiciones, trasciende la posible influencia del género picaresco en la narrativa, pues la moralización de los héroes y el propósito doctrinario de las obras picarescas apunta a su vez a la influencia del género de la autobiografía cristiana (Parra Alonso, 2017: 9). Parece más lógico pensar entonces que el carácter doctrinario de la obra toma como modelo las diversas corrientes literarias religiosas de la época entre las que destacaban la autobiografía espiritual y las narrativas de conversión. Sin embargo, nada impide suponer la influencia de la tradición hispana ya que, una vez más, volvemos a constatar la presencia de otro rasgo picaresco más en el texto de Briton. Sea como fuere, lo cierto es que el carácter moralizador que surge del

personaje refuerza el mensaje contenido en el *caso*, pues como afirma Andrews “the attempt of the amanuensis-editor of these narratives is to mold the condemned man’s story into an exemplum of the prodigal son” [el propósito del editor-amanuense de estas narrativas es darle forma a la historia de este sentenciado conforme al ejemplo del hijo pródigo] (1988: 43). De esta manera, la alegría del reencuentro con su amo al final de la obra sirve para subvertir la predominante caracterización negativa del esclavo negro mediante un protagonista que “does not threaten his colonial audience” [no constituía amenaza para su audiencia colonial] (Foster, 1977: 184).

Ante este panorama, que la narrativa obedeciese a la autoría del propio Briton resulta del todo improbable. La labor de edición realizada por distintos agentes externos y la voluntad de su amo no solo se encargaron de ofrecer una obra conforme al gusto literario de la época, sino que además el propósito de su creación también parece responder a su sello. Pese a ello, lo realmente interesante no es a quién se debe la confección del *caso* o del protagonista, sino su presencia como elementos literarios fundamentales en la narrativa del esclavo.

Teniendo esto en cuenta, a pesar de que la obra no cubra toda la biografía de Briton, se observa también el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter en la narrativa. Al igual que las novelas picarescas, la obra de Briton se constituye a modo de narración cerrada, pues una vez presentado el *caso* como justificación del relato, se le pone punto y final a la obra (Parra Alonso, 2017: 10). De igual modo que Lázaro no tiene más que contar a Vuestra Merced una vez ha satisfecho su curiosidad tras haberle dado cuenta de las habladurías de la gente de Toledo sobre su complicidad en el amancebamiento de su esposa como barragana del arcipreste —su benefactor—, Briton pone fin a su historia tras enviar un mensaje de gratitud a Dios por devolverle a la tranquilidad de la vida como esclavo junto a su amo. No obstante, este carácter cerrado de la narrativa postula de nuevo interrogantes a la hora de justificar su factura picaresca pues, como indica Andrews, “black narratives based on the captivity, conversion, and criminal confession models invited a pitying or retributive response [en su propósito] from the white reader” [las narrativas negras basadas en los modelos del cautiverio, la conversión, y la confesión de criminales daban lugar a una compasiva o vengativa respuesta [en su propósito] por parte del lector blanco] (1988: 41).

Es gracias a la apelación directa al lector en la consideración de la obra como culminación de su propósito narrativo, que descubrimos la forma epistolar del relato. Este

rasgo también señalado como característico de las novelas picarescas, toda vez que son relatos cerrados que presentan su *caso* particular a un destinatario específico, aparece de igual modo recogido en la narrativa de Briton. No obstante, frente al modelo propuesto por el anónimo autor del *Lazarillo*, cuyo destinatario toma forma en el relato a modo de personaje interno, “y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso” (Lazarillo, 2006: 10), la obra de Briton coincide de nuevo con la solución planteada en el *Guzmán*, en la que el discurso se dirige al propio lector¹⁹⁵. La narrativa se abre así con una pequeña introducción a modo de advertencia destinada al entendimiento del posterior relato, y se cierra con la certeza de que lo narrado sirve para satisfacer el propósito comunicativo del texto, “what is wrote may suffice to convince the Reader” [lo que está escrito puede ser suficiente para convencer al lector]. Sin embargo, pese a que la obra de Briton coincide de nuevo con las novelas picarescas, este rasgo no era exclusivo de la tradición hispana y la técnica epistolar se observa también en otros géneros.

Entre estos géneros destacan los relatos de cautiverio. La investigación realizada por Sekora en torno al mundo editorial colonial de la época pone de manifiesto la probable influencia de la tradición de cautivos en este punto. Green and Rusell, la editorial que se encargó de la publicación de la narrativa, estaba asociada con Fowle and Draper, empresa que lideraba el mercado de los relatos de cautivos, la cual estaba especializada “in the short pamphlet relating either Indian captivity or military expedition” [en el breve panfleto que versaba sobre el cautiverio indio o las expediciones militares] (Sekora, 1993: 97). De esta manera, no sorprende que el título de la narrativa de Briton coincida con el nombre de muchas obras de cautivos. Ejemplo de ello es *A Plain Narrative of the Uncommon Sufferings and Remarkable Deliverance of Thomas Brown* [Una simple narrativa de los insólitos sufrimientos y extraordinaria liberación de Thomas Brown], publicada el mismo año que la narrativa de Briton. No obstante, el texto del esclavo comparte además el carácter epistolar de estas obras, tal y como se desprende de la advertencia dirigida al lector que antecede al relato del cautivo, similar al aviso de Briton en la narrativa. Así, si en la obra de Thomas Brown leemos “as I am but a Young, I shall not make those Remarks on the Difficulties I have met with, or the Kind Appearances of a good God for my Preservation, as one of riper Years might do; but shall leave that to the Reader as he goes along” [como todavía soy joven, no haré tales menciones de las

¹⁹⁵ Como señala Gonzalo Sobejano, el destinatario de sus memorias no es ya un individuo real o fingido, sino un ente colectivo, el lector. Gonzalo Sobejano (1959). «De la intención y valor del *Guzmán de Alfarache*». *Romanische Forschungen*, 71, págs. 267-311.

dificultades con las que me he topado, o de la buena intercesión de un buen Dios en mi protección, como haría alguien de más edad, sino dejar aquello al lector mientras avanza], en la narrativa reza “as my Capacities and Condition of Life are very low, it cannot be expected that I should make those Remarks on the Sufferings I have met with, or the kind Providence of a good GOD for my Preservation, as one in a higher Station; but shall leave that to the Reader as he goes along, and so I shall only relate Matters of Fact as they occur to my Mind” [como mis habilidades y condición de vida son muy pobres, no cabe esperar que haga tales menciones de los sufrimientos con que me he topado, o de la buena Providencia de un buen Dios en mi protección, al igual que de alguien de mayor rango; sino dejar aquello al lector mientras avanza, y por ello yo solo contaré los hechos según me vienen a la mente]. De esta manera, aunque no podemos descartar la picaresca entre los modelos que pudieron servir a Green and Rusell para editar la narrativa, incluso cuando cabe especular sobre su empleo anterior como referente literario para los relatos de cautiverio publicados por Fowle and Draper, la estrecha colaboración de ambas editoriales explicaría la mayor coincidencia que se produce en el uso de la misiva entre la obra de Briton y el género de cautivos.

Por ello, a falta un estudio sobre el origen y procedencia de estas apelaciones al lector, la única certeza que tenemos hasta el momento es que tanto los relatos del género de cautivos como la narrativa de Briton no recogen la habitual llamada de atención a distinguir el provecho del deleite que aparece en las introducciones a las novelas picarescas. Así, mientras Lázaro advertía al lector sobre las aventuras contenidas en su relato diciendo que “podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite” (*Lazarillo*, 2006: 3-4) y Guzmán le previniese señalando “haz como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo” (Alemán, 2009: 111), Briton tan solo apunta que dejará cualquier interpretación de lo narrado al buen juicio del lector. Así las cosas, parece más probable un influjo directo de los relatos de cautivos en la narrativa frente a cualquier trasvase literario picaresco que sirviera de explicación.

De acuerdo con Lázaro Carreter, otro de los rasgos fundamentales de las obras picarescas es el corte realista con que están concebidas sus aventuras. El realismo del que hacen gala los relatos picarescos acerca a los héroes al común de los lectores de la época en su representación de la vida cotidiana. La novela picaresca se convierte así en un espejo donde se reflejan las personas de su tiempo y los problemas sociales a los que se enfrentan

en su día a día, pues es necesario recordar que la grandeza del protagonista reside en la visión del mundo que le rodea desde la perspectiva que ofrece su carácter marginal. No obstante, el realismo de las obras del género hispano no se fundamenta en descripciones totales y objetivas al gusto decimonónico, sino que es desde la subjetividad de la mirada del pícaro que nos asomamos a la realidad de lo representado. La atención recae así en toda una serie de elementos que, a la par que el lector, ayudan al protagonista a desentrañar lo que se oculta tras las apariencias (Parra Alonso, 2017: 13). Sorprendentemente, este realismo tan personal se muestra también en la obra de Briton, que sigue los pasos de sus antecesores picarescos en sus descripciones.

Tras orquestar el buldero al que sirve Lázaro una artimaña con el alguacil del lugar por una falsa disputa, el protagonista describe la escena del supuesto castigo divino. En ella, el alguacil se desploma como poseído durante el sermón de su amo y Lázaro nos cuenta cómo “el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra” durante lo cual “el estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros” (*Lazarillo*, 2006: 119-120). No obstante, la realidad de tan detallada descripción cede pronto paso a la verdad a la que responde tal treta.

Este juego de apariencias, así como la virulencia de la que hace gala el pasaje picaresco en su realismo, también se aprecia en la narrativa, pues Briton es engañado por sus ojos al decir, “we presently saw an English Colour hoisted in one of the Canoes, at the Sight of which we were not a little rejoiced, but on our advancing yet nearer, we found them, to our very great Surprize, to be Indians” [de inmediato vimos una bandera inglesa izada en una de las canoas, a cuya vista nos alegramos no poco, pero al acercarnos aún más, nos dimos cuenta, para gran sorpresa nuestra, de que eran indios], y describe la emboscada organizada por los indios de la siguiente forma: “as soon as they had kill'd the whole of the People, one of the Canoes padled after me, and soon came up with me, hawled me into the Canoe, and beat me most terribly with a Cutlass, after that they ty'd me down” [en cuanto hubieron matado a toda la gente, una de las canoas remó tras de mí, y pronto me alcanzó, me montaron en la canoa, y me dieron de la forma más terrible con un alfanje después de atarme], a lo que sigue un estruendo similar al relatado por el pícaro cuando dice que luego “the Indians on board the Sloop betook themselves to their Canoes, then set the Vessel on Fire, making a prodigious shouting and hallowing like so many Devils”

[los indios a bordo de la balandra se dirigieron a sus canoas, y luego le prendieron fuego al barco, dando enormes gritos y aullando como demonios].

De este modo, a pesar de que la particular mirada de los personajes frente a la realidad y las similitudes en las descripciones son aparentes, no parece acertado atribuir sin más el realismo de la narrativa a una influencia directa de la picaresca. El fragmento de la obra de Briton aquí recogido se asemeja además a otros modelos también de corte realista, como los relatos de cautiverio indio, tan populares, según vimos, por aquellas fechas. Si bien estos relatos no hacen tanto hincapié sobre el engaño de las apariencias, coinciden en el corte violento de sus descripciones con la narrativa. *The Redeemed Captive* de John Williams narra para 1709 la captura de su protagonista del siguiente modo, “they came to my house in the beginning of the onset, and by their violent endeavours to break open door and windows, with axes and hatchets, awaked me out of sleep” [vinieron a mi casa nada más comenzar el ataque, y con sus violentos intentos por romper la puerta y las ventanas con hachas grandes y pequeñas, me sacaron del sueño]. Al carácter violento del episodio se suma también la similar descripción de los nativos cuando el protagonista nos dice que “the enemy immediately brake into the room, I judge to the number of twenty, with painted faces, and hideous acclamations” [inmediatamente el enemigo entró en la habitación, estimo que hasta unos veinte, con las caras pintadas y dando gritos]. Con ello, pese a que el realismo de la narrativa pudiera beber de la tradición picaresca, parece existir una mayor relación de la obra de Briton con los relatos de cautivos. En este sentido, la narrativa comparte además con este género literario norteamericano ciertos pasajes costumbristas, los cuales sirven de estudio a Lisa Brooks en *The Common Pot: The Recovery of Native Space in the Northeast* para establecer tropos comunes entre ambas tradiciones en el análisis que lleva a cabo de los nativos americanos en las representaciones coloniales¹⁹⁶.

Aun así, la narrativa se distancia también de estos relatos, no por las situaciones descritas, sino por la variedad de personajes a los que el protagonista se somete durante su lucha por sobrevivir. La singularidad del cautiverio de Briton le hace pasar por las manos de diversos grupos culturales y sociales desde su partida de Massachussets. Así, el esclavo deja de estar a las órdenes del capitán del barco para ser secuestrado por los

¹⁹⁶ La estudiosa centra su atención en las diferentes redes de afiliación entre las tribus norteamericanas, aislando en su análisis el ritual alimenticio que aparece en la narrativa de Briton que se constituirá como “prominent trope in the speeches and writings of the eighteenth and nineteenth centuries” [destacado tropo en los discursos y escritos de los siglos dieciocho y diecinueve] (2008: 3).

indios, de los que es rescatado y, acto seguido, hecho nuevamente prisionero por los españoles, para finalmente enrolarse en diversas embarcaciones, donde llega a estar incluso al servicio de la mismísima corona británica.

Esta variedad, que se aleja de los modelos de la literatura de la época de los que la narrativa es deudora, es característica de las novelas picarescas. Lázaro comienza su vida de pícaro con el servicio al ciego, amo al que siguen un clérigo, un escudero, un fraile, un buldero y un capellán, para finalmente entrar al servicio del arcipreste de San Salvador. Guzmán, a su vez, servirá de pinche de cocina y ayuda de un capitán, se pondrá a las órdenes de un cardenal y de un embajador, y al final de la obra terminará buscándose la vida por su cuenta. No obstante, como bien señala Zafar, la semejanza entre el esclavo y sus correspondientes picarescos es posible dada la ambigua libertad con la que se dota a Briton en la narrativa, un procedimiento que responde claramente a la labor literaria del editor de la obra toda vez que “in this picaresque tale of servant’s trials and travels, the issue of Hammon’s narrative freedom becomes questionable, for it was Hammon’s amanuensis who set the tone of the autobiography” [en esta historia de esclavos picaresca de pruebas y viajes, el asunto de la libertad en la narrativa de Hammon se vuelve dudoso, ya que fue el amanuense de Hammon quien fijó el tono de la autobiografía] (1997: 55).

Tal libertad posibilita en los personajes picarescos un ansia de mejora de su estado, o *medro* según se conoce en el género hispano, que tiene reflejo también en la narrativa. Igual que Lázaro se aleja de todos los amos que le maltratan de una u otra manera, y Guzmán intenta sacar el máximo partido a cada situación mediante sus malas artes, Briton vuelve sobre los diferentes escapes que buscan dejar atrás los diversos modos de vida a los que se ve sometido. De ahí que Nichols establezca la notable relación que se produce entre el esclavo y el pícaro, pues “like a trapped animal, the picaro is [also] alert to every possible avenue of escape” [como un animal enjaulado, el pícaro está [también] alerta de cualquier vía de escape] (1985: 284). Esta encrucijada vital que obliga al protagonista a sobreponerse continuamente a situaciones adversas endurece, en cualquier caso, a todos los personajes. Así, salvando las diferencias de base que diferenciarían la condición del esclavo frente a la del pícaro, los protagonistas de ambas tradiciones sufren un desarrollo que permite su maduración y posterior reflexión sobre tales episodios.

La consecuente deliberación sobre las situaciones en las que se ven envueltos los personajes abre la puerta al siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter. El académico español remarca la importancia que alberga en las novelas picarescas la labor de crítica

social realizada por el protagonista de las obras. El servicio a diferentes amos lleva de la mano de los distintos personajes representados en las novelas una “awareness of the vital interaction of society’s outcasts with powers” [un conocimiento de la interacción vital de los marginados sociales con otros poderes] (Nichols, 1985: 284). La realidad cotidiana del marginado pone en entredicho las convenciones sociales del mundo que le rodea, y las conclusiones fruto de esta interacción social tienen reflejo directo en la narrativa. Siguiendo de nuevo a Nichols, podemos decir que los relatos que nos proporcionan los protagonistas en las obras sobre su vida como esclavos o al servicio de un amo operan en dos niveles de consciencia (1985: 283). Por un lado, presentan de forma detallada la brutalidad que se desprende de su situación. Por otro, ponen de manifiesto la máscara que la corrupción social les impone.

Este juego de apariencias al que debe someterse el protagonista se observa claramente en Lázaro. La descripción de la dureza en los servicios a los diferentes amos permite la crítica del lector y justifica las artimañas a las que la necesidad obliga al pícaro. De esta forma, Lázaro nos presenta así al clérigo de Maqueda, “otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo [...] No digo más sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste” (*Lazarillo*, 2006: 46-47). El extremo de miseria al que le somete el religioso fuerza al protagonista a agudizar el ingenio para sobrevivir, ya que mientras el clérigo “a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador”, Lázaro subsiste tan solo con el alimento que le dan en cofradías y mortuorios (*Lazarillo*, 2006: 52).

Briton, por su parte, volverá sobre la figura de los religiosos durante su estancia en La Habana. Resulta evidente que, con excepción de los años que pasa encerrado en prisión, la vida que lleva el esclavo en Cuba no guarda parecido alguno con el padecer de Lázaro durante su convivencia con el clérigo. Sin embargo, de igual modo que el pícaro centra su atención en la avaricia del religioso, Briton, como ya vimos, pone el foco en la buena vida que los clérigos disfrutaban cuando nos presenta su servicio al obispo de la siguiente manera, “I was set at Liberty, and order'd with a Number of others to carry the Bishop from the Castle, thro' the Country, to confirm the old People, baptize Children, &c. for which he receives large Sums of Money.--I was employ'd in this Service about Seven Months, during which Time I lived very well” [me dejaron en libertad y me mandaron junto a otros tantos llevar al obispo del castillo por la zona para confirmar a los ancianos,

bautizar a niños, etc. por lo cual recibe grandes sumas de dinero. Me empleé en este oficio unos siete meses, tiempo en que viví muy bien].

La presencia de este rasgo pone en evidencia cierta conexión con la tradición picaresca. No obstante, una vez más surgen notables diferencias, pues la crítica expresa de Lázaro rebaja el tono de forma significativa en la narrativa. Mientras que la obra de Briton se limita a presentar ante el lector el problema, la novela española no duda en embestir de forma directa contra la lacra moral de los religiosos. De esta forma, el ataque contra la hipocresía del clérigo que recoge Lázaro en el episodio alcanza su cénit cuando el propio religioso se dirige a un famélico Lázaro diciendo "mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros" (*Lazarillo*, 2006: 52). Nada similar ocurre en la narrativa, pues tras tan escueta descripción de los siete meses que permanece Briton con el obispo, poco más se dice al respecto al margen de un mero pie de página que viene a corroborar lo expuesto.

Esta clara distinción entre las novelas picarescas y la narrativa se define de forma más evidente en el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter. El corte realista con el que están elaboradas las obras españolas y la perspectiva dual con la que el narrador cuenta las aventuras recogidas posibilitan el empleo de un característico contrapunto irónico y humorístico que recorre todos los títulos del género hispano. La revisión del pasado desde los ojos de la experiencia nos ofrece una comicidad surgida de la ingenuidad inicial del pícaro. Así, nada más entrar al servicio del ciego, Lázaro aprende la primera lección cuando es burlado por su amo de la siguiente forma. En uno de los puentes de Salamanca había un animal de piedra que sirve al ciego para orquestar su lección, pues le dice al ingenuo mozo, "Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél" (*Lazarillo*, 2006: 23). El final del episodio no podía ser de otra manera, pues continua, "yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duro el dolor de la cornada" (*Lazarillo*, 2006: 23). No obstante, tal comicidad, como no podía ser de otra forma, se va abandonando a la largo de la obra, pues las vivencias del héroe le llevan a madurar y endurecerse en las cuestiones de la vida (Parra Alonso: 14). Y tanto es así, que el pícaro burlado se convierte a fuerza de golpes en burlador, tal y como ocurre con el engaño que da con el ciego en el suelo.

Este procedimiento narrativo no tiene, sin embargo, reflejo en la narrativa. La seriedad con la que se presentan las vivencias de Briton contrasta con la relativa liviandad que

envuelve los episodios de mayor dureza en las novelas picarescas. Benito y Manzanar apunten al respecto que “gran parte de las novelas picarescas están escritas utilizando un modo claramente cómico y burlesco, fundado en la exageración, el ridículo o la confusión” mientras que “las narraciones de esclavo son raramente cómicas” (1994: 30). De esta forma, ningún suceso de la vida del esclavo nos mueve a la risa, de igual modo que tampoco se observa contrapunto irónico evidente al gusto del género español. La sutil crítica que se desprende de la ironía nacida de los episodios humorísticos en la novela picaresca, según se observa en el capítulo en que Lázaro sirve en la mísera casa del escudero cuando el pícaro es llevado a confusión al ver pasar un entierro, “marido y señor mío, ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto” (*Lazarillo*, 2006: 96), no tiene par en la narrativa. No obstante, Zafar señala la manifiesta ironía que subyace al relato de Briton al argumentar que “deliberately or not, Hammon’s comments provide an ironic counterpoint to a formulaic story intended to demonstrate the benign rule of ‘General Winslow of Marshfield’, whose ‘Negro Man, —Servant’ is the ostensible narrator” [deliberadamente o no, los comentarios de Hammon proporcionan un contrapunto irónico a una previsible historia destinada a demostrar el benévolo control del ‘general Winslow de Marshfield’, cuyo ‘hombre negro, a su servicio’ es el ostensible narrador] (1997: 55). Pese a ello, queda patente el uso radicalmente distinto de lo irónico en ambas tradiciones, pues el empleo consciente de la ironía en las novelas picarescas no puede ser nunca similar al posterior carácter irónico que Zafar otorga a la narrativa tras considerar la obra en su conjunto¹⁹⁷.

En cualquier caso, toda esta comicidad e ironía sirve de trasfondo a la lucha vital del pícaro. La peculiar batalla que libra el protagonista de las novelas hispanas deja dos flancos de guerra abiertos. Por un lado, los personajes se ven arrastrados a una pelea continuada por sobrevivir. En esta línea se comprenden, entre otros muchos, los episodios de las uvas o de la longaniza pergeñados por Lázaro. Por otro, el pícaro busca situarse dentro de una sociedad que le niega su lugar, de ahí que la batalla decisiva se libere en las novelas en torno a la *honra*. El nacimiento deshonoroso del protagonista otorga al

¹⁹⁷ Sería necesario matizar aquí un uso similar de la ironía compositiva presente en *El Buscón*. Además de la comicidad de los pasajes descritos, el carácter irónico de la obra de Quevedo se desprende de su totalidad, ya que no es posible entender de otra manera la sorprendente relación existente entre Pablos y Don Diego que queda al descubierto únicamente considerando el sentido global del texto. Véase Fernando Cabo Aseguinolaza (2001a).

personaje su condición marginal, de ahí que la máxima recompensa posible a los esfuerzos del pícaro sea su consecución. Una vez Lázaro consigue ganarse la vida de forma digna, no consentirá que nadie ponga en duda la situación a la que con tanto esfuerzo ha llegado, de ahí que tome al pie de la letra las palabras del arcipreste cuando le dice que su mujer “entra [en su casa] muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho” (*Lazarillo*, 2006: 133), haciéndose partícipe a la vez del juego de apariencias por el que se rige la sociedad de la que finalmente participa.

Pese a que la lucha de Briton no se orienta hacia la honra, existen claras similitudes entre el combate del esclavo y del pícaro. De igual manera que el personaje español intenta alcanzar su reconocimiento como individuo a todos los efectos, el esclavo de las narrativas batallará por alcanzar su humanidad. John Woolman describe la figura del esclavo negro para el siglo dieciocho en su obra *Some Considerations of the Keeping of Negroes; Recommended to the Professors of Christianity of Every Denomination* de la siguiente manera, “the blacks [...] have neither honors, riches, outward magnificence, nor power; their dress coarse, and often ragged; their employ drudgery, and much in the dirt: they have little or nothing at command, but must wait upon work for others, to obtain the necessaries of life” [los negros [...] no tienen honor, riquezas, grandeza externa, ni poder; se visten mal, y frecuentemente con harapos; se emplean en trabajos pesados, y normalmente sucios: tienen poco o nada fijo, pues deben esperar ser empleados por otros, para conseguir las necesidades básicas de la vida] (1762: 209). Leyendo la caracterización del esclavo, poca duda cabe de que muchos de los protagonistas de las obras picarescas pudieran atender también a esta definición, pues ya sea honor o humanidad, lo cierto es que los protagonistas de las narrativas de esclavos lucharán al igual que el pícaro por ser reconocidos como personas de pleno derecho en la sociedad que los margina.

Esta lucha en defensa de la condición humana del esclavo no aparece, sin embargo, definida todavía en la narrativa. La obra de Briton no ahonda en la condición de esclavo del protagonista, de ahí que sea difícil rastrear en el texto cualquier dato orientado en esa dirección. Hedin nota sobre este asunto que las primeras narrativas del género afroamericano, a pesar de recoger la autobiografía de un esclavo, no prestan atención al particular combate librado por estos primeros escritores negros en la sociedad colonial americana cuando señala que “it seems not to dawn on them to focus narratives entirely on the slavery issue, perhaps because slavery had not defined them either in their rather

mobile lives nor in their own minds” [parece no ocurrírseles centrar completamente las narrativas en el tema de la esclavitud, quizás porque la esclavitud no les había definido ni en la notable libertad que gozan ni en sus propias mentes] (1982: 633). No obstante, pese a que la narrativa evade cualquier propósito social en su desarrollo, tanto Briton como los protagonistas picarescos consiguen alzar su voz desde la situación marginal en la que se encuentran, reclamando el lugar que les corresponde de una manera u otra dentro de una sociedad que les niega, como ocurre en el caso del esclavo, incluso su estatus como seres humanos.

Finalmente, es en el desarrollo de las aventuras surgidas de esta supervivencia que encontramos el último rasgo propuesto por Lázaro Carreter. La lectura de las peripecias de la narrativa pone de manifiesto el carácter volátil y errático que aparentemente ordena su desarrollo. Esta situación ha llevado a Benito y Manzanas a afirmar que “la narración se desarrolla siguiendo una línea episódica, que avanza por medio de meras coincidencias, donde la relación causa-efecto parece quedar al margen” (1994: 29). Dentro de esta aleatoriedad, Briton se ve expuesto a los vaivenes de una voluntad caprichosa que le pone a prueba de manera continua durante el relato, pues como apunta Starling, “no matter how ‘comfortable’ the circumstances of a slave’s life might seem, conditions could change without notice” [no importa que las circunstancias de la vida del esclavo sean ‘cómodas’, las condiciones pueden cambiar sin previo aviso] (1988: xxi). De esta forma, cuando todo parece ir por el buen camino para el esclavo, algún desafortunado suceso trunca su consecución. Notable ejemplo de ello son los distintos intentos de escape del protagonista de su cautiverio en Cuba, de cuyo primer conato se lee “I got on board of Captain Marsh, an English Twenty Gun Ship, with a Number of others, and lay on board conceal'd that Night; and the next Day the Ship being under sail, I thought myself safe, and so made my Appearance upon Deck, but as soon as we were discovered the Captain ordered the Boat out, and sent us all on Shore” [me subí a bordo del Capitán Marsh, un barco inglés de veinte cañones, junto a otros tantos, y pasé escondido esa noche a bordo; y al día siguiente al echar el barco las velas, pensé estar a salvo, y así hice aparición en cubierta, pero en cuanto nos descubrieron el capitán mandó echar el bote y nos envió a todos a tierra]. No obstante, frente a lo que puede parecer, esta volubilidad que recorre la historia de Briton de principio a fin no atiende a improvisación o novedad alguna.

El relato de Briton presenta la mutabilidad característica de la vida de los protagonistas de las novelas picarescas, la cual responde a una técnica narrativa consciente que supedita

sus aventuras a los designios de la fortuna y la adversidad. Así, de igual manera que Lázaro hace referencia a su vida en el prólogo “confesando yo no ser más sancto que mis vecinos [...] vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades” (Lazarillo, 2006: 8-9), el esclavo pone fin a su narración señalando que “I have been most grievously afflicted, and yet thro' the Divine Goodness, as miraculously preserved, and delivered out of many Dangers” [he sido muy gravemente afligido, y aun, a través de la divina bondad, como milagrosamente preservado y librado de muchos peligros].

Esta variación de fortunas y adversidades que no da tregua al protagonista durante todo el relato de su vida, tal y como se observa cuando Briton es apresado durante uno de sus paseos por una leva para su obligado servicio en los barcos del rey, “at the Havanna I lived with the Governor in the Castle about a Twelve-month, where I was walking thro' the Street, I met with a Press-Gang who immediately prest me, and put me into Goal” [en La Habana viví con el gobernador en el castillo unos doce meses, donde caminando por la calle, me encontré con una leva que me apresó de inmediato y me metió en la cárcel], se justifica en la narrativa como designio de la Providencia.

El carácter religioso de la obra se manifiesta entonces a modo de prueba cristiana que somete de forma continuada a Briton a la voluntad divina. Así, como si de un Guzmán o un don Pablos se tratara, el esclavo acepta con resignación el mandato secreto de un ser superior cuyo plan solo se comprende una vez se considera la narrativa en su totalidad. Es por ello que Briton cierra la obra señalando “and now, That in the Providence of that GOD, who delivered his Servant David out of the Paw of the Lion and out of the Paw of the Bear, I am freed from a long and dreadful Captivity, among worse Savages than they; And am return'd to my own Native Land, to Shew how Great Things the Lord hath done for Me” [y ahora que, en la Providencia de tal Dios, que libró a su siervo David de las garras del león y de las garras del oso, he sido liberado de un largo y terrible cautiverio de entre peores salvajes que aquellos; y he vuelto a mi tierra natal para mostrar cuántas grandes cosas el Señor ha hecho por mí]. Sin embargo, pese a que la religiosidad de la obra de Briton se sitúa en la línea recogida por la picaresca, toda vez que la labor de la Providencia aporta sentido al plan aparentemente arbitrario del relato, cabría señalar que su impronta también se halla presente en otros géneros de la época que gozaban de gran popularidad en las colonias norteamericanas, tal y como pudimos ver en el análisis de las diversas tradiciones que tienen reflejo en la narrativa.

El estudio de uno de estos géneros lleva a Zafar a poner de manifiesto la gran semejanza existente otra vez entre las obras de cautivos y la narrativa (1997: 45). La presencia de este rasgo picaresco, considerado por el crítico español como característico de las novelas de la tradición hispana, se encuentra de nuevo dentro de los relatos de cautiverio. El modelo fijado por Mary Rowlandson en *The Sovereignty and Goodness of God, Together, with the Faithfulness of His Promises Displayed* [La soberanía y bondad de Dios, juntas, con la fidelidad de su promesa mostrada] para 1682 se establece como ejemplo de esta caprichosa Providencia para las posteriores obras del género. Es bajo sus designios que se postula la justificación del desconcierto vital sufrido por la protagonista durante el cautiverio como prueba de su fe. La resignación cristiana con que afronta el personaje los cambios de fortuna se desprende de sus palabras al decir “I have learned to look beyond present and smaller Troubles, and to be quieted under them, as Moses said, Exod. 14. 13. Stand still, and see the Salvation of the Lord” [he aprendido a mirar más allá del presente y las pequeñas dificultades, y a permanecer tranquila ante ellos, según Moisés dijo, Exod. 14. 13. Estad tranquilos y contemplad la salvación del Señor] (Rowlandson, 1981: 35).

No sería ilógico defender entonces que fuese esta línea fijada por la narrativa de Rowlandson sobre la que volviese Briton para explicar su cautiverio y los diferentes lances de Providencia a los que se enfrenta. La prueba divina en que se convierte el conjunto de las aventuras del esclavo parece atender a la idea de un Dios que castiga a los que más quiere, de ahí que la obra de Briton pudiera seguir una vez más a los relatos de cautivos al “set forth [his] personal trials and misfortunes, Christian fortitude and forbearance, and eventual deliverance” [mostrar sus dificultades y adversidades, su fortaleza y resignación cristiana, y su salvación final] (Zafar, 1983: 45). No obstante, esta tradición providencialista tampoco es exclusiva del género de cautivos, pues como explica Zafar, “runs throughout the Judeo-Christian tradition” [recorre la tradición judeocristiana] (1983: 46). Ante este panorama, se antoja complicado buscar un único precedente que justifique la presencia de este rasgo en la narrativa, de ahí que se establezca como tarea pendiente sondear el origen y presencia de este rasgo en literatura del momento.

El análisis realizado de la narrativa pone de manifiesto la adhesión del texto a la mayor parte de los rasgos fijados por Lázaro Carreter como distintivos de las obras picarescas. Sin embargo, las conclusiones surgidas de la sistemática comparativa de los rasgos

temáticos y formales de las obras fundacionales del género picaresco dentro de la narrativa no arrojan la claridad esperada en el asunto. Por un lado, la presencia de gran parte de los elementos característicos de las novelas picarescas resulta innegable. A pesar de ello, la fidelidad en su representación o desarrollo resulta a veces cuestionable cuando los observamos recogidos en la obra de Briton. Por otro, su existencia en otros géneros que gozaban de gran popularidad entre los lectores de la América colonial británica complica el rastreo de su posible herencia picaresca.

De seguir a rajatabla la aparición de estos rasgos como criterio básico para distinguir la narrativa como obra picaresca, el veredicto es incuestionable: *A Narrative of the Uncommon Sufferings and Surprising Deliverance of Briton Hammon, A Negro Man* o *Una narrativa de los insólitos sufrimientos y sorprendente liberación de Briton Hammon, un hombre negro* no es una obra que pueda considerarse como integrante de la tradición foránea del género. Pese a ello, tampoco parece innegable la huella del género en la narrativa. Tanto el estudio del texto en sí, como de la figura de los protagonistas en base a su condición de marginados u *outsiders*, ofrecen las suficientes coincidencias entre tradiciones literarias como para obviar el elemento picaresco dentro de los distintos géneros que sirvieron a los editores de la narrativa en la configuración de la obra.

De este modo, aunque no es factible negar la posibilidad de que la procedencia de estos rasgos en la obra de Briton sea el fruto de soluciones lógicas de un desarrollo de la autobiografía similar al que se produjo en la novela picaresca¹⁹⁸, parece más lógico entender tal coincidencia derivada de un panorama de influencias e intercambios literarios bastante amplio. Así, de igual forma que Costanzo apoya esta teoría a la hora de considerar el elemento picaresco en la posterior narrativa de Olaudah Equiano en su trabajo *Surprising Narrative: Olaudah Equiano and the Beginnings of Black Autobiography*, cuando afirma que entre los géneros que tienen reflejo en la obra “was that of the young individual picaresque hero or anti-hero, a popular subject in the eighteenth century” [era aquella del joven héroe o antihéroe picaresco, un tema popular en el siglo dieciocho] de gran reconocimiento en Inglaterra, la obra de Briton pudiera ser considerada también hija de su tiempo, pues entre toda la maraña editorial destaca claramente la tradición picaresca que “can be traced from the Spaniards of the sixteenth century, to the

¹⁹⁸ Esta hipótesis plantea que las coincidencias narrativas a las que llegaron tanto los autores españoles como los anglosajones a nivel temático y formal fueron fruto de un proceso similar y esperado, surgido de un contexto y unas imposiciones formales y de contenido determinados (Parra Alonso, 2017: 16).

Elizabethan prose writers, and to the eighteen century novelists that include Swift, Defoe, Smollet and Fielding” [puede remontarse a los españoles del siglo dieciséis, hasta los escritores en prosa del periodo isabelino, y hasta los novelistas del siglo dieciocho entre los que se incluyen Swift, Defoe y Fielding] (1987: 46).

Con todo ello, a pesar de que la narrativa no puede ser considerada totalmente picaresca atendiendo a los postulados de Lázaro Carreter, sería más oportuno ofrecer una conclusión para la obra que recogiese este carácter español en línea con la propuesta de círculos concéntricos definida por Claudio Guillén en *The Anatomies of Roquery: a Comparative Study in the Origins and the Nature of Picaresque Literature*¹⁹⁹. Según esta teoría, la obra del escritor africano ni puede ser incluida entre la lista de títulos que conforman el corpus picaresco original, ni cumpliría todos los requisitos para ser denominada novela picaresca como tal. Sin embargo, la narrativa del esclavo participa de muchos de los rasgos característicos de la poética picaresca, de ahí que el relato pueda situarse en una tercera esfera de parentesco en la que se incluirían las obras que contienen ciertos elementos picarescos “but no one would mistake [them] for one of our picaresque novels, even in the wider sense” [pero que nadie confundiría con una de nuestras novelas picarescas, incluso en el sentido amplio] (94: 1971). De esta forma, se salvarían las dificultades señaladas y se reconocería finalmente la presencia del elemento hispano en la narrativa de Briton sin objeción alguna.

¹⁹⁹ Como bien resume Julio Rodríguez-Luis en la ponencia publicada bajo el título «El enfoque comparativo de la literatura picaresca», Guillén acepta la existencia de un género picaresco como tal, un núcleo integrado por los textos que podemos llamar estrictamente picarescos por corresponder al modelo original español, otros que sólo son picarescos en el sentido amplio del término pero que orbitan alrededor de los anteriores, distinguiendo entre textos fundamentalmente picarescos y textos que manifiestan una evidente impronta del género español (entre los que situaría la narrativa de Briton), y unos últimos que seguirían la estela de un *mito picaresco* al mostrar únicamente cierta situación o estructura derivada de las novelas picarescas españolas (1990: 855).

2.4. Análisis de la narrativa de Arthur

Los pocos datos que se conocen sobre la vida de Arthur aparecen recogidos en una obra que con seguridad no llegase a ver publicada su autor. *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man; Who Was Executed at Worcester, October 10, 1768. For a Rape Committed on the Body of One Deborah Metcalfe* o *La vida, y último discurso de Arthur, un hombre negro; que fue ejecutado en Worcester en octubre de 1768 por una violación cometida sobre el cuerpo de una tal Deborah Metcalfe* es un relato autobiográfico recogido de boca del condenado para su posterior publicación ese mismo año justo antes de ser ajusticiado. La condena a la pena capital a la que Arthur es sentenciado pone fin a una vida de crímenes y pecados que quedan reflejados en la narrativa. Desde que abandona por primera vez a su amo para escaparse a Sandwich, “where I lived two Months in a very dissolute Manner” [adonde viví dos meses de forma muy disoluta], hasta su participación en el delito por el que finalmente es apresado, la narrativa se centra en el relato de las múltiples fechorías cometidas en los escasos veintiún años del protagonista. Esta situación, que *a priori* parece facilitar el estudio de su persona —toda vez que los límites temporales de la existencia de Arthur están claros—, ofrece una visión sesgada del conjunto de su existencia. Al margen de cierta información respecto a las circunstancias que envuelven su nacimiento e infancia, “I was born at Taunton, January 15, 1747, in the house of Richard Godfrey, Esq., my Mother being his Slave, where I lived fourteen Years” [nací en Tauton el 15 de enero de 1747 en la casa del Ldo. Richard Godfrey, al ser mi madre su esclava, donde viví catorce años], así como de los diferentes amos y oficios por los que pasa, la narrativa no ofrece más luz sobre su persona que la generada a partir de la lectura de su biografía.

Frente a otras narrativas de esclavos, la obra de Arthur ha pasado de puntillas entre los estudios críticos realizados en torno a los primeros escritores del género angloafricano. Al margen de breves apuntes sobre la singularidad de su testimonio entre las primeras manifestaciones de la autobiografía negra, la obra no ha sido objeto de un análisis detallado más allá de su naturaleza como testimonio criminal²⁰⁰. Este desinterés

²⁰⁰ Ejemplo de ello son los trabajos consultados para este estudio de Frances Smith Foster, *Witnessing Slavery* (1979); de William L. Andrews, *To Tell a Free Story. The First Century of Afro-American Autobiography, 1760-1865* (1988); de Daniel E. Williams, «Rogues, Rascals and Scoundrels the Underworld Literature of Early America» (1983) y «The Gratification of That Corrupt and Lawless Passion: Character Types and Themes in Early New England Rape Narratives» (1983); y de Richard Slotkin, «Narratives of Negro Crime in New England, 1675-1800» (1973). Mientras que las obras de los dos

académico arroja un notable desconocimiento de la narrativa y de la figura de Arthur, pues como explica Marie-Jeanne Rossignol en la reciente introducción a la traducción francesa del texto, a día de hoy todavía “le récit d’Arthur [est] peu étudié par la critique” [el relato de Arthur [es] poco estudiado por la crítica] (2019)²⁰¹.

Sabemos, no obstante, que su redacción y publicación atiende a los patrones comunes de las narrativas de criminales del periodo. El trabajo *Narratives of the Negro Crime in New England, 1675-1800* de Richard Slotkin pone de relieve la importancia que adquirieron las ejecuciones de criminales en la América colonial británica. De acuerdo con el crítico, estos eventos se convirtieron en un acto social de gran popularidad que fueron promovidos tanto por el estado, como por la iglesia. Su carácter público servía de aviso para cualquier posible criminal e infundía temor, a la par que generaba interés, entre los asistentes a la macabra exhibición. El espectáculo en que se convirtieron tales ocasiones iba acompañado de un marcado protocolo. Una vez sentenciado, se llamaba a un religioso para que confesase al preso y tomase relación de sus pecados. Sobre este testimonio, el párroco confeccionaba el sermón que predicaría entre su congregación momentos antes de que el criminal, también presente en la iglesia, recibiera su castigo. No obstante, la curiosidad que por norma general despertaba la vida del ajusticiado entre el pueblo fue pronto canalizada por los agentes implicados, pues “in an effort to extend the benefits and incidental sensations of the sermon-and-execution to a wider audience, Puritan ministers and magistrates adopted the practice of printing the execution sermons [...] for public sale” [en un intento por difundir los beneficios y las imprevistas sensaciones del sermón-y-ejecución a una audiencia más amplia, los pastores puritanos y los magistrados adoptaron la práctica de imprimir los sermones de las ejecuciones [...] para su venta al público] (Slotkin, 1973: 3). La imprenta se convierte entonces en un instrumento al servicio religioso, y dedica gran parte de su tirada a la publicación de documentos clericales entre los que se encontraban los sermones. En el caso de Arthur, sería el reverendo Thaddeus Maccarty el encargado de officiar la ceremonia, y su discurso fue publicado bajo el título de *The Power and Grace of Christ display’d to a dying*

primeros no dedican más que unas cuantas páginas al estudio general de la narrativa, el análisis propuesto por los dos últimos se centra fundamentalmente en el estudio de la obra como literatura de criminales, la violación como su tema fundamental y el criminal como tipo narrativo.

²⁰¹ Cabe señalarse que el único estudio individualizado de la obra hasta el momento es el desarrollado por Rossignol en esta introducción a la que aludimos. Marie-Jeanne Rossignol (2019). «The Dying Speech: un document sur le monde social des esclaves en Nouvelle-Angleterre en 1768». *XVII-XVIII. Revue de la Société d’études anglo-américaines des XVII^e et XVIII^e siècles*, 76.

Malefactor. A Sermon Preached at Worcester October the Twentieth, 1768. Being the Day of the Execution of Arthur, A Negro of about 21 Years old, for a Rape [El poder y la gracia de Cristo demostrados a un moribundo malhechor. Un sermón oficiado en Worcester, el veinte de octubre de 1768. Que es el día de la ejecución de Arthur, un negro de unos 21 años de edad, por una violación].

Sin embargo, el interés generado entre los lectores hacia estos sermones impresos tenía que ver más con su contenido sensacionalista que con su propósito moralizador. Daniel E. Williams, en su trabajo sobre la literatura criminal, titulado «Rogues, rascals and scoundrels the underworld literatura of early america», afirma que su éxito se debió, sin lugar a dudas, a su “attempt to satisfy the imaginative hunger for sensation and story by exploiting mankind's basic fascination with the criminal” [intento por satisfacer el hambre de la imaginación por lo sensacional y la historia al explotar la primitiva fascinación del hombre hacia el criminal] (1983: 6). Por ello, a pesar del papel central que ocupaba la iglesia en este rito seglar, la avidez de detalles acercaba al lector a unas publicaciones que consiguieron disfrutar de gran circulación “even when diluted with nine parts homily to one part villainy” [incluso cuando estaban diluidas en nueve partes de homilía por cada una de villanía] (Slotkin, 1973: 4). De este modo, si bien la literatura inicialmente surgida de las ejecuciones estaba constituida por publicaciones conjuntamente autorizadas por el clero y el estado, el fervor popular obligó la inclusión de una pequeña narrativa donde se exponían —ya de forma separada— los particulares del caso conforme a la confesión del criminal (Slotkin, 1973: 6). Es por ello que, para la fecha en que se publica la obra de Arthur, las narrativas aparecen con frecuencia separadas del sermón al que normalmente acompañaban, una situación que da buena cuenta del incipiente mercado editorial profano de las colonias norteamericanas, muy ligado en su origen a la labor de imprenta clerical de los años anteriores (Slotkin, 1973: 19-20).

Pese a ello, el formato bajo el que vino al mundo la narrativa de Arthur atiende aún al espectáculo religioso generado alrededor de la ejecución de su protagonista, ya que como indica Rossignol, “le type de publication choisi confirme aussi qu’il s’agit bien d’une biographie destinée au public venant assister à l’exécution d’Arthur: le broadside est une large affiche imprimée à peu de frais et qui sert jusqu’au milieu du XIXe siècle à atteindre le plus large public possible” [el tipo de publicación elegido confirma también que se trata efectivamente de una biografía destinada al público que asistía a la ejecución

de Arthur: el *broadside* es un gran pliego impreso a bajo coste y que sirve hasta mediados del siglo diecinueve para llegar al mayor público posible] (2019). No obstante, como ocurre en la mayoría de las narrativas de esclavos, la particular labor de edición y publicación que sufren estos tempranos testimonios negros no se limita al formato elegido para distribución, sino que se deja notar en todos los aspectos del texto.

2.4.1. Autoría

La cuestión de la autoría del texto presenta una serie de ambigüedades similares a las que planteaba la narrativa de Briton Hammon. Como en el caso de la primera narrativa del género de esclavos, la obra de Arthur no clarifica la más que probable intervención de un amanuense o editor blanco, según era el proceder habitual en las narrativas de criminales. Resulta muy ilustrativo observar el compendio de narrativas de criminales creado por Cotton Mather en 1699 bajo el sugerente título de *Pillars of salt. An history of some criminals executed in this land, for capital crimes. With some of their dying speeches; collected and published, for the warning of such as live in destructive courses of ungodliness* [*Pilares de sal. La historia de varios criminales ejecutados en esta tierra, por pecados capitales. Junto con algunos de sus discursos previos; recogidos y publicados, para la advertencia de aquellos que habitan en las destructivas sendas de la impiedad*]. En esta obra, no solo se informa al lector de la labor de recolección y publicación del editor desde el propio título, sino que el uso del estilo indirecto al reproducir las palabras de los criminales no deja lugar a dudas sobre el grado de actuación de Mather en los relatos. Ejemplo de ello es el caso de W. C. recogido por Mather en el que se sentencia a un criminal por una violación, cuyo título explicita los particulares del posterior relato, *ON Sept. 22. 1681. One W. C. was Executed at Boston, for a Rape committed by him, on a Girl, that Lived with him; though he had then a Wife with Child by him, of a Nineteenth or Twentieth Child* [El 22 de septiembre de 1681 un tal W. C. fue ejecutado en Boston, por una violación cometida por él, de una niña, que vivía con él; a pesar de que tenía a su mujer por entonces embarazada, del decimonoveno o vigésimo hijo suyo]. Tras este, se adjunta un brevísimo resumen de la vida del criminal y de su confesión una vez sentenciado a la pena capital, que tiene comienzo a modo de presentación del susodicho ante el público cuando escribe “this man, had been Wicked Overmuch” [este hombre, había sido malvado en extremo].

De este modo, frente a la transparencia que proporcionan las aclaraciones preliminares de Mather y el uso de la tercera persona a la hora de presentar los relatos, la narrativa de Arthur parece jugar al despiste. El asunto se complica además al reconocer el propio Arthur que no era analfabeto, pues es en la casa del Ldo. Richard Godfrey, donde nace, que el autor nos cuenta que “was learned to read and write” [aprendí a leer y escribir]. Que Arthur necesitase entonces de un amanuense a la hora de confeccionar su relato, no se antoja de este modo necesario. Sin embargo, al margen de los interrogantes en torno a la autoría del texto, no caben vacilaciones respecto a la manipulación externa durante el proceso de edición.

Así, si bien no existen todavía análisis detallados sobre la posible labor de cada uno de los agentes implicados en los diferentes estadios compositivos de la narrativa, la autoridad del discurso parece estar bien definida teniendo en cuenta que Arthur agradece “the unwearied Pains that was taken by the Rev. Mr. McCarty, to awaken me to a proper Sense of my miserable and wretched Condition [los incansables esfuerzos llevados a cabo por el Sr. Rvdo. McCarty por hacerme ver realmente mi miserable y malvada condición]. La inserción en el texto del confesor —a la par que autor del sermón que sobre la persona de Arthur se publicase con el objeto de la ejecución— pone de manifiesto la importancia del religioso en el producto final literario pues, si bien su mención pudiera deberse a una decisión personal del autor negro, el desarrollo argumental de la narrativa surge de las imposiciones dialogísticas de la confesión orquestada por el reverendo. Debido a ello, parte de la crítica cuestiona todavía la presencia de estas narrativas de criminales negros dentro del género de esclavos angloafricanos, pues los “the circumstances under which the autobiographical confessions were obtained and the uses to which they were directed limit their importance in the history of the slave narratives” [las circunstancias bajo las que se obtenían las confesiones autobiográficas y los usos para los que se dirigían limitan su importancia en la historia de las narrativas de esclavos] (Foster, 1979: 38-39). Sin embargo, un posicionamiento tan estricto reduciría drásticamente el número de las narrativas del género toda vez que la publicación de la mayoría de las obras de autores negros, como vimos en el análisis de la narrativa anterior, obedece de algún modo u otro a diferentes intereses blancos.

2.4.2. Contexto histórico

Como fruto de su tiempo, la obra de Arthur atiende a unas determinadas coordenadas históricas. Tal y como señala Rossignol, para 1768, año de la ejecución de Arthur y de la publicación de la narrativa, “la ville de Boston, au coeur du récit, est également au cour des événements révolutionnaires” [la ciudad de Boston, en el momento del relato, está igualmente en pleno momento de apogeo revolucionario] (2019). La victoria británica en la guerra franco-india, enmarcada dentro del conflicto bélico de la Guerra de los Siete Años²⁰², supuso un tenue alivio de las tensiones que se venían produciendo entre la metrópoli y las colonias norteamericanas. Pese a ello, la defensa de los territorios en el Nuevo Mundo demostró la gran dependencia económica colonial y el tremendo coste que entrañaba para Inglaterra. Los impuestos fijados por el parlamento británico en los *Towshend Acts* o leyes de Townshend, aprobados en 1767, venían a intentar paliar esta situación. Así, los productos importados a las colonias norteamericanas pasarían a ser grabados con un fin recaudatorio que pudiese aliviar las cuentas y equilibrar la balanza de gastos. Si bien esta medida no fue del agrado del pueblo, la negativa del gobierno británico a otorgar representación parlamentaria a los nuevos territorios caldeó aún más los ánimos. El establecimiento de obligaciones sin ningún derecho daría lugar a multitud de revueltas y protestas que se constituyen como la antesala de la Guerra de Independencia, pues “face aux nouvelles taxes imposées [...] sur différents produits de consommation, l’assemblée du Massachusetts cherche à coordonner l’action de toutes les colonies dès février 1768, ce qui aboutit à sa dissolution par le gouverneur” [hacendo frente a las nuevas tasas impuestas sobre diferentes productos de consumo, la asamblea de Massachusetts busca coordinar la acción de todas las colonias desde febrero de 1768, que da como resultado su disolución por el gobernador] (Rossignol, 2019). Este contexto de tensión política se observa claramente unos meses antes de la publicación de la narrativa, cuando “une émeute en juin se traduit par le déploiement des troupes britanniques dans la ville” [una revuelta en junio se tradujo en el despliegue de las tropas británicas en la ciudad] (Rossignol, 2019).

No obstante, el desafío colonial no era el único conflicto que amenazaba las instituciones británicas en los territorios de ultramar. Como bien apunta Slotkin, “anxiety about massive disobedience or vengeful rebellion by slaves and associated whites against

²⁰² Véase nota 156.

their masters intensified throughout this period” [la preocupación respecto a una gran insubordinación o una rebelión por venganza a manos de los esclavos y compañeros blancos contra sus amos se intensificó durante este periodo] (1973: 12). La presencia de nativos y esclavos negros constituía un gran problema incluso en aquellos territorios en los que su población no era elevada, ya que suponía una amenaza —más psicológica que real— al modo de vivir de la sociedad colonial blanca (Slotkin, 1973: 4). De esta forma, a pesar de que la población de esclavos en Massachusetts no superó nunca más del dos por ciento, y que la mayoría de ellos se concentraba en Boston, donde su número total no sobrepasaba los mil quinientos, lo cierto es que las narrativas de criminales negros, inauguradas en su vertiente autobiográfica con la obra de Arthur, dan cuenta de la intensificación de estas ansiedades (Rossignol, 2019). La figura del negro se sitúa en el punto de mira de muchos colonos europeos que ven peligrar su sistema cultural, ya que

“threatened by social and cultural change, or by the decay of their social system and its values, or by the threat of lower-class ambitions to their social position [...] the audience of the crime narratives could read into the tale of black crime a scenario of revolution, characterized with many and various beings of conspiratorial cunning, malice, and brutish lust for rape, destruction and expropriation” [amenazados por los cambios sociales y culturales, o por la desintegración de su sistema social y sus valores, o por la amenaza que suponen las ambiciones de las clases bajas a su posición social [...] la audiencia de las narrativas de criminales podía leer en las historias de crímenes cometidos por negros un escenario de revolución, poblado de muchos y variados seres de ingeniosa malicia conspiratoria y salvaje deseo de violación, destrucción y expropiación] (Slotkin, 1973: 28).

Si bien cualquier tipo de crimen postulaba un acto antisocial en sí mismo, y multitud de ofensas llevadas a cabo tanto por negros como por blancos fueron recogidas en las narrativas de criminales de la época, lo cierto es que pronto surgió una tendencia “to link civil crime by blacks with social revolution, and to take the crime of rape as symbolic of all black crime/rebellion” [de unir los delitos civiles de los negros con la revolución social, y de establecer el delito de violación como simbólico entre todos los delitos/rebeliones negros] (Slotkin, 1973: 12). Resulta interesante observar el tipo de delitos que constituyen el objeto de las narrativas de ambos grupos raciales. Los datos arrojados de una simple comparativa ponen de manifiesto que, mientras el asesinato era el crimen por excelencia de los colonos blancos, el delito de violación era el más común entre los esclavos negros. No obstante, pese a que este crimen también era practicado por los primeros, es innegable que “the number of editions dealing with rape is [...] indicating

a greater relative emphasis on this crime in narratives of black criminals” [el número de ediciones que tratan las violaciones nos [...] indica un mayor énfasis sobre este delito en las narrativas de criminales negros] (Slotkin, 1973: 18)

La investigación realizada por Williams en lo referente al delito de violación durante el periodo colonial ofrece interesantes conclusiones. Por un lado, resalta la notable ausencia de castigo asociada a este crimen, así como los escasos documentos que dan cuenta del delito, indicando al respecto que “rape, although a capital felony, ‘rarely appeared’ in early colonial court records” [la violación, aunque era un delito capital, ‘raramente aparecía’ en los primeros registros judiciales coloniales] (1993: 195). La realidad de esta situación tiene claro reflejo en la literatura de criminales de Nueva Inglaterra, pues las obras del género manifiestan —*grosso modo*— una similar exigua atención sobre tal delito. Por otro lado, de estos documentos se desprende además que, en los pocos casos en los que se perseguía, las condenas por violación se limitaban a aquellos individuos situados en los márgenes de la sociedad, como los esclavos y las gentes de color (Williams, 1993: 195). Llama la atención que entre todas estas narrativas no aparezca ni un solo caso en el que el delito de violación sea cometido por un hombre blanco sobre una mujer de otra raza, pues como corrobora Slotkin, “there are any narratives dealing with the most prevalent form of interracial rape, that of black or Indian women by white masters” [no existen narrativas que traten la forma más predominante de violación interracial, aquella realizada sobre las mujeres negras o indias a manos de amos blancos] (1973: 18). La imagen surgida de esta realidad atribuye unos papeles bien definidos a los personajes involucrados. La figura del hombre negro se caracteriza por su naturaleza instintiva y su depravación sexual, mientras que el retrato de la mujer dependerá una vez más del color de su piel, ya que “the literature shows only white women as sexual victims, and nonwhite women as accomplices or abettors of the black rapist” [la literatura tan solo da cuenta de las mujeres blancas como víctimas sexuales, y de las no blancas como cómplices o colaboradores del violador negro] (Slotkin, 1973: 18). El hombre blanco será el aparentemente agraviado en las narrativas, pues los delitos perpetrados por los esclavos negros no dejan de estar dirigidos, de una forma u otra, contra su patrimonio.

Este particular reparto de papeles se observa de manera clara en la narrativa de Arthur. El protagonista, guiado por sus instintos más bajos, atenta sexualmente contra varias mujeres blancas a lo largo de su vida. Si bien la primera parece salirse del guion

establecido para estas obras al ser cómplice en el delito, “they on the same Night introduced me to a white Woman of that Place: And as our Behaviour was such, as we have both Reason to be ashamed of, I shall for her sake pass it over in Silence” [esa misma noche me presentaron a una mujer blanca de aquel lugar: y como nos portamos de una forma, de la que ambos nos avergonzamos, lo pasaré por alto por su bien], el encuentro con la viuda atiende perfectamente al plan narrativo. De esta forma, la descripción del momento nos presenta a un personaje negro “poseído” que rompe el orden social mediante un ataque que da cuenta de su baja condición humana, tal y como se aprecia al decir que “the Devil put it into my Head to pay a Visit to the Widow Deborah Metcalfe, whom I, in a most inhumane manner, ravished” [el demonio me metió en la cabeza el hacer una visita a la viuda Deborah Metcalfe, a quien yo, de la manera más inhumana, violé]. Con todo ello, no pasa desapercibido que la narrativa, al igual que las demás obras del género de criminales, configura una imagen para los lectores de la época que asocia la peligrosidad del hombre negro con su incontinencia sexual, “showing an increasing preoccupation with the rape of white women by blacks, and with the linkage between sexual assault and the urge to social revolution” [al mostrar una preocupación en aumento sobre las violaciones de mujeres blancas por negros, y con la unión entre la agresión sexual y la necesidad de revolución social] (Slotkin, 1973: 12). De esta forma, como primer violador autobiográfico negro de la literatura norteamericana, Arthur sentará las bases de lo que posteriormente se convertirá en un desafortunado estereotipo: el negro depravado e hipersexualizado que persigue salvajemente a mujeres para satisfacer sus constantes deseos (Williams, 1993: 200)²⁰³.

La insistencia en focalizar la atención sobre crímenes de carácter sexual perpetrados contra los colonos blancos distorsiona entonces la realidad histórica de la actividad delictiva negra. Si atendemos de nuevo a los documentos oficiales, la gran mayoría de crímenes cometidos por hombres negros consisten en delitos contra la propiedad, algo que no resulta del todo extraño teniendo en cuenta su estatus legal. Slotkin señala al respecto que, previo al clima de tensión y hostilidad de la década en la que nace la obra de Arthur, las escasas “narratives of Negro crime published before 1765 concern murders and crimes against property” [narrativas de criminales negros publicadas antes

²⁰³ La figura del violador negro inaugurada por Arthur tuvo rápida continuación en narrativas de criminales como la de Joseph Mountain (1790), Thomas Powers (1796) o Anthony (1798), en las que el personaje se va recrudesciendo en su actividad sexual, y cuya huella llega hasta nuestros días, tal y como se aprecia, por ejemplo, en la novela *To Kill a Mockingbird* o *Matar a un ruiseñor* escrita por Harper Lee en 1960.

de 1765 refieren asesinatos y crímenes contra la propiedad] (Slotkin, 1973: 18). Estos datos no resultan sorprendentes y se acercan más a lo que debió ser la convivencia entre ambos grupos culturales. El hecho de que la condición del esclavo negro no superase a la del ganado, suponía que cualquier intento de escape o de suicidio fuese considerado como un delito (Slotkin, 1973: 18). Sin embargo, en la descripción del panorama histórico y criminal posterior se desechan tales ofensas y se crea una versión tergiversada de la realidad²⁰⁴.

Frente a la espiral de crimen y desenfreno en la que Arthur se encuentra, los personajes blancos que aparecen en la narrativa son seres que sorprenden por su comprensión y bondad respecto a la disoluta vida del esclavo negro. Así, cuando el protagonista es condenado por su actividad sexual con la primera mujer blanca a la que antes hacíamos alusión “to receive fifteen Stripes, or pay four Dollars” [a recibir quince latigazos o pagar cuatro dólares], la obra concluye que su “Master was so good natur’d, or rather silly, as to pay the Money, and let me go with Impunity” [amo fue tan bueno, o más bien tan tonto, como para pagar el dinero y dejarme marchar con impunidad]. No obstante, este paternalismo exagerado no es gratuito. Como ocurre en todas las narrativas de esclavos editadas por manos blancas, el maniqueísmo del que hace gala la obra no parece responder al relato que Arthur confiesa a su confesor. Esta manipulación intencionada, que engrandece las virtudes y los defectos de los personajes de la historia, obedece al propósito social con el que se concibe la obra en origen, pues como sucederá de aquí en adelante, “the narration of black crime seems generally to have stimulated colonial writers to intensify their rhetoric and to exaggerate, even to caricature, the social and legal ideologies that informed their thought and behavior” [la narración de criminales negros parece haber estimulado en general a los escritores coloniales a intensificar su retórica y a exagerar, e incluso caricaturizar, las ideologías sociales y legales que conformaban su pensamiento y comportamiento] (Slotkin, 1973: 5). La imagen de Arthur que surge de la obra nos muestra un personaje incapaz de autogestionar su destino o autocontrolar sus instintos, de ahí que Williams apunte que “by referring to his natural inclinations [...] readers, unable to distinguish between racial character and literary characterization, were encouraged to use their prejudices to comprehend the sources of

²⁰⁴ Slotkin apunta que “the distortion is also incremental, in that there is a distinctive rise in the interest in sexual crimes (rape, cohabitation with whites) as the 18th century wears to a close” [la distorsión va también en aumento, de tal manera que hay un notable incremento en el interés en crímenes sexuales (violación, cohabitación con blancos) según nos acercamos a finales del siglo dieciocho] (1973: 18).

evil” [al hacer referencia a sus inclinaciones naturales [...] los lectores, incapaces de distinguir entre el comportamiento racial y la caracterización literaria, eran animados a servirse de sus prejuicios para comprender las raíces del mal] (1993: 215).

Esta indiscutible división en la caracterización de los personajes de la obra que se establece en la narrativa lleva a Rossignol a decir que “on peut bien s’être lire dans cette dichotomie entre esclave incontrôlable et maîtres bienveillants une intervention du rédacteur blanc, désireux de renforcer l’institution en opposant des maîtres blancs généreux et patients à un esclave noir criminel incorrigible” [se puede leer claramente dentro de esta dicotomía entre el esclavo incontrolable y los benevolentes amos una intervención del redactor blanco, deseoso de reforzar la institución al oponer a los pacientes y generosos amos blancos a un esclavo negro criminal e incorregible] (2019). De este modo, se vuelve necesario desligar la persona de Arthur de su alter ego narrativo, pues estas narrativas de criminales negros tenían como finalidad la configuración de personajes estereotipados que sirviesen de reflejo a los prejuicios raciales existentes respecto a la gente de color.

Resulta curioso observar en este punto cómo la narrativa pasa por alto cualquier referencia directa a la condición de esclavo de Arthur, pues no es sino desde las diferentes alusiones a sus amos durante el relato que conocemos la subyugación del personaje. Frente a ello, el editor resalta la diferencia racial del protagonista antes del comenzar la obra, ya que como señala Rossignol, “le titre de la publication ne fait d’ailleurs pas référence au statut d’esclave d’Arthur [...] mais simplement à ‘Arthur, a Negro man’” [el título de la publicación no hace en parte alguna referencia al estatus de esclavo de Arthur [...] sino simplemente a ‘Arthur, un hombre negro’] (2019). Esta situación que pudiera atribuir el lector moderno a un lapsus o a una técnica publicitaria que antepusiese la exotividad racial a la condición de Arthur, parece desviar la atención de una realidad común para el público del momento. El conocimiento pragmático sobre el que los editores configuran la narrativa hacía innecesaria cualquier aclaración al respecto, pues de su concepción del mundo se derivaba la habitual asociación entre el esclavo y el negro. De esta manera, una vez identificado el protagonista desde su color, se presuponen una serie de cuestiones sobre las que no resulta pertinente insistir, de ahí que Foster note dentro de estas obras de autoría negra que “their concessions to racial differences are made only in passing, but they conform to the patterns established for blacks and indicate the strength of racism in the colonies” [sus concesiones a las diferencias raciales se realizan tan solo

de pasada, pero obedecen a los patrones establecidos para los negros e indican la fuerza del racismo en las colonias] (1979: 38).

Con todo ello, la novedad que supone la autobiografía de un criminal negro atiende a un interés editorial muy específico. La utilización de un protagonista negro pone de manifiesto la consciente caracterización del esclavo negro como agente de conflicto social. De acuerdo con este proceder, Foster señala que “when the black person as statistic or subject gave way to the black person as narrator, the most common protagonist was the social degenerate” [cuando la persona negra en tanto que estadística o sujeto da paso a la persona negra a modo de narrador, el protagonista más común era el del degenerado social] (1979: 36). El altavoz en que se convierte la narrativa vuelve de esta manera sobre la imperante necesidad de mantenimiento del sistema esclavista. En un clima de descontento popular donde el sometimiento de las gentes de color colisiona con los principios defendidos por muchos colonos, la obra de Arthur viene a demostrar las bondades de la esclavitud y el peligro que supondría su eliminación, pues como postula Williams, el hombre negro, “lacking the strength of self-discipline, he tended toward dissipation, and without supervision he could not resist the temptations of such tendencies” [al carecer de una autodisciplina suficiente, tiende a disiparse, y sin supervisión no puede resistir las tentaciones de tales tendencias] (1993: 214). La importancia del debate se antoja para este periodo decisiva, pues en menos de quince años se prohibirá su existencia en Massachusetts (Hardesty, 2016: 164-172). Es por este motivo que Rossignol expone que “le récit d’Arthur traduit en partie ce vacillement en cours vis-à-vis de l’institution esclavagiste” [la historia de Arthur expresa en parte esta vacilación que se venía produciendo respecto a la institución esclavista] (2019). La vida de Arthur constituiría entonces un testimonio fundamental a modo de prueba fehaciente de los argumentos esgrimidos por los agentes pro-esclavistas, pues “the anarchic careers of escaped slaves like Arthur [...] proved the necessity of maintaining the status quo in the social hierarchy” [la anárquica trayectoria de esclavos fugitivos como Arthur [...] dan prueba de la necesidad de garantizar el *statu quo* en la jerarquía social] (Andrews, 1988: 41).

De esta manera, las peculiares circunstancias que rodean la génesis de la narrativa ayudan a entender el mundo representado en la obra de Arthur. La relación entre los territorios norteamericanos y el gobierno británico deja entrever el descontento general de los colonos y la incipiente voluntad de independencia. No obstante, mientras se

reivindica el fin de la subyugación colonial por parte del hombre blanco, surgen hostilidades con sus semejantes negros ante cualquier posible reivindicación similar sobre el sistema esclavista. Como señala Rossignol,

“si ces événements sont totalement absents du récit d’Arthur, ils en forment pourtant le substrat politique: en dénonçant l’esclavage auquel les contraint le pouvoir britannique, les insurgés nord-américains constatent dès le début de la Révolution qu’ils ne peuvent détenir d’esclaves au sein de leur société sans se mettre en contradiction avec leur propres principes” [a pesar de que estos acontecimientos están totalmente ausentes en la historia de Arthur, conforman el sustrato político: al denunciar la esclavitud que les impone el poder británico, los insurgentes norteamericanos constatan entonces el principio de la Revolución que no son capaces de detener entre los esclavos en el seno de su sociedad sin entrar en contradicción con sus propios principios] (2019).

Tal labor propagandística, según se recoge en posteriores autobiografías de criminales negros, llegará a ser aún más intensa, pues la idea central sobre la que se articulan estos discursos, a saber, el necesario control al que los esclavos deben ser sometidos, ya que “the restless, rootless lives and ignominious deaths of men like Arthur [...] provided testimony for the widespread colonial belief that the average Afro-American needed supervision” [las azarosas y desarraigadas vidas, y las ignominiosas muertes de hombres como Arthur [...] ofrecían testimonio de la extendida creencia colonial de que el hombre común afroamericano necesitaba supervisión] (Andrews, 1988: 42), no pone sino de manifiesto el desesperado intento de unos editores por ganar una partida de la que se sabían perdedores²⁰⁵. Así, dentro de la labor que realizan en la narrativa de Arthur se observa ya tal inminente fin de la esclavitud en Massachusetts, dado que “on peut aussi voir dans ce paternalisme les signes avant-coureurs du démantèlement d’une institution finalement embarrassante quoique peu prégnante” [se pueden ver también dentro de este paternalismo las primeras señales del

²⁰⁵ Slotking explica que ya para la siguiente autobiografía de criminales negra, *Sketches of the Life of Joseph Mountain, a Negro, Who Was Executed at New-Haven, on the 20th Day of October, 1790, for a Rape, Committed on the 26th Day of May Last* [Esbozo de la vida de Joseph Mountain, un negro, que fue ejecutado en New-Haven, el día 20 de octubre de 1790, por una violación, cometida el día 26 del pasado mayo], publicada en 1790, “the author of Mountain’s narrative is also more highly conscious than ‘Arthur’ of the effects he is trying to achieve, and of the ways he can manipulate his audience by playing with symbols from the popular imagination” [el autor de la narrativa de Mountain es mucho más consciente que ‘Arthur’ de los resultados que intenta alcanzar, y de las maneras en que puede manipular a su audiencia al manejar los símbolos de la imaginación popular] (1973: 22).

desmantelamiento de una institución finalmente molesta, aunque todavía poco apremiante] (Rossignol, 2019).

2.4.3. Factura genérica de la obra

No obstante, con el fin de modelar el testimonio del esclavo de acuerdo con esta agenda política, los agentes blancos implicados —entre los que vimos se encuentran su confesor y su editor— se sirven de los géneros literarios de mayor popularidad en la época. Como ocurre todas las primeras narrativas de esclavos, los editores articulan unos relatos de miscelánea naturaleza genérica que “se rangent dans des catégories très diverses: poésie (Hammon; Wheatley), récit de conversion et/ou de vie (Marrant), récit de vie à visée abolitionniste (Equiano) et confessions criminelles à la veille d’une exécution telles que le récit d’Arthur” [se sitúan en categorías muy diversas: poesía (Hammon; Wheatley), relatos biográficos a la manera abolicionista (Equiano) y confesiones criminales en la víspera de la ejecución tales como el relato de Arthur] (Rossignol, 2019).

2.4.3.1. —Biografías de criminales

Dentro de esta maraña de tradiciones literarias, la narrativa nace y es fiel reflejo de las obras de criminales. Como hemos visto, la obra de Arthur postula los condicionamientos que a nivel de autoría, edición y configuración del relato impone el género de las narrativas de criminales. Con todo, esta elección atiende a dos motivos fundamentales. Primero, las circunstancias individuales de la vida de Arthur, así como la ejecución que culmina su carrera delictiva, ofrecían el marco idóneo para su desarrollo e inclusión en esta tradición²⁰⁶. Segundo, las biografías de criminales²⁰⁶ gozaban de gran éxito en las letras anglosajonas desde finales del siglo dieciséis, y la buena recepción por parte del público

²⁰⁶ Williams señala que “the fascination with criminal behavior, as it is reflected in literature, was first evident in Puritan New England during the late seventeenth century and developed throughout the eighteenth and nineteenth centuries” [la fascinación hacia la conducta criminal, tal y como se refleja en la literatura, se hizo evidente primero en la Nueva Inglaterra puritana durante finales del siglo diecisiete y se desarrolló a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve], época en la que se enmarca la obra de Arthur como ejemplo de las tempranas narrativas al modo de las "Final Confessions" (o confesiones finales) y "Dying Speeches" (discursos previos a la muerte) que todavía, “instead of describing the criminal's life and crimes, concentrated more on his or her struggle for redemption and acceptance of punishment” [en lugar de describir la vida y los crímenes del criminal, se concentraban más en la lucha por alcanzar su redención y la aceptación del castigo] (1983: 6).

garantizaba su difusión (Rossignol, 2019). Una rápida comparativa entre estas obras y la narrativa desvela la deuda contraída por el texto de Artur, pues como apunta Foster, en el relato del esclavo “there are ritualistic tones, traditional phrases, and an absolute condemnation of his life which are standard to all criminal narratives” [hay tonos ritualistas, oraciones prototípicas y una absoluta condena de su vida que son comunes a todas las narrativas de criminales] (Foster, 1979: 39).

De esta forma, si retomamos la comparativa entre el relato de W.C. y la narrativa, el asunto adquiere total claridad. Igual que el relato de Arthur, la obra de Mather se inicia con la presentación de los padres del criminal, “his Parents, were Godly Persons; but he was a Child of Belial” [sus padres eran personas de Dios; pero él era hijo de Belial], para pasar luego a explicar que los motivos de su perdición se debieron al desacato de la autoridad familiar, “he began Early, to Shake off his Obedience unto Them” [pronto empezó, a escabullirse de la obediencia que les debía]. Fuera de su alcance, comienzan las actividades que decidirían su destino final, pues igual de pronto que se libra del yugo paternal, indica que “early had Fornication” [pronto empezó a fornicar]. Así, con este modelo presente, la narrativa de Arthur comienza con el linaje del protagonista “I was born at Taunton, January 15, 1747, in the house of Richard Godfrey, Esq., my Mother being his Slave, where I lived fourteen Years” [nací en Tauton el 15 de enero de 1747 en la casa del Ldo. Richard Godfrey, al ser mi madre su esclava, donde viví catorce años], y se justifica la deriva criminal del personaje de manera casi idéntica, cuando indica que “was so unhappy as often to incur the Displeasure of my Mistress, which caused me then to run away: And this was the beginning of my many notorious Crimes, of which I have been guilty” [era tan infeliz que a menudo provocaba el descontento de mi ama, lo que entonces me hizo escaparme: y este fue el comienzo de muchos notorios crímenes de los que he sido culpable]. Pese a que en el caso de Arthur se desplaza la autoridad del seno familiar a los amos de la casa en la que es esclavo, la conciencia de la pauta marcada por la tradición literaria de criminales para el caso de los delitos sexuales refuerza una vez más las similitudes, pues el esclavo es igualmente “being guilty of Drunkenness and Fornication; for which crimes I have been since famous, and by which I am now brought to this untimely Death” [acusado de ebriedad y fornicación; unos crímenes por los cuales he sido famoso desde entonces, y por los cuales me encuentro en esta prematura muerte]. No obstante, aunque la obra de Arthur presenta en su conjunto las características propias de este género, la narrativa pronto destaca por su genuina idiosincrasia.

Ante este panorama, si bien el relato de Arthur se adhiere de forma clara a la literatura de criminales, la señalada diferencia racial de su protagonista permite una doble clasificación genérica de la obra. Por un lado, se alza dentro de las narrativas de criminales como obra inaugural de su vertiente autobiográfica negra. Frente a las diferencias previamente apuntadas entre las narrativas de criminales blancos y las narrativas de criminales negros, la obra de Arthur sienta las bases para su posterior descendencia al definir “the average black criminal narrative [as] the story of a young man whose break with the authority figures in his life is presented as a symbol of his willful contempt for all systems of ordering and restraining the self” [la narrativa de criminales negros [como] la historia de un hombre joven cuya ruptura con las figuras de autoridad en su vida se presenta como símbolo de su deliberado desprecio por todos los sistemas que organizan y refrenan al ser] (Andrews, 1988: 41). Así, el relato de Arthur se abre con la presentación de un ambiente familiar relativamente agradable —de considerar el aspecto paternal de la esclavitud— en el que se incluyen unos amos a los que debe obediencia en última instancia. El posterior desacato a la autoridad de su amo, se entiende ahora como un desafío a las instituciones coloniales, de ahí que la condena a la que se enfrente la gente de color sea ejemplar. Por otro, la narrativa continúa la incipiente tradición de las narrativas de esclavos al sumar un segundo testimonio de esclavo negro a la obra de Briton Hammon.

2.4.3.2. —Narrativas de esclavo

A pesar de que las diferencias entre ambas narrativas son evidentes, las dos guardan una serie de similitudes a primera vista no muy notables. El empleo de un relato negro lleva parejo en esta época un proceso compositivo casi idéntico que subyace a las discrepancias surgidas del modelo genérico escogido. Cualquiera que fuese la elección, establecía indirectamente para el conjunto de estas primeras narrativas pertenecientes al género de esclavos una disparidad formal y temática justificada en función del modo por el cual se articulaban los relatos. Por ello, sea cual sea la clasificación genérica otorgada a estas obras dentro de la literatura del momento, su adhesión a esta temprana tradición literaria angloafricana resulta evidente, pues en ellas se intuyen los modos que se convertirán en característicos de las siguientes narrativas de esclavos. De este modo, la importancia de estos textos radica fundamentalmente en que “they are helpful [...] as illustrations of the

increasingly common acceptance of some techniques incorporated in the slave narratives” [son útiles [...] en tanto que ilustración de la creciente aceptación común de algunas técnicas incorporadas en las narrativas de esclavos] (Foster, 1979: 39).

No obstante, tanto el género de criminales como el de esclavos desde los que se concibe la narrativa apuntan en una misma dirección: los dos proporcionan voz a un ser privado hasta entonces de humanidad (Foster, 1979: 39). Ambas tradiciones revalorizan la figura del negro —ya como criminal o como esclavo— al hacerle partícipe de sus acciones e igualarle literariamente al resto de sus semejantes blancos. Esta autodeterminación, también presente en la narrativa de cautiverio de Briton Hammon, supone un acto involuntario de rebeldía social que no pasará desapercibido más adelante entre los círculos abolicionistas²⁰⁷. Es por ello, que en la aproximación crítica a estas primeras obras del género, Foster señala que, pese a los intereses blancos a los que responden las narrativas, “such a recognition of full humanity and such an assertion of humanness are a kind of rebellion against prevalent social attitudes” [tal reconocimiento de completa humanidad y tal reivindicación de humanitarismo son un tipo de rebelión en contra de las actitudes sociales predominantes] (1979: 39).

De no adelantarnos en el tiempo, la realidad que se desprende de estas primeras narrativas es que el color de la piel todavía supone para estos pioneros angloafricanos un inconveniente. A pesar de que Rossignol defiende que la cuestión racial no es determinante en la obra (2019), la condena a la pena máxima de Arthur parece indicar lo contrario. Dejando a un lado el delito de violación cometido contra la viuda Deborah Metcalfe, la vida criminal del protagonista no recoge ofensas de especial gravedad (Slotkin, 1973: 20). A pesar de ello, ni la justicia ni el clero se apiadan de Arthur a la hora de hacer cumplir la sentencia, de ahí que Williams sostenga que “his execution for rape was

²⁰⁷ Slotkin revisa en este sentido las primeras manifestaciones escritas en las que aparece representada la figura del negro y concluye que la “narrative literature in which blacks are presented as individual human beings is sparse [...] one tells of a castaway slave gratefully returning to his ‘good old master’, three relate a childish old ‘darky’s’ conversion by an ‘angelic’ white minister, two concern freed slaves who are brought to Christ through their desire to ‘imitate’ their white masters (and return to Africa as missionaries), two relate in first person the lives of American blacks who work their way ‘up from slavery’ to (respectively) financial and intellectual eminence” [la literatura narrativa en la que los negros aparecen como seres humanos únicos es escasa [...] una habla de un esclavo náufrago agradecido de volver junto a su ‘buen amo’, tres cuentan la infantil conversión de ‘negritos’ por un angelical clérigo blanco, dos tratan de esclavos liberados que acuden a Cristo a través del deseo de ‘imitar’ a sus amos blancos (y volver a África como misionarios), dos relatan en primera persona las vidas de negros americanos que consiguen ‘salir de la esclavitud’ mediante sus esfuerzos hasta alcanzar (respectivamente) prestigio económico e intelectual] (1973: 16). Es interesante notar que estas obras mencionadas de forma indirecta por el crítico, que participan en su totalidad de la mencionada humanidad, forman parte en su conjunto de los textos iniciales que conforman el género de las narrativas de esclavos.

merely the culmination in a life of depravity” [su ejecución por violación fue simplemente la culminación de una vida de depravación] (1993: 197). Si bien las palabras del propio personaje coinciden al respecto, cuando opina sobre el veredicto “I must confess is but too just a Reward for many notorious Crimes” [debo reconocer es más que justo por tantos consabidos crímenes], ciertamente parece excesiva una condena tan dura para un mero ladrón de gallinas.

Sin embargo, si tenemos esto en cuenta, las palabras finales de Arthur resultan extrañas y ciertamente dudosas salidas de boca de un sentenciado por tales delitos. Pese a ello, la resignación con que el protagonista las enuncia no debió de sorprender al público de la época, pues además de hacer referencia a la condena de un esclavo negro, se amoldaban a las directrices fijadas por las narrativas de criminales. Williams señala sobre ello que “readers expected that, once having run the length of their wickedness, sinners would renounce their defiance and reaffirm both sacred and secular orders” [los lectores esperaban que, una vez desarrollada toda su maldad, los pecadores renunciases a su actitud desafiante y reafirmasen tanto el orden secular como el sagrado] (Williams, 1993: 211).

El arrepentimiento final del protagonista viene por tanto a confirmar la hipótesis de partida de la narrativa. El protocolo de cierre sitúa el foco en la desobediencia del protagonista más que en el acto de la violación en sí, de tal forma que, para reafirmar el orden social, la vida del violador era presentada a modo de infeliz progresión de la rebeldía a la ejecución (Williams, 1993: 196-197). La importancia del crimen sexual queda relegada así a un mero *slogan* publicitario que busca llamar la atención de los lectores, pues la significación implícita en las narrativas de criminales se desprende del relato completo de la vida del personaje: Arthur se vuelve un ingrato y un disoluto cuando abandona su cómoda situación de esclavo (Andrews, 1988: 44). La institución paterno-filial en que se convierte la esclavitud hace de la severidad del castigo la justa pena para el protagonista, cuya confesión final adquiere bajo esta óptica la forma de reproche familiar y se constituye como un acto de humillación destinado a dramatizar y exagerar este cambio de postura en el criminal (Williams, 1993: 211). Todo ello lleva a Rossignol a afirmar que la rectificación y enmienda de Arthur en la narrativa ha de entenderse como un “passage obligé, dicté par le genre de la biographie criminelle et de la méditation du rédacteur” [pasaje obligado, dictado por el género de la biografía de criminales y por la reflexión del redactor] (2019).

2.4.3.3. —Narrativas de conversión religiosa

No obstante, la dimensión religiosa del texto no se manifiesta más que en el carácter expiatorio en que se convierte la obra. Pese a que en estas tempranas narrativas la huella de los relatos de conversión suele ser evidente, la religiosidad que encontramos en el relato de la vida de Arthur no atiende a las convenciones propias del género. No existen así referencias directas a pasajes bíblicos que sostengan los argumentos esgrimidos por el protagonista como ocurría en la narrativa de Briton, ni sus vivencias obedecen a la concepción cristiana característica de estos relatos que pone a prueba la fe del personaje. El mundo no es un lugar hostil para Arthur pues, libre del yugo impuesto por su condición de esclavo, el protagonista lo convierte en el jardín de su recreo. De esta forma, el personaje no se encuentra sometido a la voluntad de una caprichosa Providencia, sino que se yergue como único dueño de sus actos. Una vez abandona a su madre y a sus amos, Arthur nos cuenta que “I went first to Sandwich, where I lived two Months in a very dissolute Manner, frequently being guilty of Drunkenness and Fornication” [primero me fui a Sandwich, adonde viví dos meses de forma muy disoluta, frecuentemente siendo acusado de ebriedad y fornicación], para luego cambiar el rumbo de su camino delictivo de acuerdo con su parecer al anunciar que “my Character being now known, I thought proper to leave the Place; and accordingly shipped myself on board a Whaling Sloop” [al conocerse ahora mi carácter, estimé oportuno abandonar el lugar, y por consiguiente me enrolé a bordo de un ballenero con el Cap. Coffin de Nantucket].

Pese a ello, esta notable falta de religiosidad en la narrativa se debe a la particular génesis de la obra. Las narrativas de criminales se gestan al amparo de los sermones religiosos, unos textos de marcado cristianismo de los que pronto se desligan. En esta separación, el elemento cristiano queda reservado a los sermones, en los cuales se aprecia —en contraste con las narrativas de criminales— la impronta expresa del discurso doctrinario. Claro ejemplo de ello es el sermón escrito por MacCarty que complementa a la obra de Arthur, ya que en sus páginas encontramos muchos de los rasgos de los relatos de conversión ausentes en la narrativa. Así, el reverendo abre su prédica directamente con una cita de las sagradas escrituras, “and he said unto Jesus, Lord, remember me, when thou comest into thy Kingdom. And Jesus said unto him, verily, I say unto thee, to day shalt thou be with me in Paradise” [y le dijo a Jesús, Señor, acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino. Y Jesús le dijo, en verdad, te digo, que hoy estarás conmigo en el

Paraíso]²⁰⁸, y se sirve abiertamente de los postulados eclesiásticos a la hora describir, a la par que advertir, al delincuente y a sus posibles seguidores, cuando concluye “thus I have, with all convenient brevity, considered the most material things in the dying prayer of the malefactor in our text, and our Lord’s answer to it” [así he considerado, con toda la conveniente brevedad, las cosas más materiales en la postrera oración del malhechor en nuestro texto, y la respuesta que le da nuestro Señor].

Cabría señalar, sin embargo, que al igual que los protagonistas de las narrativas de conversión religiosa, Arthur también se arrepiente de sus pecados y abraza a Dios. Tanto las narrativas de criminales, como sus correspondientes sermones religiosos, van destinados a generar entre los lectores la ansiedad necesaria para la incontenible experiencia de la conversión, pues como explica Slotkin, “although their subjects were outcasts of Puritan society, the execution sermons and crime narratives reached the common experience of a general audience by sharing in the universal concern of Puritan life and literature —the quest for a ‘conversion experience’” [aunque sus personajes eran marginados de la sociedad puritana, los sermones previos a la ejecución y las narrativas de criminales llegaban a la experiencia común de una audiencia generalizada al compartir una preocupación de la vida y literatura puritana —la búsqueda de una ‘experiencia de conversión’] (1973: 5). Pese a ello, si bien en todos los casos se articulan los relatos hacia la conversión, la experiencia de la fe es, en cualquier caso, diferente. Mientras que los protagonistas de las obras de conversión desarrollan su nueva fe, el inminente final de los sentenciados no permite tal posibilidad para las narrativas de criminales.

De lo que sí participan ambas tradiciones es la importancia otorgada a la salvación del alma mediante su liberación del pecado, ya que como prueba Andrews para las narrativas de criminales negros, “the conversion model offered the slave narrator an ideal of freedom *from* the self, not *for* the self” [el modelo de conversión ofreció al narrador esclavo un ideal de libertad *del* ser, no *para* el ser] (1988: 46). Ello tiene que ver con el hecho de que en estas primeras narrativas de esclavos no se ponga todavía en tela de juicio el estado de sumisión al que se ven sometidos los protagonistas en la esclavitud. La libertad física no entra a debate en la configuración de los relatos de estos pioneros esclavos negros, pues no será hasta que la labor de los movimientos abolicionistas se encargue de la publicación de estos testimonios, que se promulgue en las narrativas tanto

²⁰⁸ Lucas (23: 42-43).

la liberación de los personajes en la otra vida, como la liberación en este mundo, tal y como apunta Andrews al señalar “in the first fifty years of the slave narrative, however, the slavery of sin received much more condemnation than the sin of slavery” [en los primeros cincuenta años de la narrativa de esclavos, sin embargo, la esclavitud del pecado recibió mucha más condena que la del pecado de la esclavitud] (1988: 44).

Toda esta situación lleva a Rossignol a reparar en la particular situación religiosa que se desarrolla en las colonias americanas desde el siglo dieciocho hasta la Guerra de Independencia. Durante este periodo, conocido como *Great Awakening* o Gran despertar, se produce una intensa campaña de cristianización que buscaba convertir por igual a los nativos americanos y a los esclavos que habitaban en los territorios británicos (Rossignol, 2019). Este despertar religioso venía promovido por la intensa prédica realizada por los diferentes movimientos protestantes de la época que, mediante la insistencia en la culpa y el pecado, pretendía convencer de la necesidad de la salvación en Cristo²⁰⁹. Arthur, en tanto que esclavo negro, participa así de esta conversión cuando concluye el relato de su vida señalando:

“the unwearied Pains that was taken by the Rev. Mr. McCarty, to awaken me to a proper Sense of my miserable and wretched Condition, whose frequent Exhortations, and most fervent Prayers, together with those of the rest of God's people, and my own sincere Endeavours after true Repentance, will I hope prove the Means of my eternal Well-being” [los incansables esfuerzos llevados a cabo por el Sr. Rvdo. McCarty por hacerme ver realmente mi miserable y malvada condición, cuyas frecuentes exhortaciones, y más fervientes oraciones, junto con aquellas del resto del pueblo de Dios, y mis propios sinceros esfuerzos después de un verdadero arrepentimiento, espero que garanticen los medios para mi eterno bienestar].

Sin embargo, la huella de esta temprana labor de cristianización entre los pueblos indígenas, realizada por los primeros misioneros a mediados del siglo diecisiete, alcanza todavía un mayor calado en la obra de Artur. Entre los primeros evangelistas del

²⁰⁹ Joseph Tracy explica con gran detalle todas las características de este gran movimiento religioso en su extenso trabajo *The Great Awakening: A History of the Revival of Religion in the Time of Edwards and Whitefield*, publicado en 1842, resumiendo la labor de salvación Cristiana promulgada del siguiente modo: “if reformation is possible, and pardon may be obtained, the inquirer, though now a sinner, may become a holy and happy being. If not, he must be unholy and miserable for the remainder of his conscious existence—which may be, and he has reasons to suppose, will be, eternal” [si la reforma era posible, y se obtenía el perdón, el solicitante, aunque pecador ahora, podía convertirse en un ser devoto y feliz. Si no, seguiría siendo un miserable y un impío para el resto de su consciente existencia —que pudiera ser, y tiene motivos para así creer, que será, eterna] (xi).

movimiento, la estudiosa francesa señala la labor llevada a cabo por John Eliot entre 1651 y 1674 con los indígenas (Rossignol, 2019). Dentro de sus esfuerzos, destaca la creación de una serie de comunidades, conocidas como *praying towns*, en las que se reagrupaba y establecía a la población nativa que, anteriormente, había sido desplazada hacia el oeste debido a los frecuentes enfrentamientos producidos entre los colonos europeos y los grupos autóctonos americanos²¹⁰. Varios de estos lugares se cuentan entre las localizaciones recogidas en la narrativa. En *Behind the Frontier: Indians in Eighteenth-Century Eastern Massachusetts*, Daniel R. Mandell identifica, por ejemplo, la comunidad de Southsea, cuyos habitantes, pertenecientes a la tribu de los Mashpee, fueron convertidos a finales de siglo por un tal Richard Bourner; o la comunidad de Natick, donde Arthur se reúne con la joven “piel roja” —que hace las veces de compañera sentimental— tras ser perseguido por el marido de una mujer blanca con la que consuma uno de sus escarceos sexuales (1996: 19).

No obstante, para el periodo de la narrativa, Rossignol describe estas comunidades religiosas indígenas de la siguiente manera, “depuis 1676 et la défaite indienne, ces villages constituent des sortes de réserves indiennes où les femmes dominant démographiquement et économiquement” [después de 1676 y de la derrota india, estos asentamientos constituyen un tipo de reservas indias donde las mujeres dominan demográfica y económicamente] (2019). Los conflictos armados coloniales, entre los que destacan los acaecidos en el marco de la Guerra de los Siete Años, diezmaron a la población masculina y produjeron un empobrecimiento notable de las comunidades indígenas (Mandell, 1996: 4). De este modo, ante la falta de hombres, muchas de las mujeres de las diferentes tribus nativas entraron en contacto con los esclavos de color que, al igual que ellas, compartían un mismo estatus marginal dentro de la sociedad colonial del Nuevo Mundo. La relación que mantiene el protagonista de la narrativa con la joven “piel roja” queda entonces definida toda vez que “en trouvant refuge parmi les Indiennes, Arthur ne quitte pas les couches le plus humbles de la société du

²¹⁰ Rossignol indica que para el siglo dieciocho los grupos indígenas de Massachusetts “ne sont plus en guerre contre les Euro-Américaines depuis longtemps, vaincus à l’issue de King Philip’s War en 1676” [no están ya en guerra contra los euroamericanos tras mucho tiempo, vencidos al término de la guerra del Rey Felipe en 1676] (2019). Este conflicto, cuyo nombre proviene del apelativo por el que se conocía a Metacom —jefe de los wampanoag—, tuvo su origen en los ataques que los nativos infligieron contra los asentamientos ingleses de la colonia de Plymouth. El conflicto pronto se extendió a toda Nueva Inglaterra y, tras gran número de bajas en ambos bandos, se le puso fin con la captura y asesinato del líder indígena. Para más información sobre la contienda, véase Jill Lepore (1998). *The Name of War: King Philip’s War and the Origins of American Identity*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Massachusetts: comme les Africains-Américains, la population autochtone est méprisée, exploitée et maltraitée par la société puritaine et quaker” [al encontrar refugio entre las indias, Arthur no deja las capas más humildes de la sociedad de Massachusetts: como los afroamericanos, la población autóctona era menospreciada, explotada y maltratada por la sociedad puritana y cuáquera] (Rossignol, 2019).

Sin embargo, a pesar de que la presencia del elemento indio es notable en la narrativa, no parece diferenciarse de manera expresa del mundo al que pertenecen los esclavos negros. Slotkin afirma que, a todos los efectos, no existía durante los años que abarca el texto una distinción real entre los diversos grupos étnicos que conformaban la población colonial no blanca, pues como acertadamente indica “[the] color distinction between Negroes and Indians [was] as that between shades of black” [[la]distinción de color entre negros e indios [era] como aquella entre las diferentes tonalidades de negro] (1973: 9). Es por ello, que los indígenas se muestran caracterizados de forma similar a los personajes negros, a saber, como seres conflictivos que viven, al igual que el protagonista, al margen de la sociedad. Esta igualación tiene reflejo directo en el relato, pues Arthur desarrolla parte de su actividad delictiva auspiciado por ambos grupos entre los que es considerado uno más. Del comportamiento de las mujeres nativas con las que Arthur entra en contacto se desprende entonces la misma conclusión que se obtiene del relato de la vida del esclavo negro: cualquier tipo de libertad ofrecida al indígena es contraproducente, pues su malvada disposición e inclinación natural los convierte en una amenaza al orden colonial establecido. De esta manera, “the Indian rebel is thus paralleled by the rebellious commons and the insurrectionary blacks; all are, by analogy, subjects or ‘children’ of the state, and therefore unfilial traitors against it” [el rebelde indio es así igualado con el rebelde ordinario y el negro insurrecto; todos son, por analogía, sujetos o ‘hijos’ del estado, y por lo tanto traidores paternos respecto al mismo] (Slotkin, 1973: 15). Pese a ello, la distinción realmente existente entre ambos colectivos raciales, además de la constante mención a los nativos en la obra, pudiera encubrir ciertas influencias de una tradición con mucho peso en la época —y en la que se encuadra la primera obra del género de las autobiografías de esclavos—: los relatos de cautiverio indio.

2.4.3.4. —Relatos de cautiverio

Si bien la historia de Arthur no se concibe conforme al patrón prototípico de las obras de cautivos, pues no se encuentran en el relato los episodios característicos de tales narrativas —ataque, secuestro, cautiverio y escape o vuelta del protagonista a su lugar de origen—, el protagonista del relato de Arthur se ve envuelto constantemente en sus aventuras con las tribus indígenas americanas.

Frente a lo que sucede en las obras de cautivos, el protagonista de la narrativa no entra en contacto con una tribu indígena plenamente instituida, ya que las circunstancias históricas de Massachusetts para este periodo han alterado, volviendo sobre lo expuesto por Rossignol, su forma de vivir tradicional (2019). De esta forma, se entiende entonces que no aparezcan hombres nativos en el transcurso del relato de Arthur, y que únicamente se recoja el intercambio producido entre los esclavos negros y las mujeres indígenas en la narrativa. Estos encuentros entre el personaje y las nativas americanas son recurrentes durante toda la historia, y normalmente se encuadran dentro de la huida de Arthur de la justicia, tal y como se observa cuando el protagonista reconoce que “[I] was taken up on Suspicion, by one Mr. Fisk, and by him carried before Col. Otis, who on my confessing that I stole the Horse at Dorchester, committed me to the Barnstable Goal for Trial, from whence I escaped in two Days. I then went to Southsea, an Indian Village in Sandwich, where I tarried for six Weeks” [fui arrestado bajo sospecha por un tal Sr. Fisk, y por él llevado ante el Cnel. Otis, quien al confesarle que robé el caballo en Dorchester, me mandó a la cárcel de Barnstable para ajusticiarme, de donde me escapé a los dos días. Luego me fui a Southsea, un pueblo indio de Sandwich, donde me quedé seis semanas]. Sorprende en estos pasajes la facilidad y naturalidad con la que Arthur se allega a las indígenas, y más si tenemos en cuenta que es después de los delitos que “Arthur would return to the Indians for shelter, strong waters and erotic amusement” [Arthur volvía a irse con las indias por cobijo, bebidas fuertes y diversión erótica] (Slotkin, 1973: 20). Sin embargo, lo cierto es que la violencia asociada a la figura indígena masculina no tiene cabida en la obra.

Una vez sometidas las tribus indígenas y mermado su número de posibles guerreros, no resultaba posible articular la trama de la narrativa desde los postulados del cautiverio. Privadas de hombres, las nativas de estas tribus permiten compartir su espacio con los esclavos de color, una situación que, de tenerse en cuenta el estatus marginal que

anteriormente postulábamos para ambos grupos, no resultaría extraña para el lector de la época. Además, de considerarse el mundo de alianzas entre grupos étnicos no europeos que planteaba Gagnon para el estudio de la narrativa de Briton Hammon, la obra de Arthur arroja unas conclusiones similares surgidas de la convivencia del protagonista con los indígenas (2014: 84-94).

Al igual que los integrantes masculinos de las tribus caribeñas buscaban alianzas entre la gente de color con el fin de garantizar su supervivencia, las mujeres indígenas de la narrativa establecen una relación simbiótica con Arthur. Pese a que no se menciona el provecho obtenido por las nativas en la obra, nos viene a la memoria aquel pasaje del *Lazarillo* que tan bien definía el vínculo establecido entre Zaide y su madre, en el que el anónimo autor nos decía

“ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía a nuestra casa, y se iba a la mañana [...] Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos calentábamos” (*Lazarillo*, 2006: 16-17).

Los delitos que le atribuyen a Zaide en la novela española tienen un correlato exacto en la narrativa de Arthur, pues los dos personajes roban a sus amos y emplean el fruto de su hurto en la compañía de mujeres, según se desprende del discurso del protagonista, cuando señala “I then unhappily commenced an Acquaintance with a young Squaw, with whom (having stole Six Shillings from one of my Master's Sons) I was advised by some other Negroes, to run away, to avoid being taken up” [desafortunadamente luego comencé una relación con a una joven piel roja, con quien (tras haber robado seis chelines de uno de los hijos de mi amo) varios negros me dijeron que me escapase para evitar que me cogiesen].

Con todo ello, la humanidad con la que Briton Hammon era tratado por sus captores americanos se intuye también —aunque guardando las distancias— en la obra de Arthur. Cierto es que ahora los indígenas no le sientan a comer junto a ellos, pero sí comparten con él otros aspectos de su vida privada, de manera semejante a como ocurre en el *Lazarillo*. Sin embargo, la discreción con la que trata Lázaro el asunto contrasta de forma clara con las vívidas descripciones que ofrece Arthur sobre esos encuentros. De esta manera, los pasajes que recogen las visitas del protagonista a las indígenas no dejan

nada a la imaginación, tal y como se colige de sus palabras, “I then went to Southsea, an Indian Village in Sandwich, where I tarried for six Weeks, spending my Time in drinking and whoreing with the Squaws” [luego me fui a Southsea, un pueblo indio de Sandwich, donde me quedé seis semanas, empleando el tiempo en beber y fornicar con las pieles rojas].

Sin embargo, la gran diferencia existente entre los relatos de cautivos y la narrativa quizá se resuma en el uso de los nativos. Mientras que el protagonista de los primeros intenta escaparse de sus captores indígenas y regresar a su comunidad, Arthur huye del hombre blanco y busca refugio entre las tribus locales. Con ello, la caracterización que sufre el personaje negro en la narrativa es radicalmente contraria a la que surge de la primera obra del género de esclavos. Mientras la labor de edición buscaba en un caso revalorizar la figura del hombre de color al asimilar su relato al discurso oficial blanco, los agentes encargados de la narrativa de Arthur procuraron establecer un distanciamiento insalvable: la equiparación de personas negras e indígenas como grupo enfrentado a la sociedad colonial europea norteamericana.

A pesar de ello, el héroe de la narrativa consigue abrirse camino en un mundo que le sitúa en los márgenes. La labor de supervivencia que va asociada a su actividad criminal le lleva a enrolarse en diferentes barcos en un intento de poner tierra de por medio. Así, tras cometer uno de los múltiples delitos por los que será ajusticiado, nos cuenta que “my Character being now known, I thought proper to leave the Place; and accordingly shipped myself on board a Whaling Sloop, with Capt. Coffin, of Nantucket: We were out eight Months, and then returned to Nantucket, from whence we sailed, where I tarried six Weeks” [al conocerse ahora mi carácter, estimé oportuno abandonar el lugar, y por consiguiente me enrolé a bordo de un ballenero con el Cap. Coffin de Nantucket: estuvimos fuera ocho meses y luego regresamos a Nantucket, desde donde zarpamos, adonde me quedé seis meses]. Teniendo en cuenta este patrón de huida, cabría señalar la posible influencia de otro género literario sobre el que también volvimos en el estudio de la obra de Briton, el de los relatos de aventuras marinas.

2.4.3.5. —Relatos de aventuras marinas

De manera similar a como ocurría en el caso de la primera narrativa del género de esclavos, destaca la falta de desarrollo de estos episodios en alta mar dentro de la obra de Arthur. De tales señalados momentos de la biografía del personaje no se recoge más

información que aquella previa al viaje, “being now hardened in my Wickedness, I the next Night broke another Store in the same Place, from which I took several Articles, and then shipped my self on board a Vessel bound to Swanzey, where I was discovered, taken on Shoar, and whip'd sixteen Stripes” [habiéndome vuelto aún más malo, la siguiente noche atraqué otra tienda en el mismo lugar, de la cual tomé varios artículos, y luego me embarqué a bordo de un barco rumbo a Swanzey, donde me descubrieron, me bajaron a tierra y me dieron dieciséis latigazos]. No obstante, esta focalización exclusiva en los detalles respecto a la presencia de Arthur en los distintos barcos en que se enlista, pone de relieve dos cuestiones fundamentales de la labor de edición llevada a cabo por los agentes blancos en la obra. Por un lado, la ampliación de estas aventuras no tendría sentido en el plan general de la narrativa. Los datos que se proporcionan al respecto son únicamente los imprescindibles para el propósito de reforma espiritual que persigue el relato, a saber, aquellos referentes a los excesos cometidos por el protagonista también durante estas travesías, al decir “in which Time I followed the Seas, sailing from Nantucket, and Newport, to divers parts of the West-Indies, where I whored and drank, to great Excess” [en este tiempo me hice a la mar, navegando de Nantucket, y Newport, hasta diversas partes de las Indias Occidentales, donde forniqué y bebí en gran exceso]. Por otro, equipara la figura del marino con la del individuo de color.

La vida de los hombres de mar —a excepción de aquellos que ostentaban los oficios de mayor rango dentro del barco— discurría, al igual que la existencia de sus camaradas negros, en los límites de la sociedad de la época. W. Jeffrey Bolster, en su detallado estudio sobre la realidad marítima atlántica de la época, publicado bajo el título de *Black Jacks*, aporta numerosos documentos en los que se corrobora esta situación. De su análisis, Bolster concluye que “white seamen were among the most marginalized men in white society” [los marineros blancos estaban entre los hombres más marginalizados de la sociedad blanca] (1997: 36). Sin embargo, las limitaciones que las aguas ofrecían a los marinos blancos, se convierten en una posibilidad efectiva de escape y medro para los hombres de color²¹¹. La presencia de mano de obra negra a bordo de los barcos era una constante que hacía de las embarcaciones lugares de sorprendente mezcla racial, donde “the cuture and sociology of seafaring often led black and white men to grumble together and confide in one another” [la cultura y sociología de la navegación a menudo llevaban

²¹¹ Bolster indica al respecto que, a pesar de la ínfima consideración del oficio de marinero en la sociedad colonial, “black seamen found access to privileges, worldliness, and wealth denied to most slaves” (1997: 36).

a los hombres blancos y negros a quejarse juntos y a confiar el uno en el otro] (Bolster, 1997: 90). Ello, unido a la dureza del trabajo en aguas abiertas, requería de hombres dispuestos a vivir en unas condiciones que no muchos blancos aceptaban, sobre todo si tenemos en cuenta que el empleo en los barcos llevaba aparejado además el ser “disciplined, impressed, and traded like blacks —or even traded for blacks—” [castigados, apresados, e intercambiados como negros —o incluso intercambiados por negros—]; de ahí que el oficio en el mar se reservase tan solo a los integrantes de las clases sociales más desfavorecidas (Bolster, 1997: 71). Así, estas condiciones tan extremas hacían de los hombres negros candidatos ideales a ocupar las vacantes existentes en los navíos, pues como indica Rossignol “pour les Africains-Américains de Nouvelle-Angleterre, le métier de marin était très courant” [para los afroamericanos de Nueva Inglaterra, el trabajo de marinero era muy corriente] (2019).

No obstante, ya sea por estas duras condiciones o por otros motivos que desconocemos, lo cierto es que las aventuras marinas de Arthur pronto llegan a su fin y con diecisiete años decide asentarse en tierra firme, alegando que “being now weary of the Seas, on the 27th of October 1764, I came again to live with my Master at Taunton” [cuando me cansé de los mares, el 27 de octubre de 1764, volví otra vez a vivir con mi amo]. En un primer momento, pudiera parecer extraño que las posibilidades de libertad que ofrecían los mares a las gentes de color dejasen de resultar atractivas para el personaje. Frente a las limitaciones que sufre el esclavo en los territorios británicos de ultramar, el barco se constituye como un oasis de libertad, ya que en ellos los esclavos “had considerable amounts of time without white supervision, substantial freedom of movement, and independent income from petty trading” [tenían considerable cantidad de tiempo sin supervisión blanca, cuantiosa libertad de movimiento, y dinero extra del contrabando] (Bolster, 1997: 24). De acuerdo con esta situación, no sorprende que muchos de los protagonistas de estas primeras narrativas del género angloafricano buscasen las posibilidades que garantizaban los mares a la hora de desarrollarse como personas, pues todavía para este periodo destaca la “présence et succès des Africains-Américains dans cette branche d’activité d’où ils seront cependant progressivement marginalisés dans la première moitié du XIXe siècle” [la presencia y éxito de los afroamericanos dentro de este campo del trabajo donde serán pese a ello progresivamente marginalizados durante la primera mitad del siglo diecinueve] (Rossignol, 2019)²¹². Sin

²¹² Ejemplo de ello son las narrativas de Briton Hammon, James Albert Ukawsaw Gronniosaw, John

embargo, si bien estos escasos privilegios marcaban la diferencia para cualquier esclavo negro, no sucedía lo mismo en el caso de Arthur.

La configuración del protagonista de la narrativa por parte de sus editores blancos resulta fundamental en este punto. La figura de Arthur trasciende la mera caracterización del personaje negro conforme a su estatus de esclavo hasta llegar a igualarse con la imagen del criminal. La libertad de la que goza el esclavo negro en su oficio de marinero—sobre todo en lo que respecta a dar rienda suelta a sus pasiones— no conoce límites tampoco para el delincuente en tierra firme. De esta manera, si observamos en qué consiste la vida de Arthur durante sus aventuras marinas y la comparamos con el resto de sus andanzas en la colonia de Massachusetts, nos damos cuenta de que no existe diferencia sustancial alguna: en ambos casos, el protagonista se entrega a los placeres del dinero, de la bebida y de la carne.

Toda esta situación sirve en la narrativa para reforzar la defensa del sistema esclavista. Del relato de Arthur se desprenden los peligros que ofrece la libertad para aquellos individuos que por su naturaleza o condición no están preparados para gestionarla. Al igual que el rudo marino se caracteriza en los relatos por su distintiva hombría, los seres situados en los márgenes sociales adquirirán una entidad narrativa similar (Bolster, 1997: 167)). Como contraposición, el personaje del amo volverá otra vez en estas aventuras a caracterizarse por su bondad y caridad paternal, pues es con el objetivo de librar a Arthur de las posibles consecuencias de sus delitos sexuales, que le propone dejar el lugar, tal y como explica el protagonista al decir que “I should be taken on board a Vessel bound for Maryland” [me llevarían a bordo de un barco rumbo a Maryland]. Con ello, se refuerza todavía más la representación del mar en la obra como espacio de libertad para los individuos situados en los márgenes de la sociedad y se anticipa el trágico desenlace.

Una vez Arthur consigue evitar su deportación, el peso de la justicia colonial cae sobre su persona. Las garantías que permite una vida en los mares para los criminales, se esfuman ante las leyes coloniales. Por este motivo, la vida delictiva del protagonista llega a su fin y, pese a ello, la obra se cierra sin resentimiento alguno del personaje hacia las instituciones que le sentencian a la pena máxima, ya que como señala Williams, “instead

Marrant y Venture Smith, las dos primeras recogidas entre las traducciones propuestas; si bien quizá sea en la narrativa de Olaudah Equiano donde se desarrolle con mayor detalle las características y posibilidades que ofrecía la vida en los mares para el hombre negro.

of describing the criminal's defiance of authority, early narratives dramatized the criminal's final submission to authority [en lugar de describir el desafío del criminal a la autoridad, las primeras narrativas dramatizaban la sumisión final del criminal a la autoridad] (1983: 6).

Finalmente, a la huella dejada en la narrativa de Arthur por los géneros anteriores, se une ahora el análisis del posible impacto de otras tradiciones literarias en la obra, entre las que destacaremos, como principal objeto de este estudio, la picaresca.

2.4.4. La tradición picaresca en la obra de Arthur

La labor de búsqueda de la posible influencia del género hispano en la factura final de la narrativa de Arthur se enmarca en las directrices críticas que apuntan en este sentido. Ya desde las primeras aproximaciones al texto, los estudiosos señalaron el corte picaresco de las aventuras del esclavo. Marion Wilson Starling fue una de los primeros críticos en poner de relieve el virtual peso de la tradición literaria española en la obra, pues del análisis que hace de la narrativa se desprende que “the broadside on which Arthur’s story is squeezed presents all the ingredients for a picaresque novel” [el gran pliego en el que se comprime la historia presenta todos los ingredientes para una novela picaresca] (1981: 53). Lejos de desaparecer, los distintos trabajos académicos publicados hasta la actualidad sobre la narrativa vuelven sobre esta línea de interpretación, destacando entre los últimos la introducción al texto confeccionada por Rossignol. En esta introducción, la estudiosa francesa analiza las aventuras literarias del protagonista y sostiene que “sur un mode picaresque, le texte enchaîne à bride abattue les méfaits du jeune Arthur dans la région de Boston” [desde un modo picaresco, el texto da rienda suelta a las fechorías del joven Arthur por la región de Boston] (Rossignol, 2019).

No obstante, la presencia del género hispano en la obra de Arthur se reduce —tal y como sucedía en la de Briton Hammon— a meras asunciones sobre lo picaresco que necesitan todavía de una sistematización crítica necesaria que ponga de relieve la asumida deuda contraída por el texto frente a la novela española. En este sentido, volveremos sobre los rasgos señalados por Lázaro Carreter como distintivos de la novela picaresca en «Para una revisión del concepto novela picaresca» a la hora de reconsiderar su huella en la narrativa, siguiendo así el proceder anteriormente fijado para el caso de la obra de Briton.

Para ello, consideraremos primero los elementos temáticos, a los que como vimos históricamente se ha concedido una mayor atención crítica, para pasar luego a los rasgos puramente formales; analizándolos en ambos casos según se desprenden de la comparación establecida entre las dos obras fundacionales del género hispano, a saber, el *Lazarillo de Tormes* (1554) y las dos partes que componen el *Guzmán de Alfarache* (1599 y 1604), así como de su posterior progeñe.

El primero de los rasgos viene configurado por la naturaleza marginal u *outsider* del protagonista. Este carácter distintivo de los todos personajes picarescos, que fue señalado por Chandler ya incluso a finales del siglo diecinueve en su trabajo *Romances of Roguery: An Episode in the History of the Novel. The picaresque novel in Spain* (1899)—que se alza por mérito propio como uno de los estudios inaugurales del género—, es entendido por Lázaro Carreter como uno de los rasgos más reconocibles de las novelas hispanas. En este sentido, la crítica no duda en destacar el incuestionable estatus de Arthur como *outsider* (Williams, 1993: 198). Sin embargo, frente a los héroes de las obras picarescas, la condición marginal del protagonista de la narrativa viene reforzada por su particular idiosincrasia.

De acuerdo con Lázaro Carreter, el pícaro es un antihéroe que se encuentra al margen de la sociedad debido, fundamentalmente, a su genealogía vil. Su bajo nacimiento le otorga al personaje un deshonor que le acompañará durante toda su vida, de ahí que el conjunto de las novelas picarescas se abra con la presentación de la exposición de las circunstancias que envuelven su llegada al mundo. Arthur, siguiendo el proceder de los textos hispanos, sentará ejemplo dentro de las narrativas, ya que según apunta Rossignol “comme les récits d’esclaves ultérieurs, celui d’Arthur s’ouvre d’ailleurs par une phrase d’introduction individuée qui évoque sa naissance et établit son identité” [como los relatos de esclavos posteriores, el de Arthur se abre asimismo con una frase de presentación personal que alude a su nacimiento y establece su identidad] (2019). De esta forma, al igual que Lázaro abre su relato recogiendo el nombre de sus padres, el lugar en el que vio la luz por primera vez y el oficio de sus progenitores, al señalar primero “que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca” (*Lazarillo*, 2006: 12), después que “mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre” (*Lazarillo*, 2006: 12), y finalmente que su padre “tenía el cargo de proveer una molienda de una aceña” (*Lazarillo*, 2006: 13) en la que “fue molinero más de quince años” (*Lazarillo*, 2006: 13) hasta que le

condenan por hurto; el protagonista de la narrativa hará lo propio al dar comienzo a su relato de similar manera, “I was born at Taunton, January 15, 1747, in the house of Richard Godfrey, Esq., my Mother being his Slave, where I lived fourteen Years” [nacé en Tauton el 15 de enero de 1747 en la casa del Ldo. Richard Godfrey, al ser mi madre su esclava, donde viví catorce años]. Tal y como se observa, el destino de ambos personajes viene determinado por la condición de sus progenitores, quedando así su futuro sellado desde la cuna dentro de una sociedad caracterizada por su extremada rigidez. No obstante, dejando de lado la ignominia surgida de la actividad delictiva que tanto Arthur, como muchos otros protagonistas picarescos o sus ancestros perpetran a lo largo de su vida, el carácter marginal de esclavo viene además definido, como vimos en el análisis de Briton, por su condición racial.

En esta línea, Williams entiende que el protagonista de la narrativa es un ser “inferior by class and culture, if not by race or ethnic difference” [inferior por clase y cultura, si no por diferencia racial o étnica] (1993: 196), postulando que, como individuo de color, Arthur no podía ocupar más que los espacios marginales de la sociedad; una idea que reafirma Rossignol cuando estudia los círculos sociales en los que se mueve el personaje (2019). La investigación realizada por Bolster viene también a corroborar esta tesis, pues de sus análisis de la población nativa con la que convive Arthur se desprende que la legislación colonial de la época no consideraba tampoco a los indígenas americanos como ciudadanos de pleno derecho²¹³.

De esta manera, la dificultad del hombre negro por hacerse un hueco dentro del reducido espacio que se le concede dentro de la sociedad colonial tiene reflejo directo en las escasas representaciones literarias de las que participa. De acuerdo con Zafar, no existe más posibilidad para estos primeros autores de color que la de amoldar sus ficticios alter egos a prototipos sociales aceptados por el público blanco (1997: 56). Así, al igual que la caracterización del primer protagonista negro del género de las narrativas de esclavos, Briton, se adapta a la figura del devoto cristiano para garantizar su recepción en el mercado editorial colonial, la representación de Arthur continuará esta tendencia al asimilar su personaje con el criminal. Pese a ello, no existiría cuestionamiento alguno

²¹³ Si bien la situación de las poblaciones originarias de Massachusetts no era tan extrema como aquella de las gentes de color, su exclusión de cualquier posible participación en la nueva sociedad blanca que se había establecido en el Nuevo Mundo se hizo efectiva a finales del siglo diecisiete, pues “subject to white ‘guardianship’ since 1693, they had no political rights” [sometidos a una ‘tutela’ blanca desde 1693, no tenían derechos políticos] (Bolster, 1997: 164).

sobre el carácter marginal del protagonista por parte de los lectores en ninguna de las narrativas.

Esta diferencia racial que relega a Arthur a la condición de *outsider* dentro de la sociedad, le impide además cualquier posibilidad de medro al estilo de la novela picaresca. Si bien el protagonista de la narrativa se sirve del engaño de forma similar al proceder del pícaro, tal y como explica Williams al señalar que entre las estrategias de supervivencia empleadas por el esclavo destaca “his ability to change roles” [su habilidad para cambiar de papeles] (1983: 15), el color de su piel imposibilita cualquier intento de mejora en su estado. El juego de apariencias que establece el personaje del género hispano en sus aventuras permite una movilidad social impensable para cualquier protagonista negro, una situación que se observa en el *Guzmán* cuando el pícaro se acicala para engatusar a unas damas, y de cuyo fallido lance recapacita al respecto diciendo “suelen decir vulgarmente que aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepción. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene; podría entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo” (Alemán, 2009: 341). La única ocasión en la que el esclavo se sirve del disfraz para ocultar su verdadera identidad, Arthur comprende la escasez de elección que se le ofrece, pues como señala Rossignol “pour échapper à ses poursuivants, Arthur se déguise même en squaw à l’initiative de son amie indienne” [para escapar de sus perseguidores, Arthur se disfraza incluso de piel roja por iniciativa de su amiga india] (2019). De esta forma, a pesar de que existe margen de mejora para el protagonista desde su estatus como esclavo, incluso en el caso de que hubiese alcanzado su libertad, nunca podría haber accedido a las posiciones más privilegiadas del escalafón social sirviéndose de esta técnica, pues también el hombre libre negro sufre las limitaciones derivadas de su condición racial. Sin embargo, diferencias aparte, tanto el pícaro como el esclavo negro consiguen garantizar su supervivencia mediante una técnica de la que consiguen hacerse maestros²¹⁴.

No obstante, al margen del deshonor que encarna su origen vil y de las ansias de medro, Chandler otorga al pícaro una evolución psicológica de la inocencia a la maldad y una naturaleza solitaria y habladora. Respecto a la primera característica, la lectura de

²¹⁴ Sobre esta práctica Henry Bibb llegará a decir en su *Narrative of the Life and Adventures of Henry Bibb, An American Slave, Written by Himself* de 1815 que “the only weapon of self defense that I could use successfully was that of deception” [el único arma de autodefensa que podía usar con éxito era la del engaño].

la narrativa arroja un personaje totalmente plano durante sus aventuras. Frente a cualquier esperada evolución, Arthur se define por su maldad desde el comienzo de la obra. Así, nada más abrirse el relato, el protagonista nos dice que “was treated very kindly by my Master; but was so unhappy as often to incur the Displeasure of my Mistress, which caused me then to run away: And this was the beginning of my many notorious Crimes” [mi amo me trataba muy bien; pero yo era tan infeliz que a menudo provocaba el descontento de mi ama, lo que entonces me hizo escaparme: y este fue el comienzo de muchos notorios crímenes de los que he sido culpable]. Esta situación no resulta extraña de considerarse que “reading a typical black criminal confession [...] these accounts never answer satisfactorily the question of why a slave run away or why a black man became a criminal in the first place” [si leemos una típica confesión de criminales negros [...] estos relatos nunca responden satisfactoriamente a la pregunta de por qué huye un esclavo o por qué un hombre negro se hace criminal de primeras] (Andrews, 1988: 43). En este punto, cabría considerar de nuevo el propósito religioso de reforma social de estas narrativas, una intención que explicaría la simplista y parcial configuración del personaje, así como de la visión de sus aventuras. Sin embargo, frente a los motivos que subyacen a esta maniquea descripción de los integrantes del relato, lo que sí está claro, es el malvado natural de estos protagonistas que, al igual que Arthur, “begins as an unfilial child, who throws off the yoke of parental guidance to pursue willfully vicious courses, usually involving sexual promiscuity or precocity” [comienza como un hijo ingrato que se sacude el yugo de la supervisión paterna para darse voluntariamente a los caminos del vicio, que envuelven con frecuencia promiscuidad o precocidad sexual] (Slotkin, 1973: 7).

Por el contrario, Arthur sí que participa de la segunda característica atribuida al pícaro por el crítico americano. La soledad de la que hace gala el protagonista de la narrativa atiende, según el análisis que realiza John Richetti de diversos tipos literarios en su obra *Popular Fiction Before Richardson*, al individualismo. Este individualismo se erige a la vez como su mayor fortaleza y su talón de Aquiles, pues como explica el estudioso “the criminal's cardinal sin is individualism [whose] crucial act is to forget or defy those principles of external limitation” [el pecado capital del criminal es el individualismo [cuyo] decisivo acto consiste en olvidar o desafiar aquellos principios de limitación externos] (1969: 34). Así, si observamos la narrativa, raros son los episodios en los que Arthur actúa acompañado en su particular vida al margen de la ley. Dejando de lado los encuentros sexuales y la huida que protagoniza con la indígena —que hace las

veces de compañera sentimental— “by Advice of my Companion (who like the rest of her Sex, was of a very fruitful Invention) I had recourse to the following Expedient: I dressed in the Habit of a Squaw, and made of my own Cloaths a Pappouse; in this manner we proceeded to Hadley undiscover'd” [por consejo de mi compañera (que como el resto de su sexo tenía un provechoso ingenio) había recurrido al siguiente ardid: me vestí según el hábito de una piel roja, e hice de mis propias ropas un pequeño indio; de esta forma llegamos hasta Hadley sin ser descubiertos], los grupos de compañeros negros de los que se separa para cometer sus delitos, “going to Town with some Negroes, I got intoxicated; on returning home went into an House where were several Women only, to whom I offered Indecencies” [al ir al pueblo con varios negros, me emborraché; al volver a casa me metí en otra donde había varias mujeres solas, a las que propuse indecencias], o la compañía de algún preso con el que se fuga de la cárcel, “I broke out with the late celebrated FRASIER, and a young Lad, who was confined for stealing” [me escapé con el célebre difunto Frasier, un joven que fue encerrado por robar], la existencia de Arthur bien puede considerarse solitaria.

Pese a ello, no hay más rastro de la naturaleza habladora otorgada al héroe español que la propia confesión que constituye el conjunto de la narrativa. No se recoge en la obra diálogo alguno entre Arthur y los demás personajes implicados, de ahí que resulte ciertamente complicado evaluar un rasgo de la personalidad del esclavo del que no se tiene constancia. A pesar de ello, si bien desde una perspectiva compositiva no se ponen en boca del protagonista de la obra los extensos parlamentos y diálogos característicos de las novelas picarescas, ciertos pasajes del relato solo podrían explicarse desde una interacción social aparente “I was advised by some other Negroes, to run away, to avoid being taken up” [varios negros me dijeron que me escapase para evitar que me cogiesen].

Con este panorama presente, aunque Arthur no se amolda perfectamente a los rasgos del pícaro, sí que parecen existir ciertas analogías que acercan su figura a la del protagonista de las novelas españolas. Además, si a estos rasgos comunes existentes entre los héroes de ambas tradiciones literarias se une la particular existencia del esclavo en la narrativa, podemos concluir con Hedin que la obra resultará con bastante seguridad picaresca toda vez que la vida del personaje así lo demuestre (1982: 633).

La trayectoria vital de Arthur dibuja un personaje que, pese a su baja condición social y escasas posibilidades materiales, entrega su existencia a los placeres mundanos. A pesar de romper las normas y convertirse en delincuente por el camino, lo cierto es que

el protagonista se asemeja más a un buscavidas que a un criminal. De acuerdo con Rossignol, “le récit de ses méfaits révèle un jeune homme décidé à jouir de la vie par tous les moyens possibles: alcool, amis, rencontres amoureuses avec des multiples partenaires, fuites perpétuelles —et souvent à cheval au galop— devant les obligations et le travail, évasions de nombreuses prisons...” [el relato de sus fechorías revela a un hombre joven decidido a gozar de la vida por todos los medios posibles: alcohol, amigos, encuentros amorosos con múltiples parejas, huidas continuas —y a menudo al galope— ante las obligaciones y el trabajo, escapes de numerosas prisiones...] (2019), lo que lleva a Slotkin a definir a Arthur como “a blundering rube” [un torpe patán] (1973: 23). Criminal de poca monta o palurdo patológico, la verdad es que resulta imposible negar la variedad de situaciones difíciles en las que Arthur se ve envuelto. En su particular batalla personal por satisfacer sus más bajos instintos, el protagonista se las ingenia con frecuencia para salir bien parado, tal y como se observa en los frecuentes escapes y fugas que suceden a sus actividades delictivas,

“the very Night after I stole from the Widow Sherley, (a Person whom kept a public House in that Place) five Pounds; and the next Night, by getting drunk and loosing some of the Money, I was detected and put under the Custody of two Men, for Trial the next Day; From whom I escaped, and went to Farmington, where being advertised, I was immediately taken up by Mr. John Petterill, who carried me to my old Master Clarke's, in Rutland District, with who, I spent the Summer, frequently stealing and getting drunk” [a la noche siguiente le robé a la viuda Sherley (una persona que tenía un bar en ese lugar) cinco libras; y la siguiente noche, al emborracharme y perder algo del dinero, me descubrieron y pusieron bajo la custodia de dos hombres para procesarme al día siguiente; de quienes escapé, y me fui a Farmington, donde al estar en busca y captura, fui cogido de inmediato por el Sr. John Petterill, quien me llevó a casa de mi antiguo amo Clarke, en Rutland District, con quien pasé el verano, robando y emborrachándome con frecuencia].

Es este carácter desafiante y aventurero del héroe de la narrativa lo que vuelve a acercarle otra vez al tipo picaresco, ya que como Hedin argumenta sobre estos primeros narradores negros sometidos al yugo de la esclavitud, “like the picaro, they were often adventurous [...] most of them hardened themselves and acted as individualistically and asocially as circumstances would allow” [como el pícaro, eran habitualmente aventureros [...] la mayoría se endurecían y actuaban de forma tan individual y asocial como las circunstancias lo permitiesen] (1982: 633).

Una vez considerados los rasgos del pícaro presentes en Arthur, procederemos al análisis de los demás rasgos definitorios de la poética picaresca dentro de la narrativa. El siguiente rasgo señalado por Lázaro Carreter es el uso de la autobiografía en primera persona para configurar el relato. Pese a que la narrativa continúa la tradición literaria colonial de la que es fruto directo, pues como apunta Williams, “these criminal confessions and narratives combined the characteristics from two older traditions: the religious confession and the criminal biography” [estas confesiones y narrativas de criminales combinaban las características de dos tradiciones anteriores: la confesión religiosa y la biografía de criminales] (1983: 8), lo cierto es que también cabe la posibilidad de considerar una influencia —más o menos directa— del género picaresco²¹⁵. A la hora de narrar su vida, Arthur se sirve de la primera persona de modo similar a como sucede en la novela española, y de igual forma a como ocurre en la narrativa de Briton. De esta manera, coinciden en la obra las voces del narrador y del protagonista, y aunque también cabría sumar la voz del autor a la serie, la dificultad en la consideración biográfica del hombre real que se esconde tras el texto plantea más problemas que soluciones para este análisis comparativo. De ser tal el objetivo, sería necesario distinguir claramente hasta dónde llega la labor de Arthur y comienza la del amanuense, un trabajo que por su dificultad está todavía pendiente. Así, si bien como vimos existen novelas picarescas donde se documenta esta triple coincidencia, consideraremos en nuestro estudio tan solo los aspectos formales que conlleva la primera persona en su vertiente literaria sin entrar a valorar un elemento externo como es la figura del autor.

El uso de un narrador homodiegético tiene en la narrativa dos efectos. Por un lado, la identificación narrador-protagonista aporta verosimilitud a la historia. Los hechos narrados se antojan reales para el lector que los recibe como salidos de la boca del propio personaje. A ello contribuye la frase inicial con la que se abre la obra “I was born at Taunton, January 15, 1747, in the house of Richard Godfrey, Esq.” [nacé en Tauton el 15

²¹⁵ Resulta interesante notar la herencia de la tradición literaria religiosa en cualquier caso, ya que si bien Williams sostiene que el empleo de la autobiografía en la narrativa se explica toda vez que “the direct, first person confession became a popular convention of the execution sermon, becoming so popular, in fact, that the printers began to publish them separately” [la confesión directa en primera persona se convirtió en una convención habitual del sermón previo a las ejecuciones, haciéndose tan popular, de hecho, que los impresores empezaron a publicarlas por separadas] (1983: 8), la autobiografía cristiana —a modo agustiniano— también dejó su huella con su característico uso de la primera persona en las novelas picarescas, unas obras de un género como es el hispano que pudieran haberse tenido también de este modo como ejemplo para el autor a la hora de confeccionar el relato (Parra Alonso, 2017: 85).

de enero de 1747 en la casa del Ldo. Richard Godfrey], que según Olney refuerza la idea de discurso real toda vez que, como explica, “the argument of the slave narrative is that the events narrated are factual and truthful and that they all really happened to the narrator” [el debate de la narrativa de esclavos es que los eventos narrados son objetivos y veraces y que todos le ocurrieron realmente al narrador] (1985: 155). No obstante, pese a que durante la mayor parte de la narrativa el discurso del narrador se acopla con la voz del protagonista, existen momentos en los que se resquebraja esta identificación y se deja entrever la contradicción aparente entre las voces de uno y otro agente. Estos lapsus intencionados del narrador, que ya destacamos al tratar la autoría del relato, se manifiestan puntualmente en algunos pasajes entre los que destacan la liviana aceptación de la pena capital por parte de Arthur, el agradecimiento al clérigo que le confiesa por hacerle ver su verdadera condición o la advertencia final en la que el personaje desea “that this Recital of my Crimes, and the ignominious Death to which my notorious Wickedness has bro't me, may prove a Warning to all Persons who shall become acquainted therewith” [que este relato de mis crímenes, y la ignominiosa muerte a la que me ha llevado mi conocida maldad, sirva de advertencia para todas las personas que leyeren esto].

Por otro lado, el empleo de la primera persona autobiográfica deja entreabierta la puerta a la subjetividad. Tanto si la selección de episodios de la vida del protagonista depende del propio Arthur o de su amanuense, lo cierto es que en cualquier atiende caso a un criterio personal que obedece a la intención final de la obra. Si bien es verdad que, frente a la narrativa de Briton, la obra de Arthur se distancia más de la novela picaresca en tanto que cubre la totalidad de la existencia del protagonista, las aventuras que la componen orientan igualmente el relato desde el comienzo de su vida hasta su muerte poniendo únicamente el foco en aquellos momentos ligados a la actividad delictiva del personaje. De estos lances se desprende además que, a pesar de que la intención de la obra —según fue concebida como confesión criminal— es mostrar el arrepentimiento del protagonista, la verdadera naturaleza de Arthur asoma entre tanta insistencia, llevado a Starling a sostener que “far from being submerged by sadness at the thought of his approaching doom, Arthur enjoyed his rake's progress to the end” [lejos de estar abrumado por la tristeza ante la idea de su cercano destino, Arthur disfrutó de su carrera de vividos hasta el final] (1981: 54). De esta forma, aunque existe una injerencia blanca clara en la articulación del discurso, “la confession à la première personne diffuse une

parole autonome noir, si médiée soit-elle” [la confesión en primera persona difunde una palabra autónoma negra, por muy mediada que esté] (Rossignol, 2019).

Estrechamente unido a la primera persona autobiográfica se halla el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter para las novelas picarescas: el punto de vista único y dual. Del relato de narrativa, al igual que sucede en las obras del género hispano y en el texto de Briton, se desprende una doble perspectiva sobre el conjunto de los hechos narrados. De forma idéntica a la manera en que los héroes picarescos cuentan sus aventuras pasadas desde la experiencia del hombre adulto que las recuerda, Arthur volverá sobre su vida anterior para dar cuenta de su presente estado cuando dice “I went first to Sandwich, where I lived two Months in a very dissolute Manner, frequently being guilty of Drunkenness and Fornication; for which crimes I have been since famous, and by which I am now brought to this untimely Death” [primero me fui a Sandwich, adonde viví dos meses de forma muy disoluta, frecuentemente siendo acusado de ebriedad y fornicación; unos crímenes por los cuales he sido famoso desde entonces, y por los cuales me encuentro en esta prematura muerte]. Tal y como se observa en este pasaje, la situación actual desde la que el protagonista narra sus peripecias dependerá en última instancia de la experiencia acumulada que surge de ellas (Parra Alonso, 2017: 85). Cabría señalar en este punto —como hicimos para el análisis de Briton— que el uso de la primera persona y de la perspectiva dual consiguiente no son exclusivos de la novela picaresca. Sin embargo, las características particularidades de su uso en el género hispano se muestran de forma meridiana en la narrativa. Pese a que Arthur no rememora su vida desde la superación de las miserias juveniles como proponen Benito y Manzanos para el relato picaresco (1994: 29), lo cierto es que el héroe de las novelas hispanas no siempre cierra su relato con un broche dorado. Como ocurre en el Guzmán, el protagonista de la narrativa ofrece la relación de su vida afrontando su inminente castigo, un hecho que remite directamente al propósito último de la obra. Así, frente a la cuestionable buena posición que alcanza Lázaro al final de la novela, Arthur se verá inmerso en la peor situación posible desde la que dar a conocer su relato.

No obstante, la secuenciación de los episodios que configuran la historia del esclavo no se deja al azar en la narrativa. Al igual que sucede en las novelas picarescas, la obra de Arthur participa del tercer rasgo propuesto por Lázaro Carreter, a saber, la trabazón de eventos consecutivos entre sí que otorgan sentido de conjunto a al relato. Lejos de la ordenación aleatoria y caprichosa que ofrecía la técnica en sarta, la obra de

Arthur presenta las aventuras narradas siguiendo una lógica precisa. Así, de igual forma que el anónimo escritor del *Lazarillo* seleccionase y posicionase en un orden específico los hechos más significativos para dar una respuesta convincente a los rumores que circulan sobre su persona, y Mateo Alemán hiciese lo mismo con aquellos del Guzmán que ayudasen a configurar la obra como advertencia de los peligros de una mala vida, el autor de la narrativa de Arthur seguirá la estela iniciada por las letras hispanas al hacer lo propio con su material narrativo.

Esta elaboración compositiva presente tanto en las novelas picarescas como en las narrativas de esclavos no es mera coincidencia. El particular andamiaje al que obedecen se construye para sostener el asunto último de la novela, lo que nos lleva a analizar la presencia del siguiente rasgo característico de la poética picaresca apuntado por Lázaro Carreter en la narrativa. El estudioso aragonés señala que el relato de las aventuras de las obras españolas conduce a la explicación final de un motivo. De acuerdo con lo expuesto por Rico para las obras del género hispano, este asunto o motivo no es más que el propósito final o *caso* expuesto en las novelas (1989: 24). Como vimos en el análisis de Briton, este *caso* sirve de excusa para que el protagonista vuelva sobre su vida desde el momento en que escribe con el fin de justificar su condición final. No obstante, aunque la obra del primer autor del género angloafricano recogía este rasgo, existían diferencias significativas respecto a las novelas españolas. No solo las ambigüedades que envolvían a la figura de su protagonista dificultaban la identificación del *caso* de manera inmediata en el relato, sino que además su propósito no se asemejaba tampoco a ninguno de los *casos* expuestos previamente por los textos hispanos. Frente a ello, a pesar de que la narrativa de Arthur atiende igualmente en su elaboración a un propósito bien definido, la claridad con la que se dibuja este motivo ante el lector y las semejanzas con el *caso* recogido en algunas novelas españolas acercan en mayor grado la obra al género hispano. De este modo, se observa que la biografía de Arthur configura la armazón de los episodios conforme a los modelos originales de la tradición española, pues les otorga forma y sentido a semejanza del héroe de Alfarache.

Dentro de las posibilidades que ofrecen las obras picarescas a la hora de exponer el *caso*, el autor de la narrativa de Arthur pasará de puntillas sobre la primera obra del género hispano para seguir a pies juntillas el modelo recogido en el *Guzmán*²¹⁶. El *caso*

²¹⁶ Esta situación no resultaría sorprendente de tenerse en cuenta que, dentro del panorama literario anglosajón inmediatamente anterior a la aparición del género angloafricano, pese a que fue en Inglaterra

del Guzmán, como bien apunta Ernesto Lucero Sánchez en «La función fática en el *Guzmán de Alfarache*», se fundamenta en el arrepentimiento final del protagonista que, lleno de remordimiento, da cuenta de su vida para ejemplo y provecho del lector. En este sentido, no existe margen para la duda, ya que el propio autor del libro así lo explica en la *declaración para el entendimiento del libro* cuando dice “él mismo [Guzmán] escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo” (Alemán, 2009: 113). La obra de Arthur recoge así un *caso* cuasi idéntico al de la novela española, presentado además de una manera igualmente explícita. Una vez se pone fin a la rememoración de las aventuras delictivas del protagonista, el foco de interés recae en la salvación religiosa que le permite a Arthur la confesión religiosa justo antes de su ejecución. Es por ello que, al igual que ocurre con Guzmán, la narrativa se cierra advirtiendo al lector de los peligros de una vida criminal, si bien ahora se pone especial énfasis en la atención de las gentes de color al decir “but in a particular Manner, I would solemnly warn those of my Colour, as they regard their own souls, to avoid Desertion from their Masters, Drunkenness and Lewdness; which three Crimes was the Source form which have flowed the many Evils and Miseries of my short Life” [pero de una manera particular, advierto seriamente a aquellos de mi color, que si aprecian su propia alma, eviten abandonar a sus amos, la embriaguez y la lascivia; tres crímenes que son la fuente de la que han brotado los numerosos males y miserias de mi corta vida].

Resulta interesante resaltar en este punto la opinión de Slotkin sobre esta variación del *caso* en la obra de Arthur. A pesar de que tanto la novela española como la narrativa participan del carácter moralizador de la doctrina cristiana, la peculiaridad de un personaje negro abre la posibilidad a la influencia de otras corrientes, pues como nota el crítico “perhaps the most significant thing about the narratives of black crime is the way in which they functioned as vehicles for a particular social ideology” [quizás la cosa más significativa acerca de las narrativas de criminales negros es la forma en que funcionan como vehículos de una ideología social concreta] (1973: 28). Es por ello que el *caso* adquiere una doble función en la obra de Arthur, pues mientras advierte a los lectores más desfavorecidos de la sociedad, en especial al conjunto de población negra, también previene a la clase dominante “employed as propaganda for the potentially unruly black” [utilizada como propaganda para cualquier potencial rebelde negro] (Slotkin, 1973: 28).

donde surgió la primera traducción del *Lazarillo* en 1568 la pluma de David Rowland, su difusión no tuvo comparación con el gran éxito que alcanzó la traducción de 1622 de James Mabbe del *Guzmán de Alfarache*, reeditado siete veces durante los años siguientes (Parra Alonso, 2017: 92-93).

En esta línea de posibilidades interpretativas del *caso* de la narrativa, Williams resume la doble perspectiva ofrecida por el texto al público colonial, pues entiende de forma lúcida que “the narrative was written, not to announce the crime of rape, but to warn masters and servants to abide by their prescribed roles” [la narrativa fue escrita para advertir a los amos y a los siervos que se atuviesen a sus papeles prescritos] (1993: 200).

En un contexto de tensión social fruto de intereses coloniales enfrentados, que alcanzará su cénit tan solo siete años después de la publicación de la narrativa con la Guerra de Independencia²¹⁷, y teniendo como claros antecedentes los distintos disturbios que se venían produciendo por las clases marginales —en especial por esclavos negros dado su desamparo institucional—, junto con las consecuencias de la reciente Guerra de los Siete Años que había diezmando a la población joven blanca, no resulta extraño que la obra de Arthur se concibiese para mantener el frágil orden social establecido en el Nuevo Mundo. La franca advertencia de la narrativa da buena cuenta de ello. Por un lado, busca apaciguar los ánimos de la población de color ante cualquier intento de subversión social mediante el castigo que sufre Arthur por una vida al margen de las leyes y convenciones coloniales. Por otro, intenta reafirmar el poder de una élite colonial norteamericana que miraba con gran recelo y temor a sus subordinados negros. No obstante, cualquiera que fuese el impacto del mensaje contenido en la obra dentro de cada grupo, lo cierto es que en algo más de una década se abandona la tradicional retórica colonial peyorativa del estado de Massachusetts, que se puede observar en la descripción de la revuelta de Knowles por la asamblea ciudadana de Boston cuando refiere “that the said Riotous Assambly consisted of Foreign Seamen Servant Negroes and other Persons of Mean and Vile Condition” [que la dicha asamblea de alborotadores estaba compuesta por marineros, esclavos negros, extranjeros y otras personas de condición miserable y vil], para poner fin a la esclavitud en este territorio en 1783 (Bolster, 1997: 27).

De este modo, igual que ocurría con Briton, se eleva ahora también la figura de Arthur a una posición desde la que dar ejemplo al lector al más puro estilo picaresco. Así,

²¹⁷ Conflicto armado que tuvo lugar de 1775 a 1783 y que enfrentó a las trece colonias británicas originales en América del Norte contra el Reino de Gran Bretaña para obtener su independencia. Se tiene como inicio del mismo el descontento colonial ante la falta de representación de sus intereses en el gobierno británico, que se representó en el asalto y destrucción de las mercancías de varios barcos por parte de un grupo de colonos organizados en Boston en 1773. El episodio bélico termina con la derrota británica en la batalla de Yorktown y la firma del Tratado de París el 3 de septiembre de 1783, por el que se reconocía la independencia de los Estados Unidos de América. Véase John Ferling (2011). *Independence: The Struggle to Set America Free*. Nueva York: Bloomsbury.

mientras Lázaro se yergue como modelo de resignación cristiana ante las escasas posibilidades que ofrece la sociedad a un marginado a través del relato de su vida, y Guzmán utiliza su trayectoria delictiva a modo de ejemplo ex-contrario tras ser sentenciado a remar en galeras, Arthur se alejará del modelo inaugural del género hispano y se asimilará al tipo criminal establecido por el pícaro de Alfarache. El análisis que realiza Andrews del esclavo da buena cuenta de este parecido, ya que como explica, “facing the gallows, he warns blacks ‘as they regard their own souls, to avoid desertion from their masters, drunkenness, and lewdness’” [encarando el patíbulo, advierte a los negros ‘que si aprecian su propia alma, eviten abandonar a sus amos, la embriaguez y la lascivia’] (1988: 41). Así, de igual manera en que Alemán sitúa a su héroe literario como embajador de los pecados y vicios de la humanidad a modo de atalaya humana, Maccarty elevará a su protagonista a una posición análoga según se recoge en el sermón religioso que acompaña a la narrativa, al ser llamado a “to see and believe the necessity of his dying this death, that so he might to all intents and purposes become the Saviour of sinners” [ver y creer la necesidad de experimentar esta muerte, para que pueda convertirse por todos medios y propósitos en el Salvador de los pecadores] (1768). Como acertadamente indica Slotkin al respecto del personaje de Arthur en la narrativa, no es sino “through identification with the *exemplum*, [that] the congregant or reader might be brought to a sense of his own perilous spiritual circumstances and be moved to confession and repentance” [a través de la identificación con el *exemplum*, [que] se pueda hacer tomar conciencia al congregante o al lector de su propias peligrosas circunstancias espirituales y se abra a la confesión y el arrepentimiento] (1973: 5)

Sin embargo, de manera semejante a como ocurría con el empleo de la autobiografía, resulta más que cuestionable establecer la prédica moral recogida en la narrativa como mero resultado de una influencia picaresca. Pese a ello, no caben dudas respecto a que el trasfondo moralizador de la narrativa resulta del impulso religioso presente en la maraña de tradiciones a las que obedece su génesis, entre las que, entendemos, pudiera estar el género español. No obstante, el poso cristiano de las literaturas coloniales que dejaron su impronta en la obra, entre las que destacan los sermones religiosos y las narrativas de conversión, comparten con la novela picaresca un claro antecedente literario como es la autobiografía cristiana (Parra Alonso, 2017: 85). De cualquier forma, sea una u otro el modelo seguido para establecer el carácter moral de

la narrativa, es innegable que este adoctrinamiento religioso surgido del personaje dota de pleno sentido al propósito recogido en el *caso*.

Consecuencia directa de este asunto o motivo, razón de ser de la narrativa, es el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carrater. En la obra de Arthur, tal y como sucede en la novela picaresca, una vez se da por satisfecho el *caso*, se da por cerrada la narración. Tomando como referente el modelo fijado por Alemán, con el que el texto del esclavo parece guardar tan estrecha relación, observamos que Guzmán pone fin a su relato tras explicar su estado actual y entregarse al lector como ejemplo. Así, no resulta sorprendente que el protagonista de la narrativa, tras prevenir con las consecuencias finales de una vida abocada al patíbulo “just going to launch into a neverending Eternity; not by a natural Death, but to the Dissolution of Soul and Body” [a punto de pasar a una eternidad interminable; no por una muerte natural, sino que a la corrupción del alma y del cuerpo], haga lo mismo con su relato.

No obstante, es el destinatario de la advertencia contenida en la obra de Arthur el que nos pone sobre aviso del siguiente rasgo característico de la poética picaresca. Los textos hispanos remiten su *caso* a un destinatario, ya tome esta forma concreta dentro del relato al modo de Vuestra Merced en el *Lazarillo*, o se configure como un ente extratextual como es el “lector” en el caso del *Guzmán*. Michel Cavillac explica de forma clara en «El diálogo del narrador con el narratorio en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán» las diferencias entre ambos modelos picarescos cuando sostiene que “mientras que el amigo del arcipreste de San Salvador asume un papel mudo y distanciado en su calidad de mero solicitante de la carta de Lázaro, el receptor interno adquiere en el *Guzmán* una función tanto más conflictiva cuanto que no solicitó para nada el discurso en cuestión” (2001b: 318). Pese a ello, es evidente que su participación en la historia resulta incuestionable, toda vez que el relato de su vida obedece, en palabras del propio héroe, al propio “deseo que tenía, curioso lector, de contarte mi vida” (Alemán, 2009: 125). Distinciones aparte, de esta situación se desprende en última instancia la forma epistolar característica de los relatos picarescos que, de nuevo, se recoge en la narrativa. Siguiendo una vez más el modelo propuesto por Alemán en su obra, el esclavo negro tratará con un receptor colectivo constituido por “all Persons who shall become acquainted therewith” [todas las personas que leyeren esto] al que se hará referencia al final del texto y que, como en la novela picaresca, no es otro que el lector (Sobejano, 1959).

A pesar de ello, existen notables diferencias entre el destinatario del Guzmán y de la obra de Arthur. Mientras que en el texto hispano el *lector* al que se refiere el relato es unívoco y sistemático, el receptor del mensaje de la narrativa aparece fragmentado. Esta ruptura permite en la obra identificar los diversos grupos que integran este destinatario colectivo, pues tal y como se observa en la narrativa, el esclavo apela de forma directa desde a “every Christian, to whom my unhappy Situation is known” [todo cristiano, a quien mi situación le sea conocida], pasando por “those of my Colour” [aquellos de mi color], hasta “all whom I have injured” [a quienes hubiese herido]. Así, aunque no es posible negar un posible influjo picaresco en la obra de Arthur, sí que parece acertado destacar que tal referencia específica a los componentes de este lector ficticio es característica de la literatura de criminales de la que la narrativa forma parte. De este modo, se aprecia esta distinción en multitud de las confesiones recogidas por Cotton Mather, una de las cuales, la de James Morgan, ejecutado en la ciudad de Boston en 1686 por asesinato, se dirige al lector de la siguiente manera “I do therefore beseech and warn all persons, young men especially, to take heed of these Sins” [por lo tanto suplico y advierto a todas las personas, especialmente a los hombres jóvenes, que tomen nota de estos pecados] (1699: 72).

No obstante, la similitud con el género de criminales no termina aquí, pues de forma contraria a lo que sucede en las novelas picarescas, no existe tampoco en la narrativa una llamada de atención que busque la distinción entre el provecho y el deleite por parte del lector en el relato de sus aventuras al modo del *Lazarillo* (Anónimo, 2006: 3-4) o del *Guzmán* (Alemán, 2009: 111). De esta forma, si bien es posible que la audiencia pudiera experimentar cierto entretenimiento con la lectura de la obra, pues como Rossignol apunta “la biographie d’Arthur suscite surtout le rire” [la biografía de Arthur suscita sobretudo la risa] (2019), el propósito moral con el que fue concebida la narrativa no entendió como necesaria una aclaración al respecto.

Resumen o no entretenimiento, lo que sí desprenden las aventuras de la narrativa es una marcada factura realista en su concepción. La presencia de este rasgo también fue señalada por Lázaro Carreter para las novelas picarescas. Como vimos en el análisis de la obra de Briton, el realismo del que hacen gala los relatos picarescos acerca a los héroes hispanos al común de los lectores de la época en su representación de la vida cotidiana. Este acercamiento se realiza a través de la particular mirada del protagonista, la cual nos presenta el mundo de marginalidad del que participa el personaje desde la verosimilitud

que ofrece su perspectiva, tal y como aparece descrito en las obras picarescas. De esta forma, se busca la complicidad de la audiencia en el crecimiento personal que experimenta el héroe literario, pues no es sino desde que el pícaro empieza a abrir los ojos al mundo, que el lector comienza a ver la realidad de las cosas (Parra Alonso, 2017: 13).

Este despertar al mundo, tan bien ejemplificado en el *Lazarillo* con el golpe que recibe el personaje contra el toro de piedra en el puente al salir de Salamanca, saca de su inocencia al pícaro al hacerle tomar conciencia de su desfavorecida condición pues, de acuerdo con sus propias palabras, “pareciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí: ‘verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer’” (*Lazarillo*, 2006: 23). A partir de ese momento, Lázaro permanece ojo avizor ante lo que le rodea, intentado sacar provecho o, al menos, no ser perjudicado por las circunstancias en las que se ve envuelto en cada una de sus aventuras. No obstante, según lo explicado con anterioridad, no existe en la narrativa de Arthur un momento similar al despertar de Lázaro. El natural del esclavo se caracteriza desde el comienzo por su mezquino carácter, de ahí que en el relato nos diga, tras escaparse de la cárcel donde le habían encerrado por robar una chaqueta, “Being now hardened in my Wickedness, I the next Night broke another Store in the same Place” [habiéndome vuelto aún más malo, la siguiente noche atraqué otra tienda en el mismo lugar]. Esta disposición al crimen, similar a todas luces a la del *Guzmán*, arrastrará al protagonista a unos mundos de marginalidad caracterizados en ambas obras por su realismo.

Así, al igual que el de Alfarache nos presenta con su particular fina ironía y verborrea la verdadera realidad de los pajes, “en esto se pasa de primero de enero hasta fin de diciembre de cada un año. Preguntando al cabo dello, ‘¿Qué tenéis horro, qué se ha ganado?’, la respuesta está en la mano: ‘Señor, sirvo a mercedes, he comido y bebido, en invierno frío, en verano caliente, poco, malo y tarde. Traigo este vestido que me dieron’” (Alemán, 2009: 436), Arthur trazará una imagen de la mujer indígena que, desde su palpitante crudeza, vendrá a romper el mito literario configurado en torno a los nativos. De este modo, de las constantes alusiones a los encubrimientos y empleos de las mujeres de las tribus norteamericanas que aparecen en la obra, que sirven de ayuda al personaje tras sus fechorías, “I then went to Southsea, an Indian Village in Sandwich, where I tarried for six Weeks, spending my Time in drinking and whoring with the Squaws” [luego me fui a Southsea, un pueblo indio de Sandwich, donde me quedé seis semanas, empleando

el tiempo en beber y fornicar con las pieles rojas], Slotkin resalta dicho realismo al señalar que “Arthur’s career of crime and companionship with Indians has a certain common-dayness about it: the Indians are squalid rather than savage” [la carrera de crimen y compañía de Arthur con las indias tienen cierta cotidianidad común en sí: las indias son sórdidas más que salvajes] (Slotkin, 1973: 22).

Pese a ello, el corte realista de la narrativa, que parece apuntar a cierto influjo picaresco, también era característico de la literatura criminal de la época. El énfasis en la mera descripción de la actividad delictiva de Arthur, así como la liviandad con que se tratan y enumeran los pasajes que dan cuenta de ella, remiten de nuevo a las confesiones criminales tan en boga durante el periodo colonial. Una rápida comparativa entre *The Life and Dying Confession of Richard Barrick, High-Way Robber* [La vida y confesión final de Richard Barrick, asaltador de caminos], recogida en la obra *The American Bloody Register, Containing the History of the Lives, Last Words and Dying Confessions of Three Most Noted Criminals* [El sangriento registro americano, que contiene las historias de las vidas, últimas palabras y confesiones finales de tres de los más famosos criminales] de 1783, y la narrativa, demuestra la semejanza entre ambos textos en este punto. Así, mientras en la obra de Arthur se nos relatan las aventuras del esclavo de la siguiente manera,

“At Waltham we broke into a House belonging to one Mr. Fisk, from whom we took a small Sum of Money, some Chocolate and Rum. At Watertown we stole a Brass Kettle from one Mrs. White of that Place. My Companions now left me; upon which I went to Mr. Fisk's in Waltham, who knew me: And having heard of my Escape from Worcester Goal, immediately secured me, and with the Assistance of another Man, brought me back again, where on the 17th of September following, I was tryed and found guilty” [En Waltham entramos en una casa que pertenecía a un tal Sr. Fisk, a quien le quitamos una pequeña suma de dinero, algo de chocolate y ron. En Watertown robamos una tetera de latón de una tal Sra. White de aquel lugar. Me dejaron entonces mis compañeros; con lo que fui a donde el Sr. Fisk en Waltham, que me conocía. Y al haber oído de mi huida de la cárcel de Worcester, de inmediato me sujetó, y con la ayuda de otro hombre, me llevó otra vez de vuelta, donde el 17 del septiembre siguiente, fui procesado y declarado culpable],

la confesión de Richard Barrick reza,

“I went to Salt-petre Bank and joined a gang of thieves. We stole from many people for the space of a year; when I was taken up for stealing a handkerchief, and carried before the

Lord Mayor of London, who sent me to goal. [...] I Joined my old gang again, and continued picking pockets for one year, and then was taken up and committed to goal, and lay there eleven weeks for trial; then tried and found guilty” [fui a Salt-petre Bank y me uní a una banda de ladrones. Robamos a mucha gente por espacio de un año; cuando me cogieron por robar un pañuelo, y me llevaron ante el alcalde de Londres, quien me envió a la cárcel. [...] Me uní a mi vieja banda de nuevo, y proseguimos hurtando durante un año, y entonces me cogieron y me metieron en la cárcel, y allí estuve once semanas a la espera de juicio; luego fui procesado y declarado culpable].

Así las cosas, si bien no es posible negar las semejanzas con el realismo de las novelas españolas, lo cierto es que sus características parecen ser más cercanas a los géneros coloniales del momento, entre los que destacan, por citar algunos, las autobiografías de criminales, las conversiones religiosas o la literatura de frontera (Slotkin, 1973: 22). En cualquier caso, toda esta influencia genérica ayuda a comprender la factura realista de la obra. De esta manera, cobran sentido las palabras de Williams respecto al realismo del relato de Arthur como variante de los sermones religiosos junto a los que nace, y de los que pronto acabará separándose, cuando señala que “in order to take greater advantages of the condemned, ministers often narrated their crimes as crude stories, creating a rough sort of realism” [con el fin de sacar más beneficios del condenado, los clérigos a menudo narraban sus crímenes como crudas historias, creando un tipo de realismo duro] (1983: 8).

No obstante, todo este realismo de la obra recorre de principio a fin la multitud de aventuras —delictivas en el caso de Arthur— presentadas en el relato que, tras un primer vistazo, desprenden ciertamente un aroma picaresco. De esta forma, con el fin de aislar esta particular fragancia, se antoja necesario un análisis más detallado de las particulares características de estas aventuras. Por un lado, la variedad de situaciones plasmadas en la narrativa es rasgo característico de las novelas del género hispano. Si en las obras picarescas las fechorías de los personajes se adaptan a la miríada de lugares, amos y situaciones en torno a los que se articula su vida, las correrías de Arthur sufrirán la misma suerte en la narrativa. Las casas, ventas, posadas, caminos y ciudades donde se mueve el pícaro se convertirán ahora en las plantaciones, tabernas, ciudades y poblados en el relato del esclavo. Por otro lado, los delitos cometidos por Arthur son en su mayoría de escasa importancia, pues al margen de los diversos hurtos que comete durante su vida y que abarcan desde objetos de primera necesidad como alimentos, bebida y ropa, hasta dinero

y animales, tan solo despunta la violación de Deborah Metcalfe, un crimen por el que se le sentencia a la pena máxima²¹⁸.

De esta forma, las pequeñas sangrías a los comerciantes de la zona son bastante similares a las que hacen los pícaros a las bolsas de aquellos con los que se cruzan. De igual modo que el héroe español roba para sobrevivir, tanto a sus amos como al conjunto de personas que tienen la mala suerte de conocerlo, el protagonista de la narrativa participa con exactitud, como vemos, de este mismo proceder. Lázaro nos ilustra con varios ejemplos cómo se las ingeniaba para robar a sus amos, tal y como se observa en el texto al hablar de uno de sus engaños al ciego, “después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza” (*Lazarillo*, 2006: 28). Guzmán, a su vez, nos cuenta la manera en que procedía cuando nos cuenta el robo a un cocinero al que sirve de un vaso de plata, “luego como acabé la tarea, fuime a la posada. Hallela desaliñada, de par en par abierta y el vasillo por estripiezo, casi pidiéndome que siquiera por cortesía lo alzase: bajeme por él, miré a todas partes si alguno me pudiera haber visto y, como no sintiese persona, volvime a salir pasico” (Aleman, 2009: 305). Y Arthur, sin tantos ambages, comete la misma deslealtad contra su amo, pues de forma similar nos dice “my Master being now wearied by my repeated Crimes, was determined to part with me: And accordingly we set off for Boston, at which Time I took two Dollars from my Master's desk” [cuando mi amo se hubo cansado de mis repetidos crímenes, decidió dejarme: y consiguientemente salimos para Boston, tiempo en que cogí dos dólares de la caja de mi amo].

Ligada a esta variedad de situaciones presente en la obra de Arthur y tan característica de las novelas picarescas, surge otro de los rasgos propuestos por Lázaro Carreter para la poética del género hispano. La necesidad de supervivencia durante sus aventuras lleva al pícaro a servir a diferentes amos durante su vida, tal y como se aprecia en el *Lazarillo* o —en menor medida— en el *Guzmán*. Como vimos, Lázaro va de mano

²¹⁸ A pesar de la gravedad del crimen para un lector moderno, lo cierto es que el delito de violación no estaba tipificado en el sistema legal de Nueva Inglaterra. La pena para los casos de actividad sexual no consentida se dejaba a la mera discreción de los jueces y, como nota Williams, rara vez se castigaba a los violadores en una sociedad dirigida por hombres. Así, “when it was prosecuted, rape convictions were limited to those of marginal status who attacked women classified as valuable property” [cuando se perseguía, las condenas por violación se limitaban a aquellos de estatus marginal que atacaban a mujeres catalogadas como propiedad valiosa] (1993: 195).

en mano desde que, siendo todavía un niño, es entregado a su primer amo, el ciego, a quien le siguen un clérigo, un escudero, un fraile, un buldero y un capellán, hasta que finalmente entra al servicio del arcipreste de San Salvador. Guzmán, por su parte, pese a que no siempre opta por someterse a la voluntad de un amo, en ciertos momentos de necesidad decide servir de pinche de cocina y ayuda de un capitán, se pondrá a las órdenes de un cardenal y de un embajador, desprendiéndose de su yugo al final de la obra cuando termina buscándose la vida por su cuenta. En cualquier caso, la lista de amos que se configura en cada obra es similar en la narrativa de Arthur, no por su variedad en los oficios, sino por el número de integrantes que la componen. En la obra, el protagonista ve la luz en casa de Ldo. Richard Godfrey, dueño de su madre, el cual será su primer amo por los derechos que obtiene sobre su persona. Siendo su esclavo, se enrola en un ballenero bajo el Cap. Coffin de Nantucket, a quien deja tras ocho meses para volver con su amo. Tras varios años alternando la actividad delictiva y marina, su dueño decide deshacerse del problema por consejo de sus amigos y se lo vende al Sr. John Hill, de Brookfield, con quien vive tan solo una semana antes de ser nuevamente vendido al Cap. Clarke, de Rutland District. Finalmente, será comprado, a la vez que una manada de caballos de su amo, por un caballero holandés, del que no se vuelve a hablar en la obra. De esta manera, será bajo su anterior amo, el Cap. Clarke, que Arthur ponga fin a sus días en la tierra, pues tras volcarse de nuevo en su faceta de criminal, es finalmente arrestado, sentenciado y ajusticiado por la autoridad del lugar con tan solo veintiún años.

Como se aprecia, pese a que la narrativa recoge el servicio a varios amos, toda esta situación difiere de la novela picaresca en forma y fondo. Por un lado, los pícaros cometen fundamentalmente sus delitos amparados o contra los amos a los que sirven. Su actividad delictiva está estrechamente ligada a los distintos oficios en los que estos se emplean. Lázaro participa del engaño de los milagros porque su amo era un buldero, y Guzmán roba un vaso de plata porque su amo resulta ser un cocinero. Por el contrario, Arthur se aleja de sus dueños para dar rienda suelta a sus fechorías. En ningún punto se enlazan sus peripecias con el servicio que presta a sus amos, de tal forma que no conocemos en la narrativa el oficio de ninguno de los hombres a los que sirve el esclavo, con la excepción de capitán del ballenero en el que se enrola por primera vez. El único delito que sufren sus amos, y que no guarda relación alguna con la actividad que desempeñan, es el robo de productos, concretados en la narrativa como dos dólares y algo de ron. Ante esta situación, Starling concluye al respecto que durante la obra “Arthur

changed owners frequently, without giving perceptible service to any” [Arthur cambia de dueños con frecuencia, sin prestar servicio aparente a ninguno] (1981: 54).

Por otro lado, la particular subyugación que conlleva la situación de esclavitud en la que se encuentra Arthur limita las posibilidades de desarrollo de este rasgo según se observa en la novela picaresca. Frente a la ambigüedad con la que se trata la condición de Briton, el estatus de esclavo del protagonista impone una serie de restricciones que revisten gran calado. La libertad de elección con la que cuentan los pícaros a la hora de seleccionar a sus amos no tiene reflejo en la narrativa, pues el cambio únicamente obedece aquí a la caprichosa voluntad del dueño al que pertenece el protagonista en cada momento. La posición marginal del héroe español se agrava así con la negación de humanidad del esclavo, que se reduce ahora a formar parte de los bienes que integran la propiedad de sus amos. Privado de los derechos fundamentales, Arthur no puede dejar el servicio como hacen los personajes hispanos, ni tampoco tiene opinión en las transacciones comerciales de las que es fruto su persona. De esta manera, la libertad de la que gozan los pícaros, que posibilita a todas luces un ansia de mejora de su estado o *medro*, según se conoce en el género hispano, no tiene cabida en la narrativa.

Arthur es totalmente consciente de que no existe para él opción de cambio en lo que a su condición se refiere, de ahí que su personaje no presente ansia alguna de mejora. Mientras que Lázaro huye de los amos que le dificultan y distraen de este objetivo, y Guzmán deshecha los diferentes servicios cuando no queda margen posible de beneficio —siempre tras dejar la particular estampa delictiva de su intelecto—, Arthur no tiene más opción que entregarse a la vida criminal a sabiendas de que es la única posibilidad a su alcance de conseguir ciertos privilegios que se le niegan por su condición. Es así que el protagonista de la narrativa se lanza de lleno a la carrera delictiva vigilado muy de cerca, eso sí, por unos amos que pronto se cansan de responder por sus diabluras.

Sin embargo, mientras el pícaro debe enfrentarse solo al mundo que le rodea para sobrevivir, la posición del esclavo fluctúa entre una situación aún más extrema, que requiere de un mayor esfuerzo del protagonista para salir adelante, y una posición privilegiada en la que el dueño hace las veces de padre del esclavo²¹⁹. Es desde esta

²¹⁹ Un rápido vistazo a las narrativas de esclavos nos muestra cómo las primeras obras del género publicadas a finales del siglo dieciocho participan fundamentalmente de la vertiente paternalista de la esclavitud, tal y como se observa en la obra de Briton (1760)—durante el periodo que está junto a su amo—, de James Albert Ukasaw Gronniosaw (1770), o en la propia narrativa de Arthur (1768). No obstante, ya para principios del siglo diecinueve se empieza a observar el cambio hacia la faceta más extrema, según se

aventajada situación que se entiende la conducta de Arthur, pues si bien el protagonista no debe ingeniárselas para garantizar su supervivencia, sí que se expone a la reprimenda y castigo tanto de la justicia como de su amo. Esta relación paternalista se fija nada más comenzar la narrativa, pues Arthur es dotado de lo necesario y educado en la casa de su primer amo, donde nos dice “was learned to read and write, and was treated very kindly by my Master” [aprendí a leer y escribir, y mi amo me trataba muy bien]. Sin embargo, Arthur pronto desprecia todo este paternalismo y se convierte en un criminal, poniendo en sobre aviso a la sociedad de que “it is the former ‘good niggers’ who have been well treated whose actions are the most horrifying, since they most embody the essentially ‘unfilial’ quality of all antisocial activity” [son los anteriormente ‘buenos negros’ que han sido tratados bien cuyas acciones son las más horribles, ya que encarnan el defecto del hijo desleal característico de toda actividad antisocial] (Slotkin, 1973: 25).

De esta forma, en estas primeras obras del género angloafricano, como señala Andrews, “virtually all these slaves characterize their relationships with their masters as lenient and often morally instructive” [prácticamente todos estos esclavos caracterizan la relación con sus amos como indulgente y a menudo moralmente instructiva] (1988: 41), arrojando toda la culpa sobre los hombros de los esclavos. Así, en los relatos se les tacha de ingratos y desleales siempre que actúan guiados por sus intereses propios. La narrativa de Arthur es ejemplo claro de ello, si bien dentro de esta tradición abre —sin quererlo— un espacio de crítica contra la esclavitud reservado al protagonista.

Como vimos, el propósito final de la obra venía a reforzar el orden social colonial mediante la advertencia fijada con el ejemplo del ‘mal’ negro. De este motivo se desprendía entonces una crítica directa dirigida contra aquellos esclavos que se apartaban tanto de la rectitud moral como de sus obligaciones filiales y religiosas. No obstante, en los últimos años el trabajo de académicos como Rossignol viene a postular que la crítica en la narrativa actúa en un doble sentido (2019). Es verdad que no existe en el texto una crítica insinuada o abierta al modo picaresco, como vimos que ocurría en el caso de la narrativa de Briton, pero sí que parece existir un resquicio por el que cabe observarse cierto criticismo por parte del esclavo. Esta crítica velada, bien por el propio Arthur o

recoge en la obra de John Jea (1811) o en la narrativa de Ottobah Cugoano (1825). Las obras posteriores publicadas a partir del primer cuarto del siglo diecinueve explotarán esta última opción llevándola al culmen de su realismo y crudeza, una situación que se puede ver en las obras más famosas del género como Mary Prince (1831), Frederick Douglass (1845) o William Wells Brown (1847).

bien por su amanuense-editor, se recogería nada más comenzar el relato y vendría a derribar tanto el propósito como la consideración tradicional de la obra.

A pesar de que los estudiosos han dado en señalar la falta de actitud crítica contra la institución esclavista en las primeras narrativas de esclavos²²⁰, el silencio de Arthur sobre los motivos por los que abandona la casa de sus primeros amos y se da a la vida criminal pudiera estar lleno de sentido. Una de las posibles interpretaciones pone el foco en lo escueto del pasaje, donde únicamente leemos “was so unhappy as often to incur the Displeasure of my Mistress, which caused me then to run away” [era tan infeliz que a menudo provocaba el descontento de mi ama, lo que entonces hizo que me escapase]. De él no se desprenden las razones concretas del descontento de su ama, pues Arthur guarda silencio al respecto, pero sí que se explicitan abiertamente sus consecuencias. Así, en caso de que quedase alguna duda al respecto, el mismo Arthur se encarga de aclarar “and this was the beginning of my many notorious Crimes, of which I have been guilty” [y este fue el comienzo de muchos notorios crímenes de los que he sido culpable]. Esta situación sirve a Rossignol para sostener su hipótesis de crítica encubierta, ya que como lúcidamente descubre es “Arthur lui-même, quoique remarquablement peu critique envers ses maîtres, [qui] attribue sa fuite initiale et ses crimes ultérieurs au ‘courroux’ de sa maîtresse” [el propio Arthur, aunque notablemente poco crítico hacia sus amos, el que atribuye su caída inicial y sus posteriores crímenes a la ‘corrupción’ de su ama] (2019).

De este modo, la presencia del siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter se encontraría en la narrativa de forma menos aparente, si bien aun así evidente. En esta dirección, la labor de crítica recogida en la obra se fundamentaría ahora en la sugerencia y dejaría su interpretación final al despierto juicio del lector. No obstante, mientras que resulta lógico reconsiderar este elemento constitutivo de la poética picaresca para la narrativa, una primera comparativa entre la obra de Arthur y las novelas del género español parece disipar cualquier similitud que pudiera existir en el tono.

²²⁰ Starling señala, por ejemplo, que no es hasta la década de los treinta del siglo diecinueve que las obras del género atacan de forma sistemática y evidente a la institución esclavista y a la legislación en la que se sostenía. En este cambio interviene claramente la labor de las sociedades contra la esclavitud y la prensa de la época donde estos grupos exponían sus ideas, algo que se observa en la gran cantidad de periódicos abolicionistas que aparecen para 1836, en los que se recogen las narrativas como testimonios veraces útiles en la causa, y entre los que destacan *The American Anti-Slavery Almanac*, *The Chronotype* y *The Liberator* en Boston; *The American Anti-Slavery Record*, *The Anti-Slavery Examiner*, *The Anti-Slavery Record*, *The Emancipator*, *Human Rights*, *The Quarterly Anti-Slavery Magazine* y *The Slave’s Friend* en Nueva York; *The National Enquirer* en Filadelfia; y *The Observer* en St. Louis (Starling, 1988: 106).

La obra de Arthur no participa del particular realismo fruto de la perspectiva dual del protagonista que permite en las novelas picarescas un contrapunto cómico e irónico a la hora de exponer su ácida y corrosiva crítica social. La rememoración de las aventuras por parte del protagonista adulto pone de manifiesto en los textos hispanos la ingenuidad del personaje en el momento en que las vivió, provocando con ello la risa del lector. Lázaro, por ejemplo, nos habla con candidez del momento en que su hermano tomó conciencia de la negritud de su padre en un pasaje de gran comicidad para el pícaro niño, al que sigue una reflexión de su ser adulto de extrema profundidad,

“y acuérdome que, estando el negro de mi padre trebejando con el mozuelo, como el niño via a mi madre y a mí blancos, y a él no, huía dél, con miedo, para mi madre, y señalando con el dedo decía: —¡Madre, coco! Respondió él riendo: —¡Hideputa! Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: ‘¡Cuantos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mesmos!’” (*Lazarillo*, 2006: 17-18).

Guzmán, de manera idéntica, tras espabilarse en el oficio picaresco, nos cuenta con gracia

“otras veces por probarme, hicieron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella. Querían ver si era levantisco, de los que quitan y no ponen; mas, como se las entendía y les entrevaba la flor, decía: ‘no a mí que las vendo, a otro perro con ese hueso, salto en vago habéis dado, no os alegraréis con mis desdichas ni haréis almoneda de mis infamias’” (*Alemán*, 2009: 310).

Tal era la conciencia sobre el entretenimiento que se desprendía estos pasajes que ya el anónimo autor inaugurador del género español hace hincapié en el tono divertido del conjunto de la obra desde el prólogo a sus aventuras cuando señalaba “yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite” (*Lazarillo*, 2006: 3-4); y son tantos los episodios que llevan a diversión en las obras picarescas posteriores, que los propios autores se vieron en la necesidad de advertir al lector al comienzo de sus novelas, tal y como hace Alemán cuando dice “haz como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo” (*Alemán*, 2009: 111).

Sin embargo, la narrativa de Arthur no parece suelo abonado para esta semilla. Pese a ello, el estudio de Rossignol intenta recoger el fruto de este influjo cómico e irónico picaresco en la obra del esclavo. Para ello, la estudiosa señala ciertos episodios que, a su

juicio, suscitan la risa del lector, como son los momentos en que se ponen de manifiesto los inútiles esfuerzos por controlar al protagonista llevados a cabo por parte de sus amos y de la justicia colonial, o “le passage où il est poursuivi par un mari trompé furieux qu’il a précédemment assommé” [el pasaje donde es perseguido por un marido burlado furioso al que ha molido a palos previamente] (Rossignol, 2019). Ante este panorama, no podemos negar con rotundidad la posibilidad de que ciertos lectores se divirtiesen leyendo las hazañas del personaje recogidas en la obra. Pese a ello, se nos antoja difícil corroborar que estos episodios provocasen su carcajada de contrastarse esta superficial comicidad con la seriedad del conjunto del relato (Benito Manzanas, 1994: 30). Con esta situación, las diferencias se agrandan aún más entre las novelas españolas y la narrativa cuando vemos que tampoco se aprecia en la factura de la obra la fina ironía que surge de la pluma del escritor picaresco a la hora de elaborar y dar forma a su particular crítica. La advertencia picaresca precedente a la lectura queda entonces descartada, pues no existe en la narrativa ninguna distracción que pudiera confundir a la audiencia del verdadero sentido del texto. Sea como fuere, lo cierto es que resulta bastante complejo poder establecer cualquier relación en este punto entre ambas tradiciones, pues toda comicidad o ironía que se intente ver en la obra no parece recoger el testigo de la novela picaresca.

Ironía y comicidad al margen, lo que es innegable es que todo el relato de Arthur se articula en torno a la actividad criminal del protagonista. Mientras que el héroe de las obras españolas se ve abocado a una lucha continua por su supervivencia, lid en la que se enmarcan sus picarescas acciones, el esclavo parece romper la ley por simple capricho. Como propiedad ajena, Arthur no debe preocuparse por cubrir sus necesidades fundamentales, pues estas le están garantizadas. De esta forma, la actitud delictiva que mantiene el protagonista de la narrativa durante toda su vida obedece a un motivo distinto.

A pesar de que los esfuerzos iniciales van encaminados a su sustento material, sabemos que la batalla del pícaro trasciende en última instancia este ansia mundana. Una vez los personajes alcanzan el necesario mantenimiento, orientan sus fuerzas a la búsqueda de la restitución de una *honra* que por su condición marginal se les ha negado. La consecución de este objetivo supone para estos seres su reconocimiento como individuos de pleno derecho dentro de la sociedad de la época, de ahí que Lázaro se vea en la obligación de defenderla ante las habladurías que la cuestionan. No obstante, las grandes caídas dentro de las obras hispanas atienden en su mayoría a esta razón. Guzmán y Pablos son claro ejemplo de ello, pues acaban malparados al final de sus vidas toda vez

que sus —más que cuestionables— esfuerzos no consiguen situarlos en una posición social privilegiada que les arranque de la marginalidad.

Según era de esperar, esta situación no tiene su correlato exacto en la narrativa. El combate de Arthur no persigue ni la subsistencia ni la consecución de la *honra* como sucedía en el caso del pícaro. Sin embargo, la actitud de rebeldía del personaje parece desafiar de igual modo las convenciones sociales. El desafío que mantiene el esclavo con las instituciones coloniales reivindica así su humanidad, pues denigrado a la condición de mero objeto por las leyes coloniales, se sirve del delito como muestra de su libertad. Dentro de esta forma delictiva de reafirmación de su humanidad, los partidarios de la esclavitud quisieron ver una incapacidad del hombre negro para controlar sus instintos animales y convivir con el resto de ciudadanos blancos en sociedad, ya que como afirma Williams, “because of his weak, inferior nature, because of the base propensities inherent in his blackness, he was more receptive to vice than he was to virtue” [debido a su debilidad, naturaleza inferior, debido a las bajas propensiones inherentes a su negritud, era más proclive al vicio que a la virtud] (1993: 198). La represión se convirtió entonces en la forma de castigo del esclavo y su expulsión de los ámbitos sociales coloniales tomó forma. Por ello, sería interesante la reconsideración de la obra de Arthur dentro de la lucha en defensa de la condición humana del esclavo, un combate que hasta ahora solo se ha contemplado para aquellas narrativas angloafricanas auspiciadas por los organismos involucrados en la abolición de la esclavitud. Así, como argumentábamos para el caso de Briton, bien sea honra o humanidad, lo cierto es que el protagonista de la narrativa luchará al igual que el pícaro por ser reconocido como persona —en el estricto sentido de la palabra— dentro la sociedad que los margina.

Finalmente, faltaría analizar la presencia del último rasgo propuesto por Lázaro Carreter para la picaresca en la narrativa. De acuerdo con sus postulados, el carácter errático que parece ordenar la vida del pícaro atiende las constantes variaciones fortuna y adversidad. Estas caprichosas alternancias del destino, que son el órgano rector de las vivencias de los personajes españoles, no se intuyen a primera vista dentro de la obra del esclavo. Si bien Arthur se ve expuesto a multitud de peligros, no se aprecian los característicos vaivenes de las novelas españolas en su estado: ni puede medrar, ni puede caer más bajo. Su particular condición de esclavo le impide gozar de una vida en libertad regida únicamente por los envites del destino. Mientras que Lázaro, Guzmán, Pablos o cualquier otro personaje picaresco sufre en sus carnes por igual la recompensa y el

aumento, junto a la pena y el descenso, el protagonista de la narrativa tan solo contempla la posibilidad del castigo. De esta manera, tras una azarosa vida, Lázaro cierra su relato señalando que “en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna” (Lazarillo, 2006: 135), pues desde la posición final de pregonero de Toledo lejos quedan ya sus continuos esfuerzos por salir de la pobreza y de la marginalidad.

No obstante, el desenlace de las novelas picarescas no siempre encumbra al protagonista. Guzmán, por ejemplo, después de innumerables altibajos, pone fin a su historia señalando que “aquí di punto y fin a estas desgracias” (Alemán, 2007: 522). Sin embargo, lo extraordinario del pasaje resulta de la responsabilidad individual que se le otorga al pícaro en su estado presente, ya que su presencia en galeras obedece, como él mismo reconoce, no solo a la voluntad de Fortuna, sino a las desafortunadas acciones de “su mala vida” (Alemán, 2007: 522).

De esta forma, pese a que el héroe de la narrativa padece las consecuencias tanto de una mala suerte, según se aprecia después de que Arthur robe una chaqueta, “the next Day I got drunk, and by wearing the Jacket, was detected, for which Offence I was whip'd with fifteen Stripes, and committed to Goal, for the Payment of Cost, &c” [al día siguiente me emborraché, y al llevar la chaqueta, me pillaron, ofensa por la que me dieron quince latigazos, y enviaron a la cárcel por el pago del coste, etc.], como de su buena estrella, pues detenido por una orden que traía el señor Jennison, nos dice “accordingly I went out of the Door, and seeing his Horse stand handily, what should I do, but mount him” [por consiguiente salí por la puerta, y al ver que su caballo estaba a mano, qué debía hacer sino montarlo], lo cierto es que toda la responsabilidad recae por completo sobre su persona.

Nada se parece entonces la lucha del pícaro contra los reveses del destino por hacerse un hueco en la sociedad al desafío criminal de Arthur. Mientras que estas pruebas del destino sirven en la novela picaresca para dar cuenta de un plan divino al que los personajes se someten con resignación cristiana, la mano de Providencia no orquesta la carrera delictiva del protagonista de la narrativa: la situación final de Arthur depende únicamente de sí mismo. En este sentido son esclarecedoras las palabras de Richetti sobre la figura del criminal, pues resultan muy útiles en la comprensión del personaje de la narrativa al afirmar que su pecado reside en “to insist on his right to what Providence has denied him” [insistir en su derecho sobre lo que Providencia le ha negado] (1969: 34).

La falta de adhesión al género picaresco en este punto pudiera explicarse así desde su filiación a la literatura de criminales. En las biografías del género no se recoge —por norma general—alusión alguna a la Providencia como motivo de la pena a la que se enfrenta el personaje al final de su trayectoria delictiva. Sin embargo, sí que se exponen los miedos de aquellos delincuentes arrepentidos al castigo divino en la otra vida. En uno de los ejemplos narrados por Cotton Mather en los que se justifica la salvación de una tripulación por la “surprizing providence of God” [sorprendente Providencia de Dios] en el año 1673, resulta interesante la lectura de las palabras finales del jefe de la tripulación. Tras ser condenado a la pena capital por abandonar a su suerte al capitán y a los oficiales, el personaje concluye de la siguiente manera “I knew not what Fear means: but now I have Apprehensions of the dreadful wrath of God, in the other World, which I am going into” [no sé lo que significa el miedo: pero ahora tengo temor a la terrible ira de Dios en el otro mundo al que voy a ir] (Mather, 1699: 68). La inquietud recogida en este testimonio es idéntica a la que muestra Arthur en la narrativa, pues de igual manera que el criminal teme la salvación de su alma, el esclavo reconoce tanto el “Terror of that particular kind of Death, which I am now going to suffer [miedo de ese particular tipo de muerte, que ahora voy a sufrir], como sus “own sincere Endeavours after true Repentance” [propios sinceros esfuerzos después de un verdadero arrepentimiento], que espera “prove the Means of my eternal Well-being” [garanticen los medios para mi eterno bienestar].

Con todo y con eso, Edmond Cross pone de relieve en su artículo «La noción de novela picaresca como género desde la perspectiva sociocrítica» la relación que existía entre la picaresca y los sermones de ejecución que recogían la vida de criminales en la España áurea. Estos textos hispanos eran extremadamente similares a sus correlatos anglosajones tanto en forma como en objetivo, de ahí que podamos establecer aquí un nexo entre la narrativa de Arthur y las obras picarescas. De esta forma, si bien Arthur es el último responsable de su vida, Cross encuentra la mano de Providencia característica del género español en el relato, toda vez que “Dios sólo da pruebas de su misericordia con el rigor de su castigo” (2001: 89). En este sentido, las malas decisiones de pícaros—tómese Guzmán como ejemplo— y los criminales —véase Arthur—, forman parte de un plan moralizador y expiatorio preconcebido. Así, tanto las novelas españolas como las narrativas no hacen sino advertir al lector del futuro aciago que Dios tiene reservado para aquel individuo que no obre de manera cristiana a través del ejemplo de un desgraciado,

a la par que muestran la justicia humana —ya sea una condena a galeras o al patíbulo— como el instrumento de Dios que, “obligando a los condenados a expiar en este mundo sus pecados los salva de la condena eterna” (Cros, 2001: 89).

Además, pese a las diferencias señaladas de la narrativa con la tradición hispana, dentro del espíritu de rebeldía inconformista del esclavo resuenan ecos de la personalidad del pícaro. Si bien los personajes hispanos aceptan en su conjunto los designios de Providencia, intentan con sus esfuerzos sacar el máximo provecho de la situación que para ellos ha sido ordenada, de ahí que Lázaro resalte su azarosa existencia “porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto” (*Lazarillo*, 2006: 11). Esta situación se observa claramente en la narrativa toda vez que Arthur, en lugar de enfrentarse a los designios divinos, entabla batalla contra las instituciones coloniales responsables directamente de su inamovible situación. Pese a que en último término el esclavo podía mejorar su estado logrando la manumisión, su consecución no dependía exclusivamente de sus esfuerzos, sino más bien de la buena disposición de aquel individuo al que pertenecía. Es por ello que Williams resume el sentido de este combate librado por pícaros y esclavos exponiendo que “although the criminal's defiance of Providence and authority made his life a fascinating subject, such defiance threatened the very structure of society and could not be allowed” [pese a que el desafío del criminal a la Providencia y a la autoridad convirtieron su vida en un asunto fascinante, tal desafío amenazaba a la propia estructura de la sociedad y no se podía permitir] (1983: 13).

Ante este panorama, al igual que sucedía en la obra de Briton, el análisis de *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man* o *La vida, y último discurso de Arthur, un hombre negro* pone de manifiesto la adhesión del texto a varios rasgos de los que fijase Lázaro Carreter como distintivos de las obras picarescas. Dentro de la maraña de tradiciones literarias que dan forma al texto, se colige de los resultados la posible huella de la novela española. No obstante, pese a que de la comparativa se extraen semejanzas tanto a nivel temático como formal, los resultados no resultan concluyentes en ningún caso. El hecho de que ciertos rasgos picarescos puedan ser explicados desde otros géneros, así como la dificultad a la hora establecer su trazabilidad hasta el siglo áureo, ponen de manifiesto unas conclusiones ciertamente condicionadas. No obstante, la

notable presencia en la narrativa de los rasgos que constituyen la poética picaresca permite una reconsideración del texto dentro de la estela picaresca.

A la luz de los datos presentados, el relato de Arthur no puede considerarse plenamente picaresco por no adherirse, como vemos, al conjunto de los rasgos. Sin embargo, la presencia de gran parte de ellos —ora calcados, ora modificados— nos hablan del fuerte carácter picaresco de la narrativa. No es que aquí busquemos forzar una línea de interpretación descabellada, pues esta personalidad tan española no ha pasado por alto en los diferentes estudios realizados por la crítica tanto sobre la obra como sobre su protagonista. Es a partir de estos juicios e insinuaciones de los académicos sobre el elemento picaresco que proponemos este análisis, intentando establecer los motivos que les llevan a unir una obra, aparentemente tan lejana, a una tradición de tanto calado en las letras hispanas.

Grata coincidencia o no en el desarrollo y aparición de estos rasgos en la narrativa, lo cierto es que la hipótesis del influjo picaresco en la prosa anglosajona insinuada por Constanzo parece cobrar sentido también para la literatura de esclavos (1987: 46). En esta línea, la investigación realizada por Louis Gondebeaud en su ensayo «Guzman d'Alfarache en Angleterre: 1622-1708» sobre las biografías de criminales resulta fundamental en el esclarecimiento de los nexos existentes entre el relato del africano y las obras españolas. Tras evaluar el calado de la novela picaresca en el desarrollo de las narrativas de criminales, el estudioso sostiene que “c'est aussi sous l'influence du *Guzman* que se développe la «criminal biography», récit consacré à des délinquants contemporains que l'on distinguera de la «rogue story» dont les héros sont des personnages fictifs” [es igualmente bajo la influencia del *Guzman* que se desarrolló la «criminal biography», relato consagrado a los delincuentes contemporáneos que se distinguirá de la «rogue story» donde los héroes son personajes ficticios] (Gondebeaud, 1983: 27). Así, tomando como base sus conclusiones, es oportuno defender la deuda de la narrativa de Arthur —en tanto que biografía criminal— con la picaresca. De este modo, tanto desde el rígido enfoque propuesto por Lázaro Carreter, como desde los postulados más laxos de Claudio Guillén, resulta innegable ahora la presencia del elemento hispano señalado en la narrativa.

2.5. Análisis de la narrativa de James Albert Ukawsaw Gronniosaw

Frente a lo que ocurriese con los dos autores anteriores estudiados, los datos existentes en torno a la vida de James Ukawsaw Albert Gronniosaw permiten configurar *grosso modo* su biografía. Si bien ciertos documentos personales como cartas, certificados religiosos o trámites burocráticos —amén de la esquila en la prensa de la época que informa de su deceso para 1775— ayudan a esclarecer ciertos episodios de la trayectoria vital del esclavo, lo cierto es que el conjunto de su existencia aparece esbozado a grandes rasgos en una obra que tan solo dejará por relatar los últimos años de James Albert. *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince, as related by Himself* o *Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* vería la luz por primera vez en la ciudad inglesa de Bath en 1772, lo que convierte a su autor en el primer escritor negro publicado en Inglaterra (Hanley, 2014: 1).

No obstante, esta fecha de la publicación se viene estableciendo de acuerdo con la copia más antigua que ha llegado hasta nuestros días, de ahí que Frances Wilson Starling en *The Slave Narrative: Its Place in American History* se aventure a adelantar la aparición de la narrativa hasta 1770 (1988: 59). En su afán investigador, Adam Potkay y Sandra Burr establecen una cronología dentro su antología *Black Atlantic Writers of the 18th Century. Living the New Exodus in England and the Americas* que da cuenta de las diferentes ediciones y reediciones del texto, corroborando las sospechas de Starling respecto al año de publicación de la narrativa. Además, en su labor de edición, estos autores ponen de manifiesto el éxito y la demanda que experimentó la obra, un hecho que se ve reflejado claramente en la multitud de tiradas posteriores surgidas tanto en suelo británico como norteamericano (Potkay y Burr, 1995: 25-26). Así, como señala Philip Gould en «The Rise, Development, and Circulation of the Slave Narrative», durante las siguientes dos décadas el texto será reimpreso desde Dublín hasta Newport, Rhode Island, hasta alcanzar las doce reediciones para 1814 —entre las que destaca la traducción al galés en 1779 de la edición de Aberhondu— (2007: 15).

La narrativa recoge en sus páginas las peripecias de James Albert desde su nacimiento en la ciudad de Borno, actual Nigeria, hasta el momento de su publicación tan

solo unos años antes de la muerte del autor. Sirviéndose de la primera persona narrativa, James Albert nos narra las privilegiadas circunstancias familiares y su constante inconformidad espiritual, un estado que le llevará a recorrer medio mundo desde el momento en que su madre le deja en manos de un mercader que promete saciar su curioso espíritu toda vez que “I should see houses with wings to them walk upon the water, and should also see the white folks; and that he had many sons of my age, which should be my companions” [vería casas con alas caminar sobre el agua, y vería también a la gente blanca; y que tenía muchos hijos de mi edad que serían mis amigos]. No obstante, lo que se concibe como una excursión organizada con el objetivo de poner fin al desasosiego que venía experimentando el niño, según se desprende de la palabra dada por el mercader que “added to all this that he would bring me safe back again soon” [añadió a todo esto que me devolvería pronto sano y salvo], se convierte en un viaje sin retorno que le sacará de su África natal para ser vendido como esclavo en el Nuevo Continente. Los años de juventud transcurren al servicio de varios amos, el último de los cuales, el Sr. Frelinghuysen, otorga la libertad a James Albert de manera póstuma. Durante los años que siguen a la muerte de su amo, el autor permanece junto a la familia Frelinghuysen hasta que, uno a uno, acaban por fallecer todos los miembros restantes. En ese momento, James Albert decide probar suerte en Inglaterra —no sin antes haber satisfecho todas las deudas contraídas durante esos últimos años—, lugar donde conocerá a la que se convertirá en su mujer y donde permanecerá el resto de sus días una vez casado. La narrativa ofrece una visión muy dura de este último periodo, de tal forma que tras varias mudanzas por distintas ciudades del país en busca de trabajo, se concluye el relato vida del autor recalcando la difícil situación en la que se encuentra y las penurias económicas que atraviesa su familia al decir

“such is our situation at present. —My wife, by hard labor at the loom, does every thing that can be expected from her towards the maintenance of our family; and GOD is pleased to incline the hearts of his People at times to yeild us their charitable assistance; being myself through age and infirmity able to contribute but little to their support” [esta es nuestra situación presente. —Mi mujer, con su duro trabajo en el telar, hace todo lo que se le puede pedir para mantener a la familia; y Dios a veces se complace en disponer los corazones de su gente para que nos ofrezcan su ayuda caritativa; por no ser yo de mucha ayuda ya para su mantenimiento debido a mi edad y mis flaquezas].

Más allá de este momento, no se tiene constancia de las circunstancias concretas de James Albert o de su familia. Sin embargo, como Ryan Hanley señala en

uno de sus múltiples y esclarecedores trabajos realizados sobre la figura del esclavo, «Ukawsaw Gronniosaw and British Calvinism, 1765-1779», a pesar de que no es posible reconstruir el periodo entre 1774 y 1775, lo cierto es que “he was well regarded enough by the time of his death on 5 October 1775 for an obituary to appear in the *London Evening Post*” [se le tenía en suficiente buena consideración para el momento de su muerte el 5 de octubre de 1775 como para que apareciese una necrológica en el *London Evening Post*] (2019: 113).

Con todo y con eso, han sido los acercamientos críticos de las últimas décadas los que realmente han conseguido arrojar luz sobre la persona de James Albert. Partiendo de los acontecimientos relatados en la narrativa, ha sido posible tirar del hilo y, de forma colectiva, ir desentrañando la realidad a partir de la ficción. El fruto de este esfuerzo común se manifiesta en los datos que, de forma aislada, han ido configurando una imagen global del autor, pues resulta cuanto menos sorprendente que, hasta no hace muchos años, la información disponible quedase relegada a meras notas al pie de página y breves introducciones que acompañaban a las modernas ediciones del texto, tal y como recoge Hanley en «Calvinism, Proslavery and James Albert Ukawsaw Gronniosaw» (2014: 7). No obstante, gracias a estas puntuales aclaraciones de los editores es posible configurar con bastante precisión en la actualidad la situación e importancia real de James Albert.

De acuerdo con Richard Lobban en *Africans in the Americas: A History of the Black Diaspora*, el nacimiento del autor en Bournou nos traslada a Borno o Bornu, un estado situado al noreste de la actual Nigeria, configurado alrededor del lago Chad y las llanuras de Bornu, del que se tiene constancia desde hace más de mil doscientos años. De la importancia y el peso que alcanza este territorio en el África occidental podemos hacernos una idea al averiguar que “Bornu imposed taxes on both east-west and north-south routes, the north-south routes extending to modern Tunisia and Libya. Bornu’s King Houme converted to Islam in 1086, and at its peak four hundred years later, Bornu controlled the region from the Hausa and Fulani city-states in northern Nigeria to the Sudan” [Bornu gravaba con impuestos a ambas rutas de este a oeste y de norte a sur, extendiéndose las rutas de norte a sur hasta los actuales Túnez y Libia. El rey Houme de Bornu se convirtió al islam en 1086, y cuatrocientos años más tarde en su cénit, Bornu controlaba la región desde las ciudades-estado de los Hausa y Fulani en el norte de Nigeria hasta Sudán] (1994: 27). Los datos históricos nos sirven así para ubicar a James Albert dentro de la sociedad a la que pertenece. Según lo que nos cuenta en la narrativa, la

“mother was the eldest daughter of the reigning King there” [madre era la hija mayor del rey que allí gobernaba], lo que situaría a James Albert dentro de la élite del estado. Hanley analiza los cargos que ostentaba su familia y explica que “if Gronniosaw’s grandfather was ‘the reigning king’ as he claimed, his father would have occupied the social status of the kogunawa, an administrative stratum of Borno society, brokering much of the trade in the region” [si el abuelo de Gronniosaw era ‘el rey que gobernaba’ como asegura, su padre habría ocupado el estatus social del kogunawa, un estrato administrativo de la sociedad de Borno, encargado de la mayor parte del comercio en la región] (2014: 4).

El control comercial de Borno no solo justificaría entonces la presencia de mercaderes en su territorio, sino que la participación de su familia en los asuntos relativos a los negocios serviría además para aducir la buena disposición a la hora de dejar en manos de un comerciante a James Albert en su viaje a la Costa del Oro. Sería iluso pensar que los parientes desconocían los riesgos del viaje que iba a emprender James Albert. Las rivalidades entre tribus, estados y reinos locales no eran una realidad ajena al estado de Borno ni a la parentela de James Albert, pues las decisiones en asuntos políticos residían en última instancia en el abuelo del autor. Las consecuencias estos enfrentamientos, así como el comercio de la zona, proporcionaban una imagen vívida del intercambio humano que se producía en África. De este modo, la madre de James Albert contemplaría la posibilidad de que su hijo acabase formando parte de ese comercio esclavista local del que su familia formaba parte, ya que como nos cuenta al despedirse “all my relations were sorry to part with me” [todos mis parientes estaban tristes de separarse de mí]. No obstante, las condiciones y el estatus de los esclavos en África nada tenían que ver con aquellas experimentadas al otro lado del océano. Hanley incide nuevamente de manera certera en este asunto cuando afirma que “it is quite possible that Gronniosaw’s family were themselves involved in some way in the buying and selling of slaves, though if this was the case, they operated in an entirely separate system to the one in which he himself was transported” [es muy probable que la familia de Gronniosaw estuviese envuelta de algún modo en la compraventa de esclavos, aunque si este era el caso, operaban en un sistema completamente separado de aquel que acabase trasportándole] (2014: 4). El desconocimiento entre las diferencias existentes respecto a la condición del esclavo a uno y otro lado del Atlántico debía ser la tónica general en el continente africano, pues pocos serían los casos de esclavos que volviesen a África más allá de aquellos envueltos en el comercio humano.

A pesar de que la información histórica presente en las narrativas de esclavos no se ciñe estrictamente a la realidad, las descripciones de la esclavitud en África y el Nuevo Continente no parecen distanciarse en exceso de los datos arrojados por los investigadores en la actualidad²²¹. De esta manera, mientras que la razón última del esclavo en América consistía en sobrevivir dentro de un sistema orquestado en torno a su deshumanización y el beneficio económico de su trabajo, su vida en el continente negro —a excepción de derechos y libertades individuales— se asemejaba a la del resto de miembros de la sociedad. Olaudah Equiano, en la obra que consolida y fija los rasgos del género angloafricano para las futuras narrativas, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African. Written by Himself* o *La interesante narrativa de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vassa, el africano. Escrita por él mismo*, presenta para 1789 una reflexión sobre las evidentes disparidades que observa en el tratamiento de los esclavos en las colonias americanas y su tierra natal. Así, tras la constatación de la existencia de un comercio de esclavos dentro de las sociedades africanas, nos dice:

“those prisoners which were not sold or redeemed we kept as slaves: but how different was their condition from that of the slaves in the West-Indies! With us they do no more work than other members of the community, even their master. Their food, cloathing, and lodging were nearly the same as theirs, except that they were not permitted to eat with those who were free born and there was a scarce any other difference between them, than a superior degree of importance which the head of a family possesses in our state, and that authority which, as such, he exercises over every part of his household” [aquellos prisioneros que no eran vendidos o liberados nos los quedábamos como esclavos: ¡pero qué diferente era su condición a aquella de los esclavos en las Indias Occidentales! Con nosotros no hacían más trabajo que cualquier otro miembro de la comunidad, incluso su amo. Su comida, ropa y alojamiento eran casi los mismos que los suyos, excepto que a ellos no se les permitía comer con aquellos que eran libres de nacimiento y no había casi ninguna otra diferencia entre ellos que un mayor grado de importancia que el cabeza de familia posee en nuestro estado, y esta autoridad, como tal, la ejerce sobre cualquier parte de su casa].

²²¹ B. A. Ogot, por ejemplo, ofrece una visión general esclarecedora del panorama africano durante los siglos que abarca la narrativa en la obra *Africa from the Sixteenth to the Eighteenth Century*, perteneciente a la colección *General History of Africa* encargada por el comité científico de la UNESCO para la difusión del conocimiento de la historia africana. Bethwell Allan Ogot (ed.) (1992). *General History of Africa, V: Africa from the Sixteenth to Eighteenth Century*. Berkeley: University of California Pres.

Esta pintura de la esclavitud en el país de Equiano no debía de alejarse de lo que sucedía en los territorios de la familia de James Albert, donde incluso los propios esclavos parecen hacer de menos al autor cuando empieza su cruzada espiritual, “even my servants slighted me, and disregarded all I said to them” [incluso mis criados me menospreciaban, y no hacían caso de todo lo que yo les decía]. De todo ello se desprende que, pese a los miedos y peligros que pudiera experimentar James Albert, ni el autor ni la familia eran conscientes de lo que realmente podría suceder después de completar la travesía atlántica, una situación que cobra sentido tras escuchar de su propia boca: “indeed if I could have known when I left my friends and country that I should never return to them again my misery on that occasion would have been inexpressible” [de hecho, de haber sabido cuando dejé a mis amigos y mi país que no volvería a verlos de nuevo, mi pena en ese momento no habría tenido consuelo].

No obstante, es también debido a su privilegiada situación que sufre por un lado el castigo del rey de aquel lugar de la Costa del Oro donde termina su viaje, al mismo tiempo que es acogido —junto con su oro— por un esclavista holandés. Su alto estatus social no pasaría desapercibido entre los habitantes de los lugares por donde pasase. Las noticias del viaje de tan ilustre personaje correrían como la pólvora a lo largo y ancho de toda la región, su complexión no sería la misma que la del ciudadano de a pie y el hecho de que fuese cubierto con oro de arriba abajo no ayudaría a la hora de intentar pasar desapercibido. Esta situación es rápidamente notada por el socio del mercader que se encargaría de llevar a James Albert a la costa, pues señala que “the merchant that brought me from Bournou, was in partnership with another gentleman who accompanied us; he was very unwilling that he should take me from home, as, he said, he foresaw many difficulties that would attend my going with them” [el mercader que me traía de Bournou estaba asociado con otro señor que nos acompañaba; el cual era muy reacio a que me sacase de casa, pues, según decía, sabía que les ocasionaría muchos problemas en el camino]. Y en verdad James Albert no estaba muy desacertado.

Nada más llegar a la costa, la inocencia de James Albert hace que malinterprete la situación que le sobreviene. El miedo del rey del lugar a que el chico fuese un espía enviado por su familia para recabar información se mezcla con el entusiasmo del autor por descubrir lo que el mercader le había prometido, de ahí que el sonido de los tambores “gave me a secret pleasure; but I was not suffer'd long to enjoy this satisfaction, for in the evening of the same day two of the merchant's sons (boys about my own age) came

running to me, and told me, that the next day I was to die, for the King intended to behead me” [me proporcionó un secreto gusto; pero no había sufrido bastante para disfrutar de tal satisfacción, ya que por la tarde del mismo día, dos de los hijos del mercader (chicos de mi edad) vinieron corriendo hacia mí, y me dijeron que al día siguiente iba a morir, pues el rey tenía previsto decapitarme]. Afortunadamente para James Albert, el rey se apiada de su persona y ofrece la posibilidad de evitar la ejecución a la que es condenado por su venta. Tras varios desafortunados intentos en los que se descarta la venta debido a la edad del niño, el autor nos dice que un capitán holandés accede a la transacción. La compra de James Albert termina además con las intenciones de los mercaderes que, observando los problemas que el autor ya les había ocasionado, habían comenzado a bajar la opción de acabar con su vida de no encontrar comprador, “the merchant's resolution began to waver, and I was indeed afraid that I should be put to death: but however he said he would try me once more” [la decisión del mercader empezó a vacilar, y yo estaba verdaderamente asustado de que me fuesen a dar muerte: pero sin embargo dijo que lo intentaría una vez más].

No obstante, cabría cuestionarse hasta qué punto esta acción, descrita en la narrativa como un acto de bondad, obedece únicamente al buen natural del esclavista holandés y no al hecho de que James Albert estuviese cubierto de oro. Si bien se nos informa de que el despojo de toda esta riqueza supone un alivio para el autor, nada se nos cuenta sobre el paradero de las joyas o de las ganancias que acarrearán al capitán holandés,

“when I left my dear mother I had a large quantity of gold about me, as is the custom of our country, it was made into rings, and they were linked into one another, and formed into a kind of chain, and so put round my neck, and arms and legs, and a large piece hanging at one ear almost in the shape of a pear. I found all this troublesome, and was glad when my new Master took it from me —I was now washed, and clothed in the Dutch or English manner” [Cuando dejé a mi querida madre llevaba gran cantidad de oro conmigo, según es costumbre en nuestra tierra, hecho en forma de anillos, que estaban unidos entre sí, y formaban una especie de cadena, y así puestos alrededor del cuello, y brazos y piernas, y un gran trozo colgando de una oreja con forma casi de pera. Todo esto me resultaba muy incómodo, y me alegré cuando mi nuevo amo me lo quitó de encima —Entonces me lavaron, y me vistieron a la manera holandesa o inglesa].

Siempre quedará la duda de qué habría ocurrido de no llevar James Albert tan valioso ajuar consigo.

Resulta cuanto menos sorprendente el cambio que toma la historia a partir de este momento. Sabemos que James Albert fue trasladado a suelo americano y vendido en Barbados a un joven caballero de la ciudad de Nueva York. Sin embargo, frente al detalle con el autor nos describe su mundo africano, no existe representación alguna de la realidad de aquella isla dentro de la narrativa. Tampoco se nos cuenta el cargamento transportado desde África —que resulta evidente para este periodo—, ni los mercados donde se vendía a los esclavos. El relato parece evadir cualquier alusión al mundo esclavista, siendo interesante en este punto volver sobre la forma en que se aborda la travesía del Atlántico.

Al igual que ocurre con el choque cultural ocasionado tras el encuentro con el capitán holandés, el tiempo que pasa James Albert a bordo del barco es concebido en términos ciertamente positivos. Así, como si se tratase de un viaje de placer, el autor únicamente comenta que “I was exceedingly sea-sick at first; but when I became more accustom'd to the sea, it wore off” [me mareaba mucho al principio; pero al empezar a acostumbrarme al mar, se me pasó]. Esta situación de contento, comprensible en un primer momento si evaluamos las opciones con las que cuenta James Albert en la Costa del Oro, dudosamente podría haberse mantenido más allá de los primeros días. Por un lado, el idioma y las costumbres del autor impedían una comunicación efectiva con los hombres blancos en este primer contacto. Además, el trato real al que estaba habituado en Borno en nada se parecía a la relación con los rudos marineros del barco, ni a la convivencia con el resto de esclavos junto a los que integra el servicio doméstico de su nuevo amo en Nueva Inglaterra. Por otro, la dureza del pasaje oceánico, así como de la venta y realidad de los esclavos en el Caribe, no habría resultado indiferente a los ojos de un niño que tan solo unos días antes no sabía siquiera de la existencia del hombre blanco.

2.5.1. Autoría

Ante este panorama, la cuestión de la autoría se antoja fundamental. Tras analizar las notables elisiones presentes en la narrativa, Hanley pone en tela de juicio que el relato recogido en el texto se ciña exclusivamente a la experiencia del autor. El modo superficial en que se tratan los episodios fundamentales del comercio negrero en la obra, que sin duda alguna tendrían un gran impacto en la vida de James Albert, lleva al estudioso a afirmar que “if this position seems counterintuitive for a man who had suffered

enslavement and slavery first-hand, it should be remembered that the circumstances related to the production of the *Narrative* cast serious doubts over Gronniosaw's authority over the published text" [si esta actitud parece contradictoria en un hombre que había padecido la esclavización y la esclavitud de primera mano, es necesario recordar que las circunstancias relativas a la producción de la *Narrativa* arrojan serias dudas sobre la autoridad de Gronniosaw sobre el texto publicado] (2019: 108).

Ya desde el comienzo de la narrativa se deja claro que la obra no fue escrita por el propio James Albert, sino relatada. Tal puntualización aparece indicada en el mismo título, donde reza que la obra es realizada "as related by himself" [según contada por él mismo]. Este hecho plantea entonces ciertos interrogantes de vital importancia a la hora de considerar el producto final que se dio a la imprenta, pues no sabemos hasta qué punto se modifica el relato, se eliminan los pasajes más conflictivos o se saca de contexto lo significado por el propio esclavo. Pese a ello, lo que resulta evidente es que "his authorial agency was compromised by his financial circumstances and poor literacy in English" [su papel de autor se vio comprometido por sus circunstancias financieras y su escaso conocimiento del inglés] (Hanley, 2019: 101). A estas cuestiones se suma además el desconocimiento de la identidad del amanuense, del que únicamente sabemos —gracias al prefacio escrito por Walter Shirley que introduce el relato— que era una joven de la localidad inglesa de Leominster. La identificación de la persona que se encargó de recoger las palabras de James Albert ayudaría a comprender hasta qué punto y desde qué perspectiva intervino en la edición de la historia.

A la hora de intentar descubrir quién se esconde detrás de la figura del amanuense, toda la crítica se ha lanzado unánimemente a la búsqueda los posibles lazos de esta persona respecto a los demás agentes implicados en la narrativa, así como en relación con los seres a los que alude James Albert en su relato, de los que sí se conoce su identidad. De esta forma, se ha conseguido establecer una red de contactos que, pese a la distancia geográfica o generacional que los separa, tienen en común un interés religioso particular: la defensa del calvinismo en un contexto de disputas entre distintas confesiones protestantes.

Desde el momento en que James Albert entra en contacto con el hombre blanco, su vida aparece ligada a la confesión religiosa profesada por sus distintos amos. Poco se cuenta del capitán holandés en este sentido, más allá de que leía con asiduidad la Biblia a su tripulación. Sin embargo, cualquier sospecha en torno a la doctrina del primer amo

de James Albert se disipa una vez conocemos que guarda relación con el caballero al que acaba vendiendo al esclavo, que no es otro que Cornelius Van Horne, un destacado miembro de la iglesia reformada holandesa perteneciente a una dinastía de esclavistas holandeses con gran influencia en el área de Nueva York (Hanley, 2014: 8). Esta amistad entre ambos personajes nos pone sobre aviso incluso de los motivos por los que el capitán accede a la venta del autor, pues de su peso político podemos hacernos una idea al averiguar que “Cornelius Van Horne, Gronniosaw’s purchaser, was a ‘member of the New Jersey Council’ between about 1712 and 1745. He owned ‘a large plantation on the Raritan River in Somerset County N[ew] J[ersey]’ of about 557 acres, where Gronniosaw lived and worked as a teenager” [Cornelius Van Horne, el comprador de Gronniosaw, fue ‘miembro del concejo de Nueva Jersey’ entre alrededor de 1712 y 1745. Poseía ‘una gran plantación en el río Raritan en el condado de Somerset, Nueva Jersey’, de unos 557 acres, donde Gronniosaw vivió y trabajó siendo adolescente] (Hanley, 2014: 8).

No obstante, es ya como esclavo de Van Horne que James Albert se ve expuesto por primera vez a los preceptos básicos del cristianismo. A pesar de que el autor estaba presente en los sermones ofrecidos por el capitán holandés todos los sábados a bordo del barco, lo cierto es que, dada su edad y desconocimiento general del idioma de su amo, con seguridad no pudiese familiarizarse en modo alguno con las Sagradas Escrituras. Es desde esta perspectiva de desconocimiento cultural que ha de entenderse uno de los pasajes más fructíferos para las narrativas posteriores del género angloafricano, que no es otro que el momento en que el esclavo entra en contacto con la palabra escrita²²². Este instante será decisivo a la hora de entender los esfuerzos de James Albert por aprender, pues descifrar los signos que contienen los libros significa dejar la posición de vulnerabilidad social en la que se encuentra. En este mismo sentido, Hanley amplía el estado de inferioridad del esclavo al terreno religioso cuando afirma que “the episode of the talking book reflected not (or at least not only) on the exclusion of the black man from the Western literary or intellectual traditions, but on the exclusion of the African non-Christian from God’s love” [el episodio del libro que habla no reflexiona (al menos no solo) sobre la exclusión del hombre negro de las tradiciones literarias o intelectuales

²²² El episodio del *talking book* o libro que habla se documenta con exactitud en las posteriores narrativas de esclavos de Ottobah Cugoano (1787), Olaudah Equiano (1789) y John Jea (1811), además de la obra de John Marrant (1785), con la que la narrativa de James Albert guarda una estrecha relación en su vertiente religiosa y espiritual. Es —en gran medida— gracias a este pasaje que los estudiosos de estos primeros textos pudieron constatar la aparición de una tradición literaria negra en la última parte del siglo dieciocho (Hanley, 2014: 7).

occidentales, sino sobre la exclusión de los africanos no cristianos del amor de Dios] (Hanley, 2014: 7). Si bien el sentido metafórico del pasaje reviste multitud de lecturas complementarias, tal y como se desprende del magnífico trabajo de Henry Louis Gates, Jr. *The Signifying Monkey. A Theory of African American Literary Criticism*, en el capítulo que dedica al tropo del *talking book*, del libro que habla, la lectura del pasaje desde una perspectiva religiosa supone para James Albert una incitación “to abandon his signifying gold chain in order to be able to experience the sublime encounter with the European text’s chain of signifiers” [a abandonar la significación de su cadena de oro con el fin de poder experimentar el sublime encuentro con la cadena de significantes del texto europeo] (2014: 151). Y este proceso no se le dio mal al autor, pues para el final de su vida James Albert hablaba con soltura holandés e inglés, dos lenguas de las que se sirve para discutir con autoridad en torno a la doctrina calvinista frente a treinta y ocho religiosos durante su estancia en Holanda (Gates, 2014: 152).

Es necesario aclarar en este punto que la evolución lograda por el protagonista no atiende exclusivamente a un desarrollo consciente y voluntario, sino que se enmarca dentro del aprendizaje ofrecido por sus dos siguientes amos. Como decíamos, es como miembro del servicio de los Van Horne que James Albert es introducido a las nociones fundamentales de la religión cristiana. Resulta interesante leer que la familiarización del autor con los conceptos del Cielo y el Infierno se produce a través de otro esclavo negro, y no de su amo. Sin embargo, el mismo James Albert nos aclara que su aprendizaje del idioma requería por aquel entonces de las explicaciones simples de alguien como el viejo Ned, pues nos dice que fueron las maldiciones y juramentos de los demás esclavos “which I learnt faster than any thing, 'twas almost the first English I could speak” [lo cual aprendí más rápidamente que cualquier otra cosa, y era casi todo el inglés que podía decir al principio]. Este personaje corrige la actitud del joven esclavo y le explica las consecuencias que conllevan las malas acciones a los ojos de Dios. Tales advertencias quedan grabadas en la conciencia del niño y se manifiestan de forma inmediata en su conducta. La simplicidad del episodio en el que acaba reprendiendo a su ama por maldecir a una de sus criadas, preocupado por la salvación de su alma, pronto llama la atención del encargado espiritual de la casa, Theodurus Jacobus Frelinghuysen. Freelandhouse — según aparece en el texto— era un prominente ministro de la iglesia reformada holandesa que, sorprendido por la capacidad de James Albert, insiste en comprar al esclavo para encargarse de su instrucción en la fe cristiana.

Dentro de las diferentes vertientes cristianas que existían por la época de la narrativa en Norteamérica, la iglesia reformada holandesa, a la que pertenecían todos los amos de James Albert, era una de las múltiples confesiones protestantes fundamentadas en los preceptos calvinistas. Estas nuevas ramas del protestantismo europeo pugnaban por la ampliación de su mensaje en el Nuevo Mundo entre sí, de ahí que los predicadores empezasen a dirigir sus mensajes hacia sus semejantes negros. Frank Lambert afirma al respecto en «“I Saw the Book Talk”: Slave Readings of the First Great Awakening» que “although the historical record does not allow an accurate measurement of African American participation in the Great Awakening, the evidence does suggest that blacks were involved in significant numbers” [a pesar de que los documentos históricos no dan un alcance fidedigno de la participación en el Gran despertar²²³, las evidencias sugieren que el número de negros que tomó parte fue significativo] (Lambert, 2002: 16). Se entiende así que Frelinghuysen se interesase por la formación religiosa de su esclavo, una labor espiritual para la cual el ministro calvinista elegirá un tutor y una selección de lecturas en sintonía con sus convicciones. Debido a ello, la identidad de su tutor, llamado Vanosdore en la narrativa, se corresponde con la del asociado de Frelinghuysen, Peter Van Arsdalen, un hombre que compartía sus mismos principios religiosos y en quien podía confiar la educación de James Albert (Hanley, 2014: 8). De igual manera, los libros puestos a disposición del autor pertenecen a ilustres religiosos protestantes anglicanos, tal y como sucede con *A Call to the Unconverted* de Richard Baxter (1658) y *La guerra santa* de John Bunyan (1682).

No obstante, la lectura de estas obras no produce el efecto deseado en James Albert. El estado de tristeza en que se halla el esclavo hace que la mujer de su amo le dé a leer el texto de Bunyan, pues en sus páginas se recogía una experiencia similar a la de James Albert, ante lo cual nos dice que no experimentó “no relief at all in reading his work, but rather the reverse” [ningún alivio en absoluto al leer su obra, sino todo lo contrario]. Los esfuerzos del ama por hacerle ver la buena naturaleza del protagonista no consiguen que el joven esclavo vaya más allá de una mera comparativa entre sus malvadas personas, de ahí que pese a que le aseguró “that John Bunyan was a good man, [...] she could not convince me; I thought him to be too much like myself to be upright, as his experience seem'd to answer with my own” [que John Bunyan era un buen hombre, [...]

²²³ Véase nota 209.

no pudo convencerme; le imaginaba ser muy parecido a mí para ser recto, ya que su experiencia parecía corresponderse con la mía].

Con el fin de satisfacer la dolorosa situación espiritual de James Albert, Frelinghuysen echa mano de la obra de Baxter. Sin embargo, como ocurriese la vez anterior, el esclavo nos dice tras finalizar su lectura que “this was no relief to me neither; on the contrary it occasioned as much distress in me as the other had before done, as it invited all to come to Christ; and I found myself so wicked and miserable that I could not come” [tampoco me sirvió de alivio, sino al contrario, pues me produjo una angustia tan grande como había hecho el otro antes, ya que invitaba a todos a ir a Cristo y yo me encontraba tan vil y miserable que no podía ir]. No es hasta que James Albert, tras pasar varios días enfermo dado su sinvivir espiritual, reflexione sobre el discurso religioso, ayudado por su maestro, que se obre finalmente el milagro y nos diga que “I now began to relish the book my Master gave me, Baxter's Call to the unconverted, and took great delight in it” [entonces empecé a encontrarle el gustillo al libro que mi amo me había dado, *Call to the unconverted* de Baxter, y acabé por disfrutarlo mucho].

Esta nueva situación del autor culminará en el episodio de su conversión justo antes de la muerte de su amo, un proceso que requiere de los esfuerzos de todos los agentes calvinistas implicados pues, como acertadamente señala Starling, no es sino “with the combined aid of the minister, his wife, and the school master, a Mr. Vanosdore, [that] Gronniosaw finally achieved the knowledge of personal redemption, with a resulting peace and serenity that filled his mind” [con la ayuda en conjunto del ministro, su mujer y su maestro, el Sr. Vanosdore, [que] Gronniosaw alcance finalmente el conocimiento de la redención personal, con la resultante paz y serenidad que invadieron su mente] (1988: 64).

Desprovisto de cualquier relación humana en el mundo tras la muerte de todos los miembros de la familia Frelinghuysen y ya sin el yugo de la esclavitud sobre sus hombros, James Albert salda sus deudas y se aleja de la protección del Sr. Duncum —al que sirve de criado durante algún tiempo— para empezar de nuevo rodeado de cristianos. De esta manera, el autor decide ir a Inglaterra, lugar que concibe como tierra idílica debido al gran número de eminentes cristianos, cuyas vidas había leído en las obras protestantes que sus amos le habían proporcionado, que allí habían vivido. No obstante, esta elección de James Albert no es tan aleatoria como en principio el protagonista pudiera hacer creer, pues pronto nos habla de la presencia en la isla del Sr. Whitefield, el cual dice ser buen

amigo de su último amo, y al que conocía de sus visitas al hogar de los Frelinghuysen y de las prédicas que realizó en Nueva York durante su estancia en Norteamérica. Las investigaciones de Hanley dan una idea precisa de la relación entre ambos personajes, pues ponen fecha a los momentos en que James Albert disfrutó de su compañía cuando nos dice que “the evangelical Calvinist first visited Frelinghuysen on 19 November 1739, and again throughout his lengthy tours of the East Coast, 1739-1740 and 1744-1748” [el calvinista evangélico visitó por primera vez a Frelinghuysen el 19 de noviembre de 1739, y otra vez durante sus largos periplos de la costa este, 1739-1740 y 1744-1748], destacando de estos encuentros que con frecuencia “Frelinghuysen invited Whitefield to preach at his meeting-houses” [Frelinghuysen invitaba a Whitefield a predicar en sus casas de juntas] (2014: 10).

Resulta muy interesante observar la diferente percepción religiosa existente entre los distintos movimientos espirituales protestantes durante la época. Todos los amos de James Albert pertenecían a la iglesia reformada holandesa y sin embargo George Whitefield era un destacado miembro metodista con el que guardaban estrecha relación. El movimiento metodista, que surge en Inglaterra durante el siglo dieciocho de la mano de un grupo de religiosos, buscaba renovar la iglesia anglicana mediante un acercamiento metódico a las Sagradas Escrituras, motivo por el cual recibieron tal denominación. Entre este grupo de metodistas encontramos a George Whitefield y a George Wesley, cuyo hermano, John Wesley, sentaría las bases de la nueva corriente religiosa. No obstante, no existía todavía una uniformidad definida dentro de esta incipiente rama disidente del protestantismo, ya que mientras John Wesley y su hermano recogieron en sus tesis la influencia de la iglesia evangélica preluterana de la hermandad de Moravia y del teólogo holandés Jacobo Arminio, que rompía de lleno con la doctrina calvinista ampliamente abrazada por la mayoría de confesiones protestantes de la época, Whitefield se mostró más tradicional y adoptó una posición más cercana al Calvinismo en sus postulados religiosos. Este poso calvinista explica entonces el trato entre los miembros de tan distintas confesiones como eran la iglesia reformada holandesa y el metodismo, el cual se encontraba en un estadio tan incipiente que Potkay señala acertadamente que “during most of the period in which Gronniosaw [...] lived and composed, Methodism remained a movement and society within the Church of England” [durante la mayor parte del periodo en que Gronniosaw [...] vivió y escribió, el metodismo seguía siendo un movimiento y asociación dentro de la iglesia de Inglaterra] (1995: 5).

Sin embargo, la centralidad e importancia de Whitefield en la narrativa trasciende su mero relato, pues como insinúa Hanley, “Whitefield was perhaps the most significant religious and social influence on Gronniosaw and his *Narrative*” [Whitefield fue quizás la influencia social y religiosa más significativa para Gronniosaw y su *Narrativa*] (2014: 10). Por un lado, su influencia religiosa se hace notar en la defensa férrea de los postulados calvinistas. Si evaluamos los libros de lectura de James Albert y las citas bíblicas que aparecen en el texto, llegamos a la conclusión de que su selección atiende a los intereses de la variante metodista propugnada por Whitefield. Respecto a los primeros, Potkay nota “not only Whitefield’s influence, but that of the Puritan world of letters that Whitefield inherited: from Baxter’s *A Call to the Unconverted* (1658) to Bunyan’s *Holy War* (1682); from Mary Rowlandson’s *The Sovereignty and Goodness of God* (1682) to James Janeway’s *A Token for Mariners* (pre-1708)” [no solo la influencia de Whitefield, sino también la del mundo de las letras puritano que Whitefield había heredado: desde *A Call to the Unconverted* de Baxter (1658) hasta *La guerra santa* de Bunyan; desde *The Sovereignty and Goodness of God* de Mary Rowlandson (1682) hasta *A Token for Mariners* de James Janeway (pre-1708)] (1995: 8). En lo relativo a las segundas, Hanley defiende que estos pasajes, entre los que se enumeran referencias a Apocalipsis (1: 7), Hebreos (12: 14), Jeremías (32: 40), Colosenses (2: 10), Isaías (49: 16), Salmos (89: 34), Hebreos (16: 17-18), Filipenses (1: 6), Salmos (66: 16) y Job (19: 25), resaltan el carácter cristiano del texto y sirven, como sucede en Hebreos (10: 14) y Hebreos (7: 25), para refutar la doctrina arminiana presente en el metodismo wesleyano²²⁴. Esta doctrina, que se enfrentaba en varios de los postulados básicos al calvinismo, atentaba de forma directa con la idea de la predestinación defendida Whitefield. De esta forma, se entiende que, además de las lecturas y las citas bíblicas a las que se alude en el relato, la vida de James Albert sirva de refuerzo a las convicciones del ministro calvinista en torno a la predestinación (Hanley, 2019: 107).

En un contexto de pugna religiosa, este desencuentro establecerá la línea entre ambas vertientes metodistas. No obstante, pese a esta diferencia irreconciliable, que

²²⁴ Hanley analiza estos dos pasajes y concluye que “the choice of quotation was particularly important, as it was actually a composite of two separate verses from chapters of Hebrews. The last part, from Hebrews (10: 14), is cited in the text, unlike many of the other biblical quotations that litter the *Narrative*. This citation emphasised the authority of the succeeding [...], acting as a kind of semiotic ‘nod’ to the informed Calvinistic reader” [la selección de citas fue particularmente importante, ya que de hecho era una amalgama de dos versos separados en capítulos de Hebreos. La última parte, de Hebreos (10: 14), es citada en el texto, al contrario que muchas de las otras citas que cubren la *Narrativa*. Esta cita enfatiza la autoridad de la siguiente [...] actuando como un tipo de ‘señal’ para el lector calvinista instruido] (2019: 108).

producirá con el tiempo una escisión dentro del metodismo por parte de aquellos metodistas calvinistas, ambas vertientes protestantes llamaban a la inclusión de todos los seres humanos en la fe de Cristo. De este modo, a la hora de extender el mensaje cristiano, los predicadores metodistas dejaron de lado cualquier distinción social o racial que pudiese existir en las colonias británicas del Nuevo Mundo, motivo por el que se explica “Methodism’s openness to blacks [...] in keeping with its broad agenda: Methodists were eager to unite all races and classes of people, and all denominations of Christians” [la apertura del metodismo a los negros [...] siguiendo con su agenda general: los metodistas deseaban unir todas las razas y clases de personas, y todas las denominaciones de cristianos] (Potkay, 1995: 5). Sin embargo, las dos ramas metodistas vuelven a diferir otro punto clave: su postura frente a la esclavitud.

Mientras que John Wesley se oponía de forma clara a cualquier tipo de subyugación humana, los intereses esclavistas de Whitefield hacían difícil el mantenimiento de una postura similar respecto a la esclavitud. Gracias a la información recogida en su testamento, sabemos que Whitefield era dueño de una propiedad en Bethesda en la que trabajaban los aproximadamente cincuenta esclavos que poseía (Hanley, 2019: 104). Sin embargo, más allá del provecho económico que pudiera reportar la tenencia de esclavos en la época, el ministro volverá sobre los beneficios que su práctica demostraba en la labor de cristianización. Así, lejos de condenar la esclavitud, Whitefield justificaría con argumentos religiosos la defensa de tal inhumana institución. Para ello, Whitefield acude al precepto que le separaba de Wesley, pues es a través de la doctrina de la predestinación que los calvinistas consiguen reconciliar la barbaridad del comercio de esclavos con su moral cristiana (Hanley, 2014: 5). Es interesante en este punto notar que, pese a que la vertiente metodista de Wesley abogaba por la abolición de la esclavitud, es el metodismo calvinista de Whitefield el que gozaba con mayor número de feligreses negros. Cabría especular si esta situación fue fruto de una buena recepción del enfoque paternalista entre los angloafricanos que el ministro promulgaba, según el cual la esclavización de aquellos individuos que no participaban de la fe cristiana les permitiría gozar del privilegio de conocer a Dios (Hanley, 2014: 3). Sin embargo, resulta más lógico imaginar que la amplia difusión de la doctrina calvinista de Whitefield entre la población de color se debe a que en su mayor parte estaba constituida para este periodo por esclavos, de ahí que los distintos propietarios promoviesen la adhesión de sus subordinados al metodismo de Whitefield que, frente a otras confesiones, estaba más en

sintonía con sus posiciones esclavistas. Este hecho explicaría además la buena relación entre el Whitefield y los distintos amos de James Albert, toda vez que “to all intents and purposes, Dutch Reformed theology held the same beliefs on predestination and slavery to the British Calvinism” [a todos los efectos, la teología reformada holandesa sostenía las mismas creencias sobre la predestinación y la esclavitud que el calvinismo británico] (Hanley, 2019: 108-109).

No obstante, pese a que la defensa de la esclavitud desde los sectores calvinistas era unánime, las opiniones variaban respecto al trato que debía ofrecerse a los esclavos. El propio Whitefield, que era partidario de un uso humano en las prácticas esclavistas, llegaba a disculpar las atrocidades de aquellos calvinistas más laxos en el empleo de la violencia si iba orientada a la conversión de sus esclavos al cristianismo. De esta forma, Whitefield no solo sobreponía la salvación religiosa de los angloafricanos a su libertad, sino que incluso la priorizaba sobre su bienestar físico cuando “while censuring the harsh treatment of slaves, Whitefield conceded that degradation, subjection and even bodily mutilation were potentially conducive to slaves’ ultimate salvation” [mientras censuraba el duro tratamiento de los esclavos, Whitefield admitía que la degradación, la sujeción y aún la mutilación corporal eran potencialmente favorable a la salvación final de los esclavos] (Hanley, 2014: 10).

En cualquier caso, parece evidente que James Albert recoge las tesis de Whitefield en la narrativa en esta doble vertiente. Primero, entiende su situación de esclavo desde la doctrina de la predestinación, pues como afirma Hanley, la narrativa está organizada de manera que parece que “Gronniosaw was fatalistic drawn —predestined, one might say— towards the course of events which ultimately led to his enslavement” [Gronniosaw estaba llamado —predestinado, se podría decir— a la sucesión de eventos que en última instancia condujeron a su esclavización] (Hanley, 2014: 5). Segundo, el autor no condena ni reniega de su situación abiertamente en el relato, ya que más allá de la tristeza que le produce estar lejos de su familia, entiende los beneficios de la esclavitud en su persona, de ahí que parezca respaldar la idea por la cual, “since it ‘civilized ‘savages’ and converted heathens to Christianity, slavery could be understood as a positive good’ during the mid-eighteenth century” [como ‘civilizaba ‘salvajes’ y convertía paganos al cristianismo, la esclavitud podía ser entendida como un bien positivo’ a mediados del siglo dieciocho] (Hanley, 2014: 6).

Por otro lado, la relevancia social de Whitefield se antoja fundamental tanto para el desarrollo de la narrativa como de la vida de James Albert, ya que es gracias al ministro que el antiguo esclavo consigue sobrevivir y hacerse un hueco entre las gentes de Inglaterra. A pesar de las contradicciones que sus convicciones en torno a la esclavitud pudieran generar entre la opinión pública, lo cierto es que Whitefield tenía entre sus prioridades el bienestar espiritual tanto de los angloafricanos libres como de los esclavos (Hanley, 2014: 10). De esta forma, cuando James Albert le pide ayuda, Whitefield no duda en ofrecérsela, proporcionándole incluso alojamiento en Londres. Es en este lugar en que se hospeda situado en Petticoat-lane que el autor conoce a la mujer que se convertirá en su esposa, una viuda de gran fervor religioso. Betty era miembro de la congregación calvinista de John Allen, que era el pastor encargado de la iglesia particular bautista situada en esa misma calle. Frente a los bautistas generales, más cercanos a las tesis arminianas, los bautistas particulares se encontraban más cercanos a las tesis calvinistas de la predestinación. Sin embargo, pese a las afinidades religiosas de John Allen con el calvinismo, la pareja de enamorados pronto deja de atender a sus sermones. En su lugar, acuden al ministerio impartido por el Dr. Andrew Gifford, otro pastor bautista que guardaba una cercana amistad con Whitefield.

Este cambio, en el que se observa la mano de Whitefield, se deba quizá al papel que jugase John Allen tan solo unos años más tarde en la independencia de Norteamérica. Su ferviente defensa de los derechos individuales, tal y como se observa en su obra *The Spirit of Liberty*, publicada en 1770, le lleva a apoyar la causa independentista norteamericana advirtiendo, sin embargo, la inconsistencia de los argumentos esclavistas coloniales. Allen desarrolla con más detalle esta contradicción en *The Watchman's Alarm* de 1774, un texto en el que apunta directamente contra la hipocresía de la demanda de libertad por parte ciertos sectores de la población blanca implicada en el negocio de la esclavitud (Hanley, 2019: 106). De este modo, su particular visión respecto a la cuestión esclavista lo enfrentaba de lleno con las tesis de Whitefield, hecho que justificaría la escasa mención de Allen en la narrativa, pues como señala Hanley, “in particular, Allen rejected precisely the benevolent justification for slavery, predicated on the conversion of the African slaves, that Whitefield so energetically propounded” [en particular, Allen rechazaba precisamente la benevolente justificación de la esclavitud, predicada sobre la conversión de los esclavos africanos, que Whitefield defendía con tanta energía] (2019: 106).

No obstante, otra vez es a través de Whitefield que James Albert entra en contacto con gran número de prominentes religiosos protestantes en la capital inglesa, entre los que se encuentran el mencionado Dr. Andrew Gifford, Benjamin Fawcett o Selina Hastings. Es tras el triste episodio de la muerte de su hija que James Albert nos habla de Benjamin Fawcett. Dolido por el trato que recibe al intentar dar sepultura a la pequeña, el autor decide cambiar su lugar de residencia y mudarse a Kidderminster. A la hora de tomar tal decisión, que pudiera parecer en principio aleatoria, James Albert se ve influido por la opinión de Fawcett, miembro del circuito religioso al que pertenecía el propio Whitefield. Así, el autor nos dice claramente que no es sino tras escuchar a Benjamin Fawcett, con cuyo nombre estaba familiarizado por ser el editor de la obra *Saints' Everlasting Rest* de John Baxter, hablar de este lugar “in the most respectful manner” [de la mejor manera posible], que se resuelve finalmente a acudir a Kidderminster con su familia (Hanley, 2019: 109). Es también gracias a Fawcett, el cual ejercía su ministerio por aquel entonces en la ciudad, que James Albert encuentra trabajo y consigue ganar el dinero necesario para mantener a su familia. Recién llegado a Kidderminster, es la recomendación de Fawcett al Sr. Watson la que proporciona oficio al autor “in twisting silk and worsted together” [trenzando seda y estameña].

Fawcett, al igual que Whitefield, mostraba gran interés en la salvación espiritual de los angloafricanos, en especial de aquellos esclavizados. Este interés, al margen de la labor que realiza con James Albert en la narrativa, se aprecia claramente en una obra publicada en 1756 bajo el título *A Compassionate Address to the Christian Negroes in Virginia*. En ella, el religioso exhorta explícitamente a los esclavos negros a que se reconciasen con su esclavitud, toda vez que la subordinación física no afectaba a su libertad espiritual (Hanley, 2019: 109). Como puede observarse, Fawcett comparte entonces el discurso de Whitefield en materia esclavista, pues como nota Hanley en el análisis de este texto, “this anti-insurrectionary tract shared much in common with Whitefield’s contemporaneous works on the subject, in that it attempted to justify the abuse of slaves on the grounds that it made them more inclined to seek solace in Christian faith” [este tratado anti-insurreccionario tiene mucho en común con los trabajos contemporáneos de Whitefield sobre la cuestión, en tanto que intenta justificar el abuso de los esclavos partiendo de la base de que los vuelve más inclinados a buscar consuelo en la fe cristiana] (Hanley, 2019: 109).

Sin embargo, pese a la ayuda que tanto Whitefield como Fawcett proporcionan a James Albert a la hora de sobrevivir en Inglaterra, es el personaje de Selina Hastings el que mayor importancia tiene en su vida a nivel literario. La figura de Selina resulta un tanto controvertida desde una perspectiva religiosa. Educada en la fe anglicana, es a través de John Wesley que termina por convertirse al metodismo durante la década de los años treinta del siglo dieciocho (Hanley, 2019: 114). Debido al peso social de Selina, Wesley inicialmente ignora la participación de la condesa de Huntingdon en la trata de esclavos y la admite en su iglesia. A pesar de ello, las opuestas ideas de cada uno en torno a la esclavitud acabarán por sobreponerse a los puntos comunes compartidos en el campo religioso. Esta situación tendrá como resultado no solo un distanciamiento entre Wesley y Selina, sino un enfrentamiento público que los convierte en rivales. Esta desavenencia empieza a fraguarse después de que —gracias a Wesley— Selina y Whitefield se conociesen, pues las nociones calvinistas en torno a la predestinación que Whitefield promulgaba coincidían en mayor grado con la agenda política y los intereses económicos de la aristócrata liberal. La justificación moral que la doctrina de la predestinación proporcionaba al negocio esclavista de la condesa hace que para 1744 la atención de Selina en materia espiritual recaiga abiertamente sobre el metodismo calvinista de Whitefield. No obstante, la relación entre Wesley y Selina alcanzará su punto álgido cuando el metodista defienda públicamente su opinión en el asunto con la publicación en 1774 de la obra *Thoughts upon Slavery*, en la que declara “I absolutely deny all Slaveholding to be consistent with any degree of even natural justice” [niego con rotundidad que cualquier negocio esclavista sea coherente incluso con algún tipo de justicia natural].

Esta confrontación se irá incrementando con el paso del tiempo, pues tras la muerte de Whitefield en 1770, la condesa de Huntingdon se convierte en la figura más reconocible e influyente del calvinismo en Inglaterra. Si observamos los documentos del periodo, no caben dudas respecto a la posición de poder que llega a alcanzar Selina dentro del metodismo, pues el propio Whitefield se encarga de dejar el asunto zanjado toda vez que nombra heredera de su plantación en Bethesda y de sus esclavos a la condesa (Hanley, 2014: 14). No obstante, además de estas posesiones, Selina recibe en herencia el traspaso de poderes en la defensa ideológica de la esclavitud de la que Whitefield hacía gala. Este hecho, unido a la rivalidad con Wesley, hará que Selina aumente durante los años siguientes su lucha ideológica a la par que sus inversiones esclavistas, lo cual no impedirá,

sin embargo, que la condesa se interese —como hiciese Whitefield— en el bienestar espiritual de los angloafricanos (Hanley, 2019: 115).

Por este motivo, si bien no se tiene constancia de que James Albert y Selina se conocieran en persona, podemos encontrar su nombre en la narrativa de James Albert, de cuya publicación se encarga la condesa, amén de otras obras publicadas por autores negros como la poeta angloafricana Phillis Wheatley²²⁵ o, incluso, en una obra de corte abolicionista como es la narrativa de Equiano (Hanley, 2014: 14). Así, aunque no existe certeza sobre el alcance personal de la relación entre James Albert y Selina, la correspondencia del autor da cuenta de la implicación pecuniaria de la condesa en la obra, la cual se encarga de pagar todos los gastos de publicación de la narrativa (Hanley, 2017). Sin embargo, la labor de Selina en la narrativa trasciende el plano económico. Por un lado, el texto reafirma su postura religiosa a nivel ideológico y se enmarca dentro del panorama religioso protestante en el que “the question of played an important part in the Calvinist/Arminian theological debates of the 1770s” [la cuestión de la esclavitud jugó un papel importante en los debates teológicos calvinista/arminianos en los años setenta del siglo dieciocho] (Hanley, 2014: 5). Por otro lado, su sello se halla presente en el plano editorial desde el prefacio con el que se abre la narrativa.

Walter Shirley, el encargado de este prólogo, no es nada más y nada menos que el primo de la condesa. Shirley, que era una persona de fuertes convicciones calvinistas, ofrecía su labor religiosa en la escuela metodista que la condesa tenía en Trevecca, Gales. Comisionado por Selina para la promoción del calvinismo dentro del metodismo, se encarga en 1771 de la protesta contra el arminianismo que tiene lugar en Bristol, al mismo tiempo que Wesley ofrecía una de sus numerosas conferencias en la ciudad. La convocatoria, que pretendía contrarrestar la influencia del teólogo arminiano en seno del metodismo, resulta un rotundo fracaso. La falta de afluencia a la protesta contrasta de

²²⁵ Phillis Wheatley (1753-1784) fue una poeta de origen africano transportada durante su infancia en un barco negrero a Norteamérica, lugar donde es vendida como esclava a la familia Wheatley. Es allí donde, amparada por sus amos, la que es considerada como primera escritora angloafricana desarrolla sus dotes artísticas e intelectuales. En 1773, año de la publicación de su trabajo *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, una colección de poemas muy elogiada a ambos lados del Atlántico, sus amos le conceden la libertad. Posteriormente, contrae matrimonio con John Peters, un negro libre que acabará en la cárcel por sus deudas, con el que tiene dos hijos que no sobrevivirán a los primeros años de vida. Arruinada y enferma, muere en la más extrema pobreza en la ciudad de Boston. De la implicación calvinista de su poesía destaca el tributo poético que realiza en 1770 a la muerte de Whitefield. Blyden Jackson (1989). *A History of Afro-American Literature. The Long Beginning, 1746-1895*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, págs. 38-46.

manera notable con el éxito de público registrado en el evento de Wesley, una humillación que mete de lleno a Shirley en el conflicto que su prima venía manteniendo con el metodista arminiano. La postura de Shirley se radicaliza a partir de ese momento y adopta una estrategia ofensiva muy bien planificada contra el metodismo wesleyano. Gracias a la correspondencia entre Selina y su primo, sabemos que Shirley propone combatir a sus rivales espirituales mediante una serie de tácticas entre las que destacan la construcción de iglesias en aquellos sitios donde la rama arminiana gozaba de gran popularidad o la expulsión de aquellos estudiantes metodistas no adscritos al calvinismo de la escuela de Trevecca (Hanley, 2019: 115). La publicación de la narrativa de James Albert será una de ellas.

De acuerdo con Hanley, son los socios de Selina en Kidderminster y Leominster los que recomiendan la obra de James Albert al pariente de la condesa (2019: 112). Las posibilidades del relato son pronto observadas por Shirley, que se pondrá manos a la obra en la elaboración del prefacio con el que dará a conocer al público la obra. En esta introducción, el primo de la condesa manifestará su línea más dura de sentimiento antiarminiano al postular la vida de James Albert como prueba irrefutable de la doctrina de la predestinación (Hanley, 2019: 115). Sin embargo, esta lectura propagandística se camufla dentro de la labor caritativa con la que se comercializa la narrativa, pues en el mismo prólogo se nos dice que Shirley recomienda el texto a la imprenta “both with a view to serve Albert and his distressed Family, who have the sole Profits arising from the Sale of it; and likewise as it is apprehended, this little History contains Matter well worthy the Notice and Attention of every Christian Reader” [tanto para ayudar a Albert y a su familia en tantos apuros, quienes tienen en exclusividad los beneficios provenientes de su venta; como para su conocimiento, pues esta breve historia contiene materia que requiere el interés y la atención de todo lector cristiano].

En este sentido, se explica la visita que Shirley realiza a James Albert en Kidderminster unos meses después de la publicación de la obra y el dinero que la condesa le envía al autor a través del Sr. Newben, uno de sus estudiantes en Trevecca. De su encuentro con James Albert, Shirley destaca el “amiable and tender disposition” [carácter amable y cariñoso] del escritor negro. De la donación de Selina, el autor resalta la generosidad de la condesa en el agradecimiento que le ofrece a modo de carta (Hanley, 2014: 13). Esta misiva, fechada el 3 de enero de 1772, reviste una particular importancia en lo que a la narrativa se refiere.

De todo el contenido de la carta sobresale un pasaje en particular. Tras dar las gracias a la condesa por tal favor que llegaba en “a time of great necessity” [un momento de gran necesidad], James Albert le informa de que acababa de volver de la casa de la Sra. Marlowe en Leominster, “were I was shewed kindness to from my Christian friends” [recibí amabilidad por parte de mis amigos cristianos] (Hanley, 2014: 13). Esta revelación lleva a Hanley a sostener que la joven encargada de fijar el relato del autor negro al papel, a la que Shirley identifica en el prefacio como una Lady de la ciudad de Leominster, no sería otra que Mary Marlow o una de sus hijas (2014: 14). Esta hipótesis viene reforzada además por el hecho de que Mary era miembro reconocido del circuito religioso de Selina, lo cual coincide con el propósito calvinista desde el que se concibe la obra. De acuerdo con el estudioso, sería a través de Fawcett que James Albert conociese a Mary, quien tras conocer su historia le solicita poder escribir el relato de su vida “for her own private Satisfaction, and without any Intention at first that it should be made public” [para su propia y particular satisfacción, y sin la menor intención al principio de que se hiciese público] (Hanley, 2019: 111).

No obstante, existe otra opción, defendida por Helena Woodard en «Ukawsaw Gronniosaw and Ottobah Cugoano: Perspectives on a Theological Chain», según la cual la narrativa habría sido transcrita por Hannah More (1999: 45). Para ello, la investigadora toma como punto de partida el detallado análisis de las ediciones que realizasen Potkay y Burr, quienes descubren en la edición de 1809 una nota al pie de página referente a la joven Lady de Leominster en la que puede leerse “supposed to be Miss Hannah More” [parece ser la Srta. Hannah More] (Potkay y Burr, 1995, 53). Pese a la importancia de este hallazgo, los editores ponen de manifiesto que esta edición sería una de las que más modificaciones sufriesen respecto a la original, un hecho que se aprecia desde el título mismo, cuando leemos en él *The Black Prince; Being a Narrative of the Most Remarkable occurrences and strange Vicissitudes, exhibited in the Life and Experience of James Albert Ukasaw Gronniosaw, An African Prince, as was related by himself* o *El príncipe negro; la que es una narrativa de los sucesos más señalados y extrañas vicisitudes, presentados en la vida y experiencia de James Albert Ukasaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* (Potkay y Burr, 1995: 25-26).

A ello se une además la dificultad para conciliar desde una perspectiva ideológica las tesis esclavistas presentes en la narrativa con la biografía de la supuesta amanuense. Hannah More, frente a los postulados calvinistas del círculo metodista desde los que se

concibe la obra, destaca por su actividad en el terreno abolicionista (Potkay y Burr, 1995: 53). Además de su labor en este campo como escritora, trabajó activamente para conseguir la abolición de la esclavitud y del comercio de esclavos junto a personajes tan destacados como Sir Charles Middleton²²⁶ o la familia Thornton²²⁷, de ahí que su nombre aparezca —al igual que el de Selina— entre la lista de suscriptores de la narrativa de Equiano (Potkay y Burr, 1995: 53). De esta manera, frente a la seguridad con la que Woodard abraza el descubrimiento, al afirmar que “Gronniosaw’s narrative was ghostwritten, evidently by patron Hannah More” [la narrativa fue escrita en nombre de Gronniosaw, evidentemente por la mecenas Hannah More] (1999: 45), los propios Potkay y Blurr se muestran recelosos a la hora de identificar a Hanna More como la amanuense de James Albert (1995: 26), motivos suficiente para poner en cuestión la fiabilidad de esta hipótesis frente a la teoría defendida por Hanley.

De ser Mary Marlow o una de sus hijas la persona que se encargase de recoger el relato, tanto la labor de creación, de edición, como de publicación quedaría dentro del entorno calvinista. Este planteamiento viene reforzado toda vez que la publicación del texto corrió a cargo de William Gye y Thomas Mills, los cuales imprimían fundamentalmente textos religiosos para el circuito religioso calvinista, como por ejemplo, los libros de himnos utilizados en las iglesias a cargo de la condesa de Huntingdon (Hanley, 2017). A esta circunstancia se suma el hecho de que Bath, la ciudad inglesa donde se imprime la narrativa por primera vez, era un núcleo importante del calvinismo británico durante aquellos años (Hanley).

Queda claro entonces que la audiencia a la que la obra de James Albert iba destinada era fundamentalmente calvinista. De este modo, pese a que pronto se expande

²²⁶ Charles Middleton (1726-1813) fue un distinguido oficial de la marina británica y miembro conservador del parlamento británico. Dentro de su carrera política, destaca su activismo contra la esclavitud dadas sus fuertes creencias religiosas evangelistas. Con este propósito, pone al servicio de los más destacados abolicionistas de la época su mansión en el sur de Inglaterra, donde se reunirán —entre otros— William Wilberforce, James Ramsay o Thomas Clarkson, además de la propia Hannah More. Hugh (2006). *The Slave Trade. The History of the Atlantic Slave Trade*. Londres: Phoenix, págs. 490-493.

²²⁷ Henry Thornton (1760-1815), su mujer Marianne Sykes (1765-1815) y algunos de sus nueve hijos, jugaron un papel destacado dentro de la batalla política por la abolición tanto del comercio de esclavos como de la institución esclavista. El cabeza de familia, Henry Thornton, fue miembro destacado, junto con William Wilberforce o Hannah More, de la secta de Clapham, un grupo evangélico dentro de la iglesia anglicana dedicado a la reforma social y la práctica humanitaria, cuyo papel en la lucha abolicionista desde 1780 hasta 1840 fue determinante a la hora de poner fin a la trata de negros y a la esclavitud en Inglaterra. Para más información sobre la familia Thornton, véase la información relativa a la secta de Clapham en Christopher Leslie Brown (2006). *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

geográficamente la distribución de la narrativa por el mundo anglosajón —tal y como indican las diversas localizaciones de las diferentes ediciones y reimpressiones del texto—, el lector de la obra sigue siendo metodista en su mayoría. Tal falta de diversificación en el público al que se destina la obra indica que la narrativa no se concibe en ningún caso para una audiencia general. Así, se entiende que, en Inglaterra, al menos antes de la muerte del autor en 1775, la obra de James Albert fuese valorada meramente como “a Calvinist text for Calvinist readers” [un texto calvinista para un lector calvinista] (Hanley, 2019: 116).

Es por todo ello que, al igual que hace Hanley tras desenmarañar la parentela calvinista que envuelve a los agentes blancos implicados en la narrativa, cabe preguntarse “how was Gronniosaw’s authority over his own life story compromised by a social network of individuals with interests in both the expansion of Calvinism and the continuation of the slave trade? [¿hasta qué punto la autoridad de Gronniosaw sobre la propia historia de su vida se ve comprometida por una red social de individuos con intereses tanto en la expansión del calvinismo como en la continuación del comercio esclavista?] (2019: 101). Una vez más, al igual que ocurre en las anteriores narrativas aquí estudiadas, serán los silencios de James los que proporcionen la respuesta.

La carta a la que hacíamos referencia pone en evidencia dos cuestiones importantes. La primera, como vimos, trata sobre la identidad del amanuense, quien creemos ser Mary Marlowe o alguien muy cercano a ella. La segunda, nos muestra el grado de alfabetización del autor. Cualquier duda respecto la autoría de la misiva se disipa tras analizar el inglés con el que está redactada, ya que como señala Hanley, “considering the letter’s frequent misspellings and poor grammar, it is safe to assume that Gronniosaw, a novice in written English, did not use an amanuensis as he would have done to record his autobiography towards the end of the same year” [al considerar las frecuentes faltas de ortografía y la simplicidad de la gramática, resulta seguro aceptar que Gronniosaw, novato en el inglés escrito, no usó un amanuense como habría hecho para recoger su autobiografía hacia finales del mismo año] (2014: 13).

Esta circunstancia, que a todas luces condiciona el producto literario final que constituye la narrativa, pone en entredicho el grado de autoría del propio autor negro sobre la obra. No obstante, cabe puntualizar que, si bien la autoría del texto se ve notablemente comprometida, James Albert se sirve de ciertos mecanismos que demuestran su autoridad sobre el relato. A pesar del control calvinista al que se somete la

narrativa, en el lúcido análisis que Jennifer Harris realiza en «Seeing the Light: Re-Reading James Albert Ukawsaw Gronniosaw» de la obra, la estudiosa examina el conjunto de silencios narrativos introducidos por James Albert como parte del relato y apunta que “Gronniosaw’s willful elisions about his culture of origin [...] highlights a creativity and manipulation of literary and cultural conventions previously unattributed to him” [las conscientes elisiones acerca de su cultura de origen [...] remarca una creatividad y una manipulación de las convenciones literarias y culturales que previamente no le habían sido atribuidas] (Harris, 2005: 45).

Teniendo presentes los datos históricos disponibles en la actualidad sobre el lugar de origen de James Albert anteriormente analizados, no existen dudas de que la historia que recoge la vida del autor no se ciñe estrictamente a la realidad. El carácter autobiográfico del texto se resiente al conocerse la falta de correspondencia entre la experiencia vital de James Albert y su ficcionalización narrativa. Ciertamente es que la presencia de estos silencios pudiera obedecer en algún caso al propósito religioso de la obra, pues como explica Harris, estas “elisions and other narrative strategies all work together to promote a picture of a true innocent, a ‘noble savage’” [elisiones y otras estrategias narrativas trabajan en conjunto para promover una imagen de un verdadero inocente, un ‘noble salvaje’] (Harris, 2005: 45). Pese a ello, la mayoría de estos escaparía a la labor de edición calvinista toda vez que la manipulación del relato pudiera satisfacer ciertos intereses personales del propio James Albert.

Como de manera acertada apunta Woodard, estos silencios dan lugar a ciertas inconsistencias en el contenido del relato que únicamente pueden inferirse sutilmente de las experiencias que en él se relatan (1999: 45). Si observamos las prácticas religiosas que el autor describe para su África natal y el celo religioso guardado por sus paisanos a la hora de realizarlas, la factura del supuesto paganismo africano dentro del que se educa James Albert reclama una atenta consideración. En el pasaje de la narrativa que recoge estas prácticas religiosas, James Albert nos cuenta:

“I rose, as our custom is, about three o'clock, (as we are oblig'd to be at our place of worship an hour before the sun rise) we say nothing in our worship, but continue on our knees with our hands held up, observing a strict silence 'till the sun is at a certain height, which I suppose to be about 10 or 11 o'clock in England: when, at a certain sign made by the priest, we get up (our duty being over) and disperse to our different houses” [me levanté, de acuerdo con nuestra costumbre, sobre las tres en punto, (ya que estamos obligados a estar

en el lugar de culto una hora antes del amanecer) no decimos nada durante el culto, pero seguimos arrodillados con las manos levantadas, guardando un estricto silencio hasta que el sol llega a cierta altura, que creo es sobre las 10 u 11 en punto en Inglaterra: cuando, a cierta señal hecha por el cura, nos levantamos (tras terminar nuestro deber) y nos dispersamos a cada casa].

Esta pintura que el autor realiza del momento de la oración en su tierra pudiera resultar más o menos pintoresca para cualquier lector calvinista de la narrativa. Sin embargo, a pesar de que James Albert juega al despiste con la audiencia cristiana de su relato cuando dice ser practicante de una religión pagana en la que son “the sun, moon and stars, the objects of our worship” [el sol, la luna y las estrellas, los objetos de nuestro culto], la lectura del pasaje resultaría muy familiar dentro de la comunidad musulmana. La escena representada se correspondería con la práctica mahometana del *salat*, uno de los cinco pilares fundamentales del islam, que no es otra cosa que el rezo diario obligatorio para todos los creyentes (Harris, 2005: 44).

Sabedor del desconocimiento de esta práctica en las esferas metodistas, el autor no descubre la fe musulmana de su familia y ofrece un retrato adaptado a las suposiciones occidentales que sobre el África subsahariana existían durante el periodo. Poco pudiera haberse imaginado la amanuense que James Albert no estaba siendo totalmente sincero cuando le hablaba del paganismo de su país en su relato, pero la realidad es que la tergiversación del discurso no termina aquí en la narrativa. Es por este motivo que Harris nos dice que “if failure to identify Islam as such signals Gronniosaw’s first evident manipulation of his audience though elision, the second such moment in his narrative hinges upon the literary device for which he is best-known in studies of the slave narrative: the trope of the talking book” [si la falta de identificación del Islam desde tales señales es la primera manipulación evidente de Gronniosaw de su audiencia mediante la elisión, la segunda se sostiene en la narrativa sobre el recurso literario por el que más es conocido en los estudios de la narrativa de esclavos: el tropo del *talking book* o del libro que habla] (Harris, 2005: 47).

Si consideramos la realidad cultural del país de James Albert, se antojaría casi imposible que el autor desconociese por completo la palabra escrita. La elevada posición de James Albert como miembro de la élite de Borno, así como el papel central de la religión en aquel país, apuntan hacia una estricta formación del joven aristócrata que ciertamente se insinúa en el relato. Harris defiende esta esmerada educación que habría

recibido el autor cuando señala que “given that Borno was governed and operated in accordance with Islamic law, then, Gronniosaw’s grasp of Islamic theology and principles would have been fundamental to his education” [dado que Borno se gobernaba y operaba de acuerdo con la ley islámica, entonces, el conocimiento de la teología islámica y de sus principios habría sido fundamental en su educación] (2005: 45). Esta situación ayuda a comprender las constantes reflexiones del autor en cuestiones teológicas, lo que nos dice provocar la sorpresa y el desprecio de sus allegados, “my dear indulgent mother would bear more with me than any of my friends beside. —I often raised my hand to heaven, and asked her who lived there?” [mi querida y complaciente madre tenía más paciencia conmigo que el resto de mis amigos. —A menudo levantaba mi mano hacia el cielo, y le preguntaba quién vivía allí]. Así, la aparente sorpresa del joven esclavo cuando ve predicar al primero de sus amos parece responder de forma clara a otro de los engaños del autor en la narrativa.

De esta forma, la comicidad surgida del momento en que James Albert pone la oreja sobre el libro de su amo para escucharle hablar actúa en un doble sentido. Por un lado, suscita la carcajada del lector europeo que concibe al esclavo como un ser ingenuo y simple debido a su falta de civilización. Por otro, hace lo propio con el autor de la narrativa, pues seguramente James Albert se divertiría en exceso al observar la sorprendente ignorancia de sus superiores blancos. Así, la construcción de episodio pone de manifiesto la ironía del autor a la hora de abordar los postulados esclavistas del círculo calvinista involucrado en la creación de la obra, ya que como Sylviane A. Diouf explica en su libro *Servants of Allah: African Muslims Enslaved in the Americas*, “the literacy rate among Muslim slaves was in all probability higher than it was among slaveholders” [la ratio de alfabetización entre los esclavos musulmanes era con total probabilidad más elevada que entre los esclavistas] (1998: 108).

No es aleatorio entonces leer en la narrativa sobre la facilidad de James Albert para el aprendizaje. De su capacidad intelectual dan cuenta dos pasajes en la obra. El primero, surgido de la religiosa advertencia a su ama, permite al Sr. Frelinghuysen evaluar el calado de las enseñanzas del viejo Ned en una mente despierta como la del esclavo. El segundo, nos habla del resultado del deseo de la mujer del Sr. Frelinghuysen de escolarizar al autor, donde se nos cuenta que “my master and mistress requested me to learn in the gentlest terms, and persuaded me to attend my school without any anger at all; that, at last, I came to like it better, and learnt to read pretty well” [mi amo y mi señora

me pidieron que aprendiese de buena forma, y me convencieron para ir a la escuela sin enfado alguno; con lo cual, al final, me empezó a gustar más, y aprendí a leer bastante bien]. Las razones para este engaño son evidentes, pues como Harris señala, “in constructing himself as illiterate [...] preceding his encounter with European civilization, he enhances the credit he would receive for so quickly acquiring an understanding of literacy, the ability to read, and a command of Dutch and English” [al construirse a sí mismo como analfabeto [...] previamente a su encuentro con la civilización europea, aumenta el crédito que recibiese por adquirir tan rápidamente un buen entendimiento de las letras, la habilidad para leer, y un dominio del holandés y del inglés] (2005: 50).

No obstante, existe una tercera manipulación por parte de James Albert referente a su conversión religiosa al cristianismo. Si bien la instrucción espiritual del joven esclavo va pareja con su alfabetización, en la narrativa se nos dice que el autor abraza la fe calvinista de su amo justo antes de que este muriese. De esta manera, frente a la celeridad con que James Albert consigue manejarse con soltura en los idiomas de sus amos, la tardanza de su conversión resulta cuanto menos sorprendente. Las circunstancias en las que se produce son igualmente llamativas, pues en el texto se nos dice que la conversión del autor se produce debajo de un roble. Durante los años previos a su abjuración, el autor explica que “it was the highest pleasure I ever experienced to set under this Oak; for there I used to pour out all my complaints to the Lord” [sentarme debajo de este roble era el mayor placer que jamás había experimentado; ya que allí solía verter todas mis quejas al Señor]. Y es allí donde “so fill'd and awed by the Presence of God that I saw (or thought I saw) light inexpressible dart down from heaven upon me” [tan lleno y asombrado por la presencia de Dios que vi (o creí ver) como una indescriptible luz caía desde el cielo sobre mí], momento en que se le viene una cita de las Sagradas Escrituras a la cabeza sobre la naturaleza sagrada de su nuevo pacto con Dios.

Esta particular conversión lleva a Harris a cuestionar la sinceridad del momento. Pese a que varios estudiosos identifican ciertos elementos africanos en el instante en que James Albert se convierte al cristianismo, como a la posible posesión del alma apuntada por Lambert, parece evidente que cualquier tipo de amalgamación religiosa con prácticas paganas negras vendría catalizado por el filtro de islam (2002: 18-19). Es por ello que, tras analizar todos los aspectos que envuelven a su abjuración, concluye:

“given the link between the two trees [the palm tree and the oak tree], the preponderance to textual covers in African Muslim writings of Christianity in the Americas, the elisions

in Gronniosaw's text, and considering that his epiphany patently does not occur in the presence of Frelinghuysen or his tutor—as well as the timing in relation to Frelinghuysen's death—we must wonder at the sincerity of Gronniosaw's conversion” [dado el vínculo entre los dos árboles [la palmera y el roble], la preponderancia a tapaderas textuales en los escritos cristianos de los musulmanes africanos en las Américas, las elisiones en el texto de Gronniosaw, y considerando que su epifanía claramente no ocurre en presencia de Frelinghuysen o su tutor —además de programarla con relación a la muerte de Frelinghuysen— debemos preguntarnos respecto a la sinceridad de la conversión de Gronniosaw] (Harris, 2005: 54-55).

Si bien la interpretación religiosa de la narrativa se amolda con precisión a la visión calvinista de la audiencia del momento, la silenciosa intervención del autor permite reevaluar ahora su significación. Una vez analizadas las conscientes elisiones y distorsiones de James Albert en la obra, resulta complicado mantener, como se venía haciendo hasta ahora, que la narrativa sea tan solo el producto de un grupo de calvinistas a favor de la esclavitud. De igual modo, tampoco es posible sostener que la voz del esclavo esté modificada sin más, o que el autor únicamente sea víctima de la pasiva distorsión por parte de los agentes blancos implicados en la obra, ya que como afirma Hanley, “he managed, without precedent, to authentically depict his life in Africa from an African perspective” [consigue, sin precedentes, representar de manera auténtica su vida en África desde una perspectiva africana] (2019: 119). No obstante, esta perspectiva africana tan solo estaría disponible para aquellos lectores que compartiesen las circunstancias culturales de James Albert.

Por todo ello, es necesario actuar con gran cautela a la hora de evaluar la evolución espiritual y la conversión del esclavo (Harris, 2005: 55). Consciente de los beneficios que pudiera ocasionarle el sostener una fachada calvinista, James Albert parece crearse un personaje a medida de las expectativas literarias europeas. Esto explicaría la tristeza encubierta del joven negro cuando se confirman sus sospechas de la existencia de un ser supremo —nótese de nuevo la ironía para cualquier musulmán— y la imposibilidad de volver a su África natal para informar de ello a su familia. Recubierto de una premeditada ingenuidad, James Albert intenta volver a su tierra bajo pretextos de evangelización. No obstante, esta no era la primera vez que el esclavo mostraba su deseo de regresar junto a los suyos, pues tras negar que Dios fuese su padre, le pide a su amo que le lleve con su progenitor a Borno, “I told him that this must be a mistake; that my father liv'd at Bournou, and I wanted very much to see him, and likewise my dear mother, and sister, and I wish'd

he would be so good as to send me home to them; and I added, all I could think of to induce him to convey me back” [le dije que debía tratarse de un error; que mi padre vivía en Bournou, y que me gustaría mucho poder verle, y lo mismo con mi querida madre, y hermana, y deseaba que fuese tan bueno como para enviarme a casa con ellos; y añadí todo aquello que se me ocurría para intentar convencerlo de que me llevase de vuelta]. Pese a ello, la táctica no funciona, pues como Harris señala “his initial appeal for a return home [...] leads him to realize that Christians are not interested in facilitating his return—even if they are moved by his appeal” [su petición inicial para volver a casa [...] le lleva a darse cuenta de que los cristianos no estaban interesados en facilitar su regreso — incluso cuando son conmovidos por su petición (2005: 54).

Tras la manumisión del autor por parte de su último amo, el Sr. Frelinghuysen, James Albert parece desistir en su empeño. Una vez libre, el autor se queda con la familia de su difunto amo y no pone rumbo hacia África como cabría esperar. Sin embargo, el recién liberado esclavo es muy consciente de que la vuelta a Borno podría suponerle muchos peligros, destacándose entre ellos, una posible re-esclavización. El miedo a caer de nuevo en las garras de los esclavistas, especialmente tras haber logrado su libertad, sería motivo suficiente para abandonar totalmente la idea de su regreso. Por ello, deja Norteamérica y decide irse a Inglaterra, alegando de nuevo razones religiosas a la hora de elegir destino. Así, pese a que había en Holanda unos amigos del Sr. Frelinghuysen que habían mostrado gran interés en conocer a James Albert, el autor se decanta por el país anglosajón alegando que “I imagined that all the Inhabitants of this Island were Holy; because all those that had visited my Master from thence were good, (Mr. Whitefield was his particular friend) and the authors of the books that had been given me were all English” [Imaginaba que todos los habitantes de esta isla eran Santos; porque todos aquellos que de allí habían visitado a mi amo eran buenos, (el Sr. Whitefield era buen amigo suyo) y los autores de los libros que me habían dado eran todos ingleses].

Allí, como vimos, conoce a su futura mujer, una viuda con grandes deudas y un hijo a su cargo, a la que jura matrimonio antes de marcharse a Holanda. A su vuelta, hace oídos sordos a las objeciones de sus conocidos y decide buscar a su prometida para formalizar su compromiso. De esta forma, ante el asombro de su círculo de amistades, James Albert se comporta como un caballero y hace honor a su palabra. No obstante, si bien el autor nos dice actuar por amor, lo cierto es que existen indicios para dudar de que esta sea la única razón. Siguiendo la técnica de elisiones y tergiversaciones que James

Albert lleva a cabo en la narrativa, esta apariencia de buen cristiano pudiera ser de nuevo objeto de revisión. Cuando el autor parece no pensar ya en el asunto de su vuelta a África, y como requisito previo a su enlace, tiene lugar otro momento importante dentro de su vida espiritual, su bautismo. Este episodio, que era habitual para cualquier cristiano, reviste una significación especial para un hombre de color.

A pesar de que se tiene constancia gracias a los registros civiles ingleses de la inscripción de matrimonios interracialmente existían muchas objeciones, de ahí que quedasen reservados en su mayoría a las clases más populares. Estas uniones, que se producían fundamentalmente entre un hombre negro y una mujer de origen británico, llegaron a ser bastante comunes durante la segunda mitad del siglo dieciocho (Hanley, 2017). No obstante, parece existir un motivo ulterior detrás del idílico ejemplo de convivencia racial. Como bien se observa en la narrativa, los beneficios económicos que el matrimonio pudiera suponer para una mujer en la situación de Betty eran evidentes: no solo James Albert saldaría sus deudas, sino que además ayudaría a criar a su hijo. Esta situación, que a primera vista dejaría al autor en clara desventaja dentro del matrimonio, suponía para James Albert una ganancia de otro tipo. Por un lado, el desposorio representaba la inclusión del cónyuge negro dentro de la sociedad inglesa. Por otro, el bautismo previo al enlace tenía en su imaginario unas consecuencias legales resultantes de la oficialización de su fe.

Como ya había experimentado James Albert en Nueva York, cuando se ve comprometida su libertad por unas deudas, la vuelta a la esclavitud era una amenaza constante para el autor. Es por ello que, en tanto que hombre negro libre en Inglaterra antes de que se produjese la decisión de Lord Mansfield de 1772, por la que cualquier esclavo era liberado una vez en suelo británico, James Albert hace todo lo posible para anticiparse a cualquier posible intento de venta como esclavo (Hanley, 2014: 12).

De acuerdo con Woodard, inicialmente la legislación colonial británica reconocía la esclavización de los negros y su estatus de mercancía basándose en su condición de infieles, de ahí que existiese un resquicio de libertad para los negros cristianizados (1999: 40). Sin embargo, pronto se pone fin a esta posibilidad, pues tanto las leyes eclesiásticas como las gubernamentales se opusieron al reconocimiento del bautismo como una vía para evadir la esclavitud (Woodard, 1999: 40). La oficialización de esta actitud se produce en 1729 de mano del fiscal general Sir Phillip Yorke y del asesor jefe Charles Talbot, los

cuales establecen no considerar el bautismo “as a mitigating factor in the legal status of blacks” [como un factor atenuante en el estatus legal de los negros] (Woodard, 1999: 39).

De este modo, a pesar de que el parecer de Yorke y Talbot había declarado explícitamente que el bautismo no hacía a un esclavo libre, la mayoría de la población negra en Inglaterra todavía pensaba que bautizarse ofrecía algún tipo de protección en caso de cualquier intento de re-esclavización (Hanley, 2017). Es por ello que solo tras recibir las aguas James Albert experimentase algún sentimiento de seguridad, ya que como señala Hanley, “the popular notion that former slaves could not be compelled to return to slavery after receiving baptism persisted in British society until at least Gronniosaw’s baptism” [la popular idea de que los antiguos esclavos no podían ser obligados a volver a la esclavitud después de recibir el bautismo persistió en la sociedad británica al menos hasta el bautizo de Gronniosaw] (2014: 12).

No obstante, este falso amparo legal, que se antoja motivo principal del matrimonio de James Albert, daba cabida a la esperanza del regreso a su tierra natal. Desafortunadamente, la falta de medios para emprender el viaje, así como las adversas condiciones económicas del autor en Inglaterra, harán que el antiguo esclavo no vea cumplido su sueño. Así, aunque no existen documentos donde James Albert expusiese su deseo de vuelta a África, lo que sí parece ser indudable es la naturaleza caritativa con la que el autor narra el relato de su vida a la joven de Leominster. Concedor de la ayuda que el círculo calvinista le puede proporcionar, James Albert se crea un personaje a la altura de las circunstancias, de ahí que Harris, con certera intuición, se pregunte, “was Gronniosaw, like others, simply deploying a covering text as a means of facilitating his personal and financial survival, as well as potential return?” [¿estaba Gronniosaw, como otros, únicamente utilizando un texto tapadera como medio para facilitar su supervivencia personal y financiera, además de un potencial regreso?] (2005: 55).

2.5.2. Contexto histórico

Sea como fuere, lo cierto es que la vida de James Albert guarda una gran dependencia con el momento histórico en que se desarrolla, especialmente a nivel económico. Privado de todas las riquezas que le rodeaban en su país, la historia del autor pone de relieve una gran dependencia tanto del momento como de los demás. Después de ser vendido como

esclavo, James Albert se centra en asuntos espirituales y deja de preocuparse por las cuestiones económicas. Esta seguridad, que terminará una vez concedida su manumisión tras la muerte del Sr. Frelinghuysen, deja al protagonista sumido en gran cantidad de deudas, para las cuales se enrola en un barco corsario. La piratería era una actividad muy común en la época, en especial debido a las inmediatas ganancias que procuraba. De acuerdo con Bolster en *Black Jacks: African American Seamen in the Age of Sail*, tan solo unos años antes de que James Albert se diese al pillaje marino, la actividad corsaria había llegado a su cénit. De 1716 a 1726 alrededor de cinco mil bucaneros surcaban los mares bajo bandera negra. Aunque no existen datos concretos sobre el número de hombres negros envueltos en esta actividad, “the impression is that they were more numerous than the proportion of black sailors in commercial or naval service at that time” [la impresión es que eran más numerosos que la proporción de marineros negros en servicio comercial o naval en aquel momento] (Bolster, 1997: 13). No obstante, los riesgos a los que se exponían estos piratas negros hacían de este oficio uno de los más peligrosos, pues pocos eran los corsarios que sobrepasaban la madurez.

Este hecho, unido a la falta de garantía legal de esta actividad criminal, quizás fuesen los motivos por los que James Albert decidiese buscarse el sustento en otra parte. Privado del fruto de su trabajo por su acreedor, el autor pronto se da cuenta del desamparo en el que se encuentra, ya que si bien el capitán del barco se enfada ante tamaña crueldad, nos dice que tenía “reason to believe (as he was one of the Principal Merchants in the city) that he transacted business for him and on that account did not chuse to quarrel with him” [motivos para pensar (por ser uno de comerciantes más importantes de la ciudad) que hacía negocios con él y por ello prefirió no discutirle nada].

Es así como James Albert entra al servicio de un mercader de vinos llamado Dunscom, quien toma al autor bajo su protección. Sin embargo, pronto se da cuenta James Albert de que a su lado le sería imposible prosperar y lo abandona, lo cual pronto se materializa con la quiebra y muerte del comerciante. Es interesante notar el olfato del autor para prever el fatal destino que aguarda al mercader cuando reconoce inmediatamente después una falta de apreciación económica personal al decir “I never knew how to set a proper value on money” [nunca supe cómo darle el valor apropiado al dinero]. Este desinterés se explica en la narrativa desde el particular natural de James Albert, el cual resume su despreocupado modo de vivir de la siguiente manera: “If I had but a little meat and drink to supply the present necessaries of life, I never wish'd for

more; and when I had any I always gave it if ever I saw an object in distress” [Teniendo tan solo un poco de carne y algo de beber para pasar las necesidades del día a día, no quería más; y cuando tenía algo siempre lo daba si veía alguien pasándolo mal]. Sin embargo, pese a que Potkay en la introducción a su trabajo conjunto con Burr defiende que los escritores ingleses negros del siglo dieciocho buscaban una unión entre un igualitarismo cristiano y un capitalismo solidario, lo cierto es que la situación de James Albert obedece más a las consecuencias de una vida en la esclavitud dentro de una sociedad racialmente distinguida (1995: 15).

Subyugado la mayor parte de su infancia y juventud, el autor formaba parte de los muchos esclavos liberados que tenían dificultad a la hora de desenvolverse en un mundo capitalista. Pese a que la institución esclavista era una de las principales razones de esta situación, pues no preparaba a la mano de obra negra para las vicisitudes del libre mercado, admitir las perjudiciales consecuencias de este negocio humano, según se aprecian en James Albert, iría en contra de los postulados calvinistas del círculo religioso que promovía la obra. Pese a ello, James Albert consigue insertar su sutil —pero mordaz— crítica cuando apunta directamente contra ciertas personas que, aunque religiosas, no dudan en aprovecharse del autor, pues según se observa “through the course of the narrative, even after he is free, Gronniosaw is continually cheated of large quantities of money, perhaps enough to have relieved his near-constant poverty and suffering by people whom he identifies as Christians” [a lo largo del curso de la narrativa, incluso después de ser libre, Gronniosaw es continuamente estafado grandes cantidades de dinero, quizás el suficiente como para haber aliviado su casi constante pobreza y sufrimiento, por gente a quien identifica como cristianos] (Woodard, 1999: 37). Es únicamente desde esta perspectiva crítica que se explica la mentalidad antimaterialista destacada por Woodard dentro de la narrativa (1999: 37).

De este modo, con la vista puesta en Inglaterra, sin ataduras y con la supervivencia como aliciente exclusivo, James Albert decide enrolarse dentro de la marina británica. Su servicio en los barcos de la corona se produce, como en el caso de Briton, dentro del contexto de la Guerra de los Siete²²⁸ años como telón de fondo. Como parte del vigésimo octavo Regimiento de Tierra de la corona británica, el autor participa en varias contiendas hasta la toma de La Habana, donde se le da licencia y finalmente pone rumbo a

²²⁸ Véase nota 156.

Inglaterra. La decisión de James Albert no debía resultar extraña, pues al acabar la guerra muchos fueron los combatientes y marineros negros de la armada británica que prefirieron emigrar a Inglaterra antes que permanecer en América. Parte de este contingente negro buscaba en el Viejo Continente mejorar su situación económica. Otros, como el autor, ansiaban una mejora en el trato y las condiciones sociales que les hiciese olvidar el prejuicio racial que como hombres libres habían experimentado en Norteamérica (Hanley, 2017). En cualquier caso, a su llegada, la realidad que se encuentran difiere en gran medida de sus expectativas, ya que “migrants to Britain in the eighteenth century often faced both financial hardship and personal discrimination” [los migrantes que iban a Inglaterra durante el siglo dieciocho con frecuencia se enfrentaban tanto a las dificultades económicas como a la discriminación personal] (Hanley, 2017).

A pesar de que, según Potkay, existía una mayor armonía racial en Inglaterra que en el Nuevo Mundo, lo cierto es que las circunstancias de James Albert no solo no mejoran, sino que alcanzan un extremo de necesidad inmenso (1995: 4). El desempleo que sigue a la guerra se ceba en Inglaterra con muchos sectores, tal y como sucede con la industria textil del sureste del país en la que trabajaba su esposa (Potkay y Burr, 1995: 24). La negativa de James Albert a participar en las revueltas de Spitefield, que tuvieron lugar de 1765 a 1769 con el objetivo de establecer un precio justo a su trabajo, hizo imposible que Betty encontrase faena como tejedora en Londres (Hanley, 2014: 12). Tras varios cambios de residencia y de oficio durante los años siguientes, James Albert es víctima de sus propios deseos, pues los últimos años recogidos en la narrativa únicamente ponen de relieve “the financial hardship faced by the growing family —agitated by the prejudices of provincial working-class people against Gronniosaw and his family” [las dificultades financieras a las que se enfrenta la creciente familia —sacudida por los prejuicios de las clases populares provincianas contra Gronniosaw y su familia] (Hanley, 2014: 12).

Si bien el relato se cierra con la esperanza en la ayuda caritativa de los calvinistas y una descripción de la solidez de James Albert en su fe cristiana —incluso en la más extrema pobreza—, toda esta situación ha llevado a la revalorización de la narrativa desde una perspectiva abolicionista. Cuando la narrativa se publica en 1772, no existía una agenda política contraria a la esclavitud al margen de las objeciones de ciertos grupos religiosos (Hanley, 2014: 2). Uno de estos grupos que se oponía a la trata y explotación de seres humanos era la Sociedad Religiosa de los Amigos, cuyos miembros eran

habitualmente conocidos como cuáqueros²²⁹. Su compromiso en la lucha esclavista les lleva a implicarse de lleno en el movimiento abolicionista desde una posición espiritual. La defensa de la idea de una comunidad cristiana universal que trascendía las distinciones raciales es clave para entender la filosofía de las primeras sociedades abolicionistas que surgen en la última parte del siglo dieciocho, primero en Filadelfia en 1775 y luego en Londres en 1787 (Potkay, 1995: 14). De esta manera, a pesar de que la narrativa se publica antes de la consolidación de cualquier agrupación abolicionista, motivo por el que la obra parece ofrecer un impacto limitado dentro del movimiento contra la esclavitud, lo cierto es que se intuye cierto activismo derivado de la vida del protagonista entre sus páginas.

Resulta bastante extraño encontrar en un texto calvinista abiertamente favorable a la causa esclavista referencias a personajes cuyas convicciones morales defendían la abolición. De la lectura de la obra se desprende la conexión de James Albert con algunos miembros de la Sociedad, como son Osgood Handbury —Handbarar en la narrativa— o Henry Gurdney. Un rápido análisis del conjunto de conexiones cuáqueras que estos caballeros ponen al servicio del autor nos indica que “during his travels through provincial England, Gronniosaw appeared to have associated for a time more with Quakers than Calvinists” [durante sus viajes por la Inglaterra provinciana, Gronniosaw parece haberse asociado por un tiempo más con cuáqueros que con calvinistas] (Hanley, 2014: 12).

El autor conoce Handbury gracias a un caballero al corriente de la difícil situación que atravesaba James Albert y su familia tras las revueltas de Spitefield. Privados de trabajo en el oficio textil que venían desempeñando, este caballero que, en palabras del autor, “seemed much concerned for us” [parecía preocupado por nosotros], le aconseja que se vaya a Essex con él. Una vez allí, el piadoso hombre le refiere las circunstancias del autor al acaudalado cuáquero, que vivía en la ciudad de Colchester, el cual “ordered his steward to set me to work” [ordenó a su mayordomo que me pusiese a trabajar]. No obstante, la caritativa naturaleza de de Handbury no termina aquí, pues una vez se entera

²²⁹ Grupo religioso disidente nacido dentro del cristiano protestante durante el siglo XVII en Inglaterra de mano de George Fox, caracterizado por la falta de sistematización o institucionalización de sus creencias. De acuerdo con sus ideas espirituales, cada persona posee una porción del espíritu de Cristo que se manifiesta a modo de luz interior que ilumina al individuo a la vez que al resto de la comunidad. Los cuáqueros, en general, defienden la justicia, la vida sencilla, la honradez estricta y el pacifismo; unos principios que explican su activa participación en la lucha abolicionista, el tratamiento humanitario de los criminales, la atención a los débiles y el socorro de los pobres. El apelativo de sus seguidores, que tenía en origen un carácter peyorativo, proviene de la voz inglesa *quake* que significa “temblor”, la cual hace referencia a la opinión de que sus miembros eran “movidos” por Dios. Stephen W. Angell y Pink Dandelion (eds.) (2013). *The Oxford Handbook of Quaker Studies*. Oxford: Oxford University Press.

de que un hombre negro le presta sus servicios, decide conocerlo en persona y subirle el sueldo de ocho a dieciocho peniques al día.

Cuando la mujer de James Albert cae enferma, es gracias a la ayuda de los cuáqueros que el autor puede organizar su traslado de Londres a Colchester. Incapaz de leer inglés, James Albert le pide a un joven amigo de Handbury —cuáquero al igual que él— que le informase del contenido de una carta que acababa de recibir. La misiva, en la que se explicaba el delicado estado de salud de Betty, le conmueve hasta tal punto que decide encargarse personalmente de reunir el dinero necesario para su tratamiento. Sin embargo, otra vez la ayuda que recibe de estos religiosos sobrepasa las expectativas del autor, pues inmediatamente después nos dice que “nor was this All the goodness that I experienced from these kind friends, for, as soon as my wife came about and was fit to travel, they sent for her to me, and were at the whole expence of her coming” [no fue esta la única generosidad que recibí de estos amigos tan amables, ya que, tan pronto como se recuperó y estuvo en condiciones de viajar, me la trajeron, y corrieron con todos los gastos de su viaje].

Si bien la familia de James Albert es socorrida antes de su llegada a Norwich por más cristianos, de los que no se especifica su afiliación espiritual, es una vez más un cuáquero el encargado de sacar al autor de los nuevos apuros económicos en los que cae. La enfermedad de los hijos del matrimonio impide el pago de la renta de la casa que tenían alquilada y James Albert empieza a temer que su familia se vea en la calle. Tal debía ser la situación en que se encontraban, que las noticias llegan a oídos de Gurdney, un “gracious gentleman” [cortés caballero] que decide hacerse cargo del pago. Pese a que otros caballeros se mostraron encantados de ayudarlo en tal acto de generosidad, es el cuáquero quien corre con los gastos de una aventadora con la que James Albert pudiera ganar dinero.

No obstante, esta extraordinaria caracterización de los cuáqueros en la narrativa, que llega a ensombrecer la labor humanitaria de los propios calvinistas en la obra, pronto llega a su fin. La muerte de una de las hijas de James Albert a causa de unas fiebres supone un momento crítico en la vida del autor: no solo la familia se ve afectada por la pérdida de la pequeña, sino también por la negativa del párroco del lugar a darle sepultura al cuerpo. Desesperado, James Albert acude al amparo de los cuáqueros, pero esta vez, nos dice, “with no success” [no tuve éxito].

El abrupto final de la relación de James Albert con los cuáqueros después de la muerte de su hija cierra un capítulo de su vida. Pese a ello, se antoja inesperado el relato de este episodio dentro de una narrativa concebida desde postulados calvinistas. Si bien es verdad que la falta de ayuda en un momento tan delicado para James Albert sería suficiente para desacreditar a estos religiosos partidarios del abolicionismo, la inclusión del nombre de algunos cuáqueros —así como la exaltación humana de su figura— reviste cierta extrañeza. Sin embargo, las investigaciones de Hanley en torno a estos personajes son clave a la hora de entender su mención en el texto.

A pesar de ponerse en entredicho la ayuda de las gentes de color por parte la Sociedad Religiosa de Amigos en la obra, la crítica calvinista no haría justicia con la labor de algunos cuáqueros. Conscientes de ello, se produce una selección de la que, sorprendentemente, quedan los nombres de Handbury y Gurdney. Los datos disponibles sobre Handbury nos hablan de la implicación del cuáquero en el negocio de la esclavitud, pues su fortuna familiar procedía de las plantaciones de tabaco que su padre tenía en Virginia (Hanley, 2014: 12). De esta manera, cualquier posible enlace de James Albert con la causa abolicionista promulgada por los cuáqueros quedaba descartado, toda vez que, en este caso, “Gronniosaw could thus only claim a second-hand association with the rarefied social world of the parliamentary abolitionists, ironically through his employment by the rarest of persons: a slave-owning Quaker” [Gronniosaw únicamente podía reivindicar una asociación de segunda clase con el extraño mundo social de los abolicionistas parlamentarios, irónicamente a través de su empleo por una de las personas más raras: un cuáquero esclavista] (Hanley, 2014: 12-13).

No obstante, la presencia de Gurdney en el relato resulta más controvertida. Si bien cabe la posibilidad de que la figura del cuáquero se recogiese en la narrativa por mera mención de James Albert, la precisión con que se confecciona el relato por parte de los agentes calvinistas sugiere lo contrario. Los pocos datos disponibles sobre Gurdney indican que fue uno de los fundadores del *Gurney's Bank* o Banco de Gurney junto a su hermano John en 1770. Si bien su familia se había dedicado a la industria textil en Norwich, sus negocios bancarios le llevarán a establecer relaciones con otras familias cuáqueras de la banca, entre ellas, los Barclays. A la espera de un estudio en profundidad de los negocios bancarios de los hermanos Gurdney, cabría investigar la posible procedencia de inversiones de ciertos esclavistas en el banco de la misma manera en que se hizo para Barclays. De confirmarse esta idea, la disociación entre el filantropismo de

la vida personal del cuáquero frente a los negocios le garantizaría un lugar en el relato del angloafricano²³⁰.

Pese a todo ello, el simple hecho de vincular a James Albert con diferentes miembros de la Sociedad Religiosa de los Amigos insinúa de por sí una revalorización abolicionista de la narrativa. Como bien señala Hanley a la hora de analizar esta relación, “it might be assumed that Gronniosaw shared with these men an interest in antislavery activism, since the Quakers, practically alone among all major transatlantic church movements, had been making a concerted protest against the slave trade since at least the early 1750s” [se puede asumir que Gronniosaw compartía con estos hombres un interés en el activismo contra la esclavitud, toda vez que los cuáqueros, prácticamente en solitario dentro de los grandes movimientos eclesiásticos transatlánticos, había estado organizando protestas coordinadas contra el comercio de esclavos desde, al menos, principios de los años cincuenta del siglo dieciocho] (Hanley, 2014: 12).

De este modo, si bien la narrativa no se encuentra entre uno de los textos de mayor calado en la lucha contra la esclavitud, los patrones de publicación de las posteriores ediciones demuestran ya un intento de distanciamiento del lector calvinista en favor de un público más interesado en el debate abolicionista (Hanley, 2019: 118). Así, a pesar de que no es hasta después de 1786 que la obra de James Albert es leída a través de las lentes del abolicionismo (Hanley, 2019: 119), momento en que el patrocinio de la narrativa pasa a manos de grupos contrarios a la esclavitud (Starling, 1988: 221), es innegable en cualquier caso que “for historians seeking to ally Gronniosaw to the antislavery movements of the eighteenth century, the most important aspect of his text continues to be that ‘others were inspired to write their narratives after reading his’” [para los historiadores que intentan alinear a Gronniosaw con los movimientos contra la esclavitud del siglo dieciocho, el aspecto más importante su texto continúa siendo que ‘otros se decidieron a escribir sus narrativas después de leer la suya’] (Hanley, 2014: 17).

No obstante, pese a que la obra de James Albert servirá de modelo para las siguientes narrativas del género, pues como señala Hanley, la autobiografía produce un eco constante en gran parte de los escritos producidos por autores negros durante el periodo abolicionista, el texto se nutre y toma forma de los géneros más populares de la

²³⁰ Para un caso similar, véase Anny Lu (2020). «A Case Study of David Barclay as a Malevolent Slave Trading Banker and a Benevolent Abolitionist». *The Macksey Journal*, 1, 94, págs. 1-14.

época en su confección (Hanley, 2014: 1). Así, aunque la audiencia a la que iba destinada la narrativa era ciertamente limitada, la labor de edición se sirve de la literatura de mayor popularidad en la época a la hora ajustar la historia de James Albert a los gustos literarios de tan selecto público.

2.5.3. Factura genérica de la obra

Al igual que en las obras anteriormente estudiadas, destaca en el relato del esclavo una amplia influencia genérica que le otorga al texto un carácter indiscutiblemente misceláneo. Esta variopinta factura se explica, de acuerdo con Gould, en tanto que “these narratives were able to combine multiple genres —spiritual autobiography, travel narrative, ethnography, political commentary— as well as religious, sentimental, and gothic discourses” [estas narrativas eran capaces de combinar múltiples géneros —autobiografía espiritual, narrativa de viajes, etnografía, comentario político— además de los discursos religiosos, sentimentales y góticos] (Gould, 2007: 21). Sin embargo, tal y como se desprende del análisis de la obra de James Albert, dentro de la gama de posibilidades literarias, “Gronniosaw’s text was intended first and foremost as a ‘conversion narrative’, designed to illustrate God’s love and the benefits of converting to Calvinism” [el texto de Gronniosaw se concibe primera y principalmente como una ‘narrativa de conversión’, creada para ilustrar el amor de Dios y los beneficios de convertirse al calvinismo] (Hanley, 2017).

2.5.3.1. —Narrativas de conversión religiosa

Pese a que la documentación histórica no permite medir la participación de los angloafricanos en el Gran despertar, se intuye de la magnitud del movimiento, así como de referencias puntuales al fenómeno religioso durante el periodo, que la población negra se involucró en gran número y activamente (Lambert, 2002: 16). El interés mostrado y los esfuerzos empleados por la mayoría de confesiones protestantes en la integración espiritual de las minorías de color, que para el año de la publicación suponía ya un segmento importante de la población colonial, parece dar cuenta de la importancia real de este colectivo en la vida religiosa americana. Con el fin de captar su atención, además

de los sermones programados a lo largo y ancho del territorio colonial británico en el Nuevo Mundo, se promociona la obra de Dios a través de la imprenta. Siguiendo la senda marcada por las narrativas de criminales, los religiosos se dan cuenta de que “while African Americans responded to the outpouring of God’s Spirit through the spoken word, some also found Christ through the printed page” [si bien los afroamericanos respondían a la efusión del espíritu de Dios a través de la palabra difundida, algunos también encontraban a Cristo a través de la palabra impresa] (Lambert, 2002: 17).

La labor de alfabetización promulgada por las confesiones evangélicas entre los estratos más marginales de la población americana permitía ahora promocionar las bondades que ofrecía la conversión. A pesar de que, como vimos, la adhesión al cristianismo no ofrecía ventaja alguna sobre el estatus legal de la población negra, su inclusión en el rebaño de Dios alimentaba sus ansias de libertad en una vida siguiente. Así, a la difusión de la promesa de una salvación eterna mediante el uso de las Sagradas Escrituras y de otros textos religiosos de gran importancia dentro de las diferentes confesiones protestantes, se une la experiencia personal que arrojaban los escritos de los primeros escritores negros. Como Lambert señala, de igual manera en que James Albert se acerca al nuevo renacer en Cristo gracias a las lecturas puritanas del siglo diecisiete de autores como John Bunyan y Richard Baxter, su narrativa sirve a la vez de ejemplo de salvación espiritual para sus hermanos toda vez que “literate slaves could and did convey their own religious interpretations to African Americans, offering renditions at times that varied widely with those of English ministers” [los esclavos letrados podían y transmitían sus propias interpretaciones a los afroamericanos, arrojando en algunos casos interpretaciones que variaban notablemente de aquellas de los ministros ingleses] (Lambert, 2002: 19).

De este modo, para finales del siglo dieciocho, la inclusión del relato de la conversión del protagonista, basado en su experiencia religiosa del sentir cristiano, se establece como una importante convención de las narrativas de esclavos, en cuya vanguardia se sitúa la obra de James Albert (Gould, 2007: 15-16). Sirviéndose de la literatura religiosa precedente, las distintas etapas de la conversión de los personajes negros se configuran así conforme a los patrones fijados por escritores como John Bunyan, un hecho que se observa claramente en el desarrollo espiritual de James Albert. La alternancia de episodios de depresión y exaltación que sufre el héroe de la narrativa en los años previos a su bautismo es tan parecida a la angustia y euforia experimentada

por los religiosos puritanos que, en un claro guiño metaliterario, se reconoce abiertamente el uso de *La guerra santa* como modelo a la hora de narrar la conversión del protagonista (Starling, 1988: 64).

No obstante, la influencia de John Bunyan en la narrativa no se limita a este relato alegórico, pues varios son los pasajes del texto de James Albert que coinciden de forma clara con otros títulos de su producción. La lectura de *Grace Abounding to the Chief of Sinners* de 1666, por ejemplo, ofrece una pintura del estado interno del protagonista de gran similitud con la situación que padece el autor de la narrativa. En este sentido, mientras la obra de John Bunyan reza “I should, at these years, be greatly afflicted and troubled with the thoughts of the fearful torments of hell-fire; still fearing, that it would be my lot to be found at last among those devils and hellish fiends, who are there bound down with the chains and bonds of darkness, unto the judgment of the great day” [estaba, por aquellos años, muy afligido y atribulado por los pensamientos de los terribles tormentos del fuego del infierno; temiendo que mi destino se hallase entre aquellos diablos y monstruos infernales, los cuales están atados con cadenas y argollas de oscuridad, hasta el juicio del día final], las palabras de James Albert describen “the clouded and perplex'd situation of [his] mind” [el tormentoso y aturullado estado mental en que [se] encontraba] de la siguiente manera “the great enemy of my soul being ready to torment me, would present my own misery to me in such striking light, and distress me with doubts, fears, and such a deep sense of my own unworthiness, that after all the comfort and encouragement I had received, I was often tempted to believe I should be a Cast-away at last” [como ya estaba el gran enemigo de mi alma preparado para atormentarme, me mostraba mis propias miserias de forma tan impactante, y me atemorizaba con dudas, miedos, y una profunda sensación de minusvalía, que tras todo el consuelo y ánimo que había recibido, me dieron en pensar que sería un naufrago finalmente]. La inequívoca correspondencia establecida entre este y otros pasajes de ambas obras ha llevado a Kerry Sinanan a afirmar en el análisis del texto de James Albert que lleva a cabo en «The Slave Narrative and the Literature of Abolition» que “this slave narrative can most properly be understood as a spiritual autobiography based on John Bunyan’s *Grace Abounding* (1666), which was an important text for the evangelical revival of the late eighteenth century” [esta narrativa de esclavos puede ser debidamente entendida como una autobiografía espiritual basada en *Grace Abounding* (1666) de John

Bunyan, que era un importante texto del resurgimiento evangélico de finales del siglo dieciocho] (2007: 63).

De todo ello se desprende que, pese a la posible consideración de otros propósitos literarios en la narrativa, el texto de James Albert nos habla fundamentalmente de su conquista espiritual. La centralidad y el peso que adquiere la religión en la obra permite su inclusión en publicaciones espirituales de la época como la *American Moral and Sentimental Magazine* o *Revista moral y sentimental americana* para 1797, ya que como sugiere Gould, “the Narrative’s autobiographical tale of enslavement and liberation was, at least for some readers, meaningful in terms of its thematic structure of religious conversion” [la historia de esclavitud y liberación autobiográfica de la narrativa era, al menos para algunos escritores, significativa conforme a la estructura temática de la conversión religiosa], señalando que “its preface, after all, emphasizes the passage from African heathenism to Protestant Christianity” [el prefacio, después de todo, enfatiza la travesía desde el paganismo africano hasta el cristianismo protestante] (2007: 15).

2.5.3.2. —Autobiografías espirituales

Es a la hora de dibujar esta travesía religiosa recogida en la narrativa que James Albert se sirve de la autobiografía espiritual para la configuración de su trazado. Como si de un peregrino en busca de un lugar santo se tratase, el autor da comienzo a su indagación teológica desde una edad muy temprana en su África natal. De acuerdo con Woodard, el camino que lleva a James Albert de Borno a Norteamérica, lugar donde tiene lugar su conversión, pone de relieve la doctrina calvinista sobre la predestinación, ya que concibe “the journey as a kind of foreordained pilgrimage inspired by Gronniosaw’s own intellectual curiosity rather than by missionary efforts” [el viaje como un tipo de peregrinaje predeterminado inspirado por la propia curiosidad intelectual de Gronniosaw más que por los esfuerzos misionarios] (1999: 31). Sin embargo, continuando con la particular confesión desde la que se concibe la narrativa, según la cual se postula la vida de James Albert conforme a su estatus de elegido de acuerdo con las tesis calvinistas, lo cierto es que el texto se acerca al éxodo bíblico en este vagar espiritual lleno de dificultades para su protagonista. Portkay señala en este sentido que el tema del éxodo actúa en la obra de James Albert como metáfora cristiana de la condición humana (1995: 10). La manumisión del autor tras la muerte de Frelinghuysen le libra de las garras de la

esclavitud, pero como sucediese con los hebreos, se ve obligado a errar luego —más que por un desierto— a través de un mar de obstáculos. Esta situación convierte alegóricamente a James Albert en un peregrino que, ya casi al final de su vida, recuerda su trayectoria a punto de alcanzar la eterna mansión (Potkay y Burr, 1995: 24). Así, rodeado de pobreza material, pero lleno de riqueza espiritual, el autor cierra el relato resaltando esta comparativa al concluir diciendo que “as Pilgrims, and very poor Pilgrims, we are travelling through many difficulties towards our Heavenly Home [como peregrinos, y de los peregrinos más pobres, pasamos por muchas dificultades en el camino a nuestra morada celestial].

No obstante, la utilización del éxodo y del peregrino no era un recurso nuevo en la literatura colonial. Una simple búsqueda entre la producción de John Bunyan arroja la más que probable inspiración literaria para el autor. *The Pilgrim's Progress* o *El progreso del peregrino*, publicada en 1678, aborda de manera simbólica el viaje espiritual de su protagonista. El peregrinaje del héroe constituye en la obra una alegoría en su conjunto, pues tal y como se explica nada más comenzar el relato “as I walked through the wilderness of this world, I came upon a certain place where there was a den; and I lay down in that place to sleep; and as I slept I dreamed a dream” [mientras caminaba por el desierto de este mundo, me encontré en un paraje donde había una cueva; me eché en aquel lugar para descansar, y tras quedarme dormido soñé un sueño]. A partir de ese momento revelador en forma de sueño, que lleva al personaje a descubrir su aciago destino en un libro, sus esfuerzos se encaminan a dejar su ciudad natal, denominada ciudad de la destrucción, para llegar a la ciudad celestial en lo alto del monte Sion. Sin embargo, el camino se antoja largo y difícil, ya que esta onírica revelación no solo le muestra el camino a seguir, sino la pesada carga que le supone el pecado.

James Albert, conocedor de la obra de John Bunyan, aprovecha esta comparativa religiosa para su narrativa. No obstante, frente al carácter alegórico del texto de referencia, el autor angloafricano aborda este éxodo metafórico desde una perspectiva realista. Así, al igual que el protagonista del relato de John Bunyan queda angustiado espiritualmente después de leer la Biblia, James Albert acaba sumido en tal angustia interna tras la lectura de los títulos que le entrega su ama, que el estado de agonía en que se encuentra trasciende lo mental para acabar rebosando al plano de su realidad. Pese a ello, las coincidencias entre las obras de ambos escritores son evidentes, pues mientras que el personaje de John Bunyan busca ayuda en Evangelista —personificación de la fe

protestante— para llegar a su destino, el esclavo recurre a su maestro calvinista cuando dice “went to my school-master, Mr. Vanosdore, and communicated the situation of my mind to him; he was greatly rejoiced to find me enquiring the way to Zion” [fui a ver a mi profesor, el Sr. Vanosdore, y le expliqué el estado en que se hallaba mi mente; él se alegró mucho de ver que preguntaba por la senda a Sión]. De este modo, si Evangelista dirige al peregrino de John Bunyan hacia “the shining light” [la luz resplandeciente] cuando le indica “keep that light before your eye, and go directly toward it” [no la pierdas de vista, y ve directo hacia ella], el Sr. Vanosdore aconsejaría de igual manera a James Albert que, en el momento de su conversión, nos cuenta “I was so drawn out of myself, and so fill'd and awed by the Presence of God that I saw (or thought I saw) light inexpressible dart down from heaven upon me, and shone around me for the space of a minute” [estaba tan fuera de mí, y tan lleno y asombrado por la presencia de Dios que vi (o creí ver) como una indescriptible luz caía desde el cielo sobre mí, y se quedaba brillando a mi alrededor durante un minuto].

Finalmente, dentro de esta particular caracterización de James Albert conforme a la moda de las biografías espirituales, sobresale también la encarnación del pecado en la figura del protagonista en clara sintonía con el contenido moral de la literatura de Richard Baxter. En *A Call to the Unconverted*, publicada en 1659, el escritor religioso inglés advierte al pecador general del trágico fin que le espera de no reformarse y convertirse a la palabra de Dios. Así, en una serie de puntos recogidos en tres sermones que, sorprendentemente siguen los pasos del proceso de conversión según se desarrollan en las biografías espirituales, Richard Baxter fija la senda religiosa seguida por James Albert.

De esta manera, tanto falta de fe del protagonista, así como sus acciones al comienzo de la narrativa, son objeto de alarma desde los postulados ideológicos de Richard Baxter, quien apela a la reforma espiritual de todo pecador diciendo “once more, in the name of the God of heaven, I shall do the message to you which he hath commanded us, and leave it in these standing lines to convert you or to condemn you; to change you, or to rise up in judgment against you, and to be a witness to your faces, that once you had a serious call to turn” [una vez más, en el nombre del Dios de los Cielos, te haré llegar el mensaje que nos ha mandado, y lo dejaré en estas mismas líneas para convertirte o condenarte; para cambiarte, o para hacer juicio en tu contra, y para que sean testigo ante todos, que una vez tuviste una seria advertencia para cambiar]. Posteriormente, el teólogo inglés volverá sobre las consecuencias de su conversión y los peligros de no actuar de

manera cristiana, algo que James Albert seguirá a rajatabla y que se nos mostrará en diferentes episodios como el referente a la caridad, “I had always a propensity to relieve every object in distress as far as I was able, I used to give to all that complain'd to me” [siempre sentía la obligación de ayudar a todas las personas necesitadas tanto como me fuese posible, solía dar a todo el que me lo pedía]. Por último, Richard Baxter finaliza su texto evidenciando el placer experimentado por Dios cuando el pecador abraza la esperanza de la salvación, una situación que lleva al autor de la narrativa a cerrar su relato contribuyendo con su postura —y la de su familia— a tal felicidad, “waiting patiently for his gracious call, when the Lord shall deliver us out of the evils of this present world and bring us to the Everlasting Glories of the world to come” [esperamos pacientemente su dichosa llamada, cuando el Señor nos libraré de los males de este mundo y nos llevará a la gloria eterna del mundo que nos espera].

Pese a que, con total seguridad, las influencias literarias protestantes de las que se nutre la narrativa excedan los textos de estos dos autores puritanos señalados, lo cierto es que el estrecho diálogo establecido entre la narrativa y sus obras pone de relieve la importancia que alcanza la literatura de corte religioso en la época. Según puede observarse, más allá del propósito calvinista que contenía el relato, la selección de relatos de conversión y autobiografías espirituales como patrón creativo ofrecía a los agentes implicados en la publicación una serie de ventajas. Por un lado, como afirma Sinanan, “with its teleological plot the spiritual autobiography provided a framework within which to narrate the slave’s humanity and potential for Christian salvation” [con su argumento teológico la autobiografía espiritual proporcionaba un marco en el cual narrar la humanidad del esclavo y la potencial salvación cristiana] (2007: 63). Por otro, el peso de esta tradición cristiana de carácter moralizante en el mercado literario garantizaba el éxito económico de la narrativa. Del análisis de las ventas de la obra de James Albert en las décadas posteriores a su publicación, Sinanan subraya la importancia del género escogido, pues el hecho de que la narrativa del esclavo viese doce ediciones en Gran Bretaña y tres en Norteamérica demuestra la efectividad derivada de confeccionar y promocionar la autobiografía del esclavo como narrativa espiritual (2007: 63). Tal es la importancia de esta consciente labor creativa que el mismo crítico sostiene que no es sino “the adaptation of the genre to tell the slave’s story [that] enabled the slave to enter the western literary tradition” [la adaptación del género para contar la historia del esclavo [la

que] permitió al esclavo entrar dentro de la tradición literaria occidental] (Sinanan, 2007: 63).

No obstante, el atractivo de la obra reside a su vez en la asimilación de otros géneros literarios de gran notoriedad en la época. Dentro las distintas tradiciones que tienen reflejo en la narrativa, destacan por su extensión las aventuras marinas y los relatos de aventuras. Es por ello que, en el estudio de la narrativa, merecen mención propia las distintas escenas que acontecen en alta mar, así como las variadas situaciones que dan acción a la obra, a las que se ve expuesto James Albert durante la historia.

2.5.3.3. —Relatos de aventuras marinas

Parece ser algo común a estas primeras narrativas de esclavos la inclusión de distintas peripecias que tienen lugar a bordo de navíos. Como vimos, el comienzo de las andanzas de Briton responde a la captura de los indios tras el naufragio de su embarcación después de la negativa del capitán a aligerar peso. Su vida queda tan ligada a los mares desde ese momento que, atendiendo al constante movimiento posterior por el Atlántico, será un barco el lugar donde se reencuentre con su amo. Arthur, por su parte, nos muestra la faceta más amable y dura a la vez del mundo en alta mar. Si bien se intuye de sus correrías la gran libertad que suponía para un esclavo negro la vida en el mástil, también se pone de relieve la posibilidad de una condena en galeras. No obstante, frente a la importancia que adquieren las aventuras marinas en la primera narrativa del género angloafricano, la obra de Arthur las recoge como simple apunte biográfico necesario para establecer una visión global de la disoluta vida del delincuente negro, pues como John Richetti señala respecto a la figura del criminal en su trabajo *Popular Fiction Before Richardson*, los datos referentes a su vida aportan sentido y consecuencia a una existencia “of moral miscalculation” [de error de cálculo moral] (1969: 25).

James Albert, siguiendo la estela dejada por el primer autor del género, consolida el empleo de estos lances oceánicos en la narrativa. La obra de este tercer autor negro tiene el privilegio de sentar las bases de lo que se convertirá en una convención literaria dentro de muchos de los textos del género: el relato del *middle passage* o travesía atlántica. Este largo viaje, que enlazaba económicamente las costas de África con las de América, suponía para muchos africanos capturados el primer contacto con el mar, entre

ellos, James Albert²³¹. De acuerdo con Oana Cogeanu en «Creating the Norm: The African-American Literary Tradition», la clave literaria de esta travesía radica en la continuidad lógica que aporta al relato de los autores negros. De esta manera, el barco se convierte en un espacio de encuentro cultural en medio de dos mundos radicalmente opuestos, que muestra que “the slaves on the ship are neither in Africa, nor in America; they are suspended in the limitlessness of the ocean, in a space in between” [los esclavos del barco no están ni en África ni en América; están suspendidos en la infinitud del océano, en un espacio entre medias] (2012: 25).

Esta interpretación de Cogeanu adquiere relevancia dentro de la narrativa de James Albert. A pesar de que Hanley únicamente señale los mareos como elemento distintivo de la experiencia del autor durante la travesía atlántica, es a bordo del barco que da comienzo el proceso de aculturación del joven esclavo (2014: 6). No solo es allí donde James Albert deja su apariencia africana para vestirse a la manera europea, sino que es durante el tiempo del viaje que el autor entra en contacto por primera vez con el saber occidental representado mediante el libro, cuando nos dice que el capitán “used to read prayers in public to the ship's crew every Sabbath day; and when first I saw him read, I was never so surprised in my whole life as when I saw the book talk to my master; for I thought it did, as I observed him to look upon it, and move his lips” [solía leer oraciones en público para la tripulación del barco todos los sábados; y cuando le vi leer por primera vez, en mi vida había estado tan sorprendido como cuando vi que el libro le hablaba a mi amo, pues pensé que lo hacía, al ver que lo miraba y movía los labios]. No obstante, este primer acercamiento cultural se sostiene y defiende en la obra desde una doble perspectiva. Por un lado, esconde los motivos económicos de la travesía y resalta las bondades del proceso civilizador sobre los africanos. Por otro, descubre la palabra de Dios y la esperanza de la salvación a los pobres esclavos, por lo que no resulta sorprendente que libro que deja maravillado a James Albert sea la Biblia.

La amena descripción de la travesía en la narrativa se configura entonces como una empresa económica y una labor cristiana (Cogeanu, 2012: 26). Sin embargo, el énfasis de James Albert sobre el lado religioso de tal conveniente asociación hará, como acertadamente apunta Hanley, que “this depiction was severely at odds with those given later by Equiano and Cugoana, whose visceral accounts of the ‘absolutely pestilential’

²³¹ Para una información más detallada sobre la travesía atlántica, véase Sowande’ M. Mustakeem (2016). *Slavery at Sea. Terror, Sex, and Sickness in the Middle Passage*. Urbana: University of Illinois Press.

lower decks of slave ships and the abuses committed by the ‘dirty filthy sailors’ proved such potent weapons in the mobilisation of public sentiment against slavery” [esta representación choque con aquellas ofrecidas más tarde por Equiano y Cugoano, cuyos viscerales relatos de unas bodegas ‘verdaderamente pestilentes’ en los barcos esclavistas y los abusos cometidos por los ‘sucios y mugrientos marineros’ probaron ser un arma de gran potencia en la movilización del sentimiento público en contra de la esclavitud] (2014: 6).

En cualquier caso, independientemente de lo agradable del viaje, resulta innegable reconocer que la travesía atlántica amplía la visión del esclavo, pues ayuda a James Albert a tomar conciencia de dos maneras distintas de concebir el mundo. Esta ventaja cultural, es fundamental para Paul Gilroy, ya que como se desprende de su obra *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, permite al africano articular astutamente un espacio cultural propio en tierras americanas dentro del discurso blanco imperante (2002). A la luz de su trabajo, adquiere sentido la silenciosa labor compositiva de James Albert en la narrativa, pues sus silencios y manipulaciones nos hablan de una estrategia literaria oculta a los intereses de los agentes calvinistas implicados en su publicación, pero evidente a los ojos de sus compañeros de esclavitud. Así, tras el análisis de la figura del autor en la obra, esta situación es resumida por Cogeanu cuando explica que “in assimilating and the transgressing the Westcentric norm, Africa-Americanness establishes itself as a reactive norm” [al asimilar y transgredir la norma centrada en occidente, lo afroamericano se establece a sí mismo como una norma reaccionaria] (2012: 29).

Aun así, pese a la importancia que reviste este viaje dentro de la narrativa, las aventuras de James Albert en alta mar no terminan con la travesía atlántica. Ejemplo de otros lances marinos recogidos en la obra es el viaje que el autor realiza para saldar las deudas contraídas tras la muerte de la familia Frelinghuysen. En esta expedición corsaria anteriormente señalada, James Albert ofrece un valioso testimonio sobre la vida en el barco para un hombre de color. Como señala Bolster, hasta finales del siglo dieciocho, muchos eran los oficios reservados a los marineros negros, de ahí que los datos sobre las tripulaciones de la época reiteren que “blacks frequently filled special billets as cooks, officers’ servants, or musicians, reinforcing their distinction from the seamen proper” [los negros frecuentemente cubrían ciertos puestos de cocineros, criados de los oficiales o músicos, reforzando la distinción con los marineros de verdad] (1997: 32). No resulta

sorprendente entonces que, amenazado por el joven caballero al que debe dinero y con el miedo de ser nuevamente esclavizado, James Albert se vea obligado a enrolarse en un navío al servicio de un capitán amigo de su acreedor —cuyo nombre no se explicita en el texto— en calidad de cocinero.

De acuerdo con Bolster, este particular empleo en el barco ayuda a entender el mal trato que experimenta el autor por parte del resto de la tripulación cuando reconoce “I met with many enemies, and much persecution, among the sailors” [me topé con muchos enemigos y sufrí gran persecución entre los marineros]. Si bien estos oficios marinos posibilitaban la oportunidad de ganar dinero a muchos hombres negros, también reforzaban los estereotipos raciales. Los prejuicios resultantes contra los mencionados gremios hacían recelar a muchos marineros de los individuos que los desempeñaban, en su mayoría, angloafricanos. Así, como seguramente comprobase James Albert, a la mala reputación que acompañaba a los cocineros, a quienes se tenía por “dishonest, filthy, or neglectful of their duty” [deshonestos, sucios o desatentos a su tarea], se sumaba además el miedo a que un cocinero negro pudiese envenenar al resto de navegantes (1997: 82).

Además de la información proporcionada en torno a la figura del negro en alta mar, la naturaleza corsaria del viaje sirve para acercarnos de primera mano a lo que debía ser habitual en estas expediciones. Gracias al relato de la triste muerte del joven caballero a manos del capitán del barco de James Albert, sabemos del trato obsequiado a los prisioneros. La pena que siente el autor al conocer la aciaga sentencia que aguarda al caballero cuestiona el proceder que debía ser rutinario en estos casos, pues una vez queda el prisionero desprovisto de toda riqueza, y sin más que poder ofrecer para saciar la codicia de los marineros, se le ajusticia sin compasión alguna. Así, termina su anécdota explicando que el capitán “put his barbarous design into execution, for he took him on shore with one of the sailors, and there they shot him” [finalmente llevó a cabo su cruel intención, ya que le llevó a tierra con uno de los marineros, y allí le dispararon].

No obstante, el desarrollo de estos lances atiende a un propósito claro. Frente a la mencionada superficialidad con la que se articulan las aventuras marinas en la obra de Arthur, la narrativa de James Albert reivindica su potencial literario de manera similar a como hiciese Briton en su relato. Así, de igual forma que su predecesor ensalzase los milagros de la Providencia divina con un pobre negro tras la captura india que sigue al encallamiento de su embarcación cerca de las costas de Florida, James Albert no solo pondrá de manifiesto los prodigios de Dios en las eventualidades surgidas en alta mar,

sino también el castigo para aquellos que renieguen de sus designios. Pese a ello, es necesario aclarar en este punto que el empleo religioso de las aventuras marinas, según aparece en la narrativa de James Albert, no era novedoso. La tradición providencialista que recorre los lances en alta mar del esclavo se apreciaba con frecuencia en los relatos de naufragios y percances marinos de la época. Una comparativa entre algunos de estos relatos, compilados en obras como *Mr. James Janeway's Legacy to his Friends, Containing Twenty Seven Famous Instances of Gods Providences in and about Sea Dangers and Deliverances* [El legado de James Janeway a sus amigos, que contiene veintisiete famosos ejemplos de las Providencias de Dios en y sobre peligros y rescates marinos], publicada en 1674 por James Janeway, y más conocida popularmente como *A Token for Mariners* [Un aviso para marineros], nos pone en sobre aviso al respecto.

El relato número diecisiete de James Janeway nos muestra uno de los posibles modelos que pudieran haber servido de referencia para las aventuras marinas de la narrativa. Esta historia recoge el testimonio de un amigo del autor, un tal Abraham Darby, el cual relata en tercera persona lo acontecido en un viaje realizado de Barbados a Virginia con una criada irlandesa. De acuerdo con sus palabras, los imprevistos que pusieron a la tripulación en grandes aprietos durante toda la travesía eran obra de esta mujer, la cual aparece descrita en el texto como a “vile person” [persona malvada]. Así, no es hasta que la mujer es castigada por sus maleficios que la tripulación encuentra reposo y puede continuar hacia su destino. De la intervención de la Providencia en el castigo se nos dice que “this Great black Thing Vanished, the water seeming like Fire all round, and made a great Sea and Noise: and when the men came to their selves, they looking for the Woman, found her Dead; and after they had flung her over Board, they had a brave Wind and Weather and got safe to Plimmouth in New-England” [esta gran cosa negra se esfumó, el agua alrededor parecía fuego, y creó una fuerte marejada y ruido: y cuando los hombres volvieron en sí, al buscar a la mujer, la encontraron muerta; y después de arrojarla por la borda, se encontraron con un viento y un tiempo favorable y llegaron a salvo a Plimmouth en Nueva Inglaterra].

De esta forma, si bien la experiencia de James Albert aparece narrada en primera persona autobiográfica, lo cierto es que su desarrollo es muy similar al relato recogido por James Janeway. Al igual que sucede entre la tripulación y la mujer irlandesa en la historia de Abraham Darby, el autor experimenta grandes dificultades durante el tiempo que pasa en el barco debido a un marinero que “studied ways to vex and teaze me”

[maquinaba constantemente nuevas formas de molestar y fastidiarme]. No es entonces hasta que este hombre muere en combate que James Albert recobra la paz, un suceso que recuerda claramente a la intervención divina del relato de aventuras marinas anterior al concluir que “what is remarkable he was the first that was killed in our engagement. —I don't pretend to say that this happen'd because he was not my friend; but I thought 'twas a very awful Providence to see how the enemies of the Lord are cut off” [lo que es curioso es que él fue el primero en ser asesinado en el combate. —No es mi intención decir que esto sucedió porque no era mi amigo; pero sí creí que fue una terrible Providencia ver cómo los enemigos del Señor fueron cercenados]. Sin embargo, ante la grandiosidad de este episodio, el mayor agravio que sufre James Albert no será la dura convivencia junto al resto de marineros en ese viaje, sino el robo del dinero ganado en los mares por parte del acreedor a su vuelta a Nueva York.

Pese a ello, las menciones a la Providencia en las expediciones marinas del autor se mantienen a lo largo del relato. Una vez se decide a buscar a Whitefield en Inglaterra, James Albert se enlista en el vigésimo octavo Regimiento de Tierra a las órdenes del almirante George Pocock y, después de la toma de La Habana en agosto de 1762, se le deja marchar y consigue ingeniárselas para llegar al país europeo al año siguiente. No obstante, el autor reniega de cualquier mérito personal en su llegada a Inglaterra y nos explica que únicamente “wish'd continually that it would please Providence to make a clear way for me to see this Island” [deseaba constantemente que fuese voluntad de la Providencia allanarme el camino para ver tal isla]. De esta forma, entre prisioneros de guerra españoles hasta España, y luego entre prisioneros ingleses hasta Inglaterra, James Albert alcanza suelo británico en 1763 (Hanley, 2014: 9).

2.5.3.4. —Relatos de aventuras

Sin embargo, las aventuras del autor comienzan mucho antes en la narrativa. Estas aventuras que, según Starling, producen en su conjunto una tensión permanente en el desarrollo de la historia, se extienden más allá de los sucesos marinos (1988: 65). Nada más dar comienzo a su relato y en tierra firme, el joven decide emprender un viaje por África hacia lo desconocido. El ansia espiritual de James Albert se ve alentado por un mercader que ofrece saciar su sed de conocimientos, para lo cual el comerciante promete llevar consigo al autor hasta la costa. El viaje, que se desarrolla bajo la constante amenaza

de muerte de James Albert por parte del socio de este mercader, supone una aventura en sí, pues más allá de los interrogantes religiosos que lo motivan, nos muestra el entusiasmo que los nuevos lugares producen en el joven negro. De esta forma, nos relata el asombro que siente cuando descubre algo novedoso, tal y como se observa en la descripción del valle por el que pasan de camino hacia el mar, al decir del mármol que lo flanquea que “it is most of it veined with gold mixed with striking and beautiful colours; so that when the sun darts upon it, it is as pleasing a sight as can be imagined” [la mayoría es vetado en oro mezclado con impactantes y hermosos colores; de tal forma que cuando el sol incide sobre él, es uno de los más agradables espectáculos que se puedan imaginar].

Estos descubrimientos nos encaminan a considerar la probable presencia de una literatura de viajes y exploración en la narrativa que, según Blyden Jackson en la introducción a *A History of Afro-American Literature. The Long Beginning, 1746-1895*, tenía mucho impacto en los gustos culturales occidentales (1989: 51). Al analizar la obra de James Albert, Jackson se da cuenta de que el autor no solo viaja, pues al enfrentarse a realidades desconocidas para él, también explora (1989: 52). De acuerdo con el estudioso, esta tradición justificaría el detalle de ciertas descripciones referentes tanto a los nuevos lugares que visita, como a las costumbres africanas de su país mencionadas en la narrativa. Tal situación se observa, por ejemplo, en la información recogida sobre los árboles bajo los que la gente de Borno reza, de los cuales nos cuenta que

“the beauty and usefulness of them are not to be described; they supply the inhabitants of the country with meat, drink and clothes; the body of the palm tree is very large; at a certain season of the year they tap it, and bring vessels to receive the wine, of which they draw great quantities, the quality of which is very delicious: the leaves of this tree are of a silky nature; they are large and soft; when they are dried and pulled to pieces it has much the same appearance as the English flax, and the inhabitants of Bournou manufacture it for cloathing &c.” [su belleza y utilidad no pueden describirse; proporcionan a los habitantes del país carne, bebida y ropas; el cuerpo de la palmera es muy grande; en cierta estación del año lo sangran, y traen recipientes para recoger el vino, del cual obtienen grandes cantidades, y cuya calidad es deliciosa: las hojas de este árbol son de un natural sedoso; son grandes y suaves; cuando están secas y hechas pedazos tiene casi la misma apariencia que el lino inglés, y los habitantes de Bournou lo manufacturan para ropa, etc.].

El interés por lo exótico, que todavía genera atención para finales del siglo dieciocho gracias a obras como la de Mary Kingsley, *Travels in West Africa* (1897), sirve en la narrativa —además de reclamo— como prueba de la necesidad de civilización de

unos pueblos privados al mismo tiempo de valores espirituales y materiales. Este propósito civilizador tan característico de la literatura de los siglos posteriores, que se halla presente de manera evidente en la obra de James Albert, tiene como antecedente los textos nacidos al calor de las recientes expediciones globales, y abarca durante aquellos años, como indica Jackson, no solo “the actual tales of actual travel in circulation, but also in the fictitious travel associated with such literary tours de force” [los propios relatos de viajes en sí que estaban en circulación, sino también los viajes ficticios asociados a tales hazañas] (Jackson, 1989: 51).

De acuerdo con Henry Louis Gates Jr., en «Introduction: The Talking Book», una de estas obras representativas de este espíritu de aventura civilizador reviste gran calado en la confección del relato de la narrativa. Willem Bosman, en la *New and Accurate Description of the Coast of Guinea* publicada en 1704, ofrece una visión global —si bien ciertamente personal— de la geografía y las tradiciones de esta parte del continente africano. Basándose en las conclusiones arrojadas por su propia experiencia, o en el relato de terceros residentes en la zona, Bosman da cuenta de diversos elementos de la cultura de la Costa del Oro gracias a su empleo como oficial holandés en el fuerte de Elmira (1998: 9). En sus descripciones de los ashanti, pueblo que habitaba la zona conocida entonces como Guinea o Costa del Oro, correspondiente a la actual Ghana, Bosman escribe sobre algunas de las creencias y prácticas religiosas de estos africanos. Entre toda la información religiosa que ofrece la obra, destaca el relato del mito ashanti de la creación del hombre,

“great part of the Negroes believe that man was made by Anansie, that is, a great Spider: the rest attribute the Creation of Man to God which they assert to have happened in the following manner: They tell us, that in the beginning God created Black as well as White Men; thereby not only hinting but endeavouring to prove that their race was as soon in the World as ours; and to bestow a yet greater Honour on themselves, they tell us that God, having created these two sorts of Men, offered two sorts of Gifts, viz, Gold, and the Knowledge of Arts of Reading and Writing, giving the Blacks, the first Election, who chose Gold and left the Knowledge of Letters to the White. God granted their Request, but being incensed at their Avarice, resolved that Whites should for ever be their Masters, and they obliged to wait on them as their slaves” [gran parte de los negros creen que el hombre fue creado por Anansie, esto es, una gran araña: el resto atribuye la creación del hombre a Dios, la cual aseveran que ocurrió de la siguiente manera: nos dicen que al principio Dios creó tanto al hombre negro como al blanco; así no solo dan a entender sino que se aventuran a

demostrar que su raza llegó al mundo a la vez que la nuestra; y todavía para otorgarse un mayor honor a sí mismos, nos dicen que Dios, después de haber creado estos dos tipos de hombres, les ofreció dos tipos de regalos, *viz*, oro y el conocimiento de las artes de la lectura y de la escritura, dando a los negros la opción de elegir primero, los cuales escogieron el oro y dejaron el conocimiento de las letras al hombre blanco. Dios concedió su deseo, pero enfurecido por su avaricia, estipuló que los blancos fuesen sus amos para siempre, y les obligó a servirles como esclavos].

La lectura de este pasaje permite a Gates Jr. una revisión crítica del momento en que James Albert se despoja de sus vestimentas africanas en favor de las occidentales. Según el estudioso, consciente de la condena que arrastra su raza por la elección del oro, el joven esclavo intenta dejar atrás el objeto que le supedita al poder del hombre blanco. De esta manera, los esfuerzos del autor irán encaminados —en línea con el propósito literario del tropo del *talking book*— a asimilarse dentro de la sociedad y cultura colonial europea. Por este motivo, Gates Jr. aclara que James Albert “eschewed the temptation of his gold chain and all that it signified, and sought a fluency in Western languages through which he could remake the features and color of his face” [evita la tentación de su cadena de oro y todo lo que significaba, y desea una fluidez en las lenguas occidentales que le permita reconstruir los rasgos y el color de su cara] (1998: 10).

No obstante, si bien Gates Jr. dota de sentido a los momentos clave del relato desde esta perspectiva —consecución libertad, conversión religiosa y matrimonio con una mujer inglesa—, lo cierto es que esta deuda literaria de la narrativa plantea ciertos interrogantes (1998: 7). Pese a que existe la posibilidad de que James Albert conociese las prácticas religiosas de los ashanti, el escaso tiempo que pasa en la Costa del Oro, así como su formación teológica musulmana, lleva a considerar este trasvase literario entre obras en tanto que posible referencia bibliográfica consciente. Ahora bien, que el empleo del texto de Bosman en la narrativa obedezca al juego de apariencias orquestado por James Albert, o a una manipulación de los agentes blancos implicados en la edición del texto, es algo todavía difícil de dilucidar²³².

²³² Frente a la seguridad que tenemos sobre la erudición de otros autores posteriores como Ottobah Cugoano o Olaudah Equiano, cuyo saber literario se muestra a modo de referencias y citas literales a lo largo de sus obras, poco sabemos de los conocimientos generales de James Albert más allá del campo de la teología Henry Louis Gates, Jr. (1998). (1998). «Introduction: The Talking Book». En Henry Louis Gates, Jr. y William L. Andrews (eds.), *Pioneers of the Black Atlantic. Five Slave Narratives from the Enlightenment, 1772-1815*. Washington: Counterpoint, pág. 20.

Por todo ello, si bien se observa que la narrativa no nace como relato de viajes, sí que es necesario resaltar la influencia de este género para reforzar los propósitos ideológicos bajo los que se concibe la obra de James Albert. De esta manera, el peso dejado por Bosman en la narrativa se dejaría ver dentro del relato del angloafricano — entre otras cosas— en el halo de superioridad europea del que hace gala el autor frente a la inferioridad de sus paisanos, el cual atiende —según los postulados calvinistas— a su ventajosa posición como individuo cristiano elegido por Dios entre los paganos (Harris, 2005: 50).

2.5.3.5. —Relatos de cautivos

No obstante, todas las aventuras de la narrativa, independientemente del lugar donde tienen lugar, presentan un elemento vertebrador común. De igual forma que experimenta rechazo en su periplo oceánico, tanto en África como en Inglaterra James Albert deberá hacer frente de manera continuada a la perfidia humana (Starling, 1988: 61). Esta perversidad, que se aprecia en los engaños que el autor sufre a lo largo de toda la obra, no solo sirve para explicar la falta de ayuda en Inglaterra, sino que además da cabida en el relato a otra tradición literaria de gran popularidad en la época, los relatos de cautivos. Rafia Zafar en *We Wear the Mask. African Americans Write American Literature, 1760-1870* da cuenta de la importancia del género cuando explica que

“in the seventeenth and eighteenth centuries the captivity narrative and its precursor, the conversion narrative, were the main forms of written entertainment for Anglophone settlers in the New England colonies. Novels were still in their infancy, and as a pastime novel reading was looked upon as a pleasure-seeking and immoral practice. Therefore, people read what was available —generally uplifting narratives of Christian life, conversion experiences, or their close American relatives, the captivity tales” [en los siglos dieciséis y diecisiete la narrativa de cautivos y su precursora, la narrativa de conversión, eran las formas de entretenimiento escrito para los colonos anglófonos en las colonias de Nueva Inglaterra. Las novelas todavía se encontraban en su infancia, y como pasatiempo la lectura de novelas se tenía por una búsqueda de placer y una práctica inmoral. Por ello, la gente leía lo que estaba a su alcance —generalmente inspiradoras narrativas de vida cristiana, experiencias de conversión, o sus parientes cercanos americanos, los relatos de cautivos] (1997: 4).

Dentro de este panorama literario, la narrativa de James Albert es nuevamente pionera, pues recoge por primera vez el relato de la infancia del protagonista y sitúa su apresamiento en el continente africano. Starling señala al respecto que “the narrative has the distinction among the slave narratives of being the first of only four autobiographies of American Negro slaves containing accounts of the author’s own experiences in Africa” [la narrativa ostenta la distinción entre las narrativas de esclavos de ser la primera de solo cuatro autobiografías de esclavos negros americanos que contiene referencias a las experiencias propias del autor en África] (1988: 59). Esta novedad permite a su vez la inclusión de un tipo de cautiverio nunca antes empleado en las anteriores obras del género angloafricano. Si bien hasta el momento los personajes de estas obras habían sido víctimas de captores indígenas o extranjeros, la narrativa abre la puerta a un cautiverio entre iguales negros. De este modo, se observa en la obra que James Albert es apresado por un rey africano a su llegada a la Costa del Oro, pues su presencia genera miedo entre la élite del lugar ante el temor a que hubiese sido enviado como espía por su familia. Sin embargo, a pesar de que inicialmente el monarca negro sentencia al joven a la pena capital, termina apiadándose de él y conmuta tan extrema decisión por su venta. Así, nos dice James Albert al respecto que el rey “sat me down and blest me; and added that he would not kill me, and that I should not go home, but be sold for a slave” [me sentó y me bendijo; y añadió que no iba a matarme, y que no debía irme a casa, sino ser vendido como esclavo].

Como se observa en el pasaje, el logro de este breve cautiverio —que pasa casi desapercibido dentro del conjunto del relato—, no radica entonces en su desarrollo, sino en los personajes implicados. Su principal valor literario reside en el hecho de que justifica la posterior esclavitud del protagonista en el Nuevo Mundo como consecuencia directa de las acciones de los propios africanos en su tierra natal. Esta situación, que elimina la culpa de los esclavistas europeos, se sitúa en línea con el pensamiento calvinista imperante en la narrativa. Así, la esclavización de James Albert en la obra supone a la vez su salvación física, al librarle de las manos del rey africano, y espiritual, en tanto que evita su condena eterna por ser pagano. Por este motivo, aunque Gould sostiene que pese a la “strong ties to evangelical interests, *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukasaw Gronniosaw an African Prince (1772)* is arguably the first narrative that directly addresses the evils of slavery” [fuerte conexión con intereses evangélicos, *La Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James*

Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano (1772) se podría tener por la primera narrativa que aborda los males de la esclavitud] (2007: 15), lo cierto es que la obra guarda mayor relación con los discursos en favor de la esclavitud de la época que con la literatura del emergente movimiento abolicionista (Hanley, 2014: 5). De esta manera, no parece tener sentido la búsqueda en la narrativa de una posible huella de los géneros que sostienen al abolicionismo —normalmente ensayísticos o periodísticos— más allá de las insinuaciones contenidas en las obras de sus predecesores negros²³³.

En cualquier caso, la esclavitud presente en la obra de James Albert actúa siguiendo el mismo patrón que los relatos de cautivos: la liberación de los prisioneros, así como la manumisión de los esclavos, conducen a la conversión cristiana de sus protagonistas. Por este motivo, Potkay afirma que “these narratives of ‘surprising conversion’ —whether they are cast as sailors’ tales, accounts of Indian captivity, or allegorical romances— all tend to express a Calvinist world view of election and grace; of saints and sinners; of the just workings of providence through human misery and delight” [estas narrativas de ‘sorprendente conversión’ —tanto si se trata de historias de marineros, relatos de cautiverio indio, o novelas alegóricas— todas tienden a mostrar la visión calvinista del mundo de elección y gracia; de santos y pecadores; de las justas obras de Providencia a través de la miseria humana y el placer] (1995: 8). No obstante, a pesar de que el relato del esclavo no se aleja de tal fin, la peculiar naturaleza negra del protagonista parece marcar distancias entre toda esta literatura señalada y su narrativa.

Por este motivo, una vez analizadas las deudas del texto con las tradiciones literarias del momento, cabe indagar ahora sobre la posible influencia del género picaresco en la obra de James Albert. Los resultados de esta búsqueda serán fundamentales a la hora de determinar el carácter picaresco o no del relato pues, al igual que sucedía en las dos narrativas precedentes, existen ciertos rasgos que parecen remitir a la novela española. De esta forma, pasaremos ahora a analizar tales elementos desde una perspectiva de trasvase entre tradiciones literarias con el fin de postular un posible impacto de las letras hispanas en la narrativa de James Albert.

²³³ Es en torno al año de publicación de la narrativa de James Albert que surgen las primeras obras propiamente imbuidas del espíritu del debate abolicionista, entre cuyos títulos más destacados se encuentran las obras de Anthony Benezet, *Some Historical Account of Guinea* (1771), James Ramsay, *Essay on the Treatment and Conversion of the African Slaves in the British Sugar Colonies* (1784), o Gordon Tumbult, *Apology for Slavery* (1786) (Gates Jr., 1998: 14).

2.5.4. La tradición picaresca en la obra de James Albert Ukasaw Gronniosaw

Frente a la reiterada consideración de ciertos aspectos presentes en las dos narrativas precedentes como picarescos, no existe mención, insinuación o huella reconocida hasta el momento que aúne la narrativa de James Albert con la novela hispana por parte de la crítica. Mientras que el crisol de influencias literarias señalado y analizado por los estudiosos es amplio, pues como afirma Gould, “the source of their appeal lay in a number of factors: an evangelical reading market, the motifs of captivity and enslavement, the allure of sea narrative and high adventure, and, often, the allure of the exotic” [el motivo de su interés radicaba en múltiples factores: un mercado de lectura evangélico, los asuntos del cautiverio y de la esclavitud, el encanto de las narrativas marinas y de las grandes aventuras, y, a menudo, el encanto de lo exótico] (2007: 21), todavía falta un estudio de la posible huella del género español por excelencia en la obra. No obstante, esta necesidad no atiende a un antojo puntual u oportunista nacido de un capricho comparativista aleatorio. La revisión de la narrativa desde la lente picaresca se postula como una tarea crítica pendiente dentro del género angloafricano. La falta de un análisis exhaustivo de la posible influencia de otros géneros europeos de lengua no inglesa en los textos del periodo en que James Albert publica su obra hace necesario insistir en un panorama más amplio de trasvases entre tradiciones europeas del que dan cuenta escritores británicos como Daniel Defoe²³⁴. Ni que decir tiene entonces la obligación del estudio de la novela picaresca entre los géneros que pudieran haber dejado su sello en la narrativa, una tarea que está de por sí justificada dada la gran popularidad de la que gozaban las obras españolas entre el público lector anglosajón de la época (Parra Alonso, 2017: 92-93).

Esta situación obliga a reconsiderar entonces varios de los elementos constitutivos de la narrativa —tanto formales como temáticos— con el fin de valorar su relevancia compositiva desde una perspectiva literaria más amplia que incluya ahora a la picaresca. No se busca ofrecer con ello una respuesta taxativa en torno a la génesis o factura de los rasgos que integran la obra de James Albert, sino más bien ensanchar y complementar las distintas aproximaciones críticas que los explican. De esta forma, cualquier similitud o deuda aparentemente existente entre la narrativa y la novela picaresca deberá ser entendida dentro del variopinto panorama literario surgido de la mezcla de géneros

²³⁴ Para más información sobre la factura picaresca de la novela de Defoe, véase Andrés Ferrada (2003). «La textura picaresca y meta-picaresca en *Moll Flanders* de Daniel Defoe», *Signos*, 36, 54, pp. 177-182.

Europeos adaptados a la nueva realidad americana. De igual forma en que Richetti afirma para la ficción popular inglesa de principios y mediados del siglo dieciocho que “the sheer formal variety (chaos perhaps) which exists among the prose fiction of the period has led scholars to attempt to impose some kind of generic pattern upon the chaos and to invoke traditional external categories such as picaresque, epistolary, romance, imaginary voyage, etc.” [la absoluta variedad formal (caos quizá) que existe entre la prosa de ficción del periodo ha llevado a los académicos a tratar de imponer algún tipo de patrón genérico sobre el caos y apelar a categorías externas tradicionales como picaresca, epistolar, romance, viaje imaginario, etc.], observaremos aquí si, además de los repetidos calificativos genéricos otorgados a la naturaleza de la obra, se puede añadir el de relato picaresco (1969: 6). Con este objetivo, volveremos de nuevo a rastrear la posible presencia de los rasgos señalados por Fernando Lázaro Carreter en «Para una revisión del concepto novela picaresca» como distintivos de la novela española dentro de la narrativa de James Albert entendiéndolo, no obstante, que el trasvase entre ambas tradiciones puede no ser directo o meramente coincidente. De esta manera, siguiendo el proceder establecido previamente para las obras de Britton y Arthur, evaluaremos la batería de rasgos característicos de la picaresca fijados por Lázaro Carreter que tengan reflejo en la obra (1970).

Dentro de los rasgos temáticos que se desprenden del par Lázaro-Guzmán, destaca en primer lugar la naturaleza marginal u *outsider* del protagonista. En línea con los postulados de Claudio Guillén en «Toward a Definition of the Picaresque», Lázaro Carreter describe al pícaro a modo de marginado. Esta particular idiosincrasia de los protagonistas de las novelas españolas viene determinada en los textos picarescos con la presentación de su origen. En todos los textos picarescos, la ignominia asociada a la persona del héroe proviene de la bajeza de su nacimiento. De este modo, la única herencia que recibe el pícaro —además de biológica— es, en este caso, social.

Este carácter distintivo de todos los personajes del género que, como vimos, fue señalado inicialmente por Chandler (1899), determina desde las primeras páginas las posibilidades de desarrollo literario del protagonista de las novelas hispanas. El condicionamiento del pícaro en función a su ascendencia es destacado por Molho dentro de los relatos hispanos, cuando afirma en *Introducción Al Pensamiento Picaresco* que, de igual manera que “el honor se hereda [...], el antihonor también se hereda. De tal padre,

tal hijo. El pícaro nacido de padres viles está llamado a no ser más que lo que su linaje le permite ser [...]. Su destino será la abyección” (1972: 24).

Con el objetivo de explicar la vileza de cada héroe, Lázaro Carreter hace un repaso del corpus picaresco reseñando la procedencia del estigma. El análisis del bajo estatus de los distintos personajes le permite observar que la explicación de la marginalidad del pícaro proviene siempre de sus antepasados, en cuya identificación el autor llega a remontarse, en algunos casos, a varias generaciones anteriores. Así, si bien Lázaro y Guzmán únicamente se retrotraen a su familia más inmediata a la hora de postular la vileza de su origen, en *La pícara Justina* (1605) la protagonista volverá la vista hasta sus tatarabuelos en la configuración de la marginalidad de su estirpe²³⁵.

Así las cosas, la figura de James Albert no comparte la nefasta herencia social que reciben los personajes picarescos. Frente al pícaro, el héroe de la narrativa proviene de la estirpe real africana que gobernaba en Borno. Así, tras señalar el lugar de nacimiento, James Albert hace referencia al honor que envuelve su venida al mundo siguiendo el proceder postulado en la novela española para los casos opuestos, pues el protagonista retoma la línea familiar desde sus antepasados directos con el fin ahora de dar cuenta de su ventajosa situación inicial, “my mother was the eldest daughter of the reigning King there” [mi madre era la hija mayor del rey que allí gobernaba].

Una vida en África habría sido cómoda y placentera para el nieto del rey, pues las preocupaciones económicas y el desprestigio social no le hubieran llevado a los extremos de necesidad a los que se ven abocados los pícaros. Sin embargo, pese a las garantías y facilidades que inicialmente su posición social le ofrecía, James Albert decide embarcarse en un viaje que no solo tendrá implicaciones espirituales en su persona, sino también identitarias, económicas y sociales —amén de muchas otras más—.

Trasplantado a suelo americano, el protagonista de la narrativa se ve inmerso en una nueva realidad que no reconoce su privilegiado estatus africano. La sociedad blanca imperante en el mundo colonial atlántico convierte a James Albert en mero esclavo. Este

²³⁵ No obstante, es necesario aclarar que el autor de la novela se centra en las figuras paternas como causantes directos del estatus de Justina cuando escribe que “mi padre y mi madre no quisieron tener oficios tan trafagones como sus antecesores, porque (como eran barrigudos) quisieron ganar de comer, a pie quedo. Pusieron mesón en Mansilla” (Úbeda, 2001: 424), a pesar de que en cualquier caso la vileza proviene ya de las generaciones anteriores mencionadas, “no te espantes, que soy nieta de mascarero y, como tengo dicho, de los padres, madres y lechonas (digo, de las que nos dan leche) chupamos, a vueltas de la sangre, los humores y costumbres, como si fuéramos los hijos esponjas de nuestros ascendientes” (Úbeda, 2001: 421).

hecho aproxima su condición a la de aquellos seres marginales que ocupaban los últimos escalafones sociales a ambos lados del océano, entre los cuales se encontraba la figura del pícaro. La actitud de superioridad de los europeos cuestiona cualquier posibilidad de reivindicación por parte del esclavo tanto a nivel legislativo como cultural, pese a que, como afirma Frances Smith Foster en *Witnessing Slavery*, “the protagonist of the slave narratives at the end of the eighteenth century was a somewhat strange and exotic specimen, but one who was well educated or of high social status according to the standards of his primitive culture” [el protagonista de las narrativas de esclavos al final del siglo dieciocho era como un espécimen extraño y exótico, pero uno que estaba bien educado o de elevado estatus social según los estándares de su cultura primitiva] (1979: 46). De este modo, a pesar de que James Albert mantiene un fuerte sentido tanto de su identidad como de su estatus social en África, la falta de reconocimiento —o incluso desprecio— de su título y cualidades por parte de los colonos blancos hace que el joven esclavo se vea en la necesidad de crear una nueva persona que le ayude a sobrevivir mediante los escasos recursos a su alcance.

Con el fin de hacerse un hueco dentro del panorama literario del momento, confluyen en James Albert dos tipos literarios muy reconocibles. Por un lado, la caracterización del protagonista y de su vida se realiza, tal y como vimos, conforme a la figura del buen cristiano tan común en los textos puritanos de la época. La presencia de James Albert en la obra obedece a un interés religioso claro, de ahí que en su persona se observen aquellos atributos de mayor importancia en la doctrina protestante. El natural bondadoso del esclavo con todos los seres con los que interactúa, la resignación desenfadada ante los designios divinos y las injusticias sociales, así como el mantenimiento de la fe en los momentos más duros de su existencia —entre muchos otros— resultaban familiares para cualquier lector de obras sacras. No sorprende leer entonces que James Albert ayude a las personas necesitadas incluso cuando él mismo esté en idéntica situación o que no tome venganza contra aquellos que buscan su mal. Por otro lado, al presentarse como un príncipe africano, el autor continúa la tradición del noble salvaje al más puro estilo de la novela *Oroonoko* que Aphra Behn publicase en 1688. Al igual que sucede en la narrativa, el protagonista de la obra de la escritora inglesa es el nieto de un rey africano que, enamorado de la misma joven que su abuelo, es capturado por el capitán de un barco negrero y transportado al Nuevo Mundo como esclavo, donde se reencontrará casualmente con su amada, la cual también ha sido enviada a Surinam

tras negarse a casarse con otro que no fuese Oroonoko. Estos motivos explican el apodo de “*Royal Slave*” o “esclavo real” que recibe el protagonista ya desde el título con el que se da a conocer el texto, un claro antecedente del sobrenombre que tomará James Albert.

En este sentido, como bien explica Gates, la diferencia de James Albert con los héroes de las anteriores narrativas de esclavos nace de su particular linaje (1998: 5). Según puede observarse, la caracterización de James Albert se sitúa en las antípodas de la descripción ofrecida para el caso de Arthur. Las connotaciones negativas asociadas a la negritud, tan aparentes en la obra de Arthur, se diluyen casi por completo en la narrativa de James Albert. No obstante, es necesario puntualizar que mientras Arthur no deja de ser el hijo de una esclava de color, James Albert aparece emparentado con la realeza africana, de ahí que se resalten positivamente sus atributos personales ya que, como apunta el crítico, “like a European [...], Noble Savage protagonists [...] are made noble by a dissimilarity with their native countrymen” [como un europeo [...], los protagonistas nobles salvajes [...] se convierten en nobles mediante la disimilitud con sus paisanos] (Gates Jr., 1998: 5).

Este acercamiento de la figura James Albert a los tipos europeos posibilita una lectura de la esclavitud en la narrativa muy próxima a la descrita en el relato que Thomas Bluett hiciese de la vida de Ayuba Suleiman Diallo para 1734 en su obra *Some Memories of the Life of Job, the Son of Solomon, the High Priest of Boonda in Africa* [*Algunos recuerdos de la vida de Job, el hijo de Solomon, el sumo sacerdote de Bunda, en África*]. Al igual que ocurriese años más tarde con James Albert, si bien Ayuba es transportado a América como esclavo, pronto su buena disposición le garantiza cierto reconocimiento social y le facilita la obtención de la libertad. Sin embargo, este natural agraciado de Job Ben Solomon —como es normalmente conocido— destaca tanto por su singularidad de entre el resto de africanos que consigue llamar la atención de Thomas Bluett hasta el punto de que fija para la posteridad el relato de su vida. La razón de esta distinción se adelanta en el tiempo al propio James Albert, pues en línea con la tradición del noble salvaje, el autor de su biografía emparentará al esclavo africano con la nobleza de África, cuando escribe que

“about fifty Years ago Hibraham, the Grandfather of Job, founded the Town of Boonda, in the Reign of Bubaker, then King of Futa, and was, by his Permission, sole Lord Proprietor and Governor of it, and at the same Time High Priest, or Alpha; so that he had a Power to make what Laws and Regulations he thought proper for the Increase and good Government

of his new City.” [hace unos cincuenta años Hibrahim, el abuelo de Job, fundó la ciudad de Boonda, en el reino de Bubaker, entonces rey de Futa, y fue, con su permiso, único señor propietario y gobernador del mismo, y al mismo tiempo sumo sacerdote, o Alpha; de tal modo que tenía poder para hacer las leyes y regulaciones que entendía como necesarias para la mejora y el buen gobierno de su nueva ciudad].

Como se observa, tras establecer su identidad mediante su lugar de nacimiento y parentesco al modo picaresco, James Albert se sirve además de estas dos tradiciones literarias para la configuración de su protagonista. Woodard incide sobre esta doble influencia en la narrativa al afirmar que “Gronniosaw was considered to be so phenomenal as a reformed Christian specimen of a so called ennobled being” [Gronniosaw era considerado tan fenomenal como un espécimen cristiano reformado de un llamado ser ennoblecido] (Woodard, 1999: 33), y Gates Jr. es aún más explícito cuando señala que “faced with what must have seemed a void of black literary ancestors, Gronniosaw turned to the fictions of the Noble Savage to ground his text within a tradition” [enfrentándose a lo que debía haber parecido un vacío de antepasados literarios negros, Gronniosaw volvió sobre los relatos del noble salvaje para anclar su texto dentro de una tradición], sin olvidar que “he also turned to the literature of Christian confession” [también volvió sobre la literatura de confesión cristiana], configurando una mezcla tan genuina como original que hará de James Albert “an ebony admixture of Oroonoko and the Lord’s questing Pilgrim” [una mezcla ebenácea de Oroonoko y del inquiriente peregrino del Señor] (Gates Jr., 1998: 5-6). No obstante, pese a que Foster indica en este sentido que “the savage but noble concept that was so popular in the eighteenth-century racial thought could explain the eighteenth-century narratives’ predilection for highborn African narrators” [el concepto del salvaje pero aún noble que era tan popular en el pensamiento racial del siglo dieciocho podía explicar la predilección de las narrativas del siglo dieciocho por narradores africanos de alta cuna] (Foster, 1979: 46), lo cierto es que James Albert no consigue escapar de las limitaciones que le impone la esclavitud en el Nuevo Mundo y acaba igualado en derechos al común de los africanos.

Pese a la lograda configuración de James Albert conforme a estos dos tipos literarios, que gozaban de gran reconocimiento y popularidad en la época, el protagonista de la narrativa no olvida que en América su verdadera identidad le posiciona en los márgenes de la sociedad. En tanto que esclavo, el narrador se articula como un ente ajeno a las normas y derechos sociales de la población a la que dirige su obra, de ahí que su

estatus pasado y sus creencias alberguen un conflicto individual y colectivo. Este conflicto se produce en la obra toda vez que James Albert admira la disposición superior religiosa de los cristianos a la par que sufre las consecuencias de su ley. De acuerdo con Foster, a nivel narrativo el protagonista omite tantos detalles de la realidad de un esclavo negro en el Nuevo Mundo que “since he seems to have experienced little more physical pain or mental anguish than any other outsider in a new situation or any other lower-class individual in a class society [...] he has in the process acquired or demonstrated characteristics usually associated with the Western hero” [desde que parece haber experimentado poco más dolor físico o tormento mental que cualquier otro marginado en una nueva situación o cualquier otro individuo de clase baja en una sociedad clasista [...] ha adquirido o demostrado en el proceso características normalmente asociadas con el héroe occidental] (Foster, 1979: 47). Sin embargo, mientras que este héroe marginal occidental —dentro del que destaca el tipo picaresco— dispone de una serie de recursos a su alcance que facilitan su inclusión social, el héroe marginal de color se ve limitado en sus posibilidades. Así, los héroes tradicionales de las obras que atañen a las clases bajas europeas se sirven fundamentalmente del engaño en su interacción social cotidiana mediante la manipulación de su identidad frente al mundo. Sin embargo, lo cierto es que este mecanismo a disposición de criminales, pícaros y otros miembros del hampa blancos no se hallaba disponible para el africano.

Si bien James Albert experimentó con seguridad la deshumanización de su persona tanto por su condición de esclavo, como por su raza, el propio amanuense encargado del relato de la biografía del príncipe africano comprobó las limitaciones a las que cualquier personaje negro se enfrentaba a nivel literario. No solo no tenía a su disposición los recursos habituales repetidos en los textos a la hora de tratar con personajes de baja condición social, sino que además debía crear una imagen realista del protagonista que no cuestionase ni las creencias ni las bases culturales del público al que iba destinaba la obra. La destreza en el manejo narrativo del papel central que adquiere el color del personaje en el texto lleva a abordar el asunto desde una doble perspectiva.

Por un lado, venimos observando la reacción de sorpresa de parte de la crítica al comprobar las aparentes incoherencias de la narrativa en el desarrollo textual de James Albert realizado por el escritor blanco al que se confiere el discurso del africano. Hanley pone voz a esta situación cuando resalta que “in general, academics have struggled to reconcile Gronniosaw’s status as a former slave with his embracing of quite a

pronouncedly proslavery religious sect” [en general, los académicos han tenido dificultad en reconciliar el estatus de Grinnosaw como antiguo esclavo con el abrazo de una secta religiosa de marcado corte proesclavista] (Hanley, 2019: 101). Por otro lado, sería iluso menospreciar la más que probable manipulación del discurso por parte del propio James Albert. El burdo engaño del que se sirve el pícaro se afina en la narrativa hasta conseguir por su sutileza el mismo resultado: ser aceptado dentro de la sociedad que le rechaza con el fin de garantizar su supervivencia. Las palabras de Guillén ponen de relieve la manipulación del relato por parte del pícaro pues, como señala, “Lazarillo, sociologically speaking, represents the necessary dissimulation of the poor when obliged to give an account of themselves [...] to the rich and powerful” [Lazarillo, sociológicamente hablando, representa el necesario disimulo de los pobres cuando son obligado a dar cuenta de sí mismos [...] a los ricos y poderosos]; de ahí que el estudioso defina la novela picaresca como la confesión de un mentiroso (1971: 93). No resulta extraño entonces reiterar en este punto la tergiversación del pasado musulmán por parte del protagonista que Harris acertadamente defiende (2005). No obstante, tanto el amanuense como James Albert eran conscientes de que el alcance de esta práctica dentro de las narrativas de esclavos negros no permitía los altos vuelos de la ficción característica de las aventuras picarescas.

El ansia de medro social asociada en las novelas hispanas al héroe picaresco tiene como mayor representante a don Pablos en el *Buscón*. Después de presentar a sus progenitores, un tal Clemente Pablo, de oficio barbero —esto es, ladrón— y borracho por afición, y una tal Aldonza de San Pedro, judía conversa y mujer de compañía, Pablos decide no continuar con la tradición familiar, encarnada en su malogrado hermano, del que se nos cuenta que murió y “sintiolo mucho mi padre, por ser tal que robaba a todos las voluntades” (Quevedo, 2001: 10). De esta manera, decide salir de la marginalidad confeccionando méritos hechos a medida que buscan esconder su pasado sin renunciar a él, “hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni otro” (Quevedo, 2001: 12). Con este propósito, el pícaro cambia varias veces de nombre durante el relato, tan pronto se convierte en don Felipe Tristán para cortejar a doña Ana, hermana de su antiguo amo don Diego Coronel, como en Alonso durante el tiempo que hace de comediante, o en don Ramiro de Guzmán para urdir uno de sus engaños ante unas damas, justificando su conducta “porque los amigos me habían dicho

que no era de costa mudarse los nombres y que era útil” (Quevedo, 2001: 136). La utilidad de la mudanza se encaminaba al engaño por el que el pícaro buscaba aumentar no solo su riqueza, sino también su estado, y mal no le hubiera salido la jugada a Pablos de no ser porque sus disfraces nunca suelen convertirse en traje habitual, tal y como ocurre cuando don Diego descubre quién se esconde detrás de las vestimentas, “—V. Md. me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida a un criado, que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar” (Quevedo, 2001: 148).

James Albert, sin embargo, no puede aspirar a tales cotas sociales. Su única posibilidad consiste en adaptarse a lo esperado según cada una de las circunstancias que le tocan vivir para granjearse la buena voluntad de aquellos individuos de los que pende su destino. De este modo, el mayor logro permitido al esclavo negro es intentar ganar su manumisión, pues si bien su condición racial no permite un cambio efectivo de su estatus social, al menos desliga su futuro del capricho puntual de los distintos amos a los que sirve. Lejos de ansiar riquezas, James Albert se conforma con sobrevivir, ya que tanto de esclavo, al igual que de hombre libre, sus derechos son exactamente los mismos, tal y como explica Woodard al señalar que “the African as Other in legal discourse was, by definition, chattel —a nonperson” [el africano como Otro en el discurso legal era, por definición, ganado —no una persona] (1999: 40).

Así las cosas, la dificultad que enfrenta el protagonista de color en su supervivencia supera con creces cualquier lid a la que pudiera enfrentarse un pícaro por muy dura que fuese. Desde el primer momento en que entra en contacto con los hombres blancos James Albert toma conciencia de la singularidad de su piel en el mundo occidental, pues además de despojar a su persona de toda humanidad, el trato social que recibe de manera habitual convierte el contacto y los intercambios personales en un hecho ciertamente traumático. La cuestión racial se configura de esta manera como un elemento central tanto de la vida del africano como de su narrativa, ya que como explica Woodard, “Gronniosaw refers directly to race or color as the specific reason that ‘everybody and everything despised’ him. Not only does he reveal an awareness of racial prejudice in this scene, but he also acknowledges its direct impact on him” [Gronniosaw se refiere directamente a la raza o al color como el motivo específico por el que ‘todo el mundo y todas las cosas’ le ‘despreciaban’] (1999: 35).

La comprensión de las connotaciones negativas que se atribuyen a su color se ve reforzada en el texto según James Albert va penetrando en la doctrina cristiana de sus amos, los cuales se servían de ciertos pasajes bíblicos para justificar la subyugación de sus semejantes. Así, si bien no existe un pasaje en las Sagradas Escrituras donde se explicite la superioridad de unos seres sobre otros en función de la tonalidad de la piel, al hecho de que no se condene en la Biblia el fenómeno de la esclavitud se unió una interpretación oportunista de ciertos versículos abiertos a la posibilidad de asociación del color negro con el pecado. Tomando como referencia el noveno capítulo del Génesis, Cam, hijo menor de Noé y padre de Canaán, observó desnudo a su progenitor mientras este dormía en estado de embriaguez, ante lo cual, tras despertarse y ser informado por sus otros hijos, Noé maldijo a su descendencia²³⁶. De acuerdo con la maldición, los hijos de Canaán se convertirían en los siervos de la descendencia de los otros dos hermanos de Cam, los cuales se preocuparon de vestir al padre con el celo religioso necesario. De esta manera, acotados los límites de la tierra destinada a los hijos de Canaán en la Biblia, la identificación de los pueblos llamados a ser sometidos por el pecado de Cam fue inmediata, pues se correspondía con el área geográfica poblada por aquellos descendientes díscolos de Noé más cercana al continente africano²³⁷.

Esta interesada lectura del texto bíblico pronto pasó a formar parte de las creencias de los cristianos, quienes observaron la marca del pecado en los africanos y subyugaron a su voluntad a la población negra. De esta manera, como afirma Woodard, “while the account of Genesis mentions nothing about color or race, the Hamitic hypothesis took on a life of its own in racialist discourse, and the descendants of Ham have been identified repeatedly in literary and nonliterary discourse as black or African” [mientras el relato del Génesis no menciona nada sobre color o raza, la hipótesis camítica adquirió vida propia en el discurso racial, y los descendientes de Cam han sido identificados de forma

²³⁶ El pasaje reza así, “y comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, y se descubrió en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban fuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre los hombros de ambos, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre teniendo vueltos los rostros, que no vieron la desnudez de su padre. Y despertó Noé de su vino, y supo lo que había hecho con él su hijo el más joven; y dijo: Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos”. Génesis (9: 20-25).

²³⁷ Sobre el territorio en el que se asentó la descendencia de Canaán se nos dice, “y fue el término de los cananeos desde Sidón, viniendo a Gerar hasta Gaza, hasta entrar en Sodoma y Gomorra, Adma, y Zeboim hasta Lasa”, una zona que se extendía desde el mar Mediterráneo a lo largo de la cuenca del río Jordán hasta el valle de Siddim, situado en los territorios al sur del mar muerto en la actual Jordania. Nótese que en la actualidad la denominación “camítica” hace referencia tanto a un grupo étnico que habita ciertas zonas del norte de África, como a las lenguas camitosemíticas del norte y del cuerno oriental de África, habladas por estas etnias, entre las que destacan el egipcio, el copto y el bereber.

repetida en el discurso literario y no literario como lo negro o lo africano] (1999: 47). No sorprende entonces que una parte de James Albert atribuyese su negritud a un castigo predestinado de Dios, un hecho que sirve en la narrativa para sustentar la conversión al cristianismo del protagonista (Woodard, 1999: 38).

En este sentido, en la descripción que James Albert hace de su familia se presenta al único miembro que entiende el desasosiego espiritual que atraviesa el protagonista de la siguiente forma, “I had one sister who was always exceeding fond of me, and I loved her entirely; her name was Logwy, she was quite white, and fair, with fine light hair though my father and mother were black” [tenía una hermana que siempre me tuvo gran cariño, y yo la quería muchísimo; se llamaba Logwy, era bastante blanca, y hermosa, con un delicado cabello claro a pesar de que mi padre y mi madre eran negros]. La identificación de lo blanco con la virtud fuerza a James Albert a entender y a aceptar el destino que Dios le ha reservado y, en tanto que penitente negro, trata de aculturizarse — como vimos— de forma total conforme a la manera occidental para expiar su pecado. La repulsión que se aprecia en la obra hacia lo negro no termina en el retrato de sus parientes, ya que este color se usa además en la narrativa para describir al diablo. Este cromatismo tiene grandes implicaciones teológicas tanto en el texto como en la vida de James Albert, pues como Hanley sostiene, “Gronniosaw’s addition of the word ‘black’ to his description of the Devil was obviously significant in that it explicated the young man’s anxieties over his exclusion from Christianity, in much the same way as the non-talking book” [la adición de la palabra ‘negro’ a la descripción del diablo era obviamente significativa en tanto que explicaba la ansiedad del joven hombre respecto a su exclusión de la cristiandad, de forma casi idéntica al libro que no habla] (2014: 8).

Ante este panorama, cualquier posibilidad de medro para el protagonista se desvanece. Sin embargo, las limitaciones de desarrollo humano de James Albert, lejos de generar una reacción contra la sociedad colonial, se convierten en un conflicto personal de raíz religiosa. Este desvío de atención de la esclavitud a lo espiritual, que desplaza el foco de la narrativa hacia lo religioso, condiciona de manera decisiva las demás características asociadas al héroe hispano. Como vimos en el análisis de los protagonistas de las anteriores narrativas, al margen del deshonor que encarnaba su origen vil y sus ansias de medro, Chandler otorga también al pícaro una evolución psicológica de la inocencia a la maldad, así como una naturaleza solitaria y habladora que los caracterizaba en las novelas. El estudio del primer parece indicar que la inocencia de que hace gala

James Albert no sufre grandes alteraciones durante el relato, pues de la misma manera en que siendo niño confía su persona a un mercader de la Costa del Oro que le promete ver “houses with wings to them walk upon the water” [casas con alas caminar sobre el agua], entrega años más tarde sus enseres a la dueña de una taberna para que se los guarde sin más conocimiento de ella que la fe que la susodicha dice profesar, “I enquir'd if any serious Christian people resided there, the woman I made this enquiry of, answer'd me in the affirmative; and added that she was one of them [...]. I deposited with her all the money that I had not an immediate occasion for; as I thought it would be safer with her” [pregunté si allí vivía algún cristiano decente, y la mujer a la que se lo pregunté, me respondió afirmativamente; y añadió que ella era una de ellos [...]. Dejé a su cargo todo el dinero que no me hacía falta de inmediato; pues pensé que estaría más seguro con ella].

No obstante, a pesar de que la personalidad de James Albert no se asimila ni alcanza las cotas de maldad de personajes picarescos de la talla de Guzmán según avanza la historia, el protagonista de la narrativa abre los ojos al mundo que le rodea de manera similar al despertar que describe Lázaro en su relato, pues mientras el pícaro nos dice tras la calabazada que le propina el ciego contra el toro de piedra “paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba” (*Lazarillo*, 2006: 23), el esclavo recoge “I soon perceived that I was got among bad people, who defrauded me of my money and watch; and that all my promis'd happiness was blasted, I had no friend but God and I pray'd to Him earnestly” [pronto me di cuenta de que estaba entre mala gente, que me había robado mi dinero y mi reloj; y se esfumaron todas las esperanzas de felicidad que albergaba, pues no tenía más amigo que Dios y fervientemente le rezaba].

La toma de conciencia que proporciona en ambos casos el contacto con la realidad determina, no obstante, el sentimiento de soledad que acompaña a los dos personajes durante sus aventuras. En este sentido, Lázaro se advierte así mismo “me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo voy, y pensar cómo me sepa valer” (*Lazarillo*, 2006: 23), y si bien contrae matrimonio al final de la obra, el individualismo arraigado en su personalidad, dada la falta de gente en la que confiar, le lleva a preocuparse en última instancia por sí mismo: el héroe únicamente desmiente las habladurías que circulan por Toledo sobre su mujer en tanto que atañen a su persona. La lectura de James Albert, por su parte, nos presenta de igual modo a un personaje solitario que cambia de compañías de manera constante, pues como Starling señala, ya desde sus primeras aventuras “Gronniosaw soon discovered, however, that he was not really among friends”

[Gronniosaw pronto descubre, sin embargo, que no estaba realmente entre amigos] (1981: 61). No obstante, los engaños a los que se ve sometido se ven contrarrestados en parte por ciertas personas con las que trata. De esta manera, pese a que la soledad se alza como constante durante todo su relato, ya sea por el mal trato recibido o bien por las desgracias que acontecen a aquellos en los que llega a confiar, lo cierto es que James Albert no llega a situarse en los extremos de individualismo en que se situará Lázaro. No sorprende entonces leer en la narrativa cómo James Albert se despreocupa de sí mismo para garantizar el bienestar de los suyos, “I did not mind for myself at all; but to see my dear wife and children in want pierced me to the heart” [no estaba para nada preocupado por mí; sin embargo el ver a mi mujer y a mis hijos necesitados me rompía el corazón], un acto altruista que un Lázaro curtido en la escuela de la vida no consigue alcanzar en la novela hispana debido al constante egoísmo de todos los seres que le rodean y que forman parte de su círculo más íntimo.

El desplazamiento de lo social a lo religioso en James Albert permite entonces un halo de esperanza para el protagonista. Mientras que Lázaro pierde la confianza en toda institución humana, incluida la iglesia, James Albert busca cobijo en la fe cristiana. La religiosidad prueba ser en el relato del esclavo un reducto de ayuda al que acudir en caso de necesidad, ya sea física o espiritual, pues la asistencia en los momentos de pobreza material por parte de verdaderos cristianos es similar al amparo que le proporciona la Biblia cuando se encuentra sin fuerzas y desorientado. De esta forma, frente a las malas experiencias de Lázaro con los religiosos, ya sean clérigos, frailes, bulderos, capellanes o arciprestes, o incluso con la caprichosa voluntad divina, que le llevan a descartar cualquier tipo de auxilio cuando el pícaro más lo necesita, de ahí que sentencie que en el mundo “la caridad se subió al cielo” (*Lazarillo*, 2006: 72), James Albert hace clara distinción entre las personas que dicen seguir la fe de Cristo y los que realmente la profesan. Tal es así que, dejando al margen el corte calvinista de la narrativa, la ayuda que recibe James Albert proviene, en cualquier caso, de hombres cristianos en cualquiera de sus confesiones. Atendiendo a ello, se observa durante todo el relato que Dios acude al socorro del protagonista actuando a través de metodistas, cuáqueros o calvinistas de manera continuada, llegando a constituirse la exaltación de su caridad –sobre el resto de motivos vistos con anterioridad– como la razón última de la publicación de la obra de James Albert en lugar de la mordaz crítica social que envuelve la aparición del *Lazarillo*.

No obstante, unida a esta naturaleza solitaria aparece el carácter hablador de los personajes picarescos. La perfecta cohesión y concisión de la primera novela del género español pronto cede paso en su descendencia a los comentarios añadidos al paso que deturpan las aventuras de sus diferentes protagonistas de principio a fin. Esta situación ha llevado a postular como rasgo inherente al pícaro un discurso prolijo y deslavazado, un particular modo de narrar que tiene reflejo directo en la composición conversacional de las novelas y que se aprecia de manera clara en la extensa longitud de la mayoría de obras que componen el corpus hispano²³⁸. El tono dialogístico del relato picaresco, que surge del carácter epistolar bajo el que es concebido, se aleja de la medida propia de la escritura y se lanza a los excesos de la oralidad ya desde el *Guzmán*, cuyo protagonista se convierte en un abrumador conversador que tan pronto narra sus aventuras como inserta novelas – Ozmín y Daraja –, o busca la carcajada como sermonea, o se diluye en sus pensamientos y soliloquios como reclama la constante atención de su destinatario. Por eso, no es sorprendente leer entre sus páginas ciertos pasajes que más parecen recogidos de un diálogo oral real que de un discurso escrito planificado, tal y como se aprecia cuando nos dice “mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que a este propósito me dijo, para poder aquí repetirla, porque toda era del cielo, finísima Escritura Sagrada” (Alemán, 2009: 185).

Cierto es que la narrativa de James Albert no alcanza las cotas de espontaneidad discursiva de la obra del de Alfarache, pero toma distancia del depurado parlamento del *Lazarillo*. Así, como suele ser tónica general en el relato de Guzmán, James Albert introducirá también una serie de materiales que se desvían de la idea principal del diálogo. De esta forma, leemos

“our place of meeting is under a large palm tree; we divide ourselves into many congregations; as it is impossible for the same tree to cover the inhabitants of the whole City, though they are extremely large, high and majestic; the beauty and usefulness of them are not to be described; they supply the inhabitants of the country with meat, drink and clothes; the body of the palm tree is very large; at a certain season of the year they tap it, and bring vessels to receive the wine, of which they draw great quantities, the quality of which is very delicious: the leaves of this tree are of a silky nature; they are large and soft;

²³⁸ Sevilla Arroyo defiende la matriz de raigambre dialogística de las novelas picarescas, la cual, en manos de novelistas inexpertos, fue llevada al extremo mediante multitud de digresiones episódicas que acabaron por desdibujar los contornos de la novedosa técnica narrativa inaugurada por el *Lazarillo*. Florencio Sevilla Arroyo (2001). *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, pág. xvi.

when they are dried and pulled to pieces it has much the same appearance as the English flax, and the inhabitants of Bournou manufacture it for cloathing &c. This tree likewise produces a plant or substance which has the appearance of a cabbage, and very like it, in taste almost the same: it grows between the branches. Also the palm tree produces a nut, something like a cocoa, which contains a kernel, in which is a large quantity of milk, very pleasant to the taste: the shell is of a hard substance, and of a very beautiful appearance, and serves for basons, bowls, &c. [nuestro lugar de reunión es bajo una gran palmera; nos dividimos en muchas congregaciones; ya que es imposible que un sólo árbol de cabida a los habitantes de toda la ciudad, a pesar de que son extremadamente grandes, altos y majestuosos; su belleza y utilidad no pueden describirse; proporcionan a los habitantes del país carne, bebida y ropas ; el cuerpo de la palmera es muy grande; en cierta estación del año lo sangran, y traen recipientes para recoger el vino, del cual obtienen grandes cantidades, y cuya calidad es deliciosa: las hojas de este árbol son de un natural sedoso; son grandes y suaves; cuando están secas y hechas pedazos tiene casi la misma apariencia que el lino inglés, y los habitantes de Bournou lo manufacturan para ropa, etc. Este árbol produce asimismo una planta o elemento que tiene el aspecto de un repollo, y muy parecido a él, en sabor casi el mismo: crece entre las ramas. Además, la palmera produce un fruto, semejante al cacao, el cual contiene un núcleo, en el que hay gran cantidad de leche, muy agradable al gusto: la concha es de un material duro, y de un bonito aspecto, y sirve para cuencos, tazones, etc.],

tras lo cual el narrador se disculpa por una información que se aleja del discurso inicial cuando prosigue, “I hope this digression will be forgiven” [espero se me perdone esta digresión] para retomarlo anunciando “I was going to observe that after the duty of our sabbath was over...” [iba a apuntar que después de terminado el deber de nuestro día sagrado...].

Se observa entonces que la figura de James Albert bebe de los dos diferentes tipos picarescos configurados en las primeras novelas del género español. De este modo, si bien comparte con ambos su carácter aventurero y solitario, su naturaleza habladora le acerca por un lado a Guzmán, y su inocencia y resignación cristiana a Lázaro por otro. No obstante, sea cual fuere el modelo seguido por el autor de la narrativa en el proceso de creación del personaje literario, lo que está claro es que James Albert se sirvió de distintas tradiciones. En este sentido, Zafar comenta al respecto que “eighteenth-century black men in their new, white worlds had often to describe themselves, not as black men, but as other kind of men —religious seekers, nascent capitalists” [los hombres negros del siglo dieciocho en sus nuevos mundos blancos tenían que describirse a menudo, no como

hombres negros, sino como otros tipos de hombres —devotos religiosos, capitalistas emergentes] (1997: 56), en cuyo listado faltaría por señalar, de acuerdo a lo expuesto, el particular molde —o moldes— característico del protagonista fijado en las novelas picarescas españolas.

Considerada así la presencia picaresca en el personaje de James Albert, procederemos al análisis del resto de rasgos definitorios de la poética del género hispano señalados por Lázaro Carreter dentro de la narrativa. De esta forma, el siguiente rasgo sometido a estudio es el uso de la autobiografía en primera persona con la que se configura el relato. Igual que ocurre con las narrativas de Briton y Arthur, resulta ciertamente complejo intentar establecer con precisión la tradición literaria de la que parte James Albert a la hora de narrar su relato en primera persona. El conjunto de tradiciones analizadas que tienen su impronta en la narrativa no viene sino a poner de relieve la dificultad de fijar un modelo de partida, pues todas tienen a gala el uso de la autobiografía en mayor o menor medida. Por un lado, el claro antecedente de los textos autobiográficos cristianos de la tradición religiosa occidental, que hunden sus raíces en la antigua patristica eclesiástica, dentro de las narrativas de conversión religiosa, así como las autobiografías espirituales, serviría para emparentar a la narrativa con estas tradiciones espirituales que todavía gozaban de gran popularidad en la época de publicación de la obra. Por otro, el uso extendido de la primera persona en la literatura de cautivos, las aventuras marinas y los relatos de viajes hace que no sea adecuado ignorar la posible influencia de estas tradiciones en la obra de James Albert pese a su moderno surgimiento. No obstante, fijar una única tradición literaria como fuente de inspiración que justifique el uso de la primera persona narrativa se antoja una labor tan compleja como escurridiza. La tarea de postular con seguridad un claro modelo compositivo para la autobiografía de la narrativa implicaría, a voz de pronto, rastrear la influencia de la literatura religiosa en la configuración de los nuevos géneros literarios surgidos en las tradiciones literarias europeas —y por consiguiente americanas—, así como evaluar si la deuda de la obra de James Albert es con las fuentes literarias cristianas originales o viene diluida a través de los géneros literarios autobiográficos señalados tan en boga en el momento.

A pesar de ello, la búsqueda de un modelo exclusivo que justifique el empleo de la primera persona autobiográfica no es el único problema al que enfrentarse en el examen de este rasgo dentro de la narrativa. La relación intrínseca de la autobiografía con la vida del autor abriría más interrogantes de los que todavía es posible resolver. Así, aunque Ian

Finseth explica en *Irony and Modernity in the Early Slave Narrative. Bonds of Duty, Contracts of Meaning*, donde explora el alcance de lo real en la literatura de este periodo, que en la “autobiography, the terms of the contract are somewhat narrowed: the reader opens to the possibility of learning something valuable or at least interesting from the recounted experience of another human being, and the writer, while free to stylize that experience, remains faithful to essential facts” [autobiografía, los términos del contrato están bastante limitados: el lector se abre a la posibilidad de aprender algo valioso o al menos interesante de la experiencia narrada de otro ser humano, y el escritor, pese a ser libre de adornar la experiencia, se mantiene fiel a los detalles esenciales] (2014: 32), lo cierto es que los datos autobiográficos a disposición de la crítica no permiten corroborar con total certeza la veracidad del relato. De esta manera, según venimos exponiendo en los análisis de las obras realizados en este estudio, no ahondaremos –dada la magnitud de la empresa– en la total coincidencia del autor con su protagonista, ni en la precisa verosimilitud del relato autobiográfico. Más allá de los datos proporcionados con anterioridad al respecto, que dan cuenta de la multiplicidad de autoridades e intereses involucrados en la génesis de la obra, el análisis de la primera persona autobiográfica se limitará a su estudio en tanto que aspecto compositivo formal de la narrativa.

Ante este panorama, resulta interesante traer a colación el similar empleo de la primera persona en la narrativa y en la novela picaresca. De una parte, la falta de consenso sobre el modelo literario que justifique la autobiografía en la obra de James Albert permite incluir, tanto por cercanía en el tiempo como por su gran difusión en las letras inglesas, a la novela picaresca en la lista de posibles candidatas a dejar su impronta en el género de narrativas de esclavos. De otra parte, el análisis esta primera persona autobiográfica en tanto que rasgo formal zanja el problema surgido del cotejo del conjunto de obras que conforman el corpus hispano, el cual pone de manifiesto que en la mayoría de novelas picarescas no se produce la identificación real entre autor y personaje, si bien, como sabemos, existen excepciones²³⁹.

La primera coincidencia entre la narrativa y las novelas picarescas aparece nada más dar comienzo el relato. De igual manera que Lázaro se presenta señalando “pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé

²³⁹ Véase Estebanillo González (2001). La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, págs. 1053-1133.

González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre” (Lazarillo, 2006: 12) y Guzmán, tras presentarnos a sus padres, señala

“yo fui desgraciado, como habéis oído: quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos a cuestras, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligación mucha, la facultad poca [...] El mejor medio que hallé fue probar la mano para salir de miseria, dejando mi madre y mi tierra. Hícelo así, y, para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre; púsemme Guzmán de mi madre y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio” (Alemán, 2009: 162),

James Albert pone principio a su obra diciendo de forma similar “I was born in the city Bournou; my mother was the eldest daughter of the reigning King there, of which Bournou is the chief city” [nacé en la ciudad de Bournou; mi madre era la hija mayor del rey que allí gobernaba, en donde Bournou es la ciudad principal]. Sin embargo, una vez identificados sus respectivos lugares de nacimiento, bien se observa que el linaje de James Albert pronto se distancia de unos seres marginales que prefieren tomar un sobrenombre a continuar su estirpe manteniendo el apellido familiar heredado.

No obstante, la escasa importancia del nombre de los pícaros viene a encumbrar el testimonio de estos seres situados en los márgenes de la sociedad: por primera vez la vida de un *donnadie* queda fijada para la posteridad a través de su propia voz. Frente a ellos, James Albert no reniega de su linaje familiar y no cambia la denominación que hereda. Sin embargo, la novedad que supone el relato de James Albert no se explica partiendo de la consideración del relato de James Albert desde su privilegiada posición de príncipe en África, sino que consiste en la reconsideración del discurso de un miembro de la realeza desde la perspectiva ahora de su situación como esclavo negro en el Nuevo Mundo. En este sentido, se entiende que a su apellido africano se una el nombre recibido durante sus años de esclavitud ya desde el mismo título con el que se publica la obra.

De este modo, el logro de la narrativa no radica entonces en recoger las aventuras de un personaje negro de elevado estatus social perteneciente a una buena familia, pues como ocurre para el caso de los protagonistas blancos de las letras occidentales, las páginas escritas hasta la aparición de la novela picaresca se centraban casi en exclusividad en ofrecer los testimonios asociados a aquellas figuras cuya relevancia social era más notable. El hito de la narrativa de James Albert, al igual que de todas estas primeras narrativas del género de esclavos, se asienta en la excepcional particularidad de albergar

la voz de unos seres marginales que obtienen cobijo en la literatura. Tal es así que hasta la aparición de la narrativa de Briton –y a falta de nuevas incorporaciones–, las primeras obras en las que parecen personajes de color como protagonistas, tanto a nivel novelístico como narrativo, no se desvían de la tendencia a encumbrar personalidades eminentes, según se observa respectivamente, entre otros títulos, en *Oroonoko* de Aphra Behn (1688) y en *Some Memoirs of the Life of Job, the Son of Solomon, the High Priest of Boonda in Africa* (1734).

Pese a ello, el relato de James Albert deberá ir aún más lejos en su reivindicación literaria que las novelas picarescas, pues mientras los textos hispanos reconocen la voz de sus protagonistas, por muy marginales que sean, la obra del esclavo no consigue tal entidad existencial hasta que un testigo blanco, en este caso Walter Sirley, sobrino de la editora, Selina Hastings, así lo afirme. Así, de manera contraria a lo que ocurrirá en obras posteriores del género de las narrativas de esclavos en las que el relato es escrito por el propio esclavo, se aúnan en James Albert dos mundos radicalmente opuestos en su denominación: la identidad que dice tener el príncipe esclavo en África y la identidad que el editor corrobora de manera fehacientemente en el contexto colonial²⁴⁰.

La marginalidad de James Albert es entonces idéntica a la de sus predecesores en el género, pues de nada le sirve su pasado africano. De esta forma, si bien el protagonista de la narrativa se asimila de nuevo a los personajes de las novelas picarescas en su marginalidad, lo cierto es que James Albert, al igual que Briton o Arthur, no solo se encuentran en los márgenes sociales, sino que además se pone en entredicho su persona en tanto que ser humano e individuo. De este modo, la ventajosa posición del esclavo en su tierra natal queda ahora fuera de los límites sociales del Nuevo Mundo, una situación que configura una lucha aún más feroz si cabe para un James Albert desprovisto de cualquier medio de prueba de su mera persona.

Esta paradójica circunstancia, que se repetirá en sucesivas narrativas del género de esclavos, tiene su inicio en la narrativa de James Albert y sirve de modelo, tal y como se aprecia a todas luces, a la obra de Equiano, considerada como narrativa prototipo en la que confluyen y se asientan los rasgos fundamentales propuestos en los textos que aquí

²⁴⁰ Benito y Manzanar señalan al respecto que “en las narraciones escritas por individuos nacidos bajo el yugo de la esclavitud, este simbólico reclamo de la identidad personal (sinónimo de libertad) grabada en el propio nombre se ejemplifica en el cambio de nombre que el esclavo adopta tan pronto consigue su libertad” (1994: 35).

analizamos. Así, conviene recordar que el fenómeno de la doble identidad personal analizado por Benito y Manzanás para *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African* se fundamenta “en la presencia de dos nombres, es decir, en el mantenimiento del nombre africano que el amo esclavista quiso borrar de la mente del esclavo” (1994: 34), lo cual no viene sino a materializar “la distancia existente entre el escritor mismo, hombre libre y de identidad plena Olaudah Equiano), y el esclavo del que se escribe, Gustavus Vassa, que permanece en las sombras de la esclavitud, del silencio y la incapacidad para escribir” (1994: 35).

Todo ello lleva a Cogeanu a señalar el complejo equilibrio que se establece en el personaje de color, en el cual se aúnan dos personalidades encontradas: una negra de origen africano y una blanca fruto de su aculturación a la sociedad colonial anglosajona. De este modo, se configura en estas narrativas angloafricanas un delicado entrecruzado de identidades por el cual el lado africano del protagonista se opone a su nuevo ser americano mediante un juego constante en el que “the white other possesses the black and the black other possesses the white in an uneasy fashioning of the self” [el otro blanco posee al negro y el otro negro posee al blanco en una frágil configuración del ser] (2012: 27). No obstante, salvando esta diferencia en la consideración existencial e identitaria del esclavo frente al pícaro, y partiendo de su situación marginal, se puede afirmar que el relato de la vida de los protagonistas en primera persona es, ciertamente, casi idéntico.

Corroborar este hecho el característico final cerrado de la narrativa, el cual no atiende a la completa trayectoria vital del protagonista. Al igual que sucede con Lázaro, Guzmán o Pablos –por citar algunos– dentro de la novela española, o con el propio Briton ya en las narrativas de esclavos, James Albert pone fin a su relato desde un momento concreto de su madurez. De esta manera, al igual que Lázaro cierra su discurso apuntando que “esto fue el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, como Vuestra Merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna” (*Lazarillo*, 2006: 135), James Albert concluye su relato señalando que “such is our situation at present. —My wife, by hard labor at the loom, does every thing that can be expected from her towards the maintenance of our family; and GOD is pleased to incline the hearts of his People at times to yeild us their charitable assistance; being myself through age and infirmity able to contribute but little to their support” [esta es nuestra situación presente. —Mi mujer, con su duro trabajo en el telar, hace todo lo que se le

puede pedir para mantener a la familia; y Dios a veces se complace en disponer los corazones de su gente para que nos ofrezcan su ayuda caritativa; por no ser yo de mucha ayuda ya para su mantenimiento debido a mi edad y mis flaquezas].

Este particular final permite además postular en las obras del género hispano una segunda parte del *El Guzmán de Alfarache* o dejarla propuesta en *El Buscón*, donde Pablos cierra la obra diciendo “yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné [...] de pasarme a Indias [...]. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres” (Quevedo, 2001: 180). No obstante, James Albert no publica más narrativas ni le surgen continuaciones apócrifas, pues si bien coincide una vez más con *El Lazarillo* en el desarrollo de la autobiografía en primera persona, su obra no tentó a algún otro escritor a continuar sus peripecias en un segundo volumen, como sí sucedería con *La Segunda parte de Lazarillo de Tormes* de 1555, conocida como la de Amberes, debido al anonimato de su autor, o la *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes* de Juan de Luna, que vio la luz en París para 1620²⁴¹.

No obstante, de la multitud de posibles momentos a disposición del autor, es habitual que el narrador adulto escoja un punto de su vida amargo o con certeza agridulce para dar fin al relato. Por un lado, Guzmán termina su relato en galeras, momento en que nos dice “aquí di punto y fin a estas desgracias. Rematé la cuenta con mi mala vida” (Alemán, 2007: 522), y por otro, Lázaro, si bien alcanza un buen oficio y una respetable posición social, cierra el relato siendo un pelele cornudo a manos del arcipreste de San Salvador y de su mujer. No sorprende entonces que la narrativa de James Albert siga otra vez la senda picaresca y dé carpetazo a la obra viejo, enfermo y en la más absoluta pobreza. Esta similitud entre los finales de las novelas picarescas y de las narrativas de esclavos parece ser una constante en estas primeras obras del género angloafricano, pues el destino último de Arthur alcanza la cota máxima de dramatismo y Briton, pese a reencontrarse con su amo y –según se intuye– abandonar la vida en los mares, no deja de ser un esclavo negro dentro del escalafón social del mundo colonial británico.

²⁴¹ Véase Anónimo y Juan de Luna (1988). *Segunda parte del «Lazarillo»*. Pedro M. Piñero (ed.). Madrid: Catedra.

Estrechamente ligado a la primera persona autobiográfica se halla el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter para las novelas picarescas: el punto de vista único y dual. La rememoración de las aventuras del protagonista posibilita un intercambio de perspectiva entre el inocente esclavo, cuyas peripecias se relatan en la narrativa, y el padre de familia que, ya desde la madurez, vuelve sobre su vida para explicar la situación en la que se encuentra. Tal particular juego de luces que esclarece las sombras conforme avanza el relato obedece, como afirma Richetti, a una “calmly retrospective voice which is very careful to stress the differences between the central character of the narrative and the older and wiser person who is looking back upon his youth” [tranquila voz retrospectiva que pone mucho cuidado en acentuar las diferencias entre el personaje central de la narrativa y la persona de más edad y sabiduría que vuelve la mirada hacia el pasado de su juventud] (1969: 85).

No obstante, este patrón compositivo tan característico de los textos del género hispano también es utilizado en la narrativa para articular la acción, tal y como puede observarse en el desarrollo de las aventuras de James Albert. Así, no existen dudas de su puesta en práctica en la clara alternancia de tiempos verbales en el pasaje donde el protagonista es robado por uno de sus acreedores, donde se rememora el hecho de la siguiente forma:

“when we return'd to New York the Captain divided the prize-money among us, that we had taken. When I was call'd upon to receive my part, I waited upon Mr.----, (the Gentleman that paid my debt and was the occasion of my going abroad) to know if he chose to go with me to receive my money or if I should bring him what I owed. —He chose to go with me; and when the Captain laid my money on the table ('twas an hundred and thirty-five pounds) I desir'd Mr. ---- to take what I was indebted to him; and he swept it all into his handkerchief, and would never be prevail'd on to give a farthing of money, nor any thing at all beside. —And he likewise secur'd a hogshead of sugar which was my due from the same ship. The Captain was very angry with him for this piece of cruelty to me, as was every other person that heard it” [cuando volvimos a Nueva York el capitán dividió el botín que habíamos cogido entre todos. Cuando me llamaron para recibir mi parte, esperé al Sr. -----, (el hombre que había pagado mis deudas y que fue el motivo de que me fuese) para saber si vendría a recoger el dinero conmigo o le debía llevar yo a él el dinero que le debía. —Prefirió venir conmigo y cuando el capitán puso el dinero sobre la mesa (que eran ciento treinta y cinco libras) esperé a que el Sr. ----- tomase lo que yo le debía; y él lo echó todo a su pañuelo, y no soltó ni un cuarto de penique, ni nada en absoluto. —Y de

igual manera se quedó con un barril de azúcar que me tocaba en parte del barco. El capitán se enfadó mucho ante tal crueldad, al igual que los que lo oyeron],

y se escucha claramente la voz de la experiencia de un James Albert que aporta lucidez desde el presente a las injusticias sufridas en el pasado, cuando se lee a continuación “but I have reason to believe (as he was one of the Principal Merchants in the city) that he transacted business for him and on that account did not chuse to quarrel with him” [pero tengo motivos para pensar (por ser uno de comerciantes más importantes de la ciudad) que hacía negocios con él y por ello prefirió no discutirle nada].

Todo este andamiaje que sostiene el relato de James Albert responde a una concienzuda labor compositiva derivada de este particular punto de vista. Como sucede en las novelas picarescas, la doble perspectiva posibilita organizar el material literario disponible atendiendo a un claro propósito narrativo. Este propósito narrativo, al que la crítica hispana ha venido denominando «caso» en el grueso de estudios publicados sobre la novela picaresca, constituye en las obras españolas el principal motivo justificativo de la creación del texto. No obstante, del análisis de este rasgo en las novelas picarescas se desprende la paradójica dualidad del *caso*, el cual actúa tanto de germen como de fruto de los relatos al postularse como impulso primigenio y, a la vez, como razón última de composición (Rico, 1989: 24).

Si bien su presencia en todas las obras del género le garantiza un lugar privilegiado dentro del conjunto de rasgos señalados por Lázaro Carreter, el *caso* toma diferentes formas dentro de los textos hispanos²⁴². Esta variedad resulta de gran interés a la hora de rastrear la presencia de este rasgo en las narrativas de esclavo. Mientras el *caso* se alza como excusa perfecta para que el protagonista vuelva sobre su vida a fin de justificar su condición final en todas las obras hasta ahora analizadas, su manifestación narrativa será diferente en cada texto. Como vimos, la obra de Briton se servía del *caso* de manera sutil –y un tanto ambigua– a la hora de sustentar un propósito narrativo de escasa semejanza con aquellos recogidos previamente en las novelas picarescas. La narrativa de Arthur, por su parte, atiende también a un propósito narrativo claro. No obstante, el *caso* es aquí más evidente –y está más definido– y se configura de forma similar al modelo confesional fijado en *El Guzmán*.

²⁴² Véase el detallado análisis que realiza Sarah Laporte del *caso* para cada una de las obras que componen el género picaresco. Sarah Laporte (2001). *Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

La narrativa de James Albert continuará con esta tendencia a articular las obras de esclavo conforme a un *caso*. Como si de cualquier novela picaresca se tratase, los estudios críticos surgidos en torno a la obra coinciden en señalar la existencia en la narrativa de un claro propósito. En este sentido, Foster sintetiza los motivos que subyacen a la creación de la obra en tres grandes ideas. De acuerdo con la estudiosa, el “primary purpose was to provide information about the unusual experiences of a specific individual” [propósito primordial era proporcionar información sobre las inusuales experiencias de un individuo concreto] (Foster, 1979: 35), de ahí que la narrativa, como se enuncia desde el título, se centre en contar las particulares aventuras que acontecen a James Albert. No obstante, el trasfondo religioso le lleva a señalar que “another purpose was to remind the Christian reader of the sins of mankind” [otro propósito era recordar al lector cristiano los pecados del hombre] (Foster, 1979: 50). De esta manera, no sorprende leer en la narrativa sobre los peligros que aguardan a toda aquella persona que no actúe conforme a la ley de Dios, tal y como ocurre con el marinero que le arrebató a James Albert uno de los libros que le sirven de entretenimiento, a la par que se nos recuerda al final de la obra el mandato divino, por el cual “as Pilgrims, and very poor Pilgrims, we are travelling through many difficulties towards our Heavenly Home, and waiting patiently for his gracious call, when the Lord shall deliver us out of the evils of this present world and bring us to the Everlasting Glories of the world to come” [como peregrinos, y de los peregrinos más pobres, pasamos por muchas dificultades en el camino a nuestra morada celestial, y esperamos pacientemente su dichosa llamada, cuando el Señor nos libraré de los males de este mundo y nos llevará a la gloria eterna del mundo que nos espera]. Finalmente, el tercer propósito identificado por Foster viene a unificar los dos anteriores, pues como si de buena novela picaresca se tratase, “its purpose is to amuse its readers while encouraging them in their humanitarian and religious efforts” [su propósito es divertir a los lectores al tiempo que se les alienta en sus esfuerzos humanitarios y religiosos] (Foster, 1979: 45).

La información que se desprende de la lista de ideas confeccionada por Foster parece acercar en un primer momento la obra de James Albert a la novela de Mateo Alemán, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter religioso y de entretenimiento con el que fue concebido el texto hispano. Sin embargo, el protagonista de la narrativa no actúa como ejemplo *ex contrario* tras la rememoración de su vida: James Albert no es un pecador que advierta a sus lectores de los peligros que aguardan, tanto en esta vida como

en la siguiente, a un criminal. La diversión experimentada en la lectura de sus aventuras, a la vez que su ingenua picardía, insinúan una mayor proximidad de la narrativa con el anónimo relato de Lázaro. De esta forma, si analizamos con detenimiento el *caso* de la obra de James Albert y lo comparamos con el *caso* del *Lazarillo*, se observa un evidente paralelismo entre ambos relatos.

Movido por la necesidad de acallar ciertos rumores que sobre su matrimonio circulan por Toledo, Lázaro configura un relato de su vida que busca poner fin a las habladurías en torno a su persona, a la par que satisfacer la curiosidad de Vuestra Merced en el asunto. Con este fin, Lázaro recoge nada más empezar la obra, “y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona” (*Lazarillo*, 2006: 10-11). De todo ello se desprende un consciente plan narrativo urdido por Lázaro para intentar, si bien no limpiar su nombre de toda calumnia, justificar al menos los motivos de su resignada posición respecto a la barraganía de su mujer con el benefactor de ambos.

De forma semejante, James Albert escribe su obra acuciado también por la necesidad. No obstante, coinciden en la narrativa dos intenciones de distinta naturaleza. Por un lado, el esclavo persigue salir de los apuros económicos en los que se encuentran él y su familia. Por otro, el editor busca demostrar al lector lo acertado de su particular doctrina cristiana con el ejemplo de un ser que, pese a toda adversidad, es elegido por Dios para su salvación mediante el milagro de la predestinación. De esta manera, leemos en la introducción que encabeza el relato que, pese a las reticencias iniciales de James Albert sobre la publicación del texto, la amanuense “has now been prevail'd on to commit it to the Press, both with a view to serve Albert and his distressed Family, who have the sole Profits arising from the Sale of it; and likewise as it is apprehended, this little History contains Matter well worthy the Notice and Attention of every Christian Reader” [ahora se ha decidido a darlo a la imprenta, tanto para ayudar a Albert y a su familia en tantos apuros, quienes tienen en exclusividad los beneficios provenientes de su venta; como para su conocimiento, pues esta breve historia contiene materia que requiere el interés y la atención de todo lector cristiano].

Así, a pesar de que la narrativa no nace como respuesta directa a un destinatario, es evidente que James Albert rememora su vida para dar cuenta de su situación actual de igual forma que hiciese Lázaro, pues en ambas obras el *caso* se articula siempre con un

interlocutor en mente. De este modo, si bien en el *Lazarillo* existe un receptor concreto al que se hace referencia expresa mediante el apelativo de “Vuestra Merced”, lo cierto es que en la narrativa el destinatario deja de ser una entidad particular para pasar a designar al lector general. La lectura del prólogo así lo certifica, ya que no deja error a la hora de identificarlo cuando reclama la atención del público señalando, “Reader, recommending this Narrative to your perusal, and him who is the Subject of it to your charitable Regard” [lector, encomiendo esta narrativa a tu juicioso examen, y a él, que es el sujeto de la misma, a tu caritativa consideración].

La importancia de este lector es clave a la hora de entender la obra de James Albert, pues si Lázaro adecúa su discurso con la jerarquía de su destinatario en mente, el esclavo se ve en la obligación de amoldar su relato al gusto colonial de la época. En este sentido, Foster reivindica el peso de este receptor en la narrativa cuando saca a relucir los condicionamientos que impone sobre el autor, toda vez que “the narrator’s fidelity to the reality of the American slave experience was at the risk of offending many Americans who, regardless of their humanitarian beliefs, were, after all, members of the society being criticized” [la fidelidad del narrador con la realidad de la experiencia del esclavo americano corría el peligro de ofender a muchos americanos que, independientemente de sus postulados humanitarios, eran, al fin y al cabo, miembros de la sociedad criticada] (1979: 14).

Así, de igual manera que el héroe picaresco alude al *caso* de la forma más decorosa y adecuada a la posición de su interlocutor, “mas las malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer” (*Lazarillo*, 2006: 132), se aprecian en la narrativa las restricciones contractuales del pacto establecido entre el narrador y el receptor. Estas condiciones se manifiestan de múltiples formas durante el relato, y son identificadas por Finseth cuando sostiene que “the reader thus occupies the unenviable position of entering into a contract of meaning whose terms are uncertain, riddled with illegibilities and blanks” [el lector ocupa entonces la nada envidiable posición de establecer un acuerdo de significación cuyos términos son inciertos, plagados de ilegibilidades y vacíos] (2014: 39). No obstante, la dificultad que entraña la labor de identificación y resignificación de estos silencios y huecos en blanco para la comprensión y el análisis de la obra radica, en cualquier caso, en la disposición y los particulares intereses del lector a reescribir esos términos que pactó el autor con el público de la época (Finseth, 2014: 39).

De este modo, pese a que es innegable la relevancia del destinatario en la narrativa, lo verdaderamente interesante para el estudio comparativo que venimos realizando con la novela picaresca es la forma epistolar que ambas comparten. La creación de la obra a modo de misiva es otro de los rasgos señalados por Lázaro Carreter como característico del género picaresco y, según puede verse, se encuentra de nuevo presente en la obra de James Albert. Sin embargo, frente a las dudas existentes a la hora de identificar la tradición literaria utilizada como modelo en las obras de algunos autores de estas narrativas, las particularidades que presenta este rasgo en la narrativa ayudan a postular un posible trasvase picaresco. Así, mientras que, como vimos, el destinatario de la obra de Arthur aparece fragmentado, en tanto que alude a diferentes grupos sociales, el receptor de la narrativa de James Albert es unívoco y sistemático, tal y como suele ser habitual en el conjunto de novelas picarescas. El narratario del texto que aquí nos ocupa agrupa ahora a cualquier lector cristiano, una generalización en la línea del destinatario universal del *Guzmán*. Por ello, pese a que el receptor de la narrativa de James Albert no se concrete en un individuo específico como ocurre en el *Lazarillo*, guarda relación con las dos obras inaugurales del género español toda vez que la configuración del carácter del narratario es de similar factura y juega un papel determinante a la hora de exponer el caso.

No obstante, la importancia del narratario, así como del carácter epistolar de los textos, hace necesario un análisis detenido del mensaje tanto en las novelas picarescas como en la narrativa. La relevancia que adquiere entonces el esquema operativo de comunicación sirve a Florencio Sevilla Arroyo para reivindicar la centralidad de la pragmática en las obras del género hispano. En la presentación a su antología de textos picarescos *La Novela Picaresca Española*, el crítico defiende que del conjunto de novelas que constituyen el corpus se desprende una morfología narrativa propia frente a las demás tendencias literarias del momento. La singularidad del esquema comunicativo picaresco, prosigue Sevilla, viene determinada por su decidido diseño dialogístico, de tal manera que tanto el narrador como el destinatario se configuran a modo de conversadores. De esta manera, afirma que “la novela picaresca está diseñada desde una matriz de raigambre dialogística” y concluye ofreciendo un listado de las diferentes formas en que se manifiesta el diálogo en las obras españolas, cuyas posibilidades abarcan desde la confesión hasta las memorias, pasando por la matraca o fisga paródica, la conversación o el cuento (Sevilla Arroyo, 2001: xv).

Así, la disposición y configuración de los elementos de la comunicación presentes en los textos picarescos deberá amoldarse al patrón dialogístico escogido para cada novela. De este modo, observada la naturaleza de la autobiografía y del destinatario en las obras fundacionales del género picaresco conforme al esquema de epístola confesional, se antoja relevante examinar las características bajo las que presenta el mensaje en ambas novelas para su posterior cotejo con la narrativa de James Albert.

No cabe duda, como venimos postulando, de que el autor picaresco selecciona el material literario de acuerdo con el propósito creativo de la obra. Los eventos recogidos en *El Lazarillo* y en *El Guzmán* son claro ejemplo de ello, pues la totalidad del relato se postula como explicación del *caso*. Sin embargo, más allá de la selección del contenido, debemos atender también a las condiciones que impone un determinado acto comunicativo a la hora de configurar y expresar el mensaje. Siguiendo la matriz dialogística propuesta por Sevilla Arroyo para los textos hispanos, resulta interesante analizar las propiedades de la conversación desde el principio de cooperación establecido por Hebert Paul Grice en su ensayo *Logic and conversation*. A partir de las investigaciones que realiza sobre el lenguaje desde postulados lógicos, el filósofo británico entiende este principio como el compromiso tácito adquirido por cada interlocutor para que “su contribución a la conversación sea, en cada momento, la requerida por el propósito o la dirección del intercambio comunicativo en el que está [...] involucrado” y, con el fin de garantizarlo, establece una serie de máximas por las que se rige todo intercambio comunicativo (Grice, 1975:45).

Dentro de la serie de máximas que componen el principio de cooperación, Grice identifica la máxima de cantidad, por la cual la contribución de cada interlocutor debe contener toda la información que se requiera sin ser más informativa de lo necesario, la máxima de manera, que obliga a ser claro y evitar tanto la oscuridad de la expresión como la ambigüedad, la máxima de relación, que fuerza a aportar la información relevante en cada situación comunicativa, y la máxima de cualidad, que establece que toda contribución a la conversación deba ser verdadera (1975: 45-47). No obstante, si bien el principio de cooperación y las máximas sirven para regular toda conversación, el propio Grice entiende que el interlocutor viola intencionadamente en ocasiones algunas de estas máximas sin que por ello se vea afectado el intercambio comunicativo y su significación.

Una revisión pragmática de las obras inaugurales del género picaresco así lo corrobora. Si bien la génesis dialogística de las novelas del anónimo autor y de Mateo

Alemán participa de estas máximas en tanto que conversaciones escritas entre un narrador y un narratario, resulta evidente el incumplimiento de algunas de forma consciente por parte del narrador. Si analizamos estas máximas en *El Lazarillo*, observamos que el protagonista se ciñe extraordinariamente en su intervención a las máximas de cantidad y de relación. Lázaro únicamente aporta los datos de su biografía relevantes a satisfacer la curiosidad de su interlocutor, —Vuestra Merced—, sobre las habladurías que circulan sobre su persona y la de su mujer, “y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, paresciome no tomalle por el medio, sino por el principio, porque se tenga entera noticia de mi persona” (*Lazarillo*, 2006: 10-11). No obstante, se aprecia también que, en ocasiones, Lázaro no cumple con la máxima de manera. De esta forma, el narrador evita la claridad, “diciendo un no sé qué y sí sé qué” (*Lazarillo*, 2006: 132), y se ampara en la ambigüedad, “yo juraré sobre la hostia consagrada que [mi esposa] es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo” (*Lazarillo*, 2006: 134-135), para dar cuenta de la situación a Vuestra Merced y dejar a su buen juicio la significación de lo dicho, siguiendo el dicho castellano de que, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Sin embargo, la parquedad expresiva de Lázaro tiene poco reflejo en Guzmán. El estudio de los modos narrativos del pícaro de Alfarache nos muestra un semejante cumplimiento, a la par que violación, de las máximas conforme a los intereses de la obra. Así, Guzmán respetará en su intervención la máxima de manera, toda vez que la claridad es requisito *sine qua non* para su propósito moralizador cristiano. Es necesario matizar que, pese a ello, en ocasiones, y con el fin de librar la obra de la censura, se diluye la claridad de lo expuesto en meras aserciones o eufemismos que rebajan la crudeza de lo expuesto, tal y como ocurre en las alusiones a la figura del padre²⁴³. No obstante, no caben medias tintas al afirmar que el pícaro no respeta la máxima de cantidad ni de relación, pues su relato termina convirtiéndose en una ristra de materiales y digresiones que, más

²⁴³ En la obra se nos habla abiertamente de la infidelidad de la madre de Guzmán, pero no se hacen explícitas las alusiones a las relaciones sexuales, según se observa en la obra cuando leemos, “por la cuenta y reglas de la ciencia femenina, tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme a ellos y alcanzó a entender y obrar lo imposible de las cosas. Vedlo a los ojos, pues agradó igualmente a dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo: el uno me lo llamaba y el otro también (Alemán, 2007: 157). Véase al respecto el interesante artículo de Michel Cavillac (2010). «La cuestión del *padre* en el Guzmán de Alfarache, desde la *ética, económica y política*». *Studia aurea: revista de literatura española y teoría literaria del Renacimiento y Siglo de Oro. Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, págs. 159-173.

allá de abultar el grosor del libro, en nada se ajustan a lo esperado o requerido por el interlocutor respecto a su biografía.

La singular obediencia de las máximas por parte de los autores establece así un estilo personal en cada obra. Esta circunstancia no resulta entonces baladí, pues repercute de forma directa en la articulación y características –tanto de forma, como de fondo– propias de cada mensaje. De esta manera, la particular configuración del mensaje determinará los dos modelos narrativos que seguirán las distintas novelas que integran el género y servirá, una vez más, para rastrear la posible influencia picaresca en la narrativa.

A la hora de disponer el relato, James Albert se sirve del mismo formato dialogístico que los autores españoles. Las particularidades de la autobiografía del esclavo, presentada a modo de epístola confesional, se establecen, como sucedía en las novelas picarescas, conforme al respeto o no de las máximas que rigen el intercambio comunicativo. De la lectura de la narrativa se desprende el respeto a la máxima de relación por parte de James Albert, el cual únicamente narra aquellas aventuras relevantes a la situación comunicativa, así como a las máximas de cantidad y manera. No obstante, el cumplimiento de esta última resulta cuestionable por estar muy ligada en la obra del esclavo a la única máxima que dejamos de lado en la caracterización del diálogo picaresco. La máxima de cualidad, que obliga a que la contribución del narrador sea verdadera, resulta de difícil consideración dada la naturaleza ficticia de los textos aquí estudiados. Pese a ello, el trasfondo biográfico con el que abrimos este análisis de la narrativa de James Albert pudiera resultar decisivo aquí para valorar realmente el grado de cumplimiento de las máximas anteriores en el relato, tal y como veremos más adelante.

A falta de esta reconsideración, la información aportada por el esclavo configura de entrada un mensaje a todas luces claro e informativo en su justo medio, lo que manifiesta el respeto de James Albert a las máximas de manera y cantidad. Pese a ello, se inserta alguna que otra digresión en el texto que rompe con la máxima de cantidad, de igual manera que se ocultan datos, como los nombres de ciertos personajes, incumpliendo la máxima de manera. Sin embargo, si bien estos deslices parecen casi anecdóticos, será el análisis de la veracidad del testimonio de James Albert de acuerdo con la máxima de cualidad a tenor de lo expuesto, la que no sólo reivindicará el carácter ficticio de la obra, sino que desligará el mensaje del autor real de su alter ego narrativo y permitirá el empleo de distintas técnicas narrativas.

Con todo y con ello, podemos observar que el narrador de la narrativa configura un estilo particular a la hora de presentar el mensaje. El respeto general al conjunto de máximas propuestas por Grice desligaría *a priori* el texto de los patrones picarescos. Sin embargo, el hecho de que las mismas novelas picarescas no recojan un estilo común característico, y que la narrativa comparta ciertas máximas con *El Lazarillo* y otras con *El Guzmán*, parecen arrojar de nuevo un modelo híbrido que pudiera reunir en conjunto las dos pautas en que se manifiesta la matriz dialogística picaresca. No obstante, el hecho de que otras tradiciones aquí estudiadas presenten un respeto semejante a todas las máximas, igual que sucede en la obra de James Albert, dificulta la labor²⁴⁴.

Similitudes y diferencias en la caracterización del mensaje, lo cierto es que el material seleccionado se organiza a modo de todo unitario tanto en las novelas picarescas como en la obra de James Albert. Con el fin de otorgar sentido al conjunto del relato, los eventos narrados se sitúan en los textos de ambas tradiciones de acuerdo con un orden específico. Este orden no solo da forma a la narración, sino que a la vez configura su sentido global. No obstante, la presencia de este rasgo picaresco recogido en la poética del género fijada por Lázaro Carreter dentro de la narrativa no es algo sorprendente. Tal y como sucedía en las obras de Briton y Arthur, no es posible alterar tampoco en la narrativa la línea episódica sin afectar a la significación conjunta del texto. De igual forma que el episodio del despertar de Lázaro marca y condiciona los eventos anteriores y posteriores a la calabazada contra el toro, el viaje a la Costa del Oro de James Albert determinará el desarrollo de las posteriores aventuras y servirá de explicación tanto al comienzo del relato, como al desenlace de la obra. Woodard analiza este momento y reivindica el peso que tiene en la narrativa desde esta trabazón, pues sin hacer mención expresa a esta técnica picaresca, identifica las marcas temporales que dejan el relato atado y señala que

“prophetically, the merchant assured Gronniosaw that a trip across the Atlantic would be of ‘more service’ than anything that his parents could do for him. But what the Gold Coast merchant did not tell Gronniosaw, and what Reverend Shirley does not divulge in the narrative’s preface to the reader, is that the journey ‘out of darkness into ... marvelous light’ was not intended for spiritual enlightenment, but for a period of enslavement and a life of poverty and suffering in a faraway land” [de manera profética, el Mercader asegura

²⁴⁴ Cabría señalar el género de la autobiografía cristiana y los relatos de conversión, amén de otros, entre estas tradiciones literarias que obedecen por completo al esquema de máximas de Grice.

a Gronniosaw que el viaje a través del Atlántico sería de “mayor ayuda” que cualquier otra cosa que sus padre pudieran hacer por él. Pero lo que no le contó el Mercader de la Costa del Oro a Gronniosaw, y lo que el reverendo Shirley no divulga en el prefacio al lector de la narrativa, es que el viaje, ‘fuera de las tinieblas hacia ... la maravillosa luz’ no iba destinado a la iluminación espiritual, sino a un periodo de esclavitud y una vida de pobreza y sufrimiento en una tierra lejana] (1999: 32).

De esta manera, la trabazón episódica picaresca sirve en la narrativa de Briton para entender la felicidad experimentada por el esclavo tras el reencuentro con su amo, justifica la sentencia final de Arthur después de una vida dedicada a la delincuencia, y ayuda a comprender los extremos de necesidad en que se encuentra James Albert y su familia en su nueva vida en Inglaterra. Sin embargo, si bien esta técnica narrativa es inaugurada por los autores picarescos para las letras hispanas, es utilizada ya por la mayoría de corrientes literarias anglosajonas del momento; unas corrientes entre las que cabe considerar ahora el incipiente género de las narrativas de esclavos. Así, si bien es difícil rastrear el origen del rasgo en la obra de James Albert, no resultaría incorrecto señalar la deuda contraída por la narrativa con la picaresca en la utilización –directa o indirecta– de una de sus marcas características.

No obstante, esta trabazón se articula en las novelas picarescas a través de otro rasgo señalado por Lázaro Carreter, el servicio a varios amos. Como se observa en las obras españolas, el andamiaje compositivo de las aventuras de sus héroes se estructura en torno al tiempo que el protagonista pasa con cada uno de sus amos y las vivencias que con él acaecen. En este sentido, Richard Bjornson en *The Picaresque Hero in European Fiction* no solo resalta la importancia organizativa de los amos, sino que además incide en el valor del servicio cuando nos dice que, como los “picaresque heroes wander from place to place and traverse various social milieux, they encounter many different people, and by momentarily focusing upon these secondary characters, the author can depict a cross section of contemporary manners, morals and idiosyncrasies” [los héroes picarescos vagan de un lado a otro y atraviesan distintos ambientes sociales, se encuentran con mucha gente diferente, y centrándose momentáneamente en estos personajes secundarios, el autor puede representar una muestra representativa de actitudes, morales e idiosincrasias] (1977a: 9). La narrativa de James Albert seguirá este proceder, pero su particular índole conllevará variaciones respecto a las novelas picarescas. De igual modo en que Lázaro es entregado por su madre a un ciego para que el niño le sirva a cambio de

su cuidado y protección, la madre de James Albert encomienda a su hijo a un comerciante de la Costa del Oro para que le lleve a conocer el mundo. Ciertamente es que la madre de Lázaro se despide de su hijo debido a la situación de pobreza en la que se encuentran frente a los motivos espirituales que justifican la partida de James Albert de su círculo familiar. No obstante, ambas progenitoras confían a su descendencia a desconocidos movidas por un mismo fin: satisfacer las distintas necesidades de los personajes.

Pese a que como vimos, la ingenuidad de ambos protagonistas permanece a lo largo del relato, es al servicio de estos primeros años que tanto Lázaro como James Albert despiertan por primera vez a la realidad. Fuera del seno materno, el pícaro permanece ojo avizor ante las diferentes jugadas del ciego, de forma semejante a como James Albert se mantiene en alerta a causa de la constante amenaza de muerte que planea sobre su persona. Sin embargo, mientras que Lázaro consigue escapar del ciego sin mayor problema, James Albert es encerrado como prisionero, condenado a muerte y, finalmente, vendido como esclavo a un capitán holandés antes de poder deshacerse del mercader. No obstante, si bien ambos personajes corren la misma suerte, pues las circunstancias experimentadas con sus sucesivos años serán más duras, es necesario señalar que la posterior esclavitud a la que se ve sometido James Albert condicionará en extremo su desarrollo. La libertad de la que goza el pícaro para cambiar de amo desaparece para el esclavo, el cual ahora únicamente cuenta con los escasos derechos que le otorga la legislación colonial.

Esta singularidad de las narrativas del género angloafricano, que distancia la experiencia del pícaro de la del esclavo, constituye también una novedad dentro del panorama literario anglosajón del periodo. Como Foster nota al respecto, “the narratives clearly show that there were significant differences in the experiences of these black writers and those of other writers. Unlike the Indian captives or prisoners of war, these narrators were legally chattel for life” [las narrativas muestran claramente que había diferencias significativas en las experiencias de estos escritores negros y aquellas de otros escritores. A diferencia de los cautivos a manos de indios o los prisioneros de guerra, estos narradores eran legalmente ganado de por vida] (1979: 50). De esta forma, el característico medro picaresco en la escala social se orienta en las narrativas de esclavos a la manumisión del protagonista, pues como afirma el crítico, “what is certain is that blacks were in servitude at that time and that their first mention in American literature is as merchandise” [lo que es cierto es que los negros estaban sometidos en aquel momento

y que la primera vez que se los nombra es como mercancía] (Foster, 1979: 25). No obstante, pese a las lógicas disparidades existentes entre el servicio picaresco y la esclavitud de las narrativas, si consideramos la falta de un antecedente directo claro entre las tendencias literarias coloniales en boga, así como su papel estructurador del relato, parece acertado notar una evidente influencia de la novela hispana en la narrativa.

Al igual que las obras del género picaresco, la obra de James Albert se organiza en torno a las aventuras que le suceden con cada uno de sus amos. De esta forma, se va configurando dentro de la narrativa un listado de personajes a los que el esclavo presta servicio que, tras el mercader de la Costa del Oro, lo integran varios esclavistas. Si bien el capitán holandés que rescata a James Albert inaugura la lista, nada más poner pie en América un conocido del capitán muestra gran interés por el joven en Barbados. Tanta es la insistencia de este hombre en hacerse con el esclavo, que el capitán termina por venderle a James Albert a cambio de cincuenta dólares. De este segundo amo, se nos dice en la narrativa que “my new master's name was Vanhorn, a young Gentleman; his home was in New-England in the City of New-York; to which place he took me with him” [el nombre de mi nuevo amo era Vanhorn, un joven caballero; su residencia estaba en Nueva Inglaterra en la ciudad de Nueva York; lugar este al que me llevó consigo]. Sin embargo, pese a que James Albert no es ahora más que un simple esclavo sometido a las órdenes caprichosas de su amo, el protagonista nos habla del tiempo que pasó a su lado en términos positivos, señalando sobre el esclavista y su empelo únicamente que “he dress'd me in his livery, and was very good to me. My chief business was to wait at table, and tea, and clean knives, and I had a very easy place” [me vistió según su librea, y era muy bueno conmigo. Mi trabajo principal era servir la mesa, el té, y limpiar la cubertería, para mí un trabajo cómodo].

Como viene siendo habitual en estas primeras narrativas de esclavos, no se recoge en las páginas del relato de James Albert el trato y la brutalidad que con frecuencia sufrían los africanos en el Nuevo Mundo. Estas obras, lejos del propósito abolicionista de posteriores títulos del género como la *Narrative of the Adventures and Escape of Moses Roper from American Slavery* [Narrativa de las aventuras y escape de Moses Roper de la esclavitud americana] (1837) o *The Narrative of James Williams, an American Slave, Who Was for Several Years a Driver on a Cotton Plantation in Alabama* [La narrativa de James Williams, un esclavo americano, que fue durante varios años capataz en una plantación de algodón en Alabama] (1838), no son fruto del ambiente abolicionista que

se fraguaría desde la Guerra Civil (1775-1783) hasta la Guerra de Independencia (1861-1865). No quiere decir esto que la obra de James Albert no encierre un trasfondo crítico, sino que viene a demostrar que durante el periodo colonial la esclavitud no se ha convertido todavía en el principal centro de interés de estas narrativas. Por este motivo, James Albert presentará a su tercer amo en términos similares a los que utiliza para presentar a los dos anteriores, destacando que el Sr. Freelandhouse era “a very gracious, good Minister” [un pastor muy amable y bueno].

Tras este amo, que se encapricha de igual modo con el joven esclavo, James Albert consigue finalmente la libertad, la cual le viene dada en herencia cuando fallece Freelandhouse. Sin embargo, lejos de poner tierra de por medio y comenzar una nueva vida como hombre libre, el buen trato recibido lleva al protagonista a permanecer junto a la familia de su amo. No obstante, no es largo el tiempo que pasa a su servicio, pues como indica James Albert, “my kind, indulgent Mistress liv'd but two years after my Master. Her death was a great affliction to me. She left five sons, all gracious young men, and Ministers of the Gospel. —I continued with them all, one after another, till they died; they liv'd but four years after their parents [mi buena, complaciente señora vivió tan solo dos años más que mi amo. Su muerte me produjo gran pena. Dejó cinco hijos, todos buenos mozos, y ministros del Evangelio. —Yo seguí con ellos, uno detrás de otro, hasta que murieron; vivieron tan solo cuatro años más que sus padres].

La situación de pobreza en la que queda sumido James Albert le obliga a buscar el servicio de distintos amos a los que emplearse ahora como hombre libre. Cabría esperar en este momento que la figura del esclavo liberto se asimilase con la del pícaro. Sin embargo, su origen africano supone un lastre del que James Albert no puede desprenderse por completo. Así, una vez liberado nos dice que

“about this time a young Gentleman that was a particular acquaintance of one of my young Master's, pretended to be a friend to me, and promis'd to pay my debts, which was three pounds; and he assur'd me he would never expect the money again. —But, in less than a month, he came and demanded it; and when I assur'd him I had nothing to pay, he threatened to sell me” [por aquel entonces un joven caballero que era buen conocido de uno de mis jóvenes amos intentó hacerse amigo mío, y me prometió pagar las deudas, que ascendían a tres libras; y me aseguró que no esperaba que le devolviese el dinero. —Pero en menos de un mes, vino a pedírmelo; y cuando le aseguré que no tenía nada con que pagar, amenazó con venderme].

De esta manera, sabedor de la fragilidad su libertad, James Albert decide aceptar la propuesta que le hace el acreedor y se enrola dentro de un barco para saldar la deuda, ya que “though I knew he had no right to do that, yet as I had no friend in the world to go to, it alarm'd me greatly. At length he purpos'd my going a Privateering, that I might by these means, be enabled to pay him, to which I agreed. Our Captain's name was ---- ---- I went in Character of Cook to him” [aunque sabía que no tenía derecho a hacer aquello, como no tenía ningún amigo en el mundo al que acudir, me inquietó mucho. Al final me propuso hacerme corsario, para que de esta forma pudiese pagarle, a lo que acepté. Nuestro Capitán se llamaba ----- y yo fui en calidad de cocinero suyo].

Si bien son muchas las aventuras que tienen lugar durante el tiempo que pasa al servicio del capitán, poco se dice en la narrativa sobre su persona, destacándose escuetamente que “our Captain was a cruel hard-hearted man” [nuestro capitán era un hombre duro de corazón]. Una vez saldada la deuda con el astuto caballero, el cual toma más de lo que correspondía, James Albert abandona al capitán y entra al servicio de un nuevo amo. En este sentido, leemos que “at this time a very worthy Gentleman, a Wine Merchant, his name Dunscum, took me under his protection” [en esos días un caballero muy respetable, mercader de vinos, llamado Dunscum, me tomó bajo su protección]. Sin embargo, como sucede con el escudero en *El Lazarillo*, el protagonista pronto comprende que no existe posibilidad de prosperar bajo su cuidado y decide enrolarse en el vigésimo octavo Regimiento de Tierra, destinado para Martinica, con el fin de costearse el viaje hacia Inglaterra.

Una vez en el país europeo, James Albert se da cuenta de su desaventajada situación. Engañado nada más llegar, solo en una tierra extraña, se ve obligado a solicitar la ayuda de la única persona que allí conocía, el Sr. Whitefield. De esta forma, el protagonista acude a su presencia y le pide ayuda para encontrar una manera de ganarse la vida. Frente a lo que venía siendo habitual desde su llegada a Inglaterra, James Albert se topa finalmente con un caballero generoso que no duda en ayudarlo. Así, nos cuenta que “Mr. Whitefield receiv'd me very friendly, was heartily glad to see me, and directed me to a proper place to board and lodge in Petticoat-Lane, till he could think of some way to settle me in, and paid for my lodging, and all my expences” [el Sr. Withefield me recibió de forma amable, se alegró de corazón al verme, y me dio la dirección de un lugar adecuado donde hospedarme y alojarme en Petticoat-Lane, hasta que pudiese pensar en alguna forma de acomodarme, y pagó por el alojamiento, y todos los gastos]. Pese a que

durante su estancia en el hotel que le procura el Sr. Withefield el protagonista conoce a la que será su futura mujer, James Albert decide visitar Holanda animado por la solicitud de unos amigos de su antiguo amo, el Sr. Freelandhouse.

Si bien el Sr. Withefield se opone inicialmente a su partida, las razones del protagonista para cruzar el canal terminan por convencerle. Estas razones no solo explican el motivo de su visita, sino que además darán cuenta de a qué dedica el tiempo en Holanda, “my Master lived there before he bought me, and used to speak of me so respectfully among his friends there, that it raised in them a curiosity to see me; particularly the Gentlemen engaged in the Ministry, who expressed a desire to hear my experience and examine me” [mi amo había vivido allí antes de comprarme, y solía hablar de mí ante sus amigos con tan gran respeto, que tenían curiosidad por conocerme; en especial aquellos caballeros que formaban parte de la iglesia, los cuales expresaron el deseo de oír mi experiencia y poder interrogarme]. De esta forma, una vez llega a sus oídos que su antiguo amo, el Sr. Freelandhouse, hubiese querido que James Albert viajase al país protestante, no duda en dejar su incipiente vida en Inglaterra y lanzarse una vez más a la aventura.

La mayor parte del tiempo que pasa el protagonista en Holanda lo hace protegido por un clérigo. Así, pese a que todas las amistades de su antiguo amo se portan bien con James Albert, el protagonista nos aclara que nunca se vio en aprieto alguno ya que “indeed, one of the chief Ministers was particularly good to me; he kept me at his house a long while, and took great pleasure in asking questions, which I answer'd with delight” [de hecho, uno de los principales clérigos fue particularmente bueno conmigo; me tuvo en su casa mucho tiempo, y disfrutó haciéndome preguntas, a las que respondía con mucho gusto]. Empleado en el oficio de relatar semanalmente sus extraordinarias experiencias delante de una corte de religiosos calvinistas, James Albert recibe la oferta de un comerciante para entrar a su servicio, “at this time a very rich Merchant at Amsterdam offered to take me into his family in the capacity of his Butler, and I very willingly accepted it” [por entonces un comerciante muy acaudalado de Ámsterdam me ofreció llevarme con su familia en calidad de mayordomo, y lo acepté de muy buena gana]. Sin embargo, pese a que únicamente tiene palabras de halago para su nuevo amo, “he was a gracious worthy Gentleman and very good to me. —He treated me more like a friend than a servant” [era un caballero digno y respetable que se portaba muy bien

conmigo. —Me trababa más como a un amigo que como a un criado], la palabra de matrimonio dada a la tejedora inglesa le lleva de vuelta al país británico.

Nada más volver a Inglaterra, James Albert entra al servicio del Doctor Gifford, el cual le acoge en su familia y nos dice que “was exceedingly good to me” [me trató excesivamente bien]. Del tiempo que pasa con su nuevo amo poco se nos dice. Únicamente sabemos que es entonces cuando el protagonista se bautiza y se casa, pese a la oposición de sus amistades, con la mujer por la que había abandonado Holanda. No obstante, durante este difícil periodo James Albert viene a resaltar el comportamiento y la ayuda que recibe del Doctor Gifford, del cual señala su intachable y piadosa reputación, a la vez que manifiesta su total agradecimiento por los favores prestados.

Ya como cabeza de familia, el protagonista tiene que hacer frente al pago de la deuda de su mujer, a la crianza del hijo que Betty trae al matrimonio y a las adversas circunstancias sociales que se estaban produciendo por aquel entonces dentro del gremio de los tejedores. Privados ambos de trabajo, la solución a sus problemas económicos viene de la mano de un caballero que, preocupado por ambos, le aconseja que se vaya a Essex con él con la promesa de trabajo. De este modo, James Albert nos dice, “I accepted his kind proposal, and he spoke to a friend of his, a Quaker, a gentleman of large fortune, who resided a little way out of the town of Colchester; his name was Handbarar; he ordered his steward to set me to work” [acepté el amable ofrecimiento, y habló con un amigo suyo, un cuáquero, caballero de gran fortuna que vivía en las afueras de la ciudad de Colchester, que se llamaba Handbarar; el cual ordenó a su mayordomo que me pusiese a trabajar].

La vida al servicio del Sr. Handbarar fue al principio bastante cómoda para el protagonista. Sin embargo, al poco tiempo su mujer cae enferma y James Albert se ve en la tesitura de buscar ayuda para traerla consigo. Gracias a la colecta organizada por un joven cuáquero, la pareja se reúne de nuevo y vive de manera holgada en una casa de campo de su nuevo amo hasta la llegada del siguiente del invierno. La falta de trabajo durante ese tiempo los sume de nuevo en la más extrema pobreza, hasta el punto de que no tienen qué comer más allá de unas míseras zanahorias que les lleva el jardinero de un caballero que vivía en el lugar. Pese a ello, la suerte llama a su puerta de manos del criado de un abogado que vivía en Colchester. Este abogado, que se llamaba Daniel, se apiada de la pareja y les socorre con dinero, tal y como leemos cuando nos dice “I made known my distress to him, at which he was greatly affected; and generously gave me a guinea;

and promis'd to be kind to me in future” [le conté todos mis apuros, ante los cuales se mostró muy afectado; y generosamente me dio una guinea; y prometió que sería bueno conmigo en el futuro].

Gracias a la caridad del Sr. Daniel el matrimonio consigue pasar el invierno y volver a salir a flote, ya que según relata James Albert, “soon after this, as the spring came on, Mr. Peter Daniel employed me in helping to pull down a house, and rebuilding it” [poco después de esto, al llegar la primavera, el Sr. Peter Daniel me dio trabajo ayudando a tirar una casa y luego a reconstruirla]. Con el trabajo garantizado, la familia se reúne en Colchester, donde el protagonista permanece hasta terminar la casa. No obstante, el miedo a otro invierno sin oficio le lleva a aceptar una oferta de trabajo indefinido en las tejedurías Norwich, la cual no resulta tan prometedora como inicialmente parecía. Así, nos dice, “when this step was resolv'd on, I went first alone to see how it would answer; which I very much repented after, for it was not in my power immediately to send my wife any supply, as I fell into the hands of a Master that was neither kind nor considérate” [cuando nos decidimos a dar el paso, me fui yo solo primero para ver cómo me iba; de lo cual me arrepentí mucho luego, ya que no pude mandar de inmediato ninguna provisión a mi mujer, por haber caído en manos de un amo que no era ni bueno ni considerado].

A pesar de que nada más se dice sobre este nuevo amo, una vez Betty consigue reunirse con James Albert, las cosas cambian por completo. La separación familiar y las estrecheces económicas terminan, pues la mujer alquila un telar con el que contribuye a la economía doméstica. Pese a ello, el tiempo de bonanza dura poco, pues pronto los tres hijos del matrimonio enferman de viruela y el dinero se va en pagar las facturas médicas. Amenazados con verse en la calle, es otra vez gracias a la ayuda de un cuáquero que la pareja consigue sobreponerse. De esta manera, leemos en la narrativa que “Mr. Henry Gurdney, a Quaker, a gracious gentleman heard of our distress, he sent a servant of his own to the woman we hired the room of, paid our rent, and bought all the goods with my wife's loom and gave it us all” [el Sr. Henry Gurdney, un cuáquero, cortés caballero, se enteró de nuestra situación, envió un criado de los suyos a la mujer a la que le alquilábamos la habitación, le pagó el alquiler, y compró todas las cosas incluyendo el telar de mi mujer y nos lo dio todo a nosotros].

No obstante, James Albert seguía descontento con su amo, el cual ni le trataba bien ni le pagaba a tiempo. Por ello, siguiendo el consejo del Sr. Gurdney, el protagonista cambia de oficio y se dedica a aventar, respecto a lo que nos cuenta que, como no había

mucha gente en la ciudad dedicada a este negocio, “I did very well indeed and we became easy and happy” [me fue muy bien y pudimos tranquilizarnos y ser felices]. Aun así, la felicidad duró poco y la pareja debe enfrentarse a uno de los momentos más duros de su vida.

El éxito laboral de James Albert se esfuma en cuanto empieza a surgir una premeditada competencia desleal. Así, nos explica el declive de su negocio como consecuencia de que “many of the inferior people were envious and ill-natur'd and set up the same employ and work'd under price on purpose to get my business from me, and they succeeded so well that I could hardly get any thing to do” [muchos de la gente de baja calaña era envidiosa y malvada y empezaron a dedicarse al mismo oficio y a trabajar a propósito a un precio más bajo para quitarme el negocio, y lo hicieron tan bien que no me salía nada que hacer]. Sin embargo, las desgracias no terminan aquí, pues al trauma de perder a una de sus hijas a causa de unas fiebres se une la negativa del cura a dar sepultura a la niña por no estar bautizada. No es hasta que, desesperado, el protagonista decide cavar una tumba en el jardín que el párroco da su brazo a torcer. Con todo y con eso, a pesar de que consiente enterrar a la pequeña, el clérigo no muestra compasión ante la triste situación que atraviese la familia y se niega a officiar misa en el sepelio.

Después del entierro, el ambiente se vuelve tan enrarecido en la comunidad que James Albert se ve en la obligación de cambiar de lugar de residencia e irse a vivir a Kidderminster, ya que como señala, “we met with a great deal of ill treatment after this, and found it very difficult to live” [tras esto empezaron a tratarnos mal, y nos era muy difícil vivir]. Una vez llega a Kidderminster, se pone en contacto con el Sr. Fawcet, del cual tenía constancia por aparecer su nombre en uno de los libros religiosos que tanto agradaban a James Albert, *Saints everlasting rest*, del escritor puritano Baxter. El Sr. Fawcet se muestra muy contento de recibirle y le recomienda al Sr. Watson, el cual le da trabajo en una manufactura “twisting silk and worsted together” [trenzando seda y estameña].

Si bien tarda unos días en asentarse definitivamente en Kidderminster debido al mal estado en que se encontraba su mujer cuando decide volver por su familia, es al servicio del Sr. Watson que James Albert da por concluido el relato. Con ello, se pone fin a una lista de personajes que condicionan las aventuras del personaje y se deja la interpretación de la narrativa al juicio del lector. No obstante, lo interesante de este listado son las semejanzas y diferencias que guarda con la ristra de amos que se nos presentan en

las novelas picarescas. Por un lado, el número de personajes a los que James Albert sirve –ya sea en calidad de esclavo o como hombre libre– es muy similar al recogido en el conjunto de los textos hispanos. Además, resulta interesante notar cómo ciertos tipos picarescos se repiten en la narrativa, ya que al igual que Lázaro, el protagonista sirve a varios clérigos, así como a un mercader de vinos. Por otro lado, aparecen nuevos personajes a los que James Albert presta servicio, entre los que cabe incluir a un capitán o a un comerciante. Sin embargo, lo que realmente distancia la narrativa de las obras españolas no es la variación de los diferentes integrantes de este particular listado, sino el benévolo tratamiento que recibe el protagonista de la mayoría de sus amos.

Esta interesante circunstancia permite la clasificación de los personajes a los que sirve James Albert en dos grandes grupos. Dentro del primer grupo aparecen aquellos amos cuya buena conducta hacia el protagonista es incuestionable. Entre sus miembros se encuentran el capitán holandés que compra a James Albert en la Costa del Oro o el Sr. Freelandhouse. Como se observa en la narrativa, todos ellos se muestran interesados y preocupados por el futuro del esclavo de un modo o de otro. El capitán holandés, por ejemplo, compra a James Albert para evitar su aciago destino en África y el Sr. Freelandhouse le otorga la libertad. El segundo grupo, sin embargo, recoge el nombre de aquellos personajes cuyas acciones con James Albert son –de un modo u otro– cuestionables. Así entre muchos otros, encontramos al joven caballero que presta dinero a James Albert para saldar sus deudas en Nueva York o al señor que da trabajo al protagonista en la ciudad inglesa de Norwich.

Una detenida consideración de ambos grupos pone de manifiesto una consciente y premeditada división de sus integrantes por parte del narrador. El estudio de los personajes hecha por tierra la posibilidad de una clasificación aleatoria, pues su particular adhesión a uno u otro grupo obedece primordialmente a sus personales convicciones religiosas. De esta forma, la intencionada disposición de los seres que aparecen en la narrativa abre la puerta al análisis del siguiente propuesto por Lázaro Carreter en su definición de la poética picaresca. De acuerdo con el crítico español, las páginas de novelas españolas dan cobijo a los postulados críticos de sus autores. Si bien la crítica social recogida en las obras hispanas en ocasiones no resulta evidente, la astuta redacción de los mordaces ataques reflejados en las aventuras no pasó desapercibida en varios de los títulos del género ante la aguda vista de los censores. Así, no sorprende que *El Lazarillo* fuese incluido en el primer *Índice* de libros prohibidos por la Inquisición para

1559 o que Francisco de Quevedo no reivindicase la paternidad de *El Buscón* en vida, cuya obra también se sumó a la exclusiva colección de la que formaba parte *El Lazarillo* para 1632²⁴⁵. Frente a estos textos, la narrativa de James Albert nunca entró a formar parte de índice moral alguno ni sufrió el ataque directo de la censura religiosa tras su publicación. Por el contrario, resulta interesante observar cómo la obra del esclavo fue auspiciada y promocionada por los mandos de los diferentes movimientos protestantes de corte calvinista que estaban en expansión a ambos lados del Atlántico.

Mientras que el anónimo autor de *El Lazarillo* sostiene su sagaz crítica social desde los postulados anticlericales promulgados por el erasmismo –hecho que le enfrentó con los defensores del catolicismo más tradicional– (Coronel Ramos, 2011), y Francisco de Quevedo envite contra la presencia sefardí en las instituciones de la España de época –lo cual le granjea multitud de enemigos– (Redondo, 1974), la narrativa no atenta contra una organización concreta, sino que parece cargar contra algunos individuos de los que, la mayoría de las veces, se omite el nombre en el texto. No obstante, la personalización de la crítica en la obra sobre aquellos personajes que integran la lista de amos de conducta reprobable a ojos James Albert descubre un patrón crítico recurrente a lo largo del relato.

Como se observa, los personajes sobre los que recae la crítica en la narrativa son siempre aquellos que se alejan de la moral cristiana. El capitán del barco en el que James Albert sirve como cocinero para saldar su deuda en América es uno de los ejemplos más llamativos. A pesar de que el capitán muestra su enfado ante el robo de toda la parte correspondiente al esclavo por los servicios prestados a bordo por parte de su joven acreedor, la dureza de corazón con la que se caracteriza a su persona en la obra le lleva a chantajear económicamente a uno de los prisioneros a cambio de su vida, a la cual pone fin una vez se hace con las pertenencias de valor, “our Captain took four thousand pounds from him; but that did not satisfy him, as he imagin'd he was possess'd of more, and had somewhere conceal'd it, so that the Captain threatened him with death [...] and he put his barbarous design into execution, for he took him on shore with one of the sailors, and there they shot him” [el capitán tomó cuatro mil libras de él; pero no quedó satisfecho, ya que creía que tenía mucho más, y de algún modo lo escondía, por lo que el capitán le

²⁴⁵ Para más información al respecto, véanse Antonio Rey (2001). «El “caso” de *Lázaro de Tormes*, todo problemas». En José Martínez Millán (ed.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 3, págs. 277-300 y Fernando Cabo Aseguinolaza (2001a). *Noticia de Francisco de Quevedo y «La Vida del Buscón»*. Barcelona: Editorial Crítica, págs. 183-208.

amenazó con la muerte [...] y finalmente llevó a cabo su cruel intención, ya que le llevó a tierra con uno de los marineros, y allí le dispararon].

De este modo, la crítica en la narrativa se establece por oposición entre aquellos amos que realmente participan de la fe de Cristo y los demás personajes que dicen ser cristianos, pero no actúan conforme a los postulados religiosos. No obstante, la distinción entre ambos grupos en ocasiones no resulta tan cristalina en el relato. La interesada división maniquea de los personajes nos arroja pasajes como el sucedido con el Sr. Vanhorn, en el que se busca preservar su reputación incluso cuando no obra según cabría esperar de un ferviente devoto de su talla. Por ello, pese a que el protagonista nos presenta al Sr. Vanhorn como ejemplo de buen cristiano, del cual resalta que durante el tiempo de servicio en su casa se portó bien con él, lo cierto es que James Albert cuestiona su decisión de azotar al viejo Ned tras la inocente advertencia que le hace a su ama sobre los peligros de blasfemar: “Who told you this replied my lady? Old Ned, says I. Very well was all her answer; but she told my master of it, and he order'd that old Ned should be tyed up and whipp'd, and was never suffer'd to come into the kitchen with the rest of the servants afterwards” [¿Quién te dijo tal cosa? preguntó mi ama. El viejo Ned, contesté. Un muy bien fue toda su respuesta; pero se lo contó a mi amo, y él ordenó que atasen al viejo Ned y le diesen latigazos, y no se le permitió entrar en la cocina junto a los demás criados de ahí en adelante]. Sin embargo, James Albert pronto elimina cualquier atisbo de duda en torno a su amo en la narrativa, pues termina por desplazar el foco de interés de su persona hacia los motivos que le llevan a tomar tan drástico castigo: la lengua de su mujer. De esta manera, se libera al Sr. Vanhorn de responsabilidad alguna toda vez que su decisión viene determinada en última instancia por su esposa, la cual, lejos de buscar la corrección moral del esclavo, únicamente se halla entretenida en contar lo sucedido a modo de entretenimiento, “my mistress was not angry with me, but rather diverted with my simplicity and, by way of talk, She repeated what I had said, to many of her acquaintance that visited her” [mi ama no estaba enfadada conmigo, sino bastante entretenida ante mi simplicidad y, a modo de chismorreo, repetía lo que yo había dicho, a la mayoría de las visitas que iban a verla].

Así las cosas, mientras que las obras del género hispano se sirven de la batería de amos para sustentar el trasfondo crítico del relato, la narrativa hará una minuciosa labor de selección de personajes que atiende a todas luces los intereses de sus benefactores. De este modo, mientras las obras picarescas atentan contra la totalidad de ciertos estamentos

sociales o instituciones, representados en las figuras de los amos, la crítica en la narrativa se orienta exclusivamente hacia ciertos personajes que no comparten los valores religiosos del protagonista y su círculo espiritual. Estos personajes son, en conjunto, ejemplos de un mundo decadente en el que se han perdido unos valores cristianos que, por suerte, todavía perduran en los verdaderos hombres de fe. En este sentido, pese a las decepciones que experimenta James Albert con la tabernera o con el respetable comerciante que se ofrece a conducirlo al tabernáculo del Sr. Whitefield, del que nos dice “knowing that I was a perfect stranger, I thought it very kind, and accepted his offer; but he obliged me to give him half-a-crown for going with me, and likewise insisted on my giving him five shillings more for conducting me to Dr. Gifford's Meeting”, [como no me conocía de nada, aprecié el gesto, y acepté su ofrecimiento; pero me hizo pagarle media corona por venirse conmigo, y me pidió que le diese otros cinco chelines más por llevarme al encuentro del Dr. Gifford], existe en la narrativa la posibilidad de encontrarse con seres genuinos, tal y como sucede cuando el protagonista se ve inmerso en grandes apuros. De esta manera, la demoledora crítica general picaresca deja ahora espacio para la esperanza en la obra de James Albert. No obstante, esta esperanza aparece condicionada en todo momento a los presupuestos calvinistas del relato.

Si bien muchas personas de diferentes confesiones protestantes tienden la mano a James Albert en los momentos de necesidad, el propósito calvinista de la obra cierra filas a la hora de valorar la catadura moral real de estos personajes. Mientras que la ayuda proporcionada por todos los individuos religiosos se documenta en el relato, la lectura de la narrativa encumbra a los personajes calvinistas por encima de los demás seres. Pese a que son varios los cuáqueros destacados por su bondad con James Albert, como el Sr. Henry Gurdney, las aventuras finales del protagonista se encargan de derrumbar lo construido por estos caballeros, así como por los miembros de otras confesiones. Por ello, en las últimas páginas de la narrativa leemos que, en el momento de mayor desesperación para el protagonista, todos estos personajes de distintas ramas protestantes, que hasta ahora le habían socorrido, hacen oídos sordos a su desconsolada súplica. Así, tras la muerte de su hija, James Albert pide cristiana sepultura para el cuerpo y la realidad le da de bruces en la cara, pues “the Baptist Minister refused to bury her because we were not their members. The Parson of the parish denied us because she had never been baptized. I applied to the Quakers, but met with no success; this was one of the greatest trials I ever met with, as we did not know what to do with our poor baby” [el cura bautista se negó a

enterrarla porque no éramos feligreses suyos. El clérigo de la parroquia nos rechazó porque no la habíamos bautizado. Acudí a los cuáqueros, pero no tuve éxito; esta fue una de las pruebas más duras a las que me he enfrentado, ya que no sabíamos qué hacer con nuestro pobre bebé].

Como se ve, la crítica de la narrativa se articula en torno a la espiritualidad de unos personajes que, de otro modo, jamás podrían ser laureados por un esclavo. La defensa esclavista de los calvinistas se encarga de promocionar las bondades religiosas con aquellos hombres negros a los que mantiene subyugados bajo pretextos espirituales. Por ello, pese a que Foster intenta analizar el contenido crítico de la obra respecto a la esclavitud, cuando afirma que “the manner in which comparisons between the United States and Britain were handled shows [that] slave narrators considered Britain a more enlightened and hospitable country than the United States” [la forma en que se realizan las comparaciones entre los Estados Unidos y Gran Bretaña muestra que los narradores esclavos consideraban Gran Bretaña un país más ilustrado y hospitalario que los Estados Unidos] (1979: 15), lo cierto es que el relato se aleja de las cuestiones terrenas y se articula desde postulados religiosos de manera que, como más acertadamente sostiene Woodard, “Gronniosaw could only blame himself personally if he could not criticize a society that regarded him as one who was well suited to a fate of enslavement and poverty” [Gornniosaw únicamente podía culparse personalmente a sí mismo si no podía criticar a la sociedad que le veía como alguien que estaba hecho para un destino de esclavitud y pobreza] (1999: 36). De acuerdo con Richetti, es necesario entender que la narrativa no busca todavía un culpable entre los distintos actores sociales del periodo, sino que continua la tendencia literaria hasta el momento en boga por la que “evil is personified and described as an agent in the world, not as the tragic result of social injustice or oppression but evidence of a menacing spirit who battles with men and God” [el mal es personificado y descrito como un agente en el mundo, no como el resultado trágico de la injusticia social o de la opresión, sino como evidencia de un espíritu amenazante que lidia con los hombres y con Dios] (1969: 31).

Sea como fuere, la narrativa comparte el contenido crítico —si bien modificado a sus particulares circunstancias— de las novelas picarescas. Este contenido crítico se estructura de forma idéntica a los textos hispanos en torno al servicio a distintos amos, ya sea en calidad de esclavo o de hombre libre. De este modo, salvando las diferencias existentes entre los tipos representados para ello en la narrativa, la peculiar selección de

personajes responde en última instancia al propósito final de la obra, tal y como sucede en las novelas picarescas a la hora de articular el *caso* (Parra Alonso, 2017: 88). Esta situación, pone de manifiesto una posible influencia directa de la novela española pues, es el elemento crítico presente en sus obras el que Foster reclama para la poética del género de esclavos cuando explica el valor de estos textos en la época argumentando que la “combination of autobiographical and social concerns is perhaps one of the secrets of the early popularity of slave narratives” [mezcla de preocupación autobiográfica y social es quizás uno de los secretos de la temprana popularidad de las narrativas de esclavos] (1979: 4).

Para ello, de manera semejante a como sucede en las obras picarescas y otros textos de corte autobiográfico, las narrativas de esclavos registran las aventuras que le suceden a su protagonista sirviéndose de un estilo realista. No obstante, pese a que ambas tradiciones literarias vienen a compartir el corte realista del relato señalado por Lázaro Carreter como característico de la poética picaresca, resulta necesario observar si el peculiar realismo presente en la novela española, que parte de la óptica subjetiva de sus particulares héroes, tiene reflejo en la narrativa.

Como venimos postulando en el desarrollo de este estudio, la factura realista de las obras picarescas obedece a la mirada crítica del protagonista (Parra Alonso, 2017: 89). Los detalles señalados por Lázaro a la hora de encuadrar la acción no se dejan nunca al azar. De esta manera, conocemos la avaricia del clérigo de Maqueda cuando un Lázaro famélico escanea con los ojos su casa en busca de provisiones hasta dar con el arca que, el mismo clérigo que le priva de alimentarse, tiene llena de provisiones. Así, Lázaro nos cuenta, “y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o, en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran; que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara” (*Lazarillo*, 2006: 48). En esta misma línea, James Albert nos presenta la codicia del capitán cuando enumera las galas del prisionero al que, desprovisto ya de cualquier objeto de valor, acaba ajusticiando junto a uno de sus marineros,

“our Captain took four thousand pounds from him; but that did not satisfy him, as he imagin'd he was possess'd of more, and had somewhere conceal'd it, so that the Captain threatened him with death, at which he appear'd in the deepest distress, and took the buckles out of his shoes, and untied his hair, which was very fine, and long; and in which several

very valuable rings were fasten'd” [el capitán tomó cuatro mil libras de él; pero no quedó satisfecho, ya que creía que tenía mucho más, y de algún modo lo escondía, por lo que el capitán le amenazó con la muerte, ante lo cual se angustió mucho, y cogió las hebillas de los zapatos, y se soltó el pelo, que era muy hermoso y largo; en el cual llevaba algunos anillos de gran valor prendidos].

No obstante, lejos de una prosa más cuidada o artificiosa como es la picaresca, que alcanzará su cota más elevada en *El Buscón*, Foster subraya la simplicidad de la narrativa cuando señala que “the authors of slave narratives usually wrote in a simple, direct style with a realistic eye upon the needs and expectations of a variety of readers” [los autores de las narrativas de esclavos escribían normalmente en un estilo directo y sencillo con un ojo realista sobre las necesidades y expectativas de una variedad de lectores] (1979: 3). La genial pluma de la que surgen las novelas picarescas no es compartida por los escritores a los que se encomiendan las narrativas. La altura literaria de los prosistas españoles, entre los que destacan —por citar algunos— Francisco de Quevedo, Vicente Espinel o Alonso Jerónimo Salas de Barbadillo, nada tiene que ver con las miras fundamentalmente religiosas de los individuos que recogen el testimonio de los esclavos. Sin embargo, salvadas estas diferencias de estilo, lo cierto es que las semejanzas en el corte realista de ambas tradiciones revisten gran calado, toda vez que ambas se centran en “relating interesting and exciting true-to-life adventures” [relatar interesantes y emocionantes aventuras fieles a la realidad] (Foster, 1979: 5).

Las novelas picarescas coinciden en narrar las nimias aventuras cotidianas de un héroe sin gran repercusión histórica que, por su insignificancia, lejos de luchar contra las injusticias, nos muestra sutilmente mediante su vida el alcance de un sistema corrupto y viciado como era el de la España de los Siglos de Oro. La falta de una crítica expresa pero inherente a la sociedad imperante del momento, que buscaba fundamentalmente burlar la censura de los textos, se convierte entonces en una seña de identidad del género hispano y se configura como rasgo distintivo de su poética de acuerdo con Lázaro Carreter. La lectura de la narrativa de James Albert parece ser heredera de tan particular proceder narrativo, pues se elude en sus páginas cualquier crítica social expresa que se aleje de lo espiritual. De este modo no sorprende entonces la falta de alusiones explícitas al sistema esclavista desde una perspectiva crítica ya que, a pesar de que la esclavitud sienta los pilares sobre los que se sostiene el realismo de la narrativa, únicamente se muestran sus condicionamientos a través de las acciones del día a día del protagonista. Más allá de las

menciones a los cambios de amos, así como a alguna tarea de la que era responsable el esclavo durante su servicio, James Albert da la espalda a la realidad de la institución esclavista. Con ello, se continúa además el patrón postulado en las dos anteriores obras del género de esclavos, las cuales tampoco ahondaban en el trasfondo esclavista de las que eran fruto, pues tal y como Starling explica, “the slave narratives before 1836, although revealing a variety of cruelties, contain no record of the notorious systems of torture of slaves” [las narrativas de esclavos anteriores a 1836, a pesar de revelar una serie de crueldades, no contienen registro alguno de los afamados mecanismos de tortura de esclavos] (1981: 29).

De esta manera, según puede observarse en estas primeras narrativas, a pesar del carácter autobiográfico al que obedecen las obras, se omiten en el relato de James Albert —al igual que en los textos de Briton o Arthur— multitud de datos, a la vez que se seleccionan o manipulan otros tantos recuerdos del protagonista, según su pertinencia al propósito final de la narrativa. Así, tal y como sucede en los textos de otros géneros autobiográficos de la época, que van desde los relatos de criminales hasta las vidas de santos, en la narrativa es extremadamente difícil separar los hechos reales de la ficción, una circunstancia que, como apunta Richetti, acontece en la mayoría de las narrativas en prosa del momento encuadradas normalmente bajo el marbete de ficción (1969: 7). Es por ello que, de forma similar a como ocurre con las novelas picarescas, resulta más adecuado hablar de una naturaleza ficticia en el relato de James Albert, el cual se sirve de la verosimilitud a la hora de dar forma a sus aventuras, toda vez que en la obra el “moral meaning is as important as the literal truth of the story” [significado moral es tan importante como la verdad literal de la historia] (Richetti, 1969: 33).

En todo caso, sea cual fuere la carga ficticia o real de las obras de ambas tradiciones, resulta incuestionable la presencia del trasfondo crítico señalado por el estudioso español para los textos picarescos dentro de la narrativa. Al igual que la novela hispana, el relato de James Albert se enmarca en unas coordenadas espaciotemporales muy precisas, las cuales ayudan a explicar el verdadero valor literario e histórico subyacente al discurso del esclavo. De este modo, en el análisis del género angloafricano Foster concluye que “the slave narratives were influenced by their social ambience, and they were adapted to the changes of expectations, assumptions, and needs within that environment” [las narrativas de esclavos estaban influidas por su ambiente social, y se

adaptaban a los cambios de expectativas, asunciones y necesidades de ese entorno] (1979: 4).

Dentro de estos condicionantes externos cabe señalar el carácter moralizador y ejemplar de la narrativa de James Albert. La figura del protagonista se configura —antes que esclavo— como ejemplo de buen cristiano. La aceptación y resignación que muestra hacia su estado en el Nuevo Mundo, así como la fidelidad a los valores morales propugnados por la fe de Cristo, incluso en los momentos más difíciles ya en Europa, hacen del africano un ejemplo a seguir por todos sus contemporáneos. La ambivalencia de su figura lo constituye a la vez como modelo de buen esclavo para las gentes de color, así como dechado de virtudes religiosas para los devotos blancos occidentales. En este sentido, Woodard postula que “Gronniosaw seeks to relate his life, consciously, in order to instruct his readers” [Gronniosaw busca relatar su vida, conscientemente, con el fin de instruir a sus lectores] (1999: 45).

Al igual que los personajes picarescos, los protagonistas de las narrativas de esclavos postulan en su conjunto ejemplos de conducta con los que compararse por imitación o descarte. El propósito doctrinario de las obras del género español permite a Lázaro encarnar para el público las posibilidades sociales al alcance de un marginado que, durante todo el relato, demuestra mayor coherencia ética y altura moral que las élites de poder que las propugnan. Quevedo, por su parte, advertirá al lector de los peligros que conlleva ambicionar la suerte de los más favorecidos por nobleza con la caída —literal y figurada— de Pablos. Por ello, pese a que Foster acierta en señalar que los personajes negros se articulan como arquetipos de ejemplaridad, el análisis realizado hasta ahora de las narrativas del género de esclavos descarta su creencia de que únicamente “in the beginning they are exemplary Christians whose sufferings and deliverances are proofs of God’s power and mercy” [al principio eran cristianos ejemplares cuyos sufrimientos y salvaciones son pruebas del poder y misericordia de Dios] (1979: 42). Por ello, se entiende que, mientras que James Albert coincide con Briton en su configuración de buen cristiano, Arthur vuelva sobre el modelo ex contrario fijado por Guzmán, dejando así abierta cualquier posibilidad para los posteriores escritores del género. No obstante, de esta situación se desprende la coincidencia una vez más de la narrativa de James Albert con los textos picarescos, pues como afirma Richetti, “the events being described are luminous with moral significance and fall naturally into an exemplary pattern” [los

eventos descritos irradian significado moral y se amoldan de manera natural conforme a un patrón de ejemplaridad] (1969: 62).

Sin embargo, además de las estrategias espirituales que sostienen el carácter moralizador de la narrativa, entre las que destacan las citas bíblicas, las explicaciones y los proverbios cristianos, así como el sentido confesional del relato, se aprecia en el texto de James Albert el siguiente rasgo propuesto por Lázaro Carreter para el género picaresco (Richetti, 1969: 28). Si bien Guzmán se presenta desde el título como atalaya humana desde la que observar la condición humana, Mateo Alemán pronto advierte del entretenimiento que endulza la prédica religiosa cuando nos dice,

“en el discurso podrás moralizar según se te ofreciere: larga margen te queda. Lo que hallares no grave ni compuesto, eso es el ser de un pícaro el sujeto de este libro. Las tales cosas, aunque serán muy pocas, picaresca con ellas: que en las mesas espléndidas manjares ha de haber de todos gustos, vinos blandos y suaves, que alegrando ayuden a la digestión, y músicas que entretengan” (Alemán, 2009: 112).

De esta forma, las aventuras del pícaro sirven para sostener el peso del sermón cristiano a la vez que amenizan la doctrina en la obra. No obstante, a la hora de configurar estos ligeros momentos de pasatiempo, el escritor picaresco general, tal y como se aprecia en el autor de *El Guzmán*, introduce cierta ironía y comicidad en multitud de pasajes del relato.

El tono irónico o cómico de estos pasajes nace de la perspectiva dual con la que el protagonista presenta los hechos. Por este motivo, se entiende que la sátira literaria quede siempre restringida a los episodios que dan cuenta de las peripecias del personaje. El desfase entre la experiencia del personaje adulto y la ingenuidad del niño envuelto en las hazañas relatadas es el encargado de generar el contrapunto irónico y cómico en la biografía del pícaro. Ello se explica, como entiende Cogeanu, porque la “creation of two narrative voices, the child and the mature persona, enables his ideological mobility and situates him in a space in-between” [creación de dos voces narrativas, el niño y la persona mayor, permite su movilidad ideológica y lo sitúa en un espacio inter-medio] que delega en el lector la interpretación definitiva de los hechos (2012: 27).

Esta libertad semántica, surgida del conflicto entre la significación literal e intencional de lo expresado, es utilizada también en la narrativa. Tal y como sucede en la novela picaresca, la ironía y la comicidad se hallan presentes en la obra de James Albert

toda vez que la intención del narrador y la disposición del lector establecen una comunicación paralela a la inmediatamente manifestada en palabras. Por ello, como señala Finseth, resulta tan complejo desentrañar el alcance irónico en la narrativa, pues las “potentialities of irony all depend on the participation of the reader” [potencialidades de la ironía dependen en su conjunto de la participación del lector] (Finseth, 2014: 35).

Si bien a primera vista el tono satírico de la obra de James Albert parece estar limitado a la comicidad surgida de la ingenuidad del protagonista que brota en episodios puntuales, como pudiera ser el pasaje del libro que habla, en el que el protagonista se entristece ante la imposibilidad de comunicarse con el libro de su amo, “as soon as my master had done reading I follow'd him to the place where he put the book, being mightily delighted with it, and when nobody saw me, I open'd it and put my ear down close upon it, in great hope that it wou'd say something to me” [tan pronto como mi amo terminó la lectura le seguí hasta el sitio donde dejaba el libro, sintiéndome extremadamente contento de tenerlo, y cuando nadie me veía, lo abrí y acerqué la oreja, con la esperanza de que me dijese algo], lo cierto es que la crítica viene defendiendo un uso de la ironía sistemático en el relato. En este sentido, Gates, Jr. sostiene que el logro de la narrativa reside en la habilidad del autor en “to structure the events of his life into a pattern that speaks quite eloquently, if ironically, to readers today” [estructurar los eventos de su vida conforme a un patrón que habla de forma bastante elocuente, si irónico, hoy a los lectores] (1998: 10).

En un análisis más pormenorizado, Woodard identifica la manifiesta ironía producida por la inhabilidad de James Albert para reconciliar el mensaje de fe de la obra con las malas prácticas de los individuos que lo predicán, así como la comicidad de los rituales cristianos a los ojos de un africano (1999: 39). De este modo, señala que “listening to the sermons of Freelandhouse, Gronniosaw thought it comical but in the end agreeable when instructed to kneel down and put his hands together in prayer” [escuchando los sermones de Freelandhouse, a Gronniosaw se le antojan cómicos, si bien agradables al final, cuando se le manda arrodillarse y juntar las manos para rezar] (Woodard, 1999: 35).

No obstante, es Finseth quien realiza una lectura que va más allá de la evidente ironía surgida de la hipocresía religiosa. Gracias al análisis de los agentes involucrados en la configuración de este mecanismo, el crítico extiende el alcance irónico de la obra toda vez que “the whole thing cannot work at all unless both parties to the exchange have confidence that they are moving together in identical patterns” [toda la cosa no funciona

para nada a menos que ambas partes del intercambio tengan confianza de que se mueven a la par en patrones idénticos] (2014: 35). En este sentido, Finseth aboga por abrir la interpretación irónica de la narrativa a un lector africano que pudiera decodificar los significados velados al público occidental. Es desde esta variación receptiva que se entienden las nuevas perspectivas de estudio de la obra de James Albert en las que, como vimos, se reivindica el elemento musulmán en su significación global.

La reconsideración del conjunto no solo vendría entonces a reconocer la importancia del tono irónico en el texto, sino que ayudaría a valorar con precisión el alcance de los pasajes en los que aparece. Por un lado, dotaría de mayor profundidad al tropo del libro que habla, pues la ingenuidad que se atribuye al esclavo recae ahora sobre el lector occidental. Esta línea de interpretación es sostenida por Cogeanu, quien analiza el tropo y concluye que “the talking book is a sign of multilayered significance and rampant irony. Among others, it illustrates the dialectic relation between (white) norm and (black) creativity” [el libro que habla es un signo de significado con multitud de niveles y descontrolada ironía. Entre otros, ilustra la relación dialéctica entre la norma (blanca) y la creatividad (negra)] (2012: 24). Por otro, la velada ironía de pasajes como la entrega del oro al mercader holandés, en los que la inocencia del protagonista parece ser el motivo exclusivo que lleva al africano a desprenderse de tan preciadas posesiones por ser —a su juicio— pesadas, permite finalmente considerar la crítica a la institución esclavista en la narrativa toda vez que “call into question the philosophical basis of the system” [viene a poner en cuestión las bases filosóficas del sistema] (Finseth, 2014: 37).

De esta manera, si bien no existe en la narrativa una advertencia a modo picaresco que ponga en sobre aviso al lector a la hora de interpretar el significado del texto, la fina ironía empleada por las novelas picarescas en la exposición de su crítica tiene reflejo directo en la obra de James Albert. No obstante, la comprometida situación del esclavo oscurece su identificación al lector blanco y, por ello, es responsable de la escasa atención recibida por este rasgo picaresco en la narrativa que, en su desarrollo, entronca dos tradiciones tan dispares.

Finalmente, de las aventuras del héroe picaresco se desprende una constante alternancia entre los momentos de fortuna y adversidad durante su vida que atiende a los designios de Providencia. Este último rasgo, con el que Lázaro Carreter define la poética del género hispano, sembrará el camino de altibajos para el protagonista. De este modo, el pícaro no deberá luchar únicamente contra las directrices humanas que condicionan su

estatus social, sino también contra la caprichosa mudanza de un ser superior. Lionel H. Kennedy y Thomas Parger resumen esta circunstancia en «An Official Report of the Trials of Sundry Negroes, Charged with an Attempt to Raise an Insurrection in the State of South Carolina, Prepared and Published at the Request of the Court» cuando señalan que “the most exalted as well as the humblest individual must bow with deference to the laws of that community in which he is placed by Providence” [el individuo más elevado y el más humilde deben inclinarse con respeto a las leyes de aquella comunidad en que es emplazado por la Providencia] (1822: 180).

No obstante, pronto los personajes picarescos comprenden la imposibilidad de vencer en tal desproporcionado combate, pues ni existe victoria absoluta, según entiende Lázaro “en la cumbre de toda buena fortuna” (*Lazarillo*, 2006: 135), ni derrota sin ocasión de enmienda, como apunta Guzmán desde galeras. Así, pese a que Pablos intenta burlar a su destino en *El Buscón*, cuando nos dice “yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor” (Quevedo, 2001: 180), los designios divinos en la Tierra se muestran a la par inescrutables e inevitables.

Aunque James Albert se presenta como pagano, pronto comprende el poder de la voluntad de Dios frente a los hombres. Así, varios son los pasajes en los que el africano, ya instruido en la fe cristiana, reconoce la intervención de la mano celestial. Entre estos lances, destaca el asesinato de uno de los marineros en combate por su crueldad con James Albert, una muerte que explica señalando que “I don't pretend to say that this happen'd because he was not my friend; but I thought 'twas a very awful Providence to see how the enemies of the Lord are cut off” [no es mi intención decir que esto sucedió porque no era mi amigo; pero sí creí que fue terrible una Providencia ver cómo los enemigos del Señor fueron cercenados], o la posibilidad de viajar a la cuna del metodismo cuando afirma “I had a vast inclination to visit England, and wish'd continually that it would please Providence to make a clear way for me to see this Island [yo tenía muchas ganas de visitar Inglaterra, y deseaba constantemente que fuese voluntad de la Providencia allanarme el camino para ver tal isla], tal y como finalmente ocurre.

De esta manera, al igual que sucede en las novelas picarescas, la obra de James Albert presenta la mutabilidad característica que acompaña al protagonista durante el

relato. El carácter religioso de las novelas españolas queda evidenciado, de modo semejante a como ocurría en la obra de Briton, en tanto que la narrativa se articula a modo de prueba cristiana que somete de forma continuada al africano a la Providencia divina. Como apunta Richetti al respecto, “extravagant misfortunes can be justified as dramatic opportunities to display the power of God” [las exageradas desgracias pueden ser justificadas como espectaculares oportunidades para exhibir el poder de Dios] (1969: 112). No obstante, a pesar de que no caben dudas sobre la presencia de este rasgo en la narrativa, resulta difícil postular el género hispano como modelo de partida para el texto de James Albert.

Pese a que las obras picarescas participan de la influencia providencialista religiosa del cristianismo, muchas son las tradiciones literarias que también la recogen. Como hemos podido comprobar, existen corrientes más cercanas a la narrativa de James Albert que también someten a sus protagonistas a la voluntad de Dios. Entre otras muchas, destacan los relatos de conversión religiosa, las narrativas de cautiverio o las aventuras marinas, anteriormente analizadas. Es por ello que Bruce, en su libro *The Origins of African American Literature, 1680-1865*, señala que “as Gronniosaw —or his amanuensis, Hanna More— told his tale, it was roughly similar to Briton Hammon’s in taking the form of a providence tale, describing how Gronniosaw was rescued from a series of trials by the power of God” [como Gronniosaw —o su amanuense, Hanna More— contó su historia, es bastante similar a la de Briton Hammon toda vez que toma la forma de un relato de Providencia, al describir cómo Gronniosaw es rescatado de una serie de dificultades por el poder de Dios] (2001: 42).

A pesar de que la situación señalada por el académico pone de manifiesto la legitimación del género de las narrativas de esclavos gracias a la retroalimentación establecida entre sus integrantes, no resuelve el problema del origen de este rasgo para la obra de James Albert. Como apunta Richetti, el panorama de posibles fuentes literarias es muy amplio, ya que las “demonstrations of the poetic justice Providence [...] are ready-made from the popular iconography of the day” [demostraciones de la justicia poética de la Providencia [...] están sacadas de la iconografía popular de la época] (1969: 114).

En la línea de toda esta tradición religiosa, y distanciándose de la picaresca, la narrativa propone un particular empleo de la Providencia al destronar a un príncipe africano para alzar a un esclavo a la cumbre de la espiritualidad. Los muchos favores y reveses de fortuna que sufre el protagonista durante el relato son organizados en la obra

de manera que James Albert se erige como un modelo de fe y resignación, de ahí que Angus Calder en «Black Atlantic Writers of the 18th Century» resuma el final de la narrativa afirmando que “his declining fortunes after marrying a virtuous white woman were, in material terms, sadder than his days of slavery, but spiritually he was a conqueror and his life was exemplary” [sus mermadas fortunas tras casarse con una virtuosa mujer blanca fueron, en términos materiales, más tristes que sus días de esclavitud, pero espiritualmente fue un vencedor y su vida fue ejemplar] (1998: 179).

Es desde estos postulados que se entiende la introducción al texto escrita por Walter Sirley, el cual se sirve de la vida del africano para predicar su mensaje religioso. Cualquier cuestionamiento humano a la voluntad divina queda así invalidado, pues como argumenta

“Now it appears from the Experience of this remarkable Person, God does not save without the Knowledge of the Truth; but, with Respect to those whom he hath fore-known, though born under every outward Disadvantage, and in Regions of the grossest Darkness and Ignorance, he most amazingly acts upon and influences their Minds, and in the Course of wisely and most wonderfully appointed Providences, he brings them to the Means of spiritual Information, gradually opens to their View the Light of his Truth, and gives them full Possession and Enjoyment of the inestimable Blessings of his Gospel” [Ahora se deduce que de las aventuras de tan singular personaje se desprende que Dios no salva sin conocimiento de la verdad; pero, con el debido respeto a aquellos a los que acaba de conocer previamente, a pesar de haber nacido bajo todas las desventajas posibles, y en lugares sumidos en la más grande penumbra e ignorancia, él actúa sobre ellos de la manera más increíble y penetra en sus mentes, y en el curso de la más sabia y maravillosa nombrada Providencia, les lleva a la senda del conocimiento espiritual, les abre los ojos gradualmente a la luz de la verdad, y pone a su entera disposición y disfrute los inestimables beneficios del Evangelio].

Ante esta situación, el afirmar entonces que cualquier fortuna o adversidad que experimenta James Albert tiene como fundamento la semejante carrera de obstáculos vivida por el pícaro resulta —cuanto menos— un tanto atrevido. Del análisis comparativo de la obra se desprende, por un lado, que el elevado origen de James Albert no tiene correlato en la novela picaresca, si bien, por otro lado, que los vaivenes de una caprichosa Providencia acaban por igualar a los protagonistas de ambas tradiciones en destino y propósito. A falta de más evidencias concretas, parece lógico concluir que la presencia del rasgo picaresco es compartida entonces por la narrativa, a pesar de que no podemos

obviar que la obra del africano no es un oasis aislado en el que fructifica casualmente la semilla del género español, pues como Foster señala, la frondosidad del bosque es bastante tupida en un periodo en el cual es “the intent of many eighteenth-century narratives to justify the ways of God to man” [la intención de muchas narrativas del siglo dieciocho justificar los caminos de Dios con el hombre] (1979: 50).

Con este panorama, si bien no podemos más que acabar señalando que el uso de la tradición providencialista en la narrativa pudiera deberse en origen tanto a la picaresca, como a otras corrientes literarias populares coetáneas desde las que se filtrase —en las que faltaría por realizar todavía un rastreo crítico del primitivo modelo de partida para el desarrollo del relato en torno a las fortunas y a las adversidades—, lo cierto es que, picaresco o no, el rasgo termina por hacerse determinante en la poética de las narrativas de esclavos de forma similar a como sucede en los postulados del género español. De esta forma, Finseth concluye que, analizado el corpus angloafricano, “Black Atlantic literature is often deeply invested in the doctrine of a divine covenant, whereby human salvation depends on the fulfillment of our duties to God. This is particularly true in the case of those texts arising from or intersecting with the tradition of Protestant spiritual autobiography” [la literatura del Atlántico Negra está a menudo profundamente comprometida en la doctrina de un pacto divino, por el cual la salvación humana depende de la consecución de nuestras obligaciones con Dios. Esto es particularmente cierto en el caso de aquellos textos surgidos o en la intersección de la tradición protestante de la autobiografía espiritual] (2014: 25), tal y como ocurre en la narrativa de James Albert.

Así las cosas, podemos afirmar que *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince, as related by Himself* o *Narrativa de los acontecimientos más señalados en la vida de James Albert Ukawsaw Gronniosaw, un príncipe africano, según contada por él mismo* comparte la mayoría de rasgos formales y temáticos que sirvieron a Lázaro Carreter para definir el género hispano. Verdad es que muchos de estos rasgos aparecen modificados o adaptados en la narrativa. No obstante, de un exhaustivo análisis de esta batería de características dentro del conjunto de novelas picarescas se deduce una falta de consistencia o fidelidad a los modelos originales. Es por ello que, consciente de la dificultad de defender una concepción purista, el estudioso español acepta la mutabilidad

del género siempre que orbite alrededor de estos rasgos que funcionan como centro gravitatorio para los textos²⁴⁶.

Si a ello sumamos el hecho de que la mayoría de rasgos puedan ser explicados en la narrativa desde otras corrientes literarias que también dejaron su impronta en la obra, así como el vacío crítico existente en los estudios comparativistas para las tradiciones hispanas y anglosajonas que impide rastrear el origen y desarrollo de estos rasgos de un modo preciso, las conclusiones a las que aquí podamos llegar quedan supeditadas a posteriores esfuerzos académicos. La aparente falta de necesidad de acudir a tradiciones foráneas, así como la marcada distancia espaciotemporal, además de cultural, existente entre tradiciones, ha llevado a multitud de investigadores a descartar cualquier insinuación de parentesco de la obra del africano con las letras castellanas. Sin embargo, la obra de James Albert aporta la pista definitiva en el asunto.

El posible fenómeno de intertextualidad que venimos barajando en este estudio queda constatado de manera indirecta en sus páginas. Frente a las anteriores narrativas de esclavo analizadas, la obra de James Albert se alza como una *rara avis* capaz de aportar luz al asunto. La importancia del tropo del libro que habla no se limita en la narrativa a constituir una mera novedad dentro de las obras de esclavo, sino que reclama la herencia literaria española del texto al reinterpretar un episodio similar utilizado por el Inca Garcilaso de la Vega en la *Historia general del Perú* de 1616²⁴⁷. En este pasaje de la *Segunda parte de los Comentarios reales*, como también es conocida la obra, Atahualpa rechaza el libro que le ofrecen los conquistadores españoles por el mismo motivo que James Albert se entristece al coger el libro de su amo: no consigue acceder a su contenido. Partiendo de este hallazgo, Gates reivindica la mezcolanza de tradiciones literarias para las obras de esclavos, pues como insinúa la narrativa, “what seems clear from this is that, as early in the Anglo-African tradition as 1787, black texts were already ‘mulatto’ texts, with complex double, or two-toned, literary heritages” [lo que sacamos en claro de esto es que, tan temprano como 1787 en la tradición anglo-africana, los textos negros ya eran

²⁴⁶ Lázaro Carreter hace un cotejo del corpus picaresco con los modelos iniciales —Lázaro y Guzmán—y observa cómo los demás autores de género “acceptaron o suprimieron, mezclaron o ampliaron, alteraron en suma el diseño con variantes, pero sin perder de vista ese foco de atracción que eran los rasgos distintivos del género” (1970: 228).

²⁴⁷ Para un análisis detallado véase la sección IV del capítulo 4 dedicada al tropo del *talking book* o libro que habla en Henry Louis Gates Jr. (2014), *The Signifying Monkey*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 159-165.

textos ‘mulatos’, con complejas dobles, o bitonales, herencias literarias] (2014: 165). Por ello, tal y como ocurre en las obras de Briton y de Arthur, no parece desacertado poner en valor de nuevo las coincidencias establecidas entre la novela picaresca y la narrativa de James Albert en función de tales rasgos compartidos.

Feliz coincidencia, o consciente empleo a la hora de pergeñar los rasgos picarescos por parte de los narradores africanos en sus narrativas, a la vista de los resultados arrojados por la comparativa resulta complicado tanto el negar las semejanzas entre textos, como el descartar cierta influencia española en la obra de James Albert. Así, a pesar de que no podemos hablar de un texto picaresco en sentido estricto, sí que se antoja oportuno señalar los puntos en común de la narrativa con la tradición hispana.

La lectura del relato de James Albert deja en el lector familiarizado con la novela española un regusto que recuerda a los textos picarescos. Para explicar tan particular sabor, tomaremos una vez más los postulados de Guillén como base, pues ayudan a situar los textos aquí abordados según su deuda con la tradición hispana. De acuerdo con ellos, como venimos realizando hasta ahora con las anteriores narrativas, parece acertado concluir este desarrollo situando la obra de James Albert, si no entre las obras picarescas tradicionales, sí dentro de la estela arrojada por la novela picaresca. De este modo, sirva este estudio para añadir una breve página a la labor que viene realizando la crítica sobre el género angloafricano e intente dar respuesta, mediante tan meditada contribución — juzgue el lector si con mayor o menor tino—, a la cuestión fundamental de las letras negras, todavía candente, que John Sekora aclara “is to discover and to explain how the genre of the slave narrative emerged from a historical context in which the literary category of ‘slave narrative’ —name an practice alike— did not exist” [es descubrir y explicar cómo el género de las narrativas de esclavos surgió desde un contexto histórico en el cual la categoría literaria de ‘narrativa de esclavo’ —denominación y ejercicio por igual— no existían] (1988: 100).

2.6. Análisis de la narrativa de Quobna Ottobah Cugoano

Como viene siendo habitual en el estudio de los primeros escritores africanos en lengua inglesa, los datos referentes a la vida de Ottobah Cugoano no son abundantes ni precisos. Gran parte de esta información es proporcionada por el propio autor en su obra, gracias a lo cual conocemos las vicisitudes de sus primeros años de vida y los eventos que preceden a su consagración en el oficio de las letras. No obstante, muchos son los vacíos que jalonan la línea temporal y muchas las incógnitas que surgen del análisis de los datos conocidos. En esta tarea de investigación, los registros religiosos y civiles de la época son de gran ayuda, pues se tiene constancia escrita de su figura desde la labor pública y literaria que realiza en los años de madurez. Así, pese a las lagunas informativas, ambigüedades o errores de precisión, es posible esbozar una biografía bastante sólida sobre la existencia de Cugoano asentada sobre el conjunto de eventos significativos de los que tenemos prueba y que constituyen sus pilares vitales.

El primer escollo de la labor investigadora surge a la hora de identificar a Cugoano, pues el escritor africano no revela su nombre de pila completo hasta la segunda versión de la obra a la que debe su fama, *Thoughts and Sentiments*, en 1791. Si bien Cugoano da a conocer su origen africano en la publicación de la primera versión de su obra en 1787, será la versión posterior la que finalmente contenga la firma completa del autor, Quobna Ottobah Cugoano. Sin embargo, no se tiene constancia fehaciente de los motivos que le llevan a ocultar su identidad africana hasta tal fecha, así como tampoco de los detalles de su nombre occidental, John Stuart. A su vez, la frecuencia y extensión de esta nueva identidad no facilita el trabajo del investigador, el cual debe cotejar los posibles descubrimientos sobre John Stuart con la limitada información ligada al nombre de Cugoano. De tal compleja tarea da buena cuenta Vincent Carretta en el estudio introductorio que realiza de la obra de Cugoano, pues, como señala el crítico, el escritor africano utiliza ambos nombres de manera indistinta en su correspondencia habitual, dándose incluso la afortunada circunstancia para el estudioso de que existen documentos que combinan las dos denominaciones “to become Ottobah Cugoana [sic] Stuart” [para ser Ottobah Cugoana [sic] Stuart] (1999: xxvi).

No obstante, pese a las complicaciones postuladas por los distintos apelativos, que aumentan además con la variedad de maneras de escribir cada nombre, lo cierto es que la ascendencia africana del escritor queda corroborada tras el análisis de su denominación

original. Partiendo de los datos que el propio Cugoano aporta en su obra, Adam Potkay comprueba en la introducción a la edición del texto que realiza con Sandra Burr en *Black Atlantic Writers of the Eighteenth Century. Living the New Exodus in England and the Americas* que la etimología de su nombre atiende a las tradiciones onomásticas de la tribu fante a la que dice pertenecer nuestro autor. Este grupo étnico, situado a lo largo de la costa de Ghana, otorga el nombre del padre a los recién nacidos a los ocho días de su llegada al mundo. Sabemos también que uno de los diferentes elementos que componen su nombre procede de algún antepasado fallecido o de algún amigo familiar que tomase parte y ayudase al padre en la ceremonia del nombramiento. Finalmente, era costumbre añadir una tercera denominación más personal a los dos nombres anteriores, la cual venía condicionada por el día y posterior celebración del nacimiento.

A pesar de que todavía no se ha conseguido dilucidar el sentido de cada uno de los integrantes que conforman el nombre, una de las posibilidades barajadas apunta a que el nombre personal sería “either Quobna, derived from Quabino (the masculine name for Tuesday), or Cugoano, derived from Cudjoe (the masculine name for Monday)” [o bien Quobna, proveniente de Quabino (el nombre masculino del martes), o Cugoano, proveniente de Cudjoe (el nombre masculino del lunes)] (Potkay, 1995: 126). Sin embargo, los interrogantes que envuelven la vida de Cugoano no permiten asegurar esta hipótesis con total certeza todavía.

En este punto, el nombre cristiano de Cugoano ayuda a esclarecer en parte la vida del escritor en Inglaterra. Pese a que se tiene constancia de la mayoría de datos relativos a su persona a través del testimonio del propio autor en su obra, su certificado de bautismo arroja una luz más objetiva sobre la llegada y las circunstancias personales de Cugoano en Gran Bretaña. Keith E. Sandiford, en uno de lo más detallados y completos estudios que sobre Cugoano se han publicado, *Measuring the Moment, Strategies of Protest in Eighteenth-Century Afro-English Writing*, señala que el esclavo fue bautizado en la iglesia londinense de Saint James bajo el nombre de John Stewart por el reverendo Dr. Skinner en 1773. Este mismo Dr. Skinner parece haber sido además el encargado de la instrucción cristiana de Cugoano a su llegada a tierras europeas tras su corta estancia en Granada (1988: 94). Helena Woodard, por su parte, en *African-British Writings in the Eighteenth Century: The Politics of Race and Reason*, indica el probable origen del nombre occidental de Cugoano. De acuerdo con la estudiosa, tras su llegada a Inglaterra en 1772 junto a Alexander Campbell, Cugoano recibe el nombre de John Stuart de un tal

“Master John Stuart” en oscuras circunstancias (1999: 45). La falta de información sobre este personaje, así como la rapidez del bautismo, recibido tan solo un año después de pisar suelo británico, parecen obedecer, sin lugar a duda, a las circunstancias políticas del momento para los africanos residentes en la isla.

Como acertadamente apunta Carretta, Cugoano llega a Inglaterra unos meses después de la decisión de lord Mansfield sobre el caso de Somerset del 22 de junio de 1772. Esta decisión, que será fundamental para entender la campaña abolicionista que empezaba a gestarse en tierras inglesas por aquellos años, tuvo un mayor impacto en el imaginario colectivo de la época que en su alcance legal, pues únicamente sentaba legislación sobre el estatus del esclavo en Inglaterra. No obstante, el fallo de Mansfield establecía que no podía haber esclavos en el país europeo, lo que liberaba de facto a los esclavos traídos por sus amos del Nuevo Mundo (Thomas, 2006: 471). La realidad, sin embargo, siguió al borde de la legislación, pues los documentos históricos demuestran que los negros seguían siendo secuestrados en Gran Bretaña y enviados a las colonias americanas a disposición de los amos (Thomas, 2006: 477).

La crudeza de esta realidad difundió la idea entre la población negra de que el bautismo podía ayudar en la defensa de los derechos de los esclavos frente a sus amos — de ser requeridos por la justicia— al equipararlos con sus semejantes cristianos; de ahí que se antoje lógico pensar que Cugoano, conocedor de la situación en las colonias británicas caribeñas, quisiese recibir las aguas sacramentales a la mayor brevedad posible. El escritor africano, que es vendido en 1770 como esclavo en Granada, experimenta durante casi un año la vida en una plantación azucarera. En la narrativa de su vida, recogida en *Thoughts and Sentiments*, Cugoano nos habla de las inhumanas condiciones a las que se ven expuestos los esclavos cuando relata la vista de sus “miserable companions often cruelly lashed, and, as it were, cut to pieces, for the most trifling faults” [miserables compañeros a menudo cruelmente azotados, y, por así decirlo, hechos pedazos]. No obstante, Cugoano agradece a un caballero, del que nada se cuenta respecto a su identidad, que le tomase como criado y le llevase a Inglaterra.

Las especulaciones en torno al nombre de este señor, así como a su amo en Granada, han dado lugar a diferentes propuestas. Hanley, por ejemplo, en el estudio que hace de su persona dentro de la población negra desfavorecida de Londres en *Beyond Slavery and Abolition*, defiende que en ambos casos se trataría de la misma persona, Alexander Campbell (Hanley, 2019: 171). Carretta, por su parte, se hace eco de las

especulaciones de Henri Grégoire en *An Enquiry Concerning the Intellectual and Moral Faculties and Literature of Negroes: Followed with an Account of the Life of and Works of Fifteen Negroes and Mulattoes Distinguished in Science, Literature and the Arts*, que identifican al caballero que libra a Cugoano del infierno caribeño como lord Hoth. Sin embargo, pese a la cercanía en el tiempo de las fuentes, esta última hipótesis es cuestionada por el propio Carretta (1999: xx). Dejando al margen la figura del amo en Granada, la mayoría de académicos coinciden en asociar a Campbell con el susodicho hombre que habría llevado a Cugoano a Inglaterra. Sin embargo, faltaría por aclarar qué identidad le correspondería a John Stuart en el asunto, amo del que supuestamente el escritor toma nombre (Woodard, 1999: 45).

De este modo, si bien no resulta apropiado abogar aquí por una propuesta frente a otra, sí que parece sensato descartar la posibilidad de que, como sostiene Hanley, el amo del escritor en las Indias Occidentales sea el mismo caballero junto al que el esclavo pisa suelo inglés. Esta afirmación se sostiene en la lectura del pasaje en que Cugoano no solo le agradece al caballero el haberle traído a Inglaterra, sino que le ayudase además en su aprendizaje,

“a gentleman coming to England took me for his servant, and brought me away, where I soon found my situation become more agreeable. After coming to England, and seeing others write and read, I had a strong desire to learn, and getting what assistance I could, I applied myself to learn reading and writing, which soon became my recreation, pleasure, and delight; and when my master perceived that I could write some, he sent me to a proper school for that purpose to learn” [un caballero que iba a Inglaterra, me tomó por su criado, y me llevó lejos, donde mi situación pronto se volvió más agradable. Tras llegar a Inglaterra, y viendo escribir y leer a otros, me dieron muchas ganas de aprender, y con toda la ayuda que pude conseguir, me apliqué en aprender a leer y escribir, lo que pronto se volvió mi entretenimiento, placer, y delicia; y cuando mi amo se dio cuenta de que podía escribir algo, me mandó a una escuela de verdad con ese propósito para aprender].

De ser Alexander Campbell la persona real tras los dos sujetos, no tendría sentido enumerar los horrores que Cugoano atestigua en las plantaciones coloniales para agradecer, acto seguido, la bondad mostrada hacia su persona por tan cruel individuo.

Sin embargo, Hanley hace gala de una prudencia necesaria a la hora de acercarnos a la figura de Cugoano y su mundo de relaciones personales. Por ello, a pesar de que se aventura a conjeturar identidades, destaca sobremanera la falta de pruebas fidedignas que

sostengan sus postulados. De este modo, pone de manifiesto las limitaciones que todavía determinan la labor del investigador a la hora de acercarse al escritor africano, tal y como se observa al abordar la relación existente entre Alexander Campbell y Cugoano, sobre la cual Hanley reconoce ignorar tanto el momento en que Cugoano se separa de Cambell, como si el escritor abandonó su servicio en buenos o malos términos (2019: 171).

Los vacíos biográficos son tan notables en este punto que Carretta y Sandiford apuntan incluso al posible matrimonio de Cugoano con una mujer inglesa. A tenor del análisis de la narrativa de James Albert, era creencia entre la población negra de Inglaterra que enlace entre un esclavo y una persona natural del país se convertía en una defensa similar al bautismo en caso de conflicto legal. En este sentido, Carretta considera la opción de que Cugoano se casase al llegar a Gran Bretaña, y Sandiford pospone la fecha hasta después de la publicación de la segunda versión de su obra en 1791 (Carretta, 1999: xx). No obstante, Sandiford se ve en la necesidad de señalar que, en cualquier caso, se trata de conjeturas, pues “no records of their family life have been found” [no se han encontrado registros de su vida familiar] (1988: 95).

Se tiene constancia, sin embargo, de que para 1784 Cugoano ya no está con Alexander Campbell, pues para entonces forma parte del servicio del matrimonio formado por Richard y Maria Cosway (Hanley, 2019: 171). Si bien se desconoce de nuevo la fecha en que el escritor cambia de amos, parece que su servicio se prolonga hasta casi el final de la década ya que, como señala Sandiford, “exactly when he left Alexander Campbell is not clear, but in the 1780s he entered the service of Richard Cosway, chief painter to the Prince of Wales, and remained in that capacity at least until 1788” [no está exactamente claro cuando dejó a Alexander Campbell, pero en la década de los ochenta entra al servicio de Richard Cosway, pintor jefe del príncipe de Gales, y permanece en este puesto al menos hasta 1788] (1988: 94). Podemos asegurar entonces que de 1784 a 1787 Cugoano trabaja en el domicilio de los Cosway en Pall Mall, Londres, ciudad donde desarrollaría su vida (Potkay, 1995: 127).

Frente a los interrogantes de su vida privada, el activismo público de Cugoano en Inglaterra permite documentar su desarrollo y trayectoria profesional con mayor certeza. Del carácter de sus publicaciones y su defensa tanto en protestas como en asuntos legales de la causa abolicionista, se desprende un compromiso absoluto que abarca la totalidad de años posteriores a su llegada a la isla. Durante las dos décadas que el escritor pasa en Gran Bretaña, Cugoano toma conciencia del tratamiento inferior de la población negra

ante la ley y de las dificultades que esta desigualdad suponía en el día a día para su pueblo. Pese a que no existe documentación conocida de sus primeras incursiones en la actividad social y política del país anglosajón, su militancia debió ser lo suficientemente activa como para que el 28 de julio de 1786 su nombre apareciese asociado con un tal Green, el cual parece ser un hombre negro que respondía al nombre de William Green apartado del proyecto de repatriación de los africanos que vivían en Inglaterra a Sierra Leona organizado por el Gobierno británico (Potkay, 1995: 127).

No sabemos si Cugoano abandonó la condición de esclavo a su llegada a Inglaterra ni tampoco su situación personal en aquel momento, si bien David Olusoga en su obra *Black and British. A Forgotten History* afirma que Cugoano reivindicaría su libertad antes de su bautismo en agosto de 1773 al imaginar que “no longer bound to his former owner he entered the paid service of Richard Cosway” [no atado ya a su antiguo amo entró a trabajar para Richard Cosway] (2021: 210). No obstante, todo parece indicar que para 1786, como indica Henry Louis Gates Jr. en la introducción a la obra conjunta con William L. Andrews *Pioneers of the Black Atlantic. Five Slave Narratives from the Enlightenment, 1772-1815*, el escritor africano actúa ya como hombre libre de pleno derecho destacando entre los líderes negros de Londres (1998: 14). Ese año, Cugoano y Green se ponen en contacto con Granville Sharp para informarle de la situación de Harry Demane, un esclavo negro capturado y atado a la fuerza al mástil de un barco por su amo para llevarle de nuevo a las Indias Occidentales. La rápida actuación de Cugoano y Green permite que Sharp lleve a cabo las gestiones legales necesarias para liberarlo del barco e interrumpir con éxito su deportación a las colonias (Potkay, 1995: 127). Sin embargo, el trabajo del autor africano no se limitaría al activismo inmediato de calle, pues por esas mismas fechas Cugoano escribe al príncipe de Gales para urgirle el fin de la trata de esclavos y la abolición de la esclavitud (Potkay, 1995: 127).

La correspondencia abolicionista de Cugoano se prolongará durante los siguientes tres años, y entre sus destinatarios más famosos —además del príncipe de Gales— destacan Edmund Burke²⁴⁸ y el mismísimo rey Jorge III (Potkay, 1995: 127). Esta

²⁴⁸ Político y filósofo británico de origen irlandés (1729-1797) que defendió las ideas liberales más moderadas dentro del Parlamento desde 1766. Estas posturas liberales le llevaron a apoyar la independencia de las colonias americanas y diversas causas sociales en Inglaterra, pues se enorgullecía por actuar en política desde la altura que otorga la humanidad, la razón y la justicia a la hora de abordar las consideraciones legales. Entre su producción filosófica y política destacan *A Vindication of Natural Society: A View of the Miseries and Evils Arising to Mankind* (1756), *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful* (1757), *Conciliation with the Colonies* (1775), *Reform of the*

campaña nos muestra además la relación existente entre Olaudah Equiano y nuestro autor, ya que para 1788 colaboran de forma conjunta en la confección de cartas públicas a favor del abolicionismo (Halney, 2019: 176). Tan estrecha colaboración entre dos de las personalidades más reconocidas de la sociedad africana londinense se enmarca fundamentalmente en la labor del grupo conocido como *Sons of Africa* o Hijos de África. Este grupo, formado por al menos veinticuatro hombres de raza negra entre los que se incluían ambos escritores, batalló por garantizar unos derechos humanos básicos para la comunidad africana en Inglaterra. Entre la multitud de peticiones a diferentes personalidades políticas de gran relevancia se distinguen las enviadas al propio Granville Sharp, al primer ministro William Pitt, o a miembros destacados del Parlamento como sir William Dolben, Charles James Fox o William Dixon, antiguo secretario del gobernador de Barbados, Edward Hay (Potkay, 1995: 127).

Todo este esfuerzo abolicionista lo compagina Cugoano con su trabajo en el domicilio de los Cosway, lugar donde según Potkay el autor escribiría la primera versión de sus *Thoughts and Sentiments* (Potkay, 1995: 127). Para 1791, momento de la publicación de la segunda versión de su obra, nada se conoce de sus circunstancias personales. No obstante, por aquel entonces la labor social de Cugoano le lleva a trabajar con la Sierra Leone Company en la búsqueda de voluntarios que ayudasen a los futuros colonos negros en el establecimiento de la nueva colonia en la costa africana. Ese mismo año, en una carta enviada a Granville Sharp, el escritor africano informa de que pronto partiría a New Brunswick, en Nueva Escocia, para reclutar mano de obra cualificada entre los Black Loyalists asentados en Canadá tras la Guerra de Independencia americana. De sus palabras se desprende entonces la posibilidad de que Cugoano se hubiese unido a los barcos que partieron de tierras americanas rumbo a Sierra Leona (Sandiford, 1988: 95). Carretta va incluso aún más lejos, pues la ausencia del nombre de Cugoano en la lista de suscriptores de la cuarta edición de *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, Or Gustavus Vassa, The African* de Equiano le lleva a considerar que para 1791 o 1792 nuestro escritor ha pasado a mejor vida (Carretta, 1999: xx). No obstante, de este último periodo parece haber indicios de la voluntad de Cugoano de abrir una escuela con el objetivo de instruir a la población más desfavorecida de Londres. Pese a ello, al igual que ocurría con los rumores de matrimonio, nada se sabe con seguridad, pues no se ha podido encontrar ningún colegio en Inglaterra ligado al nombre o propósito de Cugoano

Representation in the House of Commons (1782) y *An Appeal from the New to the Old Whigs* (1791).

por aquellos años (Olusoga, 2021: 211). Después de esta carta perdemos por completo la pista de nuestro autor, pues como indica Potkay, “at this point Cugoano fades from sight” [en este momento Cugoano desaparece de nuestra vista] (1995: 127).

Si de los últimos años del escritor africano no se tiene información, los datos de su niñez son proporcionados por el propio Cugoano. De su pluma sabemos que nace en el pueblo fante de Ajumako, en la actual Ghana, alrededor de 1757. La familia del escritor negro gozaba de una buena posición social en África, ya que Cugoano nos dice que su padre “was a companion to the chief” [formaba parte de la compañía del jefe]. A la muerte del monarca, uno de sus sobrinos, Ambro Accasa, “who succeeded the old king in the chieftdom of that part of Fantee, known by the name of Agimaque and Assince” [quien sucedió al viejo rey en la jefatura de aquella parte de Fantee, conocida por el nombre de Agimaque y Assince], manda a buscarle y Cugoano vive con sus hijos unos dos años según sus cálculos. Al cabo de este tiempo, Cugoano va a visitar a uno de sus tíos. La visita se alarga unos tres meses y, cuando el joven africano empieza a pensar en regresar con su padre, la desgracia le sobreviene un día que se adentra jugando con sus amigos en el bosque, “we had not been above two hours, before our troubles began, when several great ruffians came upon us suddenly” [nos fuimos al bosque como de costumbre, pero no habíamos estado ni dos horas, antes de que empezasen los problemas, cuando de repente varios rufianes se nos echaron encima]. A pesar de que Cugoano y sus amigos intentan escapar, sus secuestradores les amenazan con darles muerte de no obedecer y estarse quietos.

El testimonio de Cugoano a continuación recoge con gran lujo de detalles la experiencia de muchos africanos secuestrados y vendidos como esclavos a los comerciantes europeos. El joven africano se ve envuelto en un entramado de engaños y artimañas hasta su venta en la costa, pues es alejado de su tierra, separado de sus amigos y conducido mediante falsas promesas al castillo donde permanecerá hasta la llegada del barco que le llevará al Nuevo Mundo. La narrativa de Cugoano recoge así, por primera vez, la realidad de la trata de esclavos y presenta al lector occidental las verdaderas condiciones de la travesía atlántica mediante el desgarrador testimonio del escritor africano, “I was soon conducted to a prison, for three days, where I heard the groans and cries of many, and saw some of my fellow-captives. But when a vessel arrived to conduct us away to the ship, it was a most horrible scene; there was nothing to be heard but the rattling of chains, smacking of whips, and the groans and cries of our fellow-men” [pronto

me condujeron a una cárcel, por tres días, donde escuché los quejidos y los gritos de muchos, y vi a algunos de mis compañeros de cautiverio. Pero cuando llegó un navío para llevarnos al barco, se produjo la escena más aterradora; no se escuchaba nada más que el ruido de las cadenas, el sonido de los látigos, y los quejidos y los gritos de nuestros semejantes].

Lo temprano de su edad por aquel entonces y la memoria de Cugoano no permiten identificar el fuerte desde el que es enviado a Granada. Sin embargo, el escritor africano da cuenta del procedimiento habitual seguido por los negreros en las costas de África cuando explica que “we were taken in the ship that came for us, to another that was ready to sail from Cape Coast. When we were put into the ship, we saw several black merchants coming on board, but we were all drove into our holes, and not suffered to speak to any of them. In this situation we continued several days in sight of our native land” [nos llevaron en el barco que vino por nosotros, a otro que estaba listo para zarpar de la Costa del Cabo. Cuando nos metieron en el barco, vimos a varios mercaderes negros subir a bordo, pero nos llevaron a todos a nuestros huecos, y no pudimos hablar con ninguno de ellos. Estuvimos en esta situación durante varios días bajo la vista de nuestra tierra natal]. Finalmente, tras un intento fallido para dar fuego y hacer estallar el barco, Cugoano es transportado a América en un viaje del que el autor obvia los detalles por ser, en sus palabras, “needless to give a description of all the horrible scenes which we saw, and the base treatment which we met with in this dreadful captive situation, as the similar cases of thousands, which suffer by this infernal traffic, are well known” [innecesario que hiciese una descripción de todas las horribles escenas que vimos, y el trato que nos dieron en esta terrible situación de cautiverio, puesto que los casos semejantes de miles, que sufren por este tráfico infernal, son bien conocidos].

De esta cruel forma, en 1770, cuando el joven contaba con unos trece años, Cugoano llega a Granada, lugar donde es expuesto a los horrores del sistema de plantaciones desarrollado por los esclavistas en las Indias Occidentales (Carretta, 1999: x). Pese a la brevedad de la estancia en la isla caribeña, el joven escritor es testigo de las atrocidades cometidas contra los esclavos, de las que nos cuenta la desproporción del castigo incluso ante las ofensas y delitos más triviales, “for eating a piece of sugar-cane, some were cruelly lashed, or struck over the face, to knock their teeth out” [por comerse un trozo de caña de azúcar algunos eran cruelmente azotados, o golpeados en la cara hasta quitarles los dientes]. Afortunadamente para Cugoano el enigmático caballero con destino

a Inglaterra se cruza en su camino para 1772 y el esclavo consigue dejar atrás “that horrid brutal slavery” [aquella brutal y horrorosa esclavitud] (Gates Jr., 1998: 13-14).

De los años que trascurren desde su llegada al país anglosajón hasta la confección su autobiografía, Cugoano únicamente destaca su empeño por aprender a leer y escribir. En esta tarea, como explica, cuenta con la ayuda de su amo que, observando sus habilidades, decide mandarle a la escuela con el propósito de aprender. Sin embargo, pese a que esta pequeña obra no aporta más información sobre la vida de Cugoano en Inglaterra, pues se cierra con un agradecimiento a Dios por su situación presente, tanto el objetivo de su aprendizaje como el propósito de la narrativa nos acercan a la realidad del escritor durante esos años de forma indirecta.

Por un lado, el interés por aprender del autor africano pone de manifiesto dos cuestiones fundamentales en torno a su figura y su obra. Primero, el ansia y la voluntad de aprendizaje de Cugoano están estrechamente ligadas al objeto de estudio. Este objeto no es otro que la situación de los esclavos y las gentes de color en Inglaterra y sus colonias, unos conocimientos que aprovechará en su activismo social y político durante las décadas posteriores. Así, si bien no habla abiertamente de su militancia abolicionista en el texto, descubrimos su fuerte compromiso con la causa africana cuando nos dice que tras su escolarización “I have endeavoured to improve my mind in reading, and have sought to get all the intelligence I could, in my situation of life, towards the state of my brethren and countrymen in complexion, and of the miserable situation of those who are barbarously sold into captivity, and unlawfully held in slavery” [me he esforzado por instruirme en la lectura, y he tratado de adquirir toda la inteligencia que he podido, en mi situación vital, en relación al estado de mis hermanos y paisanos de compleción, y a la miserable situación de aquellos que son vendidos bárbaramente en cautividad, e ilegalmente retenidos en esclavitud]. Segundo, la capacidad de leer y escribir otorga una libertad jamás experimentada antes por ningún otro autor africano a la hora de contar su historia. El contenido de su autobiografía aborda por primera vez el problema del sistema esclavista y de la trata de esclavos sin tapujos, lo que convierte a esta pequeña narrativa en la primera manifestación de autoría africana dentro del abolicionismo británico. En este sentido, Gates Jr. indica que “it is useful to recall that Cugoano is a writer, whereas both Gronniosaw and Marrant dictated their tales to others, who then edited them for publication” [conviene recordar que Cugoano es un escritor, mientras que tanto

Gronniosaw y Marrant dictaron sus historias a otros, los cuales luego las editaron para su publicación] (1998: 18).

Por otro, la confección de esta pequeña autobiografía viene determinada por este activismo del escritor africano. El origen y el destino de la narrativa así lo indican: es a petición de los simpatizantes abolicionistas que Cugoano escribe este breve relato de su vida y posteriormente lo incluye de manera sistemática en las misivas enviadas a personalidades del ámbito político señaladas con anterioridad (Woodard, 1999: 45). Además, poco después de su publicación como narrativa independiente, pasa a englobar el grueso del texto recogido en la obra por la que más se recuerda a este autor africano, *Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of the Slavery and Commerce of the Human Species*, cuyo marcado carácter abolicionista la sitúan en la vanguardia de la lucha en favor de la causa negra.

A pesar de que no conocemos la distancia temporal que separa la autobiografía de la obra en la que posteriormente se engloba, pues ambas son publicadas en 1787, sabemos que el relato de la vida de Cugoano se distribuye bajo el título de *Narrative of the Enslavement of Ottobah Cugoano, a Native of Africa; published by himself, in the Year 1787* o *Narrativa de la esclavitud de Ottobah Cugoano, natural de África; publicada por él mismo, en el año 1787*.

La consideración separada de la narrativa respecto a *Thoughts and Sentiments* resulta fundamental a la hora de entender el valor literario de cada obra. Pese a que los dos textos surgen en el contexto abolicionista británico, de ahí que Sandiford entienda que no resulte irrazonable pensar que ambas obras fueron fruto del Comité de Londres para la Abolición de la Trata de Esclavos organizado el año de su publicación, sus respectivas idiosincrasias postulan más diferencias que similitudes (1988: 95).

Mientras que el relato de la vida de Cugoano se enmarca manifiestamente dentro del género de las narrativas de esclavos, caracterizado fundamentalmente por el empleo de la autobiografía, *Thoughts and Sentiments* participa de los ensayos surgidos al calor de la cuestión esclavista. La obra cumbre de Cugoano se inserta en el torrente de tratados pro o anti abolicionistas que durante el siglo dieciocho venían publicándose en el mundo anglosajón a ambos lados del Atlántico. Las posturas y los acercamientos al debate son particulares de cada autor, por lo que no existe un frente común de ataque o defensa en estas obras. Destacan, eso sí, las cuestiones religiosas, filosóficas, pseudocientíficas,

económicas o morales entre la maraña de títulos que constituyen la polémica, tal y como ejemplifican el ensayo «Of National Characters» de David Hume, publicado en 1754; *Geography Anatomized* y *The Geography of England* de Patrick Gordon, en 1693 y 1744 respectivamente; *Some Historical Account of Guinea* de Anthony Benezet, en 1771; *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* de Adam Smith, en 1776; *Essay on the Treatment and Conversion of the African Slaves in the British Sugar Colonies* de James Ramsay, en 1784; *Cursory Remarks upon the Reverend Mr. Ramsay's Essay* de James Tobin, en 1785; *Apology for Slavery* de Gordon Tumbult, en 1786; o la traducción en inglés del original latino de Thomas Clarkson de 1785, *An Essay on the Slavery and Commerce of the Human Species, Particularly the African*, en 1786 (Gates Jr., 1998: 14).

De esta manera, si bien Cugoano en *Thoughts and Sentiments* reconoce la tradición literaria africana en lengua inglesa de autores como James Albert o John Marrant, de la que se siente heredero, no concibe esta obra conforme a los patrones del género de las narrativas tan característico de los textos de estos primeros escritores negros. En este sentido, Gates Jr. afirma que, pese a la inclusión posterior de la narrativa en el cuerpo de *Thoughts and Sentiments*, el libro “is not primarily an autobiography” [no es ante todo una autobiografía] (1998: 14).

Sin embargo, la importancia de *Thoughts and Sentiments* es fundamental para entender la difusión de la narrativa. Mientras que la publicación del relato de la vida de Cugoano quedó reservada a los esfuerzos por influir en distintas personalidades políticas del momento, la obra cumbre del escritor africano gozó de la distribución pública del circuito abolicionista. Como explica Carretta, *Thoughts and Sentiments* fue comercializado tanto por diversos libreros ingleses, entre los que destaca el principal impresor y vendedor de libros cuáqueros en Londres, como por iniciativa propia de Cugoano: la dirección de venta en el domicilio de los Cosway en el número 88 de Pall-Mall así lo corrobora.

No obstante, pese a la pronta traducción de la obra al francés por la imprenta de Royez en 1788, *Thoughts and Sentiments* no tuvo el éxito de textos similares publicados por otros autores africanos (Potkay, 1995: 128). La radicalidad del ataque a la institución y el comercio esclavista propuesta por Cugoano es todavía una *rara avis* dentro del conjunto de propuestas literarias abolicionistas del momento que abogan por posturas más comedidas y conciliadoras. Como bien explica Roxann Wheeler en su artículo «"Betrayed

by Some of My Own Complexion". Cugoano, *Abolition, and the Contemporary Language of Racialism*» la obra de Cugoano destaca entre el resto de documentos coetáneos por solicitar abiertamente que “a total abolition of slavery should be made and proclaimed; and that universal emancipation of slaves should begin from the date thereof” [se produjese y proclamase una total abolición de la esclavitud; y que la emancipación universal de esclavos comenzase desde esa misma fecha] (2001:17).

Durante los primeros años de la Asociación por la Abolición de la Trata de Esclavos el público todavía no estaba familiarizado en exceso con la realidad de la institución esclavista. No conviene olvidar que por aquella época gran parte de la riqueza del país provenía de las colonias, y una embestida tan potente contra la esclavitud constituía una agresión contra las empresas y organismos nacionales que la fomentaban y promovían. Por ello, no es de extrañar la aparente poca difusión del libro del escritor africano incluso entre sus publicistas, un hecho que sorprende a Carretta cuando analiza el mercado literario londinense y descubre que hasta “James Phillips’s advertisements in other anti-slave-trade books he distributed make no reference to Cugoano’s *Thoughts and Sentiments*” [los anuncios que hace James Phillips de otros libros contra la trata de esclavos que él distribuía no hacen referencia a *Thoughts and Sentiments* de Cugoano] (1999: xxi).

Los extremos de radicalidad que alcanza la obra de Cugoano quedarían expuestos a la opinión pública desde el momento en que su obra aparece reflejado el nombre de diferentes imprentas asociadas con la red de distribución de los textos que divulgaban las ideas revolucionarias en la capital inglesa. Como explica Hanley, “of the four named sellers on the titled page to this 1791 tract, two were committed and consistent publishers of reformist and pro-French Revolution polemics” [de los cuatro vendedores citados en la portada de la versión de 1791, dos estaban involucrados y eran editores de polémicas reformistas y en favor de la Revolución Francesa] (2019: 183). La primera de estas imprentas, Taylor and Company, situada en South Arch, Royal Exchange, se encargaba de mantener informada a la opinión pública londinense de los últimos acontecimientos ocurridos al otro lado del canal de la Mancha. El segundo de los vendedores, H. Symonds, estaba especializado en promover entre su audiencia toda la controversia relativa a las propuestas de reforma parlamentaria en Inglaterra. Además, es necesario señalar que Symonds también jugó su parte en la publicación de textos favorables a la causa revolucionaria francesa durante aquellos años (Hanley, 2019: 183). No obstante, el hecho

de que la obra de Cugoano fuese traducida al francés con tanta celeridad no viene sino a poner de relieve los vínculos de las ideas del escritor africano en materia esclavista con la ideología igualitaria de los revolucionarios galos. De esta manera, descubrimos que el traductor de *Thoughts and Sentiments*, Antoine Diannyere, era un afamado economista político y abolicionista, el cual difunde la obra de Cugoano en París bajo el título de *Reflexions sur la traite et l'esclavage des Negres* (Hanley, 2019: 184).

No obstante, este flagrante silencio de la obra de Cugoano por parte de los medios abolicionistas británicos se puede entender, además, como indica Woodard, debido a la inexistente división y pobre formato bajo los que se presentan las ideas en el texto. Así, la estudiosa señala que la excesiva longitud de los argumentos contra la esclavitud y la falta de capítulos o secciones pudieron convertir la lectura de *Thoughts and Sentiments* en algo tedioso para cualquier potencial lector. A ello habría que sumar también las distintas sensibilidades del público por aquel entonces, pues parte de la audiencia religiosa no se habría sentido a gusto leyendo un ataque tan brutal contra aquellos cristianos posicionados a favor de la esclavitud (Woodard, 1999: 55). Por último, la dificultad para clasificar el texto de acuerdo con los géneros literarios de mayor popularidad pudiera haber influido en la falta de reseñas y comentarios en la prensa de la época (Carretta, 1999: xxi).

Resulta entonces probable que a esta situación obedezca la presencia de la inscripción “printed for, and sold by, the author” [impresa para, y vendida por, el autor], junto a las imprentas elegidas, en la portada de *Thoughts and Sentiments*, la cual pone de manifiesto que el autor asumió los costes de su publicación, realizada fundamentalmente por suscripción del conjunto de personas cuyo nombre aparece en la lista incluida al final de cada edición de la obra (Carretta, 1999: xix). Sea como fuere, lo cierto es que, a pesar del gran atractivo de la obra, evidenciado por las tres ediciones posteriores y su traducción al francés, la primera versión de *Thoughts and Sentiments* tuvo un éxito menor, tanto en ventas como en número de lectores, en comparación con la desorbitada popularidad experimentada por la *Interesting Narrative* de Equiano, publicada tan solo dos años más tarde.

Sin embargo, uno de los mayores logros de *Thoughts and Sentiments* es el empleo de la narrativa de Cugoano con fines abolicionistas. Frente al uso interesado que venimos destacando en este estudio por parte de los editores blancos de las autobiografías africanas en los anteriores textos del género de las narrativas de esclavos aquí analizados, Cugoano

anticipa la exitosa utilización del relato vital como fórmula de lucha contra la esclavitud que acabará consolidándose en la obra de Equiano (Carretta, 1999: xxvii). Así, la autobiografía de esclavos es dispuesta por Cugoano dentro del texto con el fin de aportar la credibilidad necesaria para sostener su feroz crítica al sistema y comercio esclavistas. De este modo, los argumentos esgrimidos por el escritor africano en favor del abolicionismo adquieren ventajas sobre la lógica exhibida en los tratados esclavistas, pues se sustentan en el testimonio de alguien que ha experimentado los horrores de la esclavitud de primera mano.

Si bien este novedoso empleo de la autobiografía por parte de Cugoano no se desarrolla en la versión de *Thoughts and Sentiments* que ve la luz en 1791, pues como señala Wheeler, “focusing more on contemporary political, economic, and religious issues than on his experiences as a slave, Cugoano’s text engages typical religious and secular arguments marshaled to justify slavery and examines some of the major institutions of his day in terms of their alleviating or worsening the situation of slaves” [al centrarse más en los asuntos políticos, económicos y religiosos del momento que en su experiencia como esclavo, el texto de Cugoano participa de los argumentos religiosos y seculares típicos ofrecidos para justificar la esclavitud y examina algunas de las principales instituciones de su tiempo desde el punto de vista de si alivian o empeoran la situación de los esclavos], lo cierto es que se corrigen algunos de los problemas anteriormente señalados en la versión primigenia (2001: 17). De esta manera, el escritor africano revisa el formato, acorta la longitud del texto y cambia el título de la obra que pasa a ser *Thoughts and Sentiments on the Evil of Slavery*. No obstante, la difusión de esta nueva versión tuvo un alcance similar al experimentado por la primera, tal como parece indicar el hecho de que Cugoano vuelva a recurrir a la fórmula mixta —librerías y venta propia— para publicar y distribuir su obra (Carretta, 1999: xix).

2.6.1. Autoría

La actualmente celebrada libertad desde la que por primera vez escribe un autor africano pudiera haber jugado en contra de Cugoano en los años por los que escribe. Pese a que esta independencia deja su impronta en el carácter abolicionista de la totalidad de su producción literaria y celebra la figura del escritor como uno de primeros africanos involucrados en la lucha contra la esclavitud, lo cierto es que existen dudas sobre la

autoría y la autoridad de los textos de Cugoano. Estas sospechas nacen del cotejo por parte de los investigadores de la gramática y del estilo empleados en las principales obras del escritor con una carta manuscrita de su puño y letra, tal y como apuntan Paul Edwards y David Dabydeen en *Black Writers in Britain 1760-1890. An Anthology*.

Una detenida comparativa del lenguaje de la narrativa con las dos versiones de *Thoughts and Sentiments* arroja escasas diferencias entre las obras. En todas ellas existen multitud de errores gramaticales y los periodos oracionales son destacablemente amplios. Estas circunstancias no resultan sorprendentes en un autor que escribe en un idioma distinto de su lengua materna, pues según los que S. E. Oguide explica en *Genius in Bondage: a Study of the Origins of African Literature in English*, es necesario valorar que “these Africans wrote in a language which [...] had only been recently acquired” [estos africanos escribían en una lengua que [...] acababa de ser adquirida] (1983: 20). Ahora bien, pese a la homogeneidad que caracteriza a las obras literarias de Cugoano, la crítica ha señalado las disparidades existentes que surgen cuando se contraponen las características sintácticas y gramaticales de estos textos con la misiva manuscrita encontrada (Edwards and Dabydeen, 2007: 40).

Sin embargo, no solo las sospechas se ciernen sobre la capacidad lingüística del escritor africano, sino que se trasladan al contenido. Si bien vimos que Cugoano resalta en la narrativa el gran esfuerzo realizado para haber adquirido “all the intelligence I could, in my situation of life, towards the state of my brethren and countrymen in complexión” [toda la inteligencia que he podido, en mi situación vital, en relación al estado de mis hermanos y paisanos de complexión] a su llegada a Inglaterra, parte de la crítica cuestiona también su amplio conocimiento y la lúcida lógica de sus argumentos en materia esclavista. Por estar incluida la narrativa dentro de *Thoughts and Sentiments*, aceptaremos aquí que las soluciones barajadas por los investigadores para la obra más conocida del escritor serán válidas también para el relato de su vida.

De esta manera, son varias las teorías propuestas que vienen a revisar la exclusiva autoridad de Cugoano en sus escritos para dar cuenta de las diferencias señaladas. La primera hipótesis esgrimida por los académicos plantea que Cugoano es el autor nominal de los textos, pero que recibió la ayuda de otros escritores a la hora de plantear los argumentos históricos, raciales y religiosos en torno a los que se orquesta su ataque a la esclavitud. La segunda suposición defiende que alguien, quizás Equiano, enmendase los textos en cuestiones relativas al contenido, ignorando las necesarias correcciones

gramaticales y de estilo que pueblan las obras. Por último, existe una tercera conjetura que sostiene que Cugoano y Equiano colaboraron en la creación en bruto de las obras, dejando las cuestiones retóricas y argumentativas a un tercer colaborador (Sandiford, 1988: 96).

No obstante, pese a que estas teorías reflejan lo que probablemente sucediese en la realidad, existen argumentos de peso desde los que rebatirlas. Así, las dudas que genera la primera hipótesis sobre los conocimientos de Cugoano en materia esclavista quedan en entredicho toda vez que la producción de Cugoano está influenciada por una tradición intelectual que sirve de modelo al escritor, la cual estaba por aquellos años al alcance de cualquier lector interesado en el asunto. La segunda teoría tampoco ofrece una respuesta completamente satisfactoria. De ser Equiano el corrector de *Thoughts and Sentiments*, resulta cuanto menos extraño que su compatriota solo hubiese enmendado los errores de contenido. Es verdad que ambos escritores manejan un lenguaje adquirido con posterioridad y que en sus obras afloran giros extraños a la lengua inglesa o errores difíciles de cometer por un nativo. Sin embargo, la diferencia entre la cantidad de fallos presente en los textos de Equiano y Cugoano es abismal: mientras que el lenguaje de Cugoano está poblado de incorrecciones, las obras de Equiano están escritas con mayor acierto y precisión.

Sería necesario ahondar así en cuestiones de autoría dentro de las publicaciones de Equiano si se busca una respuesta definitiva respecto a su posible colaboración en la obra de Cugoano, pues no tiene sentido modificar las ideas para que lleguen mejor al lector y obviar el lenguaje que las encierra. Además, suponer una mayor erudición de los argumentos y la literatura publicada a ambos lados del debate en otro autor africano, cuya coyuntura es similar a la situación de Cugoano, es una cuestión difícil de defender. La trayectoria vital de ambos escritores es bastante parecida y los círculos intelectuales en los que se mueven son comunes: ambos están involucrados en la lucha abolicionista, pertenecen a la Sociedad de los Hijos de África y participan en el proyecto gubernamental de la fundación de una colonia libre para la población negra de Inglaterra en Sierra Leona. Finalmente, la tercera propuesta cae por su propio peso. Si la obra de Cugoano nace de la colaboración con Equiano, no tiene sentido la ausencia de uno de los autores en la publicación del libro. Además, servirse de otra persona para corregir las deficiencias argumentativas del texto pasando por alto los numerosos fallos lingüísticos y de expresión resulta casi imposible de sostener, de ahí que Ogude la descarte por completo cuando

afirma que “the theory of a reviser and a third hand is hardly satisfactory” [la teoría de un revisor y una tercera mano es difícilmente satisfactoria] (1983: 125).

Por el contrario, existen evidencias firmes que permitirían considerar la autoría individual de Cugoano y su autoridad sobre los textos. Dejando abierta la puerta a una puntual ayuda en algunos momentos del proceso creativo, lo cierto es que ni la lengua empleada ni los conocimientos demostrados en *Thoughts and Sentiments* y, por consiguiente, en la narrativa, cuestionan la omnipresente huella de Cugoano en sus textos. Si comparamos las características lingüísticas de la correspondencia del escritor africano con los rasgos presentes en sus obras, veremos que afloran similitudes gramaticales y de estilo difíciles de atribuir a otra pluma. Ogude señala entre estas similitudes la longitud del periodo oracional, que tiende a aportar nuevos pensamientos al margen de la idea inicial con la que se inicia la frase —y que resulta, por consiguiente, en incorrección sintáctica—, o la tendencia a rematar sus argumentos con una floritura, una característica también presente en su carta (1983: 126). En lo referente al contenido, la falta de originalidad, así como la constante repetición de las ideas y argumentos esgrimidos en *Thoughts and Sentiments*, establecen un patrón común a la totalidad de documentos del escritor africano. De este modo, Sandiford concluye que “in spite of the allowances that must be judiciously made for the possibility of purposive collaboration, the main narrative sequences and a high proportion of passages devoted to analyzing the slave trade and the slave practices in the West Indies are identical with the authorial character of Cugoano evidenced in the prefaces and letters” [a pesar de las licencias que deben ser juiciosamente permitidas respecto a la posibilidad de una significativa colaboración, las secuencias narrativas principales y un elevado número de pasajes dedicados a analizar la trata de esclavos y las prácticas esclavistas en las Indias Occidentales son idénticas al carácter autorial de Cugoano evidenciado en los prefacios y las cartas] (1988: 96-97).

Todos estos esfuerzos críticos por verificar la autoría de Cugoano sobre sus obras vienen determinados por la singularidad de su trabajo frente a los escritores angloafricanos anteriores, pues constatar la ausencia de un agente externo otorgaría a *Thoughts and Sentiments* y a la narrativa unas cotas de libertad creativa personal previamente inimaginables. Sin embargo, mientras podemos dar por despejadas las sospechas sobre la autoridad de los textos, es necesario considerar una probable influencia del entorno en el que Cugoano da forma a su producción. De este modo, si bien Carretta defiende que el escritor africano publica sus trabajos sin la mediación de una autoridad

blanca explícita, tanto el esfuerzo de publicación, como la difusión de las ideas abolicionistas recogidas en las obras, no serían posibles sin la ayuda de un círculo íntimo comprometido con la causa esclavista (1999: xxvi).

Así, dejando a un lado el color blanco, una de las posibles fuentes de apoyo a su oficio como escritor estaría formada por los miembros pertenecientes al grupo Hijos de África. Aunque la asistencia de Equiano, integrante del club, parece ser aceptada en mayor o menor medida por los estudiosos de la obra de Cugoano, faltaría por valorar si otros miembros del grupo prestaron su apoyo al escritor africano de algún modo. Sabemos por Olusoga que los Hijos de África eran un grupo abolicionista tan activo como otras sociedades antiesclavistas blancas. Entre sus labores destacaban la correspondencia activa a prominentes personalidades políticas e intelectuales del momento, así como la organización de charlas y discursos en eventos donde debatir el problema de la esclavitud y la trata de esclavos. Desafortunadamente, frente a lo que sucede con los grupos favorables a la causa negra formados por gente blanca, no se tiene un registro ni una documentación detallada de las actividades de los Hijos de África. De esta manera, todavía es mucho lo que desconocemos de esta sociedad y no parece descabellado proponer una posible influencia de distintos miembros del grupo en la concepción, edición y publicación de los textos, tanto de Cugoano como de Equiano, a la espera de consideración y estudio en la actualidad (Olusoga, 2021: 212).

2.6.2. Contexto histórico

Lo que sí está claro es que tanto la narrativa como *Thoughts and Sentiments* son hijos de su tiempo. El rechazo a la institución esclavista, la trata de esclavos y la defensa de las posturas más radicales dentro del abolicionismo que se observan en las obras de Cugoano nacen dentro de un contexto histórico propicio para que la voz del escritor negro sea escuchada sin los filtros que venían alterando su mensaje. Al igual que resulta imposible desligar el análisis de las narrativas de Briton, Arthur y James Albert de la agenda política y religiosa dieciochesca, que utilizaba el testimonio de los africanos para justificar y validar las distintas posiciones supremacistas occidentales que son defendidas en cada uno de estos textos, la producción literaria de Cugoano se empapa del carácter reivindicativo del abolicionismo finisecular.

Sin embargo, frente a la relativa simplicidad que supone el estudio de las causas y el desarrollo de la trata de esclavos y de la institución esclavista, las fuerzas que darán lugar a la abolición son harto complejas. El hito histórico que supuso la ansiada abolición de la esclavitud en el imperio británico en 1833 no habría sido posible sin la batalla de los primeros hombres que lucharon por derrocar el comercio esclavista en 1807, pero intentar dar unidad y cohesión a los diferentes movimientos —de carácter tanto individual como colectivo— que consiguieron hacer realidad tal logro supone una tarea descomunal que trasciende varios siglos y fronteras. Christopher Leslie Brown, en su libro *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism*, analiza detenidamente los diferentes flancos desde los que se combatió la esclavitud en Inglaterra y sus colonias de ultramar. Frente a la claridad de la leyenda negra española en el imaginario colectivo anglosajón, la realidad de los indígenas y de los africanos en los territorios americanos ingleses era poco conocida por sus habitantes en el viejo continente. La campaña de desprestigio político llevada a cabo durante la centuria anterior había desviado hábilmente la mirada del país hacia otras cuestiones que ignoraban el Gobierno y la realidad establecida en las colonias dependientes de la corona británica. Por este motivo, no le asombra al crítico descubrir que, durante la mayor parte del siglo dieciocho, “those who thought about imperial questions long had assumed that Britain did not rule overseas at all, that the colonies were composed of peaceful, settler communities, with colonialist who enjoyed the rights of freeborn Englishmen and who possessed a preeminent commitment to trade rather than dominion” [aquellos que pensaban sobre las cuestiones imperiales habían asumido desde hacía mucho tiempo que Gran Bretaña no gobernaba para nada en ultramar, que las colonias estaban integradas por comunidades de colonos pacíficos, con colonialistas que disfrutaban los derechos de los hombres ingleses libres de nacimiento y que poseían un preeminente compromiso con el comercio frente a la dominación] (Brown, 2006: 205).

La realidad, no obstante, era totalmente diferente. Los datos que proporciona James Walvin en su obra *A Short Story of Slavery* no dejan lugar a dudas sobre el papel de Inglaterra en el desarrollo de la trata de esclavos y la promulgación de legislación favorable a la esclavitud. Por un lado, Walvin pone de manifiesto el éxito del comercio esclavista británico, pues únicamente en la década de 1780 los barcos que operaban bajo la *Union Jack* transportaron más de trecientos mil africanos a través del océano, de los cuales al menos un diez por ciento no sobrevivió a la travesía atlántica (2007: 147). Por

otro, subraya la ferviente actividad de navieros, comerciantes, promotores financieros, intermediarios africanos, dueños de plantaciones y sus agentes, quienes continuaron expandiendo su actividad y promulgando leyes en su favor hasta la fecha de la abolición de la trata de esclavos a principios del siglo diecinueve (Walvin, 2007: 147).

Como venimos señalando, pese a la notable presencia de población negra en Inglaterra, la esclavitud era una institución distante y ajena a sus asuntos cotidianos que únicamente recibía la atención de la prensa cuando tenía lugar algún pleito relativo a un esclavo ante las cortes judiciales inglesas. Como apunta Wheeler, los beneficios pecuniarios que aportaba la esclavitud a la nación eran necesarios para sostener el peso del imperio, de ahí que rara vez se publicasen noticias críticas con la institución o la participación del Parlamento, cuyos miembros tenían en su mayoría intereses económicos personales invertidos en la maraña de negocios surgidos a la sombra de la trata (2001: 21).

Sin embargo, las consecuencias directas de la Guerra de Independencia estadounidense situaron la cuestión africana en el centro del debate político británico. La disolución del imperio colonial en América impulsó por primera vez un movimiento de autorreflexión que buscaba desentrañar los motivos que desencadenaron el conflicto americano. De estas indagaciones surgen las primeras voces críticas con las prácticas que el Gobierno desarrollaba en los territorios bajo su dominio, las cuales hacían hincapié en las dudas morales surgidas respecto al carácter de la empresa británica en ultramar. Como explica Brown, “in these years, as many began to question the ends of state and the virtue of its rulers, as some began to explore and promote strategies for institutional reform at home and abroad, several in Britain would propose that the nation, not merely individuals, bore responsibility for colonial slavery and the Atlantic slave trade” [en estos años, como muchos empezaban a cuestionar los fines del estado y la virtud de sus dirigentes, como algunos empezaban a explorar y promover estrategias de reforma institucional en casa y afuera, son varios los que proponen en Gran Bretaña que la nación, no únicamente los individuos, asuma responsabilidades por la esclavitud colonial y la trata de esclavos atlántica] (Brown, 2006: 160).

Gracias a esta situación sabemos que la concepción del comercio de esclavos como un pecado nacional empieza a gestarse durante los años de la contienda americana y que pronto comienza a suscitar el interés de intelectuales y agrupaciones humanitarias. Estos grupos serán los encargados de canalizar el sentimiento de desaprobación general

hacia las políticas coloniales gubernamentales que se hallaban en auge entre la opinión pública de fin de siglo. El deseo de que Gran Bretaña dirigiese sus asuntos coloniales en sintonía con el sentimiento de compromiso con la libertad de sus ciudadanos ayudó de manera decisiva a que el incipiente movimiento abolicionista británico pusiera sobre la mesa el tema de la esclavitud y situase en el centro del tablero político la dignificación de la población negra (Olusoga, 2021: 200).

No obstante, las consecuencias del conflicto estadounidense no solo tuvieron reflejo desde el punto de vista ideológico. La promesa del Gobierno británico de convertir en hombres libres a los esclavos negros que se uniesen a sus filas durante la guerra para combatir a las tropas sublevadas se tradujo en una solicitud masiva de manumisión sin precedentes por parte de unos diez mil soldados negros, los denominados *black loyalists* o lealistas negros (Hanley, 219: 177). De esta manera, tras la derrota de Gran Bretaña ante el ejército norteamericano, gran parte de estos soldados fieles a la corona empezaron a llegar a Inglaterra durante los años siguientes. Sin embargo, a pesar de que el Parlamento británico aceptó que se asentaran en suelo inglés, no se preocupó de organizar un plan de acción que posibilitase su futuro en la isla ni garantizase su supervivencia. En este sentido, Hanley concluye de sus investigaciones en el asunto que “when the several hundred black Loyalists who had chosen to migrate to Britain arrived after the Peace of 1783, there were no social structures in place to help them find work or relieve them for poverty” [cuando los cientos de lealistas negros que habían elegido migrar a Gran Bretaña llegaron tras la Paz de 1783, no había estructuras sociales preparadas para ayudarles a encontrar trabajo o sacarles de la pobreza] (2019: 178).

El agradecimiento inicial a las tropas negras leales a Inglaterra pronto se convirtió en un problema social y de ignominia nacional. Por un lado, la recesión económica que aconteció durante la posguerra redujo drásticamente las oportunidades laborales para la mano de obra no cualificada del país. A esta circunstancia se unió el hecho de que los lealistas no cumplían los requisitos para solicitar ningún tipo de ayuda económica que les hubiese permitido salir a flote esos primeros años. De esta manera, para 1786 el grueso de la población negra que se había establecido en Londres se caracterizaba por unas altas cifras de desempleo, unos niveles extremos de pobreza y, consecuentemente, numerosas imputaciones de criminalidad (Hanley, 2019: 179). Por otro, la guerra comercial entre Gran Bretaña y Francia, establecida tras la secesión de las trece colonias británicas, lejos de favorecer la situación social vino a empeorarla y así, con el tiempo, la multitud de

soldados negros que vagabundeaba por las calles de la capital se convirtió en un incómodo recuerdo de la derrota para la nación²⁴⁹. De esta forma, como explica Hanley, “with the ameliorative effects of the Eden Agreement of 1786 yet to reach most of the population, the social and economic burden of the nation’s humiliating defeat in America seemed to be articulated in the suffering bodies of a visible alien Other, to whom the boundaries of ‘Britishness’ could no longer afford to extend” [con los efectos meliorativos del Acuerdo de Eden de 1786 todavía por alcanzar a la mayor parte de la población, la carga económica y social de la humillante derrota de la nación en América parecía articularse en los dolientes cuerpos de un extraño Otro a la vista, para quien no había capacidad de ampliar los límites de ‘lo británico’] (2019: 190).

Este desencanto social fue convenientemente alimentado por la prensa de la época, pues si bien gran parte de la población londinense había simpatizado inicialmente con la situación de los lealistas negros y ayudado a su manutención, la inacción de las instituciones gubernamentales probó su hipocresía detrás del compromiso adquirido durante la guerra con los soldados negros. Desde el Gobierno británico nunca se planteó el asilo de los antiguos esclavos como la solución preferida, por lo que para 1786 los medios de comunicación cerraban filas en torno a la decisión tomada por el Parlamento respecto a su futuro: los lealistas negros debían abandonar el país.

Las duras condiciones del invierno de ese año se cebaron particularmente con la población negra, por lo que se constituyó una asociación formada por banqueros, comerciantes y parlamentarios para poner en marcha un fondo de emergencia con el que ayudar a aquellos negros más desfavorecidos, el *Committee for the Relief of the Black Poor* o Comité para el Alivio de los Negros Pobres. La respuesta de la población fue tan generosa que el dinero del fondo permitió proporcionar comida, ropa y medicinas a gran parte de los africanos de manera regular durante los meses siguientes. Sin embargo, los beneficiarios de estas ayudas eran conscientes de que dichas medidas constituían algo

²⁴⁹ En 1778 Francia y las colonias norteamericanas sublevadas firmaron el Tratado de Amistad y Comercio para garantizar los intercambios comerciales entre ambos territorios que supuso la ruptura de los tratados mercantiles vigentes hasta el momento con Gran Bretaña. Además, se ratificó una alianza franco-americana para asegurar la defensa mutua en caso de que estallase la guerra a consecuencia del tratado. La guerra comercial establecida entre Francia y Gran Bretaña se dio por terminada con el Acuerdo de Eden en 1786, en el que se fijaban las nuevas bases de la relación mercantil. Para más información sobre el asunto, véase W.O. Henderson (1957), «The Anglo-French Commercial Treaty of 1786». *The Economic History Review*, 10, págs. 104–112.

puntual, de ahí que empezase a surgir con fuerza un deseo de regreso a África entre las gentes de color (Sandiford, 1988: 113).

Este sentimiento fue energéticamente apoyado por el comité y rápidamente dio forma a una propuesta para el reasentamiento de la población negra londinense en una colonia libre en África. Una vez informado del proyecto, el Gobierno británico acordó participar en el asunto y se involucró de manera activa en el desarrollo de la empresa. Hugh Thomas en su obra *The Slave Trade: The History of the Atlantic Slave Trade 1440-1870* explica en detalle los pormenores del plan. Para el establecimiento de la nueva colonia se compró un terreno de unas nueve o diez millas de largo por veinte de ancho entre los ríos Sherbro y Sierra Leona a uno de los jefes de la costa de Bulom por valor de unas sesenta libras en bienes. El atractivo de la empresa pronto empieza a ganarse el apoyo de grandes líderes abolicionistas comprometidos con el bienestar de los residentes negros en Inglaterra. Granville Sharp, uno de los más fervientes defensores del proyecto, describe la zona en la que se asentará la futura colonia como “a fine tract of mountainous country covered with trees of all kinds” [una fina extensión de zona montañosa cubierta con árboles de todo tipo], y Equiano o Cugoano —entre muchos otros africanos asentados en la capital inglesa— muestran su interés y colaboran en los estadios iniciales del plan (Thomas, 2006: 497).

De esta manera, el proyecto de expatriación en masa diseñado por Henry Smeathman, presidente del comité, se materializó con la ayuda de la Secretaría de Hacienda en 1787. Así, el Gobierno se comprometió a pagar entre doce o catorce libras por cabeza a toda persona negra residente en Londres con la condición de que todo aquel individuo que recibiese el dinero de la ayuda quedaría obligado legalmente a asentarse en la nueva colonia de forma permanente (Hanley, 2019: 188). Expuestas las condiciones del plan, la actitud de los angloafricanos favorables al proyecto cambió radicalmente, pues el optimismo con el que se celebró la idea de una colonia libre en Sierra Leona para la población negra de Inglaterra pronto se tornó en sospechas respecto a la integridad moral de los organizadores de la empresa. Cugoano, receloso de la celeridad con la que se había concebido el proyecto fue uno de los primeros en abandonar el plan de reasentamiento. Comprometido con el bienestar de sus compatriotas, el escritor africano desenmascara el cinismo con el que el Gobierno intentaba camuflar la expulsión de la población negra del país bajo la apariencia de acción humanitaria (Hanley, 2019: 189). No obstante, Cugoano no es el único abolicionista que pone en entredicho el proyecto,

pues Sharp y Equiano también muestran su profunda preocupación ante los documentos que venían publicándose sobre las prácticas coercitivas e intimidatorias del Gobierno para sumar participantes a la expedición. Sin embargo, es nuestro autor quien hace frente a la situación de manera más clara y decidida, pues, como indica Sandiford, a la hora de exponer las verdaderas intenciones detrás del esquema desarrollado por el comité, “that understanding spurred him to criticize through his writings and to spend a good part of this recorded life agitating against the exploitation of London’s Black poor in a scheme to settle and colonize Sierra Leone” [ese conocimiento le mueve a criticar a través de sus escritos y a emplear una gran parte de esa vida de la que se tiene constancia incitando contra la explotación de los negros pobres de Londres en un esquema para establecerse y colonizar Sierra Leona] (1988: 112).

Así las cosas, a pesar de que fueron muchos los firmantes africanos para recibir la ayuda del Gobierno, la población negra de Londres se mostró reacia a subirse a los barcos y el número de desertores iba en aumento a medida que salían a la luz los detalles del proyecto. Además, la vista de los barcos disuadió a gran número de personas que habían experimentado los horrores de la travesía atlántica cuando fueron llevadas de su país natal para ser vendidas como esclavos a América, pues comprobaron con terror las similares condiciones en que serían transportadas (Hanley, 2019: 193). De este modo, la descuidada logística y la desconfianza de los lealistas hacia el evidente liderazgo del Gobierno en el proyecto ideado por el comité redujeron el número de embarcaciones previstas y, a pesar de que la ayuda económica dejó de percibirse a partir del 31 de octubre de 1786, los barcos permanecieron en el Támesis hasta el 16 de enero de 1787, cuando zarparon rumbo a Spithead para poner en marcha los preparativos del viaje (Hanley, 2019: 190-191).

Sin embargo, las expectativas y la fe depositadas en una empresa que buscaba crear un oasis de libertad organizado democráticamente de acuerdo con el antiguo sistema inglés del *frankpledge* cedieron de inmediato ante la realidad²⁵⁰. El barco de guerra Nautilus partió de Inglaterra el 8 de abril de 1787 con los primeros doscientos noventa hombres y cuarenta y una mujeres de color, además de setenta mujeres blancas, entre las que se contaban sesenta prostitutas de Londres, y su llegada a Sierra Leona confirmó los peores presagios: la mitad de los colonos murieron durante el primer año, víctimas de la

²⁵⁰ El *frankpledge* era un sistema de organización medieval inglés caracterizado por el reparto obligatorio de la responsabilidad entre las personas que formaban un mismo diezmo, unidad histórica legal y territorial e inglesa. Para más información, véase G. O. Sayles (1948), *The Medieval Foundations of England*, prestando especial atención al capítulo decimocuarto dedicado a la administración histórica de Inglaterra.

malaria o de la bebida, y los supervivientes abandonaron la colonia para asentarse en territorios cercanos donde ofrecieron sus servicios a los traficantes de esclavos de la zona con tal de sobrevivir (Thomas, 2006: 497). No obstante, el movimiento abolicionista estaba ya tomando peso por aquel entonces en Inglaterra y los errores cometidos en este primer intento por establecer un territorio libre para los africanos en Sierra Leona no desalentaron la organización de una segunda expedición para 1791 —esta vez con el beneplácito de Cugoano²⁵¹— que incluía la participación también de lealistas negros asentados en Canadá, cuyo resultado fue afortunadamente opuesto (Sandiford, 1988: 95).

Pese a ello, tanto el malogrado intento inicial de establecer una colonia en África, como su lograda realización posterior, no responden a una circunstancia histórica precisa o aislada. Entender la centralidad que adquiere la cuestión africana a finales del siglo dieciocho pasa por conocer la larga trayectoria de distintas personas y colectivos que venían plantando cara a la esclavitud y que cristalizan finalmente en la *Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade* o Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos.

Con el fin de ofrecer una perspectiva coherente del conjunto de iniciativas que desembocan en el movimiento abolicionista inglés es necesario realizar una fragmentación de los esfuerzos que, si bien en encauzados en la misma dirección, empujan desde diferentes puntos. Sue Peabody y Keila Grinberg hacen un breve repaso de la historia occidental desde la Edad Media hasta el siglo diecinueve para identificar las raíces de la lucha contra la esclavitud en su obra *Slavery, Freedom, and the Law in the Atlantic World: A Brief History with Documents*. De su investigación se desprenden cuatro pilares fundamentales que sostienen al abolicionismo. El primero, como cabe esperar, es la propia resistencia ejercida por los esclavos. Esta resistencia no es únicamente física, sino que toma multitud de formas y cubre diferentes manifestaciones, entre ellas, según hemos podido analizar, la literatura. El segundo, la tradición antiesclavista popular que desde el medievo se hallaba presente en Europa, la cual tenía mayor representación en las ciudades por ser lugares de refugio para los esclavos fugitivos. El tercero, el novedoso igualitarismo de los diferentes grupos evangélicos

²⁵¹ Hanley entiende que la percepción de Cugoano hacia el Gobierno cambia durante esos años, pues William Wilberforce había promovido con éxito una investigación respecto a la trata de esclavos y el Acta de Dolben había regulado de forma más estricta el número de esclavos por barco para mejorar sus condiciones durante la travesía atlántica. Además, se presenta ante el Parlamento toda la evidencia recogida por Thomas Clarkson desde 1789, y en 1791 Wilberforce introduce la primera propuesta de ley a favor de la abolición (Hanley, 2019: 200).

religiosos, surgidos durante el siglo dieciocho, que combate las jerarquías establecidas, entre ellas la esclavitud, por ser contrarias a la ley de Dios. El cuarto, las ideas ilustradas de ese mismo siglo, las cuales empiezan a cuestionar la institución esclavista y sus prácticas por corromper no solo el carácter del esclavo, sino también de los amos (Peabody y Grinberg, 2007: 11-12).

Por ser los dos últimos pilares de vital importancia para comprender el contexto abolicionista en el que se enmarca la obra de Cugoano, los analizaremos aquí de forma independiente. No obstante, es fundamental subrayar que la batalla contra la esclavitud, pese a tener un objetivo común a ambos lados del Atlántico, se lidió por separado en multitud de ruedos. La descentralización administrativa del imperio británico y sus colonias hizo que los avances en la cruzada negra no fuesen coincidentes ni en espacio ni en tiempo en la mayoría de ocasiones, incluso cuando se daba la afortunada ocasión de que los combatientes fueran los mismos. El complejo entramado legal de Inglaterra y de sus colonias configuró una maraña de leyes independientes, en ocasiones, contradictorias, relativas al estatus del esclavo y a los derechos de los esclavistas. La falta de una categoría legal que regulase la esclavitud en el derecho británico permitió que se creasen multitud de leyes locales que dividieron y entorpecieron el trabajo de los primeros abolicionistas en la consecución del ansiado final de la esclavitud, al cual, como sabemos, se llegó de forma separada desde Londres y Washington (Peabody y Grinberg, 2007: 11).

No obstante, si bien nuestro interés reside en el estudio de la configuración del abolicionismo británico, será necesario juntar las piezas del rompecabezas desde las dos orillas del océano. Los puentes que atraviesan el Atlántico explican la llegada a Norteamérica del germen abolicionista a manos de grupos religiosos reformistas provenientes de Inglaterra, así como el regreso de unos ideales ya desarrollados y establecidos. Es por ello que, desde el análisis del trabajo llevado a cabo desde las distintas confesiones cristianas, explicaremos el devenir de la lucha en favor del esclavo hasta llegar al momento en que Cugoano escribe su narrativa y *Thoughts and Sentiments*.

La cuestión abolicionista nunca tuvo una relevancia significativa dentro de la Iglesia anglicana. Los intereses esclavistas de gran parte de los fieles y del clero hicieron oídos sordos a las peticiones que pedían extender el mensaje de Cristo a los africanos esclavizados en el Nuevo Mundo. De esta forma, la doctrina cristiana más extendida por Inglaterra no solo se despreocupó de evangelizar a la población negra de las colonias, sino que además pasó de puntillas sobre el delicado tema de la esclavitud y las pésimas

condiciones de los negros subyugados. Así, no tiene sentido hablar de la Iglesia anglicana como agente activo en la lucha a favor de la abolición —pues muchas veces su postura fue contraria—, sino más bien de la encomiable labor de alguno de sus feligreses, en especial, de Granville Sharp.

La historia del abolicionismo británico no podría explicarse sin el fuerte compromiso del activista inglés Granville Sharp. Nacido en Durham el 10 de noviembre de 1735 del matrimonio formado por Judith Wheler y Thomas Sharp, arzobispo de Northumberland, fue el décimo segundo de catorce hermanos. Como demuestra Ruth Anna Fisher en su artículo «Granville Sharp and Lord Mansfield», la importancia de estos apuntes biográficos resulta de especial importancia para comprender el posterior desarrollo de la vida de Sharp y su entrega a distintas causas sociales, entre las que destaca la libertad de los esclavos negros (1943: 382). Su nacimiento en una familia tan numerosa obligó a Sharp a estudiar tanto en casa como en la escuela pública, pues las reservas pecuniarias familiares dedicadas a la formación de los hijos se habían empleado en los hermanos mayores. Además, las fuertes convicciones religiosas de su padre le inculcaron un deber de la responsabilidad hacia lo ético y moralmente correcto por el que se rigió el resto de su vida. De ahí que, desde el amplio tiempo libre que le permitía su empleo como funcionario, se dedicase a combatir las injusticias sociales y tomase partido en el activismo abolicionista de la época (Fisher, 1943: 382).

La primera toma de contacto de Granville con la situación de los esclavos africanos sucede en 1765, cuando en una visita a la consulta de su hermano William, que ejercía como médico para los pobres en Mincing Lane, se encuentra con Jonathan Strong, un joven esclavo negro malherido por su amo. Los hermanos Sharp le atienden en la consulta, pero la gravedad de sus heridas los lleva a ingresarle en el hospital de San Bartolomé en Londres. Una vez recuperado, le ayudan a encontrar trabajo como chico de los recados de un cuáquero amigo suyo. Es durante el desempeño de este empleo que su antiguo amo, David Lisle, ve a Jonathan en la calle y planea su venta a James Kerr para que trabaje en la plantación que el esclavista tenía en Jamaica. Capturado al poco tiempo para ser transportado al Caribe, el joven negro consigue dar aviso de su situación y Granville acude a la justicia para impedir su traslado y solicitar su liberación. El joven abolicionista quedó sorprendido, no solo por la inmoralidad de Lisle al reclamar los derechos de propiedad Jonathan ahora que el esclavo se había recuperado y llevaba una vida normal como hombre libre, sino por la audacia de creerse autorizado a enviar a un

ser humano a las colonias contra su voluntad (Brown, 2006: 93). El asunto llegó a los tribunales de manos de James Kerr, el cual presenta los documentos de compra del esclavo y denuncia a Granville y a su hermano James por haber ayudado a que Jonathan escapase del control de Lisle. Es en este momento que Granville se da cuenta del poder legal que tenían los esclavistas incluso en Inglaterra y, tras conseguir que el juez pusiese en libertad a Jonathan, dedica los dos siguientes años al estudio de las leyes británicas en lo referente a las libertades del individuo. Granville tuvo ocasión de poner en práctica los conocimientos que iba adquiriendo desde el momento en que comienza a formarse en cuestiones legislativas toda vez que Kerr prosigue la batalla legal por Jonathan. No obstante, el tiempo dedicado al aprendizaje de las leyes obtiene su recompensa y, tras ocho vistas, se declara a Jonathan hombre libre y Kerr es obligado a pagar los costos del largo procedimiento judicial. Las conclusiones de la batalla legal llevan a postular, como acertadamente señala Brown, que “slaveholding in England was an unconstitutional innovation, a violation of foundational rights pregnant with vast and dangerous consequences for English liberties” [la tenencia de esclavos en Inglaterra era una innovación inconstitucional, una violación de los derechos fundamentales repleta de amplias y peligrosas consecuencias] (2006: 93).

Sharp defiende a otro esclavo en el caso de Thomas Lewis contra Stapylton, pero los resultados no son favorables. Sin embargo, a pesar de la adversa resolución, este proceso pone de relieve que el *Chief Justice of the King's Bench*, es decir, el principal magistrado de Tribunal Superior de Justicia inglés, lord Mansfield, intentaba evitar pronunciarse sobre el espinoso asunto de los derechos de los esclavos debido a la importancia que tenían ciertos grupos de poder favorables a la institución esclavista en Inglaterra (Fisher, 1943: 386). Toda esta situación queda al descubierto con la publicación de *A Representation of the Injustice and Dangerous Tendency of Tolerating Slavery, or of Admitting the Least Claims of Private Property in the Persons of Men, in England* [Una muestra de la injusticia y peligrosa tendencia de tolerar la esclavitud, o de admitir al menos demandas de propiedad privada en las personas de los hombres en Inglaterra] en 1769, donde Sharp descubre la hipocresía de los esclavistas “who do not scruple to detain others in Slavery, have but a very partial and unjust claim to the protection of the laws of liberty” [que no tienen escrúpulos en retener a otros esclavizados, pero reivindican de manera parcial e injusta la protección de las leyes en favor de la libertad] (Brown, 2006: 166).

A la par que las taimadas estrategias legales y las crueles prácticas esclavistas empiezan a salir a la superficie, lord Mansfield se ve obligado a legislar sobre la situación de los esclavos en Inglaterra. El 13 de enero de 1772, James Somerset, un esclavo africano, se presenta ante Sharp para pedirle ayuda. James había llegado a Londres junto a su amo, Charles Stewart, tres años antes, del cual consigue escaparse en 1771. Consciente de que su amo le estaba buscando, James contacta con Sharp para exponerle el peligro que corría de ser capturado y devuelto a las colonias, algo que sucede al poco de su encuentro. Sharp se entera de que James se encuentra a bordo del barco esclavista *Ann and Mary* para ser transportado y vendido en Jamaica y, de inmediato, se pone manos a la obra con su defensa. Sin embargo, como Fisher afirma, este proceso probó ser esencial en su carrera por la causa de los derechos de los esclavos pues, frente a los casos anteriores, se trataba ahora de una cuestión sobre la esclavitud lícita de James y no de la propiedad de su amo (1943: 387).

Para armar la defensa del africano, Sharp repasa las bases legales y las sentencias pronunciadas relativas a la esclavitud. Pronto se da cuenta de que la legislación inglesa existente en la materia no solo era confusa, sino además contradictoria. En 1706 el *Lord Chief Justice* —equivalente al presidente del Tribunal Supremo—, sir John Holt, determina que “one may be a villein in England, but not a slave” [se puede ser villano en Inglaterra, pero no esclavo] y que, por lo tanto, “as soon as a negro comes into England, he becomes free” [tan pronto un negro llega a Inglaterra, se vuelve libre] (Thomas, 2006: 472). Sin embargo, esta decisión fue contradicha en 1729 por sir Phillip Yorke y Charles Talbot, *Attorney-General* —equivalente al cargo de fiscal general— y *Solicitor-General* —equivalente al de procurador general— respectivamente, los cuales expresan su parecer de que un esclavo no queda automáticamente libre al llegar a Inglaterra, ni el bautizo “bestow freedom on him, nor make any alteration in his temporal condition in these Kingdoms” [le otorga la libertad, ni produce ningún cambio en su condición temporal en estos reinos], en respuesta a la solicitud de una delegación integrada por varios dueños de plantaciones. De esta manera, sostienen que el amo tiene la potestad legal de obligar a un “slave to return to the plantations” [esclavo a regresar a las plantaciones] (Thomas, 2006: 472).

Ante este complejo panorama, Sharp opta por invalidar las decisiones de Yorke tomando como base el Acta del Habeas Corpus de 1679, donde se establece que el amo únicamente puede ejercer su derecho sobre un esclavo exclusivamente si puede dar

evidencia escrita por el cautivo en cuestión de que por su propia voluntad “bound himself, without compulsion or illegal duress” [se somete, sin coacción o coerción ilegal] (Thomas, 2006: 473). De esta manera, defiende que cualquiera que fuese el proceder en las colonias, en Inglaterra todo esclavo africano se hallaba sujeto a la protección del rey.

Pese a que Sharp deja un margen de maniobra escaso, lord Mansfield una vez más evita pronunciar una sentencia que pudiese dar lugar a futuras solicitudes judiciales que demandaran la abolición *de facto* en Inglaterra. Así, frente al esperado fallo que declarase ilegal la esclavitud en suelo patrio, Mansfield se limita a dictaminar el 22 de junio de 1772 que el amo no tenía derecho para obligar al esclavo a ir a un país extranjero contra su voluntad (Thomas, 2006: 473). No obstante, esta decisión tuvo gran repercusión mediática entre los africanos y la población en general, pues de sus palabras se deducía que no podía haber esclavos en el país. Por ello, como señala Thomas, la hazaña de Sharp constituye un hito en la lucha abolicionista, ya que “though the case had nothing directly to do with the slave trade, and though the significance of it has been dismissed by some modern historians as sentimental, the occasion was, all the same, a turning point in the history both of the traffic and of the institution” [aunque el caso no estaba directamente relacionado, y aunque su significado ha sido menospreciado por algunos historiadores modernos por sentimental, la ocasión marcó, en cualquier caso, un antes y un después en la historia tanto de la trata como de la institución] (2006: 471).

Los años posteriores a la sentencia de Mansfield dan prueba del limitado alcance de su decisión. Mientras la situación legal de los africanos mejora considerablemente y surge un incipiente sentimiento abolicionista en Inglaterra, la participación de la nación en el comercio de esclavos apenas se ve afectada (Peabody y Grinberg, 2007: 12). Miles de africanos seguían siendo transportados contra su voluntad a las colonias americanas, donde eran vendidos y obligados en su mayoría a trabajar sin descanso en las grandes plantaciones que parte de la élite británica tenía en el Nuevo Mundo. Las cifras que conocemos llevan a Olusoga a sostener que “the traffic in enslaved Africans was never more detestable than in 1783 when the details of what took place on board the Zong became known in Britain” [la trata de esclavos africanos nunca fue tan detestable como en 1783 cuando los detalles de lo ocurrido a bordo del Zong se conocieron en Gran Bretaña] (2021: 204).

El 18 de agosto de 1781 el barco negrero Zong, perteneciente a un sindicato de mercaderes de Liverpool, parte de Accra, en Ghana. El cometido del viaje es comercial,

pues transportaba a Jamaica a los africanos capturados previamente en la costa de África para su posterior venta en el mercado esclavista colonial. No obstante, los detalles conocidos respecto a las condiciones del viaje —lamentablemente no sorprendentes en sus irregularidades— anticipan la tragedia ocurrida en alta mar. Walvin, en la obra que dedica a este aciago episodio de la trata de esclavos, *The Zong: A Massacre, the Law & the End of Slavery*, señala tres circunstancias clave para explicar lo sucedido. En primer lugar, el cargamento humano era de cuatrocientos cuarenta y dos africanos, una cantidad que excedía el doble del número de esclavos permitidos a bordo para una embarcación de su tamaño. En segundo lugar, la persona elegida para capitanear la nave, Luke Collington, era un hombre sin experiencia en el manejo de barcos. Collington había participado en numerosas expediciones previas, de ahí que estuviese familiarizado con la dureza del trabajo en alta mar. No obstante, desconocía las particularidades del trabajo de capitán, pues la posición que había desempeñado hasta la fecha en los barcos había sido siempre en calidad de cirujano (Walvin, 2011: 78). Por último, pese a que la cantidad de suministros era la habitual para una travesía ordinaria de tal envergadura, no cubría posibles eventualidades que escapasen de cierto retraso en la llegada o una posible contaminación de parte de las reservas de agua. Por ello, como las provisiones eran las acostumbradas para una travesía de estas características, no cabía esperar problemas con el acceso a víveres y agua de no ser que algo saliese terriblemente mal (Walvin, 2011: 80). Trágicamente, como Walvin indica, la combinación de los dos primeros elementos probó ser fatídica y condicionó el tercero.

El exceso de pasajeros, unido a una serie de errores de la tripulación a la hora de dirigir la embarcación en el Caribe, hicieron que las reservas de agua mermasen y enfermase gran parte del cargamento humano. Según explica Andrew Lewis en su artículo «Martin Dockray and the Zong: A Tribute in the Form of a Chronology», a finales de noviembre el barco avista el lugar de destino, pero la tripulación confunde Jamaica con la colonia francesa de Santo Domingo en la isla de La Española. La tripulación se da cuenta de esta confusión cuando el barco se encontraba a unos 480 kilómetros al oeste de la isla de Jamaica y las estimaciones indicaban que las provisiones de agua no durarían más de cuatro días (2007: 363).

Con el fin de preservar los escasos suministros y garantizar la rentabilidad del viaje, el capitán del navío, Luke Collingwood, decide deshacerse de aquellos esclavos en peores condiciones arrojándolos al mar. De esta manera, durante tres días consecutivos,

se lanzan ciento treinta y tres africanos al agua sin objeción conocida del resto de marineros (Olusoga, 2021: 204). Así, el 22 de diciembre de 1781, el Zong llega al puerto jamaicano de Black River con doscientos ocho esclavos a bordo, menos de la mitad de los que habían embarcado en África (Lewis, 2007: 364). No obstante, esta atrocidad no pasaría de engrosar las páginas de anécdotas que componen los libros de registro de la trata de esclavos de no ser por la sorprendente solicitud del dueño del barco, quien reclama a la compañía de seguros una compensación de treinta libras por esclavo arrojado al mar en concepto de pérdida de mercancía (Olusoga, 2021: 204). Tan flagrante situación llama la atención de Equiano, el cual se pone en contacto con Sharp para informarle de los pormenores del caso. A partir de ese momento, Sharp se encarga de hacer un registro de las sesiones y parece colaborar en la estrategia de defensa de la aseguradora (Walvin, 2011: 146). Tras un largo proceso judicial, finalmente se decide que resulta adecuado desestimar la petición de la compensación a la aseguradora por quedar evidenciados los errores que dan lugar a la masacre. No obstante, no se presentan cargos penales contra las personas involucradas, pues se considera su actuación desde una perspectiva mercantil que postulaba a los africanos como mercancía en lugar de seres humanos (Olusoga, 2021: 205). En este sentido, Michelle Faubert valora como fracaso para el abolicionismo la sentencia final que exculpaba a los responsables de la muerte de los africanos, pues como explica en su obra *Granville Sharp's Uncovered Letter and the Zong Massacre*, el activista inglés no consigue que la justicia contemple la humanidad de los esclavos y juzgue a los culpables por asesinato (2018: 13).

Al margen de las nulas consecuencias en la trata de esclavos, el alcance meramente nacional del fallo de Mansfield no afectó tampoco a la situación del africano en los territorios al otro lado del océano. La realidad de los esclavos negros en el Nuevo Mundo siguió marcada por las inhumanas condiciones que las distintas legislaciones coloniales promovían para satisfacer los intereses de los colonos blancos. Sin embargo, las noticias de la hazaña legal acometida por Sharp, así como su dilatada trayectoria en la defensa de los derechos de los esclavos negros en Inglaterra pronto llegaron a América, y los hombres que lideraban la lucha abolicionista en las colonias se pusieron en contacto con el activista inglés. Es a partir de entonces cuando la sistematización del abolicionismo llega a Gran Bretaña, pues la experiencia y el empuje de las asociaciones y de los grupos norteamericanos —en su mayoría religiosos— convierte los esfuerzos individuales de personas como Sharp en un movimiento organizado.

Pese a la incuestionable labor de Sharp por la causa abolicionista durante las décadas de los setenta y ochenta, sus logros no alcanzan la merecida relevancia pública hasta que no son reivindicados por los distintos colectivos que pasan a enarbolar la bandera de la cruzada esclavista en Inglaterra. La línea de comunicación epistolar que se establece tras el caso de Somerset entre Sharp y Anthony Benezet a ambos lados del Atlántico se traduce en la visita del líder cuáquero a Inglaterra en 1773. No obstante, Benezet no es el único miembro de la Sociedad de Amigos que llega a la isla británica por esas fechas, pues la muerte de John Woolman tras una reunión con los cuáqueros de York, así como la visita de William Dillwyn en 1774 para ayudar a los miembros de este culto a organizarse como movimiento antiesclavista, dan cuenta de la enorme dimensión organizativa que estaba adquiriendo la causa abolicionista en el país anglosajón. No obstante, los cuáqueros no son el único grupo religioso comprometido con la lucha en favor de los esclavos negros. La mayor popularidad de los grupos evangelistas que defendían la igualdad del africano permitió el rápido avance de las ideas abolicionistas entre la población inglesa. Esta mayor influencia explica el éxito que los tratados escritos dentro de los círculos metodistas tuvieron en aquel momento a la hora de informar a la opinión pública (Thomas, 2006: 474-475). Por ello, como acertadamente señala Brown, “Granville Sharp, it must be emphasized, did not originate and did not lead the abolitionist movement that emerged in Britain at the end of 1780s. That effort took shape [...] primarily because of Evangelical and Quaker initiatives and agendas” [es necesario resaltar que Granville Sharp no originó y no lideró el movimiento abolicionista que surgió en Gran Bretaña a finales de la década de los años ochenta del siglo diecisiete. Ese esfuerzo tomó forma [...] principalmente por la agenda y las iniciativas evangelistas y cuáqueras] (2006: 160).

Aunque Sharp colabora activamente con estos grupos religiosos, la rectitud moral de sus convicciones anglicanas no le limita a la defensa de los esclavos africanos. La labor humanitaria de Sharp se distingue por el compromiso con la defensa de los derechos de aquellos individuos y grupos más desfavorecidos, lo que le lleva a denunciar abiertamente las injusticias sociales hacia la clase trabajadora y los nativos americanos. Su posicionamiento a favor de los rebeldes americanos durante la Guerra de Independencia es clara evidencia de su compromiso con el derecho a la libertad del ser humano. Sharp entiende que el conflicto es fruto de las tensiones originadas por la esclavitud y sus beneficios, de ahí que luche activamente por su abolición. Desde sus fervientes creencias,

el activista inglés ataca la esclavitud colonial como pecado nacional que, una vez expiado, cerraría las fisuras nacidas entre el Gobierno de Inglaterra y los intereses de los colonos norteamericanos. De esta manera, resulta complejo averiguar los límites precisos de su lucha por la causa negra, pues como indica Brown, “Sharp found it imposible to write about one injustice without referencing another” [a Sharp le resultó imposible escribir sobre una injusticia sin hacer referencia a otra] (2006: 164).

No obstante, dentro de la multitud de frentes abiertos en su cruzada moral, la abolición de la esclavitud constituye uno de los principales objetivos de ataque contra los males del mundo. En los años previos a la resolución del conflicto americano, Sharp eleva el tono de su campaña contra las injusticias que se cometían dentro del imperio y la complacencia de Gran Bretaña al permitir las. En una época en la que las voces críticas con la situación se afanaban en explicarle a la población la forma en que las prácticas coloniales corrompían a la nación, Sharp intentó que la gente valorase la violencia y la destrucción que Inglaterra extendía por sus territorios. La noche previa al estallido de la guerra, Sharp difundió la idea de que el destino del país dependía de la expiación del pecado de la esclavitud (Brown, 2006: 170-171).

Su respeto a la cercana posibilidad del juicio final le impidió separar sus responsabilidades públicas de sus convicciones religiosas. De este modo, se convierte en el agente defensor de la abolición en América al hacer de intermediario entre cuáqueros y distintos grupos de influencia en Inglaterra, a la par que contacta con distintos líderes evangelistas comprometidos con el problema esclavista a ambos lados del Atlántico. Es a través de John Wesley y la condesa de Huntingdon que Sharp contacta con lord Dartmouth, secretario de Estado para las Colonias Americanas caracterizado por sus fuertes convicciones evangelistas. Sin embargo, la fe de lord Dartmouth probó ser más racional que la de Sharp, ya que no le impidió distinguir el dictado de su labor como político de sus postulados religiosos. Desalentado por la oportunidad perdida, pero consciente de su influencia, Sharp solicita a la *Board of Ordinance* —o Junta de artillería—, donde trabajaba, dos meses para asuntos personales en 1775. Durante estos meses sabáticos, Sharp se vuelca en la causa abolicionista y publica cuatro tratados contra la esclavitud²⁵². Sin embargo, el gran cambio efectuado en Sharp surge a merced de los

²⁵² *The Just Limitation of Slavery in the Laws of God, Compared with the Unbonded Claims of the African Traders and British American Slaveholders*, en cuyo apéndice se recoge *An Answer to the Rev. Mr. Thompson's Tract in Favour of the Slave Trade ... a Proposal on the Same Principle for the Gradual Enfranchisement of Slaves in America* (Londres, 1776), *The Law of Liberty; or Royal Law, by Which All*

argumentos esgrimidos desde los bandos rivales, los cuales convencen al abolicionista inglés de los mezquinos intereses tanto del Gobierno británico como de la élite colonial blanca norteamericana respecto a la esclavitud.

La flaqueza mostrada por el Gobierno de lord North durante la contienda genera dudas entre los parlamentarios, los cuales buscan establecer nuevas prácticas y medidas mediante una reforma constitucional. Terminada la guerra, y con los miembros de la oposición presionando en el Parlamento, Sharp se involucra de lleno en las campañas extraparlamentarias de reforma, mediante las cuales intenta introducir la agenda abolicionista en las nuevas propuestas políticas surgidas en 1780. El activista inglés organiza su militancia sobre la idea de que la corrupción moral de los esclavistas había degenerado en una corrupción política e institucional cuyas consecuencias golpeaban de lleno a la nación. Así, como explica Brown, “because of his standing among metropolitan radicals, Granville Sharp helped ensure that the opposition intelligentsia perceived antislavery as consistent with their agenda” [debido a su posición entre los radicales metropolitanos, Granville Sharp ayudó a asegurar que la intelectualidad que formaba parte de la oposición percibiese el abolicionismo como consistente con su agenda] (2006: 190).

No obstante, además de intentar unir la causa abolicionista con los movimientos políticos de reforma parlamentaria, Sharp comienza una campaña en contra de la esclavitud dentro de la Iglesia de Inglaterra. El activista era consciente de la fuerza que el discurso en favor de la situación del africano tomaría de ser asumido por los prelados de la fe anglicana. Además, Sharp estaba convencido de que la Iglesia de Inglaterra estaba comprometida con la defensa de la justicia y la humanidad, una postura que ayudaría, como en el caso de la política, a coser las grietas existentes dentro de la doctrina protestante británica (Brown, 2006: 192).

Para esta tarea, Sharp entrega a cada obispo varias copias del cuarto de sus tratados, *The Law of Retribution* y presiona para que los religiosos con representación política introdujesen una petición en la Cámara de los Comunes para 1779. El objetivo de

Mankind Will Certainly Be Judged! Earnestly Recommended to the Serious Consideration of All Slave Holders and Slave Dealers (Londres, 1776), *The Law of Passive Obedience; or, Christian Submission to Personal Injuries; Wherein Is Shewn, That the Several Texts of Scripture, Which Command the Entire Submission of Servants and Slaves to their Masters, Cannot Authorise the Latter to Exact an Involuntary Servitude, nor, in the Least Degree, Justify the Claims of Modern Slaveholders* (Londres, 1776) y *The Law of Retribution* (Brown, 2006: 177).

esta demanda era establecer un comité que se encargase de investigar el desempeño y la administración de la trata de esclavos. Sin embargo, a pesar del interés mostrado por algunos obispos, lo cierto es que las novedosas estrategias abolicionistas de Sharp, entre las que se hallaba la introducción de una práctica similar a la coartación española, que permitía al esclavo comprar su libertad, no contaron con un respaldo firme por parte de la Iglesia. Brown explica al respecto que

“it may have been reasonable to hope that the custodians of the public faith would take a stand on a matter that concerned the spiritual welfare of the nation. But it was unreasonable, if not naive, to expect that the keepers of orthodoxy and bulwarks of the establishment to take the lead in advocating changes to the status quo, especially on matters of trade” [habría sido razonable esperar que los custodios de la fe pública se posicionasen en un asunto que afectaba al bienestar espiritual de la nación. Pero no era irrazonable, si no ingenuo, confiar en que los guardianes de la ortodoxia y el bastión de las instituciones liderasen la defensa de cambios en el *status quo*, especialmente en cuestiones comerciales] (2006: 197).

De esta manera, y para sorpresa de Sharp, el grueso de los obispos se posicionó a favor de la trata de esclavos.

No obstante, la difusión de las ideas antiesclavistas en los círculos religiosos sumó nuevos miembros a la causa del africano, entre los que cabría destacar al reverendo James Ramsay. Además, despertaron el interés de ciertos intelectuales y académicos en instituciones universitarias como Cambridge, donde Sharp fue invitado a exponer sus interesantes propuestas de mejora de la situación de los esclavos. De las conclusiones derivadas de estas charlas, Peter Peckard, el vicerrector de la universidad, tendría la afortunada ocurrencia de poner como pregunta de examen en 1795: “is it lawful to make slaves of others against their will?” [¿es legal hacer esclavos de otros en contra de su voluntad?] (Thomas, 2006: 491). De esta forma, si bien para la fecha en que se publica la narrativa y los *Thoughts and Sentiments* de Cugoano el activista inglés se distancia de la cuestión abolicionista, tal y como prueba la poca voluntad de formar parte de la dirección de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1787, podemos decir que Sharp, de forma indirecta, sienta el germen de la lucha en favor del africano en Inglaterra toda vez que un joven Thomas Clarkson recoge el fruto de su labor en la respuesta que ofrece a la cuestión que Peckard fijase a raíz de sus ideas.

De alguna manera, Sharp no reunía las cualidades necesarias para liderar el movimiento abolicionista al que da origen. Sus fuertes convicciones religiosas le

impedían comprender las oportunistas reglas del sistema político, así como formar parte activa de asociaciones surgidas al calor de otros grupos protestantes. De este modo, aun cuando compartía con la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos el objetivo común de acabar con la institución esclavista, se niega en rotundo a ocupar la presidencia y únicamente acepta a regañadientes actuar de testafarro (Brown, 2006: 198). Podemos decir, en definitiva, que a la labor abolicionista de Sharp le faltó un esquema de actuación definido y una buena campaña propagandística de sus ideas que hiciesen partícipe a la población de la encomiable labor realizada. Esta tarea será efectuada por evangelistas y cuáqueros, cuyos esfuerzos conjuntos resultarán en la mencionada Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos.

Como venimos exponiendo, la labor aislada de personas como Sharp logró cuestionar los intereses económicos que la nación obtenía de la explotación sistemática de los africanos y, en ocasiones, poner contra las cuerdas a sus beneficiarios. Nótese que es entonces cuando empiezan a surgir tratados y ensayos para justificar ante la opinión pública la razón de ser de la esclavitud²⁵³. No obstante, la gran dependencia política y económica de Inglaterra de los beneficios que procuraba el trabajo de los esclavos negros en las colonias parecía imposible de detener hasta la aparición en escena de nuevos grupos religiosos. Estas nuevas sociedades ganaban poder a medida que crecía el descontento social con las instituciones y sus representantes y, a lo largo de las últimas décadas del siglo dieciocho, las circunstancias históricas jugaron grandemente a su favor. De esta manera, sorprende la vasta amplitud que alcanzan dentro del tablero político, pues el limitado ámbito religioso en el que nacen no hace presagiar el apoyo popular que recibirían a la hora de plantar cara tanto a la trata de esclavos como a la esclavitud (Olusoga, 2011: 203).

La Sociedad de Amigos es, con diferencia, el primer grupo religioso que hace de la esclavitud uno de sus pilares de acción social. Pese a que la cuestión africana se vuelve

²⁵³ El hito legal que supone para el abolicionismo británico la decisión de lord Mansfield pone en guardia a los esclavistas, que se ven en la necesidad de defender la esclavitud ante la población con publicaciones que no se veían desde 1730 (Brown, 2006: 98). Entre estas primeras obras, destacan los títulos de Maurice Morgann, *Plan for the Abolition of Slavery in the West Indies* (Londres, 1772), John Peter Demarin, *A Treatise upon the Trade from Great-Britain to Africa: Humbly Recommended to the Attention of Government* (Londres, 1772), Thomas Thompson, *The African Trade for Negro Slaves, Shewn to Be Consistent with Principles of Humanity, and with the Laws of Revealed Religion*, Samuel Estwick, *Considerations on the Negro Cause Commonly So Called, Addressed to the Right Honourable Lord Mansfield, Lord Chief Justice of the Court of King's Bench* (Londres, 1773), y Edward Long, *The History of Jamaica; or, General Survey of the Antient and Modern State of That Island*, publicada en tres volúmenes (Londres, 1774).

familiar para la audiencia británica desde el final de la Guerra de Independencia, es mediante la labor que realizan los cuáqueros de 1783 a 1787 que se organiza la cruzada política que da origen al movimiento abolicionista en la isla. Antes de 1787, año de publicación de la narrativa y los *Thoughts and Sentiments* de Cugoano, no existe otra asociación que luche con tanta intensidad por la libertad de los esclavos negros como los Amigos. Son ellos los que presentan en 1783 la primera petición contra la institución esclavista en la Cámara de los Comunes, establecen los primeros comités y grupos abolicionistas de Inglaterra ese mismo año y promueven la circulación sistemática de literatura de corte abolicionista. Como sostiene Brown, “until the formation of the Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade in 1787, what the British read about the wrongs of the slave trade they learned, primarily, from Quaker publicists” [hasta la formación de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1786, lo que los británicos leían sobre los males de la trata de esclavos lo aprendían, principalmente, de los publicistas cuáqueros] (2006: 391). Así, cuando la población inglesa finalmente se suma a la lucha abolicionista bajo el estandarte de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos únicamente continúa el impulso surgido de las iniciativas cuáqueras.

No obstante, es necesario señalar que la campaña abolicionista de la Sociedad de Amigos en suelo británico nace como extensión de la labor antiesclavista que los cuáqueros venían realizando en las colonias norteamericanas. La recepción de las ideas reformistas que pedían un mayor compromiso social por parte de los Amigos en Norteamérica no fue inicialmente del agrado de los líderes cuáqueros de Inglaterra. Los cambios que había producido el conflicto armado contra la metrópoli dentro de la rama americana de la Sociedad de Amigos suponían un desafío a los postulados por los que el grupo religioso venía articulando su conducta de no participación en asuntos de la vida pública. Ante este panorama, que analizaremos aquí en detalle, podemos decir que el compromiso de los cuáqueros ingleses con la abolición, nacido en los años ochenta del siglo dieciocho, surge de las tensiones producidas dentro de las diferentes facciones de la Sociedad de Amigos a ambos lados del Atlántico (Brown, 2006: 394).

Gran parte de los miembros cuáqueros en los recién establecidos Estados Unidos abogaban por un propósito de la Sociedad de Amigos más comprometido con la realidad de la época tras los horrores de la guerra. Tomando como referencia el sufrimiento compartido de sus miembros junto a la población civil durante el tiempo que duró la contienda, los cuáqueros norteamericanos empezaron a reivindicar nuevas formas de

ayudar a las comunidades en las que vivían. Según los planteamientos de los reformistas, la Sociedad de Amigos debía ser consistente con sus postulados religiosos y sus códigos de conducta también fuera de los límites de la secta. La dureza de la realidad circundante en los territorios del Nuevo Mundo hace que ciertos amigos empiecen a extender en su interacción con el resto de la sociedad los principios de igualdad y de humanidad por los que se regía su mensaje espiritual. De esta manera, se empiezan a cuestionar instituciones como la esclavista y se pone el foco tanto en la participación en la trata de esclavos, como en la tenencia de esclavos por parte de los miembros. Así, en 1754, la Reunión anual de la Sociedad de Amigos en Filadelfia se posiciona finalmente en contra de la trata de esclavos. Thomas explica este momento sirviéndose de los argumentos esgrimidos en la asamblea cuando señala que,

“recalling in an open letter that it had often been ‘the concern of our annual meeting to testify their uneasiness and disunity with the importation and purchasing of negro and other slaves’, this time they said plainly that ‘to live in ease and plenty by the toil of those whom violence and cruelty have put in our power’ was inconsistent with both Christianity and common justice” [recordando en una carta pública que había sido con frecuencia ‘el asunto de nuestra reunión anual el testificar su inquietud y falta de unidad con la importación y compra del negro y otros esclavos’, esta vez dijeron claramente que ‘vivir la comodidad y abundancia por el trabajo de aquellos a quienes la violencia y la crueldad han puesto en nuestro poder’ era inconsistente tanto con la justicia cristiana, como con la justicia ordinaria] (2006: 458).

Este importante cambio en las reglas de conducta de la Sociedad de Amigos vino propiciado por renombrados cuáqueros como John Woolman. Este miembro de Nueva Jersey publica su obra *Some Considerations on the Keeping of Negroes* [*Algunas consideraciones sobre el cuidado de los negros*] en 1762 tras la visita a los Amigos esclavistas de Virginia y Carolina del Norte. Preocupado por la salud espiritual de sus correligionarios y el bienestar de los esclavos en sus plantaciones, Woolman dedicó toda su vida a intentar convencer a los cuáqueros que se servían de hombres negros como mano de obra, mediante argumentos racionales y comedidos, de la inconsistencia de su postura con los dogmas de la fe cristiana. Sus esfuerzos no cayeron en saco roto, pues en la Reunión anual de la Sociedad de Amigos en Filadelfia de 1758 se acordó que ningún cuáquero pudiese tener esclavos en propiedad sin arriesgarse a una condena eterna, ya que las observaciones de Woolman habían demostrado que era imposible esperar que ningún amo resistiese la tentación de explotar al esclavo (Thomas, 2006: 458).

No obstante, Woolman no se encontró solo en la defensa del abolicionismo. Durante los últimos años del periodo colonial en Norteamérica, la figura de Anthony Benezet adquiere gran importancia. Nacido en Francia en 1713 en el seno de una familia de hugonotes, Benezet se traslada a Londres para evitar la persecución religiosa que el Gobierno francés había permitido tras la revocación del Edicto de Nantes en 1685 hacia los protestantes²⁵⁴. Es en la capital inglesa donde Benezet se une a la Sociedad de Amigos en 1727. Cuando contaba con dieciocho años, la familia se asienta finalmente en Filadelfia en 1731, lugar donde el joven cuáquero entra en contacto con Woolman. Sin embargo, Benezet pronto difiere de su maestro en su aproximación a la causa abolicionista. Frente a los trabajos de Woolman, que apelaban fundamentalmente a la conciencia de los miembros de la Sociedad de Amigos en materia esclavista, Benezet propone en sus ensayos invocar al sentimiento y al intelecto de la población general. De esta manera, el activista francés aboga por ampliar el reducido impacto de las medidas tomadas hasta el momento por los Amigos (Brown, 2006: 396).

Si bien la campaña abolicionista estaba ya en marcha durante los años setenta, tras la decisión acordada en 1761 por la dirección de la Sociedad en Londres de condenar la esclavitud y excluir a aquellos miembros que participen directa o indirectamente en ella, los líderes cuáqueros dedicados a combatir la esclavitud todavía restringían sus esfuerzos a las demarcaciones territoriales coloniales. De los numerosos activistas que operaban en el ámbito regional destacan los nombres de Moses Brown en Rhode Island, Robert Pleasants y Edward Stabber en Virginia, y William Dillwyn, Samuel Allinson y David Cooper en Nueva Jersey. La labor de estos primeros activistas tuvo cierto alcance social, pues consecuencia directa de su campaña es la primera propuesta en contra de la trata de esclavos presentada ante la Cámara de Representantes de Massachusetts en 1767. No obstante, la voluntad de Benezet por hacer del mundo un sitio mejor le lleva a ir más lejos y establecer la lucha contra la esclavitud en términos globales (Brown, 2006: 396).

Benezet se suma así a los miembros reformistas y promueve la mayor transformación de la Sociedad de Amigos hasta aquel periodo. Hasta entonces, la vivencia del hecho religioso quedaba limitada a la esfera privada de los miembros de la secta, de ahí que la actividad abolicionista únicamente diese frutos en aquellos lugares donde la

²⁵⁴ El Edicto de Nantes, ratificado por Enrique IV en 1598, garantizaba los derechos de los protestantes calvinistas franceses, conocidos como hugonotes, dentro de una nación declarada abiertamente católica como era Francia.

presencia de cuáqueros era proporcionalmente más elevada. Una comparativa entre las medidas tomadas en las colonias del norte frente a las del sur da buena cuenta de la situación²⁵⁵. Ante este panorama, el activista francés se distancia del individualismo característico del grupo religioso y aboga por una experiencia espiritual abierta al mundo mediante la práctica de la caridad. La filantropía será la clave de la nueva interacción que propone Benezet, pues establece la manifestación de la fe en el arrojo y la ayuda al prójimo. Ser buen cristiano dejó de consistir así en evitar el pecado y pasó a significar combatirlo activamente. De este modo, Benezet ayuda a configurar el cometido público que los Amigos asumen en Norteamérica (Brown, 2006: 399).

Sin embargo, los novedosos cambios de Benezet, así como su campaña abolicionista, son producto de una evolución gradual sin esquema fijo. Durante la Guerra de los Siete Años²⁵⁶, Benezet defiende sus tesis abolicionistas comparando el robo de africanos en su tierra natal por parte del hombre occidental con el secuestro de europeos en la frontera que los nativos americanos realizaban en sus incursiones a los territorios coloniales limítrofes. Los años que dura la Guerra de Independencia, Benezet presenta la lucha contra la esclavitud como una extensión de la férrea defensa colonial del derecho a la libertad. No será hasta la lectura del contenido antiesclavista elaborado por William Warburton, obispo de Gloucester, para el sermón anual de la *Society for the Propagation of the Gospel in Foreign Parts* [Sociedad para la Propagación del Evangelio en el Extranjero]²⁵⁷ que el cuáquero se interese por extender la lucha abolicionista a Inglaterra, pues como indica Brown, “before 1766, before the Stamp Act Crisis, Benezet had shown little interest in British attitudes toward slavery” [antes de 1766, antes de la crisis de la Stamp Act, Benezet había mostrado poco interés en las posturas británicas hacia la esclavitud] (2006: 400).

De esta manera, Benezet comienza a interesarse por las publicaciones y las noticias que le llegan de Gran Bretaña, momento en que establece relación con Sharp. En

²⁵⁵ Thomas señala al respecto que, mientras la mayoría de leyes contrarias a la esclavitud de los estados del norte eran fruto de movimientos religiosos abolicionistas, la legislación sureña tomó medidas de control respecto a la trata de esclavos debido al miedo a un aumento descontrolado de la población negra y al consiguiente riesgo de rebelión (Thomas, 2006: 469).

²⁵⁶ Véase nota 156.

²⁵⁷ Organización misionaria de la Iglesia anglicana creada en 1701 con dos objetivos principales, llevar el ministerio cristiano a los británicos asentados en el Nuevo Mundo y evangelizar a los pueblos paganos en los territorios pertenecientes a la corona.

esta línea, el abolicionista francés decide contactar también con los miembros de la Sociedad de Amigos en Inglaterra, así como con distintos líderes religiosos de las confesiones mayoritarias en el país anglosajón. De este modo, entre los destinatarios de sus cartas encontramos al precursor del metodismo, John Wesley, a la cabeza visible del movimiento baptista, la condesa de Huntingdon, y al jefe espiritual de los anglicanos, el arzobispo de Canterbury. Con esta línea de correspondencia abierta, Benezet convence a los Amigos de Filadelfia en 1766 para que publiquen la obra que acababa de confeccionar, *A Caution and Warning to Great Britain and Her Colonies* [*Un aviso y advertencia a Gran Bretaña y a sus colonias*], cuyas copias enviará de manera indiscriminada a multitud de personas influyentes dentro de los círculos de poder para solicitarles que actúen contra la esclavitud. Además, de las misivas destinadas a los Amigos en Inglaterra se conoce la advertencia que lanza a los cuáqueros ingleses: jamás podrán ser considerados inocentes si se mantienen en silencio ante los horrores de la esclavitud (Brown, 2006: 401).

No obstante, pese a la fuerza que había adquirido la cuestión esclavista en Norteamérica, las primeras peticiones de Benezet a la Sociedad de Amigos británica solicitando su activa colaboración en la lucha abolicionista son ignoradas. De 1770 a 1782, los años de la crisis americana, los cuáqueros ingleses se acercan con gran timidez y cierta ambigüedad al problema de la esclavitud. Estas reticencias a la hora de participar en un asunto de tanta importancia social las explica Brown haciendo referencia a diferentes causas. Primero, el crítico arguye motivos económicos. Los líderes londinenses del grupo religioso eran gente acaudalada con intereses comerciales, en muchos casos, ligados de forma indirecta a la trata de esclavos. Segundo, su postura de no intromisión en los asuntos de estado les garantizó ciertos privilegios por parte del Gobierno, entre ellos, la exención del servicio militar obligatorio, la autorización a declarar en los procesos judiciales sin realizar juramento o la exoneración del pago de diezmos a la Iglesia anglicana. Tercero, la tendencia autorreflexiva del movimiento llevó a los cabecillas de la Sociedad a alejar a los Amigos de controversias externas que no guardasen relación con sus tradiciones y costumbres (Brown, 2006: 406-407). De esta manera, frente al activismo de Sharp por aquella época, cuando el activista inglés lanza su ataque contra la esclavitud, sorprende observar que no existen documentos ni pruebas de la participación del grupo religioso en la campaña abolicionista durante la década de los setenta en Inglaterra. Ejemplo de este vacío es el tiempo que pasa entre la primera publicación de *A Caution and Warning to Great Britain and Her Colonies* por parte de

los cuáqueros ingleses en 1767 y la segunda tirada de la obra en 1783, que deja un intervalo entre ambas de dieciséis años. Además, pese a que Woolman insta a los Amigos británicos a la publicación de su ensayo, *Considerations on the Keeping of Negroes*, para agitar los ánimos de la opinión pública, la Sociedad de Amigos de Londres no lanza campaña alguna contra la esclavitud, y su autor muere en 1772 sin ver asentado el movimiento abolicionista en Inglaterra (Brown, 2006: 411).

Sin embargo, pese a que los líderes cuáqueros ingleses consiguen hacer la vista gorda a las peticiones realizadas a título personal que llegaban de Norteamérica, su inacción comienza a ser más difícil de explicar cuando los requerimientos abolicionistas provienen de organismos oficiales de la Sociedad como la *Philadelphia Meeting for Sufferings* o la dirección del grupo religioso en Pensilvania. Aun así, las dos peticiones que envía la *Philadelphia Meeting for Sufferings* en 1780 y 1781 son ignoradas en Londres, lo que lleva a los Amigos de Pensilvania a ser más directos en su demanda de explicaciones a la Sociedad inglesa por su pasividad y falta de compromiso ante el problema de la esclavitud. Finalmente, los Amigos ingleses emiten una respuesta que no deja satisfechos a los cuáqueros del otro lado del Atlántico, pues se desentienden de la lucha abolicionista al considerar que la parte que pueden realizar dentro del abolicionismo es pequeña. No obstante, ante el revuelo suscitado en tierras americanas, la Sociedad de Amigos de Londres se da cuenta de que una respuesta tan pesimista es insuficiente y, en 1783, sus líderes prometen llevar el abolicionismo a consideración durante la Reunión anual en Londres (Brown, 2006: 413).

Los motivos de esta reconsideración atienden principalmente a dos circunstancias. Por un lado, el final de la guerra con las colonias crea un nuevo sentido de propósito entre los cuáqueros norteamericanos, cuya raíz es el sufrimiento experimentado durante la contienda. Por otro, el núcleo fuerte, constituido por miembros más conservadores e inmovilistas en sus posiciones, empieza a sufrir grandes bajas fruto del paso del tiempo. De esta manera, pese a que inicialmente los líderes de la Sociedad en Londres tomaron las nuevas ideas que venían de América como un desafío a su autoridad, la mayor presencia de cuáqueros jóvenes de educación liberal en la cúpula del grupo religioso londinense abraza las posiciones reformistas promulgadas por Benezet (Brown, 2006: 418-419). Por ello, en 1783, se consigue finalmente hacer frente a la vieja guardia cuáquera inglesa y se firma una petición destinada a la Cámara de los Comunes que

reclama la atención parlamentaria de sus miembros para que consideren la abolición de la trata de esclavos (Brown, 2006: 423).

A pesar de que la solicitud no tiene impacto alguno en las decisiones parlamentarias ni en las políticas gubernamentales, la buena recepción de la petición por los miembros del Parlamento refuerza a los cuáqueros en su determinación por acabar con la trata de esclavos y la institución esclavista. La favorable respuesta de los parlamentarios a este primer movimiento político del abolicionismo obedece fundamentalmente a la novedad que suponía una petición contra la esclavitud promulgada por un grupo religioso. No obstante, contrasta con la actitud defensiva que, tras la creación de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos, pasará a convertirse en la actitud habitual de los políticos, los cuales frenarán de manera constante las propuestas abolicionistas que llegan al Parlamento (Brown, 2006: 424).

Oposiciones parlamentarias futuras al margen, la mera consideración de la petición presentada por los cuáqueros dentro de Westminster abre una nueva etapa dentro de la Sociedad de Amigos y en el camino a seguir en la lucha abolicionista. De esta forma, el plan de acción establecido hasta ahora en las campañas contra la esclavitud cambia por completo. Por un lado, se deja de mandar material abolicionista a las personas que ostentaban cargos de poder en la época para que interfieran a favor de los esclavos. Por otro, los miembros del grupo religioso toman las riendas del activismo y se involucran de lleno en la lucha por la abolición. Para ello, desde los dos órganos de gobierno de la Sociedad de Amigos en Inglaterra, representados en la Reunión anual de Londres y en la *London Meeting for Sufferings*, se acuerda lanzar una campaña de propaganda sin precedentes con el fin de saturar a la opinión pública mediante la impresión, la promoción y la circulación tanto de documentos abolicionistas en sentido estricto —tratados, ensayos o artículos—, como de testimonios de gente que había formado parte de la institución esclavista y de antiguos esclavos. Para ello, se selecciona y da forma a la información disponible sobre la materia a partir de ese mismo año. Con este propósito, el comité de la Sociedad de Amigos inglesa publica en 1784 *The Case of Our Fellow-Creatures, the Oppressed Africans, respectfully recommended to the serious consideration of the legislature of Great-Britain, by the people called Quakers* [*El caso de nuestros semejantes, los africanos oprimidos, respetuosamente recomendado a la seria consideración de la legislatura de Gran Bretaña, por la gente denominada cuáquera*], una obra que defiende abiertamente la abolición de la trata de esclavos y la liberación

inmediata de los africanos subyugados. El objetivo ahora no era tanto buscar la acción de los parlamentarios, como conseguir presionar al Gobierno a través de la población para incluir el abolicionismo en el centro de la agenda política del momento (Brown, 2006: 425).

En esta campaña el acceso y el control de la imprenta resultan fundamentales. Mientras que Sharp no consigue lograr el patrocinio de ningún editor en Londres dado lo arriesgado del asunto y las bajas expectativas de negocio ante un público poco familiarizado con la causa abolicionista, la Sociedad de Amigos contará con la imprenta del cuáquero James Phillips, desde la cual saldrá impreso todo material de importancia para la cruzada abolicionista entre 1783 y 1787. Con el fin de generar interés y abrir un espacio de debate en el mundo cultural de la época, se intenta dar una visión pormenorizada de la situación que padecen los africanos. Llama la atención de los cuáqueros norteamericanos la falta de conocimiento general en materia abolicionista de la población en Inglaterra. Por ello, una de las primeras decisiones consiste en hacer partícipe al lector inglés del estado de la cuestión, no solo mediante el acceso a ensayos propios y actuales, sino a través de la reimpresión de los mejores trabajos publicados en Norteamérica relativos tanto a la trata de esclavos, como a la esclavitud en sí. Así, entre las publicaciones y reimpressiones más destacadas de la imprenta de James Phillips durante esos años encontramos *A Serious Address to the Leaders of America* de David Cooper en 1783, *Thoughts on the Slavery of the Negroes* de Joseph Woods en 1784, *Caution and Warning to Great Britain and Her Colonies* de Benezet en 1766, el sermón de Beilby Porteus para la *Society for the Propagation of the Gospel* en 1783, el conjunto de obras de James Ramsay —incluyendo su famoso *Essay on the Treatment and Conversion of African Slaves in the Sugar Colonies* en 1784—, y la mayoría de títulos que integran el grueso de la producción de Thomas Clarkson a partir de 1786, año en que se publica su tesis (Brown, 2006: 426-427). Se entiende así que la obra de Cugoano contase con el beneplácito de los Amigos y que “the book [...] was sold through several booksellers, including James Phillips, the Quakers’ principal printer and bookseller in London” [el libro [...] fuese vendido a través de varios librerías, incluido James Phillips, el principal impresor y vendedor cuáquero en Londres] (Carretta, 1999: xix).

Siguiendo el objetivo de la gran campaña propagandística que los Amigos tenían entre manos, la mayoría de estos textos se imprimen en gran número y se distribuyen de forma gratuita entre la población —si bien este no parece ser el caso de los *Thoughts and*

Sentiments de Cugoano—. No obstante, al mismo tiempo que se reparten los textos más representativos del abolicionismo de forma íntegra, los cuáqueros atestan la prensa con selecciones y fragmentos de estas obras para llegar al mayor número de personas posibles, desde los lectores más ávidos hasta los puntuales amantes de la actualidad. De esta tarea se encargaría un reducido grupo de Amigos, conocido como *The Slave Association* o La Asociación de Esclavos, entre cuyos seis miembros destacan los mencionados William Dillwyn y Joseph Woods. Así, desde 1783, distintos periódicos como el *General Evening Post* publicaron sin descanso diferentes extractos abolicionistas de autores comprometidos con la causa antiesclavista como Benezet, Porteus o el africano Ignatius Sancho. Además, pese al enorme interés suscitado entre la gente de a pie, no se cesa en el envío de cartas a los personajes más influyentes y poderosos, estableciéndose una correspondencia activa de la que pudiera haber participado nuestro autor con su narrativa (Brown, 2006: 430).

Sin embargo, mientras la campaña entre la élite consiguió sumar dos o tres parlamentarios en el mejor de los momentos de la batalla abolicionista, el bombardeo público constante de información antiesclavista adquirió una extensión y un alcance jamás imaginados. Este respaldo popular no se gana de forma aleatoria, sino que responde a una excelente campaña de *marketing*. La sensación de unidad y el abultado peso social del abolicionismo que se promueven desde la Sociedad de Amigos están fundamentados en una ficticia polifonía de voces cuyo origen era, casi en la totalidad de las ocasiones, la misma fuente. Brown apunta al respecto que los “Friends not only attempted to generate antislavery opinion. They tried to create the appearance of an emerging public consensus on behalf of abolition” [Amigos no solo intentaron generar opinión antiesclavista. Intentaron crear la apariencia de un emergente consenso público a favor de la abolición] (2006: 431). Por este motivo, durante la década de los ochenta los cuáqueros ocultan deliberadamente su contribución en la diseminación de la literatura y prensa de corte abolicionista. No obstante, a pesar de este enmascaramiento y la dificultad que supone para descubrir la extensión real de la labor abolicionista de la Sociedad, lo cierto es que no existen dudas sobre el papel que desempeñaron los cuáqueros a la hora de redibujar el panorama cultural y político entre 1783 y 1787 (Brown, 2006: 431).

De tan prometedor panorama para la causa antiesclavista surge, sin embargo, la resignada aceptación de que el cambio buscado para los africanos en materia legislativa requiere de otro tipo de medidas. Así, para 1785 la Sociedad de Amigos entiende que la

difusión de información y la creación de una opinión favorable al abolicionismo constituyen únicamente los cimientos del combate político que debe producirse. Su situación marginal dentro de la sociedad británica los lleva a comprender que la ansiada victoria contra la esclavitud requería de la cooperación de más aliados fuera del grupo. Esta decisión tendrá un impacto decisivo en la lucha abolicionista, pues varios líderes y personalidades de los distintos grupos evangélicos de la época son llamados a tomar parte activa en las iniciativas cuáqueras, las cuales darán como resultado la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1787.

Inicialmente los grupos evangelistas no destacaron por su interés en la cruzada abolicionista. Entre sus preocupaciones principales se hallaba la esclavitud, pero el registro de las actividades que desarrollan sus miembros durante los primeros años da cuenta de que sus esfuerzos no se encaminaron a promover la emancipación de los esclavos. El objetivo fundamental de estas nuevas confesiones protestantes fue la promoción de la religión evangélica tanto en las islas británicas como en los territorios anglosajones de ultramar (Brown, 2006: 335). Los padres del evangelismo anglicano, individuos como Samuel Walker, William Grimshaw, William Romaine o Thomas Adam, no dejaron constancia ni testimonio contrario a la esclavitud. Pese a ello, si bien de su producción escrita no se desprende la postura de estos precursores de la fe evangelista en torno a la cuestión antiesclavista, las actividades comerciales de posteriores miembros nos hablan de su participación en la economía negrera, tal y como sucede con John Newton o George Whitefield, del que ya analizamos su patrimonio humano en la ficha de James Albert (Brown, 2006: 337).

No será hasta 1780 que algunos de estos grupos evangelistas ingleses empiecen a interesarse por los esclavos. Este acercamiento no guardaba relación con el bienestar físico del cautivo africano, sino con la preocupación por su estado espiritual. De esta manera, se explica, según vimos, la feroz defensa de Selina Hastings de la esclavitud como medio de evangelización. La condesa de Huntingdon no apreciaba contradicción entre la promoción del trabajo de escritores africanos y su subordinación humana. Las obras de James Albert, John Marrant y Phillis Wheatley dan buena cuenta de sus tesis esclavistas, pues como demuestran los testimonios de estos tres angloafricanos, los postulados religiosos de Selina abogan únicamente por la liberación del alma frente al pecado y no del cuerpo frente al opresor, en este caso, su mentora cristiana.

Sin embargo, pronto surgen grandes diferencias entre los dos grupos evangelistas más numerosos en torno a la cuestión abolicionista. Mientras que los miembros baptistas se decantan por la defensa de la esclavitud en tanto que institución evangelizadora, los metodistas, encabezados por John Wesley, siguen los pasos de los cuáqueros y comienzan una campaña antiesclavista en Inglaterra durante la Guerra de Independencia. Así, en 1774, su líder defiende la postura del grupo religioso en materia esclavista en una obra que recoge su compromiso por la abolición, *Thoughts upon Slavery*. En este ensayo, el religioso evangelista acusará a los esclavistas y a los tratantes de asesinos y ladrones, una acusación lanzada tras experimentar la realidad de los africanos subyugados en las colonias americanas (Olusoga, 2021: 209).

John Wesley, el fundador de lo que con el tiempo se vendrá a denominar metodismo, fue un clérigo anglicano nacido en Londres en 1703 que defendía un acercamiento metódico a la práctica religiosa desde los escritos cristianos. Como vimos en la ficha de James Albert, el método y el celo con el que los integrantes profesaban su fe acabó por dar nombre al grupo de religiosos y tildar a sus miembros de fanáticos. No obstante, este entusiasmo, así como la rigidez de sus preceptos, resultaron fundamentales a la hora de defender la libertad de los esclavos negros. John Wesley observó de primera mano las prácticas esclavistas en el Nuevo Mundo, pues durante la década de los años treinta del siglo dieciocho se dedicó a predicar la palabra de Dios entre los habitantes de la colonia de Georgia. La brutalidad con la que eran tratados sus semejantes africanos, así como el empeño de los amos en impedir la difusión de los Evangelios entre sus esclavos, pronto hicieron de la comunidad negra de la América anglosajona una de las prioridades de la evangelización metodista. De este modo, la defensa del abolicionismo por parte de los metodistas adquiere relevancia en tanto que estaba estrechamente ligada al objetivo de adoctrinamiento religioso del movimiento (Olusoga, 2001: 209).

Nada más acabar la guerra, los seguidores de John Wesley en Norteamérica abrazan la decisión de la Sociedad de Amigos de condenar la esclavitud y prohibir a los esclavistas adherirse a su fe. Sin embargo, como sucede dentro de los Amigos, los metodistas ingleses no explotan el potencial surgido de su creciente expansión e influencia para una posible acción abolicionista conjunta a ambos lados del océano. No será hasta el establecimiento de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1787 que los metodistas decidan involucrarse activamente en cuestiones sociales y promover medidas antiesclavistas. No obstante, hasta finales de siglo la presencia de

evangelistas en los círculos políticos fue notablemente escasa. En su cometido de evangelización, los metodistas no buscaban oponerse al Gobierno, a la Iglesia, o cuestionar el derecho a la propiedad privada; de ahí que se mantuviesen al margen de la vida política del país. Así, Brown explica la inacción social de los metodistas toda vez que, “the Wesleyans, like other Evangelicals, aimed to save souls, not change laws” [los wesleyanos, como otros grupos evangélicos, intentaban salvar almas, no cambiar leyes] (2006: 339).

Además, la falta de solidez del movimiento en las ciudades y regiones en las que comenzaba a asentarse el metodismo hacía difícil aunar esfuerzos para la causa abolicionista. La fragmentación y el limitado alcance de los metodistas se tradujeron en una falta de unidad durante las primeras décadas de vida del grupo religioso. A pesar del valiente ataque que John Wesley realiza en *Thoughts upon Slavery* para 1774, lo cierto es que los metodistas no tenían todavía una agenda política definida. La necesaria ambición en la defensa de una causa como la abolicionista requería de unos condicionantes que el metodismo todavía no poseía, pues sin el prestigio social necesario, ni una postura de acción consensuada entre sus miembros, resultaba imposible organizar un ataque efectivo contra la esclavitud (Brown, 2006: 341).

Pese a estos impedimentos, una nueva generación de evangelistas con mayor peso social y altura política se serviría del impulso de sus antecesores para introducir en el Parlamento británico a finales de siglo las cuestiones morales que venían planteando sus líderes religiosos. Parece existir consenso entre la crítica a la hora de afirmar que el activismo evangélico nace del afán de una corte de devotos anglicanos que tenía Barham Court, una mansión situada en el pueblo inglés de Teston, como lugar de encuentro para sus discusiones. Es allí donde se decide unir finalmente las prioridades morales de estos disidentes anglicanos con las propuestas de reforma social que sacudían Inglaterra por aquellos años. Sin embargo, dentro de la cohorte de iniciativas enunciadas desde multitud de ámbitos para transformar el país, el clan de Teston —como será conocida esta agrupación de evangelistas— se distinguirá por su determinación en materia abolicionista. Esta preocupación por los esclavos nace de la asociación de sus miembros con James Ramsay, párroco de la iglesia de Teston desde 1781, cuyo oficio como cirujano naval le permitió conocer las terribles condiciones en que eran transportados y vivían los esclavos africanos en América. De nacionalidad escocesa, Ramsay se opondrá fervorosamente a las prácticas esclavistas permitidas por el Gobierno británico en las

colonias. No obstante, su contacto con la realidad que sufrían los esclavos no se limitó a su empleo en alta mar. En uno de sus viajes trasatlánticos, el escocés se ve obligado a reparar en la isla caribeña de St. Kitts por motivos de salud, lugar donde da comienzo su carrera clerical. Durante los diecinueve años que se encarga de la parroquia, Ramsay denunciará abiertamente en sus sermones el trato que recibían los miles de africanos empleados en la industria azucarera, lo cual le granjea la oposición y el odio de los dueños de las plantaciones de la isla. Espantado por la situación que se vivía en las colonias, Ramsay regresará a Gran Bretaña donde, gracias a la influencia de su antiguo capitán, Charles Middleton, será propuesto como clérigo de Teston (Thomas, 2006: 490).

Si bien Charles Middleton ayuda laboralmente a Ramsay, es su mujer, Margaret Middleton, quien anima al clérigo a denunciar públicamente los horrores de la esclavitud colonial. Margaret se sirve de los principios espirituales de Ramsay para conseguir que exponga ante la opinión pública las particularidades de las plantaciones británicas en el Caribe. Como otros grandes reformistas de la época, Ramsay defiende la presencia de la religión tanto en la esfera privada como en la pública. Este compromiso moral se concretará en *Essay on the Treatment and Conversion of Africans Slaves in the British Sugar Colonies* [*Ensayo sobre el trato y la conversión de los esclavos africanos en las colonias azucareras británicas*] de 1784, en cuyas páginas el religioso recoge distintas propuestas de mejora para la vida de los esclavos en los dominios británicos. Sin embargo, a pesar de que la obra de Ramsay es fundamental para entender el avance de la cruzada antiesclavista en Inglaterra, tal y como demuestra su posterior publicación, *An Enquiry into the Effects of Putting a Stop to the African Slave Trade* [*Una indagación sobre las consecuencias de poner freno al comercio de esclavos africano*], ese mismo año, el contenido abolicionista favorable a la emancipación de los esclavos inicialmente propuesto en sus trabajos es reducido y modificado conforme a la agenda evangelizadora del clan de Teston. No se puede olvidar que la voluntad de ayuda al africano promovida por el grupo evangelista tiene su origen en las frustradas aspiraciones de propagación del evangelio en las colonias, de ahí que sus empeños se orientasen inicialmente a señalar la obligación ética de los esclavistas con el bienestar espiritual de sus esclavos (Brown, 2006: 350).

No obstante, la labor de Margaret será clave en el posterior desarrollo del compromiso abolicionista del clan. A su mano obedece la creación de un espacio de debate sobre la esclavitud en Barham Court. Por sus salas pasarán personalidades de la

talla de Thomas Clarkson, William Wilberforce o Equiano, que serán decisivas en la creación de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos. De la mezcla de las ideas abolicionistas planteadas en estos encuentros con el propósito evangelizador del grupo surge el plan de acción que será defendido dentro de la Iglesia anglicana por Beilby Porteus para promover la instrucción cristiana en las Indias Occidentales.

Los años que siguieron a la Guerra de Independencia llevaron al obispo anglicano a entender que el estado espiritual de los africanos en América era responsabilidad de los religiosos protestantes. Pese a que Porteus no contaba con la experiencia de Ramsay en materia esclavista, estaba familiarizado con la literatura abolicionista que hasta aquel momento se había publicado. La lectura de las atrocidades que los europeos venían cometiendo contra los esclavos negros produjo en el religioso un sentimiento de culpa que le instó a cumplir con el deber moral que, como representante del anglicanismo, había adquirido. De esta manera, Porteus recibe con entusiasmo las propuestas de Ramsay para mejorar el estado del africano en las colonias caribeñas. La importancia de este hecho no es baladí, pues significaba que finalmente un religioso bien situado en la jerarquía eclesiástica mostraba interés por las personas que estaban sometidas al yugo de la esclavitud (Brown, 2006: 353).

La posición de Porteus le permite así servirse de las instituciones anglicanas para promover una campaña más activa en favor del esclavo. Ejemplo de ello es el uso que hace de la *Society for the Propagation of the Gospel in Foreign Parts*, en cuya reunión de 1783 el obispo demanda medidas urgentes tanto contra las malas prácticas de los esclavistas, quienes se niegan a instruir al esclavo por consideran al hombre negro de manera similar a una bestia sin alma ni intelecto, como contra la pasividad de los religiosos, los cuales no cumplían con su labor de cristianización en las colonias americanas. Porteus reclama a sus inferiores que actúen como hiciese su maestro celestial, de quien subraya su compromiso “to relieve misery of every kind, and under every shape; and his chief attention was, agreeably to his declaration [...] bestowed on the most indigent, the most ignorant, the most helpless, and the most wretched of the human species” [de aliviar miserias de cualquier tipo, y bajo cualquier forma; y su principal consideración era, de acuerdo con su declaración [...] otorgada a los más indigentes, a los más ignorantes, a los más indefensos, y a la más miserable de las especies humanas] (1783: 385). Sin embargo, es consciente de la dificultad de la tarea, pues Porteus comprende la reticencia de los esclavos a abrazar la fe de sus opresores. Cualquier intento

por acercar la palabra de Dios a los africanos pasaba entonces por mejorar sus condiciones y proteger sus intereses en los territorios británicos de ultramar, de ahí que el obispo se sirva de las tesis planteadas por el clan de Teston para arengar a sus correligionarios. No obstante, pese a tan fervorosa exaltación, el obispo termina por llegar a la misma conclusión que Sharp cuando la élite eclesiástica muestra de nuevo escaso interés en promover un proyecto misionario para convertir a los africanos cautivos en el Nuevo Mundo en marzo de 1784. A pesar del avance de los grupos evangelistas, la Iglesia anglicana opta por mantenerse fiel a sus miembros europeos, así como defender sus intereses, y decide no emplear sus fuerzas en un trabajo titánico de conversión de unos seres que, al fin y al cabo, constituían los últimos peldaños del escalafón social (Brown, 2006: 357).

Frente a lo que hubiera podido esperarse, la preocupación de Porteus por la situación de los africanos no decae durante los años posteriores. Sin embargo, se produce una curiosa paradoja entre su discurso y sus acciones. Si bien en su correspondencia personal el obispo llega incluso a defender la emancipación general de los esclavos, su postura pública será de silencio absoluto en materia abolicionista. La promoción del cristianismo en las colonias significaba, como bien se da cuenta Porteus, evitar, eliminar e incluso negar la existencia de una agenda interna contraria a la esclavitud dentro de la Iglesia. De este modo, tras ser seleccionado como miembro de la diócesis de Londres en 1787, la autoridad que adquiere sobre los ministros protestantes en las posesiones del imperio británico en América le permite finalmente actuar en favor de los oprimidos. Así, tan solo unos meses después de su nombramiento, Porteus rompe su silencio oficial con el envío de una comprometida carta a los clérigos de las Indias Occidentales, en la que ordenaba el comienzo de la instrucción espiritual de los africanos (Brown, 2006: 361).

De esta forma, a pesar de su militancia anglicana, Porteus guarda una estrecha relación con los grupos evangélicos. No solo comparte con estos devotos cristianos su propósito evangelizador por tierras americanas, sino que coincide también en su interés por el estado espiritual del esclavo. Además, de igual manera que los miembros del clan de Teston, el obispo limita su esfuerzo abolicionista a la mejora de las condiciones de los africanos. Por ello, el análisis de su trayectoria religiosa arroja un compromiso de paternalismo cristiano más propio de los líderes evangelistas de la época que de las laxas posturas anglicanas respecto a los asuntos coloniales. La labor de ampliación de la esfera de influencia de la Iglesia de Inglaterra en el Nuevo Mundo, el obcecado empeño por

combatir el pecado y el intento por estrechar las relaciones entre los distintos estamentos de la jerarquía eclesiástica no se diferencian grandemente de las acciones acometidas por el proyecto reformista de John Wesley (Brown, 2006: 362).

No obstante, los limitados esfuerzos en materia esclavista de estos evangelistas adquieren cierta relevancia pública. La difusión de las ideas abolicionistas discutidas en Barham Court a través de los trabajos de sus miembros ayuda de forma extraordinaria a configurar un imaginario colectivo en torno a la esclavitud. Pese a que las distintas propuestas individuales no son especialmente reseñables dentro de la lucha contra la esclavitud, pues rebajan el listón fijado por los cuáqueros, vienen a completar el panorama literario abolicionista del momento. Claro ejemplo de ello son los ensayos de Ramsay. La menor importancia del contenido abolicionista en estos trabajos, que siguen la mesurada línea del clan de Teston, permite acercar la esclavitud a la audiencia más moderada. La autoridad que supone narrar la esclavitud desde la experiencia propia probó ser vital a la hora de despertar la atención de los lectores ingleses en la búsqueda de evidencias empíricas al margen del combate ideológico que se estaba produciendo entre la intelectualidad. De esta manera, el mayor logro de los grupos evangélicos consistió en contradecir los discursos oficiales de los círculos de poder británico al destapar, desde una postura ética, los abusos y la inmoralidad de la esclavitud en las colonias americanas. El revuelo generado en las calles del país a medida que el público británico fue conociendo la realidad colonial puso contra las cuerdas a los esclavistas. Por primera vez los agentes implicados en la sumisión de los esclavos no pudieron justificar moralmente la esclavitud, lo que generó la inmediata necesidad de buscar nuevos argumentos con los que defenderla (Brown, 2006: 366).

La rápida defensa de la esclavitud por parte de los intereses coloniales se produjo en términos económicos. Para ello, intentaron hacer partícipe al ciudadano de a pie exponiendo el alcance que tendría la abolición de la esclavitud en su día a día. Por ello, el primer argumento consistió en explicar la dependencia comercial y la necesidad de mantener la institución esclavista para sustentar el tejido empresarial de la nación. Seguidamente, se ampararon en el sacrosanto derecho a la propiedad privada de los colonos, los cuales se verían perjudicados en extremo de producirse una manumisión general de la población negra. Por si fuera poco, intentaron equiparar la dureza de la situación del trabajador inglés con la del esclavo, defendiendo que, frente a la desprotección que sufre la clase más pobre del país, el africano cuenta con la ayuda tanto

económica como espiritual que le ofrece el amo. De este modo, como indica Brown, “the West Indian interest owed its political strength in part to the tendency within the British Isles to view the slave system as a necessity, even as doubts festered about its justice and virtue. The exploitation of slave labor remained secure as long as it escaped close questioning” [los intereses caribeños debían su fuerza política en parte a la tendencia a ver el sistema esclavista como una necesidad dentro de las islas británicas, incluso cuando surgían dudas sobre su justicia y ventajas. La explotación de esclavos como mano de obra estaba asegurada en tanto que consiguiese librarse de un análisis pormenorizado] (2006: 368).

Con el fin de desviar la atención pública, el sector esclavista orquesta un ataque contra la persona de Ramsay. Frente los trabajos de cualquier otro autor, la producción del clérigo expone abiertamente las particularidades de la sociedad colonial en las Indias Occidentales. Terminar con la planificada ignorancia que había mantenido la esclavitud caribeña al margen de la ciudadanía británica tuvo un alto precio personal para Ramsay. El descrédito de su obra pasó por la difamación de su reputación, pues los agentes favorables a la esclavitud entendieron que la mejor defensa consistía en cuestionar su figura para invalidar la experiencia narrada por el religioso. Al calor de esta disputa entre Ramsay y los esclavistas aparecen numerosas publicaciones orientadas a apoyar o refutar la veracidad de sus obras. La ferocidad que adquiere el ataque al clérigo de 1785 a 1787 da cuenta del nerviosismo que Ramsay había suscitado entre aquellos individuos involucrados en el negocio esclavista. No obstante, Ramsay no sucumbe ante la presión y presenta batalla anulando una por una las pruebas lanzadas contra su persona, tal y como se observa en su tratado *Objections to the Abolition of the Slave Trade with Answers* [*Objeciones a la abolición del comercio de esclavos con respuestas*] de 1788. Pese a ello, el envite esclavista logra reducir el impacto de una amplia ofensiva contra la institución al hacer de Ramsay el objetivo principal. Minimizar la sangría se convierte así en la prioridad de los esclavistas, pues la cuestión no residía ahora en considerar la necesidad de cambios en el sistema colonial, sino en definir qué cambios debían producirse para acallar a la opinión pública (Brown, 2006: 372).

Sin embargo, la identificación de Ramsay con el enemigo a abatir convierte la cruzada abolicionista en un asunto personal para el clérigo. De este modo, mientras oponía resistencia a los ataques esclavistas entre 1785 y 1787, Ramsay contrataca solicitando públicamente una investigación de la trata de esclavos. A pesar de que estas

peticiones son similares a las presentadas por los cuáqueros en esas mismas fechas, Ramsay establece la senda que deben tomar las futuras averiguaciones. Para ello, el religioso se centra en acumular datos y evidencias de todos los aspectos del comercio, desde el número de barcos y tripulación a bordo, hasta los métodos empleados para conseguir esclavos en África y las condiciones de la travesía atlántica. De esta manera, Ramsay anticipa la estrategia que permitiría a la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos acabar con el comercio de esclavos una década más tarde (Brown, 2006: 376).

Además, la figura de Ramsay convertiría Barham Court en lugar de peregrinaje obligado para aquellas personas comprometidas con la causa abolicionista en Inglaterra. Atraído por la labor del clan de Teston, Thomas Clarkson acudiría a la mansión invitado por el clérigo en 1786. La publicación de *Essay on the Slavery and Commerce of the Human Species* [*Ensayo sobre la esclavitud y el comercio de la especie humana*] pone en contacto a los dos abolicionistas a través de James Phillips, impresor de ambos. Para la creación de su ensayo sobre la legitimidad de esclavizar individuos en contra de su voluntad Clarkson bebió de fuentes como Benezet, cuya obra *Historical Account of Guinea* [*Informe histórico de Guinea*] serviría al joven estudiante de punto de partida para su estudio. No obstante, Clarkson queda sorprendido ante la cantidad de literatura antiesclavista que por aquel momento salía de la imprenta del cuáquero. De este modo, la curiosidad por conocer a los autores de estas obras lleva a Clarkson a interesarse por la tarea abolicionista del clan, una labor de la que pronto pasaría a ser parte fundamental. Sería alrededor de la mesa de la mansión en la que se reunía el clan de Teston donde, ese mismo año, tras una larga conversación con Ramsay y Charles Middleton, Clarkson abandone la idea de tomar los hábitos y decida dedicar su vida a la causa del africano (Thomas, 2006: 492).

A partir de ese momento, las reuniones se centrarían en llevar a la práctica la agenda abolicionista del grupo. Para ello, Margaret Middleton le sugiere a su marido que presente un proyecto de ley en contra de la esclavitud en la Cámara de los Comunes. Charles Middleton, consciente de sus limitaciones como orador, descarta de inmediato presentar la solicitud. Sin embargo, Charles pronto busca entre los parlamentarios al candidato idóneo. El joven diputado por Yorkshire, William Wilberforce, que por aquel entonces se hallaba sumido en una crisis de fe, llama rápidamente su atención. Las dotes retóricas, así como su fuerte religiosidad de corte evangélico, fueron las dos cualidades

que llevaron a Charles a postular como candidato idóneo para la lucha parlamentaria a Wilberforce. Como sabemos, el tiempo daría la razón a Charles, pues la excepcional personalidad de Wilberforce probó ser la combinación ganadora para el abolicionismo (Brown, 2006: 377).

La misión abolicionista del clan de Teston, sin embargo, no fue tarea fácil para Wilberforce. El entusiasmo religioso que distinguía a los evangelistas no era del agrado de gran parte de la sociedad. Mientras que la Iglesia anglicana promulgaba una fe moderada y de carácter racional, los grupos reformistas destacaron por defender la incursión total de la palabra de Dios tanto en el ámbito privado como en la esfera pública. De este modo, durante los primeros años de la lucha abolicionista en Inglaterra, cualquier aristócrata o personalidad influyente que abrazase las tesis evangelistas se convertía de inmediato en objeto de burla y escarnio social, a la vez que perdía toda credibilidad posible. La valentía de Wilberforce en reconocer su conversión al evangelismo tras un viaje junto al reverendo Isaac Milner por Europa sacaría de la marginalidad a las nuevas confesiones protestantes. Su cargo como parlamentario por la mayor circunscripción del país, así como su estrecha amistad con el primer ministro del momento, William Pitt (apodado *el Joven* para distinguirlo de su padre y también primer ministro William Pitt *el Viejo*), dotarían de visibilidad y respetabilidad a los seguidores de esta fe. Imitando el ejemplo de Wilberforce, distintos personajes de la alta sociedad británica, como la afamada escritora Hannah More, hacen pública su nueva religiosidad. De este modo, tanto la conversión al metodismo de More después de conocer a John Newton en 1787, como el reconocido “despertar” de Wilberforce en 1785 tras la lectura de la obra del clérigo puritano Philip Doddridge *The Rise and Progress of Religion in the Soul* [*El despertar y evolución de la religión en el alma*] durante su gira europea, ayudarían a situar finalmente al evangelismo en los círculos de poder (Brown, 2006: 381).

No obstante, la labor de John Newton no se limita a la conversión de More al evangelismo. La dificultad de actuar en todo momento conforme a las estrictas directrices cristianas y mantener una imagen pública levanta serias dudas en Wilberforce una vez que adopta los postulados evangelistas. Es entonces cuando Newton, antiguo capitán e inversor del comercio esclavista reconvertido en clérigo defensor de las tesis abolicionistas, disipa las preocupaciones del joven político. Newton hace ver a Wilberforce que el activismo político no se opone a sus convicciones espirituales, pues ofrece una gran oportunidad para extender el bien en el mundo. La obligación de obrar

de forma cristiana deja entonces de ser un obstáculo entre los evangelistas para convertirse en una ventaja dentro de la lucha abolicionista. De esta manera, el compromiso social que promueve Newton dentro de la fe evangelista sería el responsable de la materialización de la agenda activista contraria a la esclavitud del clan de Teston. Además, es necesario señalar que la contribución de Newton a la causa africana no se produce únicamente de forma indirecta, pues el religioso realiza un ataque directo a la institución esclavista con la publicación de su obra, *Thoughts upon the African slave trade* [*Reflexiones sobre el comercio de esclavos africano*], en 1788 (Olusoga, 2021: 214).

Disipado el dilema espiritual, Wilberforce atiende a una velada organizada por Bennet Langton, un terrateniente de Lincolnshire conocido por su virtud evangelista, durante la primavera de 1787. Es allí donde, rodeado de simpatizantes antiesclavistas, Wilberforce propondrá la idea de crear la comisión que dará lugar a la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos (Brown, 2006: 359). No obstante, las diferencias afloran desde el primer momento en la recién formada Sociedad. Frente a la postura de Sharp y Ramsay en favor de la inclusión de la abolición en los objetivos del grupo, Clarkson y los cuáqueros propondrían lidiar primero con la trata de esclavos. Clarkson entendía que el fin del comercio esclavista llevaría aparejada la abolición a corto plazo, si bien sus consecuencias en la vida de los esclavos serían inmediatas. La imposibilidad de adquirir mano de obra africana que supliese las bajas en las plantaciones coloniales forzaría a los dueños a proporcionar un mejor trato a sus esclavos. Además, Clarkson convence a los integrantes de la Sociedad de que una campaña a favor de la liberación total de los esclavos supondría un esfuerzo titánico, pues la reticencia de las élites sería aún mayor dada la cantidad de intereses económicos en juego. De esta forma, se acuerda finalmente rebajar el objetivo del grupo y se acepta la propuesta más realista de Clarkson y los Amigos (Thomas, 2006: 492).

Se observa así que los integrantes evangelistas juegan un papel decisivo en la formación y el posterior desempeño de la Sociedad. Así, en el año de la creación del grupo, tenemos ya a Clarkson, Wilberforce y More trabajando activamente por el fin de la trata de esclavos. Clarkson sería el encargado de hacer acopio de evidencias sobre las que sostener la batalla parlamentaria, de ahí que durante los siguientes años se dedique a recorrer la nación en búsqueda de testimonios y pruebas que den prueba de la barbarie del comercio negrero. Wilberforce empezaría recabando apoyos y firmas entre la población para elevar el caso a las instituciones. More, por su parte, se centraría más en

el terreno ideológico y espiritual, y en su obra, *Thoughts on the Importance of the Manners of the Great* [*Reflexiones sobre la importancia de los modales de los grandes*], de 1788, concreta los pilares del credo evangelista (Brown, 2006: 386).

De este modo, la irrupción de los grupos evangélicos en la causa abolicionista iniciada por la Sociedad de Amigos marca un antes y un después en la lucha contra la esclavitud. El establecimiento de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1787 conseguiría aunar los esfuerzos de diferentes individuos y comunidades por la causa del africano en un movimiento nacional sin precedentes hasta la fecha. La intuición de los cuáqueros, que llevó a la apertura de la campaña antiesclavista a personas de distintas confesiones, demostró ser un acierto rotundo. El tándem Clarkson-Wilberforce trabajó de manera incansable y los primeros frutos de su labor no tardarían en llegar. Por un lado, la determinación de Clarkson le llevó a dar con las evidencias y los informantes adecuados incluso en las situaciones más comprometidas —en una ocasión, su guardaespaldas le saca de una emboscada organizada en el muelle para acabar con su vida—. Además, sus amistades con altos cargos de la nación, desde oficiales del ejército hasta el propio primer ministro, le granjearon acceso a documentos clasificados y datos sensibles, entre los que se encontraban las cifras de aduanas que ayudaron finalmente a conocer el alcance real de la trata. La agitación social producida en Londres a raíz de sus descubrimientos llevó a la creación de un comité del Consejo Privado del país, formado por asesores del Gobierno, para investigar los particulares de la trata de esclavos en febrero de 1788 (Thomas, 2006: 492).

Por otro lado, Wilberforce se pone en contacto con los políticos más receptivos a las ideas abolicionistas para dar comienzo a la cruzada antiesclavista en el Parlamento. De este modo, de las conversaciones con su amigo el diputado por Oxford, sir William Dolben, sale el primer éxito legal de la Sociedad. Instigado por Wilberforce, Dolben lleva a cabo una inspección oficial de los barcos amarrados en el Támesis destinados al comercio de esclavos. La vista de las cadenas, la falta evidente de espacio y las malas condiciones higiénicas que imaginó que sufrirían los africanos durante la travesía atlántica, horrorizaron a Dolben. Así, pese a que los dos representantes políticos eran conscientes de que una petición para acabar con la trata de negros no contaba con los apoyos necesarios para salir adelante en el Parlamento, Dolben se convenció de que el transporte de esclavos debía ser regulado. En 1788, el diputado por Oxford presentaría a título individual un proyecto de ley ante los miembros del Parlamento con el fin de reducir

el número de esclavos a bordo de los barcos negreros, así como la necesidad de contar con un médico entre la tripulación y un registro de la mortalidad, que fue ratificado en una primera votación para sorpresa de Wilberforce (Olusoga, 2021: 2014).

Si bien algunos abolicionistas mostraron su disconformidad con una ley que, según entendían, no venía sino a legitimar legalmente aún más el comercio de esclavos, los Hijos de África celebraron la medida como el primer paso dado en el buen camino. Por ello, sus integrantes escriben una carta agradeciendo a Dolben su “benevolent law [...] by which the miseries of our unhappy brethren, on the coast of Africa, may be alleviated” [benevolente ley [...] por la cual las miserias de nuestros infelices hermanos, en la costa de África, puedan ser aliviadas] (Olusoga, 2021: 221). La misiva, que también expresaba la esperanza de un mayor compromiso abolicionista que diese fin al sufrimiento de los africanos, fue firmada por seis miembros del grupo, entre ellos, Cugoano (Olusoga, 2021: 221).

No obstante, la labor de Wilberforce no se detuvo aquí. En mayo de 1789, amparado por la seguridad de las pruebas reunidas por Clarkson, el representante parlamentario de Yorkshire pronunció su primer discurso en contra de la trata de esclavos en la Cámara de los Comunes. A partir de ese momento, y hasta la abolición del comercio esclavista a principios del siglo diecinueve, Wilberforce liderará la campaña política en favor del abolicionismo dentro del Parlamento. Así, en 1791, año en que dejamos de tener noticias de Cugoano, Wilberforce presentará ante sus colegas el primero de muchos proyectos de ley para acabar con la trata de esclavos. Desafortunadamente, la propuesta esta vez no corre la misma suerte que la medida de Dolben (Olusoga, 2021: 221).

A pesar de la derrota, el abolicionismo había llegado a Inglaterra para quedarse. De los doce fundadores de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos, la lucha contra la esclavitud crece de manera exponencial. El número de socios que colaboran con la Sociedad se dispara en los años siguientes y la causa del negro recibe por fin un apoyo social multitudinario. Sin embargo, este logro no hubiera sido posible sin el trabajo previo que realizan los diferentes grupos religiosos del país, los cuales ponen al servicio de la campaña abolicionista un inestimable capital material y humano. La infraestructura de estos grupos permite a la Sociedad establecer una compleja red de comités locales y activistas que llegó a todos los puntos de la geografía inglesa. Con el propósito de acabar con la trata de esclavos, los primeros socios se embarcaron en una campaña de instrucción y concienciación pública hasta entonces desconocida. Para ello, se utilizaron las iglesias

y centros sociales como lugares de reunión donde debatir el tema, se emplearon imprentas para publicar prensa y literatura abolicionista y se configuró un movimiento cultural del que Cugoano sería pieza fundamental. El éxito de esta empresa entre la ciudadanía permitió a la Sociedad servirse del apoyo popular como medio de presión política para lograr el ansiado objetivo. Olusoga nos ofrece una fiel descripción de la actuación del grupo cuando nos cuenta que “the most successful of the abolitionist gatherings became enormous events, attracting crowds tens of thousand strong, and at the end of the speeches there were always opportunities to sign petitions and to purchase abolitionist tracts, pamphlets and, increasingly, books as abolitionism spawned a new literary genre” [los encuentros de mayor éxito se convertían en grandes eventos, pues atraían decenas de miles de espectadores, y al final de los discursos siempre había oportunidad de firmar peticiones y adquirir panfletos, tratados y, cada vez más, libros abolicionistas en cuanto el abolicionismo engendra un nuevo género literario] (2021: 209-210).

Dentro de este nuevo género encontramos la producción de Cugoano. Tanto su narrativa, como *Thoughts and Sentiments* son producto de las circunstancias históricas de su tiempo. Como venimos repitiendo, el movimiento abolicionista se asentaría en Inglaterra con el establecimiento de la Sociedad para la Abolición de la Trata de Esclavos en 1787, casualmente el mismo año en que Cugoano presenta su obra más influyente. No obstante, la narrativa es también fruto de su tiempo, pues se sirve de la autobiografía para su propósito de denuncia, tal y como será habitual a partir de entonces en las narrativas de esclavos posteriores²⁵⁸. La integración de la narrativa en *Thoughts and Sentiments* no es gratuita, sino que se produce hábilmente en función del propósito al que obedecen ambos textos. Así, la narrativa vendrá a sostener la demanda de acabar con la trata de esclavos y la inmediata liberación de los africanos en las colonias británicas, defendidas por Cugoano en *Thoughts and Sentiments*, mediante la seguridad que aporta el testimonio de su experiencia como esclavo. De este modo, se presentan en la narrativa descripciones detalladas de las circunstancias en que son capturados, transportados y vendidos muchos africanos, así como de las escenas de crueldad que se producen contra los esclavos negros de manera habitual en las plantaciones (Olusoga, 2021: 210).

²⁵⁸ Entre estas narrativas posteriores destacamos la obra de *Equiano The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, Or Gustavus Vassa, The African* de 1789, que es considerada por muchos críticos como la primera narrativa verdadera dentro del género de las narrativas de esclavos. No obstante, del análisis aquí realizado se podría afirmar que, si bien no puede ser considerada con total seguridad como obra inicial del género, fija las características fundamentales que pasarán a recoger el resto de títulos que lo componen (Parra Alonso, 2017: 92).

Sin embargo, debido a la diferente naturaleza literaria de *Thoughts and Sentiments*, será necesario establecer una clara distinción con la narrativa a la hora de analizar sus particulares características. Los modelos narrativos de los que se sirve Cugoano para crear ambos trabajos distan grandemente en cada caso, de ahí que, aunque la narrativa pase a formar parte de su obra posterior, pasemos aquí a estudiar exclusivamente los géneros que influyen en el breve relato del escritor africano.

2.6.3. Factura genérica de la obra

Como sucede con estos primeros textos de escritores africanos en lengua inglesa, las obras de Cugoano toman forma a partir de los patrones literarios de la tradición europea. De este modo, la crítica se ha dado en buscar las similitudes que los trabajos de nuestro autor guardan con los textos más representativos de las corrientes de mayor popularidad en la época. Los resultados de la búsqueda son, hasta el momento, bastante limitados, pues los académicos han volcados sus esfuerzos fundamentalmente sobre *Thoughts and Sentiments*. No obstante, sus análisis de la obra nos ayudan a identificar el primer género que requiere consideración en la narrativa.

2.6.3.1. – Literatura abolicionista

Los lectores habituales de la época no tendrían duda en calificar *Thoughts and Sentiments* como un texto representativo del género de protesta abolicionista. Tanto en contenido, como en estilo, la obra maestra de Cugoano se acerca a los trabajos antiesclavistas publicados por los diferentes grupos religiosos implicados en la causa del africano. Por un lado, los argumentos recogidos para elevar el caso del esclavo negro ante la justicia no son novedosos, pues el autor expone sus ideas como refutación de las tesis esclavistas que habían servido para justificar la subyugación negra. Por otro, la prosa con que Cugoano advierte a su audiencia de los males de la institución es manifiesta heredera de los escritos de denuncia producidos desde el abolicionismo. El escritor conocía bien los textos del género, pues es fácil reconocer en las páginas de *Thoughts and Sentiments* la huella de algunos trabajos que Cugoano utiliza y adapta libremente. Sandiford, por ejemplo, identifica entre los títulos manejados por el autor la obra de Benezet *Some Historical Account of Guinea* de 1771 y el libro de Sharp *The Just Limitation of Slavery*:

In the Laws of God, Compared with the Unbounded Claims of the African Traders and British American Slaveholders publicado en 1776 (1988: 96). Ogude, por su parte, va a un más lejos cuando expone la deuda contraída por Cugoano con el famoso trabajo de Clarkson *An Essay on the Slavery and Commerce of the Human Species, Particularly the African* publicado en 1786. De acuerdo con el estudioso, el autor africano parafrasearía la obra del abolicionista inglés desde el propio título, partes del cual incorpora sin disimulo en el nombre de su trabajo, *Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of the Slavery and Commerce of the Human Species*. De este modo, no se tarda en encontrar pasajes del texto de Clarkson en *Thoughts and Sentiments* pues, como explica Ogude, “Cugoano makes use of arguments from Clarkson’s Essay and lifts or merely rearranges whole paragraphs from this influential book” [Cugoano hace uso de argumentos del ensayo de Clarkson y toma o meramente reorganiza párrafos enteros de este influyente libro] (1983: 123).

2.6.3.2. —Narrativas de esclavo

No obstante, a la par que la crítica ha señalado la huella de la literatura abolicionista en *Thoughts and Sentiments*, los académicos también han subrayado el empleo consciente de los trabajos producidos hasta la fecha por otros autores angloafricanos en la obra. A la hora de ilustrar su particular defensa del africano ante los prejuicios culturales del hombre blanco sobre la población de color, Cugoano ensalza los nombres de James Albert y John Marrant como ejemplos que contravienen la manida inferioridad del hombre negro defendida por los sectores esclavistas occidentales. No obstante, esta escueta mención a sus compatriotas en las páginas de la obra no hace justicia a la verdadera influencia de los escritores angloafricanos en la producción literaria de Cugoano.

Si bien nuestro autor reconoce los méritos literarios de James Albert y John Marrant en *Thoughts and Sentiments*, lo cierto es Cugoano les debe más de lo que abiertamente admite. La lectura del relato autobiográfico donde el escritor africano nos cuenta su vida, y que constituye el texto de la narrativa, evidencia la estrecha relación del pasaje con la tradición de esclavos. El escueto relato de la vida de Cugoano comparte con las narrativas escritas por esclavos negros dos aspectos relevantes de su génesis. Por un lado, el particular empleo de la autobiografía sirve para dar forma al contenido del texto. Por otro, la naturaleza miscelánea de las fuentes que el autor utiliza como base para contar

sus vivencias contrasta con la homogeneidad de los tratados y ensayos que sostienen las obras puramente abolicionistas.

De este modo, es interesante notar que, pese a que tanto *Thought and Sentiments* como la narrativa forman parte de la tradición antiesclavista, su adhesión al género abolicionista no se produce en el mismo grado. Mientras que la primera obra de Cugoano se nutre del corpus de textos surgidos en defensa del negro y se asimila de forma premeditada al conjunto de obras abolicionistas de su tiempo, el análisis individualizado de la breve autobiografía arroja conclusiones dispares. A pesar de que el eco de los argumentos que apoyaban la causa del esclavo resuena a lo largo de la breve narrativa, la influencia de los primeros trabajos literarios escritos por autores angloafricanos, que sirven de modelo para su creación, distancia la autobiografía de los textos antiesclavistas y apoya la adhesión del relato al género de las narrativas de esclavos. Ogude defiende esta postura cuando establece una distinción clara entre *Thoughts and Sentiments*, obra que dice ser “first and foremost an anti-slavery tract” [primero y ante todo un tratado antiesclavista], y la narrativa, de la cual explica que “it follows the pattern already set by Gronniosaw and presents its author as a living witness of the enormity of the evils of slavery” [sigue el patrón ya establecido por Gronniosaw y presenta a su autor como un testigo vivo de la magnitud de los males de la esclavitud] (1983: 121).

No obstante, la presencia de esta literatura de protesta es innegable, tal y como se observa cuando Cugoano expone los motivos de su cautiverio como un mal derivado de la trata de esclavos al más puro estilo abolicionista. Según nuestro autor, serían los distintos intereses económicos esclavistas los responsables del sufrimiento de la raza negra a través de un comercio en el cual, explica, tanto europeos como africanos están involucrados. En este sentido, Cugoano afirma que “I must own, to the shame of my own countrymen, that I was first kidnapped and betrayed by some of my own complexion, who were the first cause of my exile, and slavery; but if there were no buyers there would be no Sellers” [debo admitir, para vergüenza de mis propios paisanos, que primero fui raptado y traicionado por algunos de mi misma compleción, que fueron el motivo principal de mi exilio, y esclavitud; pues de no haber compradores no habría vendedores]. Además, es necesario señalar que el autor africano relata su experiencia vital con el objetivo último de sumar su testimonio a las voces de protesta del movimiento cultural surgido en torno al abolicionismo británico, de ahí que Cugoano refute en la narrativa muchos los alegatos esclavistas occidentales, como la crueldad del sistema esclavista en

su tierra natal y, al mismo tiempo, aporte su opinión en favor de la causa del negro. De este modo, el escritor sostiene “but I may safely say, that all the poverty and misery that any of the inhabitants of Africa meet with among themselves, is far inferior to those inhospitable regions of misery which they meet with in the West-Indies, where their hard-hearted overseers have neither Regard to the laws of God, nor the life of their fellow-men” [pero puedo decir con seguridad, que toda la pobreza y miseria en que cualquiera de los habitantes de África se ve envuelto, es muy inferior a la de aquellas inhóspitas regiones de miseria con que se topan en las Indias Occidentales, donde los duros capataces ni guardan las leyes de Dios ni la vida de sus semejantes].

Sin embargo, aun considerando las manifiestas semejanzas entre la literatura antiesclavista y la narrativa, no podemos catalogar el relato de Cugoano como texto abolicionista. Como se observa, los pasajes donde Cugoano participa del debate antiesclavista de la época no se desarrollan como venía siendo habitual en los textos característicos del abolicionismo. Estos extractos se recogen en la narrativa a modo de apunte vital, un hecho que vuelve a situar al relato a la zaga de las obras de los escritores negros que aquí venimos estudiando. El sello abolicionista de *Thoughts and Sentiments* se disuelve así en la narrativa dentro de la maraña de vivencias que constituyen el relato autobiográfico de Cugoano, modeladas de forma evidente conforme a los textos del género de esclavos. En este sentido, Ogude indica que “quite apart from [...] verbal echoes from Ramsay and others, some of his experiences appear to derive from the *Narrative of James Albert*” [dejando al margen [...] las resonancias verbales de Ramsay y otros, parte de su experiencia parece derivarse de la *Narrativa* de James Albert] (1983: 124).

Pese a ello, si bien la narrativa no puede ser considerada estrictamente una obra abolicionista, la manipulación consciente de los anteriores relatos de esclavos aquí recogidos que realiza Cugoano en su autobiografía sí que obedece a la causa antiesclavista. Como bien explica Rafia Zafar en su libro *We wear the Mask. African Americans Write American Literature, 1760-1870*, en la obra del africano la “autobiography is shaped somewhat by the dictates of abolitionist discourse —white colleagues were likely to urge him to divulge details of his early life in Africa, the horrific treatment of the captives during the Middle Passage, the way slaves were treated in colonial America, and so forth—” [autobiografía se configura de alguna manera conforme a los dictados del discurso abolicionista —compañeros blancos que seguramente le

urgirían a divulgar los detalles de los primeros años de su vida en África, el terrible trato de los cautivos durante la travesía atlántica, la manera en que los esclavos eran tratados en la América colonial, y así en adelante—] (1997: 92). De esta manera, aunque que la idiosincrasia de la narrativa no diste notablemente del resto de títulos que componen el género de esclavos, el logro de Cugoano consiste en escribir la primera narrativa de esclavos al servicio de los intereses del hombre negro. Esta novedosa propuesta será clave en la comprensión del posterior desarrollo de las letras angloafricanas, pues marcará desde su aparición el rumbo de las siguientes obras del género, tal y como ocurre en *The Interesting Narrative* de Equiano, publicada por Equiano tan solo dos años después de *Thoughts and Sentiments*²⁵⁹.

En este sentido, cualquier posible crítica entreverada en las páginas de las primeras narrativas del género sale a la luz en el escueto relato de Cugoano. El carácter reivindicativo de la narrativa será la diferencia más notable respecto a los textos que originalmente integran el corpus producido por autores esclavos. De esta forma, la literatura de protesta manifiesta su importancia dentro de la obra del africano y reclama el lugar que le corresponde dentro del acervo de tradiciones que tienen reflejo en la narrativa. No es casualidad entonces que Paul Edwards y David Dabydeen concluyan su análisis del relato señalando que “Cugoano shows a more overt and assertive black radicalism than anything that can be seen in such contemporaries as Hammon, Gronniosaw and Sancho” [Cugoano muestra un radicalismo negro más abierto y tajante que cualquier otra cosa que puede verse en contemporáneos como Hammon, Gronniosaw y Sancho] (2007: 39).

2.6.3.3. — Relatos de aventuras marinas

Si bien el género abolicionista ha venido determinando los acercamientos críticos hacia la narrativa de Cugoano hasta el momento, su influjo no es exclusivo en la obra. Ciertamente es

²⁵⁹ Es este carácter abolicionista el que llevó a muchos estudiosos a postular el nacimiento del género de las narrativas de esclavos con la publicación de la obra de Equiano, pues los posteriores textos que lo integran no presentan la variedad formal de las primeras producciones africanas en lengua inglesa y siguen a pies juntillas tanto el patrón compositivo como el propósito antiesclavista consolidado en *The Interesting Narrative*. Esta combinación fijaría las mencionadas características comunes que serían repetidas hasta la saciedad por los sucesivos autores, las cuales han sido sistematizadas con gran acierto y exactitud por James Olney en su artículo «‘I Was Born’: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature» en seis puntos generales con doce subapartados (Davis y Gates Jr., 1985: 152-153).

que la falta de un análisis pormenorizado de los géneros y las obras que dejaron su impronta en el breve relato de Cugoano complica cualquier aproximación orientada a comprender la variada génesis del texto más allá del género de protesta antiesclavista. Sin embargo, como buen relato de esclavos, sabemos que la narrativa se nutrió de otras tendencias literarias relevantes para la época. Entre estas tradiciones, llama la atención el uso que hace Cugoano de los relatos de aventuras marinas. No obstante, resulta curioso observar que la impronta del género marino en la obra del escritor africano no procede únicamente de los relatos que tratan exclusivamente de aventuras oceánicas. Además de los títulos más representativos del género por aquellas fechas, entre los que destacan *The Life, Adventures & Piracies of the Famous Captain Singleton* [La vida, aventuras y piraterías del famoso capitán Singleton] de Daniel Defoe, publicada en 1720, o *A General History of the Pyrates* [Una historia general de los piratas], que vio la luz en 1724 bajo el pseudónimo de Captain Charles Johnson, Cugoano se sirve de textos de otras tradiciones que recogen lances en alta mar como modelos para la narrativa.

Aunque la labor de identificación de las posibles obras que sirvieron de inspiración al escritor africano a la hora de escribir su autobiografía ha sido eclipsada por el interés suscitado en torno a la factura abolicionista de *Thoughts and Sentiments*, el cotejo de las similitudes que presentan algunos textos de distinta clasificación genérica con la narrativa arroja indicios de gran utilidad para nuestro estudio. El hecho de que Cugoano sea consciente de que su narrativa continúa la tradición iniciada por Briton, Arthur o James Albert, facilita enormemente el establecimiento de parentescos literarios con la obra por dos motivos. Por un lado, los trabajos del género de las narrativas de esclavos recogían ya distintos episodios marinos. De esta manera, la primera tarea consistirá en examinar cualquier tipo de semejanza existente entre los lances marinos de la narrativa y los episodios navales recogidos en las páginas de sus predecesores. Por otro, el análisis de la factura genética propuesto para las primeras narrativas ayudará a entender en qué otros géneros podemos encontrar obras de potencial repercusión en la autobiografía.

De forma similar a como sucede en las primeras obras del género de esclavos, la vida de Cugoano está estrechamente ligada al mar. Si bien los incipientes escritores negros explotan estos episodios oceánicos desde diferentes intereses, la importancia de las aventuras marinas en la narrativa es capital toda vez que el relato de su experiencia a bordo del barco sirve para comprender tanto la vida de Cugoano como el propósito de la

obra. Al igual que James Albert, nuestro joven autor es secuestrado y transportado al Nuevo Mundo sin conocimiento de sus parientes. Además, cuando hacen mención a sus seres queridos, ambos escritores los sitúan entre la élite de su país, un estamento al que ellos también pertenecen. Pese a tan afortunada circunstancia, pronto comprobarán que la travesía oceánica no solo tendrá la capacidad de alterar las coordenadas geográficas de su mundo, sino que modificará de igual modo cualquier tipo de memoria social africana previa. La separación de familiares y conocidos, así como su nueva posición de esclavos, constituirá un trauma mental agravado, la mayoría de las veces, por las torturas físicas. En este sentido, Thomas hace énfasis en la completa falta de consideración occidental hacia la persona e identidad del africano pues, al margen de la violencia empleada durante el viaje, “slaves were drawn not only from all parts of Africa but from all classes within the different peoples, including the highest” [los esclavos eran obtenidos no solo de todas las partes de África, sino de todas las clases dentro de las distintas poblaciones, incluida la más elevada] (2006: 397).

Sin embargo, mientras que Cugoano imita a James Albert a la hora de incluir la travesía atlántica en su relato, las diferencias son evidentes a la hora de describir la experiencia a bordo del barco. Pese a que en las narrativas de los dos autores africanos no son muchos los detalles proporcionados sobre el pasaje, la agradecida actitud de James Albert contrasta con el resentimiento de Cugoano. Es verdad que James Albert tenía motivos para narrar tan desgarrador viaje en términos positivos, pues el africano evita la muerte *in extremis* tras ser comprado por el capitán de la embarcación que le llevaría a América. Además, es durante el viaje que James Albert se acerca a la palabra de Dios, un hecho que marcaría al esclavo hasta el momento en el que rememora sus vivencias. Pese a ello, el sentir general del resto de africanos transportados a las plantaciones coloniales no parece coincidir con tal optimismo. De esta forma, Ryan Hanley explica en su artículo «Calvinism, Proslavery and James Albert Ukawsaw Gronniosaw» que, si bien “Gronniosaw’s Middle Passage was the scene of the Narrative’s arguably most impactful scene, in which a trope was introduced which that reverberated through much of the black writing of the next 40 years, in autobiographies published by [...] Cugoano in 1787, Equiano in 1789 and John Jea, c.1816” [la travesía atlántica de Gronniosaw puede decirse que era la escena más impactante de la Narrativa, en la que se introduce un tropo que reverberó a lo largo de gran parte de los escritos negros de los siguientes 40 años, en autobiografías publicadas por [...] Cugoano en 1787, Equiano en 1789 y John Jea,

alrededor de 1816], no comparte la dosis de realidad representada en el resto de narrativas (2014: 6).

La factura realista de la pintura realizada por Cugoano expone con maestría los miedos e incertidumbres generales de miles de hombres y mujeres negros durante la travesía a través de la particular experiencia del autor. Sin nadie a quien pedir auxilio, traicionado por sus propios compatriotas y a la espera de un futuro incierto, Cugoano pone finalmente rostro al sufrimiento que acompañaba al pasaje atlántico. De esta manera, el escritor africano entiende la importancia del episodio que James Albert recoge en su obra. Sin embargo, frente a la profundidad espiritual que rezuma la travesía de James Albert, Cugoano aboga por un sentimentalismo desgarrador, de ahí que reescriba la aventura desde la fidelidad de su doloroso recuerdo y dote al viaje de una nueva significación acorde de la demanda abolicionista de su obra. Así, leemos en la narrativa el momento en que los esclavos proceden a embarcar de la siguiente manera, “when a vessel arrived to conduct us away to the ship, it was a most horrible scene; there was nothing to be heard but the rattling of chains, smacking of whips, and the groans and cries of our fellow-men. Some would not stir from the ground, when they were lashed and beat in the most horrible manner” [cuando llegó un navío para llevarnos al barco, se produjo la escena más aterradora; no se escuchaba nada más que el ruido de las cadenas, el sonido de los látigos, y los quejidos y los gritos de nuestros semejantes. Algunos ni se movían del suelo cuando los azotaban o golpeaban de la forma más horrible]. Los extremos de violencia recogidos en el testimonio de Cugoano sorprenderían al lector familiarizado con la obra de James Albert. No obstante, los documentos que los abolicionistas presentarían ante el Parlamento británico durante esos años sobrepasarían con creces el comedido relato de Cugoano en la narrativa, pues como señala Thomas, a pesar de las corrientes éticas y filosóficas de la época, “the eighteenth century was a violent age; human life was not held in much respect” [el siglo dieciocho fue una edad violenta; no se tenía en mucha estima la vida humana] (2006: 416).

Cualquier miramiento hacia el esclavo venía determinado por el mayor beneficio que una buena apariencia y un aspecto saludable proporcionaban en los mercados humanos del Nuevo Mundo. De esta manera, existían momentos cruciales durante la travesía que requerían especial atención por parte de los negreros si se quería garantizar el mejor rendimiento económico posible. Jacques Savary, un comerciante y teórico

francés, identifica en su obra *Le Parfait Négociant*, de finales del siglo diecisiete, el instante más comprometido para los tratantes cuando les advierte de que,

“from the moment that the slaves are embarked, one must put the sails up. The reason is that these slaves have so great a love for their country that they despair when they see that they are leaving it for ever; that makes them die of grief, and I have heard merchants who engage in this commerce say that they die more often before leaving the port than during the voyage. Some throw themselves into the sea, others hit their heads against the ship, others hold their breath to try and smother themselves, others still try to die of hunger from not eating, yet, when they have definitely left their country, they begin to console themselves” [desde el momento en que los esclavos son embarcados, se deben izar las velas. La razón es que estos esclavos le tienen un amor tan grande a su tierra que se vuelven locos cuando ven que la dejan para siempre; lo que les mata de dolor, y yo he escuchado a mercaderes que participan de este comercio decir que los esclavos mueren con más frecuencia antes de dejar el puerto que durante el viaje. Algunos se tiran al mar, otros se golpean la cabeza contra el barco, otros aguantan la respiración e intentan asfixiarse, otros incluso tratan de morir de hambre dejando de comer, pero, cuando definitivamente han dejado su tierra, empiezan a consolarse] (Thomas, 2006: 409-410).

El relato de Cugoano parece dar la razón al mercader francés, pues es durante los días que pasan cerca de la costa africana cuando los esclavos intentan dar fin a sus vidas. De esta forma, el escritor nos dice,

“when we were put into the ship, we saw several black merchants coming on board, but we were all drove into our holes, and not suffered to speak to any of them. In this situation we continued several days in sight of our native land; but I could find no good person to give any information of my situation to Accasa at Agimaque. And when we found ourselves at last taken away, death was more preferable than life; and a plan was concerted amongst us, that we might burn and blow up the ship, and to perish all together in the flames” [cuando nos metieron en el barco, vimos a varios mercaderes negros subir a bordo, pero nos llevaron a todos a nuestros huecos, y no pudimos hablar con ninguno de ellos. Estuvimos en esta situación durante varios días bajo la vista de nuestra tierra natal; pero no pude encontrar a ninguna persona buena que diese información alguna de mi situación en Agimaque a Accasa. Y cuando al final nos dimos cuenta de que nos llevaban, la muerte era preferible a la vida; y organizamos un plan entre nosotros para poder dar fuego y hacer estallar el barco, y perecer todos juntos entre las llamas].

No obstante, superada esta comprometida coyuntura, los documentos históricos demuestran que la tripulación concedía ciertas libertades a los africanos. Estas licencias, que sirvieron durante la lucha abolicionista para convencer tanto a la opinión pública como al Parlamento de la humanidad de los negreros cuando transportaban a los esclavos de una orilla a otra del Atlántico, no aparecen en la narrativa. Como bien sabía Cugoano, tales estratagemas no eran diseñadas para hacer más amena la travesía de los esclavos. Los momentos de esparcimiento buscaban únicamente mantener las fuerzas entre el cargamento humano y garantizar unas mínimas condiciones de salubridad en el barco. Cualquier otra excusa, como sucedía con la labor de cristianización en James Albert, se alejaba de la interesada realidad de la travesía. De esta forma, no sorprende que Cugoano no describa tales episodios en el breve relato, pues el escritor era consciente de su verdadero significado. Así, estos minutos de recreo, además de ser exclusivamente los estrictamente necesarios para asegurar la inversión pecuniaria realizada, iban encaminados a facilitar el trabajo de los marineros que los mantenían presos. En este sentido, Thomas identifica las prácticas habituales de entretenimiento a bordo permitidas a los esclavos negros y señala su real razón de ser cuando explica que “after eight days the ships would usually be out of sight of land, and the slaves would be allowed on deck. Great efforts were then made to maintain good spirits as well as good hygiene. Thus the captives would be organized in groups for the cleaning of the ship and required to sing while doing it” [después de ocho días los barcos normalmente se habían alejado de la costa, y se permitía a los esclavos a subir a cubierta. Se hacían grandes esfuerzos entonces para mantener altos los ánimos además de una buena higiene. Así, los cautivos eran organizados en grupos para limpiar el barco y se les mandaba cantar mientras lo hacían] (2006: 415).

Lamentablemente, como se desprende del testimonio de Cugoano, los esclavos pasaban la mayor parte del tiempo encadenados y hacinados en la bodega. El escaso espacio asignado a cada individuo desmontaría todo argumento pietista sobre el supuesto tratamiento humano del cargo un año después de la publicación de la narrativa. La maqueta a escala del barco esclavista *Brooks* encargada por Clarkson sería utilizada en la Cámara de los Comunes por Wilberforce para demostrar *in situ* ante los presentes el hueco que le correspondía a cada esclavo. Con ella se pretendía convencer visualmente a sus señorías de la situación denunciada por Dolben, quien describía acertadamente a los africanos dentro los barcos negreros como “crammed together like herrings in a barrel”

[apiñados como sardinas en lata]. Sería su proposición de ley en 1788, según vimos, la que concediese más espacio a los esclavos (Olusoga, 2021: 220).

Sin embargo, resulta obligado apuntar que, pese a las restricciones espaciales y la dureza del trato general recibido por los africanos durante la travesía, las condiciones del pasaje no eran iguales para ambos sexos. La superior fuerza física de los hombres suponía un peligro para la tripulación, lo que se tradujo en una estricta rutina de control de los esclavos. Como afirma Thomas, “female slaves were treated better than the men, not being chained. The reason for these arrangements was not only to prevent the male slaves from seducing the women but also that black women were often said to do what they could to urge the men to assert themselves and attack the crew” [las esclavas eran mejor tratadas que los hombres, al no ser encadenadas. El motivo para tales disposiciones no era solo prevenir que los esclavos sedujesen a las esclavas, sino también que con frecuencia se decía que las mujeres hacían lo que estuviese en sus manos para instar a los hombres a que se impusiesen y atacasen a la tripulación] (2006: 414).

La descripción que realiza Thomas de las diferentes medidas que se tomaban respecto a cada sexo coincide exactamente con lo experimentado por Cugoano a bordo del barco. Inmovilizados y bajo cubierta, los hombres esperaban normalmente ser liberados por las artimañas de las mujeres. No obstante, en el relato de nuestro autor, las esclavas no buscan ayudar a sus semejantes masculinos, sino que intentan acabar con el sufrimiento de todos los africanos quemando la embarcación conforme a la decisión secreta que habían tomado en común. De esta manera, leemos en la obra, que “the men were chained and pent up in holes” [los hombres estaban encadenados y reclusos en huecos] y que “it was the women and boys which were to burn the ship, with the approbation and groans of the rest” [eran las mujeres y los niños los que iban a dar fuego al barco, con la aprobación y gritos del resto]. Pronto comprobamos, sin embargo, que el plan es descubierto y Cugoano describe la represión como “a cruel bloody scene” [una cruel y sangrienta escena].

Llegados a este punto, cabe valorar los motivos del fracaso del plan orquestado por los africanos en la narrativa. En un ambiente opresivo, el instinto de supervivencia individual se impone con frecuencia a los principios y consideraciones morales. De este modo, cualquier posibilidad de aliviar la estancia a bordo llevaba a algunos esclavos a contravenir los intereses generales. Estos esclavos eran con frecuencia mujeres, las cuales gozaban de ciertos privilegios durante la travesía por acceder a mantener relaciones con

los miembros de la tripulación. Así, Cugano rememora el fracaso del plan señalando a los culpables, cuando nos dice que “we were betrayed by one of our own countrywomen, who slept with some of the headmen of the ship, for it was common for the dirty filthy sailors to take the African women and lie upon their bodies” [fuimos traicionados por nuestras propias mujeres, que se acostaban con algunos de los jefes del barco, ya que era común que los sucios y soeces marineros cogiesen a las mujeres africanas y yaciesen con sus cuerpos].

La desesperación que arrojaba a las mujeres a los brazos de los marineros europeos, así como la impotencia ante las prácticas violentas para manejar a los esclavos, convertían la travesía atlántica en una experiencia traumática para los africanos. La experiencia de crecimiento personal postulada por James Albert no se ajustaba a la realidad del viaje oceánico. Gracias a Cugoano, así como a los demás escritores africanos posteriores que siguieron su ejemplo, conocemos de primera mano tanto lo que sucedía a bordo como lo que sentían sus compatriotas. De este modo, se antojan acertados —si bien totalmente sesgados— los documentos de la época elaborados por agentes blancos que describían el pasaje oceánico indicando que, “once off the coast, the ship became half bedlam and half brothel” [una vez lejos de la costa, el barco se convertía en un manicomio y en un burdel a partes iguales] (Thomas, 2006: 416).

No obstante, el correlato occidental de la travesía atlántica postulado por autores anglosajones en sus trabajos literarios pudiera haber servido a Cugoano a la hora de organizar narrativamente sus recuerdos. En este sentido, además del modelo fijado en la obra de James Albert, es interesante realizar una breve comparativa de otras tradiciones que con seguridad dejaron su impronta en el género de las narrativas de esclavos y, por consiguiente, en el relato de nuestro autor africano. Un simple cotejo de los textos más representativos de los géneros literarios en boga durante aquellos años demuestra que era bastante habitual entre los escritores blancos incluir episodios marinos en sus obras. De este conjunto de obras, llama sorprendentemente la atención el notable paralelismo del realismo de las descripciones realizadas por Tobias Smollett en su libro *The Adventures of Roderick Random* [*Las aventuras de Roderick Random*] de 1748. La novela del escritor inglés narra en primera persona las peripecias de su protagonista, hijo de un noble casado con una mujer de clase baja, para intentar ganarse la vida cuando muere su madre y su padre queda incapacitado para cuidar de él por la pena. Si bien en la obra Roderick trabajará al servicio de diferentes amos y en distintos oficios, gran parte de la novela trata

de los episodios del personaje como ayudante de cirujano en alta mar. Son estos momentos los que revisten mayor coincidencia con la narrativa, pues de igual manera en que Cugoano describe las condiciones de los esclavos a bordo del barco negrero, Smollett hará lo propio con la situación de los enfermos en el navío en el que presta sus servicios. De esta manera, en el capítulo veinticinco leemos que, cuando Roderick acompaña al médico a suministrar las medicinas a los enfermos, el protagonista no da crédito a lo que ven sus ojos, pues nos dice que

“I was much less surprised that people should die on board, than that a sick person should recover. Here I saw about fifty miserable distempered wretches, suspended in rows, so huddled one upon another, that not more than fourteen inches space was allotted for each with his bed and bedding; and deprived of the light of the day, as well as of fresh air; breathing nothing but a noisome atmosphere of the morbid steams exhaling from their own excrements and diseased bodies, devoured with vermin hatched in the filth that surrounded them, and destitute of every convenience necessary for people in that helpless condition” [me sorprendía menos que la gente muriera a bordo, que un enfermo se recuperase. Aquí vi alrededor de cincuenta desgraciados miserables descompuestos, suspendidos en filas, tan amontonados unos con otros, que no tenían más de treinta y cinco centímetros cada uno entre la cama y las sábanas; y privados de la luz del día, al igual que de aire fresco; respirando nada más que la atmósfera nociva de los vapores malsanos que emanaban sus propios excrementos y cuerpos enfermos, devorados por los gusanos que vivían en la suciedad que los rodeaba, y destituidos de cualquier comodidad necesaria para la gente en tal indefensa situación].

No obstante, no es esta la única coincidencia entre ambas obras. De la misma forma que Cugoano denuncia en la narrativa las prácticas habituales de la trata de esclavos, Smollett arremeterá contra la corrupción presente en la marina británica. Por ello, a pesar de que el protagonista de la obra del escritor británico supera las pruebas de acceso al cuerpo marítimo con soltura, la falta de dinero y de contactos le hacen desistir de su propósito. No será entonces hasta que una leva le obligue a enrolarse en la marina que Roderick vea cumplido su sueño, el cual, en cualquier caso, queda finalmente sometido a los intereses de una élite corrupta e interesada. Así las cosas, el realismo y la crítica desplegados en el texto de Smollett hacen de su obra un claro representante de la novela picaresca inglesa, dos características que se hallan presentes en la narrativa de Cugoano²⁶⁰. De este modo, si bien consideraremos la huella del género picaresco en

²⁶⁰ Juan Antonio Garrido Ardila defiende en *La novela picaresca en Europa, 1554-1753* que, “a pesar de

profundidad más adelante, las coincidencias entre ambas obras parecen reforzar la hipótesis de partida de este estudio al anticipar posibles conclusiones, a saber, la presencia de semejanzas entre las novelas españolas y las primeras narrativas de esclavos que parecen indicar un posible trasvase entre tradiciones.

Al margen de la influencia de textos de otros géneros donde tradicionalmente se relataban episodios en alta mar, faltaría por analizar la impronta dejada por los títulos que componen la categoría de aventuras marinas en sí dentro de la narrativa. Un rápido vistazo al corpus nos permite observar que los relatos que integran el género náutico eran referidos con frecuencia de manera realista y autobiográfica, algo que observamos, por ejemplo, en la *A General History of the Robberies and Murders of the most notorious Pyrates* [*Una historia general de los pillajes y asesinatos de los piratas más famosos*], publicada en 1724 bajo el pseudónimo de Captain Charles Johnson²⁶¹. Esta obra, dividida en dos volúmenes, contiene treinta y dos biografías de piratas —reales en la mayoría de los casos—, cuyas hazañas son reescritas por el autor con propósito literario. En una de estas biografías encontramos un pasaje que refiere un motín fallido a bordo de un barco, orquestado por un prisionero junto a los esclavos negros, muy similar al relatado por Cugoano en la narrativa. En él, el autor nos cuenta cómo Scudamore, el prisionero, intenta convencer al delator del plan para que participe en el levantamiento que había organizado junto al cargo humano,

“Mr. Child, (acquitted) depos’d, that in their Passage from the Island of St. Thomas, in the *Fortune Prize*, this Prisoner was several Times tempting him, into Measures of rising with the Negroes, and killing the *Swallow’s* People, shewing him, how easily the white Men might be demolished, and a new Company raised at Angola, and that Part of the Coast, for, says he, I understand how to navigate a Ship, and can soon teach you to steer; and is it not better to do this, than to go back to Cape-Corso, and be hanged and Sun-dryed? To which the Deponent replying, he was not afraid of being hanged, Scudamore bid him be still, and

que en Roderick Random se prescinde del lenguaje antifráscico y hampesco propio de la novela picaresca, su título remite al modelo picaresco, en «The Preface» se reconocen los modelos picarescos y el autor fue un avezado conocedor de la narrativa áurea española” (2009: 376).

²⁶¹ La falta de documentos que prueben la existencia de Charles Johnson ha llevado a los críticos a entender que el nombre se correspondería con un pseudónimo. Los intentos por descubrir al verdadero escritor de la obra han arrojado distintas hipótesis sobre la autoría. La teoría de J. R. Moore, que goza de mayor aceptación entre los académicos hasta la fecha, propone a Daniel Defoe como autor del texto. Sin embargo, las recientes investigaciones de P. N. Furbank y W. R. Owens plantean dudas sobre la asumida paternidad de Defoe. P. N. Furbank y W. R. Owens, *Defoe De-Attributions: A Critique of J. R. Moore’s Checklist*. Londres: Hambledon, 1994.

no Harm should come to him; but before the next Day-Evening, which was the designed Time of executing this Project, the Deponent discovered it to the Officer, and assured him, Scudamore had been talking all the preceeding Night to the Negroes, in Angolan Language” [el Sr. Child (absuelto) declaró, que al pasar frente a la isla de Santo Tomé, en el barco apresado *Fortune*, este prisionero intentó varias veces convencerle de que se alzase con los negros, y matar a la gente del *Swallow*, mostrándoles cuán fácilmente podían ser vencidos los blancos, y establecer una nueva compañía en Angola, y en esa parte de la costa, pues, dijo, yo sé cómo navegar un barco, y puedo enseñaros a manejarlo enseguida; ¿y no es mejor hacer esto, que volver a Cabo Corso, y ser colgados y secados al sol? A lo que el declarante contestó que no tenía miedo de que lo colgasen, Scudamore le pidió que se estuviese quieto, y no le pasaría nada malo; pero antes del anochecer del día siguiente, que era el momento convenido para ejecutar el plan, el declarante se lo contó a un oficial, y le aseguró que Scudamore había estado hablando toda la noche anterior con los negros, en idioma angoleño].

De esta manera, al igual que sucedería con las mujeres que descubren a la tripulación el complot para quemar el barco en la narrativa de Cugoano, el delator es premiado por su colaboración y es absuelto de su fatídica condena. Las coincidencias entre el relato del escritor africano y la obra de Charles Johnson nos muestran el notable conocimiento de Cugoano sobre el asunto tratado en los textos del género de aventuras marinas. El activismo abolicionista del escritor de la narrativa, así como su vocación literaria, se deja notar en las páginas de su escueta autobiografía, donde se muestra el alcance real del peligro que constituía la travesía atlántica para todas las personas implicadas en la trata. De este modo, además de las bajas entre los esclavos, derivadas de las inhumanas condiciones en que eran transportados, Cugoano no oculta el explosivo ambiente durante el trayecto, caracterizado por la nerviosa amenaza constante de detonación de las partes enfrentadas, que hacía de las embarcaciones negreras polvorines flotantes. En este sentido, Thomas reafirma la influencia de las aventuras marinas en la narrativa cuando corrobora lo expresado por Cugaono conforme a lo relatado por Charles Johnson al afirmar que “many deaths on slave journeys across the Atlantic derived from violence, brawls, and, above all, rebellions” [muchas muertes en los viajes esclavistas a través del Atlántico venían derivadas de la violencia, de las trifulcas, y, sobre todo, de las rebeliones] (2006: 422).

El otro relato marino que recogíamos para la comparativa, *The Life, Adventures & Piracies of the Famous Captain Singleton* escrito por Defoe en 1720, resume de manera

excepcional las consecuencias del frágil equilibrio instaurado por la fuerza a bordo de los barcos negreros. Sus páginas dan cuenta del mínimo hueco con el que contaban los esclavos en la bodega, que optimizaba el espacio aumentando la carga para obtener un mayor beneficio, de los planes de alzamiento contra la tripulación, así como de la ferocidad de los ataques o de las represiones llevados a cabo por ambas partes, los cuales coinciden una vez más con lo narrado por Cugoano durante sus aventuras en alta mar. Así, el modo en que el escritor angloafricano explica cómo los esclavos son transportados en la narrativa dentro de “our holes” [nuestros huecos], el esbozo de un plan por parte de los africanos para dar fuego al barco y terminar con su sufrimiento de una vez por todas, y la “cruel bloody scene” [cruel y sangrienta escena] de la represión blanca para castigar tal insubordinación, son capturados magistralmente con anterioridad por el escritor inglés.

La novela, que narra las aventuras de un hijo de buena familia que es secuestrado y criado por gitanos, transcurre fundamentalmente en los océanos. Su protagonista, Singleton, nos cuenta su vida en los mares, donde se ve envuelto en diferentes actividades comerciales propias de la piratería. No obstante, las descripciones del registro de sus pillerías no solo nos permiten acercarnos a los pormenores económicos y logísticos de la empresa corsaria, sino también a aquellos de la actividad negrera en el Atlántico. De esta manera, el pasaje que describe la vista de un barco tomado por esclavos africanos en la obra prueba de nuevo todos los puntos fundamentales que sostienen el testimonio de Cugaono en la narrativa. En él, Defoe nos cuenta,

“immediately our men entered the ship, where we found a large ship, with upwards of 600 negroes, men and women, boys and girls, and not one Christian or white man on board. I was struck with horror at the sight; for immediately I concluded, as was partly the case, that these black devils had got loose, had murdered all the white men, and thrown them into the sea; and I had no sooner told my mind to the men, but the thought so enraged them that I had much ado to keep my men from cutting them all in pieces. But William, with many persuasions, prevailed upon them, by telling them that it was nothing but what, if they were in the negroes' condition, they would do if they could; and that the negroes had really the highest injustice done them, to be sold for slaves without their consent; and that the law of nature dictated it to them; that they ought not to kill them, and that it would be wilful murder to do it. This prevailed with them, and cooled their first heat; so they only knocked down twenty or thirty of them, and the rest ran all down between decks to their first places, believing, as we fancied, that we were their first masters come again” [inmediatamente, nuestros hombres subieron al barco, que descubrimos ser de gran

tonelaje, con más de seiscientos negros, hombres, mujeres y niños, y ni un solo cristiano u hombre blanco a bordo. Quedé horrorizado ante tal panorama; inmediatamente supuse, como fue en parte cierto, que esos demonios negros se habían soltado, habían asesinado a todos los hombres blancos y los habían arrojado al mar; y en cuanto les transmití mis pensamientos a los hombres, la simple posibilidad de que fuese cierto los enfureció de tal manera que tuve grandes dificultades para impedir que los hiciesen picadillo. Pero William, con sus dotes de persuasión, logró persuadirlos diciéndoles que aquello no era nada comparado con lo que, si hubiesen estado ellos el pellejo de los negros, hubieran hecho si hubiesen podido; y que eran los negros los que habían sufrido la mayor injusticia, al ser vendidos como esclavos sin su consentimiento; y que la ley de la naturaleza así lo dictaminaba; que no debían matarlos, pues sería un asesinato deliberado. Esto los convenció, y enfrió sus caldeados ánimos en un primer momento; por lo que únicamente derribaron a veinte o treinta, y todos los demás se escabulleron corriendo hacia abajo por la cubierta al lugar que ocupaban, creyendo, como pensábamos, que sus anteriores amos habían vuelto].

A pesar de que el episodio es descrito por un personaje blanco, el hecho de que sea un pirata quien lucha contra el orden establecido permite a Defoe hacer una defensa de los esclavos incluso tras la matanza que realizan de la tripulación. El escritor inglés, cuya obra se viene revalorizando en las últimas décadas desde los estudios abolicionistas, abandona la batalla racial promovida por los agentes esclavistas para reivindicar la humanidad de unos desafortunados africanos que, como dan prueba sus padecimientos y venganzas, no dejan de ser personas de carne y hueso como sus captores. Este alegato en favor de los esclavos negros que hace Defoe a través del protagonista de su novela no es puntual ni improvisado, pues Singleton pasa gran parte de sus aventuras en tierras africanas antes de convertirse en pirata. La experiencia que le otorga la convivencia entre los nativos le lleva a abandonar la imperante postura maniqueísta entre blancos y negros fomentada por el discurso oficial de las distintas organizaciones e instituciones británicas. De esta forma, Defoe expone al lector inglés las barbaridades que el comercio de esclavos inflige a los africanos, los cuales, nos dice, se llevan la peor parte al ser vendidos como mercancía. El poso antiesclavista que deja la novela de Defoe se sumaría a la multitud de trabajos posteriores publicados desde el abolicionismo, ofreciendo finamente un retrato fidedigno para la época de la narrativa de la trata de esclavos y sus horrores. De esta manera, se entiende que Cugoano evite dar más detalles en el relato al creer “needless to give a description of all the horrible scenes which we saw, and the base treatment which we met with in this dreadful captive situation, as the similar cases of thousands, which

suffer by this infernal traffic, are well known” [innecesario que hiciese una descripción de todas las horribles escenas que vimos, y el trato que nos dieron en esta terrible situación de cautiverio, puesto que los casos semejantes de miles, que sufren por este tráfico infernal, son bien conocidos].

No obstante, las convicciones abolicionistas que demuestra Defoe con este episodio pronto son cuestionadas en la novela. Tras el rescate del barco y la atenta escucha de la versión de los africanos, el protagonista abandona su actitud compasiva y decide vender a los esclavos en las colonias españolas en América. Así, como indica Joshua Grasso en su artículo «The Providence of Pirates: Defoe and the ‘True-Bred Merchant’», el protagonista de la novela pronto contraviene sus argumentos en favor de los cautivos negros y cae en las tesis mercantilistas defendidas por los sectores esclavistas, ya que “having rescued the slaves from butchery (and so satisfied his conscience) [the character] reverts into the role of a pirate/merchant who has stumbled upon a large and valuable cargo. He decides to take one of their ships to Buenos Aires and sell the slaves to the Spaniards” [tras haber rescatado a los esclavos de una carnicería (y así satisfacer su consciencia) [el protagonista] vuelve al rol de pirata/mercader que se ha topado con un gran y valioso cargamento. Decide llevar uno de sus barcos a Buenos Aires y vender a los esclavos a los españoles] (2010: 29).

Dejando al margen las manifiestas contradicciones de Defoe respecto al abolicionismo, lo importante de la obra del inglés son las similitudes que muestra con la narrativa de Cugoano. El realismo de sus descripciones, la veracidad histórica que sostiene sus aventuras marinas y la defensa de la humanidad del esclavo negro se antojan más que casualidades en ambos títulos. De esta manera, la posterior publicación de la obra del escritor angloafricano, así como el éxito de la novela de Defoe, insinúan que Cugoano tenía muy presentes los modelos por antonomasia del género de aventuras marinas.

2.6.3.4. —Relatos de cautivos

Sin embargo, las aventuras marinas no son la única fuente de la que parece se sirvió el autor africano a la hora de escribir la narrativa. Otro de los géneros que tiene reflejo en el texto de Cugoano son los relatos de cautivo. De la multitud de modelos literarios que

configuraban la escena cultural del mundo anglosajón, las obras que recogían el cautiverio de colonos europeos a manos de nativos americanos destacan por su popularidad. Kathryn Zabelle Derounian-Stodola y James Arthur Levernier, en su obra *The Indian Captivity Narrative, 1550-1900*, exponen la importancia del género en la época. Los datos ofrecidos por los registros de ventas, así como el número de ediciones de las narrativas de cautivos durante aquellos años, muestran la hegemonía del género entre las demás posibilidades literarias del momento. De acuerdo con Derounian-Stodola y Levernier, las “narratives of Indian captivity [...] were immensely, even phenomenally, popular” [narrativas de cautiverio indio [...] eran inmensamente, incluso extraordinariamente, populares], y su importancia fue tal que sus títulos únicamente fueron superados en éxito por la Biblia (1993: 14).

Gran parte de este éxito nace de la variedad característica del género, pues en sus obras se incluyen infinitud de relatos de cautivos de diversa naturaleza. Roy Harvey Pearce, en su artículo «The Significances of the Captivity Narrative», distingue dos grandes corrientes dentro de las narrativas que cuentan las hazañas de un cautivo. Por un lado, señala que los primeros textos, así como los más importantes y representativos, son documentos religiosos de una excepcional simpleza donde los detalles del cautiverio sirven para sostener una experiencia que trascendía los límites físicos. De esta forma, Pearce engloba todos aquellos relatos en los que el cautiverio adquiere un valor alegórico espiritual dentro de una misma categoría, cuyo denominador común es relatar la experiencia desde una perspectiva “essentially religious” [esencialmente religiosa] (1947: 4).

Por otro, frente a estos relatos que hacen del cautiverio una alegoría de tipología bíblica, el académico postula un nuevo grupo donde el protagonista recoge únicamente la traumática vivencia experimentada desde que es raptado por sus captores hasta su posterior liberación. La simpleza de los primeros relatos se ve aderezada ahora con multitud de escenas costumbristas —negativas en la mayoría de las ocasiones— de los distintos captores, que no vienen sino a ahondar en un realismo terrorífico destinado a asustar al lector. Derounian-Stodola y Levernier sostienen que este propósito respondía claramente a los intereses expansionistas británicos en el Nuevo Mundo, de ahí que casi siempre los captores fuesen los pueblos amerindios en las narrativas de mayor tirada. En este sentido ambos afirman que “Indian captivity was very much a historical reality [...] and in one form or another it touched the imaginations and fears of virtually everyone for

whom it was a possibility” [el cautiverio indio era verdaderamente una realidad histórica [...] y de una manera u otra determinaba la imaginación y los miedos de prácticamente todo el mundo para el que era una posibilidad] (Derounian-Stodola y Levernier, 1993: 1-2).

La agenda política subyacente a los relatos de cautivos surgida de la guerra contra los franceses y sus aliados indígenas alentó un odio generalizado contra el conjunto de grupos nativos que poblaba el continente norteamericano. El avance de los asentamientos británicos, que continuamente desplazaba de sus territorios y empujaba hacia el oeste a las tribus americanas, configuró una frontera en el imaginario común colonial entre el mundo civilizado y los pueblos nativos. Las incursiones y escaramuzas de los indígenas en terreno británico, que con frecuencia perturbaban momentáneamente la vida en los asentamientos fronterizos europeos, constituyeron el germen de la campaña propagandística de desprestigio orquestada por los distintos Gobiernos coloniales blancos durante el siglo dieciocho. De este modo, tal y como explican Derounian-Stodola y Levernier, “once primarily an occasion for religious expression, captivity narratives became instead a means for spreading propaganda against those nations and powers that blocked Anglo-American westerly settlement” [si en origen sirvieron como ocasión para la expresión religiosa, las narrativas de cautivos pronto se convirtieron en medio de difusión propagandística contra aquellas naciones y poderes que bloqueaban el asentamiento occidental angloamericano] (1993: 23).

No obstante, el grueso de esta campaña anti-indígenista tomó forma y se difundió principalmente desde la imprenta mediante, como indica Pearce, las “tales of barbarity and bloodshed” [historias de barbarie y matanzas] relatadas en las obras de cautivos (Pearce, 1947: 16). En ellas, los nativos americanos aparecen descritos como animales más que como seres humanos, pues según explican Derounian-Stodola y Levernier, “in an obvious attempt to engender as much anti-Indian hostility as possible, these narratives contain highly evocative descriptions of Indian brutalities. Accounts of murder and torture, usually described in lurid detail, predominate and are often accompanied by graphic woodcuts and illustrations” [en un intento obvio de generar la mayor hostilidad posible contra los indios, estas narrativas contienen descripciones altamente evocativas de las brutalidades indias. Los relatos de asesinatos y torturas, descritos con frecuencia sin omitir los detalles más escabrosos, predominan y van frecuentemente acompañados por grabados e ilustraciones] (1993: 32-33).

El acierto de la campaña contra los amerindios convirtió la ficción tremendista expuesta en las obras de cautivos en realidad ampliamente aceptada en el mundo colonial, de tal forma que los nativos americanos se asimilaron con los inhumanos captores del género literario. El éxito de esta identificación, así como la falta de documentos etnográficos objetivos sobre los indígenas durante los años de la expansión británica en Norteamérica, ha venido condicionado el estudio de las tribus americanas hasta casi nuestros días. Al igual que sucede en las narrativas de esclavos, los relatos de cautivos parten de una realidad que es modificada conforme a los distintos intereses que auspician las obras, una situación que —consciente o inconscientemente— ha pasado por alto gran parte de la crítica desde el instante en que todos estos textos literarios fueron utilizados como fuentes históricas por parte de los antropólogos. De esta manera, conviene descartar la completa autenticidad de los textos de ambos géneros literarios y aceptar su naturaleza literaria, pues como apuntan Derounian-Stodola y Levernier al acercarse a los relatos de cautivos, “in these narratives the line between fact and fiction becomes blurred. Plagiarism abound, and the most egregious fictions are frequently presented as absolute fact and are sometimes even accompanied by bogus testimonials and affidavits” [en estas narrativas la línea entre la verdad y la ficción se difumina. El plagiarismo abunda, y las ficciones más atroces se presentan habitualmente como hechos totalmente verdaderos e incluso se acompañan de declaraciones y testimonios falsos] (1993: 33).

Sin embargo, a pesar de que los testimonios ofrecidos muestran una visión sesgada de la realidad, del conjunto de relatos de cautivos se desprende la utilización sistemática del miedo durante la expansión colonial británica en América. El cautiverio mostrado en las narrativas, que nace del encuentro entre dos poblaciones ajenas entre sí, no aparece descrito con frecuencia en términos positivos ni busca el intercambio de influencias culturales. El objetivo de conquista anglosajón en el nuevo continente establece el cautiverio a modo de agravio que sufren los colonos europeos a manos de indeseables seres inferiores, de tal forma que el contacto entre gentes tan dispares queda definido en términos imperialistas desde la publicación de los primeros relatos. De este modo, Gordon M. Sayre, en su trabajo *Olaudah Equiano, Mary Rowlandson, and Others. American Captivity Narratives*, defiende que “captivity narratives are thus a major vehicle for the representation of hostile, foreign peoples” [las narrativas de cautivos son entonces uno de los principales vehículos para la representación de gentes extrañas y hostiles] y que los “Anglo-Americans have seen American Indians through this genre, which presents racist

and fear-mongering images of savages threatening white settlers on the frontier” [angloamericanos han visto a los indios americanos a través de este género, que presenta imágenes temerosas y racistas de los salvajes amenazando a los colonos blancos en la frontera] (2000: 11).

El racismo que aflora de la lectura de los relatos de cautivos postula el color de la piel como marca evidente del enemigo. De las descripciones presentes en las narrativas obtenemos una imagen del indígena como diablo de color cobrizo cuyos atributos se oponen totalmente a las virtudes más valoradas por el hombre blanco (Derounian-Stodola y Levernier, 1993: 19). Sorprende, así, encontrar relatos de cautivos negros entre los textos del género, pues los rasgos asociados a la negritud de su apariencia se sitúan aún más abajo en la escala de deshumanización racial creada por los europeos. Sin embargo, del conjunto de similitudes peyorativas que los británicos asociaban a las demás razas con las que entraban en contacto, la figura del negro no representaba la amenaza directa que caracterizaba al amerindio. Partiendo de esta idea, Astrid Haas, en *Native Bondage, Narrative Mobility: African American Accounts of Indian Captivity*, explica que, al igual que sucedía con los grupos religiosos evangelistas, los relatos de cautivos ofrecían una puerta de entrada a la cultura impresa para los afroamericanos toda vez que “the genre was open to the stories of the socially marginalized” [el género estaba abierto a las historias de los marginados sociales] (2021: 4).

No obstante, al margen de esta diferencia, los relatos de cautivos tanto blancos como negros ofrecen un patrón de desarrollo bastante parecido. El cotejo de textos que integran el corpus permite a Haas ofrecer una definición bastante precisa del género. Así, indica que “captivity narratives are first-person accounts told in retrospect after the captive's rescue. They typically include the protagonist's capture by a band of Natives, the narrator's stationary confinement or enforced removal(s) through unknown terrain, and their escape or release from captivity” [las narrativas de cautivos son relatos en primera persona contados en retrospectiva después del rescate del cautivo. Normalmente incluyen la captura del protagonista por una banda de nativos, la reclusión del narrador en el lugar o el(los) traslado(s) forzoso(s) a través de territorios desconocidos, y su escape o liberación del cautiverio] (Haas, 2021: 3). De esta forma, si bien la particular situación del africano muestra una mayor complejidad y unas particulares características frente a la experiencia de cualquier cautivo blanco, lo cierto es que las obras de ambas tradiciones literarias recogen escenas y pasajes muy parecidos.

A la hora de narrar el episodio en que es capturado, Cugoano debió tener presente los modelos propuestos en algunos de los relatos de cautivos. Es interesante notar entonces las semejanzas existentes entre la narrativa del escritor africano y *A Surprising Account of the Captivity & Escape of Philip M'Donald & Alexander M'Leod of Virginia from the Chikkemogga Indians & of Their Great Discoveries in the Western World, from June, 1779, to January, 1786: When They Returned in Health to Their Friends, After an Absence of Six Years and a Half, Written by Themselves* [Un sorprendente relato del cautiverio y escape de Philip M'Donald y Alexander M'Leod de Virginia de manos de los indios Chikkemogga y de sus grandes descubrimientos en el mundo occidental, de junio de 1779 a junio de 1786: cuando volvieron sanos con sus amigos, después de una ausencia de seis años y medio, escrito por ellos mismos], una obra típica del género de cautivos publicada en 1786. En este relato leemos,

“we were detached with a small party, to make discoveries, and reconnoitre the situation of a number of Indians supposed to be in the vicinity; after a tedious scout of three or four days, we were almost worn out with fatigue, and being destitute of necessaries, we determined to return to the main body, but were soon convince of the impracticability of our scheme.

It was about eight o'clock in the evening of the 17th of June, when, not being apprehensive of danger, we were set down to supper on a quarter of a buck, which one of our own company had killed about two hours before; our arms and ammunition were about thirty rods distant; our little company as happy in their repast as good food and keen appetites could make them; and the fear of an enemy entirely banished from our minds, when we were fired on by a party of about twenty Indians of the Chickemogga nation [...]. It may easily be conceived how astonished we were at this salute, but no time for consideration was given, for the savages, rising from their ambush, had nearly surrounded us”.

[nos habíamos separado con un pequeño grupo, para hacer descubrimientos, e inspeccionar la situación de un número de indios que supuestamente estaba en las inmediaciones; tras una tediosa exploración de tres o cuatro días, estábamos casi agotados del cansancio, y al carecer de lo necesario, determinamos volver al cuerpo principal, pero pronto nos convencimos de impracticabilidad de nuestro plan.

Eran alrededor de las ocho en punto de la tarde del diecisiete de junio, cuando, sin preocupación ante el peligro, nos sentamos a cenar un cuarto de ciervo, que uno de nuestra propia compañía había matado unas dos horas antes; nuestras armas y munición estaban a

unas treinta varas de distancia²⁶²; nuestra pequeña compañía tan feliz en su banquete como la buena comida y los voraces apetitos lo permitían; y el miedo a un enemigo se esfumó por completo de nuestras cabezas, cuando fuimos disparados por un grupo de unos veinte indios de la tribu Chickkemogga [...]. Puede ser fácil concebir cuán asombrados quedamos ante este saludo, pero no tuvimos tiempo para reaccionar, pues los salvajes, descubriendo su emboscada, casi nos habían rodeado].

Al igual que sucede con el protagonista del fragmento, los captores salen al paso de Cugoano mientras el joven africano juega con sus amigos en el bosque. Desprovistos de armas o cualquier otro medio de defensa, los niños quedan a merced de unos hombres que amenazan con hacerles daño si no colaboran. De esta forma, indefenso y sin posibilidad de escape, Cugoano, como el resto de compañeros, termina por acatar las órdenes de sus captores,

“I had got well acquainted with some of the children of my uncle's hundreds of relations, and we were some days too venturesome in going into the woods to gather fruit and catch birds, and such amusements as pleased us. One day I refused to go with the rest, being rather apprehensive that something might happen to us; till one of my playfellows said to me, "Because you belong to the great men, you are afraid to "venture your carcass, or else of the bounsam," which is the devil. This enraged me so much, that I set a resolution to join the rest, and we went into the woods, as usual but we had not been above two hours, before our troubles began, when several great ruffians came upon us suddenly, and said we had committed a fault against their lord, and we must go and answer for it ourselves before him.

Some of us attempted, in vain, to run away, but pistols and cutlasses were soon introduced, threatening, that if we offered to stir, we should all lie dead on the spot”

[por entonces ya me había familiarizado bien con algunos de los hijos de las decenas de parientes de mi tío, y algunos días éramos lo suficientemente atrevidos como para adentrarnos en el bosque para recoger fruta y coger pájaros, y demás entretenimientos que se nos antojasen. Un día dije que no quería ir con el resto, al estar bastante preocupado de que nos pudiera pasar algo; hasta que uno de mis compañeros de juegos me dijo, “como perteneces a los grandes hombres, tienes miedo de jugarte el pellejo, o el del bounsam”, que es el demonio. Esto me enfadó tanto que decidí unirme al resto, y nos fuimos al bosque como de costumbre, pero no habíamos estado ni dos horas, antes de que empezasen los problemas, cuando de repente varios rufianes se nos echaron encima, y nos dijeron que

²⁶² Medida de longitud que equivale a cinco metros, de lo que se deduce que las armas se encontraban a unos ciento cincuenta metros.

habíamos cometido un crimen contra su señor, y que debíamos ir y dar cuenta nosotros mismos ante él.

Algunos de nosotros intentamos, en vano, salir corriendo, pero pronto sacaron las pistolas y los alfanjes, amenazándonos con que, si se nos ocurría movernos, moriríamos todos en el acto].

La comparativa entre la narrativa de Cugoano y los relatos de cautivos nos muestra en ambos casos a un personaje que es capturado en su pueblo o lugar de residencia por unos invasores que lo hacen preso. Sin embargo, mientras que los captores se hacen con los africanos en las obras de esclavos con el único fin de venderlos a los comerciantes europeos apostados en la costa, las narrativas de cautivos indias plantean distintas posibilidades que, en cualquier caso, no se corresponden con el malhadado destino del esclavo negro. De esta forma, aquellos individuos que caían en manos de los indígenas americanos no eran vendidos, encarcelados o sometidos a trabajos forzosos en un sistema esclavista que negaba su humanidad e impedía su inclusión en la vida social de sus captores, sino que, al margen de los prisioneros que eran sacrificados a las divinidades, el resto de cautivos se intercambiaba con los europeos por recompensas o se integraba en la tribu de sus raptos a través de un proceso de adopción cultural que convertía al preso en un miembro más del poblado. Sayre da cuenta de este interesante fenómeno cuando explica que

“adoption [...] began when an [...] individual died, leaving a gap in the social fabric [...] relatives of the deceased would encourage the male warriors to organize a party to attack an enemy [...] and take captives. If the war party returned successful, the captives would be presented to the families of the deceased for adoption. The captive [...] assumed the name and status of the person he or she replaced” [la adopción [...] empezaba cuando [...] un individuo moría, dejando un hueco en el tejido social [...] los parientes del difunto animaban a los guerreros a que organizaran un grupo para atacar a un enemigo [...] y tomar cautivos. Si el grupo volvía exitoso, los cautivos eran presentados a las familias de los fallecidos para su adopción. El cautivo [...] asumía el nombre y el estatus de la persona a la que reemplazaba] (2000: 8).

Esta situación tuvo como consecuencia que muchos de los habitantes secuestrados en los asentamientos británicos por los amerindios decidiesen quedarse con sus captores incluso después de ser rescatados por los occidentales. No obstante, muchos otros no llegaron a absorber la nueva identidad que se les había proporcionado en la tribu y,

ofrecida la posibilidad de regreso a las colonias, volvieron a su lugar de origen. Gracias al testimonio de algunos de estos retornados, que entregaron su relato a la imprenta, conocemos los pormenores cotidianos de los cautivos entre los nativos y podemos compararlos con la distinta rutina del africano en Norteamérica. Mientras que el individuo raptado por los amerindios tenía espacio para realizarse como persona durante el cautiverio y se describen escenas de familiaridad entre cautivos y captores, la férrea jerarquía social de los territorios americanos británicos condenaba al africano a una marginalidad completa que impedía el trato entre el esclavo y el amo más allá de la brutal explotación laboral a la que el africano era sometido en pos del aumento del capital del dueño. En cualquier caso, fuese blanco o negro el protagonista de estas obras, sabemos que para “to publish a narrative, a captive generally had to abandon Indian identity and return to Anglo America” [para publicar una narrativa, el cautivo tenía que abandonar generalmente la identidad india y regresar a la América anglosajona] (Sayre, 2000: 8).

No obstante, las similitudes entre los relatos de cautivo y las narrativas de esclavo no terminan en el momento de la captura. Si bien el desarrollo del cautiverio no es igual en ambos casos, toda vez que el africano se convierte en esclavo en las obras del género que aquí nos atañe, lo cierto es que tanto los textos de una tradición como de otra se sirven de la técnica realista a la hora de mostrar los detalles más escabrosos de su experiencia en manos de sus secuestradores en primera persona. Cugoano nos habla así del tiempo que pasa entre sus captores y sus amos,

“being in this dreadful captivity and horrible slavery, without any hope of deliverance, for about eight or nine months, beholding the most dreadful scenes of misery and cruelty, and seeing my miserable companions often cruelly lashed, and, as it were, cut to pieces, for the most trifling faults; this made me often tremble and weep, but I escaped better than many of them. For eating a piece of sugar-cane, some were cruelly lashed, or struck over the face, to knock their teeth out. Some of the stouter ones, I suppose, often reprov'd, and grown hardened and stupid with many cruel beatings and lashings, or perhaps faint and pressed with hunger and hard labour, were often committing trespasses of this kind, and when detected, they met with exemplary punishment. Some told me they had their teeth pulled out, to deter others, and to prevent them from eating any cane in future. Thus seeing my miserable companions and countrymen in this pitiful, distressed, and horrible situation, with all the brutish baseness and barbarity attending it, could not but fill my little mind horror and indignation” [estando en este atroz cautiverio y en esta horrible esclavitud, sin ninguna esperanza de liberación, durante unos ocho o nueve meses, contemplando las más

atrocenes escenas de miseria y crueldad, y viendo a mis miserables compañeros a menudo cruelmente azotados, y, por así decirlo, hechos pedazos, por las cosas más insignificantes; a menudo me hacía temblar y llorar, pero escapé mejor que muchos de ellos. Por comerse un trozo de caña de azúcar algunos eran cruelmente azotados, o golpeados en la cara hasta quitarles los dientes. Algunos de los más corpulentos, supongo, a menudo regañados, y endurecidos y atontados con tantas crueles palizas y latigazos, o quizás desmayados y acuciados por el hambre y el trabajo duro, cometían con frecuencia pecados de este tipo, y cuando eran detectados, daban con un castigo ejemplar. Algunos me dijeron que les habían arrancado los dientes para disuadir a otros, y para impedir que se comiesen caña alguna en el futuro. Viendo así a mis miserables compañeros y paisanos en esta penosa, angustiada y horrible situación, con toda la simple brutalidad y barbaridad que la acompañaba, no tenía la cabeza más que llena de horror e indignación].

En esta línea, el relato de John Knight sobre el tiempo que pasa cautivo entre los indígenas norteamericanos, que fue publicado junto a varios testimonios más bajo el título de *Narratives of a Late Expedition Against the Indians* [*Narrativas de la última expedición contra los indios*] en 1783, contiene una dosis de violencia similar a la obra de Cugoano, tal y como era habitual en los textos de la tradición a la que pertenece. Así, en sus páginas leemos,

“the Indian men took up their guns and shot powder into the colonel’s body from his feet as far up as his neck. I think not less than seventy loads were discharged upon his naked body. They then crowded about him and, to the best of my observation, cut off his ears. When the throng had dispersed a little I saw the blood running from both sides of his head” [los hombres indios tomaron las armas y llenaron de pólvora el cuerpo del coronel desde los pies hasta llegar al cuello. No creo que disparasen menos de setenta cargas sobre su cuerpo desnudo. Luego se apiñaron a su alrededor y, según pude observar, le cortaron las orejas. Cuando la muchedumbre se había dispersado un poco vi la sangre saliendo de los dos lados de su cabeza].

La crudeza de la obra de Cugoano, reflejo claro del texto de John Knight, venía siendo utilizada por los autores de los relatos de cautivos desde el comienzo del género a finales del siglo diecisiete. De esta forma, las escenas de torturas o castigos bien pudieran ser intercambiadas entre las obras de los distintos géneros de no ser por la dispar identidad de captores y esclavistas. Por este motivo, no resulta inadecuado coincidir con Sayre cuando afirma que “when the slave narrative became an important genre in American letters, it shared some devices and imagery with the earlier Indian captivity narratives”

[cuando las narrativas de esclavo se convirtieron en un importante género en las letras americanas, compartía algunos recursos e imaginaria con las anteriores narrativas de cautivos indias] (2000: 5).

De este modo, si el relato de cautivos puede definirse como narrativa elaborada sobre el testimonio de una persona sacada de su comunidad de forma involuntaria tras su captura por gentes extrañas, llevada a un lugar lejano, sometida a distintas formas de tortura y obligada a amoldarse al lugar que le tiene reservado su nueva cultura, podemos defender que las obras de esclavos son ejemplos particulares del género de cautivos. Así, el esclavo africano, tal y como sucede en las narrativas de James Albert y Cugoano, da comienzo a sus desventuras tras ser secuestrado, por lo que no resulta extraño encontrar en estos textos angloafricanos descripciones del momento de la captura y del posterior cautiverio. El desarrollo habitual de sus aventuras incluye, por tanto, el rapto en su tierra natal por unos captores que le llevan a la costa para hacer negocio con los comerciantes negreros, su traslado a América en un barco atestado de compatriotas, y su posterior venta en los mercados de esclavos coloniales. Al fin y al cabo, dejando al margen las particularidades propias de la experiencia del africano, “slavery began with kidnapping and captivity in Africa, and the slave narrative as it developed in nineteenth-century America often drew on the styles of captivity narratives still so popular at the time” [la esclavitud empezaba con el rapto y cautiverio en África, y la narrativa de esclavos según se desarrolló en el siglo diecinueve a menudo hizo uso del estilo de las narrativas de cautivos todavía tan populares en la época] (Sayre, 2000: 198).

2.6.3.5. —Narrativas de conversión espiritual

No obstante, además de las aventuras marinas y de los relatos de cautivos, existen otros géneros en el panorama literario del momento que también parecen haber dejado su impronta en la narrativa de Cugoano. Al igual que ocurría en los anteriores textos analizados en este estudio, la naturaleza poligenética de la obra del africano no se limita a la herencia de un único género, sino que recibe el influjo de varios movimientos narrativos. Entre estos géneros, se alzan las narrativas de conversión espiritual y religiosa pues, como indica Sayre, “in the [...] eighteenth-century texts by Africans [...] the strongest connection to the captivity tradition is their common use of a third genre, the Protestant conversion narrative” [en [...] los textos de africanos del siglo dieciocho [...]

la conexión más fuerte con la tradición de cautivos es el uso común de un tercer género, la narrativa de conversión protestante] (2000: 198).

Las décadas que anteceden a la publicación de la narrativa de Cugoano se caracterizan por el fervor espiritual de los grupos religiosos minoritarios de corte protestante en Inglaterra y sus colonias. Este fenómeno, al que ya habíamos hecho mención en las fichas precedentes, conocido como Gran despertar²⁶³, se extenderá con rapidez por todos los estratos sociales, un hecho que se observa claramente al acercarnos a las manifestaciones culturales del momento. La presencia de esta nueva religiosidad se deja notar así en la literatura, una disciplina en la que comenzarán a surgir una serie de textos destinados a la propagación de estas nuevas confesiones. Estos nuevos documentos se distinguen de las demás tradiciones literarias del siglo dieciocho por la importancia que le otorgan a la llamada espiritual de su protagonista, pues el eje temático de estas novedosas narrativas religiosas se articula en torno al testimonio del personaje respecto al momento de su conversión a una de las ramas de la nueva fe evangelista. D. Bruce Hindmarsh da cuenta de la popularidad e importancia de estas obras en su libro *The Evangelical Conversion Narrative: Spiritual Autobiography in Early Modern England*, donde destaca “the proliferation of conversion narratives [...] during the period of early Evangelical Revival in England from the mid-1730s until the mid-1780s —from the origins of Methodism to the rise of the Clapham Sect” [la proliferación de las narrativas de conversión [...] durante el periodo del temprano revivir evangelista en Inglaterra desde la mitad de la década de los años 30 hasta la mitad de los ochenta del siglo dieciocho —desde los orígenes del metodismo hasta el surgimiento de la secta de Clapham] (2005: 1).

Si bien existían obras de reformistas católicos que abordaban una experiencia religiosa con la divinidad similar a la llamada espiritual recogida en las narrativas de conversión evangélicas, como las autobiografías de Ignacio de Loyola y Teresa de Ávila en España, lo cierto es que no había correlato semejante dentro de las letras protestantes. Los miles de europeos que durante el siglo dieciséis se convirtieron al protestantismo no dejaron constancia expresa de su conversión. Además, los escritos de los máximos representantes de la disidencia, como Lutero o Calvino, no ofrecen un testimonio literario de su transición espiritual que sirva de modelo a las narrativas de conversión evangélicas

²⁶³ Véase nota 209.

(Hindmarsh, 2005: 24-25). De esta manera, ya sea como trasvase entre tradiciones literarias cristianas, o como resignificación del significado de conversión presente en las obras de los padres de la Iglesia, fijado en el género de las confesiones de San Agustín o San Patricio, las narrativas de conversión condicionarían de forma decisiva la prosa de la centuria. Frente a la experiencia de conversión tradicional del paganismo a la fe de Dios, estas obras evangélicas vendrán a denotar el cambio a la vida religiosa dentro de los propios cristianos (Hindmarsh, 2005: 23).

Las obras Richard Baxter, *Treatise on Conversion* de 1657, *Directions and Persuasions to a Sound Conversion* y *Call to the Unconverted*, ambas de 1658; así como *Alarum to the Unconverted* de Joseph Alleine, publicada en 1672, empiezan a explotar esta nueva acepción de conversión teológica para los movimientos religiosos protestantes. De este modo, siguiendo el testimonio aportado por estos primeros puritanos sobre el momento de su conversión, tal y como vimos en *Grace Abounding to the Chief of Sinners* de John Bunyan cuando el escritor nos cuenta su llamada espiritual, las narrativas de conversión evangélicas abordarán la experiencia del cambio religioso utilizando un patrón compositivo similar al de estas obras (Hindmarsh, 2005: 51). Así, si Bunyan narraba su conversión exponiendo que

“one day, as I was passing in the field, and that too with some dashes on my Conscience [...] suddenly this sentence fell upon my Soul, Thy righteousness is in Heaven; and methought withall, I saw with the eyes of my Soul, Jesus Christ at God’s right hand [...]. Now did my chains fall off my legs indeed, I was loosed from my affliction and irons, my temptations also fled away” [un día, mientras paseaba por el campo, y lo hacía con remordimientos en la conciencia [...] de repente esta frase cayó sobre mi alma, Tu virtud está en el Cielo; y creí además que veía con los ojos de mi alma a Jesucristo a la diestra de Dios [...]. Entonces sí que se cayeron las cadenas de mis piernas, quedé libre de mis pesares y hierros, mis tentaciones también se fueron],

George Whitefield, uno de los máximos representantes del evangelismo británico, describe un siglo más tarde este momento tan fundamental de su vida en su diario señalando que,

“one day, perceiving an uncommon Drought, and a disagreeable Clamminess in my Mouth, and using Things to ally my Thirst, but in vain, it was suggested to me, that when Jesus Christ cried out, ‘I thirst,’ his Sufferings were near at an End. Upon which, I cast myself down on the Bed, crying out, I thirst! I thirst! —Soon after this, I found and felt in myself

that I was delivered from the Burden that had so heavily oppressed me! The Spirit of Mourning was taken from me, and I knew what it was truly to rejoice in God my Saviour, and, for some Time, could not avoid singing Psalms wherever I was; but my Joy gradually became more settled, and, blessed be God, has abode and increased in my Soul [...] ever since!” [un día, tras percibir una rara sequedad y desagradable pastosidad en la boca, y tras servirme de cosas para saciar la sed en vano, se me ocurrió que, cuando Jesucristo gritó, ‘Tengo sed’, sus sufrimientos estaban a punto de acabarse. Sobre lo cual, me eché en la cama, gritando, ¡Tengo sed! ¡Tengo sed! —Poco después, ¡me di cuenta y sentí que había sido liberado de la carga que tan fuertemente me había oprimido! Me habían quitado el espíritu del duelo, y sabía que era posible regocijarme en Dios mi salvador, y, por algún tiempo, no pude evitar cantar salmos dondequiera que estuviese; pero poco a poco la alegría se fue asentando, y, ¡bendito sea Dios, ha pervivido y crecido en mi alma [...] desde entonces!] (2000: 26).

Sin embargo, si bien la narrativa de Cugoano menciona su aprendizaje cristiano, su conversión se produce de forma gradual y no constituye un momento crítico dentro de su autobiografía en el texto. De sus palabras se intuye que el escritor se convierte a Dios una vez es liberado de la esclavitud colonial y llevado a Inglaterra, lugar donde su amo se preocupa por darle cierta educación e instruirle en la fe de Cristo. De esta manera, Cugoano nos habla de su evolución personal más que de su conversión, la cual se presenta en la narrativa como consecuencia directa de su aprendizaje, tal y como se aprecia cuando señala,

“in this respect, I am highly indebted to many of the good people of England for learning and principles unknown to the people of my native country. But, above all, what have I obtained from the Lord God of Hosts, the God of the Christians! In that divine revelation of the only true God, and the Saviour of men, what a treasure of wisdom and blessings are involved? How wonderful is the divine goodness displayed in those invaluable books of the Old and New Testaments, that inestimable compilation of books, the Bible? And, O what a treasure to have, and one of the greatest advantages to be able to read therein, and a divine blessing to understand!” [en este respecto, estoy en gran deuda con mucha de la buena gente de Inglaterra por el aprendizaje y principios desconocidos para la gente de mi tierra natal. Pero, sobre todo, lo que he obtenido del Señor Dios de los ejércitos, ¡el Dios de los cristianos! En esa revelación divina del único Dios verdadero, y del Salvador de los hombres, ¿qué tesoro de sabiduría y de beneficios están aparejados? ¿Qué maravillosa es la bondad divina mostrada en aquellos invalorable libros del Viejo y Nuevo Testamentos,

qué inestimable recopilación de libros, la Biblia? Y, oh, ¡qué tesoro tener, y una de las más grandes ventajas el poder leer allí, y qué bendición divina el comprender!].

No obstante, a pesar de que la obra de Cugoano no comparte la centralidad temática que otorgan los relatos espirituales a la conversión, existen otras coincidencias que demuestran la influencia del género religioso en la narrativa. Por un lado, al igual que sucede en las narrativas de cautivos, la conversión del protagonista se produce en un contexto de extremo dolor personal y gran sufrimiento físico diario. Arrebatados de toda familia o relación personal, tanto el cautivo como el esclavo se encuentran solos en un mundo hostil. Además, ambos personajes se ven obligados a realizar las tareas que sus captores les tienen reservadas. Estas tareas, más que un castigo, se configuran como una prueba de Dios, una situación que bien resume Yolanda Pierce en *Hell without Fires. Slavery, Christianity, and the Antebellum Spiritual Narrative* cuando señala que “their experience of hell on earth becomes a rite of passage. Earthly hell must be endured in order to move from paralysis and servitude to possibility and freedom, from the realm of the condemned to the realm of the blessed and the chosen” [su experiencia del infierno en la tierra se convierte en un rito de paso. El infierno terrenal debe ser padecido para salir de la parálisis y servidumbre a la posibilidad y libertad, del reino de los condenados al reino de los bendecidos y los elegidos] (2005: 9).

De esta manera, una vez Cugoano informa al lector de la realidad que padecen los esclavos en su día a día dentro de las plantaciones coloniales del Nuevo Mundo, el escritor agradece de forma explícita a la divinidad cristiana las mercedes recibidas a cambio de su sufrimiento. Así, pese al dolor experimentado, el escritor se muestra totalmente convencido de las ventajas resultantes cuando reconoce que

“one great duty I owe to Almighty God, (the thankful acknowledgement I would not omit for any consideration) that, although I have been brought away from my native country, in that Torrent of robbery and wickedness, thanks be to God for his Good providence towards me; I have both obtained Liberty, and acquired the great advantages of some Little learning, in being able to read and write, and, what is still infinitely of greater advantage, I trust, to know something of Him” [le debo a Dios Todopoderoso una gran merced, (el agradecido reconocimiento que no omitiría bajo ningún concepto) que, pese a que me han transportado lejos de mi tierra natal, en esa espiral de robos y crueldad, bendito sea Dios por la buena providencia que tuvo conmigo; he obtenido a la par libertad, y adquirido las grandes ventajas de algo de conocimiento, al ser capaz de leer y escribir, y, lo que todavía es infinitamente de mayor ventaja, confío, saber algo de Él].

No obstante, frente a las narrativas de conversión de cautivos en manos indias, sorprende que Cugoano dé gracias y abrace incondicionalmente al Dios de sus captores. Pierce, de forma sencilla pero muy lúcida, explica este paradójico hecho de dos maneras. Primero, la alegoría cristiana del infierno en la tierra y el paraíso en el cielo ofrecía una esperanza espiritual que ayudaba a sobrellevar la mísera existencia de la mayoría de africanos en América. Además, la conversión les proporcionaba un mínimo reconocimiento social al participar de la confesión de sus captores en un sistema jerárquico impermeable que consideraba al hombre negro como ser marginal en el mejor de los casos (Pierce, 2005: 5). Segundo, reconocer a un ser superior que, conforme a su ley divina, determinaba qué personas eran dignas de subir al cielo, significaba hacer justicia y castigar las atrocidades de los europeos que los africanos no podían vengar por sí mismos. De este modo, ambas cuestiones confluyen y sustentan la fe de los esclavos negros en la misma situación de Cugoano, pues como indica la estudiosa,

“the Negro converted God to herself by not only acknowledging a divine ‘Lord’, but also by recognizing that even human masters had a ‘lord’ over them. The Negro converted God to himself by believing in the forgiveness of his own sins; and in remembering the actions of those who had sinned against him. The Negro converted God to herself by accepting the gifts of eternal life and personal salvation, while continually striving to transform those gifts to include hope in life on this earth and the possibility of salvation for an entire community” [el negro convertía a Dios para sí al no solo reconocer un ‘Señor’ divino, sino también al reconocer que incluso los amos humanos tenían un ‘Señor’ sobre ellos. El negro convertía a Dios para sí al creer en el perdón de sus propios pecados; y al recordar las acciones de aquellos que habían pecado contra él. El negro convertía a Dios para sí al aceptar los regalos de la vida eterna y de la salvación personal, mientras continuamente se esforzaba por transformar aquellos regalos para incluir esperanza en la vida en esta tierra y la posibilidad de la salvación para una comunidad entera] (Pierce, 2005: 6).

Por otro lado, la narrativa de Cugoano recoge de forma directa e indirecta el contenido de la Biblia en el texto, tal y como ocurría en todas estas obras de conversión religiosa. El influjo directo del texto sagrado se demuestra mediante el empleo de citas bíblicas durante el relato. Como era habitual en las narrativas de conversión, el esclavo ilustra su testimonio con pasajes bíblicos que dan cuenta de su situación distintos momentos de su vida. Este proceder resulta evidente en la obra del escritor angloafricano John Marrant, *Narrative of the Lord's Wonderful Dealings with John Marrant, A Black*, que desde su publicación en 1785 se convertiría en texto de referencia tanto del género

de cautivos como de las narrativas de conversión. De la misma forma en que Marrant se sirve del tercer y sexto capítulo de Daniel para explicar el apaciguamiento de su angustia ante el aciago final que le esperaba en manos de los nativos americanos, así como del capítulo doce de Amós para señalar el momento de su conversión, al señalar por un lado “I fell down upon my knees , and mentioned to the Lord his delivering of the three children in the fiery furnace, and of Daniel in the lion’s den, and had close communion with God ” [me puse de rodillas, y le hablé al Señor de su salvación de los tres niños en el ardiente horno, y de Daniel en el foso de los leones], y por otro, “prepare to meet thy God, O Israel!” [¡prepárate para encontrarte con tu Dios, Oh Israel!], Cugoano expresará su ventajosa posición final haciendo uso del capítulo cuarenta y cinco del Génesis. Así, comparándose con José, quien llega a ser faraón tras ser vendido por sus hermanos a los egipcios, nuestro autor concibe su venta como esclavo como un plan divino necesario para alcanzar su recompensa final. La vida del africano cobra sentido para el lector entonces cuando Cugoano señala, “and, in some manner, I may say with Joseph, as he did with respect to the evil intention of his brethren, when they sold him into Egypt, that whatever evil intentions and bad motives those insidious robbers had in carrying me away from my native country and Friends, I trust, was what the Lord intended for my good” [y, de alguna manera, pueda decir con José, como él dijo respecto a la malvada intención de sus hermanos, cuando le vendieron a Egipto, que cualquiera que fuesen las malvadas intenciones y los malos motivos de esos pérfidos bandidos en llevarme lejos de mi tierra natal y de mis amigos, confío, que era lo que el Señor dispuso para mi bien].

Sin embargo, la influencia de la Biblia no se limita a estas referencias directas en la narrativa, sino que se manifiesta indirectamente a través del contenido expresado por Cugoano en la obra. Los argumentos proesclavistas esgrimidos por los europeos, que tenían como fundamento ciertos pasajes del texto sagrado, condicionan la rememoración de la vida del africano. Si bien, como vimos, la narrativa se enmarca en la lucha abolicionista, el tratamiento que hace Cugoano de la esclavitud no se aleja del plan de sumisión que los occidentales habían preparado para la explotación de sus compatriotas. De este modo, mientras el autor denuncia la amplitud de la trata de esclavos al afirmar que “I must own, to the shame of my own countrymen, that I was first kidnapped and betrayed by some of my own complexion, who were the first cause of my exile, and slavery; but if there were no buyers there would be no sellers” [debo admitir, para vergüenza de mis propios paisanos, que primero fui raptado y traicionado por algunos de

mi misma complejión, que fueron el motivo principal de mi exilio, y esclavitud; pues de no haber compradores no habría vendedores], Cugoano justifica la esclavitud toda vez que sirve al africano para conocer a Dios. De acuerdo con esta teoría, los africanos no eran secuestrados de su tierra natal, sino rescatados del paganismo, de tal manera que, en lugar de ser esclavizados, eran liberados gracias la posibilidad de la salvación eterna cristiana en América (Pierce, 2005: 129).

No obstante, Pierce revaloriza los novedosos logros literarios de la narrativa en favor de la causa del esclavo negro. Por primera vez, indica, un africano utilizaba el lenguaje y los tropos culturales de su opresor para hacerle frente en la encarnizada lucha propagandística que se venía lidiando por aquellos años en torno al comercio de esclavos y la esclavitud. La reinterpretación de las escrituras para condenar las barbaridades de los esclavistas, incluso sin cuestionar la esclavitud, le demuestra a la estudiosa que la palabra de Dios pasa a ser en la obra un arma de doble filo, ya que posibilita al oprimido entablar finalmente combate y vencer al opresor con sus propios medios. En este sentido, afirma que

“for the African American writers [...] it was not enough to be taught that one is a sinner, in need of repentance, full of ungodliness and worldly lusts, and inferior to the civilized white man. It was not enough to have faith in a God who promised salvation in the afterlife, but prohibited agitating for change in this world. It was not enough to be taught that the elevation of masters and the degradation of slaves was a legitimate and divinely sanctioned hierarchy. It was not enough merely to listen to the word of God, without being allowed to read and interpret for oneself” [para los escritores afroamericanos [...] no era suficiente que les enseñasen que eran pecadores, que necesitaban arrepentirse, repletos de impiedad y deseos terrenales, e inferiores al hombre civilizado blanco. No era suficiente que tuviesen fe en un Dios que les prometía la salvación en la otra vida, pero que les prohibía hacer campaña por un cambio en este mundo. No era suficiente que les enseñasen que la superioridad de los amos y la degradación de los esclavos era una jerarquía divinamente legitimada y sancionada. No era suficiente que únicamente escuchasen la palabra de Dios sin que pudiesen leerla o interpretarla por ellos mismos (Pierce, 2005: 133).

Con todo y con ello, la huella de las narrativas de conversión se intuye además en la estructuración del testimonio de Cugoano. Tal y como sucedía en algunas narrativas de cautivos, los relatos espirituales comienzan —por regla general— con la presentación de la familia y el origen del protagonista, su niñez y algunos episodios significativos de su juventud que justifican la conversión o el cautiverio del personaje en este caso. Este

patrón quedó definido desde los comienzos del género espiritual pues, como puede observarse en *Grace Abounding to the Chief of Sinners*, Bunyan da inicio al relato con la rememoración tanto de su linaje, como de una sarta de episodios variopintos que, vistos en retrospectiva desde el final de la obra, adquieren completo sentido. Cugoano seguirá así este modelo hasta el momento de su captura cuando, en lugar de centrarse en su conversión religiosa, el joven africano lucha por sobrevivir en el salvaje mundo de la esclavitud colonial.

2.6.3.6. —Relatos de aventuras

Sin embargo, no serán las narrativas de cautivos ni los relatos de conversión espiritual los únicos géneros literarios de los que Cugoano se hubiese podido servir para la confección de su obra. Aunque ya de forma menos significativa, las correrías del joven africano aluden también a los relatos de aventuras, una tendencia narrativa en plena expansión durante la época. De acuerdo con la definición del género que ofrece Martin Burgess Green en su libro *Seven Types of Adventure Tale: an Etiology of a Major Genre*, podemos limitar los textos que pertenecen a esta tradición a aquellos que contienen aventuras, tomando como punto de referencia en este propósito que “the adventure is about killing, conquering, dominating other people and countries or about building up hierarchies and empires of power” [la aventura es sobre asesinatos, conquistas, dominación de otras gentes y países o sobre la construcción de jerarquías e imperios de poder] (1991: 28). Esta definición no se limita en exclusividad a los textos de carácter totalmente ficcional, pues gran parte de la literatura de aventuras se corresponde con obras basadas en hechos reales. Así, dentro de estas obras, encontramos narrativas de viajes, libros de exploradores, relatos de guerra o biografías (Green, 1991: 37-38).

No obstante, la popularidad de los libros de aventuras se debe tanto a la rapidez con que se desarrolla la acción, como a los momentos de tensión que mantienen en vilo al lector. Este estrés narrativo, característico de los relatos de aventuras, se sirve de los miedos y de la angustia que genera el protagonista entre el público cuando se ve inmerso en distintas situaciones que ponen en peligro su integridad física o moral. Las particularidades de esta técnica eran bien conocidas en la época en que escribe Cugoano, pues ya para entonces habían sido publicadas muchas de las grandes obras del género, entre las que destacan, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (1719), *Viaje al centro de la*

Tierra de Julio Verne (1864) o *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson (1883). Del conjunto de estos libros saldrá definido un modelo bastante claro para los textos posteriores del género, el cual desarrollará un manido patrón reconocible por la continua repetición narrativa de secuencias similares a las que Green propone como ejemplo cuando indica que “the anxieties of awaking to hear someone try the door of your room, and the subsequent straining of eyes and ears, the glimpse of a knife raised above you, the twist of your body just in time to escape the thrust —such a sequence may fairly represent the clichés or conventions of adventure” [la ansiedad de despertarse al escuchar a alguien intentar abrir la puerta de tu habitación, y el posterior forzar de ojos y oídos, el destello de un cuchillo sobre ti, el movimiento del cuerpo que te libra justo a tiempo de la estocada —tal secuencia puede representar con justicia los clichés o convenciones de la aventura] (1991: 37).

Una lectura rápida del texto de Cugoano descarta *a priori* el empleo de esta técnica compositiva en el relato de sus aventuras. No existen en la narrativa momentos de tensión similares a los generados en los excitantes episodios que pueblan las páginas de los libros de este género de acción. Pese a ello, Cugoano sí que nos cuenta sus hazañas como si de aventuras se tratase. Frente al interés que despierta el desconocimiento de lo que le pueda pasar al protagonista en las narrativas de aventuras, el escritor africano aclara cualquier incertidumbre en torno a la historia al anticipar generalmente la conclusión de lo sucedido desde el comienzo del lance. De esta manera, leemos que el esclavo se libra de la estocada antes de narrar los peligros que le acechan,

“this Lord of Hosts, in his great providence, and in great mercy to me, made a way for my deliverance from Grenada. Being in this dreadful captivity and horrible slavery, without any hope of deliverance, for about eight or nine months, beholding the most dreadful scenes of misery and cruelty, and seeing my miserable companions often cruelly lashed, and, as it were, cut to pieces, for the most trifling faults; this made me often tremble and weep, but I escaped better than many of them” [este Señor de los ejércitos, en su gran providencia, y apiadándose grandemente de mí, abrió el camino para liberarme de Granada. Estando en este atroz cautiverio y en esta horrible esclavitud, sin ninguna esperanza de liberación, durante unos ocho o nueve meses, contemplando las más atroces escenas de miseria y crueldad, y viendo a mis miserables compañeros a menudo cruelmente azotados, y, por así decirlo, hechos pedazos, por las cosas más insignificantes; a menudo me hacía temblar y llorar, pero escapé mejor que muchos de ellos].

Además, la obra de Cugoano coincide con los relatos de aventuras en varios aspectos fundamentales, el primero de los cuales guarda relación con el protagonista. Al igual que el personaje de la narrativa, los libros de aventuras utilizan con frecuencia personajes situados fuera de la sociedad. Robinson Crusoe o Huckleberry Finn —amén de muchos otros— son claro ejemplo de esta situación²⁶⁴. El joven africano, pese a su buena posición social en África, se convierte en un marginado en América. Su nueva posición de esclavo le impide una incursión real en la sociedad y le niega cualquier tipo de participación en la vida colonial que fuese más allá del desempeño de la actividad asignada en las plantaciones de Granada. En este sentido, el protagonista de Cugoano coincide con los héroes del género de aventuras ya que, como indica Green, “if we consider adventurers outside fiction [...] all of [them] are by definition outlaws but differ on how much of their life they spend outside the law” [si consideramos a los aventureros fuera de la ficción [...] todos [ellos] son por definición proscritos, pero difieren en el tiempo que han pasado fuera de la ley durante su vida] (1991: 29). De esta forma, a los consabidos tipos del pirata, contrabandista o criminal, se suma ahora la figura del esclavo.

El segundo aspecto de los relatos de aventuras que aparece en la narrativa se desprende del carácter liminal de su protagonista. La extrema situación del esclavo en las plantaciones británicas del Nuevo Mundo configura un espacio con reglas propias al margen de la sociedad. De acuerdo con Green, este espacio se configura a modo de frontera, configurando una realidad que, según explica, “requires things from men (and of women, but especially men) that are different from what the center requires; it demands skills and qualities that are not those of the law-abiding citizen. The frontier is always the locus of adventure” [require cosas de los hombres (y de las mujeres, pero especialmente de los hombres) que son diferentes de aquellas que requiere el centro; exige habilidades y cualidades que no son aquellas del ciudadano que respeta las leyes. La frontera es siempre el lugar de la aventura] (1991: 36).

Las específicas demandas de estos territorios liminales suponen un reto para el protagonista. La mera supervivencia se convierte en estas obras en aventura y se asocia, tal y como ocurre en la narrativa, con el rito de paso de la infancia a la edad adulta. La candidez cede paso a una consciente madurez, de tal manera que los personajes deben

²⁶⁴ Véase al respecto el trabajo «Reading the Picaresque: Mark Twain’s *The Adventures of Huckleberry Finn*, Saul Bellow’s *The Adventures of Augie March*, and More Recent Adventures» de Thomas Pughe (1996).

dejar de actuar como niños y convertirse en hombres, de igual manera que el esclavo debe dejar de someterse a su desfavorecida situación para llegar a ser un hombre libre. Así, Cugaono nos presenta su transición a la edad adulta diciendo,

“I was early snatched away from my native country, with about eighteen or twenty more boys and girls, as we were playing in a field. We lived but a few days' journey from the coast where we were kidnapped, and as we were decoyed and drove along, we were soon conducted to a factory, and from thence, in the fashionable way of traffic, consigned to Grenada” [pronto fui sacado de mi país natal, con unos dieciocho o veinte chicos y chicas más, mientras estábamos jugando en el campo. Vivíamos a tan solo unos días de viaje de la costa donde fuimos raptados, y mientras nos engañaban y conducían, pronto nos llevaron a una fábrica, y desde allí, según la moda de la época, nos enviaron a Granada].

No obstante, según se aprecia en la obra de Cugaono, estos espacios fronterizos se hallan dispersos por todo el mundo. De esta manera, los relatos de aventuras tienen lugar en los cinco los continentes, a lo largo y ancho de toda la Tierra. Srinivas Aravamudan, en su participación en *The Cambridge Companion to Daniel Defoe*, observa cómo las ficciones del escritor inglés destacan por una amplia movilidad espacial. En sus obras se analizan distintos tipos sociales representativos de la época, a la par que los movimientos migratorios más frecuentes. Dentro de estos movimientos, comprueba cómo Defoe hace particular mención al transporte de africanos a suelo americano dentro del circuito colonial trasatlántico. De este modo, indica que la “adventure appears to be a way of investigating the global, and its financial and commercial implications” [aventura parece ser una manera de investigar lo global y sus implicaciones comerciales y financieras] (2008: 60). Cabe señalar que, frente a los personajes de Defoe, el protagonista de la narrativa no participa de forma voluntaria en este trasiego intercontinental que le lleva de África a las colonias británicas en América, y de Granada a Inglaterra. Sin embargo, ilustra con su ejemplo la movilidad del hombre occidental que hace del mundo su lugar de juego, pues Cugaono es trasladado de un vértice a otro del triángulo que dibuja el comercio occidental de esclavos en la obra.

Así, la tercera coincidencia de la narrativa con los relatos de aventuras está ligada al interés expansionista colonial. Describir la realidad de los nuevos lugares descubiertos por el hombre blanco implicaba mostrar al mundo los términos en los que se producía la colonización, una actividad que con frecuencia ponía en evidencia el lado más oscuro del ser humano. En esta línea, Aravamudan destaca que “adventure is not just about self-

aggrandizement through financial motives, but the sadistic pleasure that can come from the wanton destruction of other people and places” [la aventura no trata solo de enriquecerse a través de medios financieros, sino del placer sadístico que puede derivarse de la desenfrenada destrucción de otras gentes y lugares] (2008: 62).

El testimonio de Cugoano da buena cuenta de ello, pues narra de manera indirecta la barbarie de las aventuras empresariales occidentales. La crueldad ejercida por los europeos tiene reflejo en las detalladas descripciones tremendistas que, como vimos, salpican la obra. De esta manera, el realismo de la narrativa coincide de nuevo con la verosimilitud de los relatos de aventuras, los cuales retratan con la mayor fidelidad posible las distintas facetas de la perversión humana. Este retrato, sin embargo, no se produce, como sucede en la obra de Cugoano, a modo de protesta o denuncia, sino que más bien responde a fines literarios, pues concibe, según indica Aravamudan, la “exploration of genocidal violence as also part and parcel of the topoi of adventure, commerce, and empire” [exploración de la violencia genocida como parte y encomienda también de los topoi de la aventura, el comercio y el imperio] (2008: 62). La violencia de la narrativa, entonces, recibe la influencia de los relatos de aventuras al ser consecuencia directa de los juegos colonialistas de los europeos.

No obstante, el análisis de la factura genérica de la autobiografía de Cugoano no termina con los relatos de aventuras. La comparativa del texto con todos los géneros anteriores nos muestra los posibles modelos que permiten explicar muchos de los rasgos fundamentales de la obra. Es a través del estudio de las distintas corrientes literarias del momento que la narrativa adquiere su verdadero valor, pues proporciona al investigador las claves para desentrañar tanto su significado como obra, como el panorama cultural general de la época. Así, como viene siendo habitual, una vez valorada la posible huella de las distintas tradiciones anglosajonas, pasaremos a considerar los elementos característicos de la obra desde una tradición foránea como es la novela picaresca española. El objetivo, una vez más, será esclarecer la posible herencia hispana de las narrativas que constituyen el género de esclavos en lengua inglesa.

2.6.4. La tradición picaresca en la obra de Quobna Ottobah Cugoano

La peculiaridad de la autobiografía de Cugoano, cuyas páginas se insertaron con acierto en la obra más famosa del autor africano, *Thoughts and Sentiments*, constituye un reto para cualquier estudioso interesado únicamente en el breve texto que contiene la vida del autor. Difundida con anterioridad al libro en que se incluye, la narrativa ha pasado con frecuencia desapercibida y no ha merecido la atención necesaria dentro de los trabajos académicos publicados sobre la producción literaria del escritor africano. Ante este panorama, el reto que supone el análisis de la tradición picaresca en la narrativa de Cugoano es aún mayor que en las obras de los autores angloafricanos previos. No solo el número de publicaciones que tienen la narrativa como objeto de estudio principal o exclusivo es escaso, sino que además no existe en tales trabajos referencia crítica alguna a la tradición hispana que nos ayude a abordar el análisis comparativo de la autobiografía que aquí proponemos. Al igual que sucedía con la obra de James Albert, la totalidad de aproximaciones críticas a la narrativa de Cugoano se ha constreñido a los límites culturales del mundo anglosajón en el que surge, de ahí que no tengamos constancia de trabajos que hayan considerado la posible presencia de otras tradiciones literarias europeas, como la novela picaresca, en la obra. En este sentido, si bien Ogude señala que Cugoano, a la hora de dar forma a su relato, se sirvió de “various forms: occasional verses, rhetorical addresses, pure propaganda, pseudo-realistic voyage tales and the chit-chat of the epistolary form” [varias formas: versículos puntuales, alocuciones retóricas; pura propaganda, relatos de viaje pseudo-realistas y la conversación de la forma epistolar]; la amplitud que alcanzan estos modelos dentro de las letras occidentales se restringe en el análisis de la narrativa a sus manifestaciones en lengua inglesa (1983: 20).

Los resultados arrojados hasta el momento por este proceder comparativo en las obras de Briton, Arthur y James Albert, hacen necesario rastrear la huella de la novela española en la narrativa de Cugoano en tanto que integrante del género de esclavos. La plausible explicación de gran parte de los elementos compositivos que estructuran los anteriores títulos del género a través de la picaresca abre la puerta una vez más a la consideración de un trasvase entre tradiciones literarias dentro de la narrativa. No obstante, si bien el rastreo de los rasgos constitutivos —tanto temáticos como formales— de la poética picaresca resultaba ya una tarea compleja en los obras previas, el relato de la vida del africano se verá condicionado, además, por la brevedad del texto.

Como venimos señalando para todas las obras de estos autores, no se pretende obtener del estudio comparativo que realicemos una respuesta absoluta sobre la influencia directa —o no— de la picaresca en la narrativa de Cugoano. La distancia temporal, la asimilación de la poética picaresca por otras tradiciones literarias anglosajonas, así como la explicación de ciertos rasgos picarescos a partir de un desarrollo coincidente dentro de algunos textos literarios ingleses, impiden arrojar conclusiones taxativas de nuevo. Pese a ello, la mera consideración de los elementos constitutivos de la narrativa del escritor africano desde el género picaresco y su posible explicación desde las letras españolas suponen un avance en los trabajos críticos realizados hasta la fecha, a la par que abren nuevas hipótesis de estudio para la obra. Al fin y al cabo, como apunta Ogude, no parece acertado descartar ninguna influencia literaria por lejana que sea toda vez que “the dilemma of the black writer lies in the absence of a genuine literary culture that can sustain the demands of his peculiar concern” [el dilema del escritor negro reside en la ausencia de una cultura literaria genuina que pueda sostener las demandas de su particular interés] (1983: 7). Consecuentemente, recuperaremos el proceder comparativo realizado en las obras de los anteriores escritores africanos del género de esclavos. Así, escudriñaremos la obra en busca de rasgos propios de la novela hispana mediante la evaluación de los elementos definitorios de la picaresca fijados por Lázaro Carreter en «Para una revisión del concepto novela picaresca» que pudieran tener reflejo en la obra (1970).

Según viene siendo habitual, dividiremos el análisis de la obra conforme a la naturaleza temática o formal de los rasgos picarescos considerados. De este modo, comenzaremos señalando la naturaleza marginal u *outsider* del protagonista dentro de los elementos temáticos de la narrativa. Alberto del Monte, en su *Itinerario de la novela picaresca española*, define al pícaro como “el eterno protagonista de la vida errada, de la falta de suerte, del esfuerzo inútil, del nomadismo sin gloria” (1971: 11). De acuerdo con el crítico, la trayectoria del pícaro se desarrolla con frecuencia de espaldas a los cauces habituales fijados para el individuo dentro de la sociedad. Las distintas tentativas del protagonista por hacerse un hueco entre las personalidades del momento fracasan estrepitosamente o son, en última instancia, cuestionables en su logro. No obstante, los héroes de las novelas picarescas parten de la situación desventajosa que les otorga su nacimiento. La bajeza de su origen condiciona desde la cuna las posibilidades del protagonista, una situación que se observa en el similar desarrollo literario del personaje en el conjunto de los textos del género hispano. Sea cual fuere la personalidad del pícaro,

según se observa en la oposición Lázaro-Guzmán, el personaje siempre se verá sometido a una serie de limitaciones que frenarán, pese a sus múltiples engaños, la remota posibilidad de alcanzar una posición social segura y respetable.

Por este motivo, el relato picaresco da comienzo con la presentación de la parentela y la llegada al mundo del protagonista. Lázaro, por ejemplo, inicia la rememoración de su vida señalando “que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca”, cuyo “nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre” (*Lazarillo*, 2006: 12). Además, dentro de esta pequeña exposición, el personaje hace referencia al oficio del padre por ser determinante en el posterior devenir de la historia cuando nos cuenta que “tenía el cargo de proveer una molienda de una aceña que está en la ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años” (*Lazarillo*, 2006: 13) y que “siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padesció persecución por justicia” (*Lazarillo*, 2006: 14).

En esta línea, Cugoano identificará nada más comenzar la narrativa tanto el lugar en el que vio la luz por primera vez, “I was born in the city of Agimaque, on the coast of Fantyn” [nacé en la ciudad de Agimaque, en la costa de Fantyn], como el empleo de su progenitor, “my father was a companion to the chief in that part of the country of Fantee” [mi padre formaba parte de la compañía del jefe de aquella parte de la región de Fantee]. De igual modo en que la infancia de Lázaro vine marcada por el —mal— desempeño laboral del cabeza de familia, que obliga a su madre a intentar mantener al protagonista y a su hermano por todos los medios posibles hasta que encomienda a Lázaro al ciego, Cugoano vivará con la familia real gracias a la elevada posición del padre y, tras la muerte del rey, será acogido por su hijos hasta que es mandado llamar por su tío, momento en que cambiará su suerte. De esta manera, a pesar de que la similitud de estos pasajes introductorios es incuestionable, las diferencias también son notables pues, tal y como era el caso de James Albert, el protagonista de la narrativa no proviene de una estirpe deshonrosa como la de Lázaro y, “if not quite born to royalty like Gronniosaw, Cugoano’s family nevertheless enjoyed the intimate acquaintance of royals” [si bien no de orígenes reales como Gronniosaw, la familia de Cugoano disfrutará en todo caso de una relación muy estrecha con la realeza] (Gates, Jr., 1998: 13).

No obstante, además de la ignominia que produce su linaje vil, el pícaro tampoco cuenta con los medios materiales necesarios para labrarse una vida decente, ni con una red de apoyos sólida como sucede en el caso de Cugoano. Pese a ello, tal posición ventajosa de nada le servirá al joven africano. Secuestrado y vendido como esclavo a las colonias británicas en América, Cugoano pronto será despojado tanto de sus riquezas, como de su familia y de su círculo de amistades, de ahí que resuma su nueva situación indicando que “let it suffice to say that I was thus lost to my dear indulgent parents and relations, and they to me. All my help was cries and tears, and these could not avail” [basta con decir que desaparecí para mis queridos y buenos padres y parientes, y ellos para mí. Toda mi ayuda fueron lloros y lágrimas, y estos no servían]. Esta nueva situación igualará a ambos personajes en su desdicha social y su carácter marginal pues, como explica Zafar, la nueva identidad de Cugoano se asimilará a la posición del pícaro toda vez que “if any person could count himself as having owed little or nothing to birth, relationship, [or] friendly surroundings, it would be the American slave” [si hay una persona de la que puede decirse que deba poco o nada al nacimiento, relación [o] entorno favorable, esta es el esclavo americano] (1997: 113).

Es interesante, sin embargo, notar que Cugoano incluye en el relato la figura del tío como persona destacada dentro de su parentela, la cual jugará un papel crucial —si bien involuntario— en su futuro. Lázaro y Guzmán, por el contrario, no cuentan con más familia que sus progenitores —a pesar de las alusiones del pícaro de Alfarache a sus abuelos—, de ahí que salgan al mundo sin mayor amparo que su picardía. Pablos, frente a ellos, recibirá noticias de su tío cuando mueren sus padres, “en este tiempo, vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón” (Quevedo, 2001: 55). La importancia del personaje es máxima, pues es el tío quien da fin a la vida de su padre, y pone al corriente además al protagonista de su soledad en el mundo tras avisarle de que su madre correrá una suerte similar después de ser condenada por la Inquisición y hallarse a la espera de recibir un castigo que probablemente acabará con su vida, “de vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo” (Quevedo, 2001: 57). Una rápida comparativa de la novela de Quevedo con la narrativa demuestra que, pese a no conocerse mucho de la figura del tío de Cugoano, tal y como sucede en *El Buscón*, donde leemos que “verdugo era, si va a decir la verdad, pero un águila en el oficio; vérselo hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar” (55), en ambos textos el protagonista es despojado de sus padres por las acciones

del pariente —el tío de Pablos pone fin a la vida de su padre y el tío de Cugoano será quién lo separe, sin querer, de su familia para siempre—. Por este motivo, Guillén indica al estudiar las obras del género español y su descendencia que “there are many instances, it appears, of the prominent role played by uncles in the picaresque” [hay muchos ejemplos, según parece, del prominente rol jugado por los tíos en la picaresca] (1971: 87).

En cualquier caso, la dificultad de la situación de los protagonista de cada tradición convierte su existencia vital en una azarosa aventura donde nada está asegurado. Sin mucho que perder, los personajes de ambos géneros lucharán por sobrevivir dentro de un medio hostil aun poniendo en riesgo sus vidas. De esta manera, la supervivencia de los héroes requiere de ciertas estratagemas que les permitan abandonar las duras condiciones que impone la marginalidad social en la que se encuentran y participar por instantes de las ventajas que gozan los más privilegiados. Al observar los distintos ardid es empleados, Sayre destaca la valentía y el sano juicio del que hacen gala los personajes para poder burlar las normas establecidas (2000: 5). Sin embargo, si bien los dos protagonistas se sirven de la picardía para sobrevivir, el esclavo cuenta con una clara desventaja frente al héroe hispano. Mientras que el pícaro en los relatos españoles consigue codearse con la gente de bien o engañar a sus semejantes mediante, por ejemplo, la creación de una nueva identidad, el esclavo africano no tiene esa opción debido a la manifiesta tonalidad de su piel.

La segregación racial de la sociedad colonial británica, que relegaba al hombre negro al último escalafón social, impedía cualquier tipo de mejora personal para el africano que no pasase, de un modo u otro, por el sometimiento a la caprichosa voluntad de un amo blanco. A. Leon Higginbotham, Jr. analiza la cuestión racial en la legislación colonial para los territorios británicos de ultramar en su obra *In the Matter of Color: Race and the American Legal Process. The Colonial Period* y concluye que, cuando se trataba de promulgar leyes,

“there was always the issue of whether or not blacks were inherently inferior to whites. If blacks could be perceived as inferior, basically uneducable and inherently venal, it might be intellectually less self-condemnatory to relegate them because of their ‘lower status’ to a subordinate role —either for ‘their own good’ or, as one judge had the audacity to express it, for the good of the total society, whites and blacks alike” [surgía siempre la cuestión de si los negros eran o no inferiores a los blancos por naturaleza. Si los negros podían ser considerados como inferiores, básicamente ineducables y corruptibles por naturaleza, sería

intelectualmente menos autocondenatorio relegarlos por su ‘bajo estatus’ a un rol de subordinación —ya fuese por su ‘propio bien’ o, como un juez tuvo la osadía de decir, por el bien de la sociedad en general, de negros y blancos por igual] (1978: 10).

Ante este panorama, resulta adecuado recordar las palabras de Nichols respecto a la diferencia fundamental entre tipos literarios, pues establecía, según vimos, la clase social como marca distintiva del pícaro, frente a la raza para el caso del esclavo (1985: 287).

No obstante, si bien hasta ahora el protagonista de las narrativas de cautivos actúa de forma semejante al pícaro de las novelas españolas al renegar de su identidad para ganarse la vida, tal y como ocurre en *El Guzmán* y en *El Buscón*, Cugoano reivindicará la causa del africano haciendo gala de su diferencia. Así, mientras Briton oculta al lector los particulares que acompañan a su condición de esclavo y James Albert tiene por gusto anteponer su religiosidad a su origen, Cugoano rompe una lanza en favor del hombre de color, abraza plenamente su singularidad y defiende abiertamente sus derechos.

Esta defensa del africano, en la que radica la novedad de la obra, distancia al protagonista de la narrativa de la tradición picaresca. De manera opuesta al héroe español, no se recoge en la obra del esclavo ningún pasaje donde Cugoano intente deshacerse del lastre que supone su singularidad con el fin de sobrevivir. No aparecen tampoco las conocidas artimañas picarescas en el desarrollo de sus aventuras, pues el testimonio del escritor configura al personaje como un ente pasivo a merced de las circunstancias y de la voluntad ajena. El único momento en que el africano actúa en la narrativa será cuando, amparado por la colectividad de sus paisanos, participe en el plan para prender fuego al barco y acabar con su sufrimiento, “a plan was concerted amongst us, that we might burn and blow up the ship, and to perish all together in the flames” [organizamos un plan entre nosotros para poder dar fuego y hacer estallar el barco, y perecer todos juntos entre las llamas]. La diferencia con el héroe picaresco es clara, ya que el esclavo no se sirve de su sagaz intelecto para medrar, sino que se suma a la voluntad común de suicidio. Así, podemos afirmar que no será hasta que Cugoano se decida a escribir su relato —gracias a la posibilidad que le brinda su amo de estudiar—, que el escritor tome finalmente las riendas de su vida en la narrativa y desvele con su ejemplo las penurias inherentes a la condición africana. Se observa, con todo, que la formación que recibe Cugoano no es empleada por el protagonista a modo picaresco, sino que, como señala Sandiford, “Cugoano readily appreciated the power of literacy as a necessary tool in the struggle for personal and collective liberation. He firmly resolved to use his own education chiefly to

provide effective leadership for the powerless Black community” [Cugoano rápidamente comprendió el valor de saber leer y escribir como una herramienta necesaria en la lucha por la liberación personal y colectiva. Decidió firmemente utilizar su propia educación principalmente para proporcionar un liderazgo eficaz a la desvalida comunidad negra] (1988: 94).

Como puede observarse entonces, el protagonista de la narrativa no comparte el individualismo que caracteriza, según Chandler, al pícaro en sus ansias de medro. El egoísmo del héroe español, que le lleva a interesarse únicamente por su situación, no tiene reflejo en la obra de Cugoano. Así, mientras Lázaro, una vez casado y con trabajo garantizado, se despreocupa de las habladurías de “las malas lenguas que nunca faltaron ni faltarán, [que] no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer” (*Lazarillo*, 2006: 132) al arcipreste que posibilitó su avance, el africano renuncia a cualquier ventaja que le proporcione el silencio de su afortunada posición —afortunada en comparación con el grueso de la población negra en occidente— para anteponer el bien de sus paisanos al suyo propio. De esta forma, la rememoración de la trayectoria vital de Cugoano no busca justificar sus acciones pasadas desde el momento presente a la manera de Lázaro, sino que narra sus peripecias para combatir el sufrimiento general padecido por sus compatriotas a causa de su color, ya que como se aprecia en la narrativa, “he consistently refers to other Africans and Afro-Britons as men ‘of my own complexion’” [se refiere de manera constante a otros africanos y afro-británicos como hombres ‘de mi misma complejión’] (Wheeler, 2001: 32).

No obstante, pese a que el héroe de la narrativa no comparte ni las tretas ni la individualidad del pícaro en su batalla por sobrevivir, se aprecia en él tanto la evolución psicológica, como la naturaleza solitaria y habladora con la que el crítico anglosajón define al protagonista de las novelas españolas. Ciertamente es el cambio que se produce en el esclavo no va de la inocencia a la maldad como suele ocurrir en la picaresca. Sin embargo, el protagonista de la narrativa comparte con el héroe hispano la maduración del personaje una vez se encuentra solo y a merced del mundo. La importancia de esta evolución es clave en ambas tradiciones literarias, pues supone un antes y un después tanto en la personalidad del protagonista como en su manera de ver el mundo. Luis Villamía, en su estudio «Sobre la historiografía del género picaresco: pliegues modernos de la literatura del pobre», explica la centralidad del paso de la infancia a la edad adulta en el desarrollo psicológico del pícaro cuando señala que

“no hay por tanto picaresca sin la presencia de la infancia o de la mocedad. Hay una razón evidente para reiterar la inclusión de este atributo con tanta frecuencia: la entrada al mundo sucederá por medios hostiles o violentos, se detalla el punto de mutación –asumido en algunas novelas como una suerte de ritual- y el inicio de un proceso de aprendizaje hasta alcanzar ‘habilidades y agudeza’ como dice Pablos o ‘sutileza y buenas mañas’ en palabras de Lázaro. Las etapas descritas previas a ese punto de inflexión son siempre un período relativamente difuso, marcado por ese ‘desgarrarse’, como se describe en varias obras, es decir, el desarraigo voluntario o forzoso del amparo familiar, normalmente deteriorado y hostil” (2011: 51).

La incorporación del periodo de inocencia del personaje en el relato deja entonces de ser una elección temática para pasar a ser un rasgo estructural de la novela picaresca, una similitud que se comparte la narrativa.

De igual forma que Lázaro despierta al mundo tras la calabazada que le propicia el ciego, Cugoano configurará su testimonio en dos partes bien definidas a partir del momento en que es secuestrado, cuando nos dice ser “brought from a state of innocence and freedom, and, in a barbarous and cruel manner, conveyed to a state of horror and slavery” [sacado de un estado de inocencia y libertad, y, de una manera bárbara y cruel, transportado a un estado de horror y esclavitud]. Además, esta toma de conciencia del protagonista ocurre en la narrativa en circunstancias parecidas al momento en que el pícaro abre los ojos a la realidad, esto es, a través de un episodio de carácter violento, tal y como defiende Villamía, y una vez se encuentra solo y desprovisto de la protección de su entorno (2011: 51).

Esta soledad, que es la única compañera de viaje del pícaro en sus aventuras, acompañará también a Cugoano durante la obra. A lo largo de las páginas del relato, el protagonista se halla en tierra de nadie. Por un lado, es ignorado por europeos, entre los cuales no cuenta con más ayuda que la proporcionada por su amo en Inglaterra y, por otro, se distancia del resto de africanos toda vez que consigue evadir el cruento destino de la mayoría de ellos en las colonias americanas. No obstante, esta separación de sus semejantes se produce además en términos culturales. De acuerdo con Edwards y Dabydeen, la instrucción que Cugoano recibe en el Inglaterra no solamente no le acerca al hombre blanco, sino que le aleja de sus compatriotas pues, como prueban a través del testimonio del personaje, “acquiring a British education had already removed [him], intellectually, from the mass of black slaves in the Caribbean and North America, and

culturally from their own communities in Africa” [adquirir una educación británica ya [le] había apartado, intelectualmente, de la masa de esclavos negros en el Caribe y Norteamérica, y culturalmente de sus propias comunidades en África] (2007: xiii).

En este sentido, se antoja oportuno unir entonces la falta de compañía con las dotes oratorias de los personajes. Ciertamente es que no se recogen parlamentos ni intercambios lingüísticos del protagonista en la obra de Cugoano, un hecho que *a priori* invalidaría este rasgo en la narrativa. No obstante, el carácter hablador del pícaro, que toma cuerpo en forma de relato, surge además en las novelas españolas como consecuencia de un encuentro comunicativo con fines diversos según cada caso. Cabo Aseguinolaza, en su obra *El concepto de género y la literatura picaresca*, defiende esta hipótesis cuando asegura que “el protagonista picaresco no actúa; habla. O, si se quiere, actúa hablando. Todas sus andanzas [...] son, en primer lugar, parte de un discurso” (1992: 74).

Algunas de las características de este discurso se manifiestan en los textos españoles de forma clara. Las apelaciones a un narratario real o ficticio inundan los relatos picarescos, tanto si se trata de un individuo concreto —como Vuestra Merced en el caso del *Lazarillo*—, o un receptor universal —tal y como sucede con el *curioso lector* en *El Guzmán*—. Además, las numerosas digresiones a tenor de la idea principal, así como la frecuente reformulación de los enunciados, acercan el discurso escrito de las novelas a la comunicación oral, de carácter más espontáneo e improvisado. No obstante, existen grandes diferencias entre la expresividad de cada pícaro. Mientras que Lázaro se muestra comedido y temeroso ante su interlocutor, Guzmán desplegará todos sus encantos dialogísticos ante el lector. Así, la sencillez y precisión del *Lazarillo* se llena de ampulosidad en *El Guzmán*, o de recursos literarios en *El Buscón*.

Estas marcas dialogísticas, sin embargo, no son tan evidentes en la narrativa de Cugoano. Frente a la verborrea de Guzmán, el esclavo no se pierde ni se entretiene en digresiones al paso que se alejan de la idea principal que quiere transmitir a su interlocutor. La reformulación no tiene cabida tampoco en las páginas del relato de Cugoano: la sencillez de su estilo hace que no sea necesaria una explicación de lo anteriormente enunciado. No obstante, las características discursivas de la narrativa se acercan, por el contrario, a los rasgos de la enunciación del *Lazarillo*. Así, si el pícaro de Alfarache aborda el asunto de la discreción en el habla señalando que

“discreción es considerar, antes que les digan, lo que pueden oír y, antes que hagan, el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro: que a una libertad hay otra, lenguas para lenguas y manos para manos. Todas las cosas tienen su razón y a todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en ti que aun tu secreto será o puede ser para el otro público, y te podrá responder con obras o palabras lo que no querrás oír ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderío, que si en tu rostro no dijeren tu afrenta, iránla publicando a todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningún enemigo es bueno por flaco que sea: de una centelluela se levanta gran fuego. ¡Qué cosa tan honrosa, qué digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriendados y justados con la razón, para que no se les atrevan y los pongan en ocasión! ¿No ves cómo lo anduvo un arriero?” (Alemán, 2009: 209),

el del Tormes será menos expresivo y más certero cuando hable del tema diciendo, “mirá, si sois mi amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por amigo al que me hace pesar” (Lazarillo, 2006: 134); un estilo este último más acorde con el discurso de Cugoano.

De esta manera, se documentan sutilmente ciertas marcas discursivas en el parlamento del africano, tal y como se aprecia cuando dice, “so far as I can remember, some of the Africans in my country keep slaves, which they take in war, or for debt; but those which they keep are well fed, and good care taken of them, and treated well; and as to their clothing, they differ according to the custom of the country” [hasta donde puedo recordar, algunos de los africanos en mi país tienen esclavos, que hacen en la guerra, o por deuda; pero a aquellos con los que se quedan se les alimenta bien, y se les da buen cuidado, y se les trata bien; y respecto a la ropa, se diferencian según la costumbre de la zona], donde se observa una pequeña digresión a colación del tema principal —a saber, la esclavitud— introducida de forma espontánea mediante una fórmula típica de la oralidad. No obstante, pese a que tanto Cugoano como Lázaro coinciden en muchos de estos elementos propios del discurso hablado, se diferencian claramente en el principal: si bien ambos narradores tienen un receptor en mente a la hora de escribir, el esclavo no apela de forma directa a su narratario tal y como hace el pícaro.

Considerados así los elementos que la crítica viene destacando como distintivos del pícaro, es obligado admitir que el protagonista de la narrativa guarda una distancia mayor con el tipo español que sus predecesores dentro del género de esclavos. A pesar de que su relato responde a una situación comunicativa concreta y de que presenta ciertas

notas de oralidad, tal y como sucede en las novelas picaresca, y pese a que la sencillez de su estilo se asemeja al modo de narrar de Lázaro, la inacción de Cugoano en sus aventuras no es propia de personajes de los relatos españoles. Si bien el esclavo comparte la evolución psicológica y la naturaleza solitaria del pícaro, las artes que despliega el protagonista de las novelas hispanas a la hora de sobrevivir no tienen correlato directo en la narrativa. Frente al pícaro, el esclavo de la obra de Cugoano no lucha por mejorar su situación, sino que permanece a la espera de las decisiones de los individuos que le rodean o de una favorable intervención divina que mejore su injusto destino. De esta forma, mientras que Lázaro se busca las mañas para abrir el arca del clérigo cuando no tiene qué comer, “como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que temía en sustentar el vivir” (*Lazarillo*, 2006: 62), Cugoano no hará nada por escapar de su vida en las plantaciones británicas en América, de ahí que su participación en el asunto se limite a decir que “thanks be to God, I was delivered from Grenada, and that horrid brutal slavery. A gentleman coming to England took me for his servant, and brought me away, where I soon found my situation become more agreeable” [gracias a Dios, me liberé de Granada, y de aquella brutal y horrorosa esclavitud. Un caballero que iba a Inglaterra me tomó por su criado, y me llevó lejos, donde mi situación pronto se volvió más agradable].

Una vez establecidas las coincidencias y —sobre todo— las diferencias temáticas de la narrativa con la novela picaresca, fundamentadas principalmente en el análisis comparativo del esclavo del relato de Cugoano con los principales protagonistas de los textos hispanos, haremos lo propio con los rasgos formales picarescos presentes en la obra del africano. El primero de estos rasgos, siguiendo la lista establecida por Lázaro Carreter a la hora de fijar la poética del género, será el uso de la primera persona autobiográfica.

Tal y como sucedía en las anteriores narrativas de esclavo, la atribución del empleo de la primera persona autobiográfica a una única tradición literaria de las múltiples que dejaron su impronta en el texto es una labor —cuanto menos— escurridiza. Como hemos visto, todos los géneros que sirvieron de modelo a Cugoano para la creación de su obra utilizaron esta primera persona narrativa, desde las narrativas espirituales y de conversión, hasta los relatos de aventuras y de cautivos. Parece acertado, no obstante, apostar por una influencia más directa de los textos de carácter religioso, pues es la autobiografía agustina establecida en las *Confesiones* por el padre de la Iglesia a finales

del siglo cuarto el antecedente narrativo evidente de toda la literatura primopersonal posterior. Sin embargo, pese a la claridad en la identificación de la fuente primigenia, el amplio uso de la forma autobiográfica desde el Renacimiento complica el establecimiento de una clara genealogía entre los géneros que la utilizaron debido a su gran fecundidad y popularidad. En este sentido, William Matthews, en *British Autobiography: An Annotated Bibliography of British Autobiographies Published or Written Before 1951*, intenta aportar algo de luz sobre el asunto cuando, partiendo de sus investigaciones sobre la autobiografía en lengua inglesa, señala como herederos directos de esta tradición a los distintos testimonios publicados por los diferentes grupos religiosos durante la época de creación de la narrativa. Esta opinión la sostiene Matthews a partir del análisis de las distintas obras escritas en primera persona que pululaban por el panorama literario de aquellos años ya que, como descubre, las “autobiographies of worldly experience, the accounts of military life, travel and exploration, scholarly and scientific labors, political activities, begin in the same period [but] they are less common than the religious” [las autobiografías de experiencias mundanas, los relatos de vida militar, viajes y exploración, las labores académicas y científicas, las actividades políticas, empezaron en el mismo periodo [pero] son menos comunes que las religiosas] (1955: vii).

Las conclusiones del crítico no deben de ir mal encaminadas, pues Carretta es uno de los muchos académicos que defienden la decisiva influencia de la literatura religiosa en obra de Cugoano. De esta forma, al estudiar la voz narrativa del relato, Carretta se remonta a las fuentes patrísticas cristianas. Los ecos religiosos, indica, resuenan por toda la autobiografía, pues la “narrative force may be explained by approaching the text from the African oral and Christian homiletic traditions” [la fuerza narrativa pudiera ser explicada mediante un acercamiento al texto desde la tradición oral africana y la homilética cristiana] (1999: xxii). Así, si bien parece lógico reconocer el papel decisivo de los géneros de carácter religioso en el relato de Cugoano, cabe puntualizar que todas las autobiografías de esta tradición no son sino el comienzo de la forma moderna — utilizada ya en la narrativa— que emergerá con posterioridad como autobiografía retrospectiva de la expresión individual del protagonista (Hindmarsh, 2005: 18).

Este nuevo modelo de autobiografía, que por aquellos años empezaba a configurarse en las letras inglesas, estaba ya plenamente asentado en la tradición literaria hispana. Uno de los géneros donde se manifiesta es, interesantemente, la novela picaresca, de ahí que sea oportuno escudriñar la posible influencia del género español en el empleo

de la primera persona dentro de la narrativa. La importancia de este rasgo compositivo en las obras hispanas es clave pues, como indica Cabo Aseguinolaza, “las obras picarescas son, o, quizá sea mejor decir, contienen, relatos autobiográficos [...] Tanto es así que se podría decir que no hay obra picaresca [...] sin tal componente autobiográfico” (1992: 48). No obstante, como viene siendo habitual en nuestro estudio, no entraremos aquí a valorar la veracidad del componente biográfico de estas novelas ni de la obra de Cugoano, pues son muchos los interrogantes que existen en torno a la persona de Estebanillo González —obra picaresca auténticamente autobiográfica— y, no menos, respecto al autor de la narrativa²⁶⁵. El análisis de la primera persona autobiográfica se limitará únicamente, entonces, a su consideración en tanto que aspecto compositivo formal de la narrativa.

Las semejanzas en el uso de la primera persona narrativa en la novela picaresca y en el relato de Cugoano son evidentes. Por un lado, la narrativa se suma a la tradición iniciada con el género picaresco de dar voz a seres marginales. Es necesario puntualizar que, al igual que ocurría en la obra de James Albert, el protagonista de nuestra narrativa no es originalmente un *outsider*, sino que goza de una privilegiada y acomodada posición social. Sin embargo, el logro de la obra de Cugoano, tal y como sucede en el texto de James Albert, consiste en recoger el testimonio de un esclavo africano en el mundo occidental. La notable degradación del personaje no viene sino a enfatizar la bajeza de la nueva situación de Cugoano, una posición desde la que dará visibilidad a los miles de esclavos que, al igual que los ganapanes picarescos, pasaban desapercibidos en las manifestaciones culturales de la época.

De esta forma, se vuelve a producir la dicotomía identitaria esbozada en la obra de James Albert dentro de la narrativa de Cugoano. La dualidad Cugoano-Stuart da cuenta de la situación liminal del protagonista dentro de la sociedad británica, donde su origen africano relega al protagonista a la dependencia servil de un amo que pasará a controlar su vida. No obstante, la ambigüedad que produce esta doble identidad no es un hecho exclusivo de las narrativas de esclavos. Al igual que James Albert o Cugoano, los pícaros también asumirán distintas identidades —si bien creadas por ellos— en un juego de perspectivismo social. El personaje de Pablos en *El Buscón*, por ejemplo, se construirá a

²⁶⁵ Para un análisis más detallado, véase el apartado que le dedica Cabo Aseguinolaza a este asunto en *El concepto de género y la literatura picaresca*, donde el crítico aborda la posibilidad de una correspondencia biográfica real de varias novelas picarescas con la vida de sus autores, tomando como punto de partida el *Estebanillo González*, el *Marcos de Obregón* y el mismísimo *Lazarillo* (1992: 57).

modo de pícaro-caballero; un ejercicio narrativo llamativamente similar al que Cugoano postule en la narrativa cuando defina a su protagonista como noble-esclavo. En este sentido, el héroe africano se sitúa, como explica Villamía, en “esa posición fronteriza que en numerosas ocasiones desempeñó el personaje picaresco” (2011:50).

Por otro, la narrativa coincide con el particular punto de vista picaresco ligado al empleo de la primera persona. La característica perspectiva picaresca dota de cierta subjetividad lo narrado, pues es el narrador-protagonista quien selecciona y estructura el material narrativo. La lectura del relato enunciado por el pícaro ayuda a comprender en su conjunto los cambios experimentados por el personaje, así como el motivo de su rememoración. Hindmarsh apunta al respecto que la autobiografía, en tanto que forma narrativa, constituye un todo literario significativo (2005: 6). No obstante, esta plenitud semántica, que queda definida en los límites del relato, depende exclusivamente del narrador homodiegético pues, como indica Georges Gusdorf en «Conditions and Limits of Autobiography», el uso de la autobiografía “obliges me to situate what I am in the perspective of what I have been” [me obliga a situarme en lo que soy en la perspectiva de lo que he sido] (1980: 38).

Comprender quien habla conlleva conocer su vida, de ahí que la autobiografía pueda ser entendida como una especie de tipografía moral narrativa (Hindmarsh, 2005: 10). Sin embargo, para la creación de este mapa comprensivo las coordenadas deben ser precisas. Siguiendo con esta comparativa geográfica, Jenaro Taléns en su obra *Novela picaresca y práctica de la transgresión* explica el desarrollo significativo de la autobiografía a modo de “proceso seguido por el protagonista (y, a su lado, por el lector) desde el desconocimiento, en mayor o menor grado, del lugar que ocupa dentro de las coordenadas de la sociedad hasta la toma de conciencia de su posición real y objetiva y su decisión de actuar en consecuencia” (1975: 29). No obstante, el narrador del relato autobiográfico juega con una ventaja frente al lector: conoce de antemano lo que va a suceder, aunque lo presente como novedoso.

Este peculiar juego de perspectivas internas dentro del texto es posible gracias al siguiente rasgo enunciado por Lázaro Carreter a la hora de definir el género picaresco. El punto de vista único y dual, tal y como se colige de las obras picarescas, permite al narrador contar sus aventuras pasadas desde la experiencia del hombre adulto que las recuerda. Por ello, el crítico español entiende que el personaje final, surgido de las distintas peripecias recreadas en la novela, necesite adentrarse en un proceso reflexivo

que justifique lo narrado como información necesaria para entender su situación actual. Sin embargo, este proceso de rememoración ofrece un modelo distintivo en los textos hispanos, pues el narrador picaresco se retrotraerá siempre a sus orígenes como individuo. Así, de igual manera en que “Lázaro decidió tomar la historia por el principio, desde su nacimiento mismo, erigiéndose así en el primer personaje literario con conciencia de que, en un momento de su vida, es resultado simultáneo de su sangre, su educación y su experiencia”, Cugoano dará comienzo a su relato hablando desde el momento de su llegada al mundo (Lázaro Carreter, 1972: 211). Además, si, como señalan Benito y Manzanás, el héroe picaresco se distingue por no haber superado sus miserias juveniles en el momento en que rememora su vida, la situación desde la que escribe Cugoano vuelve a coincidir con la del protagonista español. Mientras que Lázaro no consigue superar los comentarios sobre su persona, ni evitar el cuestionamiento de su estado, de igual manera que Guzmán debe rendir cuentas ante la justicia por sus fechorías pasadas, el personaje de la narrativa batalla por conseguir el fin de un comercio y de una institución que todavía le condicionan personal y socialmente.

Cierto es que Cugoano no necesita de un amanuense o testigo para dar testimonio de su existencia, tal y como sucedía en las anteriores narrativas de esclavos. No obstante, si bien no se pone en entredicho su persona en tanto que ser humano e individuo, el escritor africano deberá hacer frente a los prejuicios raciales que le subyugan, le infravaloran y le impiden un reconocimiento efectivo dentro de la sociedad británica de la época. Su carácter marginal es, así, semejante al desarraigo social del pícaro: ambos personajes intentan hacerse un hueco en un medio social que no les reconoce como miembros de pleno derecho.

El relato de las aventuras, hasta la particular inclusión del pícaro y el esclavo en la sociedad de su tiempo, se verá trufado de juicios de valor por parte del protagonista adulto que ayudan a entender la inocencia mostrada por el personaje inexperienced del comienzo de las obras. De esta forma, se observan las alternancias temporales características de las novelas picarescas en la narrativa. Así, si en el *Lazarillo* leemos,

“quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohadas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni

fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto” (*Lazarillo*, 2006: 18-19);

en la narrativa observamos un salto temporal similar cuando Cugoano nos dice que,

“brought from a state of innocence and freedom, and, in a barbarous and cruel manner, conveyed to a state of horror and slavery, this abandoned situation may be easier conceived than described. From the time that I was kidnapped, and conducted to a factory, and from thence in the brutish, base, but fashionable way of traffic, consigned to Grenada, the grievous thoughts which I then felt, still pant in my heart; though my fears and tears have long since subsided. And yet it is still grievous to think that thousands more have suffered in similar and greater distress, Under the hands of barbarous robbers, and merciless task-masters; and that many, even now, are suffering in all the extreme bitterness of grief and woe, that no language can describe” [desde el momento en que fui secuestrado, y conducido a una fábrica, y de allí a la brutal, simple, pero forma de moda del tráfico, enviado a Granada, los dolorosos pensamientos que tuve, todavía resuenan en mi corazón; a pesar de que los miedos y las lágrimas hace mucho que han desaparecido. Y todavía sigue siendo doloroso pensar que miles más han padecido igual y mayor agonía, a manos de bárbaros ladrones, y de despiadados capataces; y muchos de esos, incluso ahora, están sufriendo una completa amargura extrema de dolor y aflicción, que no hay lengua que lo describa].

En este sentido, se pueden aplicar las palabras de Francisco Rico en «Puntos de vista. Postdata a unos ensayos sobre la novela picaresca» a la comparativa entre la narrativa de Cugoano y la novela picaresca que aquí postulamos cuando el académico afirma que el “tema fundamental de ambas novelas es precisamente la formación de ese punto de vista: ambas cuentan cómo el pícaro [o esclavo] acaba por convertirse en escritor, por qué redacta una autobiografía, qué experiencias y rasgos de talante determinan la selección y encadenamiento de los mismos episodios que refiere, el modo y el lenguaje en que los presenta, el sentido que les otorga o les supone” (1984: 227).

Con el propósito de dotar de significación a las aventuras, el escritor picaresco selecciona y ordena el material compositivo de las obras. Los episodios recogidos en las novelas españolas no se presentan de manera caprichosa, sino que adquieren sentido en el contexto narrativo en el que se enmarcan. La superación de la aleatoria técnica en sarta, que hasta la aparición del género hispano se utilizaba en las letras europeas, otorga una entidad global —tanto formal como semántica— al relato picaresco. No obstante, esta unidad de conjunto requiere de una planificación narrativa atenta y consciente. Por esta razón, tal y como explica Hindmarsh, el escritor debe partir de unos presupuestos a los

que debe dar respuesta a la hora de configurar la obra, a saber, “by what principle do I select these particular events from my past for retelling, and to what end do I arrange them thus and so?” [¿por qué motivo selecciono estos particulares eventos de mi pasado para la rememoración, y con qué fin los organizo por consiguiente así?] (2005: 6-7).

Para satisfacer estas cuestiones el autor de picaresca se sirve del siguiente rasgo poético del género señalado por Lázaro Carreter. Es mediante la trabazón de eventos consecutivos unidos entre sí que los escritores españoles consiguen dotar de una lógica precisa a sus novelas. Así, si Lázaro cuenta unas historias y no otras, o si las cuenta antes o después, atiende a un andamiaje compositivo preciso que busca acallar, de la mejor manera posible, los rumores que circulan sobre su persona. En este sentido, el protagonista de la novela no oculta al lector la opción elegida para la estructuración del relato, ya que como abiertamente explica, “pareciome no tomalle por el medio, sino por el principio, porque se tenga entera noticia de mi persona” (*Lazarillo*, 2006: 10-11). Siguiendo su magisterio, Guzmán hará lo propio con la selección y ordenación del material narrativo de su obra, de tal manera que su relato sirva de advertencia al lector ante los peligros de una mala vida. Cugoano, por último, utilizará también esta técnica picaresca en su narrativa pues, como alumno aventajado, hace depender de sus vivencias pasadas la cruzada abolicionista en que se convierte la obra.

No obstante, esta no será la única coincidencia entre las obras picarescas y la narrativa en el plano compositivo. Tanto en los textos del género español, como en los relatos de esclavos hasta ahora analizados, todo el material narrativo se estructura desde el principio de la obra con un fin claro. De esta forma, coincidimos con Lázaro Carreter cuando afirma que otro de los elementos distintivos de la picaresca surge de la naturaleza independiente de cada novela —o serie— española. En los textos hispanos, una vez se da por satisfecho el propósito narrativo, se da por concluido el relato. La novela picaresca es, en palabras del crítico, una narración cerrada. Una vez cumplido el esquema creativo señalado por el cual “the narrator discerns the progress of the protagonist from an original situation through a moral transformation to a final situation” [el narrador distingue el progreso del protagonista de una situación inicial a una situación final a través de una transformación moral], no hay más que decir y, por lo tanto, se pone punto final a la obra (Hindmarsh, 2005: 7).

La ligereza con la que se utilizó el modelo picaresco fijado en las primeras obras del género durante los años siguientes llevó a muchos de los autores inmediatamente

posteriores a pasar por alto la cerrazón característica de los relatos, de tal forma que surgieron, como vimos en el análisis de la obra de James Albert, continuaciones de novelas que no tenían razón de ser desde un punto de vista narrativo. Basta con señalar así las dos desafortunadas continuaciones del *Lazarillo*, aquella publicada en Amberes, en 1555, por un autor desconocido, que convierte la historia picaresca en una increíble alegoría lucianesca, o el relato más realista de Juan de Luna, que vio la luz en la capital francesa en 1620; así como la *Segunda parte del Guzmán de Alfarache* de 1602, compuesta con mayor acierto respecto al original de Mateo Alemán por Mateo Luján de Sayavedra²⁶⁶.

Si bien queda claro que Lázaro concluye su historia tras ofrecer su testimonio en el asunto de la barraganía de su mujer, el hecho de que el relato no termine con la muerte del personaje dejó la puerta abierta a que escritores de segunda categoría retomasen una historia zanjada por el anónimo autor. De manera parecida, pese a que Alemán tenía previsto escribir una segunda entrega del *Guzmán*, motivo por el que el escritor tampoco mata a su protagonista tras cerrar el primer libro, la vitalidad del pícaro de Alfarache al final de la primera parte, unida a la indicación de una pronta continuación, permitió a Luján de Sayavedra proseguir la historia picaresca pasando por alto la voluntad de Alemán de ofrecer las distintas partes en que se divide el relato como un todo significativo que respondía a un plan previamente definido. No obstante, Cugoano entiende claramente el proceder picaresco por el que se cierra la autobiografía una vez cumplido su propósito narrativo y lo imita acertadamente en la narrativa. De esta forma, la obra del africano no termina con la muerte del personaje, sino una vez Cugoano explica los motivos que le llevan a rememorar su vida.

Además, a nivel compositivo la narrativa comparte también la vertebración del relato alrededor del servicio a varios amos típico de las novelas españolas. Como observa Lázaro Carrater, el andamiaje de los relatos picarescos se organiza en los textos hispanos en torno a los distintos individuos a los que sirve el personaje. De este modo, vemos como el protagonista de *El Lazarillo* reconstruye su vida a partir del tiempo que pasa con el ciego, el clérigo, el escudero, el fraile, el buldero y el capellán, hasta que finalmente entra al servicio del arcipreste de San Salvador. Guzmán, por su parte, servirá de pinche de

²⁶⁶ Para más información, véanse respectivamente los trabajos de Mireia Baldrich, *Dos continuaciones del Lazarillo* (Barcelona, 2011), y de Marcial Rubio Árcuez, «Situación actual de los estudios sobre el Guzmán apócrifo» (1993).

cocina y ayuda de un capitán, para ponerse luego a disposición de un cardenal y un embajador antes de buscarse la vida por su cuenta. Pese a que es inevitable señalar las diferencias existentes entre la figura del pícaro y del esclavo, pues el africano nunca tendrá la posibilidad de elegir amo, ni capacidad para dejar su servicio, el protagonista de las narrativas también organiza su relato desde que llega a América —esto es, desde que es esclavo—, hasta que se traslada a Inglaterra, a través de las distintas personas a las que obedece. Además, sobre los distintos empleos y oficios reservados para el africano, Ogude señala que “if in America blacks were always slaves, they were always either domestic servants or poor blacks in England” [si en América los negros eran siempre esclavos, en Inglaterra eran siempre empleados domésticos o vagabundos] (1983: 128).

Atendiendo a lo expuesto, se advierte que la narrativa participa de ambos hechos a la hora de presentar las aventuras del esclavo. Por un lado, Cugoano divide el tiempo que pasa bajo el yugo de la esclavitud en torno a dos amos, si bien es verdad que una vez en suelo inglés deja de ser considerado propiamente esclavo según vimos anteriormente. Por otro, las tareas que se le adjudican en cada caso concuerdan con las labores señaladas por Ogude. De esta forma, el africano señala que fue vendido como esclavo en Granada, donde será testigo de las atrocidades que sufrían los africanos en las plantaciones coloniales, para después ser empleado en el servicio de un caballero que iba a Inglaterra, del cual, nos dice, “took me for his servant” [me tomó por su criado]. Sin embargo, frente a los detalles que profieren los protagonistas de las novelas picarescas sobre sus amos y las aventuras que les suceden durante el tiempo que pasan a su servicio, la narrativa de Cugoano únicamente recoge una escueta mención a sus superiores y no presenta ni desarrolla ninguna de las peripecias que, con seguridad, le acontecieron durante el tiempo que estuvo a su lado. Es más, de todos los años que el protagonista pasa entre europeos, no sabemos nada de lo que le sucede más allá del maltrato a sus compatriotas del que es testigo en el Caribe, o de su básica educación e instrucción cristiana en Gran Bretaña.

Llegados a este punto, es preciso señalar el motivo al que responde la narrativa, esto es, su particular *asunto* o *caso*. Como bien observó Lázaro Carreter, las novelas picarescas responden a un determinado propósito final diferente en cada obra. Este impulso creativo, según venimos repitiendo, es la razón fundamental por la que el protagonista del relato vuelve sobre su vida desde el momento en que escribe con el fin de justificar su presente situación. No es necesario repetir aquí que Lázaro busca acallar con su testimonio los rumores sobre su cómplice participación en el adulterio de su mujer

ante la petición “escribe se le escriba” de Vuestra Merced, ni que Guzmán quiere advertir al lector con el ejemplo de su mala vida. No obstante, sí que es preciso indicar que, según viene siendo costumbre en las obras de esclavos analizadas hasta el momento, la narrativa de Cugoano también responde en su génesis a este rasgo definitorio de la poética picaresca.

De este modo, al igual que la obra de Briton atiende a un propósito ciertamente propagandístico en los años de la expansión colonial europea en América, el texto de Arthur a un motivo similar al de la obra de Alemán, cuando se muestran en sus páginas las nefastas consecuencias de una vida al margen de la ley, y la narrativa de James Albert a un intento por reivindicar los beneficios de una vida religiosa conforme a los postulados de un grupo religioso evangelista, el relato de Cugoano nacerá del ímpetu abolicionista que condena la esclavitud y la trata de esclavos. Este trasfondo antiesclavista que recorre la obra del africano no toma forma, sin embargo, a modo de asunto explícito en la narrativa. Así, pese a que cualquier lector sabe los motivos que llevan a Cugoano a contar su vida tras leer el relato, no existe referencia expresa en el texto que mencione las razones de su creación, ni tampoco de su propósito.

De la breve autobiografía se desprenden, no obstante, las intenciones que llevaron a Cugoano a coger la pluma. Por un lado, el africano trata de acercar la verdadera realidad de la institución esclavista al público británico cuando menciona las técnicas de captación de los africanos o los métodos de control de los esclavos en las plantaciones al verse inmerso, como el propio escritor indica, “in this dreadful captivity and horrible slavery” [en este atroz cautiverio y en esta horrible esclavitud]. Además, consciente de la cantidad de información que los distintos grupos abolicionistas venían distribuyendo, cuando nos dice que “it would be needless to give a description of all the horrible scenes which we saw, and the base treatment which we met with in this dreadful captive situation, as the similar cases of thousands, which suffer by this infernal traffic, are well known” [sería innecesario que hiciese una descripción de todas las horribles escenas que vimos, y el trato que nos dieron en esta terrible situación de cautiverio, puesto que los casos semejantes de miles, que sufren por este tráfico infernal, son bien conocidos], Cugoano se centra en ofrecerla a su audiencia información sobre su testimonio como esclavo comparando su experiencia con el trato que, como observó durante su juventud, reciben aquellas personas en su misma situación dentro de África. De este modo, si bien el escritor reconoce la existencia de la esclavitud en su tierra natal, matiza que puede “safely say,

that all the poverty and misery that any of the inhabitants of Africa meet with among themselves, is far inferior to those inhospitable regions of misery which they meet with in the West-Indies, where their hard-hearted overseers have neither Regard to the laws of God, nor the life of their fellow-men” [decir con seguridad, que toda la pobreza y miseria en que cualquiera de los habitantes de África se ve envuelto, es muy inferior a la de aquellas inhóspitas regiones de miseria con que se topan en las Indias Occidentales, donde los duros capataces ni guardan las leyes de Dios ni la vida de sus semejantes]. En este sentido, Sandiford concluye que uno de los propósitos de la narrativa era poner de manifiesto la evidente falta de información veraz y de confianza que existía en Inglaterra sobre África, a la par que denunciar la deliberada manipulación y supresión de las consabidas prácticas esclavistas británicas en las colonias del Nuevo Mundo (1988: 102).

Por otro lado, Cugoano demuestra con su ejemplo la falsedad de los argumentos esclavistas esgrimidos por aquellos agentes implicados —en mayor o menor medida— en la institución y el comercio humano. De este modo, la narrativa presenta al protagonista africano como un hombre juicioso y sensato, además de sensible al sufrimiento humano; unas cualidades de las que supuestamente carecía la población negra. Con ello, se ponía de relieve no solo cuán erróneas eran las suposiciones de los británicos, sino que además se conseguía desmontar el mito de la superioridad racial del hombre blanco. Así, como indica Sandiford, Cugoano “conversely, it insinuates that the slave dealers lacked sensibility because they had refused, so far, in spite of ceaseless entreaty, to abandon the inhuman traffic altogether” [insinuaba, por el contrario, que los traficantes de esclavos carecían de la sensibilidad porque habían rechazado, hasta la fecha, pese a la incesante súplica, abandonar la inhumana trata por completo] (1988: 103).

Toda esta denuncia, que constituye en su conjunto el *caso* de la obra, es corroborada fehacientemente por dos hechos que afectan a la distribución de la narrativa. Primero, el testimonio del esclavo africano, que cubre la totalidad del cuerpo del relato, fue utilizado como misiva que buscaba sumar adeptos a la lucha contra la esclavitud entre las esferas de poder inglés. Segundo, la inclusión de la narrativa dentro de *Thoughts and Sentiments*, un libro de novedosa radicalidad abolicionista, servía para presentar la historia como ejemplo concreto y verídico desde el que sostener la argumentación de la obra principal en favor de la causa del africano. Así, podemos resumir que el propósito de Cugoano en la narrativa no es otro que “to attack the implicit cultural chauvinism that shaped the European view of Africa and the treatment of her people” [atacar el

chovinismo cultural implícito que moldeaba la visión europeísta de África y el tratamiento de sus gentes] (Sandiford, 1988: 104).

Sin embargo, pese a la crítica generalizada que realiza el autor contra los occidentales, Cugoano establece una clara distinción entre aquellos hombres blancos que son buenos y los que no. La religiosidad del africano, así como el contacto que establece con distintos grupos protestantes durante el tiempo que pasa en Inglaterra, le llevan a dividir de forma maniquea a la población europea en verdaderos y falsos cristianos, es decir, en buenas y malas personas. La crítica a aquellos individuos que abrazan la fe para sembrar el mal se intensifica con el agradecimiento que Cugoano muestra a las personas que, desde la caridad cristiana, le ayudan a él y a sus compatriotas a sobrevivir en un mundo del que intentan erradicar las injusticias. De esta forma, se entiende el reconocimiento que hace el escritor a este sector de la población blanca en el texto por el que queda “highly indebted to many of the good people of England for learning and principles unknown to the people of my native country. But, above all, what have I obtained from the Lord God of Hosts, the God of the Christians!” [en gran deuda con mucha de la buena gente de Inglaterra por el aprendizaje y principios desconocidos para la gente de mi tierra natal. Pero, sobre todo, lo que he obtenido del Señor Dios de los ejércitos, ¡el Dios de los cristianos!].

Esta situación, como se ve, excluye a los cristianos de su crítica en la narrativa. De manera opuesta a lo que ocurría en *El Lazarillo*, cuando el joven pícaro no encuentra quien le preste ayuda y advierte de que en España “ya la caridad se subió al cielo”, Cugoano deposita su confianza en las gentes de Dios. La ayuda y la amabilidad que muestran estas personas hacia su persona, así como su compromiso con el bienestar —si bien, fundamentalmente espiritual— del africano, quedan patentes en el relato. Todo ello lleva a Sandiford a reseñar el peso que la particular confesión religiosa del protagonista adquiere en la narrativa, pues a la hora de identificar el *caso* señala que “the aim of Cugoano’s discourse has been to establish a clear line of division between the uncompromising standards of Judaeo-Christian ethics and the expedient morality of proslavery dogma” [el objetivo del discurso de Cugaono ha sido establecer una clara línea divisoria entre los inflexibles estándares de la ética judeocristiana y la oportuna moralidad del dogma proesclavista] (1988: 105).

Así las cosas, la narrativa se distancia de la amplia crítica religiosa del relato de Lázaro y se adhiere a la espiritualidad que inunda las páginas del *Guzmán* de principio a

fin. Cugoano entiende que, a pesar de la brutalidad que experimenta durante su cautiverio y esclavitud, obtiene como recompensa un acercamiento a la figura de Dios y la inclusión de su nombre a la extensa lista de sus devotos seguidores. Este premio es similar al que recibe el pícaro de Alfarache tras su arrepentimiento al final de la novela. La confesión de sus pecados posibilita su renacer tanto espiritual como físico, de ahí que cierre el relato sentenciando, desde su condena en galeras, que a la postre “rematé la cuenta con mi mala vida” (Alemán, 2007: 522). Pese a que no sabemos qué había planeado Alemán para la tercera parte de las aventuras del héroe español, más allá del cumplimiento de la penitencia y posterior malempleada libertad del personaje, de la lectura conjunta de los dos libros publicados con el relato de su vida se desprende una definida prédica moral conforme a las convicciones religiosas de su autor. Tanto la trayectoria delictiva, como el arrepentimiento último del protagonista, instan al lector cristiano de la obra a evitar el mal ejemplo de Guzmán o, en caso de compartir similar pasado, a confesarse por sus pecados antes de que sea tarde.

De esta manera, el propósito doctrinario de Alemán se configura en la novela a modo de ejemplo ex-contrario a través de la figura del pícaro. Por ello, no falta en la «declaración para el entendimiento deste libro», recogida en el prólogo de la primera parte de su obra, el aviso de que la historia contiene una lección moral, la cual queda en evidencia cuando el escritor indica que “no es impropiedad ni fuera de propósito si en esta primera [parte] escribiere alguna doctrina”. Tal era el compromiso ideológico del autor que la segunda parte de su obra fue subtitulada “atalaya de la vida humana” (Alemán, 2007: 11); una elevada posición que trasciende el plano narrativo toda vez que, como explica Blanco Aguinaga en «Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género», “el personaje-pícaro es *ahora*, fuera de la novela, el novelista; los juicios y opiniones que han ido originándose en su vida por la fuerza de las circunstancias se han transformado ya en juicios formales definitivos sobre la humanidad que ahora —novelista solitario—domina no ya desde su más bajo fondo, sino desde una *atalaya* intelectual y moralmente superior al mundo de los otros” (1957: 326).

La narrativa, por su parte, no contiene advertencia alguna sobre el provecho ético de la obra. Tampoco se hace referencia expresa al posible servicio de la biografía del esclavo para el bien del público. Sin embargo, pese a estas diferencias, a las que habría que sumar la falta de experiencia criminal del protagonista frente a Guzmán, Cugoano comparte la dificultad y el padecer del pícaro en un mundo hostil que le impide una

existencia digna. No obstante, si bien el personaje de la narrativa no despliega las artes delictivas que caracterizan al héroe picaresco y que atentan contra los dogmas cristianos, infringe también las leyes espirituales cuando participa del motín que pretendía acabar con su vida. De esta manera, tal y como indica Gates, Jr., “Cugoano is no pious pilgrim; he is determined to show that slavery is both a defilement of sacred writ and contrary to the secular notion of liberty to which all Englishmen are heir” [Cugoano no es un devoto peregrino; está determinado a mostrar que la esclavitud es tanto una corrupción del mandato sagrado como contraria a la secular noción de libertad de la que todos los ingleses son herederos] (Gates, Jr., 1998: 15).

En este sentido, tras culpar a los británicos de sus desdenes, el escritor hace un llamamiento indirecto a la hermandad de cristianos formada a través del bautismo y la conversión de sus miembros mediante la configuración del protagonista de la narrativa —de manera opuesta a Guzmán— como ejemplo a seguir tras la rememoración de sus aventuras (Wheeler, 2001: 29). Sin embargo, aunque las convicciones religiosas impregnan el relato, el autor africano es consciente de la manipulación que hasta la fecha habían sufrido las obras de esclavos desde los círculos de poder espirituales, de ahí que marque distancias con sus predecesores en el género. De esta forma,

“though he acknowledges the good fortune that attended him under divine benevolence after his enslavement, he never allows his argument to slip into the common hypocrisy of the slave owners, and some churchmen, even of some slaves, that the benefits of Christian conversion outweighed the sufferings of slavery, and that slavery was itself part of a divine scheme of benevolence” [pese a que reconoce la buena fortuna que le sobrevino bajo benevolencia divina tras su esclavización, nunca permite que su argumento caiga en la hipocresía general de los dueños de esclavos y algunos religiosos, incluso de algunos esclavos, de que los beneficios de una conversión cristiana superan con creces a los sufrimientos de la esclavitud, y que la esclavitud en sí era parte de un esquema de benevolencia divina] (Edwards y Dabydeen, 2007: 39).

Similitudes y diferencias aparte, lo cierto es que tanto las obras picarescas como la narrativa tienen en común la presencia de un destinatario al que dirigen el relato del *caso*. Este rasgo picaresco, que se desprende del carácter epistolar señalado Lázaro Carreter para las obras del género hispano, se aprecia claramente en el conjunto de novelas españolas de las que nos venimos sirviendo para la comparativa. Las historias de Lázaro o Pablos se configuran a modo de carta, de ahí que abran su discurso con

conocidas fórmulas retóricas empleadas en la escritura de misivas y tengan presente en todo momento al destinatario. De esta forma, el testimonio de Pablos en *El Buscón* se inicia con “yo, señora, soy de Segovia” (Quevedo, 2001: 9), tal y como sucede en *El Lazarillo* cuando el protagonista señala “pues sepa Vuestra Merced” (*Lazarillo*, 2006: 12), sirviéndose de una partícula ilativa que enlaza el comienzo de la obra con la conclusión del prólogo, donde se nos dice “suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se les escriba y relate el caso muy por extenso [...]” (Rico, 2006: 13). No obstante, mientras que en estas dos obras el narratario es un ente concreto, Guzmán modificará el modelo del anónimo autor que siguiere Quevedo para pasar a referirse ahora a un destinatario general, que no es otro que el “curioso lector” (Alemán, 2009: 125). Así, según analizamos cuando tratábamos el carácter dialogístico del relato picaresco en la narrativa, la obra de Cugoano también responde a este particular tipo de interacción a distancia.

Siguiendo la fórmula alemaniana, el escritor africano abre su relato aludiendo de forma explícita a un destinatario concreto o general, pues únicamente señala, después de dar unas breves pinceladas biográficas que, “perhaps it may not be amiss to give a few remarks, as some account of myself, in this transposition of captivity” [quizá no venga mal recoger unos cuantos apuntes, al igual que algún relato de mí mismo]. No obstante, frente a las incertidumbres de la serie picaresca sobre la ficcionalidad o no de ciertos títulos, así como de su carácter puramente literario, se puede afirmar con seguridad que la naturaleza epistolar de la narrativa responde a un propósito comunicativo real de su autor. A pesar de que no conocemos el nombre de los primeros afortunados a quienes Cugoano enviase el relato, la inclusión de la breve narrativa en *Thoughts and Sentiments* nos pone tras la pista. Al igual que sucede con la autobiografía del africano, su obra principal está también configurada siguiendo el modelo epistolar. De esta forma, por simpatía entre ambos textos, podemos hacernos una idea del destinatario de la narrativa analizando a quién se dirige la obra que la incluye.

Thoughts and Sentiments es una obra comprometida con su tiempo, de ahí que Cugoano supiese a ciencia cierta a quién dirigir su parlamento abolicionista. Al igual que sucediese con la narrativa *per se*, muchas fueron las copias del libro que se enviaron a altas personalidades de distintas esferas de poder en Inglaterra. Sin embargo, el desconocimiento de sus nombres hace presuponer que Cugoano no tenía un destinatario

específico en mente cuando compuso la obra. De acuerdo con Begoña Rodríguez Rodríguez en la introducción a su *Antología de la novela picaresca española*, desentrañar el narratario para el cual se escribe el relato es de importancia capital pues, como indica, “este destinatario será quien condicione lo narrado, por encima de las intenciones del narrador” (2005: xiv). Por ello, se antoja oportuno escudriñar el texto en búsqueda de alusiones que nos ayuden a averiguar el destino que el autor africano tenía reservado para su obra.

Si bien, tras cotejar el texto, podemos celebrar la alusión expresa a un destinatario explícito, las distintas ediciones del texto se contradicen entre sí. Por un lado, la edición de 1787 va destinada a “the inhabitants of Great Britain” [los habitantes de Gran Bretaña], mientras que, por otro, la versión de 1791 es “adressed to the sons of Africa” [dirigida a los hijos de África]. No obstante, pese a la opuesta información que proporcionan las dos variantes textuales sobre el narratario, parece acertado considerar como válida la referencia presente en la primera edición por responder al destinatario original para el que se compuso la obra. En este sentido, Ogude explica este cambio en el narratario proponiendo que, para la fecha de la segunda edición, existía ya en Inglaterra una audiencia negra establecida interesada en los escritos publicados por africanos, sobre todo aquellos referentes a la esclavitud (1983: 126: 127).

La inacción de los primeros destinatarios de la narrativa llevaría a Cugoano a replantear la dirección de su misiva en *Thoughts and Sentiments*. Según indica Sandiford, el escritor africano, frente a los autores de los relatos de esclavos anteriormente analizados, no debía lealtad alguna a individuos o grupos que pudiesen condicionar su testimonio. La independencia de la que gozaba Cugoano le llevó a dirigir el ataque abolicionista configurado en la obra a la totalidad de agentes e instituciones implicados en la esclavitud y la trata de esclavos, entre los que incluiría a la mismísima familia real. No obstante, la dirección del ataque fue distinta del rumbo que eligió para la recepción del texto. La madurez política del autor permitió concebir un narratario nuevo a partir del destinatario original, de ahí que Cugoano abandonase el buzoneo a personalidades inicial y se centrara en distribuir su libro entre el grupo de poder más influyente: la población del país. Visionario adelantado a su tiempo, el africano intuyó la nueva trayectoria de la lucha en favor de los derechos del esclavo negro e intentó utilizar a las masas para lograr sus intereses abolicionistas. Así, no le tiembla la voz cuando arenga a los ciudadanos para

que actúen, en la medida de sus posibilidades, en favor de la abolición del comercio esclavista. De este modo,

“the dedication to ‘The inhabitants of Great Britain’ reflects a definite propagandistic intention that is the hallmark of the abolitionists’ tactics, and the book’s debt to the great canon of abolitionist works of that decade —Clarkson’s *Essay on Slavery*, Wesley’s ‘Thoughts on Slavery’, and Ramsay’s *Treatment and Conversion of Africans*— identifies it with the best in the antislavery intellectual tradition” [la dedicatoria a ‘los habitantes de Gran Bretaña’ refleja la precisa intención propagandística que es el sello distintivo de las tácticas abolicionistas, y la deuda del libro con el poderoso canon de trabajos abolicionistas de la década — *Essay on Slavery* de Clarkson, ‘Thoughts on Slavery’ de Wesley y *Treatment and Conversion of Africans* de Ramsay— lo identifica con la mejor tradición intelectual antiesclavista] (1988: 95-96).

De este panorama se concluye que la narrativa, si bien inicialmente toma forma con un receptor claro en mente —a saber, la élite inglesa—, se distancia del destinatario individual característico de *El Lazarillo* toda vez que el narratario del relato de Cugoano no es una persona concreta, sino más bien un grupo de personas. De esta forma, pese a que la obra de Cugoano no coincide tampoco con *El Guzmán*, al no hacer el protagonista referencia expresa al narratario durante el relato, la narrativa se acerca a la tradición hispana cuando se dirige a un destinatario global similar al lector universal del pícaro de Alfarache. Además, el amplio propósito moralizador del relato-epístola del escritor africano, que busca educar a la ciudadanía británica en materia esclavista, toma la senda doctrinaria de Guzmán pues, tal y como señala Barbara Davis en «The Style of Mateo Alemán's Guzmán de Alfarache», “Alemán addressed his book to the general public, ‘el vulgo’, which, he felt, was in need of moral reformation” [Alemán dirige su libro al público general, ‘el vulgo’, el cual, siente, necesita de una reforma moral] (1975: 199).

Estrechamente ligada a esta labor moralizadora, Lázaro Carreter identifica la crítica social presente en las novelas españolas como siguiente rasgo poético del género español. En este apartado, no hace falta repetir de nuevo el sagaz ataque erasmista que Lázaro urde contra la clerecía y los caducos valores de un sistema social tardomedieval, tal y como aparecen representados en los distintos amos a los que el pícaro presta sus servicios. Tampoco es necesario volver sobre la ardiente defensa que promueve Quevedo —a modo de sátira conceptista— del viejo orden ante las propuestas de reforma política y religiosa humanistas. Esta factura crítica de los textos hispanos la explica Rodríguez

Rodríguez aludiendo a que “el género resultaba atractivo a los autores –normalmente, no profesionales– por su permisividad crítica y polémica, excepcionalmente apta para ser abordada desde las posiciones socio-morales más diversas” (2005: xiv). De esta manera, no sorprende que los dos títulos mencionados sufriesen la censura de la inquisición.

No obstante, pese a que la crítica picaresca no se realiza desde unos postulados ideológicos fijos, lo cierto es que los posteriores escritores del género asumen en gran medida la fórmula narrativa configurada en novelas fundacionales, toda vez que permite denunciar por primera vez los problemas que sufren las personas más desfavorecidas. La fecundidad de este rasgo hispano hará que este inconformismo personal, que lleva al pícaro a desdeñar las leyes que protegen los intereses de las clases privilegiadas, trascienda fronteras y sea imitado en obras de otras tradiciones occidentales²⁶⁷. De esta forma, tal y como viene siendo habitual en las obras de esclavos aquí consideradas, era de esperar que el propósito de crítica social picaresco se hallase también presente en la narrativa.

Así, tomando como base este objetivo de reprobación, el protagonista de la obra, situado aún más abajo que el pícaro en el escalafón social debido a su condición de esclavo, cuestiona las prerrogativas de unos pocos individuos frente al desamparo de la gran mayoría. La denuncia de esta desigualdad se produce en la narrativa a través de la defensa de los derechos de los africanos frente a los intereses económicos de los esclavistas británicos. La desigualdad legal entre seres humanos auspiciada con frecuencia por los gobernadores de los distintos territorios anglosajones permitía, no solo la subyugación *de facto*, sino también la explotación efectiva de las gentes de color a lo largo y ancho del imperio. Cugoano recoge las consecuencias de tal injusticia cuando nos dice en el relato que eran sus “miserable companions often cruelly lashed, and, as it were, cut to pieces, for the most trifling faults” [miserables compañeros a menudo cruelmente azotados, y, por así decirlo, hechos pedazos, por las cosas más insignificantes]. Es a través de estas descripciones que el autor de la narrativa consigue sostener finalmente su crítica pues, como indica Sandiford, Cugoano “found the institutionalized laws of European nations inequitable, in that slaves hardly ever escaped their rigor even for the mildest offenses, while their masters and their masters’ accomplices seemed to escape with scandalous impunity” [se dio cuenta de que las leyes establecidas por las naciones

²⁶⁷ Para un análisis más detallado del alcance de este y otros rasgos picarescos en las letras europeas, véase Juan Antonio Garrido Ardila, *La novela picaresca en Europa, 1554-1753*. Madrid, Visor Libros: 2009.

europas no era equitativas, ya que los esclavos casi nunca escapaban de su rigor incluso en las ofensas más triviales, mientras que sus amos y los cómplices de sus amos parecían escapar con escandalosa impunidad] (1988: 106).

Con la exposición de tan escandalosa situación, Cugoano pondrá de manifiesto la responsabilidad tanto de los mandatarios del país como de sus instituciones en materia esclavista. De este modo, como si de un texto picaresco más se tratase, el escritor africano logra dirigir la atención de los lectores hacia los males de la sociedad. En este caso, la narrativa atacará la permisividad interesada del sufrimiento de todo un continente, así como la ignoración de sus consecuencias morales en la vida nacional británica, por parte de un selecto número de personas en altos cargos de poder. La grandeza de la narrativa consiste, por lo tanto, en desenmascarar a las autoridades responsables de la legitimación de la trata de negros y la esclavitud (Sandiford, 1988: 110).

No obstante, cabe señalar que el autor de la narrativa se preocupará de identificar únicamente a aquellos individuos faltos de moral cristiana. Así, tal y como hiciese James Albert en su obra, la crítica en la narrativa se establecerá por oposición entre aparentes y verdaderos creyentes, esto es, entre las personas que realmente participan de la fe de Cristo y siguen su ejemplo, y los interesados devotos que tergiversan la palabra de Dios en su beneficio. De esta forma, frente a los paganos que secuestran a Cugoano, los tratantes de la costa africana y los marineros que trasladan al africano a suelo americano, así como el amo que le compra para trabajar en las plantaciones coloniales caribeñas, el escritor destacará la figura del caballero que lo saca del infierno colonial y lo lleva consigo a Inglaterra en calidad de criado, un lugar donde, nos dice, su “situation become more agreeable” [situación pronto se volvió más agradable]. Pese a que no se existe referencia explícita a la religiosidad de Alexander Campbell, su consentimiento a la hora de que Cugoano recibiese las aguas sacramentales bajo el ministerio de Thomas Skinner en la iglesia londinense de St. James, así como su participación en la educación del joven africano, serían suficiente evidencia para el lector de la época (Sandiford, 1988: 94).

Así las cosas, pese a que la narrativa de Cugoano es digna continuadora de la tradición crítica picaresca, presenta una clara diferencia respecto a los modelos hispanos. Mientras que las obras españolas se sirven de un completo listado de amos para sustentar la denuncia en el relato, la narrativa hará una minuciosa labor de selección de personajes en función de su catadura ética y espiritual. El final de la obra responde a este proceder pues, instruido y convertido a la fe de las personas que le ayudan en Inglaterra, Cugoano

da por concluido su ataque abolicionista agradeciendo tanto a Dios, como a ellas, las mercedes prestadas cuando dice quedar

“highly indebted to many of the good people of England for learning and principles unknown to the people of my native country. But, above all, what have I obtained from the Lord God of Hosts, the God of the Christians! In that divine revelation of the only true God, and the Saviour of men, what a treasure of wisdom and blessings are involved? How wonderful is the divine goodness displayed in those invaluable books of the Old and New Testaments, that inestimable compilation of books, the Bible? And, O what a treasure to have, and one of the greatest advantages to be able to read therein, and a divine blessing to understand!” [en gran deuda con mucha de la buena gente de Inglaterra por el aprendizaje y principios desconocidos para la gente de mi tierra natal. Pero, sobre todo, lo que he obtenido del Señor Dios de los ejércitos, ¡el Dios de los cristianos! En esa revelación divina del único Dios verdadero, y del Salvador de los hombres, ¿qué tesoro de sabiduría y de beneficios están aparejados? ¿Qué maravillosa es la bondad divina mostrada en aquellos invalorable libros del Viejo y Nuevo Testamentos, qué inestimable recopilación de libros, la Biblia? Y, oh, ¡qué tesoro tener, y una de las más grandes ventajas el poder leer allí, y qué bendición divina el comprender!].

Si bien las diferencias no superan a las semejanzas en la labor de crítica social a modo picaresco recogida en la narrativa, cabe preguntarse si el realismo característico de las novelas españolas también tiene reflejo directo en la obra de Cugoano. La factura realista de los textos picarescos, identificada por Lázaro Carreter como siguiente rasgo de la poética del género hispano, además de revolucionar la tradición literaria del momento, de corte más idealista —novela pastoril, bizantina o libros de caballerías, por poner algunos ejemplos—, destacó entre otros tipos de realismo por su particular singularidad. El reflejo de la realidad se produce en las obras picarescas a través de los ojos del protagonista, de tal manera que el lector solo conoce aquella porción del mundo sobre la que el pícaro detiene la mirada. En este sentido, Rodríguez Rodríguez señala que “desde el Lazarillo contamos con un protagonista-narrador que filtra la información” (2005: xiv).

Este descubrimiento parcial y subjetivo del entorno no solo servirá para traer a un primer plano, a través de la descripción de las circunstancias que rodean al pícaro, los temas de mayor importancia en la obra, sino que además obligará al lector a descubrir su significado a la par que el personaje. La inquisitiva mirada del protagonista no solo aporta una nueva perspectiva sobre lo descrito, sino que trasciende además las apariencias. El episodio orquestado por el buldero y el alguacil da buena cuenta de esta técnica pues, tras

el paripé que realizan en la iglesia, Lázaro queda igual de sorprendido que el resto de asistentes ante la veracidad del espectáculo. Es únicamente cuando el pícaro oye al amo y a su compinche burlarse de lo sucedido que nosotros descubrimos también la treta, “cuando él hizo el ensayo, confieso mi pecado, que también fui dello espantado y creí que así era, como otros muchos; mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo” (*Lazarillo*, 2006: 123). No obstante, tal y como se desprende del episodio, la mayoría de averiguaciones que realiza el héroe hispano arrojan siempre una visión descorazonadora y cínica de la realidad, de ahí que el realismo picaresco configure la novela española como “una obra de desengaño y de descubrimiento de la realidad” (Rodríguez Rodríguez, 2005). Sirva de ejemplo el final del pasaje cuando Lázaro sentencia, “¡cuántas éstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!” (*Lazarillo*, 2006: 125).

De esta manera, si bien a simple vista podemos comprobar que la obra de Cugoano se enmarca en la literatura realista, es interesante notar las singularidades que presenta este realismo en la narrativa. Al igual que los textos picarescos, el protagonista del relato de esclavos proporciona una visión sesgada de la realidad, de tal modo que las descripciones servirán una vez más para evidenciar el asunto sobre el que versa la obra. No obstante, los detalles sobre el mundo circundante no son con frecuencia de primera mano, ya que es bastante habitual en la narrativa que el personaje se refiera a la realidad a través de información proporcionada por terceros. Pese a ello, tanto la información proporcionada a partir de su experiencia personal, como los datos referidos de la interacción con sus semejantes, quedarán circunscritos a la parcela del mundo que el protagonista quiere presentar y desentrañar. Por ello, observamos que toda la realidad descrita en la narrativa pasa, en cualquier caso, por el filtro del protagonista y sus intereses narrativos, tal y como se aprecia cuando expone los males de la esclavitud: “some told me they had their teeth pulled out, to deter others, and to prevent them from eating any cane in future. Thus seeing my miserable companions and countrymen in this pitiful, distressed, and horrible situation, with all the brutish baseness and barbarity attending it, could not but fill my little mind horror and indignation” [algunos me dijeron que les habían arrancado los dientes para disuadir a otros, y para impedir que se comiesen caña alguna en el futuro. Viendo así a mis miserables compañeros y paisanos en esta penosa,

angustiada y horrible situación, con toda la simple brutalidad y barbaridad que la acompañaba, no tenía la cabeza más que llena de horror e indignación].

A su vez, fruto de la aproximación a la realidad a través de los ojos del esclavo, el lector descubre los entresijos del mundo a la par que el personaje. Este aprendizaje compartido característico de las novelas picarescas embarcará al público en un viaje sin parangón de la mano del protagonista de la narrativa en el que quedarán expuestos los detalles más sórdidos de la humanidad, tal y como se aprecia cuando Cugoano nos dice

“when the next morning came, I asked for the men that brought me there, and for the rest of my companions; and I was told that they were gone to the sea-side, to bring home some rum, guns, and powder, and that some of my companions were gone with them, and that some were gone to the fields to do something or other. This gave me strong suspicion that there was some treachery in the case, and I began to think that my hopes of returning home again were all over” [al llegar la mañana siguiente, pregunté por los hombres que nos habían llevado allí, y por el resto de mis compañeros; y me dijeron que se habían ido a la costa para traer a casa algo de ron, armas y pólvora, y que algunos de mis compañeros se habían ido con ellos, y que otros se habían ido al campo a hacer una cosa u otra. Esto me hizo sospechar que había algún engaño en el asunto, y empecé a creer que la esperanza de volver a casa de nuevo se había esfumado].

De esta manera, al igual que sucede en las novelas picarescas, los constructos y asunciones culturales creados por los grupos de poder ceden ante las evidencias presentadas por Cugoano. La incisiva mirada del escritor africano viene a desmontar la realidad configurada por los esclavistas respecto al comercio de esclavos y el sistema de plantaciones coloniales americano tal y como se difundía en la Inglaterra de la época. La personal biografía del esclavo ofrece así la otra cara de la moneda de la esclavitud, pues desvela la verdadera realidad que subyace a las aventuras económicas imperiales tan aclamadas desde el Gobierno británico. Sin embargo, frente a los argumentos de carácter más intelectual que Cugoano postulará en *Thoughts and Sentiments*, la narrativa únicamente hará uso de la experiencia del autor para desenmascarar las apariencias. Así, sin pretensiones eruditas ni teorías abstractas, el escritor presenta en un estilo llano los particulares del sistema esclavista ya que, como indica Sandifrod, “slavery was a memory too palpable for him to sentimentalize” [la esclavitud era un recuerdo demasiado palpable para andarse con sentimentalidades] (1988: 93).

No obstante, la obra de Cugoano se adhiere además a la corriente realista comprometida con su tiempo, inaugurada con el género hispano, en otro punto. La denuncia de los abusos esclavistas no sale de la boca de un contrincante a la altura social de sus oponentes, sino que se produce a través de la palabra de un marginado. El valor que adquiere el testimonio del esclavo supera por primera vez a las opiniones más celebradas del momento pues, al igual que los héroes españoles, el africano posee la autoridad que otorga la experiencia. De este modo, es necesario señalar que la narrativa participa, junto a la novela picaresca, de la “aspiración tácita por recrear en una mirada alternativa a los que no tienen pública voz con todas las implicaciones que esa actitud pueda sostener” (Villamía, 2011: 54).

Ante todas estas evidencias, podemos concluir que las características de la factura realista de la narrativa coinciden *grosso modo* con las particulares señas de identidad del realismo de las novelas picarescas. Así, pese a que Cugoano contaba con otros géneros de corte realista más accesibles, como los relatos de cautivos o los libros de aventuras anteriormente señalados entre la multitud de tradiciones con impronta en la obra, parece acertado reivindicar el carácter combativo que la narrativa tiene en común con los textos hispanos. El candoroso pero escarmentado realismo del relato del esclavo nace, tal y como sucede en los textos picarescos, de un compromiso verosímil con las injusticias del mundo. De este modo, la narrativa queda inserta en ese “espacio creativo capaz de exteriorizar inquietudes, anhelos, disconformidades que no tenían cabida en otras corrientes literarias”, genuino de la picaresca (Rodríguez Rodríguez, 2005: xiv).

Sin embargo, la manifestación del malestar del africano no presenta la multitud de matices que adquiere el relato picaresco. En el análisis que hace Rico de las obras fundacionales del género hispano en la introducción a *La novela picaresca española*, el crítico destaca los varios niveles de significación que definen a los textos picarescos. De esta forma, nos dice que, según ocurre en *El Lazarillo*, en la novela picaresca

“lo fundamental parece el artístico deseo de retratar a un hombre, Lázaro, en su singularidad; para quien sepa leer correctamente se anuncia a la vez “algo” provechoso, “algún fruto” no superficial (pues para hallarlo hay que “ahondar”): fruto, según todas las probabilidades, de contenido social y moral; el incapaz de penetrar más puede quedarse en la corteza de las burlas” (1967: lxvi-lxvii).

Alemán entendió bien esta pluralidad de significados cuando avisaba a su audiencia que leyese con cuidado *El Guzmán* para no saltarse el “consejo” que se escondía tras cada

“conseja”. Para alcanzar tal polifonía semántica, los autores españoles se sirvieron de distintos mecanismos retóricos, dos de los cuales sobresalen en conjunto sobre cualquier otra figura literaria empleada en el grueso de la producción picaresca.

De acuerdo con Lázaro Carreter, las obras picarescas se distinguen, así, por su tono irónico y satírico. Pese a presentar un corte fundamentalmente realista, la perspectiva dual con la que el protagonista presenta los hechos permite establecer un contrapunto irónico y humorístico en la novela picaresca que da pie a cierta ambigüedad o contradicción. En este sentido, el clérigo que vive de la caridad no predica con el ejemplo, de igual manera que el escudero prefiere depender del trabajo de un niño a mancharse las manos para ganarse el pan en *El Lazarillo*. Así, leemos que el religioso, después de que “comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía” la cabeza del carnero, le da los huesos roídos a Lázaro diciendo “—toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa” (*Lazarillo*, 2006: 50); o que el escudero, muerto de hambre, alaba el comer del pícaro para conseguir que deje de hacerlo y comparta con él su pobre manjar, “—dígotte, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga” (*Lazarillo*, 2006: 89). De esta manera, como parte del juego de apariencias que se muestra en los textos españoles, lo referido por los personajes lleva a error al lector, pues lo enunciado trasciende semánticamente la enunciación. Cabo Aseguinolaza analiza la comicidad de estos pasajes y resalta la importancia del contexto pragmático a la hora de interpretar el correcto sentido de lo referido por el héroe picaresco en cada caso (1992: 80). No obstante, el humor y la ironía derivado de la virtualidad pragmática del hablar picaresco no se intuyen en la obra de Cugoano.

El sentido unívoco de la narrativa en su propósito de denuncia de la esclavitud evita confundir al lector con inferencias contextuales y oscurecer su opinión con distintos artificios literarios. La lectura a modo de pasatiempo se deshecha por completo en el relato del esclavo, pues ni su testimonio sirve de entretenimiento por su brevedad, ni se busca amenizar al lector con el discurso de su vida. Por ello, mientras que el joven Cugoano comparte la ingenuidad de Lázaro al comienzo de sus peripecias literarias, el autor no da cuenta de ninguna situación divertida, fruto de la inexperiencia del esclavo, que pudiera ensombrecer la seriedad de su mensaje a la hora de recordar su existencia. Tampoco se recogen ni los precisos dobles sentidos que recorren *El Lazarillo* ni las florituras que caracterizan a la prosa de *El Buscón* pues, por un lado, la distribución de la

narrativa no dependía de la aprobación de unos censores y, por otro, la sobriedad del estilo buscaba sumar adeptos a la causa abolicionista. Así, si el anónimo autor se sirve de metáforas, comparaciones e hipérbolos cuando nos presenta al clérigo,

“otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fue ésta. Finalmente el clérigo me rescibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago; porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era o lo había anejado con el hábito de clerecía” (*Lazarillo*, 2006: 46),

y Quevedo despliega toda su maestría en el estilo conceptista cuando describe al licenciado Cabra diciendo que

“él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle; una cabeza pequeña; los ojos, avecindados en el cogote, que parecía que miraba por los cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era un buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico, entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gáznate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo, parecía tenedor u compás, con dos piernas largas y flacas; su andar, muy espacioso: si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla, ética; la barba, grande, que nunca se la cortaba por no gastar” (Quevedo, 2001: 21),

Cugoano se limita a presentar a los tratantes europeos en la costa africana señalando que “next day we travelled on, and in the evening came to a town, where I saw several white people, which made me afraid that they would eat me, according to our notion, as children, in the inland parts of the country” [al día siguiente seguimos adelante, y por la tarde llegamos a un pueblo donde vi a varias personas blancas, de las que tenía miedo de que me comiesen, de acuerdo con la idea que, como niños, teníamos en las partes del interior del país].

Por todo ello, frente al generoso empleo de lo cómico en las novelas españolas, la narrativa restringe el uso de la sátira al irónico comportamiento de los cristianos que participan en la trata de esclavos y su explotación en las colonias. No obstante, no se desprende nota humorística alguna de esta hipocresía religiosa y Cugoano tampoco incidirá mucho en tal contradicción ideológica pues, contrariamente a lo que ocurría en la obra de James Albert, la crítica de la narrativa queda limitada a unas líneas dentro del relato donde se nos cuenta cómo en las plantaciones americanas “their hard-hearted overseers have neither Regard to the laws of God, nor the life of their fellow-men” [los duros capataces ni guardan las leyes de Dios ni la vida de sus semejantes].

Así las cosas, resulta acertado concluir este apartado señalando que el autor africano no parece haberse servido de la fina ironía y comicidad características de los relatos picarescos a la hora de escribir su narrativa. De este modo, ni la crítica de la obra se produce de manera sutil –aunque mordaz– al estilo del género hispano, ya que se realiza de forma abierta y tajante durante el relato, ni existe en la narrativa la habitual advertencia de los textos españoles apelando al atento juicio del lector a la hora de interpretar el significado implícito de las aventuras contadas por el pícaro. Como se ve, la obra de Cugoano vuelve a guardar distancia con las novela picaresca.

Por último, terminaremos el análisis comparativo de la narrativa atendiendo al último de los rasgos fijados por Lázaro Carreter para la poética del género hispano. De acuerdo con el crítico, la trayectoria vital del héroe picaresco viene condicionada por una constante alternancia entre los momentos de fortuna y de adversidad conforme a los designios de Providencia. No obstante, si bien el pícaro se encuentra a merced de esta fuerza superior en la totalidad de las obras que integran el corpus hispano, esta tradición providencialista no era exclusiva de la novela picaresca, ya que como Sayre sostiene, eran múltiples los textos que se incluían “in the larger genre of the Providence tale: narratives of shipwrecks, witch apparitions, and other amazing happenings that prove God exists by presenting undeniable evidence of inexplicable occurrences” [en el amplio género del relato providencial: narrativas de naufragios, apariciones de brujas y otros increíbles sucesos que probaban la existencia de Dios presentando evidencias innegables de sucesos inexplicables] (2000: 9).

La influencia del cristianismo en la esfera cultural occidental se dejó notar desde el medievo en todas las artes y, *mutatis mutandis*, llegó hasta la época de creación de la narrativa. Bien es cierto que la tradición providencialista se atiende en la obra de Cugoano

a las particularidades de los dogmas protestantes, sin embargo los efectos de Providencia en la vida del personaje se muestran de manera idéntica que en la tradición picaresca. De esta forma, pese a que Cugoano abraza las tesis calvinistas respecto a la intervención divina desde la predestinación, el protagonista de su relato plantea la posibilidad de que “individual responsibility was ultimately the catalyst for the faith and liberty” [la responsabilidad individual era en el fondo el catalizador para la fe y la libertad] en la narrativa (Woodard, 1999: 44). Así, a pesar de que el esclavo da las gracias a la Providencia por la mejora de su estado, se intuye de sus palabras que sus acciones también contribuyeron a su buena fortuna. Esta situación se observa claramente cuando el protagonista explica los particulares de su salida del infierno colonial pues, aunque aparentemente se desliga del destino que Dios le tenía reservado, “this Lord of Hosts, in his great providence, and in great mercy to me, made a way for my deliverance from Grenada” [este Señor de los ejércitos, en su gran providencia, y apiadándose grandemente de mí, abrió el camino para liberarme de Granada], no cabe duda de que su ejemplar conducta y disposición fueron decisivos a la hora de que el caballero decidiese tomarle como criado y llevarle a Inglaterra. Adquiere sentido entonces el hecho de que, mientras sus compañeros son reprimidos y castigados por saltarse las normas, Cugoano asista a las torturas como mero espectador.

Esta velada participación del protagonista africano en el devenir futuro no solo se aprecia en sus esfuerzos por mejorar su estado al final de la narrativa, pues Cugoano además interviene activamente para cambiar el porvenir de la multitud de compatriotas que todavía estaban sometidos al yugo de la esclavitud. Así, pese a que el esclavo reconoce las miserias vividas desde que es capturado y transportado a América, entiende el plan que Providencia le tenía reservado y actúa en consecuencia. De esta manera, nos dice que “although I have been brought away from my native country, in that Torrent of robbery and wickedness, thanks be to God for his Good providence towards me” [pese a que me han transportado lejos de mi tierra natal, en esa espiral de robos y crueldad, bendito sea Dios por la buena providencia que tuvo conmigo] pues “since, I have endeavoured to improve my mind in reading, and have sought to get all the intelligence I could, in my situation of life, towards the state of my brethren and countrymen in complexion, and of the miserable situation of those who are barbarously sold into captivity, and unlawfully held in slavery” [desde entonces me he esforzado por instruirme en la lectura, y he tratado de adquirir toda la inteligencia que he podido, en mi situación

vital, en relación al estado de mis hermanos y paisanos de compleción, y a la miserable situación de aquellos que son vendidos bárbaramente en cautividad, e ilegalmente retenidos en esclavitud].

La diferencia del protagonista de la narrativa con los personajes de las novelas picarescas es entonces evidente, ya que la naturaleza filantrópica rara vez se manifiesta en los escarmentados pícaros. Por ello, si bien Lázaro comparte su comida con el escudero, el héroe español entiende que su lucha no es la del hidalgo y se centra en su persona. El esclavo, sin embargo, experimenta el dolor de todo un continente desgarrado por el drama de la esclavitud, de ahí que, superado el cautiverio, pronto se una a la batalla abolicionista. En este sentido, Sandiford reivindica la conciencia común de la población negra ante la adversidad en la figura del protagonista del relato y habla de la narrativa señalando que Cugoano

“in one of the earlier narrative sequences of the *Thoughts*, he painted a most affecting image of his own desolation as the terror of forced abduction from the warmth and security of his familiar environment engulfed him. But the weight of his personal despondency was not enough to repress his natural sympathies for the other equally hapless captives he saw around him; nor now, removed by time and space and changed fortunes, is he any less mindful of slavery’s unabated afflictions” [en una de las primeras secuencias narrativas de los *Thoughts*, pinta una imagen de su propia desolación de una manera totalmente conmovedora cuando el terror del secuestro del calor y seguridad de su entorno familiar por la fuerza le sobreviene. Pero el peso de su desaliento personal no fue suficiente para reprimir su compasión natural por los demás cautivos igualmente desventurados que vio a su alrededor; pues ni ahora, alejado por el tiempo y el espacio y un cambio de fortuna, se muestra menos consciente del incesante sufrimiento de la esclavitud] (1988: 103).

No obstante, dejando al margen el altruismo del esclavo, la narrativa de Cugoano sí que parece recoger la mutabilidad característica de las novelas picarescas en el desarrollo de las aventuras del protagonista. De este modo, como si de un personaje picaresco más se tratase, el africano será abatido y aupado en una serie de altibajos que adquieren sentido en retrospectiva. Así, tras los muchos envites de fortuna que sufre Lázaro, el pícaro cierra el relato convencido de que se halla “en la cumbre de toda buena fortuna” (*Lazarillo*, 2006: 135), de forma similar al esclavo cuando, arrancado de su lugar de origen, entiende que ha alcanzado todo aquello que le es posible desde su particular condición. Desde esta perspectiva, la narrativa comparte el relativismo final de las obras españolas, pues tras superar los obstáculos que le depara el destino, Cugoano evalúa su

posición y comprende su privilegio cuando nos cuenta que “I have both obtained Liberty, and acquired the great advantages of some Little learning, in being able to read and write, and, what is still infinitely of greater advantage, I trust, to know something of Him who is that God whose providence rules over all” [he obtenido a la par libertad, y adquirido las grandes ventajas de algo de conocimiento, al ser capaz de leer y escribir, y, lo que todavía es infinitamente de mayor ventaja, confío, saber algo de Él que es ese Dios cuya providencia gobierna sobre todo].

Sin embargo, el carácter providencialista de la narrativa se encuentra también en otras tradiciones literarias, de ahí la dificultad de rastrear su origen en la obra de Cugoano. Si bien el relato del esclavo atiende tanto a las órdenes de Providencia como a los intentos del protagonista por sobreponerse a los vaivenes de fortuna característicos de la novela picaresca, existen coincidencias con los textos de otros géneros que requieren de nuestra atención. Por un lado, la narrativa coincide con los relatos de cautivos toda vez que el personaje atribuye su liberación a la voluntad de un ser supremo. Se entiende así que Cugoano dé expresamente las gracias a Dios tras dejar atrás la esclavitud en América. Por otro, la obra coincide con las anteriores narrativas de esclavos en dos puntos.

En primer lugar, autobiografía del africano nos cuenta el viaje de un pagano hacia la fe de Cristo a la manera de James Albert. La evangelización del protagonista se distancia así de la habitual conversión efectiva de las narrativas espirituales —efectiva en tanto que los personajes son ya cristianos— y recoge el testigo de otro autor africano a la hora de presentar la intervención de Providencia. Sacado de la ignorancia con frecuencia atribuida a los hijos de África, Cugoano sigue el ejemplo de su predecesor y pronto comprende el poder de la voluntad de Dios frente a los hombres. De esta manera, tal y como sucedía en la narrativa de James Albert, la conversión religiosa del protagonista es inevitable: forma parte de un plan divino alejado de cualquier injerencia humana. Por ello, son constantes los pasajes en los que el africano, ya instruido en la fe cristiana, alude a la intervención de Dios en su vida. Segundo, los cambios de fortuna que experimenta Cugoano se organizan conforme al modelo que establece Briton en su narrativa, esto es, en forma de prueba cristiana que somete al personaje a distintos incidentes mediante los que reafirmar su religiosidad.

Ante este panorama, no podemos asegurar que Cugoano tomase como referencia los textos hispanos en la representación providencialista que se observa en la narrativa. Las similitudes que presenta la obra del esclavo con las novelas picarescas son evidentes,

pero son también compartidas por otras tradiciones más cercanas culturalmente a la narrativa. Sin embargo, pese a que no podemos atribuir el impacto de la fortuna y la adversidad al influjo directo de la picaresca, el hecho de que sean los autores españoles los primeros escritores en utilizar el providencialismo para los incipientes conatos de la forma narrativa que con el tiempo dio en llamarse novela, viene a reivindicar la posible deuda de todas estas tradiciones con el género español, toda vez que, como indica Sayre, “the Providence tale genre was common in England and New England and connected science with faith and Protestant religious discourses with the emerging form of the novel” [el género de los relatos de Providencia era común en Inglaterra y Nueva Inglaterra y conectó la ciencia con la fe y los discursos religiosos protestantes con la forma emergente de la novela] (2000: 9).

Una vez evaluados todos los puntos de encuentro entre la narrativa de Cugoano y las novelas picarescas de acuerdo con los rasgos que Lázaro Carreter estableciese como distintivos de la poética del género español, nada más nos queda reincidir en las conclusiones arrojadas por las anteriores obras de esclavos aquí analizadas. Rasgo arriba o rasgo abajo, la obra del esclavo vuelve a compartir la batería de rasgos formales y temáticos característicos de los textos hispanos. Verdad es que muchos de estos rasgos aparecen modificados en la narrativa. No obstante, la adaptación de los rasgos a los particulares de la narrativa, lejos de distanciar el breve relato del africano de la tradición picaresca, aproxima la obra a los integrantes del género. La mutabilidad de los rasgos en los títulos picarescos, cuya variedad viene complicando el establecimiento de un corpus definitivo, posibilita sin embargo la consideración de la narrativa dentro de la órbita literaria picaresca. Cabría matizar, bien es verdad, que la narrativa de Cugoano es la obra con menor regusto picaresco de los cuatro textos analizados, un hecho que se explica desde el nuevo compromiso adquirido por el autor en la causa abolicionista. Como acertadamente nota Marion Wilson Starling en *The Slave Narrative: Its Place in American History*, a medida que avanza y se conforma el género angloafricano, se abandona el impulso inicial picaresco de las primeras obras en favor de la lucha contra la esclavitud, una evolución que, vista en perspectiva desde esta última narrativa, adquiere total sentido (1981: 1).

Pese a todo, es obligado señalar la dificultad de averiguar el origen de los rasgos compartidos por la narrativa con la obras hispanas, pues muchas de las coincidencias señaladas aparecen también en otras tradiciones más cercanas al texto de Cugoano. Esta

situación, que nos impide arrojar resultados concluyentes sobre la deuda real de la narrativa con la poética picaresca, no hace sino poner de relieve una vez más la necesidad de establecer puentes críticos entre las letras inglesas y españolas para el periodo que manejamos. Un cotejo amplio de los perceptibles puntos comunes que arrojan las obras de ambas esferas culturales consideradas para este estudio permitiría arrojar luz sobre el papel que jugaron las novedades narrativas picarescas en el surgimiento de la novela anglosajona, a la par que ayudaría a esclarecer el mapa de conexiones literarias que, con seguridad, tendría lugar a ambas orillas del Atlántico dentro del mundo occidental.

No obstante, en el caso concreto de la narrativa no podemos obviar tampoco la probable intertextualidad producida entre el texto de Cugoano y las anteriores obras de esclavos. Sabemos que el escritor africano conocía algunas de las obras de sus predecesores, pues Cugoano no solo hace mención explícita a James Albert, sino que además investiga el tropo del *talking book* o *libro que habla* recogido en su narrativa dentro de las páginas que componen *Thoughts and Sentiments* (Gates, Jr., 1998: 15). Así, tomando como referente el pasaje en que James Albert no consigue descifrar la palabra escrita, leemos en el libro de Cugoano que Atahualpa “desired to know where Valverde had learned things so extraordinay. In this book, replied the fanatic Monk, reaching out his breviary. The Inca opened it eagerly, and turning over the leaves, lifted it to his ear: This, says he, is silent; it tells me nothing; and threw it with disdain to the ground” [quería saber dónde Valverde había aprendido cosas tan extraordinaries. En este libro, respondió el fanático monge, alcanzando su breviario. El inca lo abrió con impaciencia, y pasando las páginas, lo alzó hasta su oído: esto, dijo, no habla; no me dice nada; y lo arrojó con desdén al suelo]. De esta manera, si bien nuevamente no podemos identificar todavía la fuente de la que Cugoano tomase los datos de tan afamado encuentro, el conocimiento que demuestra el autor de la narrativa sobre los pormenores históricos del episodio de la conquista española de América que da lugar al tropo pone de manifiesto el contacto cultural hispano-británico (Carretta, 1999: 165).

Finalmente, realizada la comparación de la narrativa con las novelas picarescas y señaladas las múltiples posibilidades de estudio surgidas, pondremos punto final a este estudio evaluando las coincidencias entre ambas tradiciones desde la prudencia. Ya sea por influjo directo o indirecto, o incluso mera coincidencia, es imposible pasar por alto los elementos picarescos que presenta el texto de Cugoano. Como venimos observando, son varios los rasgos picarescos que tienen origen en la literatura de corte religioso, un

hecho que permitiría explicar una semejante génesis en unos textos de notable espíritu protestante como son las narrativas de esclavo. Sin embargo, la presencia de los novedosos rasgos picarescos en estas obras —aunque modificados con frecuencia— hace necesario cuestionar, al menos, la posibilidad de un trasvase genérico picaresco en la narrativa.

De este modo, si bien no es posible definir la obra de Cugoano como texto picaresco *stricto sensu*, las características formales y temáticas comunes de la narrativa con la novela española evidencian el componente picaresco del relato. Así, tomando como referente la propuesta de Claudio Guillén en «Toward a Definition of the Picaresque» sobre los círculos de alcance picaresco para explicar el sabor español que deja la lectura del relato, reivindicaremos la huella de la picaresca y situaremos la narrativa entre aquellas obras que recogen el influjo el género español *lato sensu*. La obra de Cugoano demuestra ser picaresca en tanto que presenta muchos de los rasgos de la poética del género hispano y es “sufficiently flexible, moreover, to allow for the fundamental alterations which the form underwent as it passed from Spain to France, Germany, Holland, and England during the seventeenth and eighteenth centuries” [lo suficientemente flexible, además, para permitir las alteraciones fundamentales que sufre la forma al pasar de España a Francia, Alemania, Holanda e Inglaterra durante los siglos diecisiete y dieciocho] (Guillén, 1971: 98). Concluiremos, por tanto, con las palabras de Blanco Aguinaga cuando afirma que “dicho todo lo cual no nos queda más remedio que aceptar la vieja tesis de Tinianov. A saber: que un género (en su caso «la novela», en el nuestro «la novela picaresca») «no es constante, sino variable, y [que] su material lingüístico, extraliterario, cambia de un sistema literario a otro, tanto como la forma de introducir ese material en la literatura. Los mismos rasgos del género evolucionan»” (1983: 64). Sirva, entonces, el caso de la narrativa como ejemplo.

2.7. Conclusiones

La consideración final de las conclusiones obtenidas tras el detenido análisis de la impronta picaresca de cada una de las obras de esclavos seleccionadas, a saber, las narrativas de Briton Hammon, Arthur, James Albert Gronniosaw y Quobna Ottobah Cugoano, no solo permite comprender la génesis y las particulares características del género angloafricano, sino además reconsiderar la deuda real de la literatura en lengua inglesa con las letras españolas. Como hemos podido observar, la heterogénea naturaleza de las cuatro narrativas demuestra que muchas son las tradiciones literarias empleadas para dar forma al relato del esclavo. No obstante, el objetivo de este trabajo viene a trascender los encuadres genéricos habituales desde los que se han considerado los textos y ampliar las abiertas —si bien escasas todavía— insinuaciones sobre la posible influencia de la picaresca en unas obras que *a priori* no parece posible emparentar con las novelas españolas.

Si bien la fijación de los principales rasgos formales y temáticos realizada por James Olney para las narrativas afroamericanas posteriores a la publicación de la obra de Olaudah Equiano en 1789 incluyó en la esfera de influencias literarias de las obras de esclavos al género picaresco tras constatar de primera mano las convenciones compartidas entre ambas tradiciones (1985), serían los trabajos realizados por Jesús Benito, Ana María Manzanás (1994) y José David Parra Alonso (2014, 2017) los que estrecharían lazos y tenderían puentes entre ambos géneros. Pese a que Benito y Manzanás no se atrevieron a utilizar la denominación “picaresca”, incluso cuando identificaron el empleo consciente de la mayor parte de características de los textos españoles en las obras de esclavos, reconocían claramente la importancia de la tradición hispana en la literatura angloafricana cuando señalaban que el “modo autobiográfico semipicaresco no es sólo común a las narraciones de esclavo, sino que ha pervivido en las autobiografías de escritores afroamericanos hasta la actualidad” (1994: 31).

El reto consiste entonces en situar las narrativas de esclavo dentro del universo picaresco en función del calado de la tradición hispana en cada uno de los textos. No obstante, precisar este encaje resulta problemático toda vez que la picaresca no es la única tradición, ni la más destacada, dentro del cóctel genérico que configura las narrativas. Esta situación obliga a aceptar que los relatos angloafricanos no son textos picarescos propiamente dichos, de ahí que parezca sensato no incluir las obras del género de esclavos

en el listado las novelas picarescas en lengua inglesa, entre las que destacan, con nombre propio, varias de las novelas de Daniel Defoe como *Moll Flanders*, *Colonel Jack* o *Roxana*²⁶⁸. La búsqueda del conjunto de rasgos que integran la poética picaresca en las narrativas confirma la falta de una total correspondencia entre novelas españolas y obras angloafricanas. Sin embargo, el elevado número de características propias de la tradición picaresca presentes en las narrativas obliga a situar las obras de esclavos a caballo entre las letras inglesas y las españolas.

En este sentido, las conclusiones de esta investigación ponen de relieve que, si bien las narrativas no fueron concebidas como textos picarescos, resulta imposible postular su valor literario sin considerar su naturaleza hispana. La solución a esta dicotomía pasa, de este modo, por reconocer que las narrativas de esclavo no son relatos picarescos en sí, sino que, entre otras cosas, son relatos picarescos. De esta manera, según indica Parra Alonso en *La picaresca como impulso original: narrativas de pícaros y esclavos*, se adivinan entre la maraña de géneros que dan forma a los textos angloafricanos multitud de características y convenciones picarescas que pasan a ser también “propias del género de las narrativas de esclavos” (2014: 32). Así las cosas, parece acertado afirmar que el origen de las narrativas de esclavo y, con ello, de las letras angloafricanas, surge del maridaje entre las tradiciones literarias anglosajonas de moda durante el periodo decimonónico y un género español tan popular en las islas británicas, como era el picaresco, que pronto se asimilaría dentro de las posibilidades narrativas disponibles en prosa para los escritores en lengua inglesa del siglo diecisiete en adelante.

El interés por la literatura picaresca en Inglaterra nace con la publicación de la primera traducción del *Lazarillo* realizada por David Rowland. Esta traducción se comercializó con el título de *The Pleasaunt Histoire, of Lazarillo de Tormes a Spaniarde, wherein is contained his marveloius deeds and life. With the straunge adventures happened to him in the service of soundrie Masters* en 1576, si bien, como indica Julio César Santoyo en *Ediciones y traducciones inglesas del "Lazarillo de Tormes" (1568-1977)*, “David Rowland tradujo inicialmente el *Lazarillo de Tormes* en 1568” (1978: 20). En 1596 aparece la traducción de William Phiston de la *Segunda parte del Lazarillo*, de

²⁶⁸ Garrido Ardila afirma que “en *Moll Flanders* creó Defoe la primera novela británica en que se reproducen los rasgos del género picaresco [...]. También en *Colonel Jack* se reproducen todas y cada una de las características de la novela picaresca, adaptadas al determinado momento de Defoe. En *Roxana* recrea Defoe el mismo esquema genérico” (2009: 438).

la cual, según explica Garrido Ardila, no se conocen ediciones posteriores (2009: 144). Pocos años más tarde, en 1622, James Mabbe publica la traducción del *Guzmán de Alfarache* bajo el nombre de *The Rogue; or the Life of Guzmán de Alfarache*. El éxito de la traducción inglesa del *Guzmán* fue tan grande que, como señala Louise Gondebeaud en su estudio “*Guzman d’Alfarache en Angleterre: 1622-1708*”, “au dix-septième siècle égala et surpasse même celui du *Quichotte* et du *Pilgrim’s Progress*” [en el siglo diecisiete iguala y supera incluso al del *Quijote* y al del *Progreso del peregrino*] (1983: 20).

Esta fiebre por la literatura picaresca hizo que en 1657 John Davies tradujese *El Buscón* como *The Life and Adventures of Buscon the Witty Spaniard*. No obstante, frente a la fidelidad existente entre los textos picarescos originales de las obras anteriores y sus traducciones inglesas, J. Enrique Duarte demuestra en su artículo «En torno a una traducción inglesa del Buscón: *The pleasant story of Paul of Segovia*, 1683» la distancia que separa las ediciones españolas de la obra de Quevedo y la traducción de John Davies. No sorprende entonces que para 1683 se publicase otra traducción del *Buscón* de autoría desconocida, la cual superaría a su predecesora toda vez que recupera la historia original y “demuestra seguir a la versión castellana” (2015: 140). En 1707 aparecerán las traducciones de *La pícaro Justina* y *El Estebanillo González* dentro de una antología de novelas españolas a cargo de John Stevens, entre cuyos títulos encontramos *The Spanish Libertines: or the lives of Justina, the Country Jilt y E. Gonzalez, the most arch and comical of scoundrels*. De acuerdo con Garrido Ardila, todas estas traducciones de las obras picarescas que surgen hasta bien entrado el siglo dieciocho no solo certifican “el éxito del *Guzmán*, sino también la demanda en Gran Bretaña de prosa picaresca y la percepción que de esta literatura se tenía como género” (2009: 148).

De este modo, si como apunta Gondebeaud, la traducción del *Guzmán* de Mabbe fue una de las obras más vendidas en la Inglaterra del siglo diecisiete, presente en la mayoría de bibliotecas privadas del país, que despertó el gusto del público anglosajón por otras novelas españolas similares, cabe esperar entre los lectores de la época una conciencia literaria precisa del género picaresco (1983: 21). El buen recibimiento de las obras de corte picaresco —ya sean las traducciones de las novelas hispanas o los textos en inglés surgidos al calor de los originales— haría que muchos editores tomaran como modelo o referencia los relatos españoles a la hora de publicar otros trabajos. En este sentido, si bien existe la posibilidad de que las narrativas de esclavo anglosajonas llegasen

a una solución narrativa similar a la alcanzada por las novelas picarescas un siglo antes en España, tal y como insinuaba Parra Alonso al analizar las coincidencias entre la poética picaresca y la narrativa de Equiano, aceptar esta solución implica hacer oídos sordos al peso que la tradición hispana adquirió en las letras inglesa (2017: 92).

Ya para 1899 John Garret Underhill reivindicó la revolución literaria que supuso el género picaresco cuando afirmaba que “Spanish literature performed its greatest service to the literature of Shakespeare’s England in assisting the evolution of a living form through the example of the *Celestina* and the *Lazarillo de Tormes*” [la literatura española desempeño su mayor servicio en la literatura de la Inglaterra de Shakespeare al ayudar a la evolución de una nueva forma viva a través del ejemplo de *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes*] (1899: 208). Más recientemente, la importancia de la novela picaresca en las letras inglesas también fue subrayada por Santoyo, el cual incidía en el papel que jugó *El Lazarillo* en el posterior desarrollo de la prosa anglosajona al señalar que, “con respecto a la influencia que esta traducción inglesa tuvo sobre la literatura contemporánea de las Islas Británicas, conviene recordar [...] que en los años 1570-1580 una corriente renovadora entró en la literatura inglesa procedente de España [...] que con su realismo, vivacidad y frescura supuso un fuerte contraste con las obras de inspiración clásica, particularmente helenística, que dominaban el momento literario, sobre todo en la prosa y la narrativa” (1978: 119).

Ante este panorama, que los autores o editores de las narrativas de esclavos se sirviesen de las fórmulas narrativas picarescas para confeccionar sus relatos parece ser la solución más probable al asunto que aquí nos atañe, pues, según indica Michael McKeon en *The Origins of the English Novel, 1600-1740*, “the Spanish picaresque began to be directly influential in England after the 1570s and the first English translation of *Lazarillo*” [la picaresca española empezó a influir de forma inmediata en Inglaterra tras los años setenta del siglo dieciséis y la primera traducción inglesa del *Lazarillo*] (1987: 97). No obstante, la elección de la poética picaresca no es fortuita para las narrativas del género angloafricano, ya que el molde narrativo de la novela española servía para dar voz a unos personajes marginales que únicamente se distinguían de los protagonistas de las obras de esclavos por gozar de libertad plena y no ser segregados por el color de su piel. Como afirma Edmond Cros en «La noción de novela picaresca como género desde la perspectiva sociocrítica», este molde narrativo picaresco constituye “un discurso explicativo que selecciona en el pasado unos elementos autobiográficos que se integran

ahora en el esquema preconcebido de la trayectoria de una vida humana como la cara opuesta de un camino de la perfección en el cual se inscribe el destino de una criatura-objeto” (2001: 89).

Así las cosas, concluimos este trabajo matizando las palabras de Hedin sobre el empleo de la tradición picaresca en las obras de esclavo pues, de manera contraria a lo que opina el crítico cuando indica que “these narratives suggest the traditional picaresque in a number of ways, but the resemblance resulted more from a natural fit of the picaresque mode with the slaves' own experience than from a need the narrators felt to shape the description of their lives for a literary purpose” [estas narrativas insinúan la picaresca tradicional de distintas maneras, pero el parecido resulta más de un encaje natural del modo picaresco con la propia experiencia de los esclavos que de una necesidad que los narradores sentían para conformar la descripción de sus vidas con un propósito literario], es posible constatar el empleo consciente del género español a la hora de dar forma al relato de la vida del protagonista en las obras que anticipan las narrativas de esclavos como forma literaria establecida tras la publicación de la obra de Equiano. Por ello, atendiendo a la clasificación propuesta por Guillén, parece acertado afirmar que las obras del género angloafricano se engloban dentro de la picaresca en el sentido amplio del término, es decir, que se encuentran entre aquellos trabajos que contienen elementos picarescos pero que no son novelas picarescas.

Cerramos así esta investigación reivindicando la importancia de la picaresca en la conformación de la literatura angloafricana y defendiendo la inclusión de las narrativas de esclavo en esta categoría toda vez que, como indica Guillén “the elements that may be considered indispensable to the broader group are all contained in our first characteristic, which we can reduce to the following: the radical solitude of the orphan as child or Young man; and his lasting but ambiguous estrangement from society, “reality”, or established beliefs and ideologies” [los elementos que pueden ser considerados indispensables al grupo más amplio están todos contenidos en nuestra primera característica, la cual podemos reducir a lo siguiente: la radical soledad del huérfano durante su niñez o juventud; y su duradero pero ambiguo distanciamiento de la sociedad, “realidad”, o creencias e ideologías establecidas] (1971: 95). Sirva entonces esta reconsideración del elemento picaresco en las primeras manifestaciones de la tradición angloafricana para la revisión crítica de la impronta española en las posteriores obras de autores negros en lengua inglesa.

2.8. Bibliografía

2.8.1. Bibliografía primaria

- ALEMÁN, Mateo (2009). *Guzmán de Alfarache I*. José María Micó (ed.). Madrid: Cátedra.
- (2007). *Guzmán de Alfarache II*. José María Micó (ed.). Madrid: Cátedra.
- ALLEINE, Joseph (1999). *Alarme to the Unconverted*. Jay P. Green (ed.). Evansville IN: Northwestern Theological Seminary.
- ANÓNIMO, (1783). *The American Bloody Register, Containing the History of the Lifes, Last Words and Dying Confessions of Three Most Noted Criminals*. Boston: E. Russell. <<http://tei.it.ox.ac.uk/tcp/Texts-HTML/free/N14/N14465.html>> [Último acceso: 17/06/2021].
- ANÓNIMO (2006). *Lazarillo de Tormes*. Francisco Rico (ed.). Madrid: Cátedra.
- ANÓNIMO y Juan de LUNA (1988). *Segunda parte del «Lazarillo»*. Pedro M. Piñero (ed.). Madrid: Cátedra.
- ARTHUR, A Negro Man (2001). *The Life, and Dying Speech of Arthur, a Negro Man*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/arthur/arthur.html>> [Última consulta: 14/06/2022].
- BAXTER, Richard (2014). *A Call to the Unconverted*. Early English Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/eebo/A26872.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 02/04/2021].
- (2014). *Treatise on Conversion*. Early English Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/eebo2/A76218.0001.001/1:6?rgn=div1;view=fulltext>> [Última consulta: 16/03/2019].
- (2014). *Directions and Persuasions to a Sound Conversion*. Early English Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/eebo/A26915.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 16/03/2019].
- BEHN, Aphra (2003). *Oroonoko*. Janet Todd (ed.). Londres: Penguin Books.
- BLUETT, Thomas (1999). *Some Memories of the Life of Job, the Son of Solomon, the High Priest of Boonda in Africa*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/bluett/bluett.html>> [Última consulta: 04/06/2021].
- BRACKENRIDGE, Hugh Henry (2012). *Narratives of a Late Expedition Against the Indians*. John Knight (ed.). Evans Early American Text Creation Partnership

<<https://quod.lib.umich.edu/e/evans/N14205.0001.001?rgn=main;view=fulltext>>
[Última consulta: 24/01/2022].

BROWN, Thomas (2014). *A Plain Narrative of the Uncommon Sufferings and Remarkable Deliverance of Thomas Brown*. Evans Early American Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/evans/N06738.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 23/09/2021].

BUNYAN, John (2013). *The Holy War*. Project Gutenberg <<https://www.gutenberg.org/files/395/395-h/395-h.htm>> [Última consulta: 08/02/2021].

— (2014). *Grace Abounding to the Chief of Sinners*. Project Gutenberg <<https://www.gutenberg.org/files/654/654-h/654-h.htm>> [Última consulta: 30/07/2021].

— (2021). *The Pilgrim's Progress*. Project Gutenberg <<https://www.gutenberg.org/files/131/131-h/131-h.htm>> [Última consulta: 14/10/2021].

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1999). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Cervantes virtual <<https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-ingenioso-hidalgo-don-quijote-de-la-mancha-6/html/>> [Última consulta: 15/05/2020].

CUGOANO, Quobna Ottobah (1999). *Narrative of the Enslavement of Ottobah Cugoano, a Native of Africa*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/cugoano/cugoano.html>> [Última consulta: 14/06/2022].

DEFOE, Daniel (1989). *Moll Flanders*. David Blewett (ed.). Londres: Penguin Classics.

— (1996). *The Life and Adventures of Robinson Crusoe*. Project Gutenberg <<https://www.gutenberg.org/files/521/521-h/521-h.htm>> [Última consulta: 22/10/2021].

— (1998). *Roxana*. Robert Clark (ed.). Londres: Everyman.

— (2002). *The History and Remarkable Life Of the truly Honourable Colonel Jacque, commonly called Colonel Jack*. Blackmask Online <<http://www.public-library.uk/ebooks/23/14.pdf>> [Última consulta: 7/02/2018].

— (2013). *The Life, Adventures & Piracies of the Famous Captain Singleton*. Edward Garnett (ed.). Project Gutenberg <<https://www.gutenberg.org/files/6422/6422-h/6422-h.htm>> [Última consulta: 31/03/2020].

EQUIANO, Olaudah (2003), *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African*. Vincent Carretta (ed.). Londres: Penguin Books.

GONZÁLEZ, Estebanillo (2001). *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor. Compuesta por él mismo*. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, págs. 1053-1133.

- GONZÁLEZ, Gregorio (2001). *El Guitón Onofre*. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, págs. 341-392.
- GRONNIOSAW, James Albert Ukawsaw (2001). *A Narrative of the Most Remarkable Particulars in the Life of James Albert Ukawsaw Gronniosaw, an African Prince, as Related by Himself*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/gronniosaw/gronnios.html>> [Última consulta: 14/06/2022].
- HAMMON, Briton (2001). *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/hammon/hammon.html>> [Última consulta: 14/06/2022].
- HENRÍQUEZ GÓMEZ, Antonio (2001). *El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña*. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, págs. 1021-1052.
- JANEWAY, James (2014). *Mr. James Janeway's legacy to his friends containing twenty seven famous instances of Gods providences in and about sea dangers and deliverances*. Early English Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/eebo/A46665.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 15/03/2022].
- JOHNSON, Charles (2002). *A General History of the Robberies and Murders of the most notorious Pyrates*. A general history of the robberies & murders of the most notorious pirates. David Cordingley (ed.). Londres: Conway Maritime Press.
- LEE, Harper (1960). *To Kill a Mockingbird*. Londres: William Heinemann.
- LÓPEZ DE ÚBEDA, Francisco (2001). *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La novela picaresca española*. Madrid: Castalia, págs. 341-561.
- MACCARTY, Thaddeus A. M. (1768). *The Power and Grace of Christ Display'd to a Dying Malefactor. A SERMON Preached at Worcester October the Twentieth, 1768. Being the Day of the Execution of ARTHUR, A Negro of a about 21 Years Old, for a RAPE*. Boston: Kneeland and Adams.
- MARRANT, John (2008). *A Narrative of the Life of John Marrant*. Black Loyalists <https://blackloyalist.com/cdc/documents/diaries/marrant_narrative.htm> [Última consulta: 22/08/2018].
- MATHER, Cotton (2014). *Pillars of Salt. An History of some Criminals Executed in this Land, for Capital Crimes, With some of Their Dying Speeches*. Evans Early American Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/evans/N00729.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 31/07/2020].

- M'DONALD, Philip y Alexander M'LEOD (1973). *A Surprising Account of the Captivity & Escape of Philip M'Donald & Alexander M'Leod of Virginia from the Chikkemogga Indians & of Their Great Discoveries in the Western World, from June, 1779, to January, 1786: When They Returned in Health to Their Friends, After an Absence of Six Years and a Half, Written by Themselves*. Fairfield WA: Ye Galleon Press.
- MOSES, Roper (2004). *Narrative of the Adventures and Escape of Moses Roper from American Slavery*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/roper/roper.html>> [Última consulta: 13/05/2020].
- MOUNTAIN, Joseph (2003). *Sketches of the Life of Joseph Mountain, a Negro*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/mountain/mountain.html>> [Última consulta: 25/3/2020].
- PRINCE, Mary (2000). *The History of Mary Prince, a West Indian Slave*. Documenting the American South < <https://docsouth.unc.edu/neh/prince/prince.html>> [Última consulta: 08/04/2018].
- QUEVEDO, Francisco de (2001). *La vida del Buscón*. Fernando Cabo Aseguinolaza (ed.). Barcelona: Crítica.
- ROWLANDSON, Mary (2004). *The Sovereignty and Goodness of God, Together, with the Faithfulness of His Promises Displayed*. Evans Early American Text Creation Partnership <<https://quod.lib.umich.edu/e/evansdemo/R09651.0001.001?rgn=main;view=fulltext>> [Última consulta: 19/11/2020].
- SALAS DE BARBADILLO, Alonso Jerónimo (2001). La ingeniosa Elena. En Florencio Sevilla Arroyo (ed.), *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia, págs. 605-641.
- SMITH, Venture (2000). *A Narrative of the Life and Adventures of Venture, a Native of Africa*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/neh/venture/venture.html>> [Última consulta: 08/04/2018]
- SMOLLETT, Tobias (2008). *The Adventures of Roderick Random*. Paul-Gabriel Boucé (ed.). Oxford: Oxford University Press.
- WHITEFIELD, George (2000). *George Whitefield's Journals*. Jay P. Green (ed.). Lafayette IN: Sovereign Grace Publishers.
- WILLIAMS, James (1997). *The Narrative of James Williams, an American Slave, Who Was for Several Years a Driver on a Cotton Plantation in Alabama*. Documenting the American South <<https://docsouth.unc.edu/fpn/williams/williams.html>> [Última consulta: 07/03/2021].
- WILLIAMS, John (2014). *The Redeemed Captive Returning to Zion*. Evans Early American Text Creation Partnership

<<https://quod.lib.umich.edu/e/evans/N01123.0001.001?rgn=main;view=fulltext>>
[Última consulta: 25/07/2020].

2.8.2. Bibliografía secundaria

- ALFARO, Gustavo A. (1977). *La estructura de la novela picaresca*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- ALJOE, Nicole N. (2014). «Introduction: Remapping the Early American Slave Narrative». En Nicole N. Aljoe y Ian Finseth (eds.), *Journeys of the Slave Narrative in the Early Americas*. Charlottesville: University of Virginia Press, págs. 1-15.
- ALTER, Robert (1964). *Rogue's Progress: Studies in the Picaresque Novel*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- ANDREWS, William L. (1988). *To Tell a Free Story. The First Century of Afro-American Autobiography, 1760-1865*. Champaign: University of Illinois Press.
- ANGELL, Stephen W. y Pink DANDELION (eds.) (2013). *The Oxford Handbook of Quaker Studies*. Oxford: Oxford University Press.
- ARAVAMUDAN, Srinivas (2008). «Defoe, Commerce, and Empire». En John Richetti (ed.), *The Cambridge Companion to Daniel Defoe*. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 45–63.
- ARELLANO, Ignacio (2007). «Introducción a *El Buscón*». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes < <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/introduccion-a-el-buscón-0/html/>> [Consulta: 12/12/2019].
- BAESJOU, René (1988). «The Historical Evidence in Old Maps and Charts of Africa with Special Reference to West Africa». *History in Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 15, págs. 1–83.
- BALDRICH, Mireia (2011). *Dos continuaciones del «Lazarillo»*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- BATAILLON, Marcel (1959). *Erasmus y España*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- (1968). *Novedad y fecundidad del «Lazarillo de Tormes»*. Madrid: Anaya.
- (1969). *Pícaros y Picaresca*. Madrid: Taurus.
- BEASLEY, Jerry C. (1979). «Roderick Random: The Picaresque Transformed». *College Literature*, 6, 3, págs. 211–220.

- BĚLIČ, Oldřich (1969). «Los principios de composición en la novela picaresca». *Análisis estructural de textos hispánicos*. Madrid: Prensa Española, págs. 19-60.
- BENITO, Jesús y Ana María MANZANAS (1994). «Introducción» a Olaudah Equiano, *La Interesante narración de Olaudah Equiano o Gustavus Vassa, el africano escrita por sí mismo*. León: Universidad de León.
- BENITO-VESSELS, Carmen y Michael ZAPPALA (1994). *The Picaresque: A Symposium on the Rogue's Tale*. Newark: University of Delaware Press.
- BENNANI, Soumia (2002). «The Return of the Pícaro in Ralph Ellison's *Invisible Man*». *Aleph*, 9, 2. <<https://aleph-alger2.edinum.org/5498>> [Consulta: 10/04/2022].
- BERLIN, Ira (1996). «From Creole to African: Atlantic Creoles and the Origins of African-American Society in Mainland North America». *The William and Mary Quarterly*, 53, 2, págs. 251-288.
- BJORNSON, Richard (1977a). *The Picaresque Hero in European Fiction*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- (1977b). «The Picaresque Novel in France, England, and Germany». *Comparative Literature*, 29, 2, págs. 124–147.
- BLACK, Jeremy (1996). *The Cambridge Illustrated Atlas of Warfare: Renaissance to Revolution 1492-1792*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BLACKBURN, Alexander (1979). *The Myth of the Picaro. Continuity and Transformation of the Picaresque Novel 1554-1954*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (1957). «Cervantes y la Picaresca. Notas sobre dos tipos de Realismo». *Nueva Revista de Filología Española*, 11, págs. 313–42.
- (1983). «Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género». *Edad de Oro*, 2, 49–65.
- BOLSTER, W. Jeffrey (1997). *Black Jacks: African American Seamen in the Age of Sail*. Cambridge: Harvard University Press.
- BONTEMPS, Arna W. (1969). «The Slave Narrative: An American Genre». *Great Slave Narratives*, 3. Boston: Beacon Press.
- BOSMAN, Willem (1907). *New and Accurate Description of the Coast of Guinea*. Londres: Ballantyne Press.
- BOWERS, Fredson T. (1941). «Thomas Nashe and the Picaresque Novel». *Humanistic Studies in Honor of John Calvin Metcalf*, págs. 12-27.
- BRION DAVIS, David (1988). *The Problem of Slavery in Western Culture*. Nueva York: Oxford University Press.

- BROOKS, Lisa (2008). *The Common Pot: The Recovery of Native Space in the Northeast*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BROWN, Christopher Leslie (2006). *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- BROWN, Sterling (1937). *The Negro in American Fiction*. Washington: The Associates in Negro Folk Education.
- BRUCE JR., Dickson D. (2001). *The Origins of African American Literature, 1680-1865*. Charlottesville: The University Press of Virginia.
- BRUMWELL, Stephen (2006). *Redcoats: The British Soldier and War in the Americas, 1755-1763*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRUNSMAN, Denver Alexander (2007). «The Knowles Atlantic Impressment Riots of the 1740s». *Early American Studies: An Interdisciplinary Journal*, 5, 2, págs. 324-366.
- BUENO MAIA, Rita (2010). «Los títulos de las novelas picarescas como llave de la historia europea del género». En María Luisa Cerrón Puga (Ed.), *Rumbos del hispanismo en el umbral del cincuentenario de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Roma: Bagatto Libri, 3, págs. 355-362.
- BULLEN, Adelaide K. (1965). «Florida Indians of Past and Present», En Ruby Leach Carson, and Charlton Tebeau (eds.), *Florida from Indian trail to space age: a history*. Delray Beach: Southern Publishing Company, 1, págs. 317-350.
- BUTTERFIELD, Stephen (1974). *Black Autobiography in America*. Amherst: The University of Massachusetts Press.
- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando (1986). «El Guitón Honofre y el modelo picaresco». *Revista de literatura*, 48, 96, págs. 367-386.
- (1992). *El concepto de género y la literatura picaresca*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela. Servizo de Publicacións e Intercambio Científico.
- y Fernando LÁZARO CARRETER (1993). *La vida del Buscón*. Madrid: Crítica.
- (2001a). «Noticia de Francisco de Quevedo y *La Vida Del Buscón*». En Francisco de Quevedo, *La Vida Del Buscón*. Barcelona: Editorial Crítica, págs. 183-208.
- (2001b). «La novela picaresca y los modelos de la historia literaria». *Edad de oro*, 20, págs. 23-38.
- CALDER, Angus (1998). «Black Atlantic Writers of the 18th Century». *Research in African Literatures*, 29, 4, págs. 179-181.
- CARRETTA, Vincent (1998). «Three West Indian Writers of the 1780s Revisited and Revised». *Research in African Literatures*, 29, 4, págs. 73-87.

- (1999). «Introduction» a Quobna Ottobah Cugoano, *Thoughts and Sentiments on the Evil of Slavery*. Nueva York: Penguin Books, págs. ix–xxviii.
 - (2003). «Introduction» a Olaudah Equiano, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African*. Londres: Penguin Books.
 - (2004). *Unchained Voices. An Anthology of Black Authors in the English-Speaking World of the 18th Century*. Lexington: University Press of Kentucky.
 - (2005). *Equiano, the African: Biography of a Self-Made Man*. Athens: University of Georgia Press.
 - (2007). «Olaudah Equiano: African British abolitionist and founder of the African American slave narrative». En Audrey Fisch, *The Cambridge Companion to The African American Slave Narrative*. Nueva York: Cambridge University Press, págs. 44-60.
- CASTRO, Américo (1916). «Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII». *Revista de Filología Española*, 3. Madrid: Sucesores de Hernando.
- (1935). «Perspectiva de la novela picaresca». *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 12, págs. 123-138.
 - (1948). «Prólogo» a Anónimo, *Lazarillo de Tormes*. Madison: University of Wisconsin Press.
 - (1954). *La realidad histórica de España*. Ciudad de México: Editorial Porrúa.
- CAVILLAC, Michel (1994). *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»*. J. M. Azpitarte Almagro (trad.). Granada: Universidad de Granada.
- (2001a). «La figura del mercader en el *Guzmán de Alfarache*». *Edad de Oro*, 20, págs. 69-84.
 - (2001b). «El diálogo del narrador con el narratorio en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán». *Criticón* 81–82, págs. 317-330.
 - (2007a). «*Atalayisme*» et picaresque: la vérité proscrite. «*Lazarillo*», «*Guzmán*», «*Buscón*». Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux.
 - (2007b). «Del *Guzmán de Alfarache* al *Persiles*: Cervantes frente a Mateo Alemán (¿Por qué Clodio no merece ir a Roma?)». *Criticón*, 101, págs. 177-198.
 - (2010). «La cuestión del padre en El *Guzmán de Alfarache*, desde la ética, económica y política». *Studia aurea: revista de literatura española y teoría literaria del Renacimiento y Siglo de Oro. Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, 159-173.
 - (2010). «*Guzmán de Alfarache*» y la novela moderna. Madrid: Casa de Velázquez.

- CHANDLER, Frank Wadleigh (1899). *Romances of Roguery: An Episode in the History of the Novel. In Two Parts*. Nueva York: Macmillan.
- COGEANU, Oana (2012). «Creating the Norm: The African-American Literary Tradition». *Linguaculture*, 2, págs. 23–30.
- COLL-TELLECHEA, Reyes (2015). «Los límites de la representación: picaresca, censura e historia». *Studia aurea: revista de literatura española y teoría literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, 9, págs. 147-174.
- CORONEL RAMOS, Marco Antonio (2011). “Los [Anti]Silenos de Erasmo y El Lazarillo de Tormes.” *Revista Iberoamericana*, 11, 43, págs. 141–158.
- COSTANZO, Angelo (1987). *Surprising Narrative: Olaudah Equiano and the Beginnings of Black Autobiography*. Westport: Greenwood Press.
- CRIADO DE VAL, Manuel (ed.) (1979). *La picaresca: orígenes, textos y estructuras*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- CROS, Edmond (1979). «Aproximación a la picaresca». En Manuel Criado de Val (ed.), *La picaresca: orígenes, textos y estructuras*. Madrid: Fundación Universitaria Española, págs. 31-38.
- (1986). *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Gredos.
- (2001). «La noción de novela picaresca como género desde la perspectiva sociocrítica». *Edad de Oro*, 20, págs. 85-94.
- CRUTTWELL, Clement (1800). *The New Universal Gazetteer; or, Geographical Dictionary*. Dublín: John Stockdale.
- DAHL, Adam (2020). «Creolizing Natural Liberty: Transnational Obligation in the Thought of Ottobah Cugoano». *The Journal of Politics*, 82, 3, págs. 908-920.
- DAHLSTRÖM, Cory James (2016a). *The cultural and rhetorical elements of American picaresque*. Cedar Falls: University of Northern Iowa
- (2016b). «*Huckleberry Finn* and the Picaresque as Lens Against Debt Peonage». *Annual Graduate Student Symposium*, 32, págs. 1-8.
- DAVIS, Barbara (1975). «The Style of Mateo Alemán’s *Guzmán de Alfarache*». *Romanic Review*, 66, págs. 199–215.
- DAVIS, Charles T. y Henry Louis GATES, JR. (eds.) (1985). *The Slave’s Narrative*. Nueva York: Oxford University Press.
- DE HAAN, Fonger (1903). *An Outline of the History of the Novela Picaresca in Spain*. Nueva York: M. NijHoff.

- DEROUNIAN-STODOLA, Kathryn Zabelle y James Arthur LEVERNIER (1993). *The Indian Captivity Narrative, 1550-1900*. Nueva York: Twayne Publishers.
- DESROCHERS JR., Robert (2001). «“Surprising Deliverance”? Slavery and Freedom, Language and Identity in the Narrative of Briton Hammon, “A Negro Man”». En Vincent Carretta y Philip Gould (eds.), *Genius in Bondage. Literature of the Early Black Atlantic*. Lexington: The University Press of Kentucky, págs. 153–174.
- DETERS, Mary E. (1969). *A Study of the Picaresque Novel in Twentieth-Century America*. La Crosse: Wisconsin State University.
- DIOUF, Sylviane A. (1998). *Servants of Allah: African Muslims Enslaved in the Americas*. Nueva York: New York University Press.
- DRAKE, Kimberly (2014). *Critical Insights. The Slave Narrative*. Ipswich MA: Grey House Publishing.
- DRIMMER, Frederick (1985). *Captured by the Indians: 15 Firsthand Accounts, 1750-1870*. Mineola NY: Dover Publications.
- DUARTE, J. Enrique (2015). «En torno a una traducción inglesa del *Buscón*: “*The Pleasant Story of Paul of Segovia*”, 1683». *Revista de História da Sociedade e da Cultura. Século de Ouro*, 15, págs. 129-146.
- DU BOIS, William Edward Burghardt (1913). «The Negro in Literature and Art». *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 49, págs. 233-237.
- DUNN, Peter (1979). *The Spanish Picaresque Novel*. Boston: Twayne Publishers.
- (1982). «Problems of a Model for the Picaresque and the Case of Quevedo’s *Buscón*». *Bulletin of Hispanic Studies*, 54, págs. 95-105.
- (1993). *Spanish Picaresque Fiction: A New Literary History*. Ithaca NY: Cornell University Press.
- EDWARDS, Paul (1985). «Three West African Writers of the 1780s». En Charles T. Davis and Henry Louis Gates, Jr. (eds.), *The Slave’s Narrative*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 175-198.
- y David DABYDEEN (1991). *Black Writers in Britain 1760-1890. An Anthology*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- FAUBERT, Michelle (2018). *Granville Sharp’s Uncovered Letter and the Zong Massacre*. Londres: Palgrave Pivot.
- FERLING, John (2011). *Independence: The Struggle to Set America Free*. Nueva York: Bloomsbury.
- FERRADA, Andrés (2003). «La textura picaresca y meta-picaresca en *Moll Flanders* de Daniel Defoe», *Signos*, 36, 54, pp. 177-182.

- FINSETH, Ian (2014). «Irony and Modernity in the Early Slave Narrative. Bonds of Duty, Contracts of Meaning». En Nicole N. Aljoe e Ian Finseth (eds.), *Journeys of the Slave Narrative in the Early Americas*, Charlottesville: University of Virginia Press, págs. 17-46.
- FISCH, Audrey (ed.) (2007). *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*. Nueva York: Cambridge University Press.
- FISHER, Ruth Anna (1943). «Granville Sharp and Lord Mansfield». *The Journal of Negro History*, 28, 4, págs. 381-389.
- FITZMAURICE-KELLY, James (1910). *The Relations between Spanish and English Literature*. Liverpool: University Press of Liverpool.
- FOSTER, Frances Smith (1977). «Briton Hammon's *Narrative*: Some Insights into Beginnings». *CLA Journal*, 21, 2, págs. 179-186.
- (1979). *Witnessing Slavery*. Westport: Greenwood Press.
- FREDMAN, Alice Green (1971). «The Picaresque in Decline: Smollett's First Novel». En John H. Middendorf (ed.), *English Writers of the Eighteenth Century*. Nueva York: Columbia University Press, págs. 189-207.
- FROST, J. William (1978). «The Origins of the Quaker Crusade Against Slavery: A Review of Recent Literature». *Quaker History*, 67, 1, págs. 42-58.
- FURBANK, P. N. y W. R. OWENS (1994). *Defoe De-Attributions: A Critique of J. R. Moore's Checklist*. Londres: Hambledon Press.
- GAGNON, Jeffrey (2014). «“They Us'd Me Pretty Well”: Briton Hammon and Cross-Cultural Alliances in the Maritime Borderlands of the Florida Coast». En Nicole N. Aljoe e Ian Finseth (eds.), *Journeys of the Slave Narrative in the Early Americas*. Charlottesville: University of Virginia Press, págs. 74-100.
- GAGNON, Martine (2010). *Golden Age Spain Wearing English Clothes: James Mabbe, Renaissance Translator of Spanish Prose Literature*. Montreal: Concordia University.
- GARRIDO ARDILA, Juan Antonio (1999). «La tradición picaresca española en Inglaterra». *Bulletin of Hispanic Studies*, 76, págs. 453-469.
- (2000). «Revisión de las posturas anglófilas en torno a la *picaresque fiction*». *Anuario de Estudios Filológicos*, 23, págs. 170-183.
- (2001). «La influencia de la narrativa del Siglo de Oro en la novela británica del XVIII». *Revista de Literatura*, 63, 126, págs. 402-423.
- (2008). *El género picaresco en la crítica literaria*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2009). *La Novela Picaresca En Europa, 1554-1753*. Madrid: Visor Libros.

- (2015). *The Picaresque Novel in Western Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GATES, JR., Henry Louis (1988). «James Gronniosaw and the Trope of the Talking Book». En James Onely (ed.), *Studies in Autobiography*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 51–72.
- (2014), *The Signifying Monkey. A Theory of African American Literary Criticism with a New Preface by the Author*. Nueva York: Oxford University Press.
- y William L. ANDREWS (1998). *Pioneers of the Black Atlantic. Five Slave Narratives from the Enlightenment, 1772-1815*. Washington: Counterpoint.
- (1998). «Introduction: The Talking Book». En Henry Louis Gates, Jr. y William L. Andrews (eds.), *Pioneers of the Black Atlantic. Five Slave Narratives from the Enlightenment, 1772-1815*. Washington: Counterpoint, págs. 1-29.
- GENETTE, Gérard (1982). *Palimpsestes*. París: Éditions du Seuil.
- (1989). *Figuras III*. Barcelona: Lumen.
- GIDDINS, Robert (1967). *The tradition of Smollet*. Londres: Methuen.
- GILI GAYA, Samuel (1947). «El Buscón en la técnica novelística». *Ínsula*, 19, págs. 1-2.
- (1953). «La novela picaresca en el siglo XVI». En Guillermo Díaz-Plaja (ed.), *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Barna, págs. 81-103.
- GILROY, Paul (1993). *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Londres: Verso.
- GLADFELDER, Hal (2008). «Defoe and Criminal Fiction». En John Richetti (ed.), *The Cambridge Companion to Daniel Defoe*. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 64-83.
- GONDEBEAUD, Louis (1983). «Guzman d'Alfarache En Angleterre: 1622-1708». *Caliban*, 20, págs. 19–27.
- GOULD, Philip (2007). «The Rise, Development, and Circulation of the Slave Narrative». En Audrey Fisch (ed.), *The Cambridge Companion to The African American Slave Narrative*. Nueva York: Cambridge University Press, págs. 11–27.
- GRASSO, Joshua (2010). «The Providence of Pirates: Defoe and the “True-Bred Merchant”». *Digital Defoe: Studies in Defoe and His Contemporaries*, 2, 1, págs. 21-40.
- GREEN, Keith Michael (2014). «Uncommon Sufferings. Rethinking Bondage in *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprizing Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*». En Nicole N. Aljoe e Ian Finseth (ed.), *Journeys of the*

- Slave Narrative in the Early Americas*. Charlottesville: University of Virginia Press, págs. 101-126.
- GREEN, Martin Burgess (1991). *Seven Types of Adventure Tale: An Etiology of a Major Genre*. University Park: The Pennsylvania State University Press.
- GRICE, Herbert Paul (1975). «Logic and Conversation». En Peter Cole y Jerry L. Morgan (eds.), *Syntax and Semantics 3: Speech Acts*. Nueva York: Academic Press, págs. 41–55.
- GUILLÉN, Claudio (1971). *Literature as System*. Princeton: Princeton University Press.
- (1987). *The Anatomies of Roquery: A Comparative Study in the Origins and the Nature of Picaresque Literature*. Nueva York: Garland Publishing.
- GUNN, Jeffrey (2010). «Creating a Paradox: Quobna Ottobah Cugoano and the Slave Trade's Violation of the Principles of Christianity, Reason, and Property Ownership». *Journal of World History*, 21, 4, págs. 629-656.
- GUSDORF, Georges (1980). «Conditions and Limits of Autobiography». En James Olney (ed.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. Princeton: Princeton University Press, págs. 28-48.
- HAAS, Astrid (2022). «Native Bondage, Narrative Mobility: African American Accounts of Indian Captivity». *Journal of American Studies*, 56, 2, págs. 242-266.
- HANLEY, Ryan (2014). «Calvinism, Proslavery and James Albert Ukawsaw Gronniosaw». *Slavery and Abolition: A Journal of Slave and Post-Slave Studies*, págs. 1–22.
- (2017). «From slavery to freedom: Britain's transatlantic slave trade». *Our Migration Story: The Making of Britainfour*. <<https://www.ourmigrationstory.org.uk/oms/from-slavery-to-freedom-the-narrative-of-james-albert-ukawsaw-gronniosaw>> [Consulta: 10/04/2018].
- (2019). «Ukawsaw Gronniosaw and British Calvinism, 1765-1779». En Ryan Hanley (ed.), *Beyond Slavery and Abolition*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 99–119.
- HARRIS, Jennifer (2005). «Seeing the Light: Re-Reading James Albert Ukawsaw Gronniosaw». *English Language Notes* 42, 4, págs. 43–57.
- HEDIN, Raymond (1982). «The American Slave Narrative: The Justification of the Pícaro». *American Literature*, 53, 4, págs. 630-645.
- HENDERSON, W. O. (1957). «The Anglo-French Commercial Treaty of 1786». *The Economic History Review*, 10, 1, págs. 104-112.
- HERRERO GARCÍA, Miguel (1933). «Ascética y Picaresca». *Acción española*, 5, págs. 33-41 y 135-143.

- (1937). «Nueva interpretación de la novela picaresca». *Revista de Filología Española*, 24, págs. 343-362.
- HIGGINBOTHAM, JR., A. Leon (1978). *In the Matter of Color: Race and the American Legal Process. The Colonial Period*. Nueva York: Oxford University Press.
- HINDMARSH, D. Bruce (2005). *The Evangelical Conversion Narrative: Spiritual Autobiography in Early Modern England*. Oxford: Oxford University Press.
- HUME, Martin (1905). *Spanish Influence on English Literature*. Londres: Eveleigh Nash.
- JACKSON, Blyden (1989). *A History of Afro-American Literature. The Long Beginning, 1746-1895*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- KARL, Frederick R. (1968). «Picaresque and the American Experience». *The Yale Review*, 57, págs. 196-212.
- KATONA, Anna (1969). «From *Lazarillo* to *Augie March*: A Study into Some Picaresque Attitudes». *Hungarian Studies in English*, 4, págs. 87-103.
- KEARLFUL, Frank (1971). «Spanish Rogues and English Foundlings: on the Disintegration of Picaresque Genre». *Genre*, 4, págs. 376-391.
- KENNEDY, Lionel H. y Thomas PARGER (1822). «An Official Report of the Trials of Sundry Negroes, Charged with an Attempt to Raise an Insurrection in the State of South Carolina, Prepared and Published at the Request of the Court». Charleston.
- KINGSLEY, Mary H. (1897). *Travels in West Africa*. Londres: Macmillan.
- LAMBERT, Frank (2002). «“I Saw the Book Talk”: Slave Readings of the First Great Awakening». *The Journal of African American History*, 87, 1, págs. 12-25.
- LAPORTE, Sarah (2011). *Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo*. Florencio Sevilla Arroyo (dir.). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- LARSON, Pier M. (2008). «Horrid Journeying: Narratives of Enslavement and the Global African Diaspora». *Journal of World History*, 19, 4, págs. 431-464.
- LAURENTI, Joseph L. (1968). *Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca española, años 1554-1964*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1970). *Estudios sobre la novela picaresca española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1973). *Bibliografía de la literatura picaresca: desde sus orígenes hasta el presente*. Metuchen: The Scarecrow Press.
- (1981). *Bibliografía de la literatura picaresca. Suplemento*. Nueva York: AMS Press.

- (1988). *Catálogo bibliográfico de la literatura picaresca: siglos XVI-XX*. Kassel: Reichenberger.
- (1997). *Catálogo bibliográfico de la literatura picaresca: siglos XVI-XX. Suplemento*. Kassel: Reichenberger.
- LÁZARO CARRETER, Fernando (1972). «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca. Barcelona: Ariel.
- LEPORE, Jill (1998). *The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- LEWIS, Andrew (2007). «Martin Dockray and the Zong: A Tribute in the Form of a Chronology». *Journal of Legal History*, 28, 3, págs. 357-370.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa (1964). «Función del cuento popular en *El Lazarillo de Tormes*». En Cyril Jones y Frank Pierce (eds.), *Actas del Primer Congreso de Hispanistas*. Oxford: Asociación Internacional de Hispanistas, págs. 349-359.
- LU, Anny (2020). «A Case Study of David Barclay as a Malevolent Slave Trading Banker and a Benevolent Abolitionist». *The Macksey Journal*, 1, 94, págs. 1-14.
- LUCERO SÁNCHEZ, Ernesto (2008). «La función fática en el *Guzmán de Alfarache*». *Tonos Revista Filológica de Estudios Hispanos*, 16 diciembre. <https://www.um.es/tonosdigital/znum16/secciones/estudios-9.htm> (accedido el 13 de enero de 2017).
- MAIER, Maximilian C. (2012). *Picaresque Comedy and its Discontents*. Seattle: University of Washington.
- MANDELL, Daniel R. (1996). *Behind the Frontier: Indians in Eighteenth-Century Eastern Massachusetts*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- MAÑERO LOZANO, David (2010). «Trayectoria editorial de *La Pícaro Justina*. Estudio bibliográfico y textual». *Criticón*, 109, págs. 73-93.
- MARAVALL, José Antonio (1976). «La aspiración social de “medro” en la novela picaresca», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 312, págs. 590-625.
- (1986). *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Taurus.
- MARIETTA, Jack (1993). «Egoism and Altruism in Quaker Abolition». *Quaker History*, 82, 1, págs. 1-22.
- MATTHEWS, William (1955). *British Autobiography: An Annotated Bibliography of British Autobiographies Published or Written Before 1951*. Berkeley: University of California Press.

- MEYER-MINNEBANN, Klaus y Sabine SCHLICKERS (eds.) (2008). *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Iberoamericana.
- MILANICH, Jerald T. (1995). *Florida Indians and the Invasion from Europe*. Gainesville: University Press of Florida, págs. 38-44.
- MILLER, Stuart (1967). *The Picaresque Novel*. Cleveland: The Press of Case Western Reserve University.
- MOLHO, Maurice (1972). *Introducción Al Pensamiento Picaresco*. Salamanca: Anaya.
- (1983). «¿Qué es picaresmo?». *Edad de Oro*, 2, págs. 127-135.
- MONTE, Alberto del (1971). *Itinerario de la novela picaresca española*. Barcelona: Lumen.
- MONTESER, Frederick (1975). *The Picaresque Element in Western Literature*. University AL: The University of Alabama Press.
- MUSTAKEEM, Sowande' M. (2016). *Slavery at Sea. Terror, Sex, and Sickness in the Middle Passage*. Urbana: University of Illinois Press.
- NICHOLS, Charles H. (1985). «The Slave Narrators and the Picaresque Mode: Archetypes for Modern Black Personae». En Charles T. Davis and Henry Louis Gates, Jr. (eds.), *The Slave's Narrative*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 283-298.
- OGOT, Bethwell Allan (ed.) (1992). *General History of Africa, V: Africa from the Sixteenth to Eighteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- OGUDE, S.E. (1983). *Genius in Bondage: A Study of the Origins of African Literature in English*. Ile-Ife: University of Ife Press.
- OLNEY, James (1985). «“I Was Born”: Slave Narratives, Their Status as Autobiography and as Literature». En Charles T. Davis and Henry Louis Gates, Jr. (eds.), *The Slave's Narrative*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 148-175.
- OLUSOGA, David (2021). *Black and British. A Forgotten History*. Londres: Picador.
- PARDO, Pedro Javier (2002). «El pícaro en el nuevo mundo: reescrituras del mito adánico». En Carlos Alvar (coord.), *El mito, los mitos*. Madrid: Editorial Caballo Griego, págs. 147-159.
- PARKER, Alexander A. (1967). *Literature and the Delinquent. The Picaresque Novel in Spain and Europe 1599-1753*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- PARRA ALONSO, José David (2014). *La picaresca como impulso original: narrativas de pícaros y esclavos*. Canterbury: University of Kent.

- (2017). «Extrañas coincidencias entre obras de marginados: las novelas picarescas y *The Interesting Narrative of Olaudah Equiano*». *Philobiblion: Revista de Literaturas Hispánicas*, 6, págs. 77-96.
- PASTALOSKY, Rosa (1970). *Henry Fielding y la tradición picaresca*. Buenos Aires: Solar.
- PEABODY, Sue y Keila GRINBERG (2007). *Slavery, Freedom, and the Law in the Atlantic World: A Brief History with Documents*. Boston: Bedford/St. Martin's.
- PEARCE, Roy Harvey (1947). «The Significances of the Captivity Narrative». *American Literature*, 19, 1, págs. 1-20.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, José María (2013). «The picaresque, translation, and the history of the novel». En Curso «La comunicación intercultural eurasiática en las condiciones del proceso de Bolonia». Centro Mediterráneo: Universidad de Granada, junio de 2013.
- PFANDL, Ludwig (1933). *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*. Barcelona: Gili.
- PIERCE, Yolanda (2005). *Hell without Fires. Slavery, Christianity, and the Antebellum Spiritual Narrative*. Gainesville: University Press of Florida.
- (2007). «Redeeming Bondage: The Captivity Narrative and the Spiritual Autobiography in the African American Slave Narrative Tradition». En Audrey Fisch (ed.), *The Cambridge Companion to The African American Slave Narrative*. Nueva York: Cambridge University Press, págs. 83-98.
- PORTER, Dorothy (1995). *Early Negro Writing: 1760-1837*. Baltimore: Black Classic Press.
- PORTEUS, Beilby (1783). *Sermons on Several Subjects*. Londres: T. Payne and Son.
- POTKAY, Adam y Sandra BURR (1995). *Black Atlantic Writers of the 18th Century. Living the New Exodus in England and the Americas*. Basingstoke: Macmillan Press.
- (1995). «Introducción» a Adam Potkay y Sandra Burr, *Black Atlantic Writers of the 18th Century. Living the New Exodus in England and the Americas*. Basingstoke: Macmillan Press, págs. 1-20.
- PUGHE, Thomas (1996). «Reading the Picaresque: Mark Twain's *The Adventures of Huckleberry Finn*, Saul Bellow's *The Adventures of Augie March*, and More Recent Adventures». *English Studies*, 77, 1, págs. 59-70.
- RABATÉ, Philippe (2007). «Cervantes y la sombra de Guzmán: reflexiones sobre la poética de Ginés de Pasamonte (Quijote, I, 22)». *Criticón*, 101, págs. 37-56.

- REDONDO, Agustín (1977). «Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación de *El Buscón*». *Actas Del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*, págs. 699–711.
- (1979), «Pauperismo y mendicidad en Toledo en época del Lazarillo», en H. Bonneville (ed.), *Hommage des hispanistes français a Noël Salomon*, Barcelona, págs. 703-724.
- REED, Walter L. (1981). *An Exemplary History of the Novel. The Quixotic versus the Picaresque*. Chicago: The University of Chicago Press.
- REY ÁLVAREZ, Alfonso (1987). «El género picaresco y la novela». *Bulletin Hispanique*, 89, págs. 88-118.
- REY HAZAS, Antonio (1982). «Introducción» a Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*. Madrid: SGEL.
- (1984). «Introducción» a *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Madrid: Castalia, págs. 9-50.
- (1990). *La novela picaresca*. Madrid: Anaya.
- (2001). «El “caso” de *Lázaro de Tormes*, todo problemas». En José Martínez Millán (ed.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 3, págs. 277-300.
- (2003). *Deslindes de la novela picaresca*. Málaga: Universidad de Málaga.
- RICHETTI, John J. (1992). *Popular Fiction Before Richardson*. Oxford: Clarendon Press.
- RICO, Francisco (1967). *La Novela Picaresca Española*. Barcelona: Editorial Planeta.
- (1970). *La Novela Picaresca y El Punto de Vista*. Barcelona: Seix Barral.
- (1984). «Puntos de vista. Postdata a unos ensayos sobre la novela picaresca». *Edad de Oro*, 3, págs. 227-240.
- (2000). *La novela picaresca y el punto de vista. Nueva edición corregida y aumentada*. Barcelona: Seix Barral.
- (2006). «Introducción» a *Lazarillo de Tormes*. Madrid: Cátedra, págs. 13*-127*.
- RIGGAN, William (1975). «The Reformed Picaro and His Narrative: A Study of the Autobiographical Accounts of *Lucious Apuleius*, *Simplicius Simplicissimus*, *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, and *Moll Flanders*». *Orbis Litterarum*, 30, 3, págs. 165-186.

- RIORDAN, Patrick (1996). «Finding Freedom in Florida: Native Peoples, African Americans, and Colonists, 1670-1816» *Florida Historical Quarterly*, 75, 1, págs. 24-43.
- RODRÍGUEZ-LUIS, Julio (1993). «El enfoque comparativo de la literatura picaresca». En Manuel García Martín (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2, págs. 853-858.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Begoña (2005). «Panorama crítico-bibliográfico de la novela picaresca». En *Antología de La Novela Picaresca Española*, págs. ix-xxvi.
- RONCERO LÓPEZ, Victoriano (2006). “El humor y la risa en las preceptivas de los Siglos de Oro”. En Ignacio Arellano Ayuso y Victoriano Roncero López (eds.), *Demócrito áureo: los códigos de la risa en el Siglo de Oro*. Sevilla: Renacimiento, págs. 285-328.
- (2010). *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca*. Madrid: Iberoamericana.
- ROSSIGNOL, Marie-Jeanne (2019). «The Dying Speech: un document sur le monde social des esclaves en Nouvelle-Angleterre en 1768». *XVII-XVIII. Revue de la Société d'études anglo-américaines des XVII^e et XVIII^e siècles*, 76. <<https://journals.openedition.org/1718/3870?lang=en#tocto2n2>> [Consulta: 12/11/2020]. DOI <https://doi.org/10.4000/1718.3870>.
- RUBIO ÁRQUEZ, Marcial (1996). «Situación actual de los estudios sobre *El Guzmán apócrifo*». En Ignacio Arellano Ayuso et al. (eds.), *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO*, 3. Pamplona: Grupo de Investigación Siglo de Oro de la Universidad de Navarra, págs. 463-470.
- SAMSON, Alexander (2013). “*Lazarillo de Tormes* and the Picaresque in Early Modern England”. En Andrew Hadfield (ed.), *The Oxford Handbook of English Prose 1500-1640*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 121-136.
- SÁNCHEZ DÍEZ, Javier (1987). *La picaresca femenina española y su continuidad en Moll Flanders: genealogía, genética literaria y rise of the novel*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- SANDIFORD, Keith A. (1988). *Measuring the Moment: Strategies of Protest in Eighteenth-Century Afro-English Writing*. Cranbury: Associated University Presses.
- SANTOYO, Julio-César (1978). *Ediciones y traducciones inglesas del “Lazarillo de Tormes” (1568-1977)*. Vitoria: Colegio Universitario de Alava.
- SAYLES, G. O. (1948). *The Medieval Foundations of England*. Londres: Methuen.
- SAYRE, Gordon M. (2000). *Olaudah Equiano, Mary Rowlandson, and Others. American Captivity Narratives*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- SCHAFFER, William J. (1968). «Ralph Ellison and the Birth of the Anti-Hero». *Critique*, 10, 2, págs. 81-93.

- SCHOLES, Robert (1974). *Structuralism in Literature. An Introduction*. New Haven: Yale University Press.
- SEKORA, John (1987). «Black Message/White Envelope: Genre, Authenticity, and Authority in the Antebellum Slave Narrative». *Callaloo*, 32, págs. 482-515.
- (1988). «Is the Slave Narrative a Species of Autobiography?». En James Olney (ed.), *Studies in Autobiography*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 99-111.
- (1993). «Red, White, and Black: Indian Captivities, Colonial Printers, and the Early African-American Narrative». En Frank Shuffelton (ed.), *A Mixed Race. Ethnicity in Early America*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 92-104.
- SETTELL, Jon-David Wesley (2021). *Bird Freedom: Lumpen Dreams and the Long Picaresque*. Irvine: University of California.
- SEVILLA ARROYO, Florencio (2001). *La Novela Picaresca Española*. Madrid: Castalia.
- SHAW, Patrick W. (1971). *The Picaresque Novel in America: 1945-1970*. Baton Rouge: Louisiana State University and Agricultural & Mechanical College.
- SIEBER, Harry (1977). *The Picaresque*. Londres: Methuen.
- SINANAN, Kerry (2007). «The Slave Narrative and the Literature of Abolition». En Audrey Fisch (ed.), *The Cambridge Companion to The African American Slave Narrative*. Nueva York: Cambridge University Press, págs. 61-80.
- SLOTKIN, Richard (1973). «Narratives of Negro Crime in New England, 1675-1800». *American Quarterly*, 25, 1, págs. 3-31.
- SOBEJANO, Gonzalo (1959). «De la intención y valor del *Guzmán de Alfarache*». *Romanische Forschungen*, 71, págs. 267-311.
- (1975). «Un perfil de la picaresca: el pícaro hablador». En *Studia Hispanica in Honorem Rafael Lapesa III*. Madrid: Gredos, págs. 467-485.
- SPADACCINI, Nicholas (1978). «Daniel Defoe and the Spanish Picaresque Tradition: The Case of *Moll Flanders*». *Ideologies and Literature*, 2, págs. 10-26.
- STEVIK, Philip (1971). «Smollett's Picaresque Games». En G. S. Rousseau y P. G. Boucé (eds.), *Tobias Smollet. Bicentennial Essays Presented to Lewis M. Knapp*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 111-130.
- TALÉNS, Jenaro (1975). *Novela Picaresca y Práctica de La Transgresión*. Madrid: Júcar.
- TEJEIRO FUENTES, Miguel Ángel (1990). «Estudio preliminar» a Francisco de Quevedo, *El Buscón*. Barcelona: PPU, págs. 7-70.
- y Javier GUIJARRO CEBALLOS (2007). *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*. Madrid: Eneida.

- THOMAS, Hugh (2006). *The Slave Trade. The History of the Atlantic Slave Trade*. Londres: Phoenix.
- TIERNO GALVÁN, Enrique (1974). *Sobre la novela picaresca y otros escritos*. Madrid: Tecnos.
- TOMOIAGĂ, Ligia (2012). *Elements of the Picaresque in Contemporary British Fiction*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- TRACY, Joseph (1842). *The Great Awakening: A History of the Revival of Religion in the Time of Edwards and Whitefield*. New York: Tappan and Dennet.
- TURNER GUTIÉRREZ, Ellen (1995). *The Reception of the Picaresque in the French, English, and German Traditions*. Nueva York: Peter Lang.
- UNDERHILL, John Garrett (1899). *Spanish Literature in the England of the Tudors*. Nueva York: Columbia University Press.
- VAILLO, Carlos (1983). «Introducción» a Francisco Rico (ed.), *Historia y crítica de la literatura española. Siglos de Oro: Barroco*. Barcelona, Crítica, págs. 448-467.
- VALBUENA PRAT, Ángel (1937). *Historia de la literatura española 2*. Barcelona: Gustavo Gili S. A.
- (1943). *La novela picaresca española*. Madrid: Aguilar.
- VILLAMÍA, Luis (2011). «Sobre la historiografía del género picaresco: pliegues modernos de la literatura del pobre». *Hipertexto*, 13, págs. 42-58.
- VOLLARO, Daniel (2009). «Sixty Indians and Twenty Canoes: Briton Hammon's Unreliable Witness to History». *Native South*, 2, págs. 133-147.
- WALVIN, James (2007). *A Short Story of Slavery*. Londres: Penguin Books.
- (2011). *The Zong: A Massacre, the Law and the End of Slavery*. New Haven: Yale University Press.
- WEYLER, Karen A. (2001). «Race, Redemption, and Captivity in *A Narrative of the Lord's Wonderful Dealings with John Marrant, a Black and Narrative of the Uncommon Sufferings and Surprising Deliverance of Briton Hammon, a Negro Man*». En *Genius in Bondage. Literature of the Early Black Atlantic*. Lexington: The University Press of Kentucky, págs. 39–53.
- WHEELER, Roxann (2001). «“Betrayed by Some of My Own Complexion”. Cugoano, Abolition, and the Contemporary Language of Racialism». En *Genius in Bondage. Literature of the Early Black Atlantic*. Lexington: University Press of Kentucky, págs. 17-38.
- WHITBOURN, Christine J. (1974). *Knaves and Swindlers. Essays on the Picaresque Novel in Europe*. Londres: Oxford University Press.

- WICKS, Ulrich (1989). *Picaresque Narrative, Picaresque Fictions. A Theory and Research Guide*. Nueva York: Greenwood Press.
- WILLIAMS, Daniel (1993). «The Gratification of That Corrupt and Lawless Passion: Character Types and Themes in Early New England Rape Narratives». En Frank Shuffelton (ed.), *A Mixed Race. Ethnicity in Early America*. Nueva York: Oxford University Press, págs. 194–221.
- WILLIAMS, Daniel E. (1983). «Rogues, Rascals and Scoundrels the Underworld Literature of Early America». *American Studies*, 24, 2, págs. 5–19.
- WILLIAMS, Joseph J. (1931). *Hebrewisms of West Africa: From the Nile to Niger with the Jews*. Baltimor: Inprint Editions.
- WILSON STARLING, Marion (1988). *The Slave Narrative: Its Place in American History*. Washington: Howard University Press.
- WOODARD, Helena (1999). «Ukawsaw Gronniosaw and Ottobah Cugoano: Perspectives on a Theological Chain». En *African-British Writings in the Eighteenth Century. The Politics of Race and Reason*. Westport: Greenwood Press, págs. 31-65.
- WOOLMAN, John (1762). *Some Considerations of the Keeping of Negroes; Recomendado to the Professors of Christianity of Every Denomination*. Philadelphia: Benjamin Franklin and David Hall.
- YNDURÁIN, Domingo (1982). «Introducción» a Francisco de Quevedo, *El Buscón*. Madrid: Cátedra.
- (1986). «El Quevedo del *Buscón*». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 62, págs. 77-136.
- ZAFAR, Rafia (1997). *We Wear the Mask. African Americans Write American Literature, 1760-1870*. Nueva York: Columbia University Press.
- (2013). «What Is African American Literature?». *PMLA*, 128, 2, págs. 401-402.
- ZAMORA VICENTE, Alonso (1962). *Qué es la novela picaresca*. Buenos Aires: Columba.